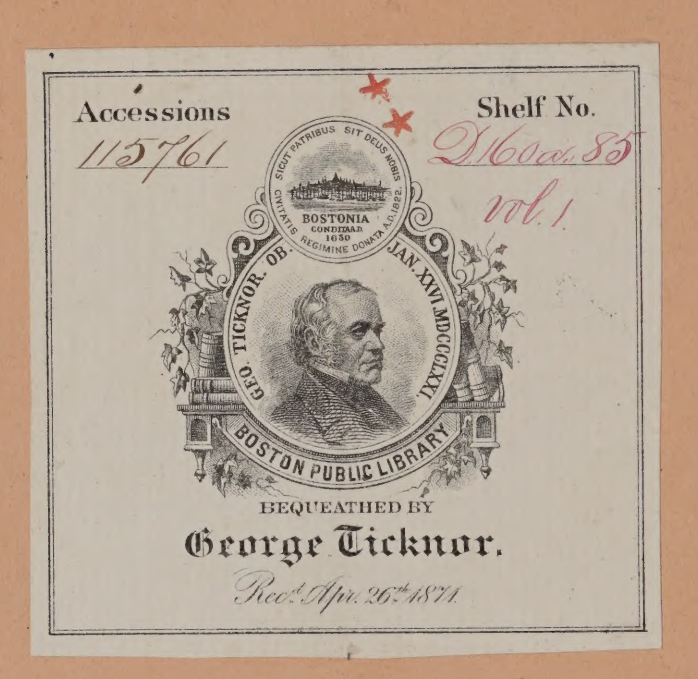




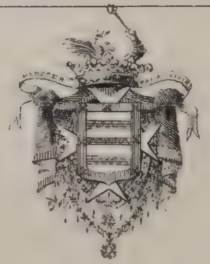
Accessions
115761
Shelf No.
D.160a.85
vol. 1
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec'd. Apr. 26th 1871.

Al eminente escritor y crítico el
Sr. Ticknor su antiguo amigo
El Autor

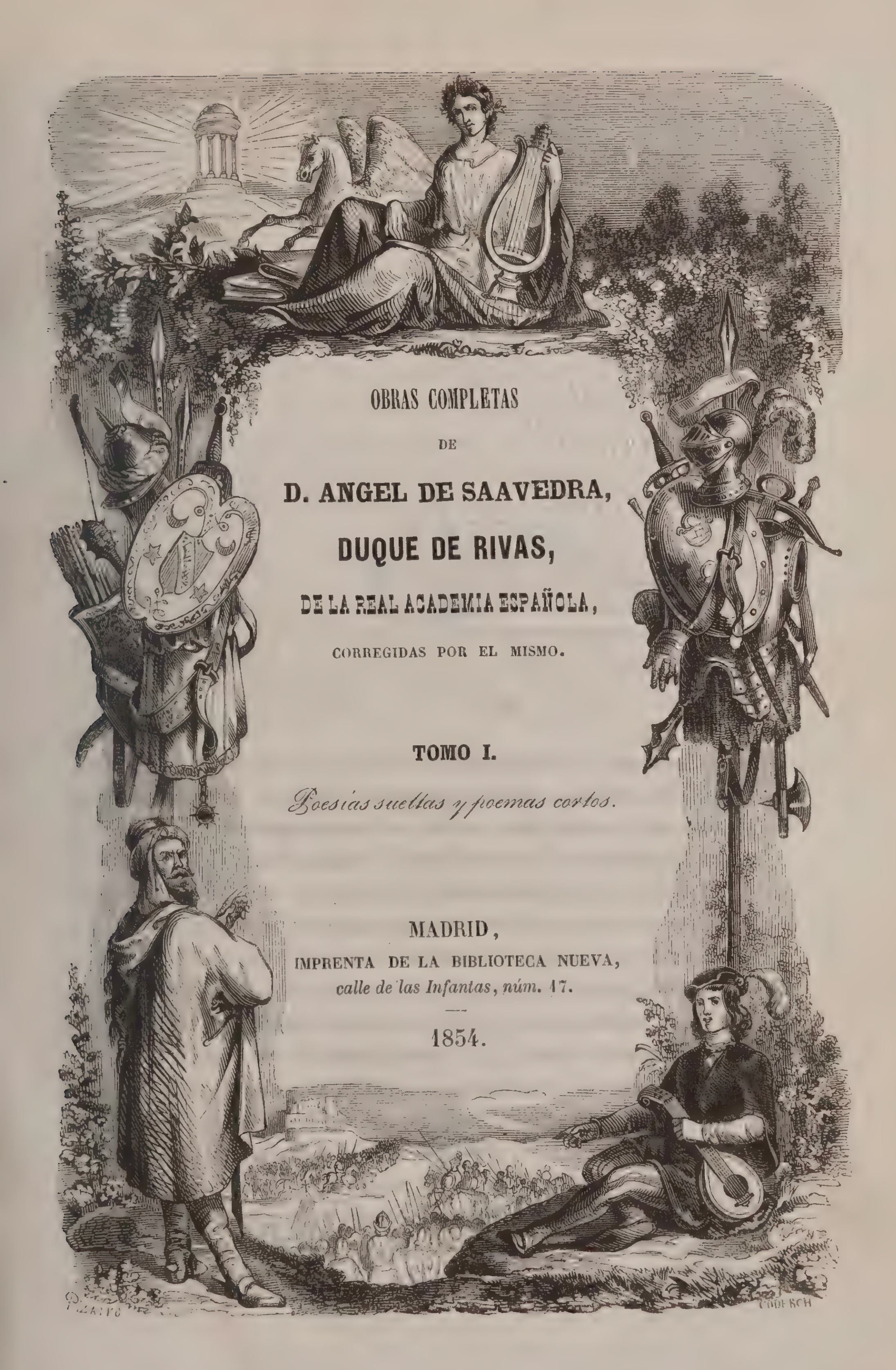
DUQUE DE RIVAS.

VALLEJO
D° Y L°

Lit de Peant



El Duque de Rivas



OBRAS COMPLETAS

DE

D. ANGEL DE SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

CORREGIDAS POR EL MISMO.

TOMO I.

Poesías sueltas y poemas cortos.

MADRID,
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA NUEVA,
calle de las Infantas, núm. 17.

—

1854.

PRÓLOGO.

Non pastor, non hoc triviali more viator,
Sed Deus ipse canit: nihil armentale resultat:
Non montana sacros distinguunt jubila versus.
T. CALPURNIO SÍCULO. — *Egl. I.*

TIEMPO ha que los amantes de las letras deseaban ver reunidas y publicadas con algun esmero y correccion las *Obras completas del Duque de Rivas*, suma y compendio de las varias modificaciones que durante medio siglo ha experimentado, en sus dotes mas peculiarmente características, la literatura castellana. Al darlas hoy á luz, el Editor, no solo satisface una necesidad generalmente sentida, sino rinde tributo á la merecida fama del exclarecido historiador y gran poeta (cuyo mérito celebran, al par de nosotros, las demas naciones cultas), y da feliz comienzo á la noble empresa de difundir, en elegantes tipos, los mas notables productos debidos al saber ó al ingenio de nuestros compatriotas. Ocioso fuera, por lo tanto, encarecer la importancia de esta publicacion; ocioso aducir las razones que el Editor ha tenido presentes para dar con ella principio á su *Biblioteca*.

Si la gran celebridad del Duque de Rivas no abonase desde luego eleccion tan acertada, justificaríanla sobradamente, ya los varios géneros de escritos en que ha ejercitado su pluma el ilustre autor de *D. Alvaro* y de *El Moro expósito*, ya el singular mérito que los distingue,

ya lo mucho que el estudio de todos ellos puede facilitar el conocimiento de un período literario fecundo en provechosas lides intelectuales, y rara vez apreciado con justicia. Merced á esta última consideracion, y agrupadas discretamente en cada uno de los volúmenes de que ha de constar la obra todas las que pertenecen á un mismo género, el Editor ha estimado indispensable establecer el órden cronológico dentro de cada ramo especial, y, hasta donde era posible, con relacion al conjunto. De este modo, no solo se podrá venir en conocimiento de la influencia que ha ejercido en el alma del poeta el espectáculo de la sociedad en que ha vivido, sino se verá palpablemente de qué manera se ha ido efectuando el íntimo desarrollo de sus facultades, y hasta qué punto los azares de la fortuna y el torbellino de los sucesos han modificado ó transformado sus gustos y sus tendencias.

Esta elaboracion intelectual, que hace brotar de una misma fuente raudales de la mas diversa índole, y, sin darse cuenta de ello, descubre el misterioso eslabon que, por un procedimiento lógico y natural, enlaza en el espíritu de un solo hombre las mas opuestas ideas y los mas contradictorios principios, es por extremo curiosa y ofrece ancho campo á la meditacion, sobre todo cuando se verifica en seres destinados por la Providencia á dejar rastros luminosos en este mundo. Ni hay tarea mas agradable y fructuosa que la de examinar prolijamente cómo el ingenio superior lucha con las preocupaciones de su tiempo ó con los falsos sistemas consagrados por la práctica del mayor número, modelándose en ocasiones al tenor de sus antojos, burlándose otras veces de sus caprichos, ó subyugándolos al imperio de su fuerza creadora.

Por mucho que el vago espíritu de la moda influya en los cánticos del poeta; por mucho que con las ideas y formas artísticas suceda lo que con otros objetos menos abstractos, esto es, que varían en sus condiciones de éxito segun las mudanzas que experimentan los caprichos de la muchedumbre predominante en lo que se denomina opinion pública, no por eso es menos cierto que, á despecho de las arbitrarias mutaciones del gusto, la inspiracion verdaderamente hija del alma, la que es fruto de un sentimiento arraigado en lo mas profundo del corazon, ó de una viva creencia, subsiste por sí sola; prevalece en el mundo de la fama, cuando la moda cambia de faz y arrastra por el polvo el numeroso cortejo de creaciones pegadizas que fingen amor, fe, patriotismo;

cuantos caractéres logra enaltecer y profanar (siquiera sea momentáneamente) el audaz superficialismo de todas las épocas.

En este caso se encuentran las obras del Duque de Rivas. Ricas en inspiracion, engendradas en un alma de poeta, vivificadas al calor de sentimientos verdaderos, viven y vivirán para el buen gusto, á despecho de las pasageras exigencias de la moda, y sean cuales fueren los lunares que puedan empañar á veces sus perfecciones. Pasaron afortunadamente los tiempos en que el loco espíritu de partido, no ménos fanático en literatura que en religion y en política, hacía exclamar al ilustrado editor de *El Moro expósito*, que el distinguido ingenio que nos ocupa hubiera querido reunir todos los ejemplares de los dos tomos de poesías que publicó en Madrid en 1820, para entregarlos á las llamas; para hacerles purgar el crímen de manifestar «la tiránica influencia del gusto llamado *clásico*», de no haberse atrevido á desamparar «la senda arbitrariamente marcada por los preceptistas (1).» Semejante exageracion, justificada hasta cierto punto en 1834, no sería disculpable en manera alguna veinte años despues, cuando el espíritu crítico, llevado muchas veces á un escepticismo deplorable, ha venido á reemplazar la ardiente fe del espíritu revolucionario. Este espíritu crítico que analiza y define todas las cosas; que aspira incesantemente á desentrañar el genuino sentido de las creaciones del arte; que descubre la recóndita generacion de las ideas y el móvil de los afectos, cuando no desconfia de sí mismo, cuando no lleva la duda á los términos de la incredulidad, cuando no se arroja en brazos del fanatismo de secta, ó del cálculo egoista, que sacrifica la verdad en aras de su provecho, contribuye poderosamente á sublimar la belleza, acrisolando en el concepto de las gentes el valor del mérito positivo. Ensanchados los límites de su horizonte, borradas las sistemáticas preocupaciones de escuela, que graduaban con arreglo á una misma pauta el precio de las obras de índole ménos conforme, la crítica no pide hoy á los frutos del ingenio, respecto á la forma exterior que los determina, sino lo que se les puede razonablemente exigir, atendido el carácter y circunstancias del pueblo y de la época que los produce. Por esta causa

(1) Véase la *Advertencia de los Editores* puesta al frente de la FLORINDA en el APÉNDICE colocado á la conclusion de EL MORO EXPÓSITO en el segundo volúmen de esta obra.

me parece en alto grado plausible que no haya realizado el Duque de Rivas el propósito que en 1834 le atribuia su Editor, acerca de sus primeras composiciones, y juzgo que ha hecho muy bien en encabezar con ellas esta Coleccion, destinada, sin duda alguna, á dar á conocer todas las fazes de su ingenio; á trasmitir á las generaciones futuras los nobles fundamentos de su fama literaria.

La frase, tan afortunada entre los críticos, y algo menos exacta que afortunada, de que en Góngora *hay dos hombres*, uno claro, fácil, natural, sencillo, y otro oscuro, pedantesco, extravante, incomprensible, puede aplicarse con mayor exactitud al Duque de Rivas, bien que por conceptos muy distintos, y sin que hayamos de echarle en cara las malas prendas que afearon á su famoso paisano el autor de las tenebrosas *Soledades*. El Duque de Rivas jóven, soldado, imitador de los antiguos, *clásico*, en una palabra, tal como durante algun tiempo ha sido interpretada esta denominacion, difiere singularmente del Duque de Rivas emigrado, oscurecido, despierto á la luz de nuevas teorías y de nuevos gérmenes, hallando en el recuerdo de la patria la originalidad y la fuerza, uno siempre en la elevacion de sentimientos, en la pureza de doctrinas, en el amor á lo bello, á lo generoso y á lo grande. No parece sino que D. Ángel Pérez de Saavedra, hijo segundo de los ilustres Duques de Rivas, y de un mérito en realidad secundario (con relacion á Quintana y á Gallego) en la esfera de la poesía clásica, ó, lo que es lo mismo, en sus primeros albores, debía ascender, al heredar el título de sus padres y colocarse en primera línea en la mas alta condicion gerárquica del país, á rango mas elevado en la gerarquía de la inspiracion y del talento; á ocupar un puesto entre los mas exclarecidos varones que han ilustrado los fastos de la vida intelectual de nuestra patria. Descartadas las obras de su primera juventud, el conocimiento del poeta sería incompleto, y aun mas incompleta la idea que por él hubiésemos de formar de las tendencias literarias predominantes en las diferentes épocas de su vida. Celebramos, pues, el buen acuerdo con que nuestro Autor ha procedido, á pesar de lo indicado por su editor parisiense, y hagámonos cargo de las circunstancias que concurren en las pobres víctimas expiatorias condenadas á la hoguera, y salvadas por el trascurso de los años, que modifica los juicios y desacalora los efectos, para gozo de los que no tributan homenage á ningun género de exclusivismo.

No entraré á enumerar los hechos en que ha figurado como actor el Duque de Rivas, ó que han sido parte á decidir de los prósperos y adversos destinos de su existencia. Semejante empeño, tan superior á mis fuerzas, ha sido acometido y llevado á cabo por persona mas competente, en el mas gallardo estilo, y con gran copia de noticias interesantes: testigo es de ello el estudio biográfico, por D. Nicomedes Pastor Diaz, inserto á continuacion del presente *Prólogo*. Sin embargo, reservándome apuntar cuanto conduzca á mi propósito de dar una ligera idea de las obras que ha de comprender esta Coleccion, añadiré, para corroborar lo que he dicho en párrafos anteriores, que sin salir del presente volúmen podemos apreciar con exactitud los diversos rasgos que caracterizan las dos épocas, ó, si se quiere, los *dos hombres* que, segun la metáfora ya citada, constituyen la personalidad poética del Duque de Rivas.

Si como algunos aseguran es deber de buen sentido, inexcusable para vivir en la sociedad, transigir con el espíritu que la anima y resignarse á las condiciones que establece, aunque se mezcle en ellas la levadura de algunos vicios, harta disculpa merece el escritor que respirando aires deletéreos no acierta á librarse del contagio. Y si hay para esto indulgencia, bien que yo no esté completamente de acuerdo con tal doctrina, ¿cuánto mas disculpable no ha de ser el poeta que, educado en tradiciones que estima justas y autorizadas, nutrido en bellos ejemplos, sigue el sendero por donde van todos, y tuerce, sin siquiera percibirlo, el raudal de su índole nativa, para buscar espansion á sus facultades en una atmósfera que no es la suya? Nada sofoca tanto los naturales impulsos de la imaginacion como el someterla á un sistema: en este caso se encuentran las primeras producciones del Duque de Rivas; bajo este punto de vista deben ser juzgadas, si se las ha de comprender y apreciar en términos razonables.

Nacido D. Ángel Saavedra en 1791, pasó los primeros años de su infancia en los encantados vergeles que rodean á Córdoba, hasta que fué trasladado á Madrid á recibir educacion en el Seminario de Nobles. En él se hallaba, sometido á la direccion de D. Demetrio Ortiz y don Manuel de Valbuena, cuando empezó á escribir para el público en 1806: dos años despues de muerto el célebre Schiller, fundador y padre del moderno teatro aleman. Entonces no presentía nuestro poeta que pasados veinte y nueve años habría de ser en cierto modo para España lo que

había sido aquel para Alemania; y cediendo al influjo de las lecciones de sus maestros y de las doctrinas reputadas *únicas* en las áulas, procuraba seguir extrictamente las huellas de los antiguos ó el ejemplo de nuestros líricos renombrados del siglo XVI. Si á veces la natural independencia de su fantasía lo llevaba á imitar los vuelos mas atrevidos de Quintana y de Cienfuegos (el primero de los cuales supera, en mi opinion, á todos los antiguos líricos españoles), pronto plegaba las alas de su entusiasmo y descendia al carril estrecho de la imitacion horaciana ó anacreóntica, que era por aquellos dias el *sumum bonum* de la belleza poética. Entonces la poesía lo imitaba todo menos la naturaleza; por eso en la mayor parte de los versos de aquel tiempo encontramos con frecuencia sentimientos estereotipados y descripciones moldeadas, faltos los unos de calor, faltas las otras de verdad, nulos todos para comunicar á los lectores un fuego que habia desperdiciado el poeta en operacion material tan infecunda.

Pero véase hasta qué extremo es eficaz el poderío de las facultades ingénitas de cada uno, y cómo se revelan siempre, por mas que el freno de la educacion, de las costumbres ó de las circunstancias especiales de la sociedad procure confundirlas ó desnaturalizarlas. El jóven educado en las tradiciones de la escuela exclusivamente clásica, para la cual era impío cuanto no fuese rendir tributo á los líricos latinos ó á sus imitadores y secuaces; el jóven que había respirado al nacer el aire de una regeneracion imitadora, y á quien se había presentado sin cesar como única fuente de belleza ese mismo principio de imitacion servil, fundado en las estrechas reglas proclamadas por Boileau; el jóven que al empezar á discurrir por sí propio no veía mas espectáculo que el de una córte corrompida, y no recibía de la prosáica y monótona sociedad de aquellos tiempos ninguno de los poderosos estímulos que vigorizan la imaginacion y la empujan al sendero de la originalidad, ó peculiarmente suya, ó encarnada en los elementos nacionales del pueblo á que pertenece, tuvo bastante fuerza intuitiva para demostrar, desde el primer sonido de su lira, que sus inspiraciones jamás podrian templarse al compás de la imitacion exótica hasta el grado de perder toda su propia energía, y que, pensando acatar el dominio de las convenciones apellidadas preceptos, hallaría modo de seguir el rumbo de la musa genuinamente española, impregnándose en la savia de los antiguos romances. Así vemos que la primera pro-

duccion del discípulo de Horacio, del *clásico* alumno del Seminario de Nobles, es un *romance morisco*, escrito con numerosa gallardía, aunque menos rico en imágenes y de mucho mas tímido plan que los buenos de su especie. Esta primera tentativa es la espontánea expresion de las inclinaciones del poeta, modificada y enflaquecida por el hábito de la imitacion convencional, y por la fuerza del ejemplo, casi siempre incontrastable. Ella indica elocuentemente, para los que saben ver en las cosas algo mas que la exterioridad de las cosas mismas, el rumbo en que el poeta ha de encontrar tonos propios, no bien crezca en aliento para romper las ligaduras del servilismo de escuela.

Por lo demás, nuestro autor, sin levantarse del suelo en que se agitan casi todos los poetas sus contemporáneos, canta á las zagalejas del valle como pudiera hacerlo un pastorcillo de la Arcadia, ó habla del amor como del hijo querido de Vénus, sin que se le ocurra mayor desgracia para el dia en que falte á su cariño (que trasciende á sensual y pagano desde una legua), que la de que

«Maldiga Pan *sus* ovejas,
Maldiga *sus* corderillos.»

¡Lamentable aberracion de los tiempos y de los hombres, desconocer que cada siglo y cada nacion tiene su modo particular de ser, y que las inspiraciones del alma deben estar en armonía con las condiciones características de cada civilizacion, y, sobre todo, con los fundamentos esenciales de cada creencia! Pero los maestros hubieran excomulgado al discípulo que, consagrando sus ocios á la poesía, no hubiese apelado á *Mavorte*, al hablar de guerra, ó hubiera desatendido las *Driadas* y *Amadriadas*, al hablar del campo; y como podian presentar bellos modelos de esta especie, y hacían comprender á la juventud que no era posible hallar bondad fuera de semejante amaneramiento, el anacronismo triunfaba del buen sentido, y las mejores disposiciones se perdian cuando no eran bastante fuertes para quebrantar el círculo de hierro en que se las encerraba.

Nuestros preceptistas antiguos y modernos, sobre todo los que se educaron cuando las doctrinas clásicas trasplantadas á nuestro suelo por la dinastía borbónica ejercían absoluto imperio en el mundo de la poesía, no acertaban á comprender que á los bellos tipos que nos ha legado la antigüedad podian añadirse tipos nuevos, no menos abundan-

tes en belleza. Y sin embargo, en la esfera misma del clasicismo encontramos diferencias muy notables, ora entre la escuela herreriana y la de Melendez, ora entre la sequedad y prosaismo de los Iriartes y el grandilocuente arrebato y la viril energía de nuestro admirable Quintana. Estas, como todas las escuelas, me parecen aceptables y hasta plausibles, no solo cuando, rindiendo culto á la verdad, realizan la belleza, sino cuando se mueven en su propia esfera de accion sin aspirar al despótico dominio de todos los gustos é inteligencias. Por el contrario, cuando se empeñan en falsear el natural desarrollo de los ingenios, para hacer prevalecer las prescripciones de un dogma falible, sujeto á mil intercadencias sociales; cuando proscriben y anatematizan todo lo que no se ajusta y concierta al tenor de sus caprichos; cuando sofocan el vivo impulso de los sentimientos del alma, para encajarlos en una forma de expresion mas ó menos atildada, mas ó menos erudita, y muchas veces opuesta á la que les hubiera dado la inspiracion entregada á la fecunda libertad de su razonable albedrío, lo que pudo ser saludable se convierte en pernicioso, y los rigores del sistema acaban por anular y confundir á los que no son gigantes.

De que el Duque de Rivas habia de llegar á serlo algun dia tenemos mas de un ejemplo en la primera parte de este volúmen. Si no hubiesen existido en él tales gérmenes, no habria podido salir de la nulidad en que, viciada su propia índole y desnaturalizadas las condiciones esenciales de su ingenio, habría llegado á sucumbir, como sucumbe el pez fuera del agua, como sucumbe el hombre sumergido en la inmensidad de los mares. Pero el arranque de su númen era superior á estas cadenas, y solo necesitaba el estímulo de un gran móvil para dar cuenta de sí mismo, demostrando que, aun sin salir del estrecho círculo trazado por sus maestros, aun sin abandonar la forma tradicional, por decirlo así, que se le habia recomendado como única susceptible de perfeccion, era capaz de remontarse á mucha altura, merced á los vivos ímpetus del corazon abrasado en el noble fuego del patriotismo.

Hé aquí de qué modo se expresa al ver el magnífico espectáculo que ofrecen las provincias de España armadas al grito de independencia contra el artero invasor que quiso amarrar nuestra patria al carro de sus victorias:

«Cuerpos armados y armaduras brota
El espacioso campo de Castilla:

Las tumbas de los héroes se estremecen:
En Sagunto y Numancia resplandecen
Los españoles de la edad remota,
Y lumbre celestial en ellos brilla.
Los hijos de Sevilla
Sobre la invicta espada
Del gran Fernando, horror del agareno,
De constancia y honor henchido el seno,
Juran vengar la patria profanada;
Y recuerda su arrojo y alta gloria
De Alfonso y de las Navas la memoria.»

Y mas adelante, al cantar la *Victoria de Bailén*, exclama:

«Guerra en el monte, en la llanura hay guerra,
Y guerra por do quier: desde la frente
De la enriscada sierra
Hasta el mar de occidente,
Que azota el alto muro gaditano,
La líbida Belona
Con sangriento clarin guerra pregona.»

Ni se limita á implorar el favor de las deidades que la fraseologia poetica del clasicismo emplea simbólicamente, y que, dando esmalte en ocasiones al lenguage de la fantasía, son de todo punto ineficaces para expresar los verdaderos ímpetus del corazon. Arrebatado en alas del patriotismo, guiado por el sentimiento religioso, que, enlazado al de la independencia nacional, fué á principios de este siglo origen de tantos gloriosos hechos, de tantas acciones heróicas, se olvida de Júpiter, de Marte, de todos los símbolos mitológicos que le habian enseñado á invocar en las escuelas, y grita con el vigor de quien siente arder fuego divino en su alma:

Alzad á Dios las manos, ¡oh naciones!
A quien de sangre y de dolor y espanto
Cubrió el bárbaro atroz. Vuestro enemigo
Tambien lo es de su nombre sacrosanto.
Y con fragor tremendo
Del huracan sobre las negras alas
El carro del Señor viene corriendo,

Y rásganse las nubes, y agitando
El mar hinchado sus bramantes ondas,
El enojo de Dios está anunciando.
Pálido el sol suspende el movimiento,
Y se estremece el alto firmamento;
Que Jehova empuña la trisulca llama,
Y por los rudos vientos se derrama
Su acento, semejante
Al trueno retumbante
Abortador de rayos,
Y al estruendo de carros y caballos
Que corren á la lid, y dice: «Sea
Castigado el soberbio,
Y confundida su impiedad se vea.»

En estos acentos prorumpe al ver á *Napoleon destronado.* De este modo patentiza el error de los que aseguran que la poesía se alimenta exclusivamente de ficciones. Tan cierto es que no existe móvil de inspiracion semejante á la exaltacion de los sentimientos verdaderos.

Vemos, pues, que los mas gratos acordes de la lira de nuestro poeta, los que á mayor altura lo levantan y mas vivamente impresiona el ánimo de los lectores, en este su primer período, son los que le inspira la musa del patriotismo; los que, sin abandonar todavía la forma clásica, participan en cierto modo del vigor natural característico en la escuela á que despues se ha dado el nombre de romántica. Y ya que he tocado en este asunto, permítaseme apuntar algunas ideas no del todo ajenas al propósito de estos renglones.

En mi concepto la escuela clásica, lo mismo que la romántica, lo mismo que todas las escuelas, se halla subordinada á condiciones de que ninguna puede prescindir, y que, en último resultado, dividen los productos del saber y del ingenio, sean cuales fueren su índole y circunstancias, en dos grandes secciones, únicas bien definidas y por naturaleza inmutables. Para establecer esta division, que alcanza á todos los sistemas y que no excluye ningun género de originalidad, basta un criterio recto, desapasionado, libre de exclusivismo tiránico, apto para examinar las cosas á su verdadera luz, fuerte para no ceder á exigencia de ninguna clase, bastante imparcial, en una palabra, para discernir lo *bueno* de lo *malo* bajo todos sus caracteres posibles, con-

denando sin piedad lo segundo y enalteciendo lealmente lo primero. Esta division, que nadie puede rechazar, porque, bien mirado, no hay otra lógica y razonable, es el faro que debe servir de guia á la crítica actual en el flujo y reflujo de gustos y de sistemas que se han disputado el cetro de la poesía de ochenta años á esta parte. No es, pues, caprichoso ni arbitrario el condenar la aplicacion que de los rigurosos preceptos llamados *clásicos* se ha hecho en ciertas y determinadas épocas, sofocando la originalidad de ingenios templados para otra cosa. El clasicismo, en cuanto á la forma de expresion, tiene exigencias que se fundan en los mas sanos principios y que deben ser siempre acatadas. Ni podemos ni queremos negarle esta excelencia, que ha dado muchas veces larga vida á pensamientos triviales. Pero semejantes exigencias, justas hasta cierto punto con relacion á la forma, no deben ascender á la region de la idea; porque si se da tal latitud al principio de imitacion, haciendo que los escritores sean unos reflejo de otros y obligándolos á marchar juntos por igual sendero, la monotonía que no puede ménos de producir la contínua repeticion de unas mismas cosas, acabará por empalagar á todo el mundo.

La gran dificultad del arte consiste en hermanar el fondo con la forma, de suerte que la idea resulte vaciada en el molde que mejor la determine; consiste, mas principalmente aún, en expresar la verdad, sin alterar su naturaleza en nada, con los encantos seductores de la poesía. Dígalo, sinó, Quintana; dígalo Gallego, cuya forma de expresion es de una belleza insuperable; dígalo el Duque de Rivas; díganlo, en fin, cuantos poetas sintieron agitado su corazon y exaltada su fantasía al grito regenerador de independencia: grito que habia de levantar nuestra raza de la postracion en que se hallaba, á efecto de la esclavitud en que habia yacido por espacio de tres siglos, y que, presentido por Quintana, dió por resultado la vigorosa poesía que pudiéramos llamar *de la guerra de la independencia*, admirable por la verdad, sublime en ocasiones por la clásica belleza de la expresion, eterna en la historia de nuestra patria por el calor en cierto modo romántico de sus libres y elevados pensamientos (1).

Ménos atrevido que en estas composiciones, D. Ángel Saavedra

(1) Entre estos poetas merecen especial mencion el Duque de Frias, Lista y Arriaza, á quienes el patriotismo arrancó tambien cánticos inmortales.

(para quien la historia de la edad-media era fuente inagotable de poesía, bien que no acertase aún á comprender toda la que encerraban los elementos fundamentales de aquella civilizacion reconstructora), se limita en *El Paso honroso*, miniatura de epopeya caballeresca, cuyo héroe es el famoso D. Suero de Quiñones, á combinar unas cuantas descripciones de encuentros y reencuentros, llenas á veces de verdad, no tan variadas como fuera de apetecer, escritas en octavas donde la mas fácil y gallarda elocucion suele verse deslustrada por la flogedad y el prosaismo, así en la diccion como en los versos. Pero aunque el asunto del poema raya en insignificante de puro sencillo; aunque en él no falta el amanerado sueño, de rigor en esta clase de obras; aunque las visiones que la fantasía del poeta presenta á la de D. Suero no pasan de ser paráfrasis mas ó menos acertada de la bellísima *fábula del Genil* del antequerano Espinosa, no por eso desagrada su lectura, ni hubiera sido justo condenar al fuego la casta pintura del tímido amor del héroe, y de la esquivez, mas aparente que real, de la hermosa por quien suspira.

De igual timidez en la contextura del plan y en las imágenes y pensamientos participan las demas composiciones de nuestro autor anteriores á la que se titula *El Desterrado*, escrita en 1824 á bordo de un buque inglés, en el momento de abandonar á pesar suyo la madre patria. En ellas se encuentra cierta vigorosa espontaneidad y cierta frescura de color que son comunes á todas las producciones antiguas y modernas, clásicas y románticas del Duque de Rivas. Pero exceptuadas las patrióticas que he citado, y alguna que otra animada del mismo generoso espíritu, casi ninguna se sostiene á la altura conveniente, y pecan, ya en amaneradas, ya en vulgares, ya en desaliñadas é incorrectas. En todas, sin embargo, se descubren destellos de la luz que, andando el tiempo, habia de convertirse en fanal de una revolucion literaria. En todas se ven rastros del antagonismo latente entre el espíritu liberal, ingénito en el poeta, y la subordinacion á los preceptos que habian sido norma constante de sus trabajos, y que iban insensiblemente perdiendo gran parte de su fuerza, á medida que arraigaban en nuestro suelo, vigorizadas por la lucha, las ideas políticas destinadas providencialmente á regenerarlo.

Se ha dicho mas de una vez, y por motivos muy diferentes, que la virtud se acrisola en la desgracia; que los vários accidentes de la

vida son la mejor enseñanza del hombre. Lo mismo sucede con el ingenio. Para que la imaginacion no se malogre en esfuerzos impotentes es necesario alimentarla con impresiones variadas, herirla y exaltarla naturalmente en el espectáculo del mundo, no exigirle que saque de sí misma todos los recursos que haya de poner en accion, ni que pinte afectos cuya influencia jamas haya experimentado. Una vida tranquila y uniforme rara vez da por resultado las enérgicas concepciones que nacen de la sincera expresion de los sentimientos combatidos en el mar tempestuoso de la sociedad y sujetos alternadamente á diversas aventuras. De esta verdad son elocuentes pregoneros la composicion arriba citada, *El Sueño del proscripto* y *Florinda*, poemas engendrados en el destierro, y en los cuales, menos sumiso á los preceptos de escuela y á la estricta imitacion, el poeta demuestra mas originalidad y osadía y empieza á escribir con inspiracion propia. Una observacion lo dará á conocer en cuanto es posible, ya que, por la índole misma de este escrito, me veo privado de examinar detalladamente las diversas obras que componen la Coleccion que me ocupa.

Sin salir de una sola de las citadas, del poema que se titula *Florinda*, hallaremos, comparándolo con otro anterior de la misma especie, que hay una gran exactitud en lo que mas arriba he dicho. Y sinó, parangónese su plan con el de *El paso honroso*, que tambien tiene aspiraciones épicas; examínense los recursos de que el autor se vale para desenvolver y graduar el interés de la accion en ambos poemas; véanse los elementos humanos que los constituyen, y, sin tocar en la mayor novedad y grandeza de los símiles, en la intension con que están bosquejados los caracteres, en la variedad de las descripciones, en los resortes sobrenaturales, en el número y oportunidad de las sentencias, y, muy principalmente, en la mayor fluidez y lozanía de la versificacion, se comprenderá desde luego la inmensa distancia que separa á *Florinda* de *El paso honroso*. En una cosa, no obstante, se identifican estas dos obras: en la severa unidad que las distingue, fruto de la clareza de términos con que en ellas está distribuida y desenvuelta la accion. Esta cualidad, que tanto avalora los productos del entendimiento, y que, en mayor ó menor grado, resplandece en todas las producciones del Duque de Rivas, es indudablemente consecuencia de su educacion clásica, y sólido fundamento

de grandes aciertos y perfecciones en el segundo período de su existencia poética.

Si es cierto que la belleza es hija muchas veces de los contrastes, no hay duda en que el autor ha acertado á realizarla, presentando algunos en su poema dignos del mayor elogio: tal es, entre otros, el que resulta cuando Florinda abrasada en impuro amor, luchando con la acerba idea de haber deshonrado á su padre, busca alivio á sus tempestuosos dolores en la soledad de los campos, á la tibia claridad de la luna, y llega providencialmente á presenciar el espectáculo del sencillo amor de dos almas puras; del encanto inefable de la felicidad pastoril, que se agrada y satisface en el cultivo de los tiernos sentimientos; de la serena paz de la conciencia, ni envidiosa ni envidiada por los poderosos, envidiadísima en aquel momento por la infeliz criatura destinada fatalmente á originar la pérdida de su patria. Esta manera de concebir el arte revela que el ingenio del autor se ha engrandecido y acrisolado en el destierro, y que la enseñanza de las propias amarguras y el libre ejercicio de la inteligencia, en pueblos mas ilustrados y civilizados que lo era el nuestro, no han sido perdidos para su alma. Tambien merecen especial mencion la pintura de la llegada del Conde D. Julian á la barca de los pescadores, en la que, á pesar de las justas reflexiones de estos y de la deshecha borrasca que agita tumultuosamente las olas,

«Huye de España, sin saber á donde;»

la de Rodrigo en el castillo de Hércules habitado por Ruben, fantástica y digna del enérgico pincel de Shakespeare; y, por último, la aparicion de Mahoma á Muza, descrita en estas hermosas octavas:

«Armas, despojos, rayos de la guerra,
Famas de altas naciones y fortuna
Huellan sus pies, que estriban en la tierra,
Mientras su frente escóndese en la luna.
Arde el Coran, que al universo aterra,
En medio de su pecho, cual laguna
De encendidos metales, y parece
Que á su presencia el orbe se estremece.

»Muza pasmado la rodilla inclina,
Postrando contra el suelo su semblante,
Cuando la colosal diestra encamina

El gran espectro, y le ase del turbante;
Y, las nubes hendiendo, le avecina
A Abila peñascoso en corto instante,
Y párase con él en la alta cumbre,
Que temblando abortó tartárea lumbre.»

¡Cuán otro es este poeta del que invocaba candorosamente al dios Pan, ó seguia de cerca los giros y pensamientos de nuestros antiguos clásicos! En el presente poema no se se ven ya copias de copias, estrictamente ajustadas á un mismo tono, sino estudio de la naturaleza y del corazon, tonos verdaderos, tan clásicos como se quiera, pero que tienen vida propia, que son clásicos por sí mismos, no por el prestado reflejo de otros escritores. En suma, *Florinda*, cuyo plan es harto diminuto con relacion á la magnitud del sugeto, no solo supera en importancia á las anteriores producciones de nuestro autor, sino declara palmariamente que su espíritu empezaba á encontrar el camino donde la madurez de los años y nuevos y mas liberales estudios, unidos al amoroso recuerdo del suelo natal, habian de ofrecerle poco despues ancho campo de inspiraciones originales, y cosecha nada escasa de laureles imperecederos. Claro es que *Florinda* dista mucho de llegar á las condiciones de una verdadera epopeya, para lo cual el asunto se prestaba maravillosamente; pero hasta la eleccion misma de este asunto prueba que el poema á que se alude, terminado durante la permanencia del autor en la isla de Malta, es el punto en que se refunden las antiguas y las nuevas doctrinas del poeta, así como aquella roca, denominada por algunos *flor del mundo*, sirve de punto de transicion y de enlace entre la Europa y el Africa.

La permanencia del Duque de Rivas en Malta fué importantísima para su ingenio, porque contribuyó poderosamente á despertar en él los gérmenes que hasta entonces habian estado sofocados ó adormecidos; gérmenes en cuya espansion se cifraba su gloria futura, y que alentaron y convirtieron á su verdadero centro de actividad, ya los ilustrados consejos de Mr. Frere, ya el estudio de modelos como Shakespeare, Byron y Walter Scott. Fruto de las ideas debidas al trato frecuente con las obras de estos inmortales maestros son, no solamente las composiciones tituladas *El faro de Malta*, *La sombra del Trovador*, *La maledicencia*, *A mi hijo Gonzalo*, y cuantas brotaron en la fantasía de nuestro D. Angel hasta 1833, sino su interesante poema-leyenda ti-

tulado *El Moro expósito*, y gran parte de sus bellísimos *Romances históricos*. En aquel, en estos, y, mas que en todo, en su admirable drama *D. Alvaro*, es donde el Duque de Rivas se remonta á la esfera de los mas altos ingenios; donde, sobreponiéndose á toda imitacion servil, encuentra la verdadera originalidad, no fundada, como algunos ignorantes suponen, en decir lo que nadie ha dicho, sino en combinar los elementos que existen en la naturaleza, en la historia, ó en el mundo de las ficciones consagradas por la fama, infundiéndoles nuevo ser, haciéndolos servir á distintos fines, y revistiéndolos de un carácter cuyos elementos vitales sean hijos exclusivamente del poeta.

Pero dejemos para mas adelante el hacernos cargo de estas obras (aunque la circunstancia de ir cada seccion de ellas acompañada de un juicio crítico particular me obligue á restringir el mio á muy breves términos), y vengamos á las demas composiciones que completan y coronan este volúmen, cuyo sumario exámen es el principal objeto del presente *Prólogo*.

El autor, que en Malta habia tenido ocasion de familiarizarse con las grandes creaciones del romanticismo ingles, y que habia aprendido en tal escuela á estimar debidamente el alto mérito de nuestros admirables dramáticos del siglo XVII, calumniados y escarnecidos por los aristarcos preceptistas de la manera imitatoria, dejó aquella isla para trasladarse á Francia, cuando la revolucion poética iniciada en Alemania por Klopstock, Wieland y Lessing, llevada á su mayor apogéo por Goethe y Schiller, y canonizada y reducida á fórmula preceptiva por Federico y Augusto Guillermo Schelegel, acababa de estallar con inaudito vigor en los cantos de Víctor Hugo y Lamartine y en los dramas de Dumas, merced á las semillas oportunamente derramadas por Chateaubriand, Constant y Madama Stael; gracias á los tímidos pero progresivos ensayos de algunos otros autores. Esta revolucion, que ha ejercido tanta influencia en Europa, y á la que en realidad debemos los españoles la libertad del ingenio y la emancipacion de la crítica; esta revolucion que ha puesto en movimiento y hecho circular por el mundo literario ideas liberales que en los siglos anteriores se hubieran estimado sacrílegas; esta revolucion que, aceptando la multiforme variedad de los gustos nacionales, abolía para siempre el absurdo principio de imitacion y favorecía el desarrollo poético de la verdad, no podía ménos de herir vivamente la imaginacion de nuestro poeta, templado como el que

mas para comprender y seguir el impulso de su corriente regeneradora.

No seré yo de los que pongan en tela de juicio, y mucho ménos en este lugar, la debatida cuestion de *clásicos* y *románticos*. Aceptando estas denominaciones (porque es imposible revocar la existencia de lo que realmente ha sido), y conociendo cuánto hay de perjudicial y de erróneo en la exageracion de los principios que pretenden ser absolutos, creo, como ya lo dejo indicado, que por todos los caminos se puede llegar á la realizacion de la belleza; que todas las formas son buenas cuando expresan bien el pensamiento. Pero creo tambien que cada ingenio tiene su índole peculiar, en armonía con el fin á que la Providencia lo destina, y que la del Duque de Rivas, llamado á regenerar con nuevo aliento nuestra poesía y nuestra escena, debia inflamarse y enriquecerse con el fogoso caudal de las teorías y creaciones románticas que luchaban á la sazon por el predominio en aquel gran centro de la civilizacion del mundo. Allí, no solo admiró el espíritu que animaba á los grandes regeneradores franceses, tan injustamente denostados por la crítica sistemática, sino acabó de comprender el verdadero rumbo que debía seguir para llegar á la originalidad que nunca muere, siendo profundamente español, buscando y hallando en el estudio de nuestros antiguos romanceros y cancioneros, en nuestra caracterizada y enérgica poesía popular, torpemente desatendida por el fanatismo y la ignorancia, tesoros inagotables.

Consecuencia de este modo de ver las cosas, de las hondas impresiones recibidas al visitar nuevamente los lugares donde habian corrido los verdes años de su juventud, y de la plácida embriaguez que experimentaba su imaginacion bajo el hermoso cielo de Nápoles, son las poesías que componen el último tercio de este primer tomo; poesías que salieron á luz en 1851 bajo el título de *El crepúsculo de la tarde*, acompañadas de la preciosa leyenda titulada *La azucena milagrosa*, y que (escritas muchas de ellas en medio del estruendo de la revolucion italiana de 1848) son las mejores del autor por el pensamiento, la sobriedad, el sentimiento y el estilo. Lástima que no sean todas igualmente correctas, y que las deslustre á veces la suma llaneza del lenguage ó lo escabroso y duro de algunos versos: pero esto es producto dela estremada facilidad y abundantísima vena del poeta, de su ningun apego á corregir lo que engendra y formula de un solo arranque su siempre jóven fantasía.

En estas composiciones se advierte, no solo que el autor campea en terreno conocido y goza de la misma libertad que ha conquistado su patria, sino que, encargado de representarla en uno de los paises mas poéticos del globo, sabe utilizar gallardamente su poesía, enriqueciendo su paleta con colores de singular brillantez y elevándose á contemplaciones filosóficas de la mayor trascendencia. Ademas, el íntimo consorcio de las lenguas italiana y española, y el ejemplo de líricos tan ilustres como Manzoni, Campagna y Leopardi (el último de los cuales excede á Píndaro en grandeza y arrebato) habían necesariamente de influir de un modo beneficioso en las inspiraciones de nuestro poeta, despertando en su corazon peregrinas armonías, haciéndole prorumpir en cánticos animados por la llama que siempre vive. Díganlo, entre otras composiciones, la *Meditacion*, dirigida al célebre poeta Campagna; la *Fantasía nocturna*, abundante en riqueza descriptiva y en profundos pensamientos; *La Vejez*, de admirable unidad en su gráfica variedad, y rebosando en conocimiento de la sociedad y de los hombres; y, por último, la original y animada elegía titulada *Elvira*, de austera moral y rica en maravillosos rasgos de ternura. Todas ellas son lo que hoy debe ser la poesía lírica: sentimiento individual, y al mismo tiempo expresion legítima y verdadera de la civilizacion que la produce. Todas se encuentran análogamente á la altura de las mas levantadas creaciones de nuestro antiguo parnaso. Todas acreditan que el Duque de Rivas no es un poeta vulgar, y que pueden aplicársele exactamente los versos de Calpurnio colocados á la cabeza de estas líneas:

«Non pastor, non hoc triviali more viator,
Sed Deus ipse canit: nihil armentale resultat:
Non montana sacros distinguunt jubila versus.»

Ya hemos visto de qué modo el que habia derramado su sangre por la patria, combatiendo primero por la independencia, luchando despues por la libertad, y mereciendo siempre el renombre de *galan*, *valiente* y *discreto* con que distinguió Mira de Mescua al héroe de una comedia famosa, consiguió (aleccionado por la adversidad y engrandecido su espíritu en los azares de la proscripcion) hallar el secreto de su propia fuerza en el libre desahogo de la fantasía y en el castizo vigor de un acendrado españolismo. Sin embargo, esta última cualidad, la mas importante acaso de nuestro poeta, la que mas ha contribuido á que fruc-

tificase su ejemplo, no podrá ser apreciada en toda su latitud, si nos concretamos á buscarla exclusivamente en la poesía lírica, destinada por naturaleza á satisfacer la necesidad que experimenta el alma de contemplarse en la expresion de sus propios sentimientos; ineficaz para recorrer de un vuelo el vasto y complicado conjunto de los afectos é intereses populares de una gran nacion; personalísima, como resultado de la emocion particular de un solo individuo. Por el contrario, el *poema*, la *leyenda*, el *romance histórico*, y el *drama* contienen elementos que pueden darnos á conocer latamente lo que la lírica nos revela de un modo exiguo. Apelemos, pues, á ellos, y veremos con cuánta razon ocupa el Duque de Rivas el primer lugar entre los regeneradores de la poesía española de nuestros tiempos.

Su obra poética de mas importancia y magnitud, descartadas las dramáticas, es, sin duda alguna, *El Moro expósito*, poema-leyenda escrito bajo el influjo de las nuevas teorías, y destinado á servir de bandera en la revolucion literaria, consecuencia natural de la revolucion política realizada no bien dejó de existir Fernando VII. Esta obra, empezada en Malta y concluida en París, es única de su especie en nuestro parnaso: no se parece á nada de lo que la ha precedido; está muy por encima de cuanto se ha escrito despues en tradiciones análogas.—Mucho siento que los estrechos límites de un proemio no me permiten examinarla detenidamente, ya que el brillante prólogo de D. Antonio Alcalá Galiano con que salió á luz por primera vez, y que ha de acompañarla en la presente edicion, es, mas que exámen detenido de sus bellezas y defectos, apreciacion general de doctrinas y de sistemas. Pero aun á riesgo de dar en prolijo y de parecer difuso, he de apuntar algunas ideas de las que ha despertado en mí su lectura, bien que fuera necesario dilatarse en graves consideraciones para valorar con exactitud los quilates de su mérito.

Término medio entre la epopeya y la novela; engalanado alternativamente con los atributos de ámbos géneros, y ostentando rasgos líricos de belleza extraordinaria, *El Moro expósito* se halla revestido de un carácter particular, no bien definido todavia, aunque propios y extraños lo hayan examinado y juzgado repetidas veces. Ligado á la verdad divina por el espíritu providencial que lo corona; á la verdad humana por la pintura y desarrollo de los caracteres y pasiones; á la verdad circunscrita de la historia por el colorido, y á la verdad poé-

tica por las descripciones é imágenes, el poema en cuestion (novela en cuanto á la distribucion de los sucesos, y de un interés y movimiento dramático mas activos de lo que exige la epopeya) difiere extraordinariamente de los poemas antiguos, y satisface, no obstante, las condiciones de tal epopeya, presentando el conjunto de las creencias, hábitos, costumbres é ideas de la España del décimo siglo. Épico en la unidad del asunto; en las variadas personificaciones de dos razas incesantemente en pugna; en el fiel retrato de la vida íntima y de los elementos sociales de dos pueblos diferentes, y en el contraste que resulta de dos civilizaciones distintas (hijas de dos religiones diversas), desarrollándose simultáneamente en un mismo suelo, falta á lo que exige este linage de poemas, en la carencia de concentracion de sus fundamentos esenciales y en la demasiada independencia relativa de las partes de que se compone. Sin embargo, los caracteres de los personages que intervienen en la fábula se hallan, generalmente, individualizados con raro acierto, y las pasiones estan pintadas, hasta en sus menores detalles fisiológicos, con la elocuente verdad de la naturaleza. Por eso al leer esta interesante produccion, basada en el trágico suceso de los siete infantes de Lara y en el castigo providencial de Ruy-Velazquez, nos sentimos transportados á las remotas edades que pone en relieve, y se nos figura haber nacido con Mudarra entre la pompa oriental de los Califas, en las feraces campiñas de Córdoba, ó asistido, en medio de la aridez y pobreza de Castilla, al hogar de aquellos hombres de hierro, tan duros é implacables en sus venganzas.

No diré yo como un distinguido crítico francés (1), acaso el que mas imparcialmente y elevándose á mas altas consideraciones ha analizado esta obra, que bien examinado su desenlace (rápido, imprevisto. y, en su concepto, como en el de algunos críticos españoles, poco motivado y *mal traido*), hallaremos que la Fatalidad se muestra en él bajo un carácter particular, y que lo mas incontestablemente bello de *El Moro expósito* es la parte lírica. Concediendo, porque es justo, que la accion carece en cierto modo de una gradacion lógica bien determinada, y prescindiendo de la primacía que se otorga á los rasgos líricos del poema (porque es cuestion de gusto, para ventilada en otra arena

(1) Mr. CARLOS DE MAZADE. Véase la *Revue des deux mondes* perteneciente al 15 de Enero de 1846.

con mayor espacio), debo asegurar, restaurando los hechos á su verdadera luz, que semejante apreciacion del desenlace de esta obra es completamente equivocada. Donde el crítico francés no ha visto sino efectos de la ciega mano de la *Fatalidad*; donde críticos españoles de nombradía notan falta de preparacion y de acierto, podrá encontrar cualquiera que fije en ello la consideracion detenidamente, no solo una peripecia dramática muy verosímil, sino el complemento racional de la idea generadora del conjunto, reducida á manifestar simbólicamente la justiciera sabiduría de la *Providencia*.

Este simbolismo que no han sabido ó querido ver los censores, y al que ha llegado el autor, quizá sin prévia deliberacion de hacerlo, por una rara intuicion de la filosofía del arte, es tanto mas perceptible, de tanta mayor trascendencia, cuanto que se pone á cada paso de manifiesto por medios naturales y sencillos, sacados las mas veces del libre ejercicio de las pasiones humanas. Para descubrirlo basta simplemente querer verlo, ya en el errado flechazo del diestro esclavo de Giajar; ya en la infelicidad doméstica de Ruy-Velazquez ó en la pérdida de su hijo, abrasado en el incendio de su palacio; ya en el frustrado envenenamiento de Mudarra; ya en las imprecaciones de Elvida, que roban serenidad y esfuerzo al Sr. de Barbadillo; ya en la peripecia final, que arrebata al enamorado mancebo la dicha de enlazarse con la que adora á cuyo padre ha dado muerte. Esta especie de remordimiento que nace, crece y sofoca por un momentáneo arranque de respeto filial (único modo de lograrlo) una pasion verdadera: este voluntario sacrificio tributado por Kerima á la memoria de su padre (causa de sus desventuras, pero padre suyo al fin y muerto á manos del que idolatra), es de gran belleza moral y deja honda impresion en el ánimo de los lectores.

Por lo demas, apartando el prosáico amaneramiento en que el autor se deja caer algunas veces; la exuberancia de lirismo con que otras embaraza la narracion; la viciosa contraccion de los diptongos en que incurre con frecuencia, dando ocasion á versos duros y malos; la excesiva proligidad de varias descripciones, y el poco partido que ha sacado de ciertos contrastes, apenas indicados someramente,—la poética diversidad de tonos que emplea y el tacto exquisito con que busca y encuentra el orígen de lo maravilloso en un resorte peregrino, en la superstición, tan general en el pueblo de aquellos tiempos, imprimen

en este poema (aun sin pararnos en el espíritu profundamente español que lo anima en la esencia y en la forma) un carácter exclusivamente suyo, sean cuales fueren las ráfagas de aires extraños que hayan podido mezclarse á la atmósfera que le da vida. En resúmen: *El Moro expósito* es la síntesis de la edad-media española, en uno de sus períodos mas laboriosos de lucha y de reconquista, juzgada con severa imparcialidad, resucitada, por decirlo así, con sus vicios y virtudes, con sus preocupaciones y creencias, con su heroismo y su barbarie, con toda su poesía. ¿Qué espectáculo mas ingenioso, mas patriótico, mas eficaz para despertar de su letargo á los que por tantos años habian dormido el sueño de la imitacion exótica?

Y si de *El Moro expósito* pasamos á las obras representables, cuya influencia en el público es mas inmediata y activa que la de todos los demas géneros literarios (como que se dirige á la vez á gran número de personas), aún nos parecerá mas clara la diferencia que se advierte entre el Duque de Rivas clásico y el romántico, entre el imitador y el que vuela con libre impulso; aún se hará mas perceptible á los ojos del ménos perspicaz el influjo provechoso y decisivo de su ejemplo en el cambio de las doctrinas dramáticas, en el nuevo rumbo seguido por los ingenios consagrados al cultivo de la escena.

Las obras, ó, hablando con mas propiedad, los *ensayos* teatrales de la primera época de nuestro autor que han llegado á mi noticia, consisten en las tragedias *Ataulfo*, *Aliatar*, *Doña Blanca*, *El Duque de Aquitania* y *Malek-Adhel*, escritas desde 1814 á 1821, y publicadas las dos últimas en el tomo segundo de la segunda edicion de sus *Poesías*, que dió á luz en Madrid este mismo año (1). En 1822 entregó al fallo del público de la córte una nueva tragedia, *Lanuza*, que fué extraordinariamente aplaudida; y durante su permanencia en Malta (de 1825 á 1830) escribió otra que no conozco, titulada *Arias Gonzalo*, y la comedia *Tanto vales cuanto tienes*, cimentada en el mismo pensamiento de la que se titula *Oros son triunfos* (tambien imitada ó medio traducida de una extranjera), y medianamente clásica.

No hablaré de las tres primeras tragedias de que hago mérito, porque no tengo á la vista ni *Ataulfo* ni *Aliatar*, y el autor perdió en los

(1) La primera se hizo en Cádiz en 1813, y el primer tomo de la segunda se imprimió tambien en Madrid en 1820.

desastres políticos de 1823 el manuscrito de *Doña Blanca*. Pero basta para formar juicio de sus calidades conocer lo que escribia en 15 de Marzo de 1819 uno de los hombres mas autorizados entonces por su erudicion y buen criterio, D. Antonio Ranz Romanillos, distinguido traductor de las *Vidas paralelas* de Plutarco (1). Comparando el benévolo dictámen de este sábio crítico de la escuela clásica con las dotes que realmente caracterizan á *El duque de Aquitania*, *Malek-Adhel* y *Lanuza*, se puede fácilmente venir en conocimiento de la limitada importancia de tales ensayos, en los que, sin fuerzas aún para salir del angosto cáuce de la imitacion, aspira el poeta á conseguir *cierta originalidad*, presintiendo instintivamente el verdadero destino de sus facultades. No quiere esto decir que las obras trágicas á que aludo sean relativamente inferiores á la generalidad de las que entonces se escribian; pero ni alcanzan el vigor y pintoresco estilo de las de Cienfuegos, ni

(1) Los lectores agradecerán sin duda que les trascriba á continuacion parte de la carta á que se alude en el texto, que todavía se halla inédita. El Sr. Ranz Romanillos, respondiendo desde Cádiz á una consulta del autor, se expresa del siguiente modo:

«Todo lo demás que V. dice sobre el sistema que ha adoptado para escribir trajedias que no sean calcadas sobre un particular modelo, sino que lleven consigo cierta originalidad, guardando en ellas escrupulosamente la verosimilitud, contrastando los caractéres, observando las reglas de las unidades, acrecentando el interés en la proporcion del progreso de la fábula, disponiendo un desenlace el menos artificioso posible, tomando del teatro francés y del italiano lo que respectivamente es laudable en cada uno, y cuidando de que el lenguaje sea puro, correcto, y adornado convenientemente segun el género de poesía que se cultiva: todo esto repito á V. que está maravillosamente pensado, y tambien vuelvo á decir que hallo en V. grandísima disposicion para ejecutarlo, hasta donde á nuestra limitacion le es dado alcanzar. Por tanto, lejos de aconsejar á V. que se contente con los ensayos hasta aquí hechos, le exhorto cuanto puedo, á que prosiga sudando en esta arena con la esperanza de ser coronado.

»En las muestras que V. ha dado, las acciones están bien conducidas; no hay escenas supérfluas; el diálogo es animado, fluido, y muy sostenido; y si hay descuidos, no son de los muy reparables en que se falta á las reglas del arte; que ya es muchísimo. Del principio trascendentalísimo de no perder de vista la verosimilitud, se derivan las mas de ellas, y V. es cuidadosísimo en guardarla; lo que dará siempre mucho valor á sus composiciones. Las reglas empero mas se ocupan en precaver defectos, que en prescribir bellezas. Dicen cuando mas en la parte positiva, que tales y tales lances, como los reconocimientos y mudanzas de fortuna, bien preparados y manejados hacen maravilloso efecto; pero no señalan ni pueden señalar el momento oportuno de su uso, y en esto está toda la dificultad. Así las reglas no abren ni despejan el buen sendero: notan, sí, muy bien los malos pasos donde ya se ha tropezado. Las bellezas

rayan á la altura del *Pelayo* de Quintana, ni la mas popular y aplaudida de todas ellas, la que tiene cierto calor verdadero, debido al espíritu patriótico que la produjo, llega á competir con *La viuda de Padilla* de Martínez de la Rosa, escrita á impulsos del mismo espíritu alusivo de *circunstancias*. No obstante, *Lanuza* (aunque en realidad de verdad histórica nada tenga que ver con el justicia de Aragon, víctima de su entereza) se ha sostenido con éxito en nuestros teatros hasta hace poco. Yo mismo la he visto en mis primeros años causar gran sensacion en el público, merced á las alusiones políticas en que abunda y que tan bien respondian á los sentimientos de la multitud, embriagada de placer en los primeros dias de la restauracion liberal de 1834.

Las demas se encuentran, poco mas ó ménos, en el mismo caso que *El Duque de Aquitania*, cuyo principal personage es la milésima trasmigracion del espíritu de Orestes (desnudo de la magestad y gran-

las ha de sacar cada uno de su propio fondo; y por esta razon se diversifican tanto en las obras de ingenio los que trabajan en un mismo género, y aun sobre un mismo argumento.

»Pasando ya á hablar, sobre este fundamento, de las dos trajedias, en las que desea V. sea yo su Aristarco, le aseguro con toda verdad que á mi entender en la de D.ª Blanca, ha sacado V. del asunto todo el partido que era posible. La historia es conocida, y V. se ha valido con maestría de todas sus circunstancias, haciéndolas servir para dar realce á la accion: sobre todo, la aparicion del pastor está muy bien traida y manejada. Tales sucesos son muy propios para acrecer el terror; y en este drama, cuando la historia no le hubiera ofrecido, era preciso haberle inventado, porque faltan todos los otros medios teatrales de grande efecto. Los caractéres, que son los que la historia da á los principales personajes, están bien pintados y sostenidos. Con todo, «en D.ª Blanca, dice V., me descontenta el que esta infelice reina no interesa tanto como yo quisiera»; y no extraño que V. se explique así, porque yo observo tambien que no interesa segun mi deseo. Contribuye en alguna parte á disminuir el interés en esta tragedia el que la protagonista no puede haberse mas que pasivamente en toda ella, no pudiendo poner nada de su parte ni para mejorar ni para empeorar su suerte. Las situaciones apuradas de los personajes principales, sus deliberaciones, y sus acciones consiguientes á los riesgos que les amenazan, dan mucho calor al drama, y ponen á los espectadores en una proporcional agitacion. Aquí esta infeliz princesa nada tiene que hacer, y solo la consideramos como una cordera inocente caida en las garras de un lobo; en cuyo favor se trabaja para que este no acabe de despedazarla. Reflexione V. que estas situaciones, puramente pasivas, de los principales personajes, de suyo son poco trájicas; á no que con ellos hayan de padecer otros que puedan tomar actitud activa, como son los que tienen un deudo natural muy inmediato; en el cual caso toman estos tambien la calidad de personajes principales, que es lo que sucede en el sacrificio de Ifigenia con sus padres.»

deza con que brilla en la sublime creacion del trágico griego), y cuyo plan es tan demasiadamente sencillo, como gastados los resortes que originan las peripecias y amanerado en su entonada compostura el lenguage de los interlocutores.

Cuando el príncipe de nuestros oradores políticos, el terso y abundante Galiano, escribía en París el sesudo proemio de *El Moro expósito*, analizando con sagacidad y clareza nada comunes lo que entre nosotros había sido el clasicismo importado, y los frutos que iban dando en otras naciones las ideas románticas, norma del Duque de Rivas al escribir su poema; cuando Toreno, Búrgos, Trueba y Cossío, Martinez de la Rosa, el mismo Duque de Rivas, Galiano, Canga-Argüelles y muchos otros españoles ilustres endulzaban las amarguras de la emigracion preparando con estudios y trabajos útiles el rénovamiento moral y político de nuestra patria, un escritor sábio, modesto, lleno de entusiasmo por el arte, levantaba su voz en el silencio general, en medio del abatimiento en que yacía la inteligencia dentro de los límites de la Península, aventajando en elevacion de miras á cuantos le rodeaban, para deslindar con profundo conocimiento filosófico las diferencias esenciales de las doctrinas clásica y romántica, predicando arrojadamente la libertad en el corazon del mas sofocante absolutismo; abriendo camino á la independencia del teatro en los momentos en que para juzgar las comedias eran buscados los teólogos.

Este hombre cuyo *Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del Teatro Antiguo Español, y sobre el modo con que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito peculiar* (1) encierra en muy breves páginas lo mas fundamental y sustancioso de las teorías regeneradoras; este hombre, ménos popularmente aplaudido que el inimitable Fígaro, aunque de mas alcance crítico y de mayor solidez y profundidad en materias filosófico-literarias, no solo fué el verdadero precursor de la nueva escuela, anticipándose á todos en la predicacion de sus doctrinas, sino rayó en una altura donde no consiguieron rayar despues ni el mismo célebre Larra, ni ninguno de los que al estallar la revolucion poética se encargaron de dirigir la opinion ó de aleccionar é instruir á los fervorosos cuanto inexpertos sectarios de la nueva ley. Sin los esfuerzos heróicos, no

(1) Impreso en 1828.

bien apreciados todavía, de D. Agustin Duran, para quien la poesía *no es otra cosa que el modo ideal de expresar los sentimientos humanos* (1); sin la singular constancia con que se lanzó á la arena como campeon firme y decidido de nuestro antiguo teatro y del espíritu eminentemente cristiano, nacional y libérrimo que lo produjo; sin sus vastos conocimientos estéticos, difundidos ardorosamente cuando nadie se curaba en España de tales cosas, tal vez hubiera sido mas difícil á la dramática de la regeneracion naturalizarse en nuestro suelo; acaso hubiera escandalizado mas á ciertos espíritus meticulosos y rutinarios la aparicion en la escena del teatro del Príncipe del gigantesco drama original del Duque de Rivas titulado *D. Alvaro, ó la fuerza del síno.*

Hasta que surgió esta obra, no indefinible, como algun crítico ha dicho, sino clara y definible sobre todas las de su especie, el romanticismo se había limitado entre nosotros á importar algunas de Dumas, Víctor Hugo y Delavigne, las primeras de las cuales causaron en la multitud un verdadero estupor, y gritos de indignacion y de espanto en la crítica *petrificada*. Es verdad que *La Conjuracion de Venecia*, de Martinez de la Rosa, y el *Macías* de Larra, precedieron á *D. Alvaro*, insinuándose favorablemente en el ánimo del público; pero aunque abandonaban el carril antiguo y eran fruto del aliento regenerador, carecían del vigoroso espíritu que consuma una revolucion de un solo golpe, decidiendo para siempre de los destinos de un sistema. Por otra parte, en *La Conjuracion de Venecia* y en *Macías* se advierte timidez, recelo de herir muy desembozadamente la susceptibilidad de las tradiciones consagradas; y en literatura como en política la indecision es la muerte, sobre todo en épocas en las que son bastante activas de suyo las necesidades del mayor número para no consentir que sirva de rémora á sus espansiones el nímio y calculado propósito de una contemporizacion insuficiente.

D. Alvaro presenta una nueva faz de la idea generadora de *El Moro expósito*, desarrollada en mas ámplia esfera y sellada con el sello de una originalidad mas profunda: es la verdadera y mas valiente personificacion de nuestro romanticismo, no semejante al frances, no identificado con el aleman, distinto del italiano y del ingles, mas que en ninguna de sus producciones, en esta peregrina creacion, acaso la

(1) Véase el citado *Discurso*.

mas notable por su nacionalidad de todo nuestro teatro. Que *D. Alvaro* no ha sido juzgado todavía segun merece, es cosa que nadie ignora. Que yo no podré hacerlo como es debido, fuera inútil mencionarlo. Pero dejando tal empeño á quien sabrá salir airoso de tanta empresa (1), voy á cumplir con lo que exije el presente escrito, concretando á las menos palabras posibles la exposicion de mis opiniones sobre este drama extraordinario.

Inútil fuera describir minuciosamente el giro que ha dado el autor al desarrollo de su feliz pensamiento. En España todos conocen esta obra, asunto de acaloradísimas controversias; y no hay uno de cuantos piensan y leen que no se haya ocupado alguna vez en enaltecerla ó deprimirla. A extremos tan contrarios se prestan siempre las creaciones que salen de la esfera de lo vulgar y que caracterizan un género por sí solas. Limitaréme, pues, á indicar los fundamentos principales de la accion, para tener un punto de partida al quilatar, de la manera diminuta que me es dado hacerlo, sus singulares condiciones.

D. Álvaro, rico, apuesto y generoso, bien que de misteriosa procedencia á los ojos de todo el mundo, se enamora ardientemente en Sevilla de la hija del Marques de Calatrava. Correspondido en su amor, y deseoso de poseer á la que adora, piensa en ofrecerle su mano; pero el Marques, de ilustrísimo linage y mal satisfecho de tales amores, saca á su hija de Sevilla para evitar los progresos de una pasion que no estima conveniente. D. Álvaro entonces rinde con orò á los criados de Leonor, y, favorecido por ellos, dispone robarla de la hacienda de su bondadoso padre para desposarse en el pueblo mas inmediato. Leonor vacila; pero en el momento en que, fascinada por su amante, se decide á arrostrarlo todo y partir con el que idolatra, los sorprende el Marques, avisado oportunamente de cuanto ocurre. La indignacion del anciano llega á su colmo viendo al *advenedizo* en la estancia de su hija. D. Alvaro saca una pistola para tener á raya á los criados del Marques. Tiembla Leonor por su padre, tiembla por su amado; y en el momento en que este, reconociendo que aquel *tiene derecho para todo*, se postra á sus plantas arrojando en tierra la pistola, dispárase

(1) El Sr. D. Joaquin Francisco Pacheco se ha encargado de escribir el Prólogo de las Obras dramáticas de nuestro autor.

el arma fatal y hiere mortalmente al Marques, que expira maldiciendo á la hija desventurada.

Recobrado de las heridas que recibió en aquella noche inolvidable luchando con los fieles criados del Marques difunto. D. Álvaro sigue las banderas españolas á Italia, persuadido de que su Leonor ha muerto y anhelando sucumbir en los combates. Allí, bajo el nombre de D. Fadrique de Herreros, da cima á las mas altas proezas; allí salva la vida al mayor de los hijos del Marques, que habia ido en su busca con nombre supuesto, ardiendo en sed de venganza; y no bien el lazo de mútua gratitud y simpatia los une en amistad estrecha sin conocerse, cuando el nuevo Marques de Calatrava descubre que su amigo es el seductor de su hermana y matador de su padre, lo insulta, lo desafía, y muere á sus manos en el duelo. Leonor en tanto, huyendo de sí misma, se refugia en la vida penitente y procura expiar su falta léjos del mundo y de los hombres, bajo las alas protectoras de la religion, en las intrincadas y casi inaccesibles breñas próximas al famoso convento de los Ángeles situado á media legua de Hornachuelos. A él había sido trasportado el indiano D. Álvaro, mal herido por unos salteadores, y de él era religioso cuatro años hacía (cumpliendo el voto que formó en Veletri, al escapar del suplicio que le aguardaba por haber muerto á D. Cárlos en desafío), cuando se presentó en su celda un embozado caballero. Era D. Alfonso de Várgas, hijo segundo del Marques. Sediento de venganza como su hermano, había recorrido la América en busca del seductor, había roto el misterio de su orígen, y venía á perseguirlo hasta en aquel asilo sagrado, donde bajo el nombre de Padre Rafael procuraba expiar la desgracia de sus crímenes. D. Álvaro lucha con las sugestiones infernales y se sobrepone á ellas. Sin embargo, acosado, escarnecido por el último de los Várgas, pierde la fortaleza del espíritu; y, triunfando el instinto de la razon, empuña la espada que aquel le ofrece, sale con él del convento, salvan la cerca que defiende el sagrado asilo de Leonor, y, á vista de la ermita donde vive muerta para todos, á la luz frecuente del relámpago, cruzan los aceros y cae D. Alfonso bañado en su propia sangre.

A las voces imperiosas de D. Alvaro pidiendo auxilio espiritual para el moribundo, la mujer penitentente, sorprendida en el silencio de su ignorado retiro, hace señal en demanda de socorro y desciende de los riscos á presenciar el mas horroroso cuadro. Reconócela D. Ál-

varo; llámala D. Alfonso, á quien ella corre desalada; y juzgando éste, al verla en aquellos sitios, que vive hipócritamente al lado del matador de su padre, ultrajando su memoria, hace un último esfuerzo y le atraviesa el corazon. La comunidad llega á este punto, cantando las divinas oraciones; y cuando D. Álvaro, poseido del vértigo de la desesperacion, sube á una roca y se precipita, la voz de los religiosos se levanta, como perfume celestial que lo purifica todo, clamando: *¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia!*

Tal es, en resúmen, el fundamento de esta fábula sublime.

Ahora bien: para muchas gentes, y aun para algunas que se precian de instruidas y que lo son, *D. Alvaro* reproduce el fatalismo de los griegos y no tiene mas objeto que pintar la impotencia del ser humano para luchar con la predestinacion de su existencia. El autor mismo ha debido creerlo así, cuando ha decorado su obra con el sobrenombre de *La fuerza del sino*, frase que formula una creencia (una supersticion, si se quiere) latente en todos los pueblos del mundo, y que se da á conocer de varias maneras: ya diciendo entre los musulmanes *estaba escrito*, ya entre los cristianos *estaba de Dios* ó *si Dios quiere*. De todos modos, y atento á que no puedo dilucidar este punto, porque fuera indispensable para efectuarlo detenerse en largas consideraciones, debo hacer una observacion que acredita cuán superiores son lás intuiciones del genio á los propósitos mismos del hombre, y cómo el rayo divino que las ilumina supera en el momento de la creacion á lo que habian pensado realizar los cálculos del talento.

El autor que, á decidir por lo que expresa el segundo título de su obra, se habia propuesto pintar la tiranía del destino sofocando la libertad de las acciones humanas (que no otra cosa es la supersticion de la *fuerza del sino*, resto de las creencias gótico-arábigas de la edad media), ha presentado, como ya he dicho, otra faz de la justicia providencial visible en *El Moro expósito*, no abandonando el héroe á los horrores de una predestinacion criminal indeclinable como la de Edipo, sino condenándolo á sufrir las consecuencias del *fatalismo del error voluntario*, digámoslo así, que por una sucesion infalible nos precipita de abismo en abismo cuando la razon no nos detiene al borde de alguno de ellos.

Si D. Álvaro no hubiese intentado robar una hija á su padre, con mas ó ménos dignos propósitos, ciertamente que no habría tenido oca-

sion de hacer uso de la pistola que asesina al Marques de Calatrava. Si Leonor hubiera abrigado la fortaleza que pudo tener para llegar, no empezando por una prematura falta de obediencia, al término de su disculpable amor, no habría sido causa de la muerte de su padre y de la desgracia y pérdida de todos los suyos. No es, pues, la *fatalidad*, no es el *sino* el que impulsa á D. Álvaro, por un sendero del que no pueda apartarse, á labrar su propia desdicha siendo azote de la familia de Várgas. Entre el mal y el bien, entre el sentimiento del deber y el desvarío de la pasion existe gran diferencia, y D. Álvaro es libre de escoger el camino que mas le plazca. Si escoge mal, ¿cómo ha de lograr el bien? Si deja en todos los trances de la vida que el arrebato de las pasiones se sobreponga al influjo benéfico de la razon, ¿cómo no ha de llegar al término mas desdichado? Verdad es que se necesitan fuerzas de gigante para sostener esta lucha, cuando la organizacion material contribuye al alimento y desarrollo de las pasiones violentas; pero, moralmente hablando, todos los hombres están obligados á ser gigantes; todos tienen, si las buscan, bastantes fuerzas en su voluntad, bastante imperio en su alma para sobreponerse á las sugestiones del instinto.

Lo mismo que D. Álvaro nos enseñan D. Cárlos y D. Alfonso. Desde el momento en que reciben noticias de la pérdida de su padre, solo viven para la venganza. ¿Qué extraño, pues, que persiguiéndola sin cesar lleguen á encontrar la muerte? Pensamiento tan feroz, que nada repara, que nada borra, que á nada razonable conduce, ¿podia tener menos desastrada consecuencia? ¿No es ella el castigo providencial merecido de los que aspiran á castigar una falta, causa de un crímen en cierto modo involuntario, dando rienda suelta á pasiones tan mal templadas y regidas como la que ha originado el error mismo, y harto menos disculpables, porque son degeneracion bastarda del cariño filial, profanacion impía del mas noble, puro y tranquilo de los sentimientos humanos?

De que á este drama preside la idea de la Providencia, y de que es un símbolo cristiano singularmente definido, merced al juego de las pasiones y de los sucesos que concurren á hacerlo perceptible, hallaremos ejemplos á cada paso en todas sus partes, si no queremos cerrar los ojos á la luz ó ver las cosas por un prisma que no les conviene. Basta poner alguna atencion en el verdadero móvil de los acontecimientos que á primera vista parecen fruto de la casualidad, cuando no

del mal síno del protagonista, para conocer que las malandanzas de que son víctimas los personages se deben, no á la fatal predestinacion de cada uno de ellos, sino al mal uso que hacen de las pasiones en el libre ejercicio de sus facultades morales. Reguláranlas con arreglo á los principios de la sana razon, ejercitáranlas de otra manera, y pronto quedaria rota la cadena de esa aparente fatalidad; pronto caeria deshecho el fantasma de *la fuerza del síno.*

Como quiera que sea, la idea cristiana, elemento esencial de esta produccion, se patentiza en ella incesantemente. Y sino, dígase: ¿Qué es Leonor, sino el símbolo de la caida de la humanidad y de su inmediato castigo? El amor terrenal hace que Adan cometa la primera culpa: el amor terreno da ocasion á que Leonor incurra en la primera falta. Dios maldice al hombre, y se abren para él las puertas de la amargura: el padre maldice á la hija, y se abren para ella las puertas de la desgracia. ¿No está aquí el símbolo muy patente? Hay mas: cuando D. Álvaro, en la ceguedad de su desesperacion y lanzando imprecaciones, sube á las peñas y se arroja en el torrente, la voz de la religion eleva plegarias al cielo, demandando para el infeliz en momento tan supremo los auxilios de la gracia, y dando á entender que antes de llegar al fondo puede (como dice admirablemente Zamora por boca de *El Convidado de piedra*) aprovechar para arrepentirse y salvarse *la eternidad de un instante.* Por otra parte, la pistola que dispara una funesta casualidad y que asesina al marqués de Calatrava, ¿no demuestra elocuentemente las terribles consecuencias de que es susceptible un primer error, aun no existiendo en nosotros la predisposicion de cometer grandes males?

Mírese como se mire, *D. Alvaro* es un drama que nada tiene que ver con el fatalismo griego, y cuya importancia es grande como símbolo cristiano. De mí sé decir que no le encuentro superior en nuestro teatro, bajo este ni bajo otros puntos de vista, y que lo considero á la altura de las mas notables creaciones extrañas de todos los tiempos. ¿Cabe, por ventura, mayor grandeza que la del pensamiento moral que abraza? ¿Acaso no es la demostracion viva del fin que tienen los errores de la humanidad, de las angustias á que nuestras faltas nos condenan, de que para salvarnos de la perdicion á que nos arrastran las propias culpas queda siempre á la divinidad el gran poder de la misericordia?

Ni es menor su importancia con relacion al nacionalismo y al arte.— Los que dicen que en *D. Alvaro* resplandece el espíritu fatalista, aseguran tambien que semejante creacion es un mónstruo, por su falta de unidad y por la variedad extremada de sus elementos. Este juicio es tan equivocado como el otro. Lo probaré fácilmente.

Si por unidad se entiende la aglomeracion en breves horas de los accidentes de una vida entera y de los mil distintos afectos que despiertan en el alma, dando por resultado una cosa imposible en la realidad; si consiste en la limitacion á un solo punto del lugar donde haya de desarrollarse la accion, y en la analogía de clase de los interlocutores, y en la uniformidad de entonacion del estilo, y en el escogimiento y encopetada nobleza de las palabras, y en la combinacion matemática de las peripecias, *D. Alvaro* carece, efectivamente, de unidad. Pero si en el arte es preciso no considerar lo que está vivo como conjunto de partes inanimadas que el análisis puede separar á su antojo, cuando en su union es en lo que consiste la vida; si por unidad se entiende la perfecta relacion que en las obras intelectuales debe existir entre las partes y el todo; la trabazon y enlace de los elementos humanos, traducidos en caracteres naturales y en pasiones verdaderas, concurriendo á la eficaz determinacion de un pensamiento; la libertad de disponer del tiempo y del espacio, siempre que sea indispensable para caracterizar mas vivamente los fundamentos de una accion; el encadenamiento lógico de los sucesos, y, como consecuencia suya inmediata, la graduada concentracion del interés, *D. Alvaro*, de tan profunda unidad de pensamiento como hemos visto, responde á todas las unidades prescritas por la razon y el buen gusto.

Precisamente en la diversidad, extraña al parecer, de los medios que pone en juego el autor para llegar al término de su idea (personificada en D. Álvaro), es donde estriba una de las mayores bellezas artísticas de esta produccion. ¡Qué mezcla, tan admirable por lo verdadera, de bueno y malo, de arrebato y de juicio, de lastimoso y de terrible es el singular carácter de ese D. Álvaro! ¡Y cómo el poeta lo ha hecho interesante, para que despierte sentimientos compasivos enseñándonos á otorgarlos al error que no nace de perversidad ingénita, sino de accidental acaloramiento y extravío de las pasiones! ¡Cómo se ve la colosal figura de este personage, lazo apretado de la unidad

de la obra, animando, como causa ó como efecto, hasta los mas mínimos detalles del desarrollo de la accion!

Y si de la unidad esencial descendemos á la de las partes entre sí, veremos que no concurren ménos á favorecerse mutuamente, dando por resultado un interes de la mas activa influencia en el alma del espectador. El Duque de Rívas ha ofrecido en esta variedad de cuadros y de caracteres larga muestra de su conocimiento del arte y de los hombres; ha pintado la naturaleza tal como es y como debe ser trasplantada á los dominios de la poesía. ¡Y qué diversidad de tintas, qué riqueza de color al presentar los contrastes, tan frecuentes en el mundo, de lo grande con lo pequeño, de lo trivial con lo sublime, de la risa con el llanto!—Solo el recuerdo de la patria, en un corazon que suspiraba lejos de ella, podia haber bosquejado con tan intensa verdad aquella tertulia vespertína en el puesto del tio Paco, que sirve de ingeniosísimo prólogo para la inteligencia de sucesos ulteriores. Ni encontraremos desde Cervantes hasta nuestros dias cuadro mejor pintado que el de la posada de Hornachuelos; ni situacion mas conmovedora y poética que la llegada de Leonor al convento de los Ángeles; ni escenas de mas bizarría que las de la vida militar en Italia; ni de mayor pureza y ternura que la de Leonor y el Guardian al pié de la Cruz; ni mas gráficas que la de fray Meliton y los pobres; ni tan llenas de pasion profunda y desgarradora como las de D. Álvaro y D. Alfonso. ¿Quién no sabe de memoria en España el monólogo en décimas de D. Álvaro

«¡Qué carga tan insufrible
Es el ambiente vital
Para el mezquino mortal
Que nace en signo terrible!»

no inferior en poesía y superior en verdad de sentimiento al famoso de *La vida es sueño* de Calderon? ¿Quién ignora el de D. Cárlos de Várgas

«¡Ha de morir, qué rigor,
Tan bizarro militar!»

durante el cual el nuevo Marques de Calatrava descubre que su herido amigo es el indiano D. Álvaro? ¿Quién puede olvidar aquellos sua-

vísimos versos, que destilan lágrimas, puestos en boca de Leonor cuando llega á la Cruz situada frente á la iglesia de los Ángeles?

«¡Qué hermosa y clara luna!
La misma que hace un año
Vió la mudanza atroz de mi fortuna
Y abrirse los infiernos en mi daño.»

Así como he dicho de *El Moro expósito* que es la síntesis de la edad media española, puedo decir que *D. Alvaro* es el resúmen de todos los caracteres constitutivos de nuestra nacionalidad en la edad moderna. Desde el Marques de Calatrava, perteneciente á la mas alta gerarquía social, hasta el Majo, el Arriero y la Gitana; desde el Canónigo que se informa del éxito de las corridas de toros, ó el Guardian franciscano, viva encarnacion del espíritu evangélico, hasta el fraile lego, curioso, respondon y desvergonzado; desde la vida de los campamentos hasta el interior de las posadas; desde los descubrimientos de América hasta las conquistas de Europa, el Duque de Rívas nos ofrece en su prodigiosa creacion todos los tipos mas característicos de nuestro pueblo, todos los que mas pueden traernos á la memoria el recuerdo de nuestras glorias tradicionales, de nuestras costumbres indígenas, ó de nuestras instituciones monásticas, heridas de muerte cuando este drama nacía. Nada hay en *D. Alvaro* que no sea profundamente español: el pensamiento, las pasiones, los caracteres, las costumbres, el estilo, todo, todo es hijo de nuestra patria. Por eso fué muy aplaudido á su aparicion; por eso lo es hoy, á pesar de las mutaciones consiguientes al discurso de veinte años de luchas y de trastornos; por eso lo será mientras existan españoles que quieran ver lo que fueron, para apreciar mejor lo que son y adquirir mas fácilmente el conocimiento de lo que les cumple ser.

Retirado á Sevilla, á consecuencia del cámbio político debido al famoso *pronunciamiento* de 1.° de Setiembre de 1840, y alejado de los negocios públicos, en los que era llamado á intervenir por su alcurnia y su talento, el Duque de Rívas utilizó los dos años subsiguientes, durante los cuales permaneció en aquel delicioso vergel de Andalucía, escribiendo para la escena *Solaces de un prisionero*, *La Morisca de Alajuar*, *El Crisol de la lealtad*, *El Desengaño en un sueño* y *El Parador de Bailen*. La primera es, mas que ninguna otra cosa,

una leyenda caballeresca donde estan gallardamente dibujadas las figuras de Francisco I, Cárlos V y el buen Hernando de Alarcon. En ella no hay la fuerza de vida, la enérgica grandeza que rebosa en *Don Alvaro* y en *El Desengaño en un sueño*; pero se encuentran caracteres simpáticos, nobles pasiones, sabor á los grandes modelos españoles del siglo XVII, y cierta lozanía de estilo que hace olvidar la falta de interés dramático y la quizá demasiada languidez de algunas escenas (1). *La Morisca de Alajuar* y *El Crisol de la lealtad*, son dos comedias antiguas, por el corte del argumento y por el estilo, desnudas de la gongórica hinchazon de algunas de aquellas, no del todo exentas del desórden que á veces las desfigura, pero con su misma libertad, con su misma poesía, con igual españolismo. Ámbas consiguieron en la escena justos aplausos. *El Parador de Bailen* es una especie de farsa, en el sentido que hoy solemos dar á esta voz, indigna de la pluma de nuestro poeta, aunque encierre escenas de gracejo indisputable.

Si *D. Alvaro* no hubiese dado á conocer que el Duque de Rívas es el legítimo heredero de Calderon y de Lope, así como Hartzenbusch lo es de Alarcon y de Rojas (2), patentizáralo, sin dejar ocasion á la menor duda, el drama fantástico titulado *El Desengaño en un sueño*. Entre las obras poéticas de nuestro autor, esta ocupa, despues de *D. Alvaro* y de *El Moro expósito*, el lugar mas encumbrado, no solo por la alteza del pensamiento filosófico que la sublima, sino por el copioso raudal de poesía que le rinde galas y hechizos. Los dos primeros actos, principalmente, son, bajo el último concepto, lo mas rico y brillante que ha producido la imaginacion siempre fértil de nuestro poeta. Sin embargo, el mayor mérito del drama consiste en el pensamiento, en la profunda unidad de interes ligada á las tempestades humanas en que el delirio de la ambicion y la insaciabilidad del deseo arrojan al héroe, que no se aparta de la escena ni un solo instante.

No es completamente original del Duque de Rívas la idea generadora de esta produccion. Sin salir de nuestro antiguo teatro, pudiéra-

(1) Esta comedia, escrita expresamente para el Liceo artístico y literario de Madrid, ha sido tambien muy aplaudida en casi todos los teatros de la península.

(2) Al hacer esta comparacion no aludo al número, sino á la calidad de las obras, y al arranque y gusto poético de los respectivos ingenios.

mos encontrarle analogía con el pensamiento capital de *La Vida es sueño*, así como los medios adoptados con el fin de hacer patente el fondo de esta maravillosa creacion ideal, recuerdan el cuento del mendigo á quien embriagan para tratarlo como á rey durante un dia, devolviéndolo despues á su primitiva esfera y haciéndole creer que ha soñado cuanto en realidad le ha sucedido. Esta circunstancia, no obstante, en nada disminuye á mis ojos el mérito de la obra. La originalidad, lo mismo que la verdad, no es patrimonio exclusivo de ningun ingenio, por mas extraordinario que sea. Todas las verdades, todos los caracteres, todas las pasiones, hasta la idea de todas las formas expresivas, existen, mas ó menos vagamente, en el mundo espiritual y son del dominio de todos los hombres. El que sabe descubrirlas y formularlas, el que tiene bastante fuerza en sí mismo para apropiarse lo que le conviene, usa de un derecho, tanto mas legítimo, cuanta mayor sea la parte de vida propia que comunique á los elementos extraños de que se apodere. De no ser así, la historia del ingenio humano se convertiría en un proceso criminal donde ningun hombre ilustre podría justamente libertarse del ignominioso título de ladron. Lo importante en esta materia no es saber si se ha tomado algo ageno, sino si se ha tenido la habilidad de hacerlo propio: no si tal situacion, tal carácter ó tal idea semejan á otra idea, otra situacion y otro carácter, sino conocer si han recibido nuevo aliento en la distinta combinacion que se les ha dado. Un mismo raudal contribuye á producir en unos sitios verdura y flores, y en otros desaparece infructífero entre arenales. La cuestion no está en el agua, está en el terreno; y todos los plágios del mundo no harán que una cabeza estéril utilice con discrecion los pensamientos extraños. Por el contrario, hasta reproduciendo á veces cosas agenas se puede llegar á la originalidad, cuando se les presta ese espíritu invisible que les da cierto matiz inapreciable, en el que estriba lo bello, y que tan bien se comprende al leer la cancion de Rioja *A las ruinas de Itálica*, traducida del castellano al español de la cancion al mismo asunto de Rodrigo Caro.

El Desengaño en un sueño es exactamente lo que su título indica. Lisardo vive con el sabio Marcolan, su padre, en un pequeño islote, sin mas sociedad ni mas amigos, suspirando por volar al mundo y dar empleo á la actividad juvenil de su corazon. Pero Marcolan, que se halla en comercio con los espíritus sobrenaturales, conoce el alma de Lisar-

do, sabe que el ímpetu de sus pasiones, lanzado en el torbellino de la sociedad, puede labrar su desgracia, y quiere impedirla á toda costa. Para lograrlo forma un conjuro que postra y adormece al jóven; lo hace pasar durante su sueño por todos los placeres, por todas las grandezas, por todas las amarguras de la existencia real, y lo despierta en el momento en que, caido en una cárcel desde un trono, horrorizado de los crímenes á que lo ha impelido su ambicion, y penetrado de la vanidad de las grandezas mundanas, se encuentra perfectamente dispuesto á comprender que la serena paz del alma es el mayor de los gozos de la vida. En este rápido viaje por la ardiente imaginacion de Lisardo, el autor ha derramado los mas ricos tesoros de su fantasía. No parece sino que este drama, léjos de haber sido escrito como lo son todos, esto es, una escena despues de otra, ha surgido en un solo instante de la mente del poeta. Tan lógico y fácil se precipita el asunto desde la poética exposicion hasta el imponente desenlace. Tan llena de interes dramático está la fábula desde la primera escena hasta la última, aunque la segunda mitad sea para mí menos esmerada y bella que la primera.

La historia de Lisardo, personificacion vigorosa del pensamiento del drama, es la historia de la humanidad: siempre codiciando para menospreciar lo codiciado, no bien lo consigue, y codiciar en seguida cosa mayor; nuevo Sísifo condenado á levantar incesantemente el peñasco del deseo, para verlo, apénas logrado, rodar al abismo del hastío. La gradacion de estos deseos, de estas aspiraciones, que empiezan por el amor y que, á impulsos de una ambicion indomable, llegan á todo, ménos á la felicidad, por el camino del crímen, está admirablemente concebida y con singular belleza realizada. Para hacerla mas visible aún, encerrando en muy breve espacio el cuadro completo de la vida, ha penetrado el autor en las regiones de la conciencia y personificado los móviles mas impalpables de las acciones humanas. Esta intervencion del mundo interior materializado, principal elemento de la accion en *El Desengaño en un sueño*, no es nueva en nuestro teatro: testigo es de ello una de las *partes* de *D. Juan de Espina*. Pero jamas se la había hecho servir á tan altos fines: jamas se la había sistematizado tan útilmente.

El Desengaño en un sueño compone con *D. Álvaro* y *El Moro expósito* la Trimurti poética que, bajo formas distintas, aunque una sola en abstracto, revela el pensamiento providencial y cristiano, base y

fundamento de las obras mas notables del Duque de Rívas. En la que ahora me ocupo, cuyas condiciones son tan peregrinas, se ha propuesto aquel sin duda hermanar discretamente el enérgico y á veces sombrío individualismo de Shakespeare con el lujo poético de Calderon; enlazar los tenebrosos pensamientos de Macbeth con los impensados arrebatos de Segismundo; buscar en la forma metafísica de *Fausto* y de *Manfredo* (á cuya familia pertenece) elementos para realizar, teniendo en consideracion ejemplos como *El Condenado por desconfiado*, *El Mágico prodigioso*, *El Ermitaño galan* y *El Anticristo*, el drama filosófico del mediodía, profundo en la esencia como el del norte, brillante y lozano en la forma como el sol ardiente que nos ilumina.

Aunque las obras escénicas del Duque de Rívas acreditan que la cualidad mas característica de su ingenio es el instinto dramático, tal vez no se halle en parte ninguna tan puesta en relieve esta cualidad como en sus *Romances históricos*, escritos unos en el extranjero, creados otros de vuelta de la emigracion, y dados á luz en Madrid en 1841. Esta coleccion de joyas de gran valía (no exentas, en verdad, de lunares, pero bañadas siempre en el perfume del mas acendrado españolismo), es elocuentísima condenacion de los enemigos del *romance*, y justa medida de la flexibilidad con que este se ofrece á todos los tonos, desde el mas llano y suave hasta el de mas sublimidad ó mayor ternura. No en vano es el metro popular en España por escelencia.

Cada uno de estos *romances* es un verdadero poema lleno de interés dramático. Díganlo los tres primeros que con tanta exactitud nos presentan al rey *justiciero* y *valiente*, tan célebre por sus crueldades y con tan vigoroso y siniestro colorido pintado por el poeta. Dígalo *Don Alvaro de Luna*, donde tan al vivo se bosqueja el trágico fin del Maestre amigo y favorito de D. Juan II; ó *El Conde de Villamediana*, pintura fiel de la España decadente de Felipe IV; ó *Una noche en Madrid*, cuadro donde estan retratados, moralmente, de cuerpo entero Doña Ana de Mendoza, princesa de Éboli, el noble Juan de Escobedo, el audaz (y por audaz desdichado) Antonio Pérez, y el rey Felipe II

«Macilento, enjuto, grave,
De edad cascada y marchita.»

Díganlo, en fin, *Un embajador español*, *La muerte de un caballero*, *Amor, honor y valor*, *La victoria de Pavía*, y *Un castellano leal*, animados de

galano espíritu caballeresco, y respirando nobleza española y lealtad castellana.

El que se titula *Recuerdos de un grande hombre*, que empieza por la llegada de Cristóbal Colon al convento de la Rábida y concluye por el descubrimiento de un nuevo mundo, es una completa epopeya dramatizada, donde el calor del grandioso espíritu del héroe se comunica á la narracion de sus penalidades y esperanzas. ¡Qué verdad local no encierra la sencilla pintura del almuerzo que se verifica

«En el estrecho recinto
De una franciscana celda,
Cómoda, aunque humilde y pobre,
Y de extremada limpieza;»

almuerzo que era como preludio del acontecimiento mas portentoso de la historia universal! ¡Con qué interes no asistimos á las sábias explicaciones del *redentor de un mundo* (1), tenido hasta entonces por visionario! ¡Cómo se inflama nuestro corazon al soplo de la inspiracion divina del cosmógrafo! ¡Qué bien lo da á conocer el poeta cuando dice:

«De aquel ente extraordinario
Crece la sábia elocuencia,
Notando que es comprendido,
Y de entusiasmo se llena.

»Se agranda, brillan sus ojos
Cual rutilantes estrellas,
Brotan sus lábios un rio
De científicas idéas:

»No es ya un mortal, es un ángel,
Núncio de Dios en la tierra;
Un refulgente destello
De la sabia Omnipotencia.»

¡Con qué profundo conocimiento se hallan retratados, en rápidas pinceladas, todos los mas notables personages de aquella gloriosa córte, de aquella época sin igual en los análes del mundo! ¿Quién no se sien-

(1) Esta calificacion, tan bella como exacta, es del distinguido poeta D. Ramon de Campoamor.

te embargado de respeto al verse en presencia de la Católica Isabel, incomparable soberana en la que resplandecían

«El mas claro entendimiento,
La virtud mas pura y noble;»

matrona que ofrece á la admiracion y aplauso de los siglos el mas alto ejemplo que la historia de la humanidad presenta de las perfecciones de un monarca?

Y ¿quién no descubre en *La buena-ventura* del valiente mancebo de Medellin el rayo asolador del imperio de Motezuma, el héroe sin rival, *asombro y pasmo del orbe*, que tan hondamente gravó en su alma y practicó los dignos consejos de su padre?

«Hernando, Hernando, hijo mío,
A tierras lejanas vas,
Donde nunca olvidarás
De mi noble sangre el brío.
«Cual cristiano y caballero
Teme á Dios, guarda su ley,
Sirve con lealtad al rey,
Sé devoto y sé guerrero.»

¿Quién no ve compendiadas en las calidades del romance que se titula *Bailen*, todas las mas características de la epopeya y del drama: un gran pueblo por héroe, una profunda creencia por inspiracion, un sentimiento patriótico por bandera; y la soberbia de la ambicion incontrastable, y el castigo del engaño, y la ruina del invencible, y el triunfo de la constancia? Al aparecer Napoleon en el poema lo encontramos

«De oro, de hierro, de barro
Inmensurable coloso,
La frente en las altas núbes,
El pié en los abismos hondos;
»De infierno, de cielo y tierra
Un incomprensible aborto,
Un prodigioso compuesto
De ángel, de hombre y de demonio (1):»

(1) Lamartine había aplicado este pensamiento á la calificacion de Byron:

Toi, dont le monde éncore ignore le vrai nom,
Esprit mistérieux, mortel, ange ou démon.

al concluir el *romance*, vemos sus valerosas huestes, triunfantes de la Europa y del África, abatidas por primera vez ante el patriótico arrojo de bisoñas turbas: vemos que desde el trono del Eterno vuelan dos ángeles;

«Uno á dar la nueva al polo
Su nieve en fuego tornando,
»Otro á cabar un sepulcro
En Santa Elena, peñasco
Que allá en la abrasada zona
Descuella en el Occeáno.»

Y si queremos presenciar la lucha de un alma ardiente con la pasion y el deber, el íntimo combate del hombre consigo mismo; si queremos derramar tristes lágrimas, de las que purifican y consuelan, porque nos dicen que detras del profundo dolor que nos enternece se descubre el triunfo del alma sobre el alma, la mayor y mas costosa victoria del ser humano, la salvacion y eterna dicha del espíritu, busquemos al gran Marques de Lombay, y aprendamos en *El Solemne desengaño* que experimenta al ver los míseros despojos de la que tuvo ignorado altar en lo profundo de su corazon, lo que son las vanidades de la tierra, y el fin que tienen los mas hermosos motores de las pasiones mortales. Entonces conocerémos lo que va de la que triunfa del alma, cuyo lastimoso ejemplo nos ofrece el desgraciado D. Álvaro, á la que sucumbe aherrojada por la fortaleza del espíritu. Entonces llegaremos á decir con el héroe de este admirable y ternísimo romance:

«No mas abrasar el alma
Con sol que apagarse puede,
No mas servir á señores
Que en gusanos se convierten.

El Cuento de un veterano es el drama terrible de una venganza, de las que en Italia eran tan frecuentes en otros dias, destinado á manifestar los estragos de que es susceptible aquella infernal pasion en un alma de mujer, y el abismo de perdicion y de muerte á que el libertinage arrastra al hombre. *La Vuelta deseada* y *El Sombrero*, romances en los que se pintan sucesos comunes de la vida contemporánea, son dos his-

El Duque de Rivas, desarrollando esta idea con mayor vivacidad poética, no solamente la ha completado y engrandecido, sino le ha dado aplicacion mas oportuna.

torias melancólicas de amor profundo y mal logrado, llenas de interes, de ternura y de poesía. El segundo, sobre todo, es de un encanto indefinible. Nunca he podido leer la desgracia de aquella humilde Rosalía, sin agradecer al poeta que hiciese vibrar en mi alma tan suavemente la cuerda de la compasion y del llanto.

Esta ligera reseña (que no juicio crítico) de los *Romances históricos* viene en corroboracion de lo que he dicho acerca de su mérito relevante. Ni la dejaría sin comentario, á contar con espacio suficiente; no solo porque la índole de esta clase de composicion poética, exclusivamente nacional, y el haberla sistematizado el Duque de Rívas de modo tan nuevo y feliz dan lugar á mil consideraciones artísticas de importancia, sino porque (idólatra yo de un metro tan rico en delicadas armonías y mas dócil, rápido y vigoroso que los demas de que usamos) hubiera sido muy de mi gusto detenerme en debatir con amplitud esta cuestion del romance, perfectamente manejada en el *Prólogo* que puso á los suyos el autor; victoriosamente decidida, á lo que imagino, en los brillantes ejemplos que nos ofrece. Despues de esto, ¿necesitaré añadir que en el estilo de tan preciosos poemas se advierte la acertada conjuncion de la ingenuidad sencilla y candorosa de nuestros primitivos romances con la bizarra estructura de los de Góngora y con la forma altiva y algo escolástica del romance calderoniano? ¿Necesitaré indicar que, por rendir tributo á las circunstancias particulares del género, por ser claro y popular, el poeta da en vulgar y prosáico algunas veces? ¿Serán bastante demostracion del arrebato de su vuelo, de la riqueza de su estilo las muestras que insensiblemente he dado en el discurso de esta especie de revista?

Ménos importante que los *Romances históricos* me parece, poética y popularmente hablando, el género á que corresponde *La Azucena milagrosa*. Sin llegar á la grandiosidad semi-épica de *El Moro expósito*, ni poseer la rapidez y valentía que tan eficazmente contribuyen á la popularidad de los romances, la *leyenda* suele ser una como conseja, mas ó menos latamente desarrollada, escrita, por lo general, en diversidad de metros y dedicada casi siempre á despertar dulces memorias ú ofrecer entretenimiento deleitable. Puesta en boga por Zorrilla, que á vueltas de su mucha incorreccion y de sus grandes delirios tiene dotes de poeta nada comunes, la *leyenda*, tal como se comprende ahora esta denominacion, ha sido cultivada últimamente por varios ingenios,

El Duque de Rívas, declarándose tácitamente imitador de Zorrilla en *La Azucena milagrosa* y excediendo en mérito á su modelo, del que es grande apasionado, ha rendido tambien tributo á esta clase de poemas en la leyenda fantástica mencionada (escrita en Nápoles y publicada en Madrid el año 51) y en otras dos inéditas, histórica la una, y tambien fantástica la otra: se titulan *Maldonado* y *El aniversario*. Nada diré de estas últimas, porque aún no se hallan sometidas á la jurisdiccion del público. Respecto á *La Azucena milagrosa* bastará exponer que abunda en felices descripciones, que el plan está bien concebido, y que despierta interés por el calor de los afectos y por el oportuno empleo de lo maravilloso. El estilo es desigual, aunque siempre claro. La frase, bien que incorrecta en ocasiones, es abundante y rica frecuentemente.

Apreciadas ya las prendas poéticas que ilustran al Duque de Rivas en géneros tan distintos; examinadas sus obras, si no como ellas merecen, lo menos mal que he podido hacerlo (habiendo de circunscribirme respecto de algunas á muy corto espacio), corro á buscar al autor en un campo ménos florido, aunque no ménos importante ni de menor trascendencia.

Como escritor *de costumbres*, el Duque de Rívas publicó hácia 1839, en la obra titulada *Los españoles pintados por ellos mismos*, dos retratos bosquejados con mucha gracia: *El Hospedador de provincia* y *El Ventero*. En ámbos (reservados al último tomo de esta Coleccion) resaltan las dotes que con tanta sinceridad he aplaudido en el cuadro de la Posada del *D. Alvaro*. Como escritor *de viajes* nos ofrece la descripcion de sus escursiones *á Pesto* y *al Vesubio*, en estilo ameno y brillante. Como didáctico, sus *Discursos Académicos*, de sana doctrina y elocuente vena. Como político, sus *Discursos Parlamentarios*, alguno de los cuales es de gran mérito (1), y por los que nos es fácil comprender que no le faltan condiciones de orador ni de repúblico. Finalmente, en los años de 1847 y 48 escribió bajo el cielo hermoso de Nápoles la historia de la *Sublevacion capitaneada por Masanielo* (2), obra destina-

(1) El que pronunció en el Estamento de Próceres sobre la exclusion de la rama de D. Cárlos á la sucesion de la Corona.

(2) El título con que se publicó en Madrid este libro, en 1848, es el siguiente: *Sublevacion de Nápoles capitaneada por Masanielo, con sus antecedentes y consecuencias hasta el restablecimiento del gobierno español.*

da tambien á formar parte del último tomo de las presentes (1).

Dice el sabio Agustin Thierry (*Homero de la historia*, como lo apellida Chateaubriand) que la historia nacional, no solo es para todos los hombres de un mismo país como una especie de propiedad comun, como una porcion del patrimonio moral que cada generacion que desaparece lega á la que le reemplaza, sino que ninguno debe trasmitirla tal como la recibió y todos se hallan obligados á añadirle alguna cosa en claridad y certidumbre. El Duque de Rívas, fiel á este precepto, lo ha seguido felizmente, procurando exclarecer uno de los mas importantes períodos de nuestra dominacion en Italia. Émulo de los grandes líricos y dramáticos de los siglos XVI y XVII, ha querido emular tambien á los Mélos y Mendozas, codiciando generosamente el laurel de Tucídides y de Tácito, de Jenofonte y de Lívio.

La historia, mejor dicho, el drama terrible y sangriento que ofrece á nuestros ojos en este concienzudo *Estudio* (2) no es de tal naturaleza que, abriendo el corazon de siglos pasados, descubra el sendero marcado á las naciones por la Providencia. Y sin embargo, ¡qué cuadro para el político y para el filósofo! ¡Qué leccion tan severa y tan amarga para los gobiernos y para los súbditos!

Los excesos de un poder imprevisor y arbitrario siembran en el abatido pueblo de Nápoles la semilla venenosa del descontento, y establecen un lamentable divorcio entre el representante de la autoridad y los que ven con dolor que se abusa de su obediencia pasiva. Pero como la razon suele no ser consejera de la fuerza, los vireyes, que se juzgan omnipotentes y que cierran los ojos al espectáculo de las convulsiones casi periódicas de sus esquilmados súbditos, prosiguen en el desacertado sistema de vejaciones, hasta que el sufrimiento se apura y las masas populares estallan para romper el yugo que las oprime.

Un hombre del pueblo, un pescadero miserable, dotado de audacia y génio, Masanielo, en fin, se pone al frente de los sublevados, los dirige con destreza, y consigue, merced al influjo que llega á ejer-

(1) Para el cual se ha encargado de escribir un *Prólogo* el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

(2) La apreciacion de esta obra histórica (traducida mas de una vez á diferentes idiomas y modestamente apellidada *estudio* por el autor) es estracto en su mayor parte de la que publiqué en *El Heraldo* en 1849.

cer en la multitud, libertarla de gabelas é imponer su voluntad y hasta sus caprichos al lugarteniente del rey, alzándose en el espacio de breves horas á dictador, y convirtiéndose en absoluto señor de los mismos que poco antes le trataban como á esclavo. Tan brusca transicion desordena el juicio del plebeyo jefe de las turbas, y el robo, el saquéo, el asesinato, la desolacion, la ruina forman el cortejo que sigue por todas partes á los que se habian levantado en nombre de la justicia para poner coto á los abusos de sus opresores.

Los extravíos de la revolucion tardan poco en desacreditarla; y los mismos que rompieron sus diques son los que, cediendo á bajas pasiones, se encargan de su exterminio. El que ocho dias ántes era llamado libertador del pueblo, entre aclamaciones y vítores; aquel cuyos mas absurdos y horrorosos decretos eran obedecidos ciegamente con la rapidez del rayo; el que recibía culto idólatra de la multitud, es asesinado cobardemente por sus camaradas, y sus restos mortales escarnecidos van á dar en un muladar, para ser al dia siguiente santificados por la voltaria muchedumbre que los habia cubierto de lodo. La muerte del pescadero, lejos de poner fin á los trastornos y desastres, los desencadena mas; y hasta que no se suicidó la revolucion, fatigada de sí misma y sofocada por la intemperancia de sus vícios; hasta que el maquiavelismo no consiguió que la chusma, rota en parcialidades, perdiese con la unidad la fuerza; hasta que las acertadas medidas que supo dictar oportunamente la prudencia no lograron enfrenar el rendido atleta de la muchedumbre, la razon no volvió á recobrar su imperio, ni el monarca de España á asegurarse en la posesion de una de sus mas ricas provincias, casi perdida para él pocos meses ántes por la impericia y vanidad de sus prepotentes delegados.

Para trazar este cuadro con exactitud, el autor ha consultado cuantas obras importantes (impresas y manuscritas) han hecho conmemoracion de tales sucesos. Ni se reduce á exponerlos descarnadamente, sino asciende á buscar el orígen de aquellos trastornos en sus fuentes verdaderas.—A fin de que podamos comprender mejor cuales eran las vejaciones que sufrían las clases pobres de Nápoles y cómo la mala direccion de los gobernantes, y principalmente la del virey duque de Arcos, ocasionó los alborotos y escándalos de que aquel reino fué víctima desde Julio de 1647 hasta Abril de 1648, traza en

los primeros capítulos el cuadro de su organizacion municipal y desastrosa situacion económica, conduciéndonos á lo interior de su vida doméstica para enseñarnos cuáles eran las necesidades de aquel pueblo, sus instintos, sus preocupaciones, sus sentimientos y creencias. Ademas, el erudito historiador, no contento con describir exactamente la organizacion municipal napolitana y los principales caracteres de la vida íntima de sus moradores, de sus odios y rencillas, nos pone en el secreto de la organizacion política del vireinato, y nos descubre todos los gérmenes del volcan que debia estallar en breve inflamado por las íras populares.

En sus juicios jamas inclina la balanza del lado de sus particulares aficiones, jamas se ve exagerado espíritu de nacionalismo. Recto, como debe serlo todo juez y como lo son muy pocos historiadores, se coloca en el mejor punto de vista, y examina la conducta de los hombres y la marcha de los sucesos con relacion á las circunstancias que influían en las opiniones de los unos y daban impulso á los otros. Para él tan punibles son los absurdos del duque de Arcos y de varios de sus prohombres, como el furioso desenfreno de la demagogia y la liviandad de los mercaderes de patriotismo. Profundo conocedor del corazon humano, pinta á veces un carácter de una sola pincelada, é individualiza magistralmente los principales rasgos de la fisonomía moral de cada uno de ellos. ¡Con cuánta verdad no estan retratadas la irresolucion y astucia del duque de Arcos, la ambicion no menos astuta de Genovino, la impetuosidad de Masanielo y los sentimientos conciliadores de Toraldo!

Pero una de las cosas que mas resplandecen en esta obra es la elegancia y brillantez del estilo. Fácil, natural y sencillo, el autor sabe dar rapidez y movimiento á sus narraciones, manteniendo siempre vivo el interes y haciéndonos creer que está pasando á nuestra vista lo que leemos. Sus cuadros son bajo-relieves coloridos que no solo engañan los ojos sino el tacto, cuando desconfiados de su verdad nos acercamos á tocarlos para convencernos de que no han sido las que hemos visto invenciones del cerebro. En suma, el Duque de Rívas ha logrado colocarse en este libro á la altura de los historiadores mas notables de nuestra patria, y de lo que hoy exige la ciencia, *luz de la verdad* y *maestra de la vida*, segun la atinada calificacion de Marco Tulio.

He llegado al término de mi propósito, examinando con rapidez las

obras del historiador, del poeta, del literato: el biógrafo hablará á continuacion del guerrero, del repúblico, del prócer. ¡Felices aquellos que, como el autor de *D. Alvaro*, puedan exclamar, aludiendo á sus obras inmortales,

« . . . . Pasma absorta,
Admirando-se n' arte a natureza!»

MANUEL CAÑETE.

VIDA DEL AUTOR

ESCRITA Y PUBLICADA

POR EL EXCMO. SR. D. NICOMEDES PASTOR DIAZ

hasta el año de 1842.

No es siempre la vida de los hombres conocidos en el mundo por la fama de sus escritos y el mérito literario de sus obras, la relacion tranquila de los estudios de su gabinete, la observacion lenta de los progresos del arte que cultivan, ó del vuelo de su imaginacion por las regiones que pueblan ó conquistan con el poder creador de su fantasía. No están exentos los privilegiados ingénios de las tristes vicisitudes de la vida material, y frecuentemente suele cebarse en ellos como en mas sabroso pasto la desventura y el infortunio. Desde muy antiguo fué azarosa la existencia de los poetas, y mezclados por su voluntad unas veces, otras mal de su grado, en el torbellino de los acontecimientos públicos, ha solido tocarles mayor parte en los rudos golpes de la fortuna que en los costosos favores de la gloria. Turbulenta, agitada, borrascosa, aparece en los períodos de la historia griega y romana la vida de sus poetas y de sus filósofos; mas animada y combatida aun en las épocas tempestuosas de la edad media. Los Dantes, los Tasos, los Petrarcas, los Milton no pasaron su existencia en la elaboracion tranquila de sus obras inmortales. Su vida fué por lo general, y desgraciadamente para ellos, un variado é interesante drama, un poema no menos lleno de incidentes y portentosos episodios que los que se deben á su pluma. Solamente en siglos mas avanzados y en períodos de estabilidad y consistencia, alcanzó á veces al talento la calma que disfrutaba la sociedad entera; y los poetas y escritores del siglo de Luis XIV y de la reina Ana, pudieron atravesar tranquilos los años dichosos de sus pacíficos tiempos sin dejar huellas en la historia de sus desgracias y privadas vicisitudes.

Los ingénios españoles rara vez gozaron de este favorable privilegio. El

cultivo de las artes y de las letras no ha sido jamás en España una tarea única y una profesion exclusiva. Desde Cárlos I hasta nuestros dias, los escritores han figurado como hombres públicos, ora en la guerra, ora en la política, desde que la política ha sustituido á la guerra: Garcilaso muriendo al escalar una torre, Ercilla cantando sus propias hazañas, Cervantes mutilado en Lepanto y cautivo en Argel, son altos y memorables ejemplos de esta verdad. Lope de Vega, Calderon, Quevedo y otro sautores, que alcanzaron mas prósperos y bonancibles tiempos, no se eximieron sin embargo de correr gran espacio de su vida por entre notables alternativas y no siempre prósperas aventuras. Pero debian venir siglos mas azarosos y turbulentos, y en el huracan de las conmociones espantosas que nuestra edad y nuestra patria habia de presenciar, mas mezclada y revuelta habia de andar la vida de los hombres distinguidos, con los extraordinarios sucesos, que conmovieron tan profundamente la sociedad española desde los primeros años de la centuria, que vamos recorriendo. Pocos se han eximido de las grandes penalidades que ha dejado caer la Providencia sobre este pueblo tan sin ventura. Pocos han dejado de verse contrariados en su carrera, abatidos en su prosperidad, privados de su riqueza, condenados al destierro, á la muerte quizá, y á la abyeccion de la pobreza. Personas que habian nacido con inclinaciones pacíficas; que se habian educado con costumbres blandas y suaves; que parecian exclusivamente destinadas á cultivar las artes de la paz en la calma de la vida doméstica, viéronse á sus mas tiernos años trasportadas al seno de los ejércitos, y se criaron entre la sangre y estrépito de los campamentos militares. Hombres virtuosos, en cuyo corazon no hubiera podido penetrar jamás el pensamiento del crímen, llenaron en diversas épocas los calabozos y treparon los escalones del patíbulo. Las discordias civiles no han dejado de lanzar sobre el suelo extranjero millares de proscriptos, y una generacion entera se ha visto mas de una vez espuesta á diseminarse por el mundo, cual nuevo pueblo de Judá, maldito del cielo por algun delito horrendo. La vida de cada español notable puede ofrecer en sus páginas íntimas, fecunda materia para la novela y para el romance. A veces pudieran sacarse de estos sucesos, perdidos sin embargo entre la inmensidad de tantas desventuras y eclipsados entre la variedad de tan grandes vicisitudes, trajedias espantosas ó caprichosos y fantásticos dramas. Nuestras memorias individuales podrán acaso parecer imaginarios cuentos á los ojos de una generacion á quien el cielo permita vivir mas tranquila sobre el suelo regado por las lágrimas y el llanto de sus padres; y á la cual ahorre la divina clemencia el espectáculo espantable y desconsolador de las revoluciones.

Aun, si pudiéramos consolarnos de este mal con la idea de que los infortunios, atormentando el individuo, redundaban en pro de la sociedad, agui-

jando el talento y acrisolando la virtud, no nos afligiria tanto la triste reflexion con que hemos dado principio á estas páginas; pero hasta la desgracia nos cabe de profesar una opinion contraria á la bárbara teoría, que quiere extraer la virtud por la presion del martirio, y que no ve las lumbreras del ingénio sino en las tinieblas del infortunio. Nosotros tenemos otra conviccion; creemos que la desgracia nunca hace mejores á los hombres; creemos que los que en la miseria cultivan las artes, en la prosperidad harian maravillas; creemos, en fin, que los que en medio de tantos azares y de tantos contratiempos han podido arrojar todavía destellos de luz sobre el horizonte de su patria, mas expléndidamente la hubieran iluminado si no les hubieran envuelto por muchos años tan densas nubes de polvo, de oscuridad y de vapor de lágrimas. La mayor parte de los hombres distinguidos que conocemos, acaso han sido en el infortunio medianías; y solo desde que han podido desplegar en las creaciones de la fantasía ó en acciones útiles á su patria las fuerzas que antes empleaban para luchar con la adversidad, se han elevado á la altura á que desde el principio eran llamados. No llamamos nosotros, no, tiempo de aprendizaje á los dias de dolor y de amargura: para el saber y para el arte, no menos que para la vida, le llamamos tiempo perdido.

La existencia del ilustre personaje cuya interesante biografía vamos á bosquejar, nos ha sujerido naturalmente estas reflexiones. Acaso las desgracias de su país han rectificado sus ideas, y le han servido de viva leccion y de provechoso escarmiento; pero las suyas propias y sus propias penalidades no le habian escarmentado en años ya muy avanzados. Su edad actual ha pasado mas allá de la juventud, y sin embargo, literariamente hablando, es un jóven, y á la escuela de nuestros dias pertenece. En los años de 20 al 25 era ya conocido como literato y como hombre público; y para nosotros, sus verdaderos progresos, su justa nombradía, su original talento, su brillante imaginacion, y el mérito que realza y distingue las producciones de este escritor, pertenecen mas principalmente de los últimos años, á la parte de su vida, que no tiene tantas aventuras y contratiempos, y no tendriamos inconveniente en poner una línea divisoria entre D. Angel de Saavedra y el Duque de Rivas.

Pero cabalmente nuestra tarea es lo contrario: tenemos que enlazar esos dos períodos, soldar esas dos existencias, empezar la vida del poeta con la del soldado; la del grande de España con la del imprevisor, y un si es no es calavera mozalvete; la del ministro conservador por la del fogoso y entusiasta revolucionario; la del poeta romántico, del galano romanceador, la del cómico fantástico y calderoniano por el clásico imitador de Herrera, ó el humilde discípulo de Racine ó de Alfieri. Acaso no hay existencia alguna en que estén mas exactamente personificadas las mudanzas políticas y las vicisitudes literarias de nuestros dias. Y así debia suceder atendida la cualidad que prin-

cipalmente descuella en nuestro protagonista. Los grandes talentos especulativos, los caractéres fijos y tenaces, son los que imprimen direccion y crean las circunstancias de su época. Pero el Duque de Rivas no nació para ser un filósofo, no nació para ser un político sistemático. Imaginacion florida, vivísima, ardiente y fecunda, carácter móvil é impresionable, su destino era ser un gran poeta, un poeta meridional; recibir y reflejar las impresiones de su país y de su época, no dominarlas ni resistirlas, ni tal vez modificarlas.

Córdoba, ciudad de tantos recuerdos y de tantas glorias; Córdoba, magnífico mosáico donde han engastado brillantes piedras los períodos mas poéticos de nuestra historia; Córdoba, la ciudad de los emperadores romanos y de los califas orientales, de los Novvas y los Abderhamen; Córdoba, la de los magníficos campos, la del paisaje mas bello que puede ofrecerse á los ojos del hombre; Córdoba, la de las alamedas de naranjos, la de los campos de rosas, con su sierra entapizada de jazmines y que refleja en las aguas del Guadalquivir las casas de placer morunas entre las modernas ermitas; Córdoba, la patria de tantos ingénios y de tantos hombres grandes, cuna de Séneca y de Lucano, de Averroes y Aviara, de Juan de Mena y de Góngora; Córdoba es tambien la ciudad donde nació D. Angel de Saavedra, y Córdoba debe ser una patria muy bella y muy querida para el que nace bajo las alas de sus ángeles de oro (1), cuando su memoria es indeleble para quien, como el autor de estas líneas, la ha visto solo un rápido momento de una hermosa mañana de abril, y la volvió a mirar con ojos amortiguados en el parasismo de una mortal congoja otro dia de harto penoso y melancólico recuerdo.

Nació en 10 de Marzo de 1791. Fueron sus padres el señor don Juan Martin de Saavedra y Ramirez, duque de Rivas, y doña María Dominga Remirez de Baquedano y Quiñones, marquesa de Andía y de Villasinda, grandes de España. Pero D. Angel, hijo segundo, no era el heredero inmediato de los títulos y grandeza de sus ilustres padres. Criado en Córdoba al cuidado de dos hermanas de su padre, desde los años mas tiernos, se acumularon en la persona del niño las gracias y favores de la córte, que se apresuraban entonces á no dejarles tiempo de ambicionar, para compensar en cierto modo el privilegio de los mayorazgos, equilibrar en lo posible su condicion, é impedir que los hermanos mirasen con envidia ó gérmen de rencor á los que la suerte del nacimiento habia favorecido mas.

Así, á los seis meses de edad le pusieron la cruz de caballero de justicia de la Orden de Malta, y poco despues la bandolera de guardia de Corps supernumerario.

(1) Es muy comun en Córdoba la efigie de piedra ó bronce dorado del arcángel San Rafael su patrono.

Su primera educacion fué, no solo correspondiente á su esclarecido nacimiento, sino superior en solicitud y esmero, á la que por lo general cuidaban en España los grandes de dar á hijos, á quienes se consideraba que no habrian menester de los favores de la fortuna; ni de ejercer en la sociedad cargos y empleos que hubiesen de requerir conocimientos demasiado vastos y profundos. Tocóle á nuestro protagonista la buena suerte, que alcanzó entonces á muchos jóvenes, que despues fueron hombres ilustres y aventajados. La revolucion francesa habia lanzado sobre nuestro suelo millares de emigrados virtuosos é instruidos, que buscaban en la generosidad española un abrigo contra la voracidad de la guillotina revolucionaria; y España, que debia dentro de pocos años lanzar de su seno tantos proscriptos, pagaba entonces anticipada la triste deuda de la futura hospitalidad. Habíase hecho casi moda y buen tono en todas las casas pudientes recibir para ayos de sus hijos á eclesiásticos franceses, fugitivos de aquella sangrienta carnicería, y ciertamente que no tuvieron motivo para arrepentirse. Los individuos del clero francés estaban entonces á mayor altura de ilustracion y de ciencia que los de igual clase en España, y aplicábanse con ahinco á corresponder dignamente á la benévola acogida que encontraban sus talentos, sus virtudes y sus desgracias. Tocóle tambien por ayo á nuestro D. Angel un ilustrado canónigo emigrado, llamado Mr. Tostin, y bajo su direccion estudió, á par de las primeras letras, la lengua francesa, y elementos de historia y de geografía. Desde aquella temprana edad le fueron asimismo revelados los principios de las bellas artes é inoculado el gusto por la pintura, en que habia de ser despues tan sobresaliente aficionado, aprendiendo los primeros rudimentos del dibubujo, bajo la direccion de Mr. Verdiguier, escultor francés establecido en Córdoba.

Pero la primera invasion de la fiebre amarilla, que tan horribles estragos hizo en Andalucía, obligó á sus padres á llevarlo á Madrid, dándole por ayo á un honrado sacerdote que le enseñó la latinidad, y por maestro para continuar sus estudios de francés, historia y geografía, á Mr. Bordes, tambien emigrado francés, muy protejido del duque su padre.

Los instintos artísticos y literarios brotan en la primera infancia en todos aquellos á quienes la Providencia destina para que cultiven las artes ó conserven vivo sobre la tierra el fuego sagrado del estusiasmo que están encargados especialmente de eternizar y de trasmitir á las generaciones sucesivas los grandes poetas. D. Angel Saavedra fué pintor y poeta desde la cuna. Aficionadísimo ya en sus mas tiernos años á los versos, hubo además circunstancias domésticas, que determinaron esta inclinacion y fomentaron en gran manera lo que era ya en él efecto del temperamento, expontáneo producto de una imaginacion lozana, influencia de la patria y del clima, y ge-

neroso presente de la naturaleza. El duque su padre hacia tambien versos, y no malos, en el estilo de Gerardo Lobo, y habia en la casa un antiguo mayordomo que los componia con singular facilidad, atestados de retruécanos y equívocos, y que en todas las festividades de familia se creia en la obligacion de dar muestras de su festiva y fecunda vena. Eran demasiado inmediatos, si no muy notables y distinguidos estos ejemplos, para que no obrasen poderosamente sobre la precoz imaginacion del jóven D. Angel y le estimulasen á probar tambien fortuna en aquel doméstico certámen. No menor pasion mostró por el dibujo, y el mayor castigo que le podian imponer para reprimir sus juveniles travesuras (en las que cuenta la historia que sobresalia grandemente nuestro protagonista), era recojerle los lápices y prohibirle el dar leccion de aquel su arte favorito y su entretenimiento predilecto.

En el año de 1802 perdió D. Angel al duque, su padre, que falleció en Barcelona, á donde habia ido con la córte á recibir á la princesa napolitana Doña María Antonia, primera esposa de Fernando VII, entonces príncipe de Asturias, y de la cual estaba nombrado caballerizo mayor. Distinguíale el rey Cárlos IV con singular favor, y en demostracion de lo que habia sentido su muerte, y del aprecio que hacia de su memoria, condecoró al heredero de la casa, hermano mayor de D. Angel, con los empleos de exento de Guardias de Corps y de gentil-hombre de cámara con ejercicio, y con servicio particular cerca de su persona.

Don Angel habia recibido tambien á la edad de siete años, la gracia de capitan de caballería agregado al regimiento del Infante, y al fallecer su padre, la duquesa viuda, que quedó tutora y curadora de sus hijos, dispuso que entrase en el real Seminario de Nobles de Madrid para que recibiese la brillante y esmerada educacion que en él se daba. Hallábase entonces en efecto aquel establecimiento bajo el pié mas brillante, y podia competir con los mejores de la Europa, así por su organizacion como por el mérito y circunstancias de sus exclarecidos profesores.

Era su director general el brigadier D. Andrés Lopez de Sagastizábal, tanto mas notable por sus modales finos y cortesanos, por su vária y escojida erudicion, y por un talento y tacto particular para el cargo delicado que desempeñaba, cuanto que habia empezado su carrera de soldado raso. El laborioso y conocido humanista D. Manuel de Valbuena era regente de estudios, y eran asimismo hombres notables y escojidos en todas las carreras los catedráticos y directores de sala, encargados de dar á los niños de las familias ilustres una educacion, que por cierto no encontrarán en el dia, despues de tantos adelantos y progresos, en ningun establecimiento público.

Estudió D. Angel latinidad con D. Antonio Salas, poética y retórica con don Demetrio Ortiz, hoy ministro del tribunal supremo de Justicia, y que ha con-

servado el mas tierno cariño á su discípulo predilecto : matemáticas con don Agustin de Sojo, y geografía é historia con el célebre D. Isidoro de Antillon. Cultivaba al mismo tiempo el dibujo y el idioma francés, y se ejercitaba en la esgrima, en la que salió notablemente aventajado. No sobresalia D. Angel ciertamente por su aplicacion, ni mostraba la tenacidad necesaria para adelantar con grandes progresos en estudios profundos y en especulaciones científicas; pero era notablemente distinguida la vivacidad de su ingénio, la facilidad de su comprension y su felicísima memoria; debiéndose á estas aventajadas disposiciones el lucimiento con que en todos los exámenes y actos públicos solia brillar mas que otros compañeros suyos de esmerada aplicacion é infatigables en el trabajo. La poesía y la historia eran sus estudios favoritos, las ciencias exactas inspirábanle tedio y aversion profunda, como suele acontecer en todos aquellos en quienes predominan las facultades de la imaginacion; y en aquella época componia versos de bastante mérito, ya en traducciones de los clásicos latinos, ya en composiciones originales en que se proponia seguir las huellas de Herrera, autor que él creia, ó que le hicieron creer, y no por cierto sin razon sobrada, que era el modelo mejor que podia imitar su naciente musa.

Otras tareas, empero, y otras ocupaciones debian atajar el vuelo de su lozana fantasía y los progresos de su aficion literaria. La época no era entonces de letras : era de armas. Abrasábase la Europa en guerras. Las portentosas y sangrientas campañas del emperador Napoleon absorvian la atencion del mundo entero, y amenazaban la existencia de todos los pueblos y naciones. De un extremo al otro de la Europa crujia el estruendo de las armas, y tronaba por todos los campos el cañon de las batallas. Todavía no se habia dado en nuestra península la señal de combatir; pero todas las imaginaciones estaban preocupadas por la guerra, que se avanzaba como una necesidad fatal. Su instinto fermentaba inquieto y vago, pero poderoso y amenazador en los corazones de todos, y con mas ardor en la sangre de la juventud. Era entonces España aliada de Bonaparte, y aquel cometa de guerra arrastraba en su órbita sangrienta, no menos á los que no eran sus contrarios que á sus declarados enemigos. Dispúsose para marchar al Norte la famosa espedicion auxiliar confiada á las órdenes del marqués de la Romana. D. Angel, á fines del año de 1806, cumplidos apenas los diez y seis de edad, habia salido del Seminario, para incorporarse á su regimiento, que estaba de guarnicion en Zamora; y fué aquel cuerpo uno de los de caballería que debian marchar á hacer la guerra mas allá del Rhin á nombre del ambicioso Emperador. Pero la duquesa viuda, vivamente apesadumbrada de que su hijo se separase de ella en tan tierna edad, para ir á guerrear en aquellas lejanas tierras, por una causa que no era la de su patria, y deseosa como tierna madre de que adelantase

mas rápidamente en su carrera sin esponerse á tantas fatigas, consiguió que pasára á empezar sus servicios al cuerpo de Guardias de la Real Persona, dejando su empleo de capitan efectivo, por el de alférez sin despacho, como simple guardia.

No era ciertamente aquel cuerpo una escuela de literatura, ni el cuartel de Guardias de Corps el sitio mas á propósito para perfeccionar la esmerada educacion de un jóven ilustre. Pero por fortuna de D. Angel tocóle en suerte tomar plaza en la compañía flamenca, compuesta de caballeros extranjeros, la mayor parte belgas, que, ó por gozar de menos medios de fortuna, ó por estar mas lejos del mimo y amparo de sus familias, ó por haber recibido en sus primeros años una educacion mas esmerada, vivian en el cuartel con mas disciplina y compostura. Fué su compañero de cuarto un Mr. Bouchelet, jóven fino, moderado é instruido, que pasaba los dias leyendo, pintando con primor en miniatura, ó tocando la flauta con singular habilidad; y el nuevo guardia, trabando con su camarada estrecha amistad, y estimulado de noble emulacion, pintaba tambien y leia á su lado. Empezaron asimismo sus relaciones de afecto con el conde de Haro, hoy duque de Frias, desde su edad mas tierna aficionadísimo á las musas, y con D. José y D. Mariano Carnerero, y D. Cristóbal de Beña, jóvenes literatos que bajo la direccion de Luzuriaga y del famoso Campmany, redactaban un periódico literario. D. Angel empezó tambien á ensayar en él sus fuerzas y á buscar en sus páginas los primeros desahogos de la publicidad, que tanto halagan al talento naciente, que tanto alientan y dilatan en la juventud primera el corazon entusiasta que necesita para respirar y vivir la brisa vivificante del aplauso y de la gloria. Don Angel escribió para aquella publicacion varios versos y algunos artículos en prosa; y solícito no menos de cultivar el arte de la pintura, para el cual habia mostrado tan felices disposiciones, habia tomado por maestro al pintor de cámara D. José Lopez Enguídanos. Ciertamente que la conducta de nuestro protagonista podrá parecer ejemplar, comparada con el proverbial desarreglo que caracterizaba al privilegiado cuerpo en que servia.

Tocóle empezar á servir como guardia despues de algunos meses de aprendizaje en las jornadas de los reales sitios de 1807, primero en Aranjuez, y en el Escorial en seguida. Ya entonces hirió su atencion la primera escena del espectáculo político, que despues habia de desenvolverse á los ojos de la nacion y del mundo en cuadros tan variados como sorprendentes y espantosos. En el Escorial vió D. Angel levantarse el telon del drama revolucionario. Allí empezó, con los famosos sucesos del Escorial, con el alto escándalo de la causa formada al príncipe de Asturias, y con la prision del primogénito de los reyes. La revolucion empezaba, y empezaba desgraciadamente antes que en las plazas públicas, en el palacio de los monarcas. Tremenda expia-

cion debia venir despues sobre los autores y cómplices de tales escándalos; grandes plagas de calamidades y de infortunios sin cuento debian llover á poco sobre las elevadas personas, que así faltaban, ellas las primeras, al respeto debido á su carácter augusto; grave baldon, y menosprecio y descrédito sobre el sagrario del trono, cuyas cortinas ellos descorrian para que viesen los pueblos en él las miserias y flaquezas de la humanidad. Aquel prestigio conservador de la monarquía recibia su primer golpe, pero golpe ya de muerte y en el corazon, primera hendidura del vetusto edificio que debia conocerse mas tarde cuando el vaiven del terremoto lo sacudiese, fermento y levadura primera de la revolucion que insensiblemente se inoculaba en la sangre del pueblo. Acaso este espectáculo no dejó de influir en el carácter político de nuestro D. Angel, y en el sesgo de sus ideas, quizá sin que él mismo lo percibiera. Cuando años mas adelante contribuyó él á trasladar preso á un monarca de una ciudad á otra de la Península, ni él tal vez, ni los jueces que le condenaron se acordaban sin duda de que habia empezado su vida viendo á aquel rey preso, é infamado por sus propios padres, reyes tambien, y reyes españoles.

Poco despues de aquellos ruidosos sucesos se verificó la reforma del cuerpo de guardias. Quedaron suprimidas las compañías extranjeras; se declaró jefe supremo del cuerpo al *Príncipe de la Paz*, y las esperanzas de D. Angel de hacer pronta carrera se desvanecieron, así por el gran número de jefes que quedaron supernumerarios, como porque aquel poderoso personaje no miraba con ojos muy favorables á la familia de Rivas, y estaba particularmente indispuesto con el Duque, hermano mayor de D. Angel.

Pero entretanto se aproximaban á mas andar los extraordinarios sucesos de 1808. Los ejércitos de Napoleon atravesaban los Pirineos, y bajo pretexto de pasar á Portugal se apoderaban de las plazas fuertes de España. La córte de Aranjuez, conocidos ya los verdaderos intentos de los invasores, aunque sin atreverse á revelarlos, andaba aturdida y desatentada. Quiso reunir en derredor de sí el mayor número de tropas posible, y á mediados de Marzo llamó repentinamente á toda la guarnicion de Madrid. En la ansiedad que produjo esta medida, formábanse mil conjeturas á cual mas temerosas y extrañas sobre el motivo que la impulsaba. Como quiera, los sucesos que se preparaban eran extraordinarios, y el deseo de tomar parte en ellos de tal manera aguijaba y encendia su ánimo, que habiéndose dispuesto la salida de los escuadrones de guardias, y que no habiendo suficiente número de caballos, quedasen en Madrid los guardias mas jóvenes, entre los que se contaba; pidió y le fué concedido marchar en un potro cerril de la última remonta. Entonces fué testigo presencial de los sucesos memorables de Aranjuez en Marzo; vió la caida de un privado, la destitucion de un rey, la abdicacion de un

padre, y el ensalzamiento de un hijo en brazos del ímpetu popular, y entró á poco en Madrid en la escolta del nuevo rey Fernando VII el dia que con tanto júbilo y entusiasmo, entre lágrimas y aclamaciones le recibió enloquecida de placer y de esperanzas la capital de la monarquía, ocupada é invadida ya por los ejércitos franceses.

La fermentacion iba cundiendo: la situacion se complicaba cada dia, la familia real abandonó la capital de sus dominios, dejándose á la espalda el antemural que le ofrecia la entusiasta lealtad de sus súbditos: el descontento contra los franceses se revelaba por todas partes en síntomas inequívocos, presagios de mas violentas demostraciones. El terrible dos de Mayo estalló al fin, amenazadora é impotente, aunque vencida, la indignacion del pueblo de Madrid. No presenció D. Angel aquellas escenas de sangre, porque al amanecer de aquel mismo memorable dia habia salido á Guadalajara con un escuadron, que la junta de gobierno dominada por el duque de Berg envió á dicho punto, y que regresó á los pocos dias. Pero el cuerpo de Guardias, ya por la parte inmediata que habia tenido en los sucesos de Aranjuez, ya por la influencia que ejercian entonces en el ánimo del pueblo sus individuos, era mirado con gran desconfianza por los franceses; y aunque reducido en la capital á menos de la mitad de su fuerza, por los gruesos destacamentos que habian acompañado hasta la frontera á las personas reales, todavía el príncipe Murat deseaba sacarle de Madrid, y empeñarle en seguir alguna de sus divisiones destinada á invadir las provincias. Mas sabiendo que en el cuartel se celebraban reuniones clandestinas de jefes, oficiales y guardias para tomar un partido decisivo, y que habian salido disfrazados varios individuos del cuerpo, á fomentar el levantamiento de las provincias, mandó que marchase al Escorial con sus estandartes, y con toda la fuerza disponible.

Causó grande agitacion y alarma esta órden. Muchos jefes, exentos, oficiales y guardias pidieron en el acto su retiro ó su licencia absoluta. Procuró tranquilizarlos el ministro convocando á su despacho á los jefes é individuos mas influyentes, entre los que se contaban nuestro D. Angel y su hermano el duque. Hiciéronseles promesas, ofreciéronseles seguridades, y se les prometió que no encontraria un solo francés en el camino, ni en el Escorial. Pero salido el escuadron de Madrid, y apenas habia pasado á Galapagar, se encontró con dos escuadrones franceses de dragones, y un batallon de infantería lijera, que dejando pasar á los guardias, siguieron detrás de ellos, como á un cuarto de legua, entrando casi á un tiempo en el Escorial, donde estaba acantonada la division francesa del general Frére.

Allí pasaron ocho dias en la mayor ansiedad alarmados de contínuo con los avisos confidenciales que recibian de los parientes y amigos de Madrid, anunciándoles cada dia peligros y asechanzas. Quién les escribia que iban á

ser pasados á cuchillo á media noche en sus alojamientos: quién que los franceses trataban de provocar por medio de una querella particular, una refriega en que exterminarlos: quién que iban á ser desarmados y llevados en rehenes á Francia cargados de cadenas: voces y rumores que denotan el estado de exaltacion y de zozobrosa inquietud en que se hallaban entonces los ánimos, y á los que en cierto modo podia prestar probabilidad la manera irregular con que habian sido conducidos, y con que eran tratados en el Escorial. En esta angustiosa posicion, llegó una tarde al anochecer el oficial de guardias españolas Quintano con pliegos para el general Frére. A su recibo hizo que sigilosamente tomáran sus tropas las armas en sus cuarteles, y que con disimulo se reforzasen los puestos; y convocó á su casa al general Perellós con los exentos, oficiales y algunos guardias, entre los que fué D. Angel con su hermano el Duque. Recibiólos el francés con la mas atenta urbanidad, y rogando al mensajero que expusiese el objeto de su viaje. Quintano, despues de un diestro preámbulo, manifestó que el colegio de artillería de Segovia estaba en insurreccion, que iban á marchar fuerzas francesas á sujetarlo, y que el príncipe Murat deseaba que el escuadron de guardias las acompañára, para procurar con su prestigio calmar la efervescencia de aquella ciudad, y evitar que se llegase al último extremo. Reinaba mientras este discurso gran inquietud en la asamblea, sin embargo de que el oficial enviado, persona tan sagaz como cortés y discreta, no omitió ninguno de aquellos primores, que disfrazaban la órden presentándola solo con el carácter de una insinuacion y de un buen deseo. Mas finalizada apenas su arenga, levantóse nuestro D. Angel de su asiento y con impetuoso ademan, y con todo el calor de los diez y ocho años, empezó á contestar á nombre de todos, negándose á marchar sobre Segovia, y manifestando alta y resueltamente que ningun guardia pensaba en hacer traicion á su patria, ni contribuir como instrumento de extraña tiranía á la opresion y castigo de sus compañeros de armas. En esta primer arenga y extreno de nuestro personaje, era tan noble y patriótica la atrevida resolucion, cuanto fueron acaloradas y descompuestas sus razones. Aplaudieron sin embargo todos su arranque de osadía y elocuencia, quedóse perplejo el general francés, y prudente el oficial, para atajar los resultados desagradables de una resolucion estrepitosa, se limitó á echar en cara del arrojado mozo su poca edad, y la inconveniencia de tomar el primero la palabra delante de tantas personas de respetabilidad y de servicios. Pero contra su propósito, sus palabras produjeron el efecto de irritar mas los ánimos y de que todos levantasen tumultuosamente la voz en favor de D. Angel. Calmólos en fin el General frances, accediendo á que el escuadron quedaria en el Escorial, ó regresaria á Madrid, ya que se negaba á cooperar á los buenos

deseos del duque de Berg, y regresó en posta Quintano camino de Madrid, portador de la nueva de sus inútiles esfuerzos.

Pasaron aquella noche con ansiedad y en vela los guardias, preparados sus caballos y sus armas. Al amanecer advirtieron que la division francesa habia evacuado el pueblo; y á media mañana recibieron la órden de regresar inmediatamente á Madrid. Emprendieron la marcha tarde, y pernoctaron en Galapagar. Deliberaron allí sobre tomar un partido, y fueron varios y discordes, como acontece siempre, los pareceres. Opinaban unos porque el cuerpo se dispersára, esparciéndose sus individuos por las provincias para fomentar y organizar su general levantamiento: creian otros mas conveniente mantenerse reunidos, y aprovechar la ocasion oportuna de marchar al punto en que se formase el primer ejército español. Eran de esta última opinion D. Angel, y el Duque su hermano; mas como no hubiese allí autoridad que decidiera, cada cual aquella noche tomó su resolucion y su camino; dispersándose los primeros y quedándose los últimos con el general Perellós y con sus estandartes. El mermado escuadron reducido á menos de la mitad de su fuerza, recibió en la Puerta de Hierro la órden de ir á Pinto sin detenerse ni entrar en la córte. Siguió D. Angel á sus compañeros, y su hermano entró en Madrid para ver y tomar datos mas seguros á fin de adoptar una determinacion conveniente y decisiva.

En Pinto conocieron cuán pocos eran para permanecer reunidos y abrazar como cuerpo la causa de la nacion, no pudiendo abrirse paso á través de tantas tropas francesas como circunvalaban la capital. Fuéronse unos tras otros ausentando todos los que habian llegado allí; y D. Angel Saavedra entróse de oculto en Madrid á reunirse con su hermano. Era de opinion de irse á Castilla, donde se decia que se habian incorporado á las tropas del general Cuesta los destacamentos de guardias que habian acompañado á las personas reales, y que representaban todo el cuerpo, teniendo allí dos estandartes; pero el Duque, entusiasmado con las noticias de Zaragoza, y con el nombre de Palafox, de quien era compañero y particular amigo, decidió que emprendiesen el camino de aquella ciudad. Salieron los dos hermanos á Guadalajara, y en pocos dias preparado su viaje, y escondidos sus papeles y sus armas en los tercios de una acémila, disfrazados y provistos de buenos caballos, tomaron la ruta de Zaragoza, evitando el camino real.

Iban encontrando alarmada toda la tierra; y avizoradas todas las gentes de los pueblos, miraban con recelo á los transeuntes. En un lugar de los primeros de Aragon á que llegaron nuestros viajeros, se vieron rodeados de gran muchedumbre de personas, que les preguntaban con avidez noticias, y que queria indagar sus nombres y los intentos con que caminaban. Manifestáronles

D. Angel y su hermano sus pasaportes, firmados por autoridades españolas, si bien con nombres supuestos, cuando tropezando desgraciadamente en la plaza la acémila, rompióse el lio en que llevaban ocultas las armas. Los lugareños que vieron rodar por el suelo espadas, pistolas y carabinas, gritaron *traicion*, palabra de muerte entonces, y querian en tumulto dársela pronta á los viajeros. El alcalde los salvó del primer ímpetu de la cólera de las turbas, encerrándolos en la cárcel, á cuya puerta se agrupaba bramando el enfurecido paisanaje, que decia haber visto entre las armas grillos y esposas para *atar españoles, y venderlos á Napoleon.* Pero por gran fortuna para los dos presos, estaba en el pueblo aquel, uno de los guardias de Corps que se habian dispersado en Galapagar, y gozaba en él de mucha influencia y popularidad. Acudió al lugar del desórden, penetró en la cárcel, y reconociendo en el Duque á un estimado jefe, y en D. Angel á un compañero querido, publicó sus nombres, asegurando que eran leales patriotas, y amigos del general Palafox. Trocóse luego al punto el furor popular en rendidos agasajos; la prision en obsequioso hospedaje, y los gritos de muerte en vivas y aclamaciones de entusiasmo, con que por toda la duracion de la noche quisieron aquellas gentes recompensar de alguna manera á nuestros caminantes el mal rato, que á su recibimiento habian debido pasar.

Pero escarmentados estos con este contratiempo, informados de que antes de llegar á Zaragoza hallarian nuevas dificultades, y de que era verdad que habia con el general Cuesta un escuadron de su cuerpo, mudaron de plan y de direccion, encaminándose á Castilla buscando la sombra de sus estandartes. Hubo de ser penosa, tarde y rodeada su marcha, para no topar con franceses, y no pudieron llegar á los reales españoles hasta despues de las jornadas de Cabezon y de Rioseco, encontrando al fin al ejército recobrándose de aquellos gloriosos desastres en las inmediaciones de Salamanca.

Fueron muy bien recibidos en San Muñoz por el general en jefe, y marcharon seguidamente á Tamames. Hallábase allí un escuadron de guardias compuesto de los destacamentos que habian acompañado á la familia real á Francia, y de los dispersos de Madrid, Galapagar y Pinto, componiendo una fuerza de 200 hombres, mandados por el Exento marqués de Palacios, y muy acreditados ya por la bizarría con que habian peleado en Rioseco. Uniéronse á ellos los hermanos Saavedras, como quien despues de muchos peligros arriba á los lugares domésticos; que en aquella guerra santa y pura era para los españoles la familia sus camaradas, y su paterno solar el campamento.

Ganada en las vertientes meridionales de Sierra Morena la gloriosa batalla de *Bailén*, marchó el ejército de Castilla sobre Madrid á incorporarse con el del general Castaños, y en esta marcha combatió D. Angel por la primera vez, saliendo en guerrilla á picar la retaguardia de un destacamento francés

rezagado en Sepúlveda. Incorporado entonces á un escuadron de guardias de la division que mandaba el conde de Gante, marchó con ella á Logroño, que fué atacado á los pocos dias por tropas francesas. Los guardias hicieron entonces importantes servicios, y las orillas del Ebro los vieron combatir con tanta bizarría como los habian visto las márgenes del Orbigo y las llanuras de Leon. D. Angel compartió los peligros y la gloria de sus compañeros en todos aquellos sucesos, y pasó poco despues, dada nueva organizacion al ejército, á reunirse con otro escuadron del mismo cuerpo que se habia reorganizado en Madrid, y que formando parte de la reserva en la desgraciada jornada de Tudela, fué maltratadísimo en la voladura del repuesto de municiones de Tarazona. Perdió en aquella noche el Duque su caballo, y recibió una fuerte contusion, teniendo que hacer la penosa marcha de la retirada á las ancas del caballo de su hermano D. Angel.

Retiráronse sobre Madrid, y en una refriega cerca de Alcalá sacó D. Angel el caballo muy mal herido. Perdido Madrid, hizo la retirada á Cuenca, y despues del desastre de Uclés, en que se halló como ordenanza del General en jefe, marchó con su escuadron á la Mancha. Pero adoleció gravemente el Duque de calenturas pútridas, y tuvo que retirarse á convalecer, acompañándole su hermano á la ciudad de Córdoba, donde tenian á su madre. Restablecióse el enfermo, y marchando ambos á Extremadura, donde se hallaba su cuerpo, pelearon con él en la memorable batalla de Talavera. Regresó á la Mancha el escuadron, cuyo mando habia recaido en el Duque, y formó parte de la division de caballería, que mandaba el general Bernuy, la cual, despues de sorprender y arrollar impetuosamente á los enemigos en Camiñas, Madridejos y Herencia, habiendo avanzado hasta Mora, se vió atacada súbitamente por mayores fuerzas y obligada á retirarse precipitadamente por el puerto de la Jara. Empeñada ya en aquel estrecho, apretóla el enemigo en tal manera, que se pronunció en completo desórden abandonando la artillería. Pero el Duque de Rivas, que era bizarrísimo y entendido oficial, logró mantener firme su escuadron, y corriendo de uno al otro lado con su hermano D. Angel y otros valientes, logró restablecer el órden, contener, reunir y rehacer á los fugitivos, y dar por último una carga tan oportuna y denodada, que salvó las piezas, de que era ya casi dueño el enemigo.

Despues de otras correrías por la Mancha, retiróse la division á la Carolina, donde organizado de nuevo el ejército al mando del general Areizaga, marchó decidido sobre Madrid. Preparábansele á nuestro D. Angel en esta *campaña* mas graves peligros y mas lastimosos desastres, que los que hasta entonces habia corrido y presenciado.

Tocaba á su fin el año de 1809, y el 18 de Noviembre, víspera de la desgraciada batalla de Ocaña, avanzó por la tarde la division de Bernuy so-

bre Antígola, donde sostuvo un duro choque contra duplicadas fuerzas francesas, mandadas por el general París. Hicieron los guardias, al mando del Duque de Rivas, prodigios de valor en aquel reencuentro. Cargaron como desesperados, cuando ya estaba deshecha el ala izquierda de la division, rehaciéndose y volviendo caras tres veces sobre el enemigo, con pérdida de mas de la tercera parte de su fuerza. Tuvo D. Angel herido el caballo desde los primeros momentos de aquella accion tan desgraciada; pero continuó peleando con indecible denuedo cuerpo á cuerpo y á cuchilladas con los enemigos que le rodeaban. Recibió dos muy peligrosas en la cebeza, y una profunda estocada en el pecho, y todavía cerraba firme y desesperado con sus contrarios; pero cercado al fin de enemigos, y atravesado de un bote de lanza, cayó á tierra entre los muertos, y pasó por sobre su cuerpo desangrado, aumentando sus heridas, el tropel de los combatientes. Su hermano el Duque, que á lo lejos entre el humo y la confusion de la pelea lo habia visto en tan peligroso empeño, volaba á toda brida á su socorro, cuando lo vió caer y desaparecer entre la muchedumbre, que no podia atravesar. Cerró triste y negra la noche: los nuestros, en confuso desórden, se retiraron á Ocaña, donde estaba ya el grueso del ejército: y los franceses, con pérdida de su general, se replegaron sobre Antígola, quedando por unos y otros abandonado el campo de batalla, cubierto de cadáveres. Reunia el Duque de Rivas junto á las tapias de Ocaña los destrozados restos de su gallardo escuadron, y á la siniestra luz de un hacha de viento pasaba lista para cerciorarse de su pérdida. Su hermano no estaba allí. Cien veces repitió su nombre con el acento de la desesperacion, y nadie respondia. Por último, y con las lágrimas en los ojos, rogó á algunos guardias que saliesen en busca de su cadáver. Hiciéronlo así varios que amaban mucho á su comandante y que conocian toda la intensidad de su gran dolor, pero fué vana su fatiga. La Providencia envió por otros medios socorro al jóven moribundo.

Era mas de media noche cuando volvió en sí D. Angel. Sintióse rodeado de cadáveres de hombres y caballos, y oia en derredor los quejidos de los moribundos. Estaba casi desnudo, porque habia sido despojado. Divisaba por uno y otro lado lejanas fogatas, y probó con angustiosos esfuerzos á caminar por entre rotas armas y sobre charcos de sangre. A pocos pasos sintióse desfallecer, turbó su cabeza el vértigo de la agonía, y se preparaba á morir. Pero entre las tinieblas de la oscurísima noche, creyendo divisar el bulto de un hombre que llevaba detrás de sí un caballo, le gritó para que viniese á socorrerle. Era un soldado español del regimiento del Infante; su nombre ha quedado en la agradecida memoria de nuestro protagonista, de cuyos labios le hemos oido alguna vez. Llamábase Buendía, y habia venido al campo á recojer despojos. Acercándose, y enterado de quién era el herido, con gran

trabajo le levantó del suelo, y terciándolo sobre el caballo lo mejor que pudo, le condujo á Ocaña.

Estaban los hospitales tan atestados de heridos y moribundos, que ya no hubo para este cabida. Buendía consiguió á fuerza de ruegos que lo admitiesen en una casa particular, donde le fueron prodigados todo género de socorros; y corrió en seguida á media legua de allí, donde con los restos de su escuadron vivaqueaba el Duque. Voló este á abrazar á su hermano, despues de recompensar largamente al soldado libertador, é hizo traer, casi á la fuerza, un cirujano de hospital. Vino, y halló al herido moribundo. El frio de la noche, contrayendo las heridas y coagulando su sangre, habia contenido su pérdida; pero al calor del lecho y de una atmósfera mas templada, sobrevino una espantosa hemorragia. No halló el cirujano otra cosa que recetarle que la Extremauncion, y salió á prestar sus auxilios á quienes pudiesen aprovechar. Traspasado de dolor el Duque, demandaba en vano otro facultativo, y las gentes de la casa trajeron un barbero del pueblo, que hizo diestramente la primera cura, y que dió muy buenas esperanzas.

En esto amanecia: los tambores batian generala por todas partes; los enemigos estaban encima. El Duque, dando un doloroso abrazo á su hermano moribundo, dispuso que trajeran un carro del país para alejarle de allí, con otros siete guardias heridos, sobre cuya suerte velaba con no menos ternura que sobre la de su hermano. Y para ir mas descuidado á donde le llamaban los clarines, rogó al sub-brigadier D. Julian Pobeda y al guardia Mendinueta que acompañasen y custodiasen, hasta ponerle en salvo, su para él tan precioso depósito.

Marchó el carro lentamente, y á poco empezó á oirse á su espalda el gran rumor de la espantosa batalla. Cuando á media tarde llegó á Tembleque, ya los fugitivos y dispersos anunciaron la infausta nueva de aquella infelicísima jornada. Los siete guardias que acompañaban á D. Angel, uno tras otro se habian ido muriendo por el camino: solo él continuaba firme y animoso en situacion tan horrible. La confusion crecia por momentos. Pobeda y Mendinueta entráronse con él en el carro para asistirle mas de cerca, y apresuraron la fuga. Pero el camino real se puso á poco intransitable con el número de fugitivos, carros, cañones y bagajes que llegaban precipitados, y ya perseguidos. Al anochecer aparecieron los franceses, deteniendo y acuchillando aquellas apiñadas turbas. Oíanse sus voces y el estruendo de los pistoletazos: los criados de Pobeda y Mendinueta, que seguian el carro con los caballos de sus amos, les rogaron que se pusiesen en salvo y abandonasen al herido; pero aquellos pundonorosos caballeros y leales amigos, con heróica resolucion mandaron á sus criados que escapasen como pudiesen, quedándose ellos con su compañero para perecer con él. Era Pobeda de Daimiel, conocia

la tierra, y dispuso tomar otro rumbo. Con ruegos, amenazas y ofertas obligó al carretero á dejar el camino real y á seguir á campo traviesa la direccion de aquella villa. La misma confusion favoreció sus intentos, y despues de vencer mil obstáculos para atravesar aquellas llanuras, llegaron al amanecer á Villacañas, donde descansando el herido, y hecha la segunda cura, se halló mas repuesto y animoso. A su estada en aquel pueblo compuso despues aquel bello romance que empieza

Con once heridas mortales,
Hecha pedazos la espada

que anda impreso en sus poesías, y que saben muchos de memoria. Pasó allí tres dias; prosiguió su viaje con mas seguridad por el camino de Montiron; regresa Mendinueta en busca de sus estandartes, á meterse en nuevos peligros y á anunciar al Duque que su hermano quedaba en salvo; y despues de once dias de penosísimo viaje, llegó Pobeda con el herido á Baeza.

Halló en aquella ciudad la mas esmerada asistencia, y al cabo de veinte dias hallóse muy repuesto, menos de la lanzada en el pecho, y otra en la cadera, que le tuvo cojo algunos años; y sintiéndose con fuerzas, pasó á Córdoba, donde estaba la Duquesa su madre. Su recibimiento en aquella ciudad debió satisfacerle y lisonjearle en gran manera. Muchas gentes salieron á esperarle al camino, y en las calles fué detenido varias veces su carruaje por la muchedumbre que se agolpaba á verle y victorearle. El entusiasmo popular recompensaba largamente en aquella época de verdadero patriotismo los servicios militares y la sangre derramada en las batallas.

El regalo de la casa paterna apresuró su convalecencia, aunque por la frecuencia con que vomitaba sangre temiesen los facultativos que á la larga produjesen algun funesto resultado sus peligrosas heridas, algo precipitadamente cicatrizadas. Pero á principios del año de 1810 forzaron los franceses el paso de Sierra Morena, y se derramaron por Andalucía. Retiróse D. Angel con su madre á Málaga: detúvole allí arbitrariamente Abello, que habia sublevado la poblacion contra las autoridades legítimas, so pretexto de defenderla: entraron de pronto los enemigos, no pudo embarcarse, y despues de perder sus caballos, equipajes y dinero, tuvo que esconderse con su afligida madre, disfrazados ambos y faltos absolutamente de recursos, en la miserable barraca de un pescador del Perchel. Sacólos de esta angustiadísima posicion un oficial español pasado á los franceses, que algunos meses antes habia estado en Córdoba alojado y obsequiado en la opulenta casa de los entonces ocultos y desvalidos. Este hombre generoso los descubrió por una casualidad, y facilitó á D. Angel y á la afligida Duquesa pasaportes con nombres supuestos, caballerías y dinero, con que dirigirse por la costa á Gibraltar, á donde

llegaron felizmente. Pasó desde allí á Cádiz, acabado de sitiar por los franceses, y volvió á ver á su amado hermano, que acababa de llegar, siempre al frente de su escuadron de Guardias. La Regencia del reino, instalada en la isla de Leon, y presidida por el general Castaños, colmó á D. Angel de honras y elogios, y le concedió en premio de sus servicios el grado y sueldo de capitan de caballería lijera, quedando agregado al cuerpo de Guardias, y otra vez á las órdenes de su hermano. Y formado á poco por el general Blake el estado mayor de los ejércitos, entró D. Angel como adicto en el estado mayor general, que se estableció cerca del gobierno, y tres meses despues con plaza efectiva de ayudante segundo.

Agitada y azarosa habia sido la vida de nuestro protagonista en las fatigas y vicisitudes de aquella campaña. Habia ciertamente en los trabajos de la guerra de sobra con que absorber y ocupar toda la actividad, ardor y entusiasmo de la juventud primera. La direccion belicosa que debian haber tomado todos los espíritus y todas las pasiones; los temores continuos; los frecuentes reveses; las largas marchas y penosas fatigas corporales, poco espacio podian dejar á los vuelos de la imaginacion y al estudio de aquellas artes, para cuyo cultivo ha necesitado siempre el ingénio recogimiento, ocio y regalo. Sin embargo, nuestro D. Angel no habia dejado, en medio de los trabajos de la campaña, sus ocupaciones favoritas, y los mismos extraordinarios sucesos, ó los variados cuadros que á su vista se desarrollaban, acaloraban á veces su fantasía. El entusiasmo es mas que la sensibilidad. Es esta una cualidad meramente pasiva, la otra fecunda, espansiva y creadora. Los hombres muy sensibles y delicadamente impresionables, sienten mucho, gozan ó padecen mucho, viven mas vida que los otros hombres; pero pueden absorber en sí mismos esa vida, y como los cuerpos negros la luz, guardar en su propio corazon sus impresiones. El entusiasmo las recibe para reflejarlas, para comunicar á todos los demás lo que en sí no cabe y rebosa. El entusiasmo no siente solo, se inspira; no solo vibra, suena; no solo arde, quema; no solo escucha, canta; y despues de mirar, pinta. D. Angel Saavedra, primero que militar, habia nacido entusiasta, porque habia nacido poeta. Necesitaba cantar lo que sentia, pintar lo que miraba. No habia dejado de hacer versos y cuadros. Ni los unos ni los otros eran entonces buenos; pero no importaba. No era la época de la perfeccion, era la del estudio, la del progreso. Las artes son tambien una especie de guerra, y solo los que han combatido en esa liza saben cuán dura es á veces. En las batallas del genio, la lucha no es el triunfo, y tambien en sus reveses hay mérito y gloria. Muchos grandes talentos, como muchos grandes capitanes, han empezado por derrotas que no dejan de ser hazañas. Nuestro poeta no podia hacer entonces obras maestras; pero sus producciones mantenian y atizaban el fuego sagrado de las

musas, que á veces, si no se remueve, se apaga. Compuso entonces una oda al alzamiento de la nacion española, otras piezas líricas que se imprimieron despues entre sus poesías, y canciones patrióticas, versos de circunstancias que él mismo no ha querido que sobreviviesen á los sucesos que los inspiraban. Y tambien en las campamentos y cuarteles dibujaba siempre que podia, ya haciendo lijeros retratos de sus compañeros, y alguna vez de sus patronas, ya tomando apuntaciones de grupos de soldados, caballos y cañones; de escenas militares, ó de vistas y paisajes, todo, si no con gran maestría, con mucha inteligencia, animacion y verdad.

Esta facilidad de escribir y práctica de dibujar, le hicieron singularmente apreciado en el estado mayor, en que sus jefes le encomendaron el negociado de topografía é historia militar. Y sus heridas, su vivacidad, su carácter blando, y su trato jovial y ameno le granjearon el cariño de todos sus compañeros. Escribió entonces con mucho acierto los resúmenes históricos formados sobre los partes oficiales de los ejércitos, que se presentaban mensualmente al gobierno, documentos preciosos para la historia de la guerra de la independencia, que habrán desaparecido ó yacerán sepultados en algun archivo: publicó una defensa larga y razonada del estado mayor, contestando á un folleto que pareció en Cádiz contra aquel establecimiento: redactó varias exposiciones y memorias al gobierno sobre la organizacion del cuerpo; y fué el redactor y director del periódico militar del estado mayor, que se publicó semanalmente en Cádiz con general aceptacion en todo el año de 1811.

Por estas ocupaciones facultativas no abandonaba sus predilectos estudios. La amistad que entonces contrajo con el conde de Noroña, gobernador de Cádiz, con D. Juan Nicasio Gallego, y el trato frecuente con D. Manuel José Quintana, D. Juan Bautista de Arriaza, con D. Francisco Martinez de la Rosa, y con otros esclarecidos literatos, avivaron su pasion por la poesía, haciéndole progresar cada dia, si no en la inventiva y originalidad, hasta donde no se atrevia á lanzarse entonces, sí en la correccion y pureza del lenguaje, en la fluidez y sonoridad de la versificacion, en la profundidad y elevacion de los pensamientos. Distínguese ya por estas dotes el *Paso honroso*, poema en cuatro cantos, en buenas octavas, que fué muy leido y aplaudido, y siguiendo al mismo tiempo su inclinacion al dibujo, no solo ejecutaba planos y cróquis por obligacion de su empleo, sino que concurria todas las noches á la academia de Cádiz á estudiar el modelo vivo y á copiar algunas buenas estampas de la escogida coleccion que aquel establecimiento posee.

Nuestro D. Angel habia nacido artista, poeta, caballero; pero á pesar del papel que le ha tocado hacer, y que no ha desempeñado mal, en la escena de los negocios públicos, creemos que á esta fecha él mismo pensará que no habia nacido para ocuparse en materias políticas, y que fué como una aberracion en el

destino de su vida, la parte de hombre público que le ha cabido en suerte. El cometa fatal de la revolucion debia lanzar a todos de su órbita y arrebatarlos por un momento en su excéntrica y fatídica carrera. La política ha sido, para los talentos de esta época, el genio malo que los ha perdido, el epidémico influjo que ha tenido por largos años paralizadas y en postracion sus fuerzas mas vitales, que ha abatido contra la tierra las alas de su vuelo generoso. Afortunadamente ese cometa maléfico se aleja. El talento y la juventud se han desprendido de su órbita en sus postreras violentas sacudidas. Las letras y las artes, las ciencias y las musas, han dejado á ese funesto meteoro marchar solo, y ahora, cuando mas arrebatado parece que camina, gira ya sin los brillantes satélites que otro tiempo arrastraba, y su sulfurosa lumbre ilumina solo las regiones de la ignorancia y de la vanidosa presuncion. Pero en la época de que vamos hablando, los hombres de mas ilustracion estaban preocupados de los sentimientos que habian despertado en todos los corazones los sucesos de la guerra, los desórdenes del reinado anterior y la catástrofe de la familia reinante, amalgamado todo con las ideas y teorías que la revolucion francesa habia esparcido en la sociedad. D. Angel habia respirado el aire de guerra de los campamentos; respiraba ahora la atmósfera de la isla gaditana y de la sociedad allí reunida, y sin apercibirlo él mismo, la revolucion se inoculaba en sus venas. Habia mirado la independencia como el mayor bien de su patria, y la vuelta de Fernando al trono de sus mayores, como el remedio de todos los males pasados, como el principio de una nueva época de regeneracion y ventura. Pero tras de los nombres y de los sentimientos de monarquía é independencia habian venido los nombres y las esperanzas de Constitucion y de Libertad. Creia, como todos, que los gobiernos que se habian sucedido desde el alzamiento, eran la causa de los desastres de la duracion de aquella guerra desoladora. Las Córtes era la palabra mágica, que simbolizaba el único remedio de los males y desaciertos que lamentaban, y participó naturalmente del entusiasmo unánime que excitaba su reunion. Las sesiones de aquel Congreso á que asistia constantemente, fueron su primera escuela de política. La ardiente fantasía del poeta simpatizaba naturalmente con los fogosos arranques de los nuevos tribunos. Todo lo que se le figuraba reformas merecia sus aplausos, y abrazó con calor las mas exageradas ideas del partido liberal. Las doctrinas, como el cólera-morbo, son mas fulminantes y vehementes en el punto que empiezan y cuando tienen una esfera reducida de accion. Cádiz fué entonces el foco generador del cólera político, y adoleció de él gravemente nuestro D. Angel. Varios versos satíricos, y algunos artículos que publicó en el *Redactor general*, fueron el desahogo de aquel entusiasmo. La Constitucion del año de 12 fué á sus ojos la obra mas perfecta de la inteligencia humana, el monumento mas grande de su sabiduría, y el cimiento mas sólido de la

grandeza y prosperidad nacional. Pero prueba del estravío de estos sentimientos, es que aquellos artículos y aquellos versos no han sobrevivido á los dias de vértigo en que nacieron. El cantor de Mudarra, el poeta de los bellos romances, y que celebró despues en versos inmortales los caballerosos recuerdos y las glorias tradicionales de la nacion española, se burlaria tal vez hoy si pasara la vista por las producciones que le inspiraron sus primeros amores con la revolucion y con la libertad: mejores eran sin duda los que, mas mozo todavía, habia compuesto á su primer querida.

No cesaron en Cádiz sus tareas militares. Ascendido á ayudante primero de estado mayor (teniente coronel efectivo), desempeñó varias comisiones importantes; se halló eventualmente en la batalla de Chiclana, á donde fué de órden de la regencia para traer noticias; pero su ardor le llevó á mezclarse activamente en la pelea, antes que atender el inmediato objeto de su comision. Habiendo entrado el gobierno en algunos recelos del general Ballesteros, pasó á su cuartel general comisionado para averiguar sus intenciones; y cuando levantado el sitio de Cádiz y perseguidos los franceses, se amotinó en Córdoba la division del general Merino, so pretesto de sostener la resistencia de Ballesteros á reconocer al lord Wellington por general en jefe de los ejércitos españoles, envió la regencia á D. Angel con plenas facultades para atajar aquel desórden. El éxito coronó sus esfuerzos. Por su cooperacion y consejo, el general Chevarri reasumió el mando, restableció la severidad de la disciplina, y se logró sacar de Córdoba en buen órden la division; despues de deponer al general y de prender á los oficiales, principales cabezas y promovedores de la insurreccion. La guerra tocaba á su fin. El triunfo importante de Vitoria aseguraba la evacuacion inmediata de la Península. D. Angel pretendió ser destinado á la seccion de estado mayor que servia á las órdenes de lord Wellington; pero no pudo conseguirlo, y resintiéndose de nuevo de la herida del pecho que le hacia arrojar sangre por la boca, y aconsejándole los médicos quietud y reposo en el templado clima de Andalucía, pasó á Sevilla destinado al ejército de reserva; y fue á poco comisionado á Córdoba, á mandar y organizar un nuevo regimiento de caballería. Recibida la noticia de la victoria de San Marcial, y de que no quedaba ya un solo francés en el territorio español, se retiró del servicio militar con la consideracion de teniente coronel que por su empleo le correspondia.

A la vuelta del rey Fernando, y abolida por el decreto de Valencia la Constitucion de Cádiz, tuvo D. Angel la rara suerte de no ser perseguido por sus ideas liberales, como al principio se lo habia temido. Lejos de eso, el Rey dispensó á ambos hermanos la mas cordial acogida, elogió en pública córte sus servicios militares, y concedió á D. Angel el empleo de coronel efectivo de caballería con el sueldo correspondiente, consignado como retiro en la plaza

de Sevilla. Establecido en la hermosa capital de Andalucía, pudo aprovechar los ocios de la paz, y consagrarse de lleno á las tareas literarias y al cultivo de la pintura. Las amistades que contrajo con el respetable anciano D. Francisco Saavedra, con el erudito aunque extravagante Vargas Ponce, con el ilustrado Ranz Romanillos y con el poeta D. Manuel María de Arjona, avivaban su aficion á la literatura, inspiraban nuevas ideas en su entendimiento, y dirigian sus estudios ó moderaban la fogosidad de su fantasía. Acaso las mismas inclinaciones de su juventud recibian saludables correctivos de aquellos sesudos varones. Sabemos, por ejemplo, que era D. Angel un tanto aficionado á torear, y Vargas Ponce le dedicaba con tal motivo un romance que empieza con este requiebro:

«Bárbaro, que así desluces
Los presentes de natura...
Y en demonio siendo ángel
Tu torpe sandez te muda.

Empero esta direccion, que sin duda era un bien para formar el gusto de nuestro poeta, contribuia no menos poderosamente á cortar los vuelos de su originalidad, y á sujetarle demasiadamente á seguir el camino trillado de nuestros antiguos clásicos y de sus manoseados asuntos; camino á cuyas orillas ya no quedaban entonces flores que pudieran recojer los nuevos peregrinos. Lo menos que podian temer los severos preceptistas de aquella época, eran innovaciones literarias: estaban muy lejos todavía. Los que se llamaron restauradores de nuestra poesía á fines del pasado siglo y principio del actual, hubieran podido con mas razon y con pretensiones mas modestas llamarse restauradores del buen gusto poético. Eran sin duda un gran progreso, un inmenso progreso despues del siglo de decadencia en que yació postrada la literatura española desde el advenimiento de la casa de Borbon al trono de Castilla. Melendez, Jovellanos, Quintana, Arjona, Gallego y Lista, eran ciertamente poetas. Ellos volvieron á versificar con la robustez, la resonancia y el vigor, la dulzura y la armonía de Garcilaso, de Quevedo, de Leon, de Villegas, de los Argensolas, de Rioja y Herrera. Pero demasiado desdeñosos de la antigua poesía nacional, demasiado amantes de la belleza de las formas, y sacrificando á ella sin duda la grandeza de los asuntos, parecióles que no podia haber sin estravío novedad en los pensamientos y en la manera de sentir; y no puede negarse, por muy reconciliadas que ahora nos hayan puesto con la antigua escuela los excesos de la actual anarquía, que era algun tanto académica é imitativa, y no muy rica de originalidad y de jugo la literatura que recomendaban por modelo. Nunca habia sido muy original, muy profunda ni muy elevada la poesía que se llamó andaluza. Lejos de tener el carácter de

espontaneidad, que debia darle aquel clima tan poético de suyo, y donde brotan los versos como las flores, sus principales y mas celebrados maestros habian cerrado los ojos, y no sabemos si el corazon, á las bellezas de aquella naturaleza grande, magnífica, todavía mas que risueña, para ir á beber sus inspiraciones en los poetas de la moderna Italia ó de la antigua Roma. El mismo Herrera y Rioja son notables por no tener color local. Sus imitadores fueron áridos é insípidos. Eternos amores y pálidas galanterías, tratados á la manera antigua, sin idealismo, sin profundidad, muchas veces sin pasion y sin ternura, eran el tema obligado de sus versos. Respecto de la naturaleza y de sus escenas y de sus pinturas, aparecen mas pobres todavía. Los colores de la aurora, y las plateadas ninfas de los rios, los jazmines y las rosas de sus campos, son el repuesto de sus galas y el arsenal de sus descripciones. Los poetas del Guadalquivir no habian bajado nunca por sus aguas al mar inmenso que ciñe sus playas; jamás se habian extasiado ante los grandiosos é imponentes cuadros de Sierra Morena, ó de las perpétuamente nevadas cumbres que circundan á Granada; jamás se habian inspirado con la impresion honda y melancólica de aquellas llanuras que se despliegan dilatadas y monótonas bajo un cielo purísimo sin celajes como sin nubes; jamás habian evocado las sombras de las generaciones que cultivaron en otros tiempos aquel riquísimo suelo: jamás habian oido las voces que suenan todavía en los monumentos romanos, en los palacios árabes, en las ruinas de los vándalos, ó en los castillos y torres de los conquistadores godos; jamás habian reflejado en sus amanerados versos aquel sentimiento de languidez y de voluptuosidad que hasta el pueblo, mas poético allí que sus poetas, exhala en sus romances, en sus *cañas* y en sus *playeras*. La historia en sus diversos períodos no les habia dicho nada. Los conquistadores del Nuevo-Mundo no habian encontrado ninguna riqueza poética en las alturas de los Andes, en las palmeras de las Antillas, en los inmensos bosques de aquellos rios mas grandes todavía, ni en los palacios de Motezuma y de los hijos del sol. La religion que elevó la maravillosa catedral de Sevilla, y que decoró sus naves con los mágicos lienzos de Murillo, no habia hablado al corazon de los poetas el mismo idioma que á sus colosales arquitectos y á sus divinos pintores. El mismo Herrera, para celebrar á D. Juan de Austria, pone sus loores en boca de Apolo, é introduce todas las deidades de la mitología, escuchando las alabanzas de aquel que, en las sangrientas aguas de Lepanto, tremolaba el estandarte de la vírgen del Rosario. Toda la poesía española se habia resentido del carácter académico de la imitacion clásica. Los romances, principal tesoro de la poesía nacional, los romances en que se han conservado todas las glorias tradicionales de nuestro país, y en los que han compuesto los mismos siglos y las generaciones mismas las magníficas epopeyas de los Bernardos y de los Cides, de los Guzma-

nes y Almanzores, eran desdeñados por los grandes maestros, y crítico ha habido entre nosotros que los declaró incapaces de servir para asuntos heróicos y graves. Porque era trivial y popular su forma, porque no se ajustaban bien á su tono y á su estado las Vénus y los Cupidos, Palas Atenea, y el Bistonio Marte, habíanse creido igualmente triviales y no á propósito para calzar el alto coturno poético los asuntos que en ellos habian sido tratados; y por el contrario, las estrofas y las liras del verso endecasílabo no podian prescindir del acompañamiento obligado de las imágenes mitológicas y emanciparse del yugo de la imitacion pagana. Los mismos poetas que poco há mencionamos, y que tanto ensancharon el campo, y con tan nuevos pensamientos aumentaron la riqueza de la poesía, trabajaban por coartar su propia tendencia, y si eran á veces atrevidos y originales en sus producciones, mostrábanse duramente severos é intolerantes en sus críticas, y no eran para abrir nuevos caminos sus lecciones, en oposicion tal vez con sus ejemplos. D. Angel Saavedra empezó á escribir bajo la influencia de estas ideas y de esta escuela. Los amores vestidos de ninfas y de faunos; la historia de los siglos medios pintada con los colores y las costumbres de los griegos y de los romanos; la política de las revoluciones modernas trasportada al foro de Roma, ó á las repúblicas griegas: tal era el fondo de la poesía que habia cultivado; tal era el carácter distintivo de las composiciones de nuestro Autor. A fines de 1813 habia publicado un tomo de poesías, que tuvieron entonces bastante boga, pero que no son leidas hoy. D. Angel añadia un volúmen mas de poesías académicas, de imitaciones de Herrera ó de Petrarca, á los muchos que habian salido. Era una maceta mas en el recortado jardin de la literatura imitativa y convencional, eran plantas de estufa sin calor propio, sin raices en la tierra, y D. Angel Saavedra habia nacido para ser árbol pomposo y lozano al aire libre, y bajo el sol fecundo de su propia inspiracion y fantasía.

Su inclinacion le arrastraba á escribir para el teatro, y en el teatro siguió la misma senda y la misma escuela literaria y filosófica. A fines del año de 1814 compuso la tragedia de Ataulfo, que si no le valió coronas escénicas, mereció la señalada honra de ser prohibida por la censura. No era para desalentarle un contratiempo que podia lisonjear su amor propio, y dió á poco otra tragedia titulada Aliatar, de éxito prodigioso en el teatro de Sevilla, y que obtuvo mayores aplausos y excitó mas entusiasmo que otras obras posteriores del Autor, trabajadas con mas estudio, pensadas con mas intencion y detenimiento, y versificadas con mas correccion y esmero. Siguió á estas Doña Blanca, aplaudida tambien, aunque no tanto como la anterior. Escribió luego, aunque no dió al público, El duque de Aquitania, descolorida imitacion del Orestes de Alfieri y Malech-Hadhel, obra escrita con mas juicio, y pensada con mas filosofía. Con estas dos tragedias, con el *El paso honroso*, y con

otras producciones líricas nuevas, pensó hacer en 1819 la segunda edicion de sus poesías, sujetándolas para ello á la censura y correccion de D. Juan Nicasio Gallego, confinado entonces en la Cartuja de Jerez, y que conociendo ya, en medio de la incorreccion de sus primeras obras, las grandes cualidades de poeta que adornaban á D. Angel, hacía grande aprecio de sus versos y de su talento (1).

Y merecíanlo sin duda. Nosotros al lamentarnos de alguna manera de la influencia que pesaba sobre su ingénio, que no tenía acaso las dotes necesarias para elevarse á mas altura que sus modelos en el campo de la imitacion clásica, estamos muy distantes de creer que Saavedra no fuera ya entonces y en aquella literatura un poeta muy distinguido, y que podia serlo mas todavía. Su versificacion no era correcta, porque nunca lo ha sido; pero era ya sonora, rica y armoniosa, y siempre fácil, si á veces no igualmente elevada y vigorosa. Sus produccionos dramáticas pertenecian á la escuela francesa, y alguna vez se recuerda en sus escenas la lectura de Alfieri, escuelas que Cienfuegos y Quintana habian introducido, no sin gloria y sin éxito en el teatro español, y que, tanto como el talento de estos poetas, habia contribuido á poner en voga el genio trágico del ilustre Maiquez. Las tragedias con que habia enriquecido nuestro D. Angel la escena española, no eran obras maestras; pero no seremos nosotros los que neguemos que, si hubiera continuado por aquella senda, no hubiera llegado en el género de CORNEILLE y VOLTAIRE al mismo grado de perfeccion y de belleza que en el de Calderon y de Moreto.

Pero la edicion de estas poesías no tuvo efecto hasta dos años despues. Entretanto habia ocurrido la revolucion política que tuvo por resultado el restablecimiento de la Constitucion de 1812. Hallábase en Madrid D. Angel

(1) Hé aquí un soneto en que le daba los dias aquel año:

Tú á quien afable concedió el destino
Digna ofrenda á tu ingénio soberano
Manejar del Aminta castellano
La dulce lira y el pincel divino,

Vibrando el plectro, y animando el lino
Logras, Saavedra, con dichosa mano
Vencer las glorias del cantor troyano,
Robar las gracias del pintor de Urbino.

Lógralo, y logre yo, si mas clemente
Se muestra acaso la áspera fortuna
Que hoy no me deja en blando son loarte,

Tejer nuevas coronas á tu frente
Ya esclarecida por tu ilustre cuna,
Ya decorada del laurel de Marte.

cuando estalló aquel suceso, que aplaudió entusiasmado como todos los liberales españoles : júbilo desinteresado, en el que no entraban miras personales. Aquel cambio político no despertó ambicion alguna en su pecho. Aunque todos sus amigos volvieran á ejercer influencia, y á ocupar los primeros puestos del poder, nada pretendió, nada quiso para sí. Aprovechó solo aquel acontecimiento para realizar sus vehementes deseos de viajar y de recorrer la Europa. Habia solicitado en vano la competente licencia de los ministros de la guerra del régimen absoluto. Se la concedió por seis años y con todo su sueldo el marqués de las Amarillas, despues duque de Ahumada, encargándole al mismo tiempo recorrer y examinar los establecimientos militares de los países extranjeros, dando al gobierno noticias de sus adelantos y mejoras, conforme á un pliego de instrucciones dignas de aquel entendido é ilustrado personaje. La impresion de sus poesías le detuvo aun algunos meses en España; pero publicado en Madrid en Enero de 1821 el segundo tomo de aquella coleccion, partió D. Angel á Francia á principios de Mayo del mismo año, despues de haber ido por algunos dias á Córdoba á despedirse de su familia. Llegado á Paris, procuró realizar el objeto para que el gobierno le habia comisionado, sin olvidar su propia instruccion y las artes que le eran mas queridas. Visitó los establecimientos militares : frecuentó las bibliotecas y museos : trató con intimidad al ilustre lord Holland, al anciano Desttut-Traey, y al célebre pintor Horacio Vernet; y preparábase en el mes de Diciembre á continuar sus viajes por la pintoresca Italia, cuando la revolucion política que iba recorriendo en España una de sus mas violentas fases, le llamó estrepitosamente á su país para lanzarle por una nueva carrera en que los riesgos, los infortunios y los errores debian pesar mas que la gloria, y serle tan fatales para su suerte personal, como para la de las artes y las letras que estaba llamado á cultivar.

Durante su última mansion en Córdoba, habia contraido D. Angel amistad, que aun dura tierna y estrechísima con D. Antonio Alcalá Galiano, entonces intendente en aquella ciudad. No sabemos si era ya el Sr. Galiano como lo es hoy un prodigio de saber y de erudicion; pero era ya seguramente una maravilla de elocuencia. Por desgracia las opiniones que profesaba eran á la sazon las mas ardientes y exageradas; y el poder con que el elocuentísimo tribuno arrastraba la conviccion y las voluntades del partido democrático, no se ejerció menos fascinador y poderoso sobre la imaginacion móvil y ardiente y el carácter apasionado de D. Angel. El talento subyuga con mas fuerza todavía al talento, que á la ignorancia, y Galiano arrastró á Saavedra en el torbellino de sus opiniones y en la carrera de su partido. En las elecciones para la legislatura de 1822 ocurriósele á D. Antonio que un amigo suyo de tanto mérito, y ligado además con el país por las consideraciones debidas á su ilustre familia, y por el buen afecto con que sus paisanos generalmente le dis-

tinguian, seria un digno representante de aquella provincia. D. Angel Saavedra fué elegido diputado á Córtes, y aunque vió con pena desbaratado su plan de viajes, sin duda hubo de lisongearle grandemente esta muestra de aprecio de sus compatriotas, mas que asustarle las eventualidades de una revolucion que ya entonces se presentaba amenazadora y embravecida.

Su conducta en el Congreso fué la que debia esperarse de las circunstancias de su eleccion. Unido estrechamente con Galiano y con D. Javier Isturiz, á quien habia tratado de jóven en Cádiz, se colocó como ellos en lo mas extremo de la oposicion al ministerio que presidia Martinez de la Rosa, en lo mas culminante del partido exaltado. Chocaba tanto mas su conducta, é incurrió por ella en tanto mayor animadversion de la córte, cuanto que su educacion, sus conexiones de familia y sus maneras aristocráticas, le hacian extraño por de mas á las exageraciones é intereses de los demagogos. Sin embargo, jamás fueron móvil de su conducta política ni estímulos de su ardor tribunicio, los bastardos intereses que principalmente en estos últimos tiempos, se ocultaron bajo la máscara de las pasiones políticas de los nuevos patriotas. El entusiasmo de los exaltados de entonces era sin duda mas sincero y mas desinteresado. Jamás D. Angel Saavedra llevó, en su virulenta oposicion, miras personales, deseos de engrandecimiento. Jamás pidió mercedes para sí ni para sus allegados: jamás se prosternó bajamente ante los mismos poderes á quienes desafiaba en la tribuna. Los recuerdos de Cádiz obraban de lleno en su fantasía; aguijábale el estímulo de imitar á los oradores que habia admirado entonces; y el ódio de una córte que era la primera á conspirar por indecorosos medios contra un sistema que no se atrevia á contrarestar frente á frente, no podia en verdad hacer en él la misma impresion que en otra época mas próxima el amor ó la gratitud de la reina que habia abierto las puertas de su patria á los que lejos de ella gemian desterrados. Las teorías políticas no estaban entonces tan ensayadas por la experiencia, ni en nuestra nacion, ni en las extrañas, para que no subsistiesen muy vivas y halagüeñas ilusiones que en el trascurso de veinte años ha desvanecido. D. Angel las abrigaba. ¿A quién de nosotros no le ha sucedido otro tanto? D. Angel creyó que eran verdadera popularidad los aplausos que las galerías daban á sus discursos. Parecíale sin duda que eran tan interesados y tan sinceros como los que pudiera arrancar una buena tragedia ó la vista de un buen cuadro; y cuando improvisaba sus breves arengas, acaso se le figuraba que leia bellos versos. D. Angel no podia entonces profundizar las cuestiones políticas que ni aun otros hombres mas exclusivamente consagrados á su estudio habian examinado sino muy superficialmente. El sistema representativo no era conocido en España. Aquel período no era gobierno: era revolucion nada mas; y todos los hombres políticos de entonces, con mas ó menos generosas

intenciones, con mas ó menos ilustrados instintos, eran sin embargo revolucionarios. ¿Nos atreveremos á asegurar si todavía no lo somos, si profesamos ahora principios capaces de organizar un gobierno que pueda durar una generacion?...

D. Angel fué secretario en las Córtes del 22, y desempeñaba su cargo con facilidad y espedicion. No hablaba muchas veces, y era siempre breve. Despues del 7 de Julio, en el cual se halló con otros diputados en el parque de artillería, y reunidas las Córtes extraordinarias, apoyó al ministerio presidido por San Miguel en favor de las medidas excepcionales que propuso, y abogó por ellas con calor en un vehemente discurso de dimensiones mas extensas que los que hasta entonces habia pronunciado. Pero su mayor fama parlamentaria de aquella época se funda en la célebre sesion de... Marzo de 1823, en que se aprobó la conducta del Gobierno por la contestacion dada á las amenazadoras notas de los gabinetes de la Santa Alianza. Nosotros sí, porque hemos visto recientemente mayores estravíos y aberraciones; pero la posteridad dificultosamente podrá formarse idea del vértigo que desvaneció las cabezas de los que osaron en aquellas circunstancias creerse hombres de Estado. La Europa entera se conjuraba contra ellos, y ellos se atrevieron á desafiar á la Europa. Presumieron contar con la nacion, y estaban solos. La cuestion no era de independencia como en 1808; era de libertad política, y el pueblo, ó desdeñaba, ó no comprendia este principio abstracto. Ardia embravecida en su seno la discordia civil; un partido peleaba contra el otro partido, y en balanza de tan iguales pesos, la menor fuerza que al uno se añadiera, le daba irremisiblemente la victoria. Sin embargo, el Gobierno del señor San Miguel arrostró la cólera de todas las potencias, y los diputados que debian pedirle cuenta de su conducta, que podian acaso haber modificado el desenlace de aquella catástrofe, hicieron en público parlamento la apoteosis del insigne desacuerdo que habia sido ya sancionado con la aprobacion y aplauso de las sociedades secretas, tan influyentes y autorizadas entonces. Tocóle en aquella discusion hablar el primero á nuestro protagonista, y en una arenga acaloradísima que acaso dió temple y tono al debate de aquel dia, fué el intérprete fiel de las opiniones que embriagaban, por decirlo así, la delirante fantasía de los patriotas exaltados. Retó con ardor belicoso á la Europa y al mundo entero, y sus declamaciones y apasionadas frases rayaron en los últimos límites de la demencia. El salon y las galerías se desplomaban en prolongados y estrepitosos aplausos, y su discurso, con los de Argüelles y Galiano, y de los demás oradores, que tomaron parte en tan famoso debate, se imprimió y circuló profusamente dentro y fuera de España como un monumento notable, en el juicio de unos de temeraria arrogancia, en el de otros mas atentos á las circunstancias y al infelicísimo resultado de aquellas amena-

zas, de estravagante é inexplicable ceguedad. Consecuente á sus principios y opinion, influyó el diputado por Córdoba en la traslacion de la córte á Sevilla; y en la memorable y borrascosa sesion del 11 de Julio en dicha ciudad, fué de los que votaron la suspension del rey, propuesta por Galiano, y su traslacion á Cádiz. El lastimoso desenlace de aquellos sucesos le encontró en su puesto. La víspera de la entrada de los franceses ocupaba su asiento de diputado. Al amanecer del dia 1.º de Octubre, en que el rey Fernando el VII recobraba la plenitud de su poder, emprendió D. Angel desde Cádiz á Gibraltar su peregrinacion de proscripto, y su carrera de emigrado.

Condújole en compañía de su amigo Galiano una barca catalana, y sufrió en aquella plaza los amargos sinsabores que experimentaron entonces todos los refugiados españoles. El mal estado de su salud le detuvo allí sin embargo, hasta que en Mayo del año siguiente se trasladó con próspera navegacion á Inglaterra, centro entonces y refugio de todos los emigrados, y donde encontró á sus principales amigos Isturiz y Galiano, y al respetable D. Cayetano Valdés, y á Argüelles, y á Gil de la Cuadra, con quienes corria entonces en la mejor armonía.

El torbellino de la política le habia apartado de la literatura y de las artes. Sin embargo, en el intervalo de la legislatura de 1822 á 1823, en que fué D. Angel á Córdoba á visitar á su hermano el Duque, que acababa de enviudar, habia compuesto en pocos dias la tragedia titulada *Lanuza*, obra mas bien inspirada por los sentimientos políticos de la época, que por los recuerdos históricos del Justicia Aragonés. No carecia, en medio de un plan poco meditado, de algunas situaciones dramáticas: era robusta, aunque declamatoria y vacía, su versificacion, y sus diálogos mas que para expresar las pasiones y caracteres de los interlocutores, estaban hechos para poner en su boca peroraciones tribunicias y arengas revolucionarias. Se puso en escena en Madrid en el teatro del Príncipe, y por efecto de las circunstancias se repitió por espacio de muchos dias con un éxito prodigioso. Reprodujéronla todos los teatros de provincia, y llegó á ser la funcion obligada en todos los aniversarios y celebridades patrióticas de entonces. Pero la emigracion le llamaba de nuevo con mas tranquilidad y conciencia á sus ocupaciones favoritas. En la travesía á Inglaterra habia escrito *La despedida*, composicion lírica de alguna extension, y en que ya se vislumbraba un nuevo rumbo, y se separaba de la imitacion servil de los poetas clásicos. El horizonte de la literatura se agrandó á sus ojos en la tierra extranjera, y la pintura volvió á ser el recreo de sus ócios en la amargura del destierro: que debe ser sin duda muy dulce consuelo, para un proscripto, el poder reproducir á lo menos con el pincel la imágen de las personas y lugares de que la desgracia les aleja. Hizo entonces D. Angel varios retratos, escribió una sátira en prosa titulada el PESO DURO, llena de cuadros

de costumbres, de no escaso mérito, y mucha frescura y viveza de colorido. Compuso un poema en octavas titulado FLORINDA y la composicion titulada EL SUEÑO DEL PROSCRIPTO, y otras de menos fama.

Entretanto la audiencia de Sevilla habia fulminado contra D. Angel, por la votacion del 11 de Junio, la sentencia de muerte y la confiscacion de todos sus bienes. Su hermano el Duque por haber ido á Cádiz al frente de una columna de nacionales de Córdoba sufria una dura persecucion: el rey le habia quitado la llave de gentil-hombre, y tenia en secuestro sus estados. D. Angel debió los recursos de su subsistencia al tierno cariño y solicitud de su desconsolada madre, que aunque arruinada por las circunstancias, hizo siempre por el hijo proscripto todos los sacrificios y esfuerzos de que solo es capaz el corazon maternal. El clima de Inglaterra no era favorable á su salud, por lo que, y deseando perfeccionarse en la pintura, que empezó á mirar como un recurso, que podia servirle algun dia para hacer frente á su situacion, entró en vivísimos deseos de ir á Italia, procurando que se le abriesen las puertas de aquel país, cerradas á todos los emigrados españoles. La Duquesa madre imploró del nuncio de S. S. en Madrid un pasaporte para su hijo. Consultó el nuncio á Roma, recomendando mucho la solicitud, le fué respondido que como don Angel se comprometiera á no hablar ni escribir de política en Italia, ni á frecuentar la sociedad inglesa, se le libraria el pasaporte, seguro de que allí encontraria hospitalidad y amparo. Dió D. Angel por medio de su madre las seguridades que la exigian, y provisto del resguardo del Nuncio, en que este habia escrito de su propio puño: «*Dado por órden expresa de S. S.*» dejó el proscripto á Londres á fines de Diciembre de 1824, y con dura navegacion llegó á Gibraltar. Permaneció allí hasta Junio del año siguiente, en que verificado su matrimonio, ya de antemano concertado, marchó con su jóven esposa á Italia, arribó á Liorna despues de un largo viaje, y cumplida la rigurosa cuarentena, se presentó al consul romano de aquel puerto. Manifestóle aquel agente que á pesar de las seguridades de su pasaporte no podia visarle sin remitirle antes á Roma. Hízolo así, y á correo seguido volvió el pasaporte reconocido por auténtico; pero con la prohibicion absoluta de que el portador pusiera los piés en los estados romanos. A esta repulsa, debida á las exigencias de la diplomacia española, se siguió una órden del gobierno toscano para que D. Angel y su esposa salieran de su territorio en el término de tres dias. En vano escribió D. Angel al gobierno pontificio; en vano reclamó de Florencia un plazo mas largo para aguardar en Liorna; en vano le protegió eficazmente el conde de Bruneti, que residia accidentalmente en Massa-Carrara. la inexorable policía dispuso arrojarlos de allí á la fuerza. Acudió en tal conflicto D. Angel al cónsul inglés, el cual, apoyado en otro pasaporte que llevaba tambien nuestro viagero, dado por lord Chatan en Gibraltar,

como á comerciante de aquella plaza, le sacó de las garras de los esbirros, le llevó á su casa de campo, y dispuso su embarque en un bergantin maltés que regresaba á su isla, único buque que estaba próximo á marchar á punto donde ondeára el pabellon de Inglaterra. El mal tiempo dilató algunos dias el viage, y D. Angel y su esposa permanecieron constantemente á bordo, vigilados por la policía, que ni aun desembarcar en el muelle les dejaba; pero fueron allí visitados por todos los extranjeros de distincion que habia en Liorna, y por lo mas florido de la ciudad, que á la noticia de aquella irracional y encarnizada persecucion, acudieron obsequiosos á prodigar á los desafortunados proscriptos las mas lisongeras atenciones y los mas cordiales ofrecimientos.

Dierónse por fin á la vela y navegaron prósperamente cuatro dias. Pero en la tarde del quinto, estando cerca del *Maretimo* sobre la costa de Sicilia, arreció el viento al sudoeste y desatóse en la noche un crudo temporal. El barco era viejo, mal pertrechado, su tripulacion compuesta de seis viejos malteses, desconocia la autoridad del capitan, hasta el punto de no obedecerle, cuando mandó varias veces tomar rizos. La luz de un relámpago, descubrió muy cerca por la proa el *Maretimo*, y al orzar por no estrellarse en el formidable escollo, se rindió con grande estruendo el trinquete, que quedando trabado de la jarcia, torció el casco en términos de que los golpes de mar se llevaron la cocina, los gallineros y toda la obra muerta. Los viejos malteses abandonaron aterrados la maniobra, y apiñados en la popa, entonaron la salve pidiendo á Dios misericordia en el último trance. D. Angel con el desesperado aliento que nace del exceso mismo del miedo en los últimos peligros, salió sobre cubierta fuera de sí; reanimó la tripulacion con amenazas y golpes, y ayudando al capitan á sujetar la caña del timon, no sin recibir grandes contusiones, logró que se picase la jarcia, que se zafase el roto palo, y que se hiciese de prisa lo que exigian las circunstancias: hecho lo cual, bajó á la cámara todo empapado en el agua del mar y en la del cielo, y cayó y estuvo por largo tiempo desmayado de la gran fatiga y del extraordinario esfuerzo. Al amanecer se hallaron en la costa de Sicilia, y deteniéndose en Girguenti lo absolutamente necesario para hacer los reparos mas precisos, siguió su viaje el buque siempre con el mar embravecido, hasta que despues de otros dos dias de navegacion, como dijo nuestro viajero en su preciosa composicion al faro de Malta.....

. . . . Los marineros
Olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdian
Malta, Malta gritaron.

No pensaba don Angel detenerse mas tiempo en aquella isla, que el necesario para encontrar proporcion de regresar á Lóndres. Pero agradóle tanto aquel benigno clima, encontró allí tanta baratura y comodidad para vivir, y tan benévola y hospitalaria acogida, que determinó fijarse en el punto á donde le habia llevado la casualidad y el infortunio. El ser caballero de la Orden de S. Juan, fué una recomendacion muy grata á los ojos de los malteses, que conservan mucho apego y religioso respeto á la memoria de sus antiguos señores. Cartas que llevó de Liorna y otras que llegaron de Lóndres le procuraron la proteccion decidida del respetable Marqués de Hastings, gobernador de la isla y de su segundo el general VVoodford, que le conserva la mas fina amistad, y de la que le dió andando el tiempo, pruebas muy positivas. Y la bárbara presuncion que habia experimentado en Italia, los peligros de su viaje, su trato ameno, su imaginacion rica, y sus maneras finas y aristocráticas, le hicieron interesante y querido á la benévola sociedad de aquel peñon del Mediterráneo. Cinco años pasó D. Angel en tan agradable residencia, frecuentada entonces de extranjeros con motivo de la guerra de Grecia. Y cierto que aquellos años, no fueron acaso los menos venturosos de su vida, ni los menos útiles para la literatura de su patria; pero entonces ya el campo de las bellas letras, se presentó á sus ojos en mas dilatado horizonte, que cuando con tan estrechos límites le circundaban en dobladas hileras los antiguos modelos y los modernos críticos. D. Angel no conocia antes mas que la literatura clásica española, francesa, italiana ó latina. Todos los hombres de reputacion á quienes habia podido consultar, no le presentaban otros modelos ni otros principios, extraños como eran absolutamente, al movimiento que fermentaba entonces en toda Europa, sordo y latente, por emanciparse de las antiguas trabas y abrirse nuevos caminos en el campo de la imaginacion y de la inventiva. En aquella época empero, tomó D. Angel conocimiento de las nuevas tendencias y vió autorizados por hombres de gran saber y de inmensa reputacion, lo que segun la austeridad de sus antiguos principios, le hubieran parecido estravíos. Vivia en Malta, por ser clima á propósito para la salud de su esposa la condesa de Erol, el respetable anciano Mr. Frére, que habiendo sido Embajador de Inglaterra en España en tiempo de la Junta Central, tenia en gran aprecio y estima el noble carácter de los españoles, y muchísima aficion á las cosas de España, poseyendo con perfeccion nuestro idioma, siendo muy entendido en nuestra literatura, y reuniendo en su biblioteca muchos, muy escogidos, y muy raros libros españoles. Honró desde luego este sabio y respetable inglés á Saavedra con el mas tierno y paternal cariño : le hizo leer y conocer á Shakespeare, á lord Byron, y á VValter Scot : le reconcilió con la antigua literatura nacional española tan desdeñada por la crítica del siglo XVIII : le regaló la antigua edicion completa de

Lope de Vega y una coleccion de nuestras crónicas, y le exhortó á escribir con brio y originalidad, sus propios afectos y sus propias sensaciones. Prendieron desde luego estos combustibles, en la ardiente imaginacion de D. Angel. Hubo de pasmarse al ver tantas bellezas y primores en lo que hasta entonces habia mirado con desdeñoso menosprecio: hubo de presentársele la historia nacional como un tesoro soterrado, como una mina no beneficiada todavía, y en que habia oro y pedrería á montones, y púsose con ahinco á esplotarla, dejando á un lado las fajas de su infancia literaria, y rotas las trabas de la escuela. ¿Quién sabe? Acaso tambien el estar ausente de su querida patria, contribuyó á que procurase dar á sus obras un colorido local mas pronunciado del que hasta entonces habian tenido. Los recuerdos y las esperanzas son mas poéticos siempre, que la inmediacion á la posesion de las cosas. La ausencia y la distancia aumentan la belleza á los ojos de la imaginacion. La antigüedad solo por serlo, es poética como lo son las regiones desconocidas, ó los climas remotos. Ha dicho Juan Jacobo Rousseau que para pintar las delicias del campo y los encantos de la primavera, no hay como estar encerrado entre cuatro paredes, y que en un calabozo estrecho, es donde se puede describir con ricos colores la libertad, y en un abrasado desierto, las orillas encantadas de un rio. ¿Quién sabe, decimos, si algo de esto sin él mismo percibirlo, aconteció á nuestro poeta? En España parecíanle solo grandes y poéticas las cosas antiguas y las escenas de otros tiempos y países. En las playas lejanas de Malta á donde solo *de tarde en tarde le llegaban de su patria nuevas amargas, y renglones con lágrimas escritos*, ¡qué interesantes y qué llenos de poesía no debian presentarse á su imaginacion todos los lugares de su país, las mas leves circunstancias de localidad! ¡Cuánto no debian halagarle y parecerle bellos y dignos de contarse, los hechos históricos de los siglos caballerescos, en que tan viva y animada se le aparecia la imágen de los héroes castellanos! Entonces ciertamente debieron presentársele no vestidos á la griega y á la romana, sino con el traje nacional, con el carácter hidalgo y religioso, con las rudas virtudes, ó con las pasiones feroces y desmandadas de los siglos de lucha y de conquista, de los tiempos de guerras y caballerías, de moros y cristianos, de cañas y torneos y fiestas de toros, ó de tumultuosas y ensangrentadas revueltas. Entonces debian ofrecerse á sus ojos, vistos por el microscopio de la proscripcion, todos los bellos accidentes, todas las mas leves circunstancias de su tierra natal, de la poética España. No eran ya solo las rosas y los jazmines, sino el cielo azul y las sierras magestuosas, el mar bravío, y las ruinas y los templos, y los cantares del pueblo y sus festejos y procesiones, y su culto, y sus lugares y sus ciudades morunas ó góticas, y hasta el *arcángel dorado que corona de Córdoba la torre*, y que se

le presenta como un faro resplandeciente mirado desde la tormenta del destierro.....

No entró, sin embargo, en esta nueva senda, rompiendo de una vez todos sus hábitos. Desde luego comprendió como debia, lo que despues se llamó escuela romántica, y tenia ya demasiado ilustrada su razon, demasiadamente perfeccionado el gusto para no ver y sentir que con el carácter y con la tendencia, con los pensamientos y las descripciones y los fines, y el plan y el tono y colorido de la nueva poesía, eran compatibles la belleza, correccion y pureza de las antiguas formas. El tránsito del uno al otro género se hizo en él con lentitud, y acaso creia que se habia emancipado ya de las antiguas travas, cuando todavía, y á pesar suyo, le ligaban. Así despues de concluir la *Florinda* compuso el *Arias Gonzalo*, tragedia clásica en la forma, de versificacion por lo general robusta, y fácil, aunque desigual como suya; y la comedia *Tanto vales cuanto tienes*, clásica tambien, aunque escrita en variedad de metros, y que despues hemos visto representada en los teatros de la capital. Su primera composicion, en que decididamente toma otro rumbo, así en la sustancia como en la forma, es la que ya hemos citado al faro de Malta, y que copiariamos íntegra si la extension de este artículo nos lo permitiera, y si no fuera tan conocida ya, notable ciertamente, no menos que por su mérito artístico, que por ser la nueva serie de producciones que emprendia el Autor. Pero donde mas resueltamente alzó la bandera de la literatura, que él debia tremolar el primero en su país, fué en el *Moro esposito* ó *Córdoba y Búrgos en el siglo* X (1), que despues se publicó en París con un brillante prólogo. No haremos mérito de este al autor del poema, porque tenemos entendido que se debe á la elocuente pluma del Sr. Alcalá Galiano; pero en él se asientan con profunda filosofía, y con elevacion y miras hasta entonces desconocidas, los fundamentos de la nueva escuela literaria, y las altas razones que presidian á la reforma que entonces para nosotros empezaba: en él se vuelve por la nacionalidad de nuestra literatura, y en él se marca la senda que deben seguir los ingénios en la nueva regeneracion á que con esta obra se abria la puerta. Es el asunto de este poema, la historia lastimosa, la popular tradicion de los siete infantes de Lara: obra de esta clase no tenia modelo en nuestra literatura. Está muy distante de pare-

(1) En un periódico literario que no ha mucho salia á luz en esta Córte con el titulo de *Pensamiento*, publicó el jóven poeta D. Enrique Gil, un excelente y juicioso artículo de análisis y crítica de las poesías de D. Angel Saavedra, especialmente del *Moro expósito* y de los romances históricos. Nosotros conviniendo casi enteramente en los juicios y opiniones del Sr. Gil, de tal manera hemos seguido al hablar de estas dos obras su opinion, que hemos copiado á veces hasta sus mismas frases.

cerse á las composiciones épicas de Balbuena, de Lope, de Ercilla y de Ojeda, y no se puede decir tampoco que se parezca á los romanceros, en que descosidamente y á la ventura aparece tejida en composiciones de autores y de épocas distintas, la historia y las hazañas de nuestros personajes y de nuestras guerras. El Moro expósito tiene su plan *El Moro espósito* es verdaderamente un romance de alguna extension. Mayor analogía se le encuentra con producciones extranjeras, especialmente con las novelas en verso de *VValter Scott*. No es nuestra intencion hacer aquí un juicio crítico de esta obra. Sería preciso dar una extension inmensa á nuestra biografia, y copiar trozos enteros de una produccion que asegurará para siempre á su autor un alto y privilegiado lugar en la literatura nacional. Sin embargo, el poema del Sr. Saavedra no es perfecto en su conjunto: la crítica severa puede tacharle de lánguido y lento en la accion, de tímido en el plan, de embarazoso y monótono en la narracion, y su desenlace no aparece demasiadamente preparado ni bien traido. Las trabas mismas de que su Autor pensaba sacudir el yugo, le sujetaban á su pesar, y se ven á través de todo en el poema los esfuerzos con que lucha, y el temor de entregarse con demasiado abandono al vuelo de su fantasía; pero cuando el Autor le desplega sin reparo, entonces es dificil pedir mas riqueza y mas valentía á los cuadros que nos describe. Hay bellezas de detalle incomparables; hay trazos descriptivos de inimitable verdad; hay figuras vivas, hay pinturas de relieve que se mueven y que se palpan; hay ternura, hay sentimiento, y hay gala oriental, y lozanía andaluza y valentía española. Si no hay demasiada individualidad en los caractéres principales, esos mismos perfiles y fisonomías comunes están dibujados con gran naturalidad y franqueza. Nada mas tierno qne los recuerdos de Córdoba en la invocacion ó entrada del poema. Nada mas brillante y galano que la descripcion de las fiestas de Almanzor. Nada mas cómico y animado que el cuadro de la cocina del Arcipreste de Salas, y que la gresca y algazara que se mueve en el banquete de los criados moros y del populacho cristiano. Nada mas sombrío y altamente poético que el incendio de Bobardillo, ó que el salon lúgubre de Rui-Velazquez. Nada mas magnífico que la descripcion de Zahara. Para hacer sentir ó recordar todas las bellezas de este libro, sería menester un libro tan extenso, y bien pueden compensar sus defectos, sin embargo de que á veces las mismas bellezas que el Autor sabe producir no hagan ver cuán á poca costa hubiera salido su obra mas acabada. Por ejemplo: no se concibe cómo haciendo con tanta facilidad sonoros y robustísimos versos, se encuentran con frecuencia trozos lánguidos ó prosáicos, expresiones triviales que descienden bastante del tono general del diálogo ó de la narracion, dado que no llevemos nuestra severidad á censurar el empleo del romance en decasílabo que se hace á la larga tan monótono con el martilleo de la octava que el Autor creyó evitar. De

todos modos esta obra, que no tenia modelo, ni ha tenido hasta ahora imitadores, es una de las joyas mas preciosas de nuestra literatura, y á nuestros ojos el mas bello floron de la corona poética de D. Angel Saavedra.

No solo consagró su tiempo al cultivo de la poesía; la pintura fué tambien objeto de sus tareas, haciendo en ella profundos estudios y notables adelantos bajo la direccion del profesor Hyrler, llegado á Malta desde Roma, pocos meses antes que nuestro proscripto.

A pesar de la tranquilidad que gozaba en aquella isla, luego que el ministerio francés, presidido por Martignac, aflojó algun tanto el ódio á los emigrados españoles, quiso D. Angel acercarse á su patria, y consiguió pasaporte para trasladarse á París con su mujer é hijos. El general Ponsomby, gobernador entonces de Malta, le facilitó una goleta de guerra para trasportarle á Marsella. Pero á su llegada Martignac habia caido, y su sucesor volvia á la misma política intolerante. Obligado á detenerse en aquel puerto, ordenáronle á poco que se internára con su familia hasta Orleans, donde precisamente debia fijar su domicilio. Tuvo que resignarse á esta dura condicion, y allí, arruinado por sus viajes, y consumidos todos los recursos que su tierna madre de contínuo le enviaba, estableció una escuela de pintura á que no faltaron discípulos, pintó con buen éxito varios retratos, y le compró en alto precio el museo de Orleans, donde existe un cuadrito de *natura muerta* que estudió con acierto del natural.

Acaeció á los cuatro meses de su residencia en aquel punto la revolucion de Julio: trocóse la suerte de los emigrados, y se trasladó al punto á París con su familia. Encontró allí á sus amigos Isturiz y Galiano, y se comunicaron sus opiniones literarias y sus doctrinas políticas. Las antiguas ideas de estos tres amigos, se habian templado mucho con la observacion inmediata de paises tan bien gobernados como Francia é Inglaterra. La experiencia habia desvanecido en D. Angel muchos errores, y no creia ya en la sinceridad de las intenciones. No quiso tomar parte en los descabellados planes de los emigrados, ni en los bandos de Torrijos y de Mina con que, aun en la desgracia, los dividian encarnizados ódios. Sus estudios y su pintura eran sus planes y sus conspiraciones. Varios retratos suyos fueron admitidos en la exposicion del Louvre de 1831, y el nombre de D. Angel Saavedra se halla en el anuario de artistas establecidos en París en aquel año. Los estragos del cólera le obligaron á retirarse á Tours. Siguió allí pintando, dió su última mano al *Moro expósito*, y escribió en prosa el *D. Alvaro*, que Galiano tradujo al francés, con ánimo de que se representara en algun teatro de París.

La primera amnistía del rey Fernando VII en 1833, no comprendia á D. Angel, como ni á los demás diputados que votaron en Sevilla la deposicion momentánea del rey; pero se aprovechó de ella para enviar á Madrid su

familia, regresando él solo á la capital de la Francia. Entonces fué cuando D. Vicente Salvá publicó el *Moro espósito* con la *Florinda*, y otras composiciones, entre ellas, algunos romances históricos, primeros ensayos en que el poeta habia empezado á cultivar un género en que fué el primero en esta época, y en que con tanto lustre debia sobresalir despues. Pero la inmortal reina Cristina extendió, muerto Fernando VII, los beneficios de la amnistía hasta un punto donde habian impedido que llegára, durante la vida del rey, graves consideraciones de política. Abriéronse al fin para D. Angel, como para todos los españoles, las puertas de la patria, y el dia 1.° de Enero de 1834, á los diez años y tres meses de ausencia y de lágrimas, vertidas por la memoria de este tan amigo suelo, volvió á derramar las que la vista de la patria deseada arranca, entrando en España por Perpiñan y la Junquera. Apresuróse á jurar á la reina en manos del gobernador de Figueras, y de Barcelona llegó á Madrid á los brazos de su familia, y de la tierna madre á quien tantos suspiros y llantos habia costado su ausencia y su desgracia.

Era ya á su llegada presidente del consejo de ministros D. Francisco Martinez de la Rosa, con el cual, á pesar de la oposicion que le habia hecho el año 22, habia contraido cordial y estrechísima amistad. Publicado á poco el Estatuto Real, D. Angel no participó del ódio tenaz que le declararon en su mayor parte los malcontentos emigrados, que llegaban con la presuncion de conquistadores á un país que los recibia como hijos; pero por cuya felicidad nada habian hecho, no teniendo siquiera la gloria de haber contribuido al restablecimiento de las instituciones liberales que era llamado á dar al país el Sr. Martinez. D. Angel aplaudió sinceramente la publicacion del Estatuto, y le pareció un buen principio y sólido fundamento de mayores adelantos y progresos. No estaba curado del todo todavía de sus antiguas ideas, y en el periódico que entonces fundó con D. Gabriel José García y D. José de Alvaro, titulado *Mensagero de las Cortes,* defendió opiniones mas avanzadas de lo que convenia en la primera época de la revolucion, si bien comparadas con sus antiguas doctrinas, no merecian el dictado de anárquicas ni revolucionarias. Como quiera, la política volvia á apoderarse de su espíritu, y un suceso doméstico, próspero á la par y desgraciado, vino á arrebatarle mas decididamente en su agitado torbellino. El 15 de Mayo de 1834 falleció en Madrid de una pulmonía aguda el Duque de Rivas, su hermano mayor, y no dejando sucesion, hallóse D. Angel heredero de su grandeza de España, títulos y bienes. Vióse el nuevo Duque de Rivas llamado como Grande á ocupar un puesto en el Estamento de Próceres, y abiertas las Córtes en 24 de Julio, fué elegido segundo secretario del Estamento, quedando al dia siguiente de primero, por la repentina muerte de D. Diego Clemencin. Conocióse desde las primeras sesiones cuánto habia madurado su juicio en materias políticas, y

el notable discurso que pronunció en el debate de contestacion al discurso de la Corona, de oposicion, sí, pero comedida y templada, le valió un lugar distinguido en el aprecio del alto Estamento. Pero el discurso mas profundo de todos los suyos, el mas trabajado y lucido, y el que le valió mas justo crédito y merecida reputacion, fué el que pronunció con motivo del proyecto de ley presentado á las Córtes, excluyendo al infante D. Cárlos y á su familia del derecho de sucesion á la Corona de España. Elevóse el primero D. Angel á la altura de la gran cuestion que se presentaba; abordóla con resolucion y con franqueza; la determinó y fijó con no comun valentía, y la consideró en el verdadero punto de vista, desde el cual las Córtes debian mirarla. No fué á sus ojos aquella cuestion un pleito civil en que dos familias venian á ventilar ante un tribunal de justicia la propiedad de un trono. No eran tampoco as Córtes jueces que iban á sentenciar en una causa criminal contra el príncipe rebelde, y desposeerle de sus derechos en pena de sus delitos. Tratábase, en su concepto, de una cuestion de alta política, de conveniencia nacional; y las Córtes no eran en aquel asunto jueces, sino legisladores. El fundamento de su exclusion actual era la ley del reino, sí, pero el de su exclusion perpétua y la de toda su línea en cualquier eventualidad, fundábase en la incompatibilidad de la estirpe de D. Cárlos con las instituciones representativas, y en el fundado temor de una futura violenta reaccion de sus hijos y descendientes contra el gran partido nacional que habia proclamado á Isabel II. Osado y resvaladizo era el modo de tratar esta cuestion, y lo hizo el nuevo Prócer con todo el brillo y con toda la ilustracion de que era capaz una teoría ocasionada á sentar máximas y principios de algun tanto peligrosa aplicacion, convertidos en doctrina general. La tendencia de su dircurso y las citas históricas en que apoyó su raciocinio, no podrán acaso reputarse por muy ortodoxas para una creencia severamente monárquica. Pero disculpábalo todo la criminal conducta del infante rebelde, y la injusta guerra que habia movido á la legítima reina de España su ambicion desatentada. Era el partido de D. Cárlos el que tomaba la iniciativa de la revolucion, y disculpaba por cierto por sus mismos hechos las medidas revolucionarias contra él tomadas. Con respecto á su descendencia y á las esperanzas de su estirpe, todos sabian que la cuestion no se decidia entonces, que esas cuestiones las deciden los sucesos y las ejecutorían los siglos. D. Angel tuvo, sin embargo, un arranque monárquico al fin de su discurso, en que á despecho de sus ideas, se revelaban sus hidalgos pensamientos. «Ciertamente, señores, dijo, »es dolorosísimo el que nos haya puesto en trance tan amargo un infante de »España descendiente de cien monarcas y del glorioso Enrique IV de Fran»cia, padre de sus pueblos, un nieto de Cárlos III, un hijo del benigno y »candoroso Cárlos IV, anciano venerable que murió en el destierro, lejos de

»su trono y de sus servidores. Soy agradecido; mi padre y mi familia le de»bieron honras y favores sin cuento, y la mayor parte de los que estamos en »este salon, le servimos en nuestra juventud con lealtad y buen celo, y con»servamos su memoria con aquel recogimiento que inspiran la gratitud y el »respeto.» Estas palabras honrarán para siempre el corazon y los sentimientos del que se atrevia á alabar á los poderes caidos.

Las tareas parlamentarias no le distrajeron de la literatura. Hemos dicho ya cuando habia escrito el *D. Alvaro ó la fuerza del sino*. Entonces le corrigió; hizo en él notables variaciones; lo versificó en quince dias, y lo puso en escena en el teatro del Príncipe. Recibióle el público, primero con asombro, despues con largos y estrepitosos aplausos. Todos los teatros de España reprodujeron este drama singular que sigue representándose y excitando siempre la admiracion, el interés y la sorpresa. No juzgaremos esta obra. Se resiste á la crítica. Pueden hallársele defectos, errores, estravagancias, hasta ridiculeces; pero todo esto desaparece cuando se la ve representar. Todo el mundo la ha visto. ¿Qué diriamos nosotros de esa produccion? Fué sin duda una revolucion en el arte dramático de nuestros dias. Su éxito alentó, á los autores que han ilustrado y enriquecido últimamente nuestro teatro, á separarse de la senda trillada por los dramáticos del último siglo. Sin embargo, nadie se atrevió á seguir la trazada por Saavedra, ni él mismo sin duda. El *D. Alvaro* es único drama verdaderamente romántico del moderno teatro español. Se han censurado sus formas, sus contrastes, sus caractéres incoherentes, sus demasiado fuertes pinceladas. Nosotros no le censuramos por nada de esto. Esto es lo que él quiso hacer: eso es un género como otro cualquiera, y las intenciones que al hacer esta obra tuvo, están realizadas con singular talento, con inimitable verdad, con vigoroso y fuerte colorido, con imaginacion sorprendente y arrebatadora, con versificacion maravillosa á veces, casi siempre rica y sonora, y digna de los mejores tiempos de Moreto y Calderon. Acaso el principal defecto que para nosotros tiene la creacion del *D. Alvaro*, no está en sus formas, ni en su estatura, ni en sus accidentes. Está en el pensamiento que en él domina. El objeto del drama del Duque de Rivas, es el mismo que el de la antigua tragedia griega, la fatalidad. *D. Alvaro* es un *Edipo* destinado por el cielo para hacer la desgracia de una familia como el *Edipo* griego la de la suya. Ni la religion salva á D. Alvaro de su mision sangrienta, de su destino de crímen. Hubiéramos querido en el nuevo drama otro objeto, otra intencion mas acomodada á las costumbres, á los caractéres de nuestro siglo y de nuestra religion, una tendencia mas moral y mas cristiana. D. Angel creó un carácter que no pertenece á época ninguna determinada, acaso mas universal en esto, porque pertenece á todas, como los héroes de Shakespeare. El Duque de Rivas se elevó con esta produccion á su mayor altura de

gloria literaria. El brillo de *D. Alvaro* eclipsó del todo sus anteriores producciones dramáticas, pálidas de todo punto é insignificantes ante el nuevo drama. No hay mayor rival para un poeta que el poeta mismo. Una grande obra de un autor, hunde y sepulta mas que la de otro cualquiera sus obras anteriores de menos mérito y de menos alcance.

Despues de la excision revolucionaria, contra el ministerio Toreno, durante la cual se hallaba el Duque en Andalucía, abriéronse las sesiones de los Estamentos, y el Duque de Rivas influyente en el suyo, y que debia por sus ideas políticas no ser desfavorable al gabinete nombrado despues de aquellos sucesos, fué elegido por la corona vice-presidente del Estamento de Próceres, y condecorado con la gran cruz de Cárlos III. A estos honores en el órden político, correspondieron otros en el órden literario. La academia española le recibió en su seno, y al crearse el Ateneo de Madrid, le nombró por unanimidad su presidente.

Habia conocido nuestro Duque en el año 20 al ministro Mendizábal, y le habia tratado despues en Lóndres y París. No podia por consiguiente creerle un hombre de Estado; pero participaba de aquella ilusion popular con que en los grandes peligros los hombres que aparecen en la escena son mirados, no como son, sino con todas las calidades y circunstancias que la situacion requiere. En el gran conflicto del año de 1835, amenazada por todas partes la causa de la Reina, y estremecido hasta los cimientos el edificio social, la opinion pública habia de alguna manera idealizado á Mendizábal, tanto mas, cuanto que absolutamente no le conocia. D. Angel participó algun tanto de este vértigo; le creyó un entendido hacendista, y le parecia aun en aquel tiempo un buen instrumento para avanzar por el camino de las instituciones políticas. Sin embargo, la tendencia del partido en que figuraba nuestro Prócer, mas que política, era gubernativa. Su exaltacion no era estimulada por los temores de que el Gobierno de la Reina fuera opresor y despótico, sino por los peligros de que la causa de D. Cárlos triunfára. Exigíanse del poder, no tanto instituciones, como medidas fuertes y vigorosas para concluir la guerra. El error consistia en creer la amplitud de las instituciones como una de estas medidas. Hubo desde el principio hombres ambiciosos interesados en extraviar la opinion amalgamando, confundiendo estas dos ideas, y sobre personas de la mejor buena fe llegaron á conseguir su objeto con tanta mas facilidad, cuanto que la administracion del partido moderado, y menos adicto al demasiado ensanche de las reformas liberales, habia sido desafortunado en la direccion de las cosas de la guerra. Pero subidos al poder los hombres del otro partido en 1835, y visto que en sus manos todavía se embravecia mas la lucha, y que á la par se desataba la revolucion amenazadora, hubieron muchos de contemplar con espanto la suerte del país, y los peligros á que la

precipitaban los charlatanes de la política, ó los que hicieron infame mercadería de promesas estériles de libertad. La experiencia, mas rápida en su enseñanza indeleble que las teorías todas, hizo volver en su acuerdo á muchos hombres extraviados. La necesidad de dar fuerza y vigor al poder, empezó á sentirse viva y perentoria; los héroes de 1812 cayeron á poco en vergonzoso descrédito, y separáronse de las filas del partido exaltado casi todos los hombres de ilustracion y saber, y la juventud toda que conoció desde luego que no era de los antiguos revolucionarios la sociedad ni el porvenir. Refundióse entonces el partido moderado, ó se creó por mejor decir un nuevo partido, al que convino mejor el dictado de monárquico-constitucional. No fueron la parte menos vital y robusta de sus filas los que habian pertenecido antes al partido exaltado. Contábanse á su frente á dos corifeos notables de las antiguas opiniones demagógicas, Isturiz y Galiano. El Duque de Rivas acompañó á sus antiguos colegas en lo que sus antagonistas llamaron necia y despechadamente defeccion y apostasía, y contribuyó á preparar por los medios constitucionales un cambio ministerial, que las circunstancias hacian necesario, y en que debian estar representadas las fuerzas y las tendencias, las doctrinas y las personas de un nuevo partido conservador. Para esto, en la legislatura de 1836 se presentó en oposicion al ministerio Mendizábal: empezaron á ejercer verdadera influencia en el alto Cuerpo colegislador sus discursos, que eran escuchados con atencion y agrado sumo, y formuló á pocos dias una proposicion que otros Próceres firmaron, y que aprobó el Estamento, poniendo coto al uso que se hacia del célebre voto de confianza. Fué este un golpe mortal para aquel ministerio, aunque contara con el apoyo del Cuerpo popular. Su posicion se hizo cada vez mas crítica: los Ministros presentaron su dimision, y S. M. confirió en 15 de Mayo al Sr. Isturiz la presidencia y la formacion del nuevo Gabinete.

No es esta biografía el lugar competente para juzgar al Ministerio de 15 de Mayo. Su turno le llegará en alguna de nuestras noticias. Aquí solo debemos referir como Isturiz, atento sin duda á que el Duque de Rivas era el representante de su pensamiento en el Estamento de Próceres, le designó por uno de sus colegas, y S. M. le confirió el Ministerio de la Gobernacion del Reino. Sabemos que D. Angel se sorprendió sobremanera al verse nombrado Ministro, y que recibió con sumo desagrado un poder que jamás habia ambicionado; un cargo para cuyo desempeño no se reconocia con suficientes fuerzas en tan difíciles circunstancias. Tentó en vano todos los medios honrosos de evadir su compromiso; pero sus amigos Isturiz y Galiano le arrastraron en su suerte comun, y unióse al fin con ellos decidido á arrostrar los riesgos de una administracion desde sus principios tan combatida. Presentóse con sus colegas en el Estamento de Procuradores en la célebre sesion de 16 de Mayo, y

el Estamento, so pretesto de no haberse recibido la comunicacion oficial de su nombramiento, y estimulado por la peroracion violentísima y apasionada del Sr. Olózaga, hizo dejar su asiento á los nuevos Ministros, con gran aplauso de la tribuna pública. Mortificó á nuestro Duque aquella demostracion. Los silbidos de las turbas llevadas á aquel recinto no sonaban en sus oidos todavía como alabanzas y gritos de triunfo. No le parecia aun gloriosa la impopularidad de la pagada plebe. D. Angel, primero que Ministro, era poeta dramático: antojábansele acaso aquellas vociferaciones los silbidos de una comedia, y decia con muestras de pesar á uno de nuestros amigos que presenciaba aquella farsa: ¡ Es posible! ¡ Silbarme á mí! » Nuestro Duque se habrá reido mas de una vez de aquellos improperios, cuando vuelto de su natural sorpresa, haya podido apreciarlos en su valor verdadero.

No habia pensado jamás en ser Ministro: no tenia pretensiones de administrador, ni funda hoy su gloria en sus tareas de Ministro. Sin embargo, en el corto período de aquel Gabinete, desempeñó su parte, si no con extraordinario mérito, con dignidad, decoro y conciencia. Abrazó con decision y entusiasmo el pensamiento de sus colegas, y demostró en todos sus actos su anhelo de concluir á toda costa la guerra, de establecer sólidamente la monarquía constitucional, y de combatir los esfuerzos de la revolucion amenazadora. Los nombramientos de sus agentes y funcionarios fueron dignos y acertados; y para los pormenores de administracion y gobierno, á que no podia descender, tuvo el acierto de nombrar un subsecretario que valia por muchos Ministros. Durante su administracion se redactó un plan general de estudios que honrará para siempre su memoria, y que la revolucion ignorante y retrógrada condenó despues á la nulidad y al olvido. Convocadas las Córtes llamadas revisoras, ejerciése por primera vez la eleccion directa, y el Ministro de la Gobernacion dirigió con sumo tino aquellas elecciones, las mas solemnes y mas tranquilas de cuantas tuvieron lugar en España, y en que sin acusaciones de corrupcion ni violencia se reunió lo mas ilustrado y respetable de la nacion, llamada á discutir una nueva ley fundamental de la monarquía.

Pero aquellas Córtes no llegaron á reunirse. El partido revolucionario las condenó de antemano. Vencido en el campo de la legalidad, invadió el terreno de la fuerza. La nacion habia elegido Córtes: la revolucion nombró juntas. Dióse la señal del alzamiento asesinando en Málaga á un jefe político. En Zaragoza el capitan general proclamó la Constitucion de 1812. Un batallon embriagado sitió en la Granja el palacio de la reina, y la obligó á adoptar el Código de Cádiz. El Ministerio resistió en Madrid valerosamente, pero recibidos los decretos de destitucion, y envalentonados los vencedores con su triunfo, nuestro Ministro se vió precisado á ocultarse en un barrio estraviado para no ser víctima de la sed de sangre que se cebó en el valiente y benemérito gene-

ral Quesada. Pasó algunos dias el Duque en la mayor ansiedad: halló refugio en la casa del Ministro de Inglaterra Mr. Villiers, hoy Lord Clarendon, y allí permaneció veinte y cuatro dias rehusando siempre el emigrar como la última desgracia. Pero como las pasiones no se calmáran ni se diese término á una época de inseguridad y peligro para los hombres que habian figurado en el caido Gabinete, resolvió al fin dejar por segunda vez el suelo de que le lanzaban sus amigos los liberales, como antes le habian expulsado los absolutistas, sus adversarios.

No era esta resolucion tan fácil de verificar como de concebir. Los pasaportes extranjeros no ofrecian garantías suficientes. Los caminos no estaban seguros. Casi todos los pueblos por donde se podia transitar se hallaban dominados por la sedicion. El camino de Zaragoza, único entonces que comunicaba con Francia, estaba interceptado por la faccion. En el de Portugal por Extremadura habia suma vigilancia despues que se supo que Isturiz habia pasado por Badajoz disfrazado y con grave riesgo de su persona. Acudió entonces el Duque de Rivas al general Seoane, con quien le ligaban relaciones de antigua amistad, y correspondiendo caballerosamente á la confianza del Duque, le proporcionó pasaporte y un bizarro oficial de coraceros de la Guardia que le acompañase hasta Gata. De aquel punto, D. Pedro Ontiveros le introdujo en Portugal con nuevo disfraz y precauciones, dándole por guia un contrabandista del país. Ya en Portugal y en la ciudad de la Guarda, corrió un nuevo inesperado peligro. Su conductor dijo en una taberna que aquel caballero era un alto personaje, y corriendo este rumor de boca en boca, alarmóse la ciudad toda con la noticia de que habia llegado un agente de D. Miguel. El gobernador civil le llamó á su casa, le participó el desórden que tomaba cuerpo, y le exigió que le dijera la verdad. Descubrióse el Duque sinceramente, y aquel digno caballero desplegó la mayor eficacia para salvarle del peligro. Hizo traer los caballos del Duque, y por la puerta falsa de su propia casa le sacaron al campo seis hombres armados y de su confianza, que le alejaron de la ciudad y su término. Llegó el Duque á Lisboa, donde acababa de publicarse la Constitucion del año 20, y allí supo que le habian secuestrado los bienes (á pesar de prohibirlo expresamente la Constitucion restablecida), por el delito de haber salido de España sin permiso del Gobierno, delito tan capital á los ojos de los liberales. Con la mira de acercarse á su familia, establecida en Sevilla, resolvió pasar á Gibraltar, y lo verificó no sin riesgo y precaucion, por la circunstancia de que los vapores que salian de aquel puerto se detenian en la bahía de Cádiz. En Gibraltar encontró y fué obsequiadísimo por su antiguo amigo Sir A. VVoodford, con quien habia tenido en Malta tan estrecha amistad. Allí pasó un año, allí contribuyó, por el influjo de que gozaba con el gobernador inglés, al alivio y socorro de las familias españolas de

aquellos contornos, que se refugiaron aterradas al Peñon cuando apareció la expedicion de Gomez. Allí se dedicó de nuevo á la pintura y á la poesía, y escribió muchos de sus romances.

Promulgada la Constitucion de 1837 y aceptada por la Reina, la juró el Duque en manos del cónsul español, y el dia 1.° de Agosto se trasladó á Cádiz, y volvió de su segunda emigracion á los brazos de su familia.

En las elecciones de aquel año figuró sn nombre como candidato para senador por varias provincias. Propuesto en terna por la de Cádiz, le nombró la Corona. Consecuente á sus principios apoyó al ministerio Ofalia, y pronunció un largo y vehemente discurso en favor de la proposicion del senador Sanchez, para que se le devolviesen sus bienes á las monjas, uno de los mejores sin duda de su larga carrera parlamentaria. En las siguientes legislaturas, y tomando siempre parte en los debates del Senado, defendió los principios conservadores, apoyó con buenas razones el convenio de Vergara, y la necesidad de conservar sus fueros á las provincias, y sostuvo, en fin, todo los planes y proyectos que tenian por objeto dar unidad y fuerza al poder. Defendió el establecimiento de un consejo de Estado, la ley de ayuntamientos y la de imprentas. Verificado el viaje de S. M. á Barcelona, se retiró á Sevilla, y el cambio político conocido con el nombre de pronunciamiento de Setiembre, le alejó acaso por mucho tiempo de trabajos y tareas en que ya no debe conservar fe ni esperanza alguna para el porvenir y ventura de su patria.

El desaliento de la política no le retrajo del entusiasmo de la literatura. La gloria estéril problemática y disputada del Parlamento, al rebajarse ó desvanecerse á sus ojos, dejó mas vivo y mas ardiente en su alma, el sentimiento de la gloria literaria, sentimiento inmortal y siempre generoso. El literato tiene siempre elevada la tribuna en su gabinete, un parlamento en las creaciones de su fantasía, un auditorio inmenso en el mundo entero. El Duque de Rivas no abandonó, ni creemos que abandone jamás sus artes queridas, sus primeras inclinaciones, que fueron como la religion de su alma. Desde la publicacion de *D. Alvaro* nada habia vuelto á componer para el teatro. En este último período, la escena le llamó de nuevo á su palenque glorioso. No se atrevió á seguir en el género de que habia dado tan insigne muestra. Arredráronle sin duda los peligros de incurrir en exageraciones, y sintió que sin trepar á tan altas y tempestuosas regiones envueltas á veces como las crestas de las altas montañas en nubes, y surcadas del rayo, habia á menor distancia no tan terribles y mas despejadas eminencias. Nuestra patria habia tenido un teatro nacional, rico y glorioso, como ningun teatro del mundo. Cuando la Europa no tenia mas que un autor dramático, España los contaba por docenas. Cuando la poesía habia perdido toda su vida propia y su jugo natural, y no acertaba el genio poético á formular un género, toda la originalidad y la fecundidad

inmensa del ingénio español se habia refugiado al teatro. Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto, Alarcon, Rojas, y el grande Calderon, se elevan todavía en medio de la literatura europea, como se alzan en una extensa cordillera las cumbres mas eminentes, de donde descienden los rios y manantiales que han de fecundar la llanura tendida á sus piés. Originales y espontáneos siempre estos poetas, porque bebieron sus inspiraciones en el carácter y las costumbres de su patria, quedan todavía las mismas dotes para sus imitadores, como quiera que el carácter nacional y las costumbres del pueblo no hayan sufrido aun modificaciones tan absolutas que le tornen otro carácter y otro pueblo distinto. La parte de sociedad española que se confunde con la sociedad francesa y con la de todas las naciones de Europa, es una capa bastante superficial y somera; y los mismos que la componen sienten aun renovarse los antiguos sentimientos, no borradas del todo en su corazon las huellas de las antiguas costumbres, cuando al escuchar en el teatro los acentos de Calderon y de Moreto, simpatiza desde luego con ellas el alma, como se descubren las letras de una tinta simpática al contacto del reactivo que las colora. El género y la poesía de aquellos grandes maestros es aun, con las modificaciones del tiempo trascurrido y de las costumbres alteradas, el género cuya poesía pertenece á nuestro teatro moderno. D. Angel volvió á él; su imaginacion tiene mas puntos de contacto con nuestros antiguos dramáticos que con la de autores mas modernos. Las tres comedias tituladas, *Solaces de un prisionero, El crisol de la lealtad* y la *Morisca de Alajuar*, han sido el fruto de esta nueva direccion. El público ha recibido con aplauso estas producciones, y la crítica solo ha tenido acaso que censurar el sabor demasiado fuerte á la comedia antigua, la rehabilitacion inoportuna quizá del carácter gracioso que ya no puede ser tolerado en nuestros teatros por un público distinto del que los frecuentaba en tiempo de Felipe IV; y alguna vez lo precipitado y no siempre interesante del desenlace. La crítica ha sido mas severa con la *Morisca de Alajuar*; ha visto en ella demasiada complicacion, muchos y atropellados incidentes, materia, en fin, para dos dramas distintos, ora ligados, ora independientes. El autor de este artículo no ha logrado ver esta representacion en las tablas, ni juzgar de su efecto en el teatro; pero cuando en dias, de que conservará siempre tiernísima y grata recordacion, escuchó de los labios mismos de su autor la lectura de aquella composicion, formó un juicio que no se ha conciliado todavía con la severidad de esta censura. A sus ojos la *Morisca de Alajuar* es la produccion mas acabada y mas bella del Duque de Rivas, la mas interesante, la de mas movimiento y de mas preparado desenlace. Los caracteres están de relieve, y sostenidos sin desmentirse jamás, sin decaer nunca. El conde de Salazar es un tipo de los mas bellos que puede ofrecer ninguna produccion dramática, y hasta la versificacion nos parece mas igual y mas

esmeradamente correcta que en las demás obras de su fecunda, pero á veces demasiado fácil y suelta vena.

Por último, ha coronado sus trabajos con la publicacion de sus romances históricos, obra en que, segun nos manifiesta en el elocuente y erudito prólogo que le precede, se propone revindicar el romance del magistral anatema que contra él habia fulminado la crítica de nuestros dias, volviéndole á su primer objeto y á su primitivo vigor y enérgica sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofía. Ya hemos manifestado en qué tiempo y por qué circunstancias habia vuelto á cultivar este género tan rico como abandonado de nuestra literatura. Ya se habian impreso con *El Moro espósito*, *La Vuelta deseada*, *El Sombrero*, *El Conde de Villamediana* y *El Alcázar de Sevilla*, muestra de la profundidad con que el autor sentia la poesía histórica de su país, y de la verdad con que sabia pintarla. Los romances posteriormente publicados no han desmentido las esperanzas que habian hecho concebir sus primeras inspiraciones. No nos es dado recorrer todos los cuadros de esta magnífica galería. Remitimos á su lectura á todos los que quieran sentir las originales bellezas de nuestras grandezas históricas, y reposar sus ojos en la viva y animada pintura de una naturaleza engalanada por un pincel de tanto fuego, de tanta vida. Encontrarán atesorados en esa coleccion argumentos hábilmente conducidos, caractéres soberbiamente delineados, figuras vivas, ricas descripciones, afectos verdaderos y vehementes, rasgos atrevidos, entonacion poética, locucion castiza, y grande inteligencia histórica. A veces, como en *El Solemne desengaño*, *El Cuento de un veterano*, *Amor, honor y valor*, *La Noche de Montiel* y otros; estas composiciones son unos verdaderos dramas llenos de animacion, de progresivo interés en su plan, de escenas brillantes, á veces de cuadros siniestros y sombríos. Otros empero se distinguen por su mayor sencillez, por su mayor regularidad: son apacibles historias, agradables cuentos, llenos de candor y dulzura, como tiernas bucólicas, como campestres baladas, galanas y bellas, aunque mas monótonas, como el curso de un arroyo, ó como una dilatada pradera; y sentimos que las dimensiones obligadas de nuestro artículo no nos permitan para prueba de esta verdad trasladar, ora las estrofas en que describe las angustiosas agonías del rey D. Pedro en su noche postrimera: ora la pintoresca descripcion del Guadalquivir, cuando Hernan Cortés se embarca en él en busca de la corona de Motezuma: ora las dulces y melancólicas meditaciones á que se entregaba en su triste prision el marqués de Lombay: ora la animada pintura, las pinceladas de franco y vigoroso estilo con que retrata los tres ilustres misteriosos galanes de la bellísima Princesa de Evoli. El Duque de Rivas ha levantado en este libro á la literatura nacional un monumento que durará mas que otras obras en que libran acaso algunos muy altas pretensio-

nes y esperanzas. En la amanerada y anárquica literatura de nuestros dias, nuestro poeta ha trazado un vivísimo surco de luz por las regiones de la belleza y de la originalidad. A los defectos de su época, y á las particulares circunstancias de su azarosa vida, ha pagado mas de una vez tributo; pero sus defectos quedarán oscurecidos en el olvido de sus obras medianas, bastándole para una auréola muy espléndida de gloria el mérito de las muchas que pasarán á la posteridad.

Y su gloria literaria será la única que de él quede. Los hombres que la obtienen oscurecen todas las demás con su brillo. La gloria de los destinos públicos, la reputacion política pasa con las circunstancias, aun en los mas eminentes hombres de Estado. ¿Quién se acuerda ya de que Petrarca fué un negociador y un estadista? ¿Quién une al nombre de Ariosto su carácter de embajador en Venecia? ¿De qué le sirve á Milton haber sido secretario de Cromwel? ¿Quién dentro de pocos años sabrá que Chateaubriand ha sido ministro y Lamartine diputado? Creemos, pues, que el Sr. Duque de Rivas no librará su fama póstuma en sus recuerdos de orador, de Prócer, de Senador y de Secretario del Despacho, por mas que para sus contemporáneos sean gratos ó censurables su exageracion en un periodo, su medianía en algun puesto, y sus brillantes cualidades en otro. La política, que tanto ha influido en su vida, no influirá para su fama. Y sin embargo, todavía en las elecciones de 1840 la provincia de Vizcaya le propuso para Senador en segundo lugar, y la de Alava en primero. El Gobierno de Setiembre no tuvo por conveniente elegir á quien sin duda hubiera unido su elocuente palabra á las que en el Senado fueron la última protesta, si bien severa y terrible contra los nuevos poderes. No le pesó de tan honroso desaire, y vive en Sevilla contento, satisfecho y desengañado en el seno de su numerosa familia, ocupada toda su atencion en los placeres y trabajos de la vida doméstica, en la composicion de sus comedias, en la publicacion de sus obras, y en el trato de sus amigos. El autor de estas líneas ha sido testigo de esta vida deliciosa en dias á cuyo recuerdo puede consagrar aquí una línea, siquiera le tachen por ella de parcialidad ó de impertinencia. Cuando desfallecido y enfermo fué á buscar aire de salud y de vida en las perfumadas riberas del Guadalquivir, bajo el sol vivificante de la bella Andalucía, allí donde acaso mas que la benignidad de la atmósfera, calmaron sus dolencias los consuelos y ternura de sus solícitos amigos, no fué entre ellos el menos tierno y cariñoso el ilustre escritor, cuya biografía le ha cabido en suerte. De sus labios mismos oyó alguna vez la interesante narracion de algunas de sus vicisitudes y desgracias, en aquellas deliciosas noches de que solo pueden formar idea los que las hayan pasado en los encantados patios de Sevilla, entre columnas de mármol y macetas de flores, y árboles y fuentes, y en la sociedad de amigos y de hermosas, tan amena

como aquellos jardines. Los recuerdos que de esto nos quedan van unidos á la grata memoria del Duque. Por eso quizá nos hayamos detenido alguna vez en circunstancias minuciosas, cediendo sin querer al recuerdo de nuestras conversaciones, y repitiendo acaso las reflexiones mismas que entonces se nos ocurrian. Complacido, como el que cuenta sus propias adversidades, acaso hemos creido á veces que tendrian para todos la importancia que para nuestro corazon. La amistad puede habernos hecho prolijos; un consuelo nos queda, y es que el temor de parecer por ella parciales, nos ha hecho ser constantemente severos.

El Sr. Pastor Diaz escribió y publicó las noticias biógráficas que anteceden el año de 1842. Y como desde entonces acá D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas, ha adquirido nuevos y acaso mas brillantes títulos al aprecio general, como hombre político, como poeta, como historiador, y como artista, vamos á continuar con brevedad, y sin presuncion alguna de escritores, la relacion de su vida, desde el punto en que la dejó el ilustre biógrafo, con cuyo sabroso estilo y juiciosa crítica no nos es dado competir.

Permaneció el Duque en Sevilla el año 1842 y parte del 43. Y continuando sus tareas literarias y artísticas, escribió la comedia titulada *El Parador de Bailén*, juguete cómico de poca importancia, y el drama fantástico *El Desengaño en un sueño*, obra de altísimo mérito, rebosando elevadísima poesía y hondo interés filosófico, y donde acaso se encuentran los mas sublimes pensamientos y la versificacion mas abundante y atrevida del autor. Dificultades materiales de nuestra atrasada escena han imposibilitado hasta ahora su representacion. Tambien pintó entonces cuatro cuadros no despreciables, para el coro de la catedral de Sevilla, y algunos retratos.

A mediados del año 43, intereses particulares le obligaron á dejar la Andalucía, y se trasladó á Madrid, cuando oscurecido de nuevo el horizonte político amenazaba nuevas borrascas. Sabidos son los sucesos que turbaron muy luego la tranquilidad pública, y el estado lastimoso en que se vió la capital de la monarquía. El Duque, durante aquellas angustiosas circunstancias, como leal y buen caballero, se consagró al servicio personal de la Reina niña, y se estableció en palacio con otros Grandes, que no querian perder de vista á S. M., y por lo que no dejaron de padecer grandes amarguras en aquellos dias de tribulacion y de incertidumbre.

Pasaron felizmente, y concluida de hecho la regencia del Duque de la Victoria, el gobierno provisional creyó conveniente rehacer de real órden el Ayuntamiento de Madrid, y nombró decano de él al Duque de Rivas. Resistióse á ocupar un puesto que debia obtenerse por eleccion popular, pero en atencion á lo grave de las circunstancias, lo aceptó, y desempeñó además el cargo de alcalde 5.° que quedó vacante.

Disueltas las Córtes y el Senado en su totalidad, fué en las nuevas elecciones propuesto para el cargo de Senador por várias provincias, y el Gobierno lo nombró por la de Córdoba, y al mismo tiempo primer Vice-presidente del Senado, en el que sostuvo con un buen discurso la ley, declarando la mayoría de la Reina.

Por aquel tiempo reconoció el Rey de las dos Sicilias la legitimidad de Doña Isabel II, enviando á Madrid un Ministro plenipotenciario. Y S. M. la Reina, siendo Presidente del Consejo el Sr. Gonzalez Brabo, se dignó conferir al Duque la legacion de Nápoles, condecorándolo con la gran Cruz de San Juan de Jerusalem. Aprestóse en Cádiz la fragata de guerra Cristina para conducirlo á su destino. Pero las ocurrencias de Alicante obligaron al Gobierno á echar mano de aquel buque, y tuvo el nuevo Plenipotenciario que hacer su viaje en un vapor inglés, que tocando en Malta, le proporcionó el gusto de volver á aquel país hospitalario, en que tan bien acogido se habia visto en tiempos de persecucion y de infortunio; y de abrazar á sus antiguos y constantes amigos que lo recibieron con los mayores obsequios.

Llegó á Nápoles el 4 de Marzo, y presentó sus credenciales el 11 del mismo. Desde el primer momento fué el Duque bien acogido por aquel Soberano, por el Cuerpo diplomático, y por la aristocracia del país. Y aunque empezó su carrera diplomática teniendo que contrariar y eludir una alta pretension de aquella Córte, lo hizo con tanto tino y habilidad, que se grangeó el aprecio general. Hasta los diplomáticos de Gobiernos que aun no habian reconocido á nuestra Reina, dejando á un lado la etiqueta, lo visitaron y festejaron con extraordinaria cordialidad.

Pronto se hizo amigo de los sabios y de los artistas del país, de los poetas Campagna y Duque de Ventignano, de los eruditos Carlo Troya, Blanch y Volpicella, de los pintores Morani y Smargiazzi, y del escultor Angelini; y casi todas las sociedades literarias y academias de Italia se apresuraron á enviarle sus diplomas: siendo además su palacio uno de los centros mas agradables de la buena sociedad napolitana.

En tan hermoso país, y con pocos negocios, que exigieran trabajo material y contínuo, se dedicó el Duque con mas ardor que nunca á sus tareas artísticas y literarias. Pintó varios retratos y estudió algunos lindos cuadros, de los que hemos visto muestras muy apreciables en las exposiciones de la Aca-

demia de San Fernando, y escribió varias poesías líricas, en nuestro concepto lo mejor que ha producido su fecunda musa.

Pero la obra que marca mas esta última época de la vida de nuestro protagonista, es la *Historia de la sublevacion de Nápoles capitaneada por Masaniello*. Hasta entonces nunca habia llamado la atencion el Duque como prosista. Pues algunos artículos, ó de política, ó de costumbres, ó de crítica, perdidos en efímeros periódicos, no habian bastado para formar su reputacion: ni aun tampoco el prólogo de los *Romances históricos*, bien que perfectamente pensado y excelentemente escrito. Mas la *Historia de la sublevacion de Masaniello* vino á manifestar que era tan buen historiador como poeta, y que escribia con la misma perfeccion la prosa que los versos. En ella se ve el pensador filósofo, el investigador diligente, al severo crítico y al escritor fácil, elegante, caloroso y correcto.

Verificado el matrimonio de la Reina, creyó el Duque que debia venir á España á felicitar á S. M., y obtenida licencia se puso en camino el 1.º de Noviembre de 1846 y se detuvo un mes en Roma, donde tuvo la honra de ser afablemente recibido por el Padre Santo Pio IX, recien ascendido al Pontificado. Llegó á Madrid en el momento de la caida del Ministerio Isturiz, combatido por la fraccion puritana. Y fueron ofrecidas al Duque la presidencia del nuevo Gabinete y la cartera de Estado, con grande empeño de que las aceptára. Pero el Duque las rehusó con resolucion; y dió tan buenas razones para apoyarla, que eludió el compromiso. Y pasando á Sevilla á ver á su familia y trasportarla á Madrid, regresó, antes de cumplida la real licencia de que disfrutaba, á su legacion de Nápoles.

Dedicóse de nuevo en aquella trauquila y hermosa capital á sus tareas favoritas; concluyó la historia de la revolucion de Nápoles, y escribió varias poesías, entre ellas la preciosa leyenda titulada *La azucena milagrosa*.

Pero el horizonte de Italia se iba oscureciendo y presagiaba inmediatos trastornos. Celebróse en Nápoles por la primera vez la reunion del Congreso de Sabios, que cada año se reunia en una capital italiana. Y el Duque asistió á ella, y conoció desde luego que era un medio revolucionario; como lo avisó con oportunas reflexiones al Gobierno en un discreto y largo despacho, que deseariamos poder publicar, como muestra brillantísima de su capacidad diplomática. Y no se engañó en sus conjeturas: la revolucion no tardó en aparecer, y en tronar en los confines del reino de las Dos-Sicilias. Conocidos son aquellos sucesos: no es de este lugar el trazar su historia; pero sí debemos decir que nuestro Duque mereció repetidas veces la aprobacion del Gobierno, por el modo con que se manejó en tan difíciles circunstancias. Su conducta, en fin, fué tal y supo adquirir tal influencia, que la Reina le envió, para que mejor la ejerciese, el nombramiento de embajador extraordinario, de que

presentó las credenciales el dia 1.º de Marzo de 1848, con gran contentamiento del Rey, y con gran aplauso de todo Nápoles.

Las circunstancias se hacian cada momento mas críticas; la revolucion se embravecia, y la ocurrida en Francia vino á darle nueva fuerza, extraviándola de su verdadero objeto. Sicilia seguia disidente y en completa rebelion. Las escuadras francesa é inglesa la acaloraban. Y su separacion de la corona de Nápoles se veia inminente. Obligacion del Embajador español era impedirla. Y para cumplir con esta obligacion, tuvo mucho que trabajar, mucho que pensar y mucho que padecer, no contando con mas medios de accion que su sagacidad y su activa energía. El funesto 15 de Mayo, dia de sangre y de horror para la hermosa Nápoles, el Duque, á la cabeza del cuerpo diplomático, fué, no sin peligro, á palacio, y lo pasó al lado de la familia real consternada y abatida. Y en cuanto á las diez de la noche se decidió la victoria por las tropas reales, le pidió al Rey, apoyado por todos sus colegas, que su clemencia fuera mas grande que el triunfo. Palabras que resonaron por todas partes, y que dieron al Duque gran popularidad. Empezó muy luego la reaccion en aquel país, y á poco complicóse la situacion con la fuga del Papa y con su llegada á Gaeta; fué el Duque inmediatamente á esta plaza á visitarlo. Y volvió á Nápoles, donde alojó en su casa á su antiguo amigo, al Embajador de S. M. Católica en Roma D. Francisco Martinez de la Rosa.

Despues llegó á Italia la expedicion española en cuyo envío tuvo mucha parte el Duque. Y desembarcada en Gaeta, pasó á aquella plaza y revistó en nombre de S. M las tropas españolas en la tarde del 30 de Mayo de 1849. Abiertas las conferencias de Gaeta, aunque no tomó parte oficial en ellas el Duque, contribuyó mucho á sus resoluciones influyendo con unos y con otros.

Por aquel tiempo la brillante expedicion española al mando del entendido y bizarro general Córdoba, amigo particular del Duque, empezó sus operaciones en el estado romano. Y el digno general Filangieri, príncipe de Satriano, emprendió la reconquista de Sicilia. Tomó á Messina, venció en Taormina, y entró por fin en Palermo á los pocos dias; y aquel en que llegó el parte de tanta victoria, el Rey de Nápoles condecoró al Duque con la primer Orden de su reino, con la gran cruz de San Fernando y del mérito, en testimonio de que le habia ayudado eficazmente á tan importantes sucesos.

Cerca de un año tuvo el gusto de albergar en su casa á Martinez de la Rosa, hasta el regreso del Padre Santo á su capital. Pasadas aquellas tempestades volvió el Duque á sus tareas favoritas, cuando se vió sorprendido por un negocio inesperado.

El Rey de Nápoles y la duquesa de Berry, concertaron el casamiento del conde de Montemolin con la princesa Carolina, y llevaron la negociacion con tal recato y tenaz reserva, que ni los otros príncipes de la familia real, ni los

ministros de la corona ni ningun diplomático extranjero pudieron ni aun sospecharlo. Pero el Duque tuvo la fortuna de saberlo inmediatamente, y puso en juego todos sus recursos para oponerse á ello con enérgico teson, avisando á Madrid oportunamente. Se avistó con el Rey y tuvo fuertes, aunque respetuosos altercados con S. M., trabajó con los ministros y con los favoritos, casi desconcertó el plan; pero el negocio estaba hecho, y la llegada del Conde de Montemolin, que se adelantó algunos dias, quitó al Duque toda esperanza de impedir ó dilatar un matrimonio, que no podia menos de alarmar al gobierno español y de herir la susceptibilidad nacional. Oportunamente llegó el vapor de guerra *Castilla* con instrucciones de Madrid, y con la órden para el Embajador de embarcarse en último caso y de regresar á España, como tuvo á los dos dias que verificarlo.

Mucho empeño manifestó el Rey, que honraba al Duque con cordial aprecio, en que no saliera de su córte, protestando pública y privadamente que el enlace de su hermana era un asunto privado y de familia, que en nada afectaba la amistad y armonía entre ambas córtes. Y que en Montemolin no reconocia mas que á un príncipe desgraciado y de ningun modo un pretendiente al trono español. Pero el Duque creyó un deber indeclinable el salir de Nápoles, y lo verificó el 10 de Julio de 1850 á las doce del dia.

Los príncipes, los diplomáticos, los funcionarios públicos, todo Nápoles visitó aquella mañana al Duque; el bote en que se trasladó al vapor *Castilla* iba seguido por una infinidad de lanchas llenas de gente, que subiendo á bordo le dió el último abrazo con los ojos llenos de lágrimas. La salida del Duque de la ciudad de Nápoles fué una verdadera ovacion.

Tuvo mal tiempo, arribó á Gaeta, de allí marchó en posta á Roma y envió el vapor á Nápoles para recoger su equipage y servidumbre.

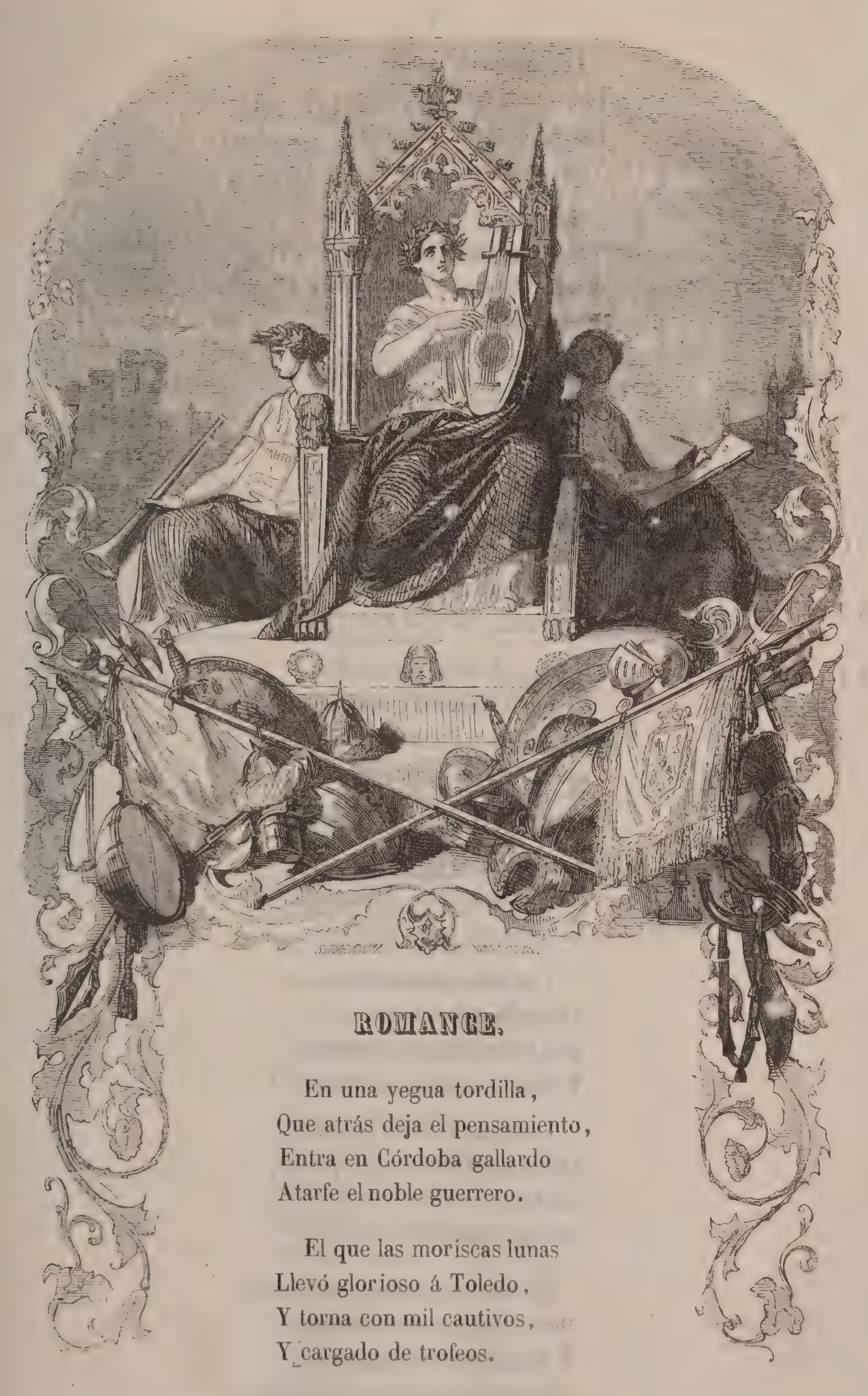
En Roma permaneció quince dias en el palacio de España con su amigo Martinez de la Rosa. Tuvo la honra de ser recibido varias veces por Su Santidad que lo condecoró con la gran cruz de la Orden Piana, y vuelto el vapor de Nápoles á Civitavechia se embarcó de nuevo, y despues de penosa navegacion desembarcó en Barcelona y se trasladó á Madrid.

Pronunció en el Senado un discurso en defensa de la expedicion de Italia, atacada por algun senador en la discusion del discurso de la corona, y continuó sus tareas parlamentarias, conservando siempre su embajada para volverla á ejercer cuando se reanudasen con Nápoles las interrumpidas relaciones.

Retiróse á poco el duque de Valencia, y al sucederle el Sr. Bravo Murillo en la presidencia del Consejo, brindó con la cartera de Estado al Duque; mas este no la admitió por razones particulares. Despues el gobierno juzgó oportuno abolir las embajadas; y aunque ofreció al Duque enviarlo de nuevo á Ná-

poles como ministro, no pudo aceptarlo por ser rango tan diferente y un descenso de categoría con que no hubiera sido decente avenirse. Brindóle despues el gobierno con la vicepresidencia del Senado, que tampoco admitió. Y quedó desde entonces sin mas funciones que las de Senador, y ocupándose de nuevo de artes y de literatura, siendo las últimas obras que ha escrito, dos leyendas, que tendrán lugar sin duda en esta Coleccion. Hace dos años hizo un viage de placer á Holanda, donde fué muy bien recibido por el Rey de aquel país; y antes y despues ha seguido tomando parte en las discusiones del Senado con brillantez y aplauso. Hoy vive tranquilo en el seno de su familia y rodeado de sus numerosos amigos, teniendo en su casa reuniones contínuas y muy amenas de artistas y de literatos. ¡Ojalá prolongue aun muchos años en tan venturosa posicion una vida tan trabajada y laboriosa, con que se ha adquirido el general aprecio y la mas alta y merecida reputacion!

M***



ROMANCE.

En una yegua tordilla,
Que atrás deja el pensamiento,
Entra en Córdoba gallardo
Atarfe el noble guerrero.

El que las moriscas lunas
Llevó glorioso á Toledo,
Y torna con mil cautivos,
Y cargado de trofeos.

Las azoteas y calles
Hierven de curioso pueblo,
Que en él fijando los ojos,
Viva, viva, está diciendo:

Las moras en los terrados
Tremolan cándidos lienzos,
Y agua de azahar dan al aire,
Y sus elogios al viento.

Y entre tan festiva pompa,
Siendo envidia de los viejos,
De las mugeres encanto,
De los jóvenes ejemplo;

A las rejas de Darája,
Darája la de ojos negros,
Que cuando miran abrasan,
Y abrasan con solo verlos,

Humilde llega y rendido
El que triunfante y soberbio
Fué espanto de los cristianos,
Fué gloria de sarracenos.

Mas ¡ay! que las ve cerradas,
Bien distintas de otro tiempo,
En que damascos y alfombras
Las ornaron en su obsequio.

Y al mirar tales señales,
Turbado reconociendo
Que mientras ganó batallas,
Perdió el amor de su dueño;

Con gran ternura llorando
Quien mostró tan duro pecho,
Vuelve el rostro á sus cautivos,
De esta manera diciendo:

Id con Dios, que ya sois libres,
Desde aquí podeis volveros,
Y llevad vuestros despojos,
Que á quien presentar no tengo.

5

Pues no es razon que conserve
De sus victorias recuerdo
Quien al tiempo de ganarlas
Perdió de Darája el pecho.

Año 1806.

ROMANCE CORTO.

Luz de esta ribera,
Graciosa zagala.
Mas linda que el dia,
Mas bella que el alba:
Tu rostro divino,
Tu risa, tu gala,
Mil pechos cautivan,
Mil cuellos enlazan.
Si asoma en Oriente,
Las sienes orladas
De cándidas rosas,
La fresca mañana;
De tu rostro copia
Las tintas de grana
Con que el cielo pinta,
Con que el prado esmalta.
Si el carro de Febo
Las cimas nevadas
Con su lumbre dora,
Con sus rayos baña;
De tu faz hermosa
Las luces no iguala.
Si Flora risueña
La veste gallarda
Desprende olorosa,
Descoge lozana;
Imita tu talle,

Remeda tu gracia.
Favonio amoroso,
Que bate las alas,
Robando á las flores
Y dando á las auras
Balsámico aroma,
Tu risa retrata.
Mas ¡ah! tus ojuelos,
Tormento del alma,
¿Quién puede copiarlos,
Quién puede, zagala?

1806.

CANTILENA.

Febo se retiraba,
Casi espiraba el dia,
Y la noche llegaba,
Su fresca lozanía
Marchitaba á la rosa,
Mustio quedaba el prado,
Y el ave sonorosa
Dormida y silenciosa
En el olmo acopado;
Cuando mi ninfa hermosa
Salió á la fresca vega.
Y de sus ojos bellos
A la lumbre radiante,
Y al esplendor brillante
De sus lindos cabellos,
De nuevo se desplega
La rosa ya adormida
Cobrando olor y vida:
Torna el florido prado,

Que ya estaba enlutado,
Á matizar sus flores,
Y á esparcir mil olores:
Y las ya unidas aves
Dulces trinos suaves,
Cantando dulcemente,
Y vuelve de repente
Á comenzarse el dia:
Que al ver á mi señora
Juzgaron que venia
Nuevamente la Aurora.

1806.

SONETO.

Mísero leño, destrozado y roto,
Que en la arenosa playa escarmentado
Yaces, del marinero abandonado,
Despojo vil del ábrego y del noto.

¡Cuánto mejor estabas en el soto,
De aves y ramas y verdor poblado,
Antes que envanecido y deslumbrado,
Fueras del mundo al término remoto!

Perdiste la pomposa lozanía,
La dulce paz de la floresta umbrosa,
Donde burlabas los sonoros vientos:

¿Qué tu orgulloso afan se prometia?
¿Tambien burlarlos en la mar furiosa?
Hé aquí el fruto de altivos pensamientos.

1807.

ROMANCE CORTO.

Hermosa zagala
De Venus envidia,
Que abrasas las almas,
Los pechos cautivas,
Y allá en Manzanares,
Graciosa y esquiva,
Encantas y alumbras
Sus frescas orillas :
Escucha mi acento,
Permite á mi lira
Que cante tus gracias,
Que el alma me hechizan.
Ya Febo esplendente
Anuncia tu dia,
Y al orbe marchito
Su lumbre ilumina.
Y Flora gallarda,
Del mundo alegría,
Risueña en tu obsequio
Los prados matiza.
Y el Zéfiro blando
Las flores agita,
Y aromas esparce
Y aromas respira.
¡Oh! Goza felice,
Bellísima ninfa,
Beldad y placeres,
Amor y alegrías.
Y mil y mil veces
Al mundo tu dia
Renueven los cielos,
Con mil y mil dichas.
En tanto que insana
La suerte enemiga

Sañuda conmigo
Su furia ejercita.
Conmigo infelice,
Que ausencia prolija
De tí me separa,
Mi bien, mi delicia.
De tí por quien arde
Con llamas activas
Mi pecho, que adora
Tu imágen divina.

1807.

ROMANCE.

Hermosísima zagala,
Cuyos ojuelos divinos
Abrasan con dulce fuego
El alma y el pecho mio:

Tus gracias son el encanto
De un corazon que te rindo;
Por tí vivo solamente,
Para tí sola respiro.

Lejos de tí no reposo,
Que es ¡ay! mi mayor martirio,
No escuchar tu blando acento,
No ver tu talle pulido.

La luz del claro planeta,
Cuyo refulgente brillo
Dá matices á las flores,
Verdor al bosque sombrío,

Vida al delicioso prado,
Esplendor al cristalino
Arroyuelo, gozo al mundo,
Y á las aves regocijo;

Para mí es tiniebla oscura,
Si esos tus ojuelos lindos
No me iluminan graciosos,
Con su mirar expresivo.

Las sombras en que la noche
Envuelve al orbe marchito,
Son para mí claro dia,
Si ante tus plantas me miro.

Y si, ó zagala, no fuere
Verdadero mi cariño,
Maldiga Pan mis ovejas,
Maldiga mis corderillos,

Maldiga los verdes prados,
Maldiga los altos riscos,
Maldiga los frescos sotos,
Dó pasta el ganado mio.

1808.

SONETO.

Gallardo alzaba la pomposa frente
Yedras y antiguas parras tremolando,
El álamo de Alcides, despreciando
La parda nube, y trueno y rayo ardiente;

Cuando de la alta sierra de repente
Desprendido huracan bajó silbando,
Que el ancho tronco por el pié tronchando,
Lo arrebató en su rápida corriente.

Ejemplo sea del mortal, que vano
Se alza orgulloso hasta tocar la luna,
Y se juzga seguro en su altiveza:

Cuando esté mas soberbio y mas ufano
Vendrá un contrario soplo de fortuna,
Y adios oro, poder, favor, grandeza.

1808.

AL ARMAMENTO

DE LAS

PROVINCIAS ESPAÑOLAS CONTRA LOS FRANCESES.

¿A dó se encumbra con altivo vuelo
El ronco son de mi inocente lira,
El blando mirto de que está adornada
Tornándose en laurel?... ¿A dónde osada
Lleva su acento?... Elévase hasta el cielo,
Y al impulso del númen que la inspira,
Ya ni penas suspira,
Ni amorosos sonidos
Entona, ni ternezas, ni placeres,
Ni arrullos de Citéres;
Sino muertes y horrores, y alaridos,
Dando tal fuerza á su encumbrado aliento,
Que cual bélica trompa atruena el viento.

Pero ¿qué agitacion mi pecho siente?
¿Qué turbacion embarga el alma mia?...
Ya por el ancho espacio me sublimo,
Y en los campos etéreos el pié imprimo,
Jamás hollados por humana gente.
Llego á la esfera donde nace el dia,
Allí mi fantasía
Cercano mira al cielo;
Y cual neblí, que hasta la parda nube
Veloz y altivo sube
Con presuroso arrebatado vuelo,
Así atrevida mi soberbia planta
A los rojos celages se adelanta.

Entre las rotas nubes estoy viendo
El suelo hispano y su gallarda gente
En fiera llama arder, y miro á Marte
Enarbolar feroz el estandarte,
Y escucho de su carro el sordo estruendo,
Y en la rueda gemir el eje ardiente.
La cuadriga ferviente
Se agita, y corre y suda. Ya las fieras
Escuadras alzan bélico alarido;
Al hórrido sonido
Despléganse pendones y banderas,
Y ensordecen del aire las regiones
El tambor y clarin con roncos sones.

¿Cómo trocarse de repente pudo
El inerte sufrir en que yacias,
O dulce patria, el hondo abatimiento,
En tan glorioso y bélico ardimiento?
¿Cómo triunfar pudiste del sañudo
Destino, que ofuscó tus claros dias?
¡Ah! Las alevosías
De pérfidos tiranos
Despiertan y dan temple á las naciones.
Al fin los corazones
Se cansan de gemir, cobran las manos
Fuerza entre las cadenas y el despecho
Da arrojo y furia al ofendido pecho.

Sí, Gália; sí, tu horrenda tiranía,
Tu aleve trato y pérfidas traiciones
Sacaron á la opresa y triste España
Del hondo sueño. Tiembla de su saña,
Tiembla. No importa que tu furia impía
Arda en innumerables escuadrones;
No importa que aprisiones
Con astucia inclemente
Sus príncipes; no importa que furiosa
En Mántua congojosa
Abras de sangre cálida un torrente,
Pues tu crueldad produce patriotismo,
Virtudes, libertad y alto heroismo.

Venganza dice el animoso viento
En las cavernas cóncavas zumbando.
Venganza dicen las bramantes olas
Al azotar las playas españolas.
Venganza dice el alto firmamento
Horrísonas tormentas agitando.
Venganza contra el bando
De los Galos traidores,
Que escondiendo el puñal entre la oliva,
Con furia y saña altiva
De amigos se tornaron opresores,
Volviendo alevemente sus abrazos
En férreos grillos y en traidores lazos.

Al ronco son de guerra y de venganza
El Turia, el Bétis el Guadiana el Duero,
Y el Segura, y el Ebro levantando
Las frentes, y á sus hijos convocando
Para empuñar la vengadora lanza,
Llenan de mudo asombro el orbe entero.
Al estruendo guerrero
Del Cid los sucesores.
Cubren el cuerpo de luciente malla,
Y en horrenda batalla
Renuevan el valor de sus mayores;
Y grita el pueblo Astur, y por la sierra
Retumba el eco de venganza y guerra.

Cuerpos armados y armaduras brota
El espacioso campo de Castilla:
Las tumbas de los héroes se estremecen:
En Sagunto y Numancia resplandecen
Los españoles de la edad remota,
Y lumbre celestial en ellos brilla.
Los hijos de Sevilla
Sobre la invicta espada
Del gran Fernando, horror del agareno,
De constancia y honor henchido el seno,
Juran vengar la patria profanada;
Y recuerda su arrojo y alta gloria
De Alfonso y de las Navas la memoria.

Salve, fuerte Aragon.... O fiel Sansueña:
Alza hasta el cielo la almenada frente;
Gloria inmortal tendrás. Tus torreones
Burlarán los feroces escuadrones,
Como el hervor del mar la inmensa peña.
Y el Ebro ufano en su veloz corriente
Gozoso arrastrará la altiva gente
Que envanecida y fiera
Intente derrocar tu poderío:
Pues el denuedo y brio
De tus heróicos hijos por do quiera
Muerte y espanto sembrará en las haces,
Y ahuyentará las águilas audaces.

Como al impulso del furioso viento
Desparece la espiga ya tostada,
Envuelta en remolino polvoroso,
Así la hueste del francés doloso
Se abate y desparece en un momento,
Del ardor español arrebatada.
Y huye desalentada,
Y es vana la carrera
Del bélico animal, y el reverbero
Del morrion guerrero,
Y de la cota refulgente y fiera,
Que al valor de la Hespéria se ha humillado
El potro, y la coraza, y el soldado.

Hoy correis, españoles, á la gloria,
Y brillará de vuestro honor la llama,
Ejemplo siendo al orbe, y mudo espanto.
De San Quintin, Pavía y Camposanto
Se reproduce la feliz memoria,
Se reverdece la triunfante rama;
Y logrando la fama
Que alcanzan los varones,
Que de la esclavitud y abatimiento
A fuerza de ardimiento,
Y de sangre, libertan las naciones;
En eterno padron que al tiempo asombre
Vivirá siempre vuestro heróico nombre.

En un campamento, 1808.

Á LA VICTORIA DE BAILÉN.

Horrendas huestes la fragosa cumbre
Oprimen de los montes Marianos,
Y bajan hácia el Bétis orgullosas.
Del carro apolinar la viva lumbre
Envuelta en negro polvo se oscurece.
La tierra se estremece,
Y retumban las cumbres, y los llanos,
Y las selvas umbrosas
Al clamor de la trompa resonante,
Al ronco estruendo de las armas fieras,
Al bélico alarido,
Y al crugir los arneses de diamante.
Poblado de pendones y banderas
Arde el aire en relinchos encendido,
Y deslumbran y pasman á lo lejos
De los bruñidos cascos los reflejos.

¿Quiénes son los belígeros varones?
¿Quiénes son, y dó van? ¿Cuál es su intento?
¿Qué buscan estas bárbaras legiones?
¿Son acaso los hijos de la tierra,
Que otra vez mueven guerra
Al cielo con sacrílego ardimiento?
Ya se acercan, ya llegan presurosas
Y dejan de la sierra la ágria frente
Inundando las vegas silenciosas,
Cual rápido torrente.
Ya se ven sus enseñas sanguinosas,
Y sobre ellas el águila altanera
Tiende las alas con audacia fiera.

¡Ay, que son los feroces asesinos,
Que el Carpetano suelo
Sembraron inhumanos
De llanto y luto, de orfandad y duelo!
Vedlos, vedlos ufanos
De su negra traicion alarde haciendo,
Tintas de sangre cálida las manos,
Venir estas campiñas destruyendo.
Y su adalid, que osado
Busca nuevas naciones,
Que envolver en pesados eslabones,
De matanzas y horrores no saciado,
Del Bétis huella el llano delicioso,
Á su corriente audaz se precipita,
Y las huestes indómitas agita.
Y extendiendo los ojos codiciosos
«¿Dó está, exclama, de Hespéria el poderío?
Presa hoy toda será del brazo mio.»

Pero ¿qué sordo estruendo se levanta
En la imperial Sevilla y su contorno?...
Huye infeliz con voladora planta;
Escucha el raudo viento
De belísono son henchido en torno.
¡Ay, que tu aleve intento y furia loca,
Y tu altivez provoca
Al supremo Hacedor, al Dios, que dueño
De los orbes de luz, si vuelve airada
La excelsa frente tórnanse á la nada!

Ya levanta la diestra omnipotente,
Y aprieta el rayo ardiente,
Y agita las sonoras tempestades
El silboso huracan. De su venganza
Con la temible lanza
Arma contra tu orgullo de la España
Al ángel tutelar, que la blandea
Con inmortal poder, con justa saña
Y con celeste ardor; y recorriendo
Montes y valles, bosques y llanuras,

Ya á sus hijos llamando á la pelea.
Y se tornan las rejas en espadas,
Y lanzas brota el suelo, resonando
Su voz por la espaciosa Andalucía,
Hierve en valientes haces denodadas,
Contra tí y tus guerreros conjuradas.

El noble mónstruo, que abortó el tridente
Relinchando ardoroso,
El grave peso siente
Del gallardo español, que esgrime osado
El acero lustroso,
De virtud, de valor, de enojo armado.
Ya llegan en tu busca, Dupont fiero,
Las fuerzas españolas
Al campo de Bailén, y en los pendones,
Que abatieron del bárbaro Agareno
Las blancas lunas y encrespadas colas,
Tremolan los castillos y leones.

Guerra en el monte, en la llanura hay guerra,
Y guerra por dó quier: desde la frente
De la enriscada sierra
Hasta el mar de occidente,
Que azota el alto muro gaditano,
La líbida Belona
Con sangriento clarin guerra pregona.
¿Y aun osas resistir?... En vano, en vano
Ordenas tus horrendos escuadrones,
Y animas la cuadriga resonante
De tu carro fatal. Si las regiones
Que el Mosa, el Rhin, el Vístula y Danubio
Riegan, de tu señor besan la planta,
Y gimen con oprobio en servidumbre,
De Hespéria á los valientes campeones
Tu poder colosal no les espanta.
Y con radiante lumbre
La antorcha del valor arde en sus pechos,
Y dejarán deshechos
Los eslabones de la vil cadena,
Que el tirano que al mundo dicta leyes

Desde el esclavo Sena,
Y abate tronos, y cautiva reyes,
Quiere imponer á España osadamente,
Con negra astucia y con armada gente.

¡Ay, cuánto de congoja y mudo espanto
Reina ya entre tus bárbaros guerreros,
O Gália injusta, al ver el poderío,
El denuedo y el brio
De los varones ínclitos iberos!
Vuela fogoso el andaluz caballo,
Y el ginete revuelve la cuchilla
Tus tímidas escuadras arrollando.
El vaciado metal aborta el rayo,
Y muertes lanza, y tu soberbia humilla
La atmósfera purísima atronando.
Los espumosos hórridos torrentes,
Que de las altas cumbres se derrumban
Arrastran las corazas refulgentes,
Y tronchados aceros
De tus soldados fieros.
Crece el horrible estrago,
Tristes ayes retumban,
Y de francesa sangre un grande lago
Son de Bailén los campos, ya cubiertos
De rotas armas, y guerreros muertos.

Tuyo es el triunfo, España, patria mia,
Y de tus hijos el laurel sagrado.
Venció tu valentía
Y tu justo furor; y ya no es dado
Al francés resistir, que sin aliento
Con débil llanto sus mejillas moja,
La espada inútil humillado arroja,
Y tórnase su orgullo en vil lamento.
Victoria suena el viento,
Y victoria repiten los collados,
Y victoria los bosques destrozados,
Y el raudo Bétis grita
Victoria, y en el mar se precipita.

1808.

ROMANCE.

Con once heridas mortales,
Hecha pedazos la espada,
El caballo sin aliento,
Y perdida la batalla,

Manchado de sangre y polvo,
En noche oscura y nublada,
En Antígola vencido,
Y deshecha mi esperanza,

Casi en brazos de la muerte
El laso potro aguijaba
Sobre cadáveres yertos,
Y armaduras destrozadas.

Y por una oculta senda
Que el cielo me deparára,
Entre sustos y congojas,
Llegar logré á Villacañas.

La hermosísima Filena,
De mi desastre apiadada,
Me ofreció su hogar, su lecho
Y consuelo á mis desgracias.

Registróme las heridas,
Y con manos delicadas
Me limpió el polvo y la sangre,
Que en negro raudal manaban.

Curábame las heridas
Y mayores me las daba,
Curábame las del cuerpo,
Me las causaba en el alma.

Yo, no pudiendo sufrir
El fuego en que me abrasaba,
Díjele: Hermosa Filena,
Basta de curarme, basta.

Mas crueles son tus ojos,
Que las polonesas lanzas,
Ellas hirieron mi cuerpo,
Y ellos el alma me abrasan.

Tuve contra Marte aliento
En las sangrientas batallas,
Y contra el rapaz Cupido
El aliento ahora me falta.

Deja esa cura Filena:
Déjala, que mas me agravas,
Deja la cura del cuerpo,
Atiende á curarme el alma.

En el hospital de Baza, 1809.

ROMANCE.

Entre verdes olivares
Y deliciosos vergeles
Bétis grave y caudaloso
Se desliza mansamente,

Despues de besar la planta
De los muros cordobeses,
Decoro de Andalucía,
Y antiguo alcázar de reyes.

En su orilla venturosa,
Al tiempo que el sol luciente
Da lugar á las tinieblas,
Y en el mar de Atlante muere,

Celinda, aùsente y llorosa,
Mira al cielo, se enternece,
Mira á las flores, suspira,
Mira al agua, y perlas vierte:

Y al contemplar en el rio,
Sollozando muchas veces,
Abre sus divinos lábios,
Y de este modo hablar suele.

Id, aguas puras,
Id á Sevilla,
Buscad en ella
Mi amor y vida.
Mirad que ausente
No hallo alegría.
Decid á Silvio
Que torne aprisa,
Decid que siempre
Me veis la misma,
Firme, constante,
Tierna, sencilla.
Decid que torne
Por su Celinda
Pronto, si hallarla
Quisiere viva.
Id, aguas puras,
Id á Sevilla,
Buscad en ella
Mi amor y vida.

Esto, Celinda graciosa,
Repetia muchas veces,
Dando luz á los peñascos,
Y á las arboledas verdes.

Y en una ocasion el rio,
Murmurando, como suele,
Con las menudas arenas,
Respondióla de esta suerte:

¿Cómo quieres que apresure,
Díme, hermosa, mi corriente;
Si me paran tus ojuelos,
Y tus gracias me detienen?

1809.

SONETO,

El oponer mi pecho no me asusta
Del preñado metal al ronco estruendo,
Que entra dudosa lumbre y humo horrendo
El golpe lanza de la parca injusta.

No me amedrenta, no, la faz adusta
Del duro cautiverio, ni estar viendo
Las encrespadas olas combatiendo
El corvo lado de mi frágil fusta.

No temo de la nube bramadora
El rudo trueno, y rayo relumbroso,
Que vibra la alta diestra vengadora:

Solo me deja yerto y temeroso
El ver al dueño á quien mi pecho adora
Siempre enojado, siempre desdeñoso.

1810.

AL CONDE DE NOROÑA.

O Conde, pues tu lira
Unida al son de tu divino acento,
Calma del mar la ira,
Y el soplo agitador del raudo viento,
Y pasma del tonante
La enrojecida diestra fulminante;

¿Por qué tu voz sagrada,
Que con divino ardor y alta grandeza
Entonó entusiasmada
«*La discordia levanta su cabeza*»
Cuando te oyó Castilla,
Y retumbó la octava maravilla;

¿Por qué el horrible estruendo
No canta de Mavorte, y su pujanza,
Y el silbido tremendo
De la robusta y tembladora lanza,
Y el son estrepitoso
De su carro sangriento y polvoroso?

Y cual Belona fiera
Aguija la cuadríga resonante,
Y gime en la carrera,
Y suda y cruje el eje rechinante,
Hollando sus rodadas
Cuerpos sangrientos, armas destrozadas?

Suelta otra vez al viento
La viva lumbre que tu pecho encierra,
Y suba al firmamento,
Y asombre y pasme la sangrienta tierra,
Y tu acento resuene,
Y el orbe todo de tu ardor se llene.

Y entre sangre y horrores
La gloria ensalza del valiente ibero,
Y mil y mil loores
Al ronco son del atambor guerrero
Canta á la noble saña,
Que esclarece los términos de España.

Y este nombre sagrado
Llévalo por do quier, desde el oriente
En púrpura bañado,
Hasta do esconde el sol su clara frente,
Y de uno al otro polo
Resuene el nombre de la España solo.

Alto asunto á tu canto
Las glorias de Sansueña y de Gerona
Te ofrecen, con espanto
De los que baña el Sena y el Garona;
Que contra su arrogancia
Ven renacer los héroes de Numancia.

Canta de Talavera
Y de Bailén los triunfos y victorias,
Que allí la Gália fiera
Vió marchitarse su laurel y glorias.
Y dí el denuedo y brio
Del albionés, azote del impio.

¡Oh! si me fuera dado
El númen que en tu pecho se derrama,
Y el ardor desusado
Con que tu heróica cítara se inflama,
¡Cuál de la patria mia
Las hazañas y triunfos cantaria!

Mas ¡ay! que intento en vano
Cantar las iras del fogoso Marte,
Que con sangrienta mano
Vá tremolando el hórrido estandarte;
Porque mi ebúrnea lira
Encantos del amor solo suspira.

Aunque á la guerra dura
Tengo mi edad florida dedicada,
Y lleno de bravura
Tal vez empuñó la tajante espada,
Y con brazo membrudo
Vibro la lanza y el doblado escudo;

Y revolviendo el freno
Del monstruo altivo, que abortó el tridente,
De sangre y polvo lleno,
Me ha visto el sol ardiente
Hollar la muerte fiera
Del aurífero Tajo en la ribera;

No es duro el pecho mio,
Ni se aplace con sangre, luto y llanto,
Ni con el son impío
De la trompa, que infunde horror y espanto;
Que solo sus delicias
Son de Vénus los gozos y caricias.

Dióme naturaleza
Sensible corazon, pecho amoroso,
Y con dulce terneza
De Citeréa el fuego delicioso
Me prohibe que cante
El ardor de Belona fulminante.

La inocente voz mia
Solo sabe cantar tiernos amores,
Y la pura alegría
De los risueños campos y las flores,
Y fiestas pastoriles,
Y los gratos cuidados juveniles.

Pero tú, egregio Conde,
A quien Apolo la sagrada frente
Entre laurel esconde,
Canta los hechos de la hispana gente;
Triunfará del olvido
De tu pecho y tu cítara el sonido.

1812.

SONETO.

Ojos divinos, luz del alma mia,
Por la primera vez os ví enojados;
¡Y antes viera los Cielos desplomados,
O abierta ante mis pies la tierra fria!

Tened ¡ay! compasion de la agonía
En que están mis sentidos sepultados,
Al veros centellantes é indignados
Mirarme, ardiendo con fiereza impía.

¡Ay! perdonad si os agravié, perderos
Temí tal vez, y con mi ruego y llanto
Mas que obligaros conseguí ofenderos:

Tened, tened piedad de mi quebranto,
Que si tornais á fulminarme fieros
Me hundireis en los reinos del espanto.

1812.

Á AMIRA.

Hondo mar espumoso,
Que de la luna la argentada planta
A besar presuroso
Subes, con ronco hervor que al orbe espanta,
Combatiendo tus olas
Las estendidas costas españolas:

No agites mas tu seno
Al influjo del carro de Lucina,
Cuando de plata lleno
A tus instables límites se inclina,
Ni obedezcas sañudo
El fiero enojo del invierno crudo.

De hoy mas solo obedece
A los ojos de Amira enardecidos,
A ella sola le ofrece
De tu seno los dones escogidos,
Y segun quiera Amira
Muéstrate en calma, ó muéstrate con ira.

Si la ves enojada
Al punto hinchando y proceloso y fiero
Forma espuma salada,
Brama ferviente, rómpete altanero,
Y estas peñas azota,
Y con ellas airada te alborota.

Y por darle venganza
Une tus ondas con el raudo viento,
Sobre el polo te lanza,
Apaga el sol, combate el firmamento,
Y el orbe se estremezca,
Y que vuelve á la nada le parezca.

Mas si sus ojos bellos
Están en calma dulce y placentera,
Mira y contempla en ellos
El alma ilustre, que su ardor modera,
Y domado y sujeto
Ten á estas playas de Hércules respeto.

Y claro y cristalino
Sirve de espejo de su rostro amable,
Y su encanto divino
Siente en tu seno turbio y alterable,
Y al punto te esclarece,
Y á la luz de sus ojos resplandece.

Y con manso ruido
Sube por esta orilla afortunada,
Hasta llegar rendido
Á la planta de Amira delicada,
Y presenta á sus ojos
Corales y esmeraldas por despojos.

Y esta ribera amena
Al rojo despuntar del claro dia
Deja de conchas llena,
De caracoles y de espuma fria,
Y da menuda plata,
Que mil veces la luz en sí retrata.

Sí, ronco mar undoso,
Solo en tí tenga influjo y eficacia
El semblante amoroso
De Amira encantadora, cuya gracia
Y beldad peregrina
Estas dichosas costas ilumina.

Así gritó Neréo,
Los marinos caballos agitando,
El piélago Eritréo
En su carro de nácares sulcando,
Al verte, ó bella Amira,
Por quien tanto amor arde y suspira.

Cádiz, 1812.

SONETO.

Viene en pos del invierno perezoso,
La hermosa primavera y bella Flora,
Que el prado esmalta y el vergel colora,
Bañando el aura en bálsamo oloroso.

En pos de oscura noche, el luminoso
Resplandor viene de la blanca Aurora,
Que la alta cumbre de los montes dora,
Rasgando el negro manto tenebroso.

Despues de la borrasca embravecida
Sosiega el mar la placida bonanza,
Y al nauta torna la quietud perdida.

Todo infeliz algun consuelo alcanza:
Solo yo ¡ay triste! acabaré mi vida,
Sin gozar tan dulcísima esperanza.

1812.

CANTILENA.

Por un alegre prado
De flores esmaltado,
Y de una clara fuente
Con la dulce corriente
De aljofares regado;
Mi dueño idolatrado
Iba cogiendo flores,
Mas bella y mas lozana
Que ninfa de Diana.
Los risueños amores
En torno la cercaban,
Y en su falda jugaban.

Y en tanto que ella hermosa
Ora un clavel cogia,
Ora una linda rosa,
Ora un tierno jacinto;
Mas flores producia
Aquel fresco recinto
Orgulloso y ufano:
Pues al punto otras tantas,
Como tronchó la mano
De mi dueño tirano,
Brotaron á sus plantas.

1812.

SONETO.

Lleno el pecho de orgullo y ufanía
Mis gloriosas hazañas contemplaba,
Cicatrices aun frescas ostentaba,
Y soberbios despojos oprimia.

Las lides do me hallára recorria,
Los que venció mi brazo numeraba,
Mi acero vencedor me recreaba,
Y con loca arrogancia así decia:

¿Quién podrá, mas que yo, que he combatido
Con tan fieras naciones?... Duro acero
Es ya mi corazon, nunca rendido.

Oyólo Amor, el rostro placentero
De Lesbia me mostró, quedé vencido,
Y lloro esclavo, y á sus plantas muero.

SONETO,

O amiga noche, ó noche deliciosa,
Dulce madre del sueño regalado:
Tu manto de diamantes tachonado
Descoge por el aura vagarosa.

Esparce tu cabello silenciosa
De beleño balsámico empapado,
Y descienda Tinta al mar sagrado,
Que su fulgente luz me es enojosa.

Su lumbre anhele con cansado empeño
El que la vida de los vientos fia,
O el que sigue de Marte el torvo ceño:

Que á mí no puede serme grato el dia,
Pues solo de las gracias de mi dueño
Gozo á favor de tu tiniebla fria.

EL PASO HONROSO.

POEMA.

CANTO PRIMERO.

I.

Canto el amor, la noble gentileza
Del valiente y gallardo caballero,
Que cautivo se vió de una belleza
Armada siempre de rigor severo:
Y que para rendir tanta esquiveza,
Dando muestra de amante y de guerrero,
En Orbigo triunfando, eterna fama
Logró y el premio de su honesta llama.

II.

Dios de Amatunte, númen poderoso,
Que en la diestra enojada del tonante
Logras helar el rayo rigoroso,
Que dió castigo á Encélado arrogante:
Pues inspiraste el hecho valeroso
Que hoy el destino quiere que yo cante,
Mi pecho inflama, dame aliento y brio;
Y al tiempo venza el rudo canto mio.

III.

Y tú, divina Lésbia, á quien adora
Mi ardiente pecho, que por tí suspira,
Concédeme tu gracia encantadora,
Y oye mi acento que á agradarte aspira.
Dá tu auxilio á mi voz, hazla sonora,
Templa las cuerdas de mi ebúrnea lira,
Y el triunfo y las hazañas de un amante
Hoy me permite que en tu obsequio cante.

IV.

El rey don Juan segundo de Castilla
En Medina del Campo, en su palacio,
Y en un salon en donde el arte brilla
Y adorna en torno su anchuroso espacio,
Bajo rico dosel, en régia silla
De púrpura y marfil de oro y topacio,
Acompañado de su corte estaba,
Y una lucida fiesta celebraba.

V.

De una señaladísima victoria
Que contra los pendones africanos,
Cobrando nombre eterno y alta gloria,
Ganaron los valientes castellanos,
Celebrábase acaso la memoria
Por el rey, por el pueblo y cortesanos:
Y en el salon con gala y alegría,
Música y danza y gran concurso habia.

VI.

Cuando el son de una ronca trompa oyeron,
Y en pos de cuatro heraldos en la sala
Diez armados guerreros entrar vieron,
Que Marte en magestad no les iguala.
Los instrumentos luego enmudecieron
Al ver lorigas en lugar de gala,
Y el rey atento y todos admirados
Fijan los ojos en los diez armados.

VII.

Uno de ellos, que el gefe parecia
Y de los otros nueve iba delante,
A todos excediendo en gallardía,
Aun mas resplandeciente que el diamante,
Una argolla de hierro descubria,
Que enlazaba su cuello, y con talante
Gentil alzó del yelmo la visera,
Y al concurso mostró la faz guerrera.

VIII.

Dejóse ver don Suero de Quiñones,
Valiente afable, ilustre caballero,
Conocido por ínclitas acciones,
Y por ser en las lides el primero;
De esclarecidos timbres y blasones,
Tan tierno amante como buen guerrero,
Y en su gallardo aspecto y compostura
Pareció mas que humana su figura.

IX.

Cinco lustros apenas contaria
El juvenil guerrero ya famoso,
Y en su lozana faz resplandecia
Ansia de gloria, espíritu hazañoso.
Ostentando su noble bizarría,
Enmedio del concurso numeroso,
Mirando al rey que lo escuchaba atento,
Así le habló con mesurado acento.

X.

«Monarca de Leon y de Castilla,
Egrégio rey, esclarecido Marte,
A cuyo nombre pálido se humilla
El que ostenta la luna en su estandarte,
Y dobla el orbe todo la rodilla,
Sin atreverse á mas que á respetarte:
Dígnate de escuchar mi suerte triste,
Y de hacerme feliz, que en ti consiste.

XI.

»Cual es en todo el mundo voz y fama
Tengo, señor, rendido el pecho mio
A una soberbia desdeñosa dama,
Que paga mis amores con desvío:
Mi corazon con su desden se inflama,
Está á sus piés humilde mi albedrío;
Y mientras mas ingrata y mas esquiva,
Mas y mas me encadena y me cautiva.

XII.

»Por servirla, en la guerra de Granada,
Como sabeis, señor, lidié desnudo
El brazo diestro, que la noble espada
Manejar de este modo mejor pudo:
Allí en obsequio de mi ingrata amada
Hendí el turbante y destrocé el escudo
De Aljarfe Abhen-Habuz, y allí mi lanza
Humilló su denuedo y su pujanza.

XIII.

»Ni esta hazaña, gran rey, ni otras acciones
Que en honra suya y gloria del estado
Ejecuté, siguiendo tus pendones
Con duro pecho y brazo no cansado,
Ni mi constante amor ni mis razones
Trastornar pueden mi siniestro hado;
Pues mi bella enemiga tiene el pecho
De helada nieve y duro mármol hecho.

XIV.

»Viendo mi esfuerzo y mi constancia vana,
Me declaré de su beldad cautivo,
Y ella mas insensible, mas tirana,
Aumentó su rigor y ceño esquivo;
Y como mi absoluta soberana
Con esta argolla en ademan altivo
Ciñó mi cuello, y me mandó que fuese
Su esclavo, y como tal que la sirviese.

XV.

»Cuatro veces despues la selva umbrosa
Se vió de flores y verdor cubierta,
Y otras tantas la escarcha rigorosa
Mustio el prado dejó, la fuente yerta;
Y siempre hallé á mi dama desdeñosa,
Firme mi amor y mi esperanza muerta;
Y al verme de este modo aprisionado,
Mi libertad por fin he concertado.

XVI.

» Hoy mi señora exige nuevamente
Por rescate del hierro que me enlaza,
Y por lograr mi amor, si es que inclemente
El destino mi dicha no embaraza,
Que mis hazañas y mi fama aumente,
A su vista rompiendo en ancha plaza,
Por espacio de treinta dias enteros,
Lanzas con los mas bravos caballeros.

XVII.

» Razon es, ó monarca esclarecido,
Que el cautivo concierte su rescate,
Y que el amante que tan firme ha sido,
De coronar sus pensamientos trate.
Para justar vuestro permiso pido,
Y que campo me deis para el combate,
Que yo con estos nueve hidalgos quiero
La liza mantener el mes entero.

XVIII.

» Ellos tambien igual licencia piden;
Todos son mis amigos y parientes;
Solo para ayudarme aquí residen
Con duros brazos y ánimos valientes;
Con su honra siempre las empresas miden;
Darán asombro á las estrañas gentes,
Y gloria á vos, señor, que estos vasallos
Solo vos digno sois de gobernallos. »

XIX.

Dijo, y todo el concurso fija atento
En él los ojos, y cual sorda suena
Al blando soplo de apacible viento
La verde pompa de la selva amena,
Se oye rumor confuso en un momento,
Que del estrado en derredor resuena,
Por la soberbia y rica cuadra cunde,
Y al arteson dorado se difunde.

XX.

El excelso monarca aficionado
A tanto amor y tanta gallardía,
Quedó un rato suspenso y admirado
Dudando si el permiso le daria;
Y consultando el caso no esperado
Con los hombres de cuenta que allí habia,
Con don Alvar de Luna y don Manrique,
Y con el almirante don Fadrique;

XXI.

Dió afable su real consentimiento
A aquellos esforzados campeones,
Y desde su dosel y régio asiento
Contestó de este modo á sus razones:
«Digno de un pecho noble es vuestro intento,
Valeroso don Suero de Quiñones,
Yo os permito justar en mis estados
Con vuestros nueve deudos esforzados.

XXII.

»Príncipes convidad y caballeros,
Campo elegid y publicad carteles,
Y vengan españoles y extranjeros
A aumentar vuestros triunfos y laureles.
Poned las condiciones y los fueros,
Nombrad á la estacada jueces fieles,
Y vuestro amor á un tiempo y el rescate
Lograd, pues son los premios del combate.»

XXIII.

Entonce el caballero agradecido
Acata al rey con humildosa muestra,
Y dice: «O gran monarca esclarecido,
Si tanto os interesa la honra nuestra,
Solo una nueva gracia humilde os pido,
Y es que vos presidais en la palestra;
Pues estando, señor, á vuestra vista
No habrá poder que al nuestro se resista.

XXIV.

»El campo elijo cerca de la puente
Que de Orbigo dá paso al claro rio,
Entre Astorga y Leon; allí valiente
Reto á todos y aplazo el desafío,
Por ser el paso de la extraña gente
Que viene á vuestro reino y señorío
A visitar al gran patron de España,
En cuyo nombre emprenderé mi hazaña.

XXV.

»Solo pongo, señor, por condiciones,
Que todos los valientes caballeros
Que á libertarme vengan de prisiones,
Y á demostrar sus ánimos guerreros,
Tres lanzas romperán, sin mas acciones,
Conmigo ó con mis bravos compañeros;
Teniendo que salir de la estacada
A la tercera lanza quebrantada.

XXVI.

»Si hay alguna que cause grave daño,
O en tierra caballero derribare,
Dejará la carrera por cumplida,
Sin que nadie otra cosa demandare.
El que pierda caballo en la corrida,
O alguna pieza del arnés quebrare,
Caballos hallará por mí aprestados,
Y completos arneses acerados.

XXVII.

»Si por la puente dó la justa nuestra
Se mantiene pasare alguna dama,
Y no lleva quien salga á la palestra
A combatir por ella y por su fama;
El blanco guante de la mano diestra
Dejará en mi poder, si es que no inflama
A algun guerrero que presente fuere,
Y por ella y el guante combatiere.

XXVIII.

»Para jueces del campo aquí nombrados
Dejo á Pedro de Barba y Gomez Arias,
Ambos por altos hechos afamados,
Y conocidos por acciones varias:
En prudencia y saber son consumados
Y hechos á decidir armas contrarias:
Por lo tanto, á su fallo ha de ajustarse
El que quiera en la tela señalarse.

XXIX.

»Quince soles sin falta antes del dia
Del gran patron y apóstol de la España,
Y otros quince despues mi compañía
Mantendrá con sus armas la campaña.
Y agora, alto señor, la intencion mia
Y la convocatoria de esta hazaña
Publicaré por las naciones fieles,
Llevando estos heraldos mis carteles.»

XXX.

Aprobó el rey don Juan las condiciones,
Y luego los clarines resonaron,
Y los diez famosísimos varones
Al monarca la mano le besaron.
Los instrumentos con alegres sones
El hazañoso intento celebraron,
Y con los reyes de armas que trajeron
Don Suero y sus valientes se volvieron.

XXXI.

Siguió el sarao, la danza y alegría,
Y aquel grave concurso alborozado
Ansiando llegue de la justa el dia,
Por ver triunfar al noble enamorado.
Todos aplauden su alta bizarría,
Y no hubo dama alguna en el estrado
Que á doña Luz la esquiva no envidiase
La suerte de que Suero la obsequiase.

XXXII.

Unas alaban el amor constante
Del firme y valeroso caballero,
Otras mil le quisieran por amante,
Y todas hablan solo de don Suero:
Cuál rendida celebra su semblante,
Cuál su valor y su ánimo guerrero,
Y no hay quien por feliz y venturosa
No tenga á doña Luz la desdeñosa.

XXXIII.

Por una gran llanura dilatada
Que la famosa Astorga señorea,
Y con verdosa grama entapizada,
Y con pomposas hayas se hermosea;
De Orbigo la corriente sosegada
Entre flores y sáuces serpentea,
Cubierta de frondosos matorrales,
Espadañas y espesos carrizales.

XXXIV.

Entre Astorga y Leon una anchurosa
Y antigua puente oprime las arenas,
Divide la corriente sonorosa,
Y enlaza las dos márgenes amenas.
Y á su lado una selva deliciosa
Do los rayos del sol entran apenas,
Alza pomposa la gallarda frente,
Que agita grave el apacible ambiente.

XXXV.

De las ninfas bellísimas del rio
Es grato albergue, y plácido recreo
Do los pastores en el seco estío
Huyen los rayos del ardor Febéo;
Y aun penden de algun tronco alto y sombrío
Rotas armas en forma de trofeo
De pasados encuentros, y olvidados
Yacen viejos arneses destrozados.

XXXVI.

En esta selva y sitio delicioso
El esforzado Suero de Quiñones,
Elige campo para el paso honroso
Con sus nueve esforzados campeones.
Y manda levantar un suntuoso
Palenque, con tablados y balcones
Para teatro de la accion valiente
Y para asiento á la curiosa gente.

XXXVII.

Cubierto el bosque está y el campo lleno
De afanadora gente: quién trabaja
En nivelar el desigual terreno,
Quién el circo anchuroso en torno ataja,
Quién de troncos despoja el soto ameno,
Quién los pilares con primor encaja,
Quién con vistosas telas y follages
Adorna los soberbios balconages.

XXXVIII.

El son del hacha, el golpe del martillo,
El tráfago, el bullicio y el estruendo
Ahuyenta de la selva al pajarillo,
Aquella soledad poblada viendo:
Y los faunos y ninfas al oillo
Ver profanada su mansion temiendo,
Aquellos en las grutas se ocultaron,
Y estas en los cristales se lanzaron.

XXXIX.

Mientras todo se apresta y se compone,
Publican por los reinos extranjeros
Los heraldos las fiestas que dispone
Quiñones con sus bravos caballeros.
No hay pueblo donde ya no se pregone
El cartel de la justa, y los guerreros
De todas las naciones se apresuran,
Y probarse en la lid todos procuran.

XL.

¡Cuánta gala, riqueza y ataugía,
Cuántos caballos, tarjas y armaduras,
Cuánta empresa, penacho y armería,
Cuántos arneses, telas, bordaduras,
Cuánto jaez de seda y pedrería,
Cuántos motes, esmaltes y pinturas
En todas las naciones dispusieron
Así que los carteles recibieron!

XLI.

No para los olimpios famosos
Donde Neron mostró su vil destreza,
Ni para los circenses suntuosos
En que ostentaba Roma su grandeza,
Ni en los juegos de armas que hazañosos
Por lucir su denuedo y gentileza
Carlomagno, y los suyos celebraron
Tanta riqueza y gala se juntaron.

XLII.

Ya la dulce risueña primavera
Daba lugar al caluroso estío,
Tostada se mostraba la pradera
Y mas escaso de caudal el rio:
La fiesta se acercaba, y placentera
La gente á presenciar el desafío
En número infinito concurria,
Ansiando ver el señalado dia.

XLIII.

El soberbio palenque descollaba
De Orbigo dominando la ancha puente,
Y una gran plaza en torno rodeaba
Con gradas en el órden competente.
Cuatro grandes balcones levantaba
Al Norte, al Sur, á Oriente y á Occidente,
Con barandas, alfombras y florones,
Y de ormesí bordados pabellones.

XLIV.

Ya el campo estaba lleno de alegría,
De pages, de caballos, de escuderos,
De damas bellas como el claro dia,
De príncipes y armados caballeros.
El plazo de la justa se cumplia,
Y ya aprestan la malla y los aceros
Los nueve con el ínclito Quiñones,
Ensayando los lances y ocasiones.

XLV.

A la primera luz del sol siguiente
Todo dispuesto y preparado estaba,
Y don Suero en su dama tiernamente
Con amoroso afan siempre pensaba:
Y lejos del bullicio impertinente
Su desden y dureza lamentaba,
Vagando solo por el bosque umbrío
Sobre la orilla del sereno rio.

XLVI.

Era la estiva y perezosa siesta,
Y del fulgente sol los resplandores
Marchitada dejaban y traspuesta
La lozana belleza de las flores;
Y solo respetaban la floresta
Donde Suero pensaba en sus amores,
Donde de sus ensayos descansaba,
Y á la siguiente lucha se aprestaba.

XLVII.

De un álamo á la sombra deliciosa,
Sobre las flores y la fresca grama,
Oyendo la corriente sonorosa
Que entre flexibles juncias se derrama,
Anhelando empezar su justa honrosa
Para ablandar su endurecida dama,
Estaba el gran don Suero reclinado,
De varios pensamientos contrastado.

XLVIII.

El murmullo del agua fugitiva,
El dulce son de las pintadas aves,
La hora de siesta, la calor estiva,
Y la fragancia de las flores suaves,
Y el gran cansancio de la pena esquiva,
Y el duro peso de las armas graves
Dieron al caballero breve sueño,
Guardado por el zéfiro halagüeño.

XLIX.

Y á la par que el reposo regalado
Por sus gallardos miembros se estendia,
Suspensos los sentidos, sin cuidado
Volaba su fogosa fantasía:
E imaginó escuchar un acordado
Son, que en torno con célica armonía
Del silencioso bosque resonaba,
Y algun grave portento presagiaba.

L.

Creyó ver lentamente suspenderse
De Orbigo la corriente sosegada,
Con nueva luz el aire enrojecerse,
Aclararse la selva enmarañada,
Los juncos y espadañas conmoverse,
Cobrar vida la orilla engalanada,
Y entre la juncia el agua cristalina
Levantarse con forma peregrina.

LI.

Poco á poco los plácidos raudales
Se alzaban en columnas trasparentes,
Sobre argentados ricos pedestales
Adornados de conchas diferentes.
Subiendo por el aire los cristales
Eran ya capiteles refulgentes,
Y sobre las columnas con presura
Se tornan en soberbia arquitectura.

LII.

Una cúpula escelsa y atrevida
Forman ciñendo el anchuroso espacio,
De hielos y mariscos gurnecida,
Y cerrando un riquísimo palacio:
Cornisas y alquitraves de bruñida
Plata con los florones de topacio
Ostenta, y guanecidos de corales
Los atrevidos arcos laterales.

LIII.

Las puertas de marfil son fabricadas
Con estrellas de acero y con follages,
Sobre robustos pernos sustentadas,
Y adornadas de perlas y balages,
De refulgentes bronces trabajadas
Las verjas y volados barandages,
Y de limpia esmeralda el pavimento
Que sirve á la gran máquina de asiento.

LIV.

Admira tan grandiosa arquitectura
Don Suero, y tanto brillo y régio adorno,
Cuando temblando el soto y la llanura
Brilla con nueva luz aquel contorno:
De música celeste la dulzura
Se aumenta, y mas distinta suena en torno,
Y de ninfas un coro se aparece
Y á sus plantas el suelo reflorece.

LV.

Cintas de perlas, áureos ceñidores
Los juveniles pechos enlazaban,
Frescas guirnaldas de frangantes flores
Las frentes placenteras coronaban:
Y de las bellas formas los primores
Túnicas sutilísimas guardaban,
Dejando el albo pié desenlazado
Para triscar por el verdoso prado.

LVI.

Cantan mil himnos , tocan instrumentos,
Y gallardas bellísimas y esquivas
Ligeras mas que los delgados vientos
Danzan y juegan ledas y festivas.
Esparce sus dulcísimos acentos
El ála de las auras fugitivas,
A cuyo son asida de las manos
Aparece una turba de Silvános.

LVII.

Formaron con las ninfas grato coro,
Y bailes y dulcísima armonía,
Y alternan voces con cantar sonoro
De métrica cadencia y melodia:
Cuando un Triton con las escamas de oro
En el átrio del templo aparecia,
Y dando aliento al caracol torcido
Los vientos atronó con su sonido.

LVIII.

Al bronco son los coros enmudecen,
Y las ebúrneas relumbrantes puertas
Sobre los recios goznes se estremecen,
Y con ronco estridor quedan abiertas:
Del templo las estancias resplandecen
De piedras preciosísimas cubiertas,
Y en medio un alto trono se levanta
Do el arte á la materia se adelanta.

LIX.

En dos fulgentes urnas reclinada
Del rio la deidad magestuosa
Se muestra en él de juncias coronada,
Con apacible faz respetuosa:
En la siniestra mano recostada,
Gira en torno la vista poderosa,
Y al ver el coro á su señor presente
Las rodillas inclinan y la frente.

LX.

Un rato, del cabello luengo y cano
Y de la blanca barba sacudiendo
Menudas perlas con la diestra mano,
Estuvo los perfumes recibiendo:
Y diligente un rústico Silvano
Una alfombra riquísima tendiendo,
Bajó por ella el sacro Dios y dijo
Al coro que le adora inmoble y fijo.

LXI.

«De este bosque sagrado y escondido
Y de mi rica orilla habitadores,
El convocaros á mi corte ha sido
Para calmar los sustos y temores
Que en vuestros sacros pechos han nacido
Al mirar esos troncos vividores,
Con quien en vano el viento combatia,
Humillar su pomposa lozania.

LXII.

»No juzgueis que sacrílegos mortales
Pretenden profanar vuestra morada,
Ni perturbar mis plácidos cristales,
Ni oprimir mi corriente sosegada:
Descansad pues, ó seres inmortales
Nunca mi gloria ví mas afianzada,
Y esas gentes que veis, á darnos nombre
Vienen, y fama que á Saturno asombre.

LXIII.

»Mañana apenas el risueño Oriente
Con rosado matiz anuncie el dia,
Admirareis un jóven eminente
Singular en amor y en valentía:
Treinta veces del sol el carro ardiente
Alumbrará su noble bizarría,
Y lo verá por fin triunfar dichoso
De un guerrero atrevido y orgulloso.

XLIV.

»La resonante trompa de la fama
Su nombre librará de torpe olvido,
Despues que rinda á la severa dama
A cuyos pies ha tiempo está rendido:
Ella su pecho y corazon inflama,
Y por ella esta hazaña ha discurrido...
La rendirá, y en premio de su brio
Será su esposo y cesará el desvío.

LXV.

»De esta preciosa union, lustre de España,
Saldrá una descendencia esclarecida,
Terror del Agareno en la campaña
Y de Marte y de Temis protegida:
En cuanto el sol alumbra y el mar baña
Respetada será, será temida;
Que á manejar la pluma y noble espada
La tienen ya los hados destinada.

LXVI.

»Y un tiempo llegará que en su ribera
Mire nacer el Bétis caudaloso
Un descendiente de esta union primera,
Que á Marte seguirá con pecho honroso:
Y entre el estruendo de Belona fiera,
Le dará Apolo el plectro sonoroso,
Para que en alto metro y graves sones
Haga eterna la hazaña de Quiñones.

LXVII.

»Cesó el númen: y así que el nombre oyeron
Las ninfas entonaron espresivas
Himnos, que los silvanos repitieron
Con dulce acento y con sonoros vivas:
Nuevas fiestas y obsequios dispusieron
En danzas concertadas y festivas...
Mas don Suero de gozo se estremece,
Despierta y la vision desaparece.»

LXVIII.

Atónito la vista en torno gira
Silencioso, pasmado y aturdido,
Y la corriente sosegada mira
Cual siempre caminar con manso ruido.
Vuelve á mirar confuso y mas se admira,
Y entre esperanza y dudas confundido
No sabe que pensar de aquel ensueño,
Agüero favorable de su empeño.

LXIX.

Recorre nuevamente las razones
Que del labio del númen ha escuchado,
Prometiéndole triunfos y blasones,
Y que será su amor recompensado:
Y al recordar que ofrece á sus acciones
Eterna fama y nombre no olvidado,
Alentado y ufano y satisfecho
Inflama mas y mas su heróico pecho.

LXX.

Y notando que el sol su lumbre pura
En los mares de Ocaso sumergia
Enlutando los montes y llanura
Y dando paso á la tiniebla fria;
Se retiró del soto con presura
A buscar su gallarda compañía,
Y á dar reposo al ánimo valiente
Para empezar la justa al sol siguiente.

CANTO SEGUNDO.

I.

De cándidos jazmines coronada
En Oriente brilló la ansiada Aurora,
Resuena en la floresta la alborada
Con dulce melodía encantadora:
La muchedumbre inmensa alborozada
Al ver llegar la deseada hora,
El perezoso sueño desechando,
El espacioso circo va ocupando.

II.

Sonoras trompas, dulces instrumentos,
Huecos timbales, roncos tamborinos
Plácidos hinchen los delgados vientos,
Retumbando en los montes convecinos.
El son bélico cunde por momentos,
Aprestanse caballos y padrinos;
Ya se abre la estacada y presurosos
Cabalgan los guerreros valerosos.

III.

Febo inmortal desde su carro ardiente
De viva lumbre y magestad vestido,
Los puros resplandores de su frente
Derrama por el ámbito estendido:
Enciende los confines del Oriente,
Y á presenciar el hecho esclarecido
Con nuevo brillo sale y aparece,
Y grande mas que nunca resplandece.

IV.

Bajo rico dosel en régia silla
El monarca don Juan acompañado
De altos señores magestoso brilla,
Presidiendo el palenque levantado.
Al claro condestable de Castilla
Y á otros hombres de cuenta tiene al lado,
Y cercano del rey está dispuesto
A los jueces del campo ilustre puesto.

V.

En el otro balcon que lindas flores
Le dan adorno, en ricas almohadas
Con bordadura, fluecos y labores
De perlas y oro ardiente recamadas,
Las damas de los diez mantenedores
De sus dueñas están acompañadas,
Cubiertas de hermosura y pedrería,
Y respirando amores y alegría.

VI.

Y de la suerte que en vergel ó prado
Entre una y otra flor pintada y bella
El matiz de la rosa nacarado
Al rojo amanecer brilla y descuella,
Del aljófar del Alba rociado,
Y á todas vence la hermosura de ella;
Así en medio de tanta ilustre dama
Alzase la que á Suero el pecho inflama.

VII.

Mas que la rozagante Aurora hermosa
La ingrata y bella doña Luz estaba;
En sus mejillas de jazmin y rosa
La fresca y linda juventud brillaba.
Eran perlas su boca deliciosa
Donde el amor gozoso se ocultaba,
Y el albo pecho y cuello torneado
De nieve candidísima formado.

VIII.

Arpones de Cupido eran sus ojos,
Y en la alta frente blanca como el dia
El cabello negrísimo en manojòs
Con broches de diamantes suspendia:
Blanco vestido con follados rojos
De vellorí brocado y pedrería,
Y un rico ceñidor de oro labrado
Ostentaba en el talle delicado.

IX.

¿Tal gallardía, tanta gentileza
Qué humano corazon no encadenára?
¿A quien tan alta y singular belleza
Con amoroso fuego no abrasára?
¿Qué pecho quebrantada su dureza
Al ver aquellos ojos no temblára?
¿Quién aquel talle y faz graciosa y bella
Pudiera ver, sin palpitar por ella?

X.

Solo yo Lesbia mia, sosegado
La viera porque á tí rendido adoro,
Y fuera doña Luz puesta á tu lado
La plata comparada con el oro.
Perdona si encarezco en el traslado
De su beldad y gracias el tesoro;
Que á ella la pinto, pero tengo hecho
Tu retrato bellísimo en mi pecho.

XI.

Ocupa en torno la curiosa gente
Terrados, graderías, balconages,
Todos muestran el ánimo impaciente
Por ver salir los bravos personages,
Suena un ronco murmurio sordamente
Brillan mil vistosísimos ropages,
Todos esperan ya la seña, cuando
Mandan los jueces pregonar el bando.

XII.

Publícase, y al punto se enarbola
La insignia de don Suero de Quiñones,
Y por el viento plácido tremola
Su estandarte con timbres y blasones.
En sus tiendas el peto, yelmo y gola
Se ciñen los fortísimos varones,
Requieren los caballos y la espada,
Y se aprestan á entrar en la estacada.

XIII.

Divinas ninfas del Cástalio coro:
Dadme favor, engrandeced mi canto,
Dad nuevo aliento á mi clarin sonoro,
Y ponga al tiempo volador espanto.
Miradme gratas, vuestra luz imploro,
Conceded á mi pecho el fuego santo,
Inspiradme los hechos esforzados
De los diez caballeros afamados.

XIV.

Suena el clarin, retumba el vago viento,
Enmudece el concurso numeroso,
Y cuatro reyes de armas al momento
Entraron en el circo polvoroso:
Blancos potros con rico paramento
Y vestido de púrpura costoso
Llevan, y en los riquísimos broqueles
De Quiñones los ínclitos cuarteles.

XV.

En pós de los heraldos, tañedores
De púrpura vestidos y brocado,
Con cintas y plumages de colores
Entraron en el circo alborozado,
Tocando dulces flautas y atambores
Con alto son alegre y concertado,
Y diez palafreneros les seguian
Que de mano diez potros conducian.

XVI.

Y luego en la estacada se aparece
De ricos-homes y altos personages
Don Suero acompañado, y resplandece
Seguido de escuderos y de pages:
Confusa griteria al cielo crece,
Cunde por los dorados barandages
Y el concurso al mirar su gallardía,
Viva, mil veces, viva repetía.

XVII.

De un potro cordobés azabachado,
Con un lucero en la espaciosa frente,
Rige el freno de plata salpicado,
Que templa y doma su rigor ferviente.
Lleva terciada sobre el diestro lado
La ponderosa lanza, y el fulgente
Peto, que el noble pecho le rodea,
Ofusca el brillo de la luz febéa.

XVIII.

Ligera adarga en el siniestro brazo
Con adornos de esmalte guarnecida
Maneja con gentil desembarazo,
Sin que las riendas gobernar le impida:
Pendiente en medio de un gracioso lazo
Por cuerpo de su empresa está esculpida
Una argolla de hierro, y un letrero
Qué dice así: *Librarme de ella quiero.*

XIX.

La vencedora fulminante espada,
Terror y espanto del altivo moro,
Al lado izquierdo ostenta colocada
En el rico tahalí bordado de oro.
Sobre el alto creston de la celada,
Que es de piedras preciosas un tesoro,
De plumas blancas el penacho ondea,
Do Favonio se mece y se recrea.

XX.

En pos del claro Suero de Quiñones
Brillan sus nueve bravos caballeros,
Sobre negros alígeros bridones,
Ceñidos de fortísimos aceros:
En los altos fulgentes morriones
Llevan blancos penachos y plumeros,
Y en todo á la del gefe semejante
Lanza, empresa, y adarga rutilante.

XXI.

Son los nueve: Alvar Gomez el osado,
Lopez Zúñiga, Diego Benavides,
Sancho de Rabanal afortunado,
Diego Bazán acostumbrado á lides,
Gomez de Villacorta gran soldado,
Pero de Nava en fuerzas nuevo Alcides,
Lope de Aller, y el jóven Pero Rios
Feliz en sus empresas y amoríos.

XXII.

Por séquito llevaban veinte pages
Con escudos de timbres y blasones,
Ornados de riquísimos ropages,
Y oprimiendo hermosísimos bridones,
Que moviendo garzotas y plumages
Arrastran rapacejos y borlones
De paramentos de ormesí bordados,
Con cifras y cuarteles recamados.

XXIII.

Y cerrando la grave comitiva
Entra en el circo un carro primoroso,
Que en ruedas vistosísimas estriva
Con esquisito adorno artificioso:
Un enano gobierna desde arriba
El tiro de caballos animoso,
Y es su carga de yelmos y de arneses,
Lanzas de guerra, tarjas, y paveses.

XXIV.

Luego que con alardes y escarceos
Este acampañamiento hizo la entrada,
Despues de dar en órden tres paseos
En torno recorriendo la estacada;
Entre aplausos y gratos victoreos
Despejó la comparsa engalanada,
Y los nueve tambien se retiraron,
Y al caudillo la plaza le dejaron.

XXV.

Amor, tirano amor. ¡Cuán misterioso
Es el impulso de tu aguda flecha!
En vano el corazon mas cauteloso
Huye tu fuego y tu poder desecha:
El pecho mas altivo y desdeñoso
Si tu arco corvo y tu rigor le acecha,
Al fin rendido por su rey te aclama
Y alienta solo tu tremenda llama.

XXVI.

Ya, oh Lesbia mia, del amor el fuego
Empieza á arder en doña Luz la altiva
Y siente un interior desasosiego
Que su desden altísimo derriba.
Y ya á tanta constancia y tanto ruego
Siente ceder su condicion esquiva,
Y mirando á don Suero palidece
Y admira su cariño y lo agradece.

XXVII.

El que pretenda ser correspondido
Logrando quebrantar una altiveza,
Siga el objeto á quien esté rendido
Con anhelo constante y con firmeza,
Y en mirando su afan agradecido
Tenga por cierto que su dicha empieza;
Que de agradecimiento amor se viste
Y vence el pecho así que le resiste.

XXVIII.

Solo en la tela el ínclito don Suero
Hirió el hijar del potro belicoso,
Que obedeciendo al acicate fiero
Bufó, se enarmonó, partió furioso:
Detúvole de pronto el caballero
A la mitad del circo polvoroso,
Y apoyado en su lanza inquieto espera
Quien probarse en la lid primero quiera.

XXIX.

Cuando por la otra puerta entró atrevido
Un caballero ricamente armado,
El arnés con labores esculpido
Y de piedras preciosas adornado:
El soberbio creston de oro bruñido
Lleva con plumas jaldes coronado,
Y una lanza gruesísima blandía
Con denodado esfuerzo y gallardía.

XXX.

Era aleman, Arnaldo se llamaba,
De la selva bermeja caballero,
Y con jaldes adornos manejaba
Un tostado alazán fuerte y ligero.
En el siniestro brazo levantaba
Ancho escudo, y en él por timbre fiero
De siempre-viva una florida rama,
Y este gallardo mote: *Así mi fama.*

XXXI.

Partido el sol, están los justadores
Frente á frente, y el pueblo numeroso
Admira los vislumbres y labores
Del uno y otro arnés esplendoroso:
Ansiando que los bélicos clamores
Den la señal del choque peligroso;
Y doña Luz la espera cuidadosa,
Y pálida tal vez la faz hermosa.

XXXII.

Suena el clarin, y en ristre la arandela
Y la targeta en alto levantada
Tiñen de sangre la estrellada espuela,
Y arrancan con presteza arrebatada:
Uno y otro bridon furioso vuela,
La tierra gime, tiembla la estacada,
Y con tan recio golpe se encontraron
Que á un tiempo entrambas lanzas quebrantaron.

XXXIII.

Toman otras mas gruesas y fornidas,
Revuelven animosos, y don Suero
Afloja diestro las tirantes bridas
En busca del germano caballero;
Este tambien las riendas extendidas
Sale á encontrallo en ademan ligero,
Y Quiñones con garbo y gran pujanza
En su gorjal rompió la dura lanza.

XXXIV.

Rotas ya tres, segun las condiciones,
El extendido circo despejaron,
Y dando aplauso á entrambos campeones
Balconages y gradas resonaron.
Y otros dos valentísimos varones
En la palestra con denuedo entraron;
Siendo uno de ellos Ravanal dichoso,
Que sale á mantener el paso honroso.

XXXV.

Era el conquistador Pero Zapata,
De Aragon caballero, que un tordillo
Oprime audaz, y muestra de escarlata
El paramento con riqueza y brillo.
Sobre el alto creston de blanca plata
Lleva un penacho rojo y amarillo,
Y en la adarga un volcan pintado habia,
Y *Ved mi pecho*, el rótulo decia.

XXXVI.

Tomando campo al uno y otro lado
Hizo señal la trompa, valeroso
Ravanál con el cuerpo soslayado
Encontró al de Aragon firme y brioso:
Con su lanza el escudo le ha pasado,
Abollándole el peto poderoso;
Y sin romper las picas revolvieron,
Y con nuevo furor se acometieron.

XXXVII.

Zapata á Ravanál en la cimera
Dió un atrevido bote con su lanza,
Y el pomposo penacho le echó fuera
Con gran destreza y singular pujanza.
Ravanál que se vió de tal manera,
Ardiendo en vivo fuego de venganza
Al de Aragon cargó con saña altiva,
Y del arzon lo saca y lo derriba.

XXXVIII.

Luego al punto los jueces decidieron
Cumplida la carrera, aunque furiosos
Volver de nuevo al lance pretendieron
Ambos á dos guerreros orgullosos:
Pero que obedecer la ley tuvieron,
Y al ver que el sol sus rayos luminosos
En el remoto ocaso recogia,
Cesó la justa hasta el siguiente dia.

XXXIX.

Para mas diversion y mayor fiesta
Músicas y banquetes se ordenaron,
Iluminando el circo y la floresta
Y las horas en danza se pasaron:
Hasta que en no aprendida dulce orquesta
Las aves á la aurora saludaron,
Que otra vez empezó la justa honrada,
Y se ocupó de nuevo la estacada.

XL.

Salió por defensor del paso honroso
Diego Bazan ansioso de batalla,
Y por conquistador entró animoso
Liñan cubierto de luciente malla.
Un cervuno revuelto muy brioso
Con duro freno rige y avasalla,
Y lleva verde oscuro el equipage,
Y verdes los adornos y el plumage.

XLI.

Un áncora rompida en el escudo
Pintó por cuerpo de su triste empresa,
Por mote, *Mi esperanza*; y con forzudo
Brazo blandía un asta dura y gruesa.
En cuanto oyó el clarin partió sañudo,
Tambien Bazan arranca á toda priesa,
Se encuentran, y ambos firmes en las sillas
Pasan hechas sus lanzas mil astillas.

XLII.

Toman otras al punto, y atrevidos,
Lleno de sangre el bárbaro acicate,
Se encuentran nuevamente enardecidos,
Ansiosos de acabar aquel combate.
Rompiéronse las tarjas, y ofendidos
De que á la par la suerte los maltrate,
A un tiempo en ristre ponen la arandela
Y arriman al bridon la roja espuela.

XLIII.

Bazan, alta la punta de la lanza,
Abolló de Liñan el alto almete.
Liñan sin aturdirse, con pujanza
La punta por las placas le entremete.
Sepáranse de nuevo, y en venganza
Ardiendo cada cual fiero acomete,
Y al batir el hijar Liñan altivo
Rompió una accion y se le fué el estribo.

XLIV.

De este modo acabada la carrera,
Alvar Gomez ocupa la estacada,
Y por conquistador entra de afuera
El bravo don Gutierre de Quijada.
Su arnés resplandeciente reverbera
Como un lucero, lleva engalanada
Con plumas varias que lozana mueve
Una yegua mas blanca que la nieve.

XLV.

Una fénix, volando renacida
De enmedio de la hoguera, ha colocado
Sobre la tarja de oro guarnecida,
Y este mote discreto y apropiado:
La llama que me abrasa me da vida.
Y ostentando en la cuja al diestro lado
Alta fornida lanza, inquieto espera
El ronco son de la trompeta fiera.

XLVI.

Sonó por fin, y cada cual encaja
La pica en ristre, pone contra el pecho
El ancho escudo, y con la punta baja,
A buscar al contrario va derecho.
Alza la yegua polvorosa braja,
Y un ardiente volcan su dueño hecho
A Alvar Gomez encuentra en una greva,
Y el muslo le desarma y se le lleva.

XLVII.

Alvar Gomez al punto ardiendo en ira
Vuelve otra vez en contra de Quijada,
Que aunque el cuerpo soslaya y lo retira
Recibe sobre el yelmo la lanzada.
Aturdido del golpe atrás se tira,
Deja la brida casi abandonada,
Y la yegua espantada y recelosa
Se empina y bufa, y bota temerosa.

XLVIII.

En sí vuelve Quijada, y de la suerte
Que hollada sierpe por villana planta
El cuello enhiesta amenazando muerte,
De pronto del letargo se levanta,
La brida coge, aprieta el asta fuerte
Y sobre los estrivos se adelanta:
Gomez le espera firmes las rodillas,
Y ambas lanzas volaron en astillas.

XLIX.

No pudieron justar mas largo rato,
Dejaron la estacada, y vino á ella
Lope de Aller, de Marte fiel retrato,
Luciendo su armadura limpia y bella.
Y con gran pompa, gala y aparato
Aun mas resplandeciente que la estrella,
A conquistar entró Feire de Adrada,
Con una tersa cota bien templada.

L.

Fatiga los hijares de un castaño
Obediente á la brida y á la espuela,
Con paramento de púrpúreo paño
Bordado de menuda lantejuela.
En la cimera por adorno estraño
Una encrespada crin ondosa vuela:
Su empresa es una fresca hermosa caña
Y el mote: *Frágil, y á la vista engaña.*

LI.

Ya el sol con tibia luz desde Occidente
En los bruñidos petos reflejaba,
Cuando el son de la trompa de repente
Del fiero acometer la seña daba.
Uno y otro guerrero el potro ardiente
Aflige, y la targeta levantaba,
Se encuentran, y con fuerte pecho y brazos
Hacen saltar las lanzas en pedazos.

LII.

Y otras nuevas tambien rompidas fueron
Al último crepúsculo del dia,
Y los dos justadores mantuvieron
Su excelsa fama y alta nombradía.
Las armas con la luz se concluyeron,
Pues ya la sombra de la noche fria
Lenta saliendo de su fresca gruta
Monte, prado, ribera y bosque enluta.

LIII.

Y entonces los ilustres justadores
Visten brocado, y quítanse la malla,
Y olvidando los bélicos furores,
Y el horrendo rencor de la batalla,
En taburetes de tejidas flores
Y en ricas mesas de pulida talla,
Disfrutan del banquete, donde brilla
La flor de la nobleza de Castilla.

LIV.

Y al son del arpa y del laud en tanto
Algun cantor con entusiasmo entona,
En grave metro y en sonoro canto,
Los hechos de que España se blasona:
Las hazañas que al mundo dan espanto,
Y que del norte á la abrasada zona,
Y del ocaso al apartado Oriente
La gloria ilustran de la hispana gente.

LV.

Sonó allí el nombre excelso de Pelayo,
Mantenedor de la cristiana lumbre:
Y el de Rui Diaz, el que en vil desmayo
Hundió de Agar la fiera muchedumbre:
Y el de aquel jóven, fulminante rayo
Del francés orgulloso, que en la cumbre
De Pirene vengó el honor de España,
Eternizando el timbre de Saldaña.

LVI.

Tambien, oh docto esclarecido Mena,
Honor del Bétis, de mi patria gloria,
Al son del harpa allí tu voz resuena
Cantando hazañas de la hispana historia :
Ya el gran saber del infeliz Villena,
Ya del conde Niebla la memoria,
Ya dejando de Marte los horrores
Dulces placeres, plácidos amores.

CANTO TERCERO.

I.

La fresca Aurora con fulgor divino
El Oriente exclarece, preparando
Al sol radiante el eternal camino
Rosas en él y perlas derramando:
Y á su matiz y aspecto peregrino
El sueño huye de la luz temblando:
Suenan las trompas, y al combate llaman,
Y los pechos magnánimos inflaman.

II.

A mantener audaz el noble paso
Villacorta salió, soldado fuerte,
Largo en hazañas, en hablar escaso,
Y de moros azote horror y muerte.
Demostró su destreza en este caso,
Y tres lanzas rompió con buena suerte
Con el aragonés Francisco Faces,
Terror tambien de las moriscas haces.

III.

Benavides despues su gentileza
Mostró dentro del circo y estacada,
Quebrantando tres lanzas con destreza
En su competidor Jofre Cabada.
Y Zúñiga tambien su alta nobleza
Probó, y dejó su fama acreditada,
Justando con el bravo Juan de Soto,
Que salió sin brazal y el yelmo roto.

IV.

Y á sostener la liza entró gallardo,
Pero Nava el valiente y el forzudo,
Conduce su corcel á paso tardo,
Y es trasunto del sol su limpio escudo.
Cuando con paramento rojo y pardo,
En un caballo altísimo y membrudo,
Bayo, con cabos negros y brioso,
Salió á la lid Abreo el jactancioso.

V.

Era de Portugal, de ánimo fiero,
De dura condicion, feroz semblante,
Diestro en el manejar lanza y acero,
De proporcion y miembros de gigante:
Turbulento, indomable y altanero,
Atrevido, insolente, amenazante;
Despreciador de agena valentía,
Y lleno de soberbia altanería.

VI.

Fuertes armas ostenta el orgulloso,
Y en lugar de penacho en la cimera
El fiero cráneo y parda piel de un oso,
A quien muerte tal vez él mismo diera.
De un refornido fresno alto y ñudoso
Su gruesa lanza fabricada era:
Y un águila en la tarja pintó al vivo,
Y este soberbio mote: *Aun mas altivo.*

VII.

Los senos de la tierra retemblaron
De ginete y caballo al duro peso,
Y los espectadores recelaron
Disgusto grave de fatal suceso.
De su feroz aspecto se turbaron,
Viendo que á Nava lleva tanto exceso:
Mientras este tranquilo gloria nueva
Espera muy gozoso de esta prueba.

VIII.

Sonó el clarin, y silbadora flecha
Del arco corvo y de robusta mano
No parte mas veloz y mas derecha
Que Nava contra el fiero lusitano.
Este tambien con cólera deshecha
Rompe el hijar del pisador lozano:
Se estremece el concurso al ronco estruendo,
Y el polvo va la luz oscureciendo.

IX.

Nava firme y seguro en los arzones
Sobre el estribo diestro se suspende;
Alza el escudo, bate los talones,
Y entrambas bridas al caballo extiende:
Y librando su peso en las acciones
Sobre el peto enemigo el asta tiende,
Llegando con tal ímpetu á encontrallo
Que derribó al ginete y al caballo.

X.

Del modo que en el ágria y alta frente
De Moncayo se mueve y desencaja
Al golpe tronador del rayo ardiente
Peñasco inmensurable, se desgaja,
Y por la falda al valle de repente
Haciendo estrago con estruendo baja;
Así á impulso de Nava en presto vuelo
Jayan, lanza y caballo vino al suelo.

XI.

De Orbigo retemblaron las riberas
Al grave golpe y son de la armadura,
Retumbaron las grutas de las fieras,
Y resonó el estruendo en la llanura:
Todos con alto aplauso y lisongeras
Palmadas celebraban la ventura
Del gran Nava, que ufano y satisfecho
Con gallarda altivez le late el pecho.

XII.

El portugués corrido y de ira ciego
Levantarse procura, y rebramando
Lanza por boca y ojos vivo fuego,
La abollada visera deslazando.
Sus parciales y amigos corren luego,
Y en descompuesto son el grito alzando
A Nava insultan con audacia fiera,
Pidiendo que no valga la carrera.

XIII.

Imprudentes á todos desafian,
Y ardiendo en ira anhelan la venganza.
Unos la ardiente espada requerian,
Otros aprestan la nervuda lanza.
De Nava los parientes acudian,
Crece la confusion, ya no hay templanza,
Cunde de la discordia el vivo fuego,
Y no se escucha la razon ni el ruego.

XIV.

El Monarca irritado al punto ordena
Que entre á calmar los ánimos don Suero:
La trompeta real á bando suena,
Y entra en la plaza el noble caballero.
A su mando la turba se serena,
Y al ver su rostro y su ademan severo,
Y al escuchar del rey el nombre augusto
Bajan las armas, cálmase el disgusto.

XV.

Como cuando en Océano espumoso
El uno y otro desatado viento
Cubre el cielo de luto tenebroso,
Removiendo del mar el hondo asiento;
Si alza la faz Neptuno poderoso
Agitando el tridente, en el momento
Cálmase el huracan, las nubes huyen,
Y las hinchadas hondas se destruyen.

XVI.

El discreto don Suero de Quiñones
Por dejar todo bando apaciguado,
Recuerda las juradas condiciones
Y torna el circo á su primer estado.
Y Abréo nuevamente los arzones
Ocupando vencido y despechado,
Acompañado de su gente osada
Confuso se salió de la estacada.

XVII.

Entró en ella el gallardo Pero Rios,
Que el blando bozo le apuntaba apenas.....
....¿Por qué, tierno doncel, en desafíos
Tus delicados brazos hoy estrenas?
Si solo entre placeres y amoríos,
Y en las batallas del amor serenas
Tienes tu blando pecho ejercitado,
¿Por qué, dí, te presentas hoy armado?

XVIII.

Tú, feliz en amor, con mil canciones
Al suave triste son de la vihuela
Arrastras femeniles corazones,
Y por su ardor el tuyo se desvela.
¿Por qué entras hoy en lid con los varones,
Y así ensangrientas la redonda espuela?...
Pero ¡ah! que eres gallardo, y noble, y mozo,
Y las armas te causan alborozo.

XIX.

Ufano la estacada recorriendo,
Mirando á los balcones y á las gradas,
Las altas plumas del creston meciendo,
Con ricas armas de oro salpicadas,
Mil almas juveniles va rindiendo
Por su lozano garbo conquistadas;
Y su dama turbada y cuidadosa
Ya lo mira risueña, ya celosa.

XX.

Cuando por otro lado á paso lento,
En un morcillo hermoso y enlutado
Con negro y amarillo paramento,
Colores del creston empenachado,
Entró mostrando duelo y sentimiento,
Ceñido de un arnés empavonado,
El desgraciado Lope de Ferrara,
A quien una gran pena acongojara.

XXI.

Rendido amaba á la infeliz Estrella,
Del reino esclarecido valenciano
Gallarda y discretísima doncella,
Que iba á premiarle con su hermosa mano.
Mas ¡ ay, que estando en sus jardines ella
Sola y cerca del mar ¡ hado tirano !
Unos corsarios bárbaros surgieron,
Robáronla atrevidos, y partieron.

XXII.

El desde entonce en llanto sumergido
De triste negro luto se vestia,
Que el cautivero de su bien perdido
En dolor abismado le traia.
De negro lleva su broquel bruñido,
Y en medio del de empresa le servia,
Por mote, *Mi ventura*, y esmaltada
Una rosa marchita y deshojada.

XXIII.

Corrió tres lanzas con el tierno Rios,
Que aunque no ejercitado en esta prueba
Su misma ilustre cuna le da brios,
Y por escudo la fortuna lleva.
Si antes era famoso en amoríos,
Hoy por armas adquiere fama nueva,
Y llevando mil almas cautivadas
Deja el circo entre aplausos y palmadas.

XXIV.

El claro sol los rayos de su frente
Ostentaba en zenit enrojecido,
Cuando el pesado caluroso ambiente
Una trompa agitó con su sonido:
Y entró en el circo apresuradamente
El faraute Guarin, y dirigido
A los jueces, teniendo al vulgo atento,
Les dijo de este modo en alto acento:

XXV:

«Sabed, ó jueces, que en el paso ha entrado,
Sin que venga con ella caballero,
Una hermosa señora, que á su lado
Un page trae no mas y un escudero.
La condicion prescrita le he avisado,
Y dando azote al palafren ligero
Detrás de mí se acerca á la estacada,
A entregaros la prenda señalada.

XXVI.

Y en el momento fué la tela abierta,
Y suspenso el concurso numeroso
Esperaba que entrara por la puerta
La dama, que ha llegado al paso honroso.
Y de un velo blanquísimo cubierta,
Y vestida de luto, en un brioso
Palafren con riquísimos jaeces
Llega por fin delante de los jueces.

XXVII.

Llevaba en pós vestido de amarillo
Con franjas, afollados y lazadas,
Sobre un lozano potro, un pajecillo
Adornado con plumas encarnadas.
Y en un fogoso pisador morcillo
Con las crines en plata entrelazadas,
Un escudero, por decoro, anciano
De luenga barba y de cabello cano.

XXVIII.

Los suaves sonoros instrumentos
Con armónico son la saludaron,
Dando solaz á los delgados vientos,
Que en torno mansamente resonaron.
Y los espectadores muy atentos
A la dama los ojos asestaron,
Y ella llegó á los jueces y alzó el velo,
Y descubrió por rostro un claro cielo.

XXIX.

La fresca juventud bella y lozana
En su lindo semblante relucia,
Y sus megillas cual de nieve y grana
Con púdico rubor enrojecia.
Mas bella que aparece á la mañana
La clara luz con que comienza el dia
Muestra su frente, y sus hermosos ojos
Pueden al mismo amor causar enojos.

XXX.

En alta y dulce voz aunque turbada,
Bajando entrambos soles con mesura,
Saludando al Monarca recatada,
Así dijo con noble compostura:
«Oh jueces de este campo y estacada,
Doña Leonor de Castro, sin ventura,
Sola y viuda, es la que veis delante,
Y que os entrega su derecho guante.

XXXI.

»Sí, ó jueces, á vosotros hoy lo entrega,
Y sin tener quien luego lo rescate,
Que á vivir mi marido Alfonso Vega
Lo recobrara en singular combate:
Mas la desdicha que mi vida anega
Ha dispuesto el destino se dilate
Hasta tal punto, que una prenda mia
Os doy, que á vivir él no os la daria.»

XXXII.

Dijo ; y les entregó su diestro guante,
Y recordando á su valiente esposo
Regó de dulces perlas el semblante,
Tornándole mas bello y mas hermoso.
Todo pecho sintióse palpitante
Al advertir su llanto doloroso
Y ella dejó caer el blanco velo
Para ocultar su amargo desconsuelo.

XXXIII.

El ilustre don Juan de Benavente,
Deudo del claro Suero de Quiñones,
Atento la miraba frente á frente
Escuchando su llanto y sus razones:
Y el dulce amor allá en su pecho siente,
Que nunca pierde amor las ocasiones,
Y ardiendo en fuego de amórosa llama
No separa los ojos de la dama.

XXXIV.

Y desde su balcon en alto acento
Gritó : «Ilustre señora, el brazo mio
Rescatará la prenda en el momento,
Que por vos quiero entrar en desafío.»
Y mas veloz que el mismo pensamiento,
Que amor aumenta su gallardo brio,
De los jueces del campo en la presencia,
Para entrar en la lid pide licencia.

XXXV.

Se la dieron al punto, y la señora
Gracias por su gentil cortesanía,
Y él con dulces requiebros la enamora,
Pues ocultar su llama no podia.
Ella con leda faz encantadora
Lo agradece cortés, y se reia;
Y sube de las damas al terrado,
Y á armarse va el don Juan amartelado.

XXXVI.

Salió á la tela á mantener la lucha,
Y á recoger la prenda de la dama
Zúñiga altivo, que con honra mucha
Quiere aumentar su merecida fama:
Espera un rato, y á la fin se escucha
La ronca trompa que al combate llama,
Dando señal de que en aquel instante
Llega el guerrero que defiende el guante.

XXXVII.

Cuando en torno cercado de padrinos,
En un tordo hermosísimo rodado,
Con espaldar y peto diamantinos
Entró el gran Benavente enamorado.
Suenan flautas y huecos tamborinos,
Y cubierto de plumas y brocado
Gentil recorre en torno la palestra,
Con noble aspecto y denodada muestra.

XXXVIII.

De terciopelo carmesí bordado
Con oro y con vistosa argentería
El capellar en el siniestro lado
Lleva con gracia y gala y gallardía:
El arnés refulgente dibujado
Con engastes de rica pedrería,
Y un penacho en el yelmo relumbrante,
Y allí enredado de la dama el guante.

XXXIX.

Los brazales y grevas buriladas
Brillan con mil destellos refulgentes,
Y un cinturon ostenta con lazadas
De piedras preciosísimas lucientes:
Y por entrambos lados derramadas
Borlas y cintas del borren pendientes,
Y en el remate de su lanza brillo
Da al aire un recamado pendoncillo.

XL.

De tanta gala y tanta gallardia
Ufano, y del ginete que le oprime
El fogoso tordillo que regia,
Las herraduras en el campo imprime,
Y con altos relinchos encendia
El aura, mientra el suelo tiembla y gime
Al duro golpe del ferrado callo
De tan hermoso cordobés caballo.

XLI.

Todos aplauden su gallarda muestra,
Y apartados padrinos y escuderos,
Toma campo hácia un lado en la palestra
Despidiendo mil claros reverberos.
Doña Leonor turbada se demuestra
Viendo á punto de lid los caballeros:
Don Juan la mira, y le saluda ella,
Tiñendo de rubor su frente bella.

XLII.

Sonó el clarin y ufano Benavente,
Y Zúñiga gozoso y denodado
Arrancan de su puesto de repente,
Con el escudo en alto levantado:
Ambos á dos se encuentran frente á frente,
Y don Juan con el cuerpo soslayado
A Zúñiga tocó con tal pujanza
Que hizo pedazos la fornida lanza.

XLIII.

Volvieron á la lid, y ambos rompieron
Las picas al encuentro resonante,
Y todos con palmadas aplaudieron
Su garbo y su denuedo relevante.
Entrambos de la liza se salieron,
Y don Juan fué á entregar el libre guante
A la dama que afable agradecida
Por su valor le dió gracias rendida.

XLIV.

Y mirando su prenda rescatada,
Aunque el sol al ocaso descendia,
No detuvo ni un punto su jornada,
Como don Juan ansioso pretendia.
¡Triste del pobre amante que á su amada
No logra detener!... ¡Ay del que fia
En amor pasagero, y del que adora
Dama que huye al momento que enamora!

XLV.

Pero confusa y sorda gritería,
Vivas, y aplausos, y altos instrumentos
Forman sonoro estruendo que cundia
Por los delgados apacibles vientos.
Porque otra vez con noble bizarría
Y ricos recamados paramentos
Entra en el circo el ínclito Quiñones,
Caudillo de los nueve campeones.

XLVI.

Don Bueso de Solis afortunado
Sale á la lid en un caballo ovéro,
Que en el frondoso Bétis se ha criado,
Fuerte, revuelto, altísimo y ligero.
Celeste capellar lleva bordado,
Y celestes la banda y el plumero:
Y un corazon do un aspid hace presa,
Y el mote, *zelos*, lleva por empresa.

XLVII.

Cesa el murmullo, calla y enmudece
El concurso la ronca trompa oyendo,
Cuya señal horrísona obedece
Uno y otro varon la asta blandiendo.
El uno y otro potro se enfurece,
Y batiendo la arena en ronco estruendo
Fué el encuentro tan recio y tan sañudo,
Que don Bueso perdió lanza y escudo.

XLVIII.

Se apartan, y volviendo á la lid fiera
El caballo que á Suero conducia
Se empina, y tasca el freno de manera,
Que ni á brida ni á espuela obedecia.
Parar quiso don Bueso en la carrera,
Pero estaba muy cerca y no podia
Y aunque desenristrar quiso la lanza,
Al gran Quiñones con la punta alcanza.

XLIX.

Destrozóle el siniestro guardabrazo
Y sus labores estampó en la arena,
Y levemente hiriéndole en un brazo,
Traspasado quedó de amarga pena.
Don Suero con gentil desembarazo,
Teñido en sangre y con la faz serena
Mira á su dama, vuelve, y á don Bueso
Consuela, no ofendido del suceso.

L.

Doña Luz cuidadosa con semblante
Inquieto aquel desastre atenta mira,
Y pierde la color, y un corto instante
El bello rostro de la lid retira.
Vuelve á mirar turbada y anhelante,
Alza tal vez los ojos y suspira,
Y aunque quiere ocultar su llanto y pena
De lágrimas la faz demuestra llena.

LI.

Triste silencio en el concurso mudo
Difúndese con súbito cuidado,
Porque nadie tranquilo mirar pudo
Aquel lance imprevisto y malhadado.
Solo Suero desprecia el golpe crudo,
Y alzada la visera y alentado
Recorre en torno el circo, el susto aleja
Y la palestra entre los suyos deja.

CANTO CUARTO.

I.

Era la noche, y lánguida y luciente
Desde el alto cenit sus lances daba.
Lucina, y en la plácida corriente
De Orbigo cristalino reflejaba.
En dulce y fresco y apacible ambiente
Las altas alamedas agitaba,
Y bañado en letárgico beleño
Al orbe daba silencioso sueño.

II.

No hay danzas, ni saraos, ni festines
Que solemnicen el pasado dia,
Pues á todos los bravos paladines
La desgracia del gefe entristecia.
Ni las dulces vihuelas y violones
Prestan su triste y grave melodía
A endechas, á sollozos y á canciones
Hijas de enamorados corazones.

III.

Reina el hondo silencio en la llanura;
Interrumpido solo por el rio
Que camina al traves de la espesura
Con grave son y manso señorío:
Grato reposo goza á su frescura
El inmenso concurso y gran gentio
Que concurriera á ver la noble fiesta,
Y que en torno ocupaba la floresta.

IV.

Los nobles y valientes caballeros
Que ya en la lid sus armas han probado,
Desceñidos los bélicos aceros
Se entregan al reposo regalado:
Y si hay alguno que rigores fieros
Llore de amor con pecho amartelado,
En su soberbia tienda recogido
Al fin consigue el sueño apetecido.

V.

Doña Luz en la suya acompañada
De su amiga constante doña Elvira
Inquieta, pesarosa, desvelada
De la pasada accion habla y suspira:
Pues de Suero la herida desgraciada
El sueño de sus párpados retira,
Que la vertida sangre la enternece,
Y de ella nace amor, y ella lo acrece.

VI.

Quiñones agitado y pesaroso,
Dentro en su pabellon, triste y herido
Tampoco goza del comun reposo,
De varios pensamientos combatido:
No le tiene su herida cuidadoso,
Ni sus fieros dolores abatido,
Solo teme que acaso esté su fama
Empañada á los ojos de la dama.

VII.

Tal vez recuerda el lisonjero sueño
En que del Orbigo oyó la profecía,
Que el éxito feliz de su árduo empeño
Y el premio de su ardor le prometia:
Pero ¡ay! que vaticinio así halagüeño
Ilusion de su mente lo creia:
Y juzga inútil su hazañoso intento
Y húndese en afanoso abatimiento.

VIII.

Afligido, turbado, pesaroso,
Por aquietar su acongojado pecho,
Hablar quiere á su dueño desdeñoso,
Y salta fuera del mullido lecho.
Mas reflexiona al punto temeroso
De su resolucion no satisfecho,
Y como respetar sabe quien ama,
Antes quiere el permiso de su dama.

IX.

A Vanguarda su page ó escudero,
Y que desde la infancia le servia,
Llamó el amartelado caballero,
Que en vivo amor su corazon ardia:
Y le dijo: «mi amigo, ve ligero
Al pabellon de la señora mia,
Y humillado á los pies de su grandeza
Cuéntale mi dolor y mi tristeza.»

X.

«Dile que ausente de sus ojos bellos
No encuentro cura á mi sangrienta herida,
Que mi remedio está cifrado en ellos,
Pues son árbitros solos de mi vida:
Que me permita venturoso vellos,
Pues gozando su lumbre esclarecida,
Cesará mi dolor, y el brazo mio
Para otra lid recobrará su brio.»

XI.

Iba á marchar el eficaz Vanguarda,
Mas don Suero confuso le detiene,
Que de pronto su pecho se acobarda,
Y por osado este mensage tiene.
Juzga que en él á doña Luz no guarda
El decoro y honor que le conviene,
Teme ofenderla, y mudo y sin aliento
Se agita entre uno y otro pensamiento.

XII.

Piensa acercarse al rayo de la luna
Al pabellon donde su dama vela;
Y el áspero rigor de su fortuna
Cantar al triste son de la vihuela:
Y en amantes endechas, de una en una
Sus penas esplicarle. Mas recela
Enojarla tal vez, y no se atreve;
Y aunque toma el laud el pié no mueve.

XIII.

A escribirla por fin se determina,
Dobla el terso papel, toma la pluma,
Medita un rato, y á formar no atina
De discretas palabras breve suma:
Mil nuevas espresiones imagina,
Y la afanosa pena que le abruma,
Despues que escribe borra, y piensa y vuelve;
A espresar de este modo se resuelve.

XIV.

«Ilustre y hermosísima señora,
Cuyo cautivo soy con gloria mia,
Y á quien mi corazon humilde adora
Rendido á vuestra noble gallardia:
De que os moleste á tan estraña hora
Perdonad os suplico la osadía;
Pues si vuestro consuelo no buscara,
Mi triste vida al punto se acabara:»

XV.

»De vuestro amor está mi pecho herido
Mas que mi brazo del tajante acero:
En vano al dulce sueño auxilio pido,
Que huye de mí su encanto lisonjero.
Y al verme de este modo combatido
Por todos lados del destino fiero;
Quiero buscar en vos, señora bella,
Muerte, ó consuelo de mi infausta estrella.

XVI.

»¡Ay! si gozara el bien de estar postrado
A vuestra hermosa planta, el brazo mio
De su herida fatal fuera curado,
Y recobrara su poder y brio.
Mas ya que tanto bien no me sea dado
Ruégoos (¡tan poco de mi suerte fio!)
Que me mostreis, señora, si os agrada
La justa en vuestro obsequio comenzada.

XVII.

»Que aunque la ciega Diosa en la postrera
Lid á mis armas dió fatal desgracia,
Mi ardiente pecho, alta señora, espera,
Si de vuestros dos soles con la gracia
Me auxiliais grata en la ocasion primera,
Mostrar con nuevo esfuerzo y eficacia
El modo con que debe complaceros,
Quien se atreve á justar por mereceros.»

XVIII.

No escribe mas, firma el papel, lo sella,
Y al escudero se lo dá, y encarga
Lo entregue al punto á su enemiga bella,
Unico alivio de su suerte amarga.
Parte Vanguarda; y su enemiga estrella
Y la carrera de sus males larga
Recuerda el paladin, teme el mensage,
Mas ya no puede detener al page.

XIX.

En medio la floresta sobre un prado
Revestido de flores y verdura
Un régio pabellon hay levantado,
Que á todos aventaja en hermosura.
De rico terciopelo está colgado,
Cubierto de esquisita bordadura,
Y es entre todos el que mas descuella,
Digna mansion de doña Luz la bella.

XX.

Acompañada en él de doña Elvira
Recibe el pliego de su esclavo herido;
Por él pregunta ansiosa, y aun suspira
De rubor el semblante enrojecido.
Mas al notar que su desden espira,
Y que está su rigor casi perdido,
Furiosa y altanera se arrepiente,
Y en contestar á Suero no consiente.

XXI.

¡Oh femenil orgullo, cuánto creces
Si un discreto desden no te combate!
Mientras te halagan mas, mas te enfureces,
Y aun el poder de amor tu fuerza abate:
Escollo altivo de la mar pareces
Firme de aguas y vientos al embate;
Pero no, no hay dureza comparada
Con la que ostenta una muger rogada.

XXII.

Vanguarda fiel en pretender insiste
Llevar contestacion para su dueño;
Doña Luz le desecha y le resiste
Con firmeza indomable y duro ceño.
Ya va á marchar el escudero triste
Sin esperanza de lograr su empeño;
Mas doña Elvira lo detiene y llama,
Y así le dice á la inflexible dama.

XXIII.

«O doña Luz: sin duda fabricado
De mármol insensible fué tu pecho,
O alguna fiera loba te ha criado
En tosca gruta y en sangriento lecho,
Cuando el llanto de un tierno enamorado
Tu severo rigor no ha satisfecho.
¡Ah, señora! modera tu altiveza,
No opongas al amor tanta dureza.

XXIV.

»¿Es posible ¡ay de tí! que un fino amante
Así deseches con crüel desvío?
¿Su constancia y valor no son bastante
Para templar tu desdeñoso brio?
¿No le has visto por tí quedar triunfante
En uno y otro honrado desafío?
¡Ay!... ¿Por tu causa derramar no viste
La ilustre sangre de tu esclavo triste?

XXV.

»Muévate á compasion si no la llama
Que allá en su corazon has encendido,
Las lágrimas al menos que derrama,
Y el verle ahora por tu causa herido.
Lástima ten de quien tan firme ama,
De quien con tanto honor ha combatido,
Curarlo solo tu ternura puede,
Ten piedad de él, respuesta le concede.»

XXVI.

Cesó llenos de lágrimas los ojos,
Y doña Luz tambien las derramaba,
Y sus megillas, cual carmines rojos,
Encendidas de amor manifestaba:
Y deponiendo el ceño y los enojos,
Que ya su hermoso pecho se abrasaba,
Tras un corto silencio, de repente
Lanza un suspiro de su labio ardiente.

XXVII.

Y trémula y turbada se encamina
A un bufete magnífico dorado,
Cuya labor de talla peregrina
Cubre en parte tapete de brocado:
Sobre él, de tersa hermosa venturina
De concha y de oro y nácar enchapado,
Rico escritorio está, que esparce al viento
De ámbar pérsico gris el süave aliento.

XXVIII.

Y allí escribe á la luz de un candelero
Estas discretas sábias espresiones,
Contestando á su amante: «Caballero,
Las hazañas y altísimas acciones
Del que es tan buen galan como guerrero
Placen siempre á los nobles corazones.
Y un revés de fortuna no es bastante
A empañar vuestra gloria relevante.

XXIX.

»Mucho merecen vuestro amor y aliento,
Noble Quiñones, continuad osado
Pues que tanta constancia y ardimiento
Nadie puede mirarlos sin agrado.
Y para que ciñais vuestro sangriento
Brazo, en la última justa desgraciado,
Os mando ese vendage, ilustre Suero,
Vendad la herida que os causó el acero.»

XXX.

Selló el papel, y de su talle hermoso
La banda desprendió que lo ceñia,
Banda de terciopelo primoroso
Recamada de blanca argentería:
Y la dá al escudero, que gozoso
Postrado ante sus piés la recibia,
Y le encarga la dama que en un lazo
De su señor la ciña al fuerte brazo.

XXXI.

Partió veloz el eficaz Vanguarda,
Mientras Quiñones tímido azaroso,
Y despechado su venida aguarda,
Temiendo un desengaño rigoroso.
Impaciente imagina que ya tarda,
Cuando vé al escudero que gozoso
Llega y le anuncia plácidas noticias
Pidiendo alborozado las albricias.

XXXII.

Al mirar el billete idolatrado
Y la banda, en placer Suero se anega,
Rompe el sello, que besa enagenado,
Y á la lectura del papel se entrega.
Dos veces lo leyó, dos, y encantado
Al palpitante corazon le allega;
Torna á leerlo, y á besarlo torna,
Y casi tanta dicha le trastorna.

XXXIII.

Y regala un limpísimo diamante,
Que honrar pudiera la real sortija,
Al escudero; y pídele anhelante
De su mensage relacion prolija.
Y en la banda bordada rutilante
El envidioso pensamiento fija;
Y ufano prenda tal no trocaria,
Del orbe por la inmensa monarquía.

XXXIV.

En tanto ya la luz del rojo oriente
Los celages en púrpura esmaltaba,
Y de Titón la esposa refulgente
El lecho conyugal abandonaba:
Resonó la alborada de repente,
El viento en armonía se bañaba,
Las aves á la aurora saludaron,
Y el sueño de la tierra desterraron.

XXXV.

Al concertado son tembló don Suero
De su herida fatal casi olvidado,
Y de la trompa el resonar guerrero
Se escuchaba por uno y otro lado;
Armóse con presura el caballero
Ver ansiando á su dueño idolatrado,
Y tornar á la lid, y nuevamente
Demostrar su pasion pura y ardiente.

XXXVI.

Los balcones y gradas se llenaron,
Y marchan á la lid los paladines;
Zúñiga fué el primero á quien miraron
Entrar al ronco son de los clarines,
Y sus fieros encuentros retumbaron
De la estendida plaza en los confines.
Y luego á mantener salió animoso
Villacorta, y despues Arias famoso.

XXXVII.

Tambien justaron á la luz siguiente
Gomez, Aller, Bazán y Benavides.
Y los cuatro con ánimo valiente
Aumentaron su fama en estas lides.
Al otro sol siguió la justa ardiente,
Y el bravo Nava, semejante á Alcides,
Rompió tres lanzas, y abolló esforzado
Un arnés refulgente y acerado.

XXXVIII.

Y luego Pero Rios atrevido
Tornó á lidiar, y aunque perdió una greva
Tras un largo combate muy reñido,
El triunfo alcanza y los laureles lleva.
Suero tambien, aun no restablecido,
Vino despues á la esforzada prueba,
Y el yelmo destrozó y arnés y escudo
De Torrens, catalan fiero y forzudo.

XXXIX.

A la siguiente aurora el ronco estruendo
De trompas, añafiles y atambores
Llamó al honroso paso, enardeciendo
Los pechos de los nobles justadores,
Que las lanzas gruesísimas blandiendo,
Y acosando los potros corredores,
Sembraron por la plaza las riquezas
De sus arneses y templadas piezas.

XL.

Siguió á otro sol la justa, y en la tela
Entró Bazán, mas fué tan desgraciado
Que perdió en el encuentro la rodela,
Lidiando con Negrete el afamado.
Y luego Aller, cuyo caballo vuela,
Quedó con todo el muslo desarmado,
Sin poder resistir la gran pujanza
De Alfonso Deza y de su dura lanza.

XLI.

Y así con varios lances y altos hechos
Su noble esfuerzo y su valor mostraron
Los atrevidos castellanos pechos,
Y su nombre y su fama acrecentaron:
De astillas, y de plumas y deshechos
Arneses la ancha plaza allí entapizaron,
Y veintinueve luces se cumplieron,
Y hazañas mil ejecutadas fueron.

XLII.

Llegó el último dia señalado
De la famosa justa y paso honroso,
Y el carro Apolinar de luz cercado
Apareció en oriente esplendoroso;
Inmensísimo pueblo se ha juntado
A ver el fin del hecho glorioso,
Ocupando las gradas, y ya suena
La ronca trompa que la lid ordena.

XLIII.

Entró en la tela el ínclito Quiñones
Caudillo de los nueve caballeros,
Y tablados y gradas y balcones
Le tributan aplausos lisongeros:
Y el del creston moviendo los airones,
Y luciendo la malla y los aceros,
La argolla ostenta al cuello, y en un lazo
La banda de su dama atada al brazo.

XLIV.

De un alazan ligero y poderoso,
Que del Bétis pació la verde grama
Oprime el lomo, y el bridon furioso
El aura pura con su aliento inflama;
Digno solo de dueño tan glorioso,
De tanto esfuerzo y de tan clara fama,
Con chapas adornado y rapacejos
Despide brillantísimos reflejos.

XLV.

Y ufano con el alto personage,
Que lleva, y que templar sabe su brio,
Apenas de oro y sedas el rendage
Sujeta su altivez y poderío:
El costoso riquísimo equipage
Ostenta con pomposo señorío,
Alza menuda braja, y á su empuje
Lanza, escudo y arnés relumbra y cruje.

XLVI.

El sol á la mitad de su carrera
Derramaba su fúlgido torrente
Y aun al honrado paso no viniera
Ningun conquistador. Y ya impaciente
Don Suero en medio de la plaza espera
Y la tardanza del combate siente,
Pues anhela su pecho generoso
Dar á su noble empresa fin glorioso.

XLVII.

Apolo declinaba disgustado
De ver ocioso al ínclito guerrero,
Cuando sonó el clarin, que alborozado
El corazon dejó del caballero:
Y entró en el circo por el diestro lado,
Con doble arnés, y con aspecto fiero,
Un guerreador fornido y corpulento
Mostrando gran valor y osado aliento.

XLVIII.

Esberte Claramonte se llamaba,
Ilustre aragonés, duro y altivo,
Que solo en sangre y muertes se gozaba,
De vista ardiente y pecho vengativo:
Los encantos de amor menospreciaba,
Que jamás de Acidalia el fuego vivo
Sintió en su corazon feroz y osado,
A guerra y á venganza acostumbrado.

XLIX.

No lleva en el broquel mote ni empresa
De amor ó de amistad ó gallardía,
Que su pecho por nadie se interesa,
Y ni amante ni amado ser queria:
Y en el fulgente escudo solo espresa
Por timbre de su noble gerarquía
Campo de gules y una faja sable,
Y un dragon escamoso y formidable.

L.

Este monstruo de horror y atrevimiento
En un caballo altísimo y membrudo
Entróse por la tela á paso lento,
La asta blandiendo en ademan forzudo:
Paró de pronto, y con audaz acento
Vuelto á Quiñones, díjole sañudo
«¿Y qué solo á la lid un caballero
Viene á probar mi fulminante acero?»

LI.

«¿Tú solo ante mi vista aquí te pones,
Femenil guerreador?... que salgan luego
A ayudarte tus bravos campeones,
Y á perecer á impulso de mi fuego.
Salgan si tienen honra y son varones:
Salgan, sus... hasta verlos no sosiego...
A los diez reto... á todos desafio,
Que uno es muy poco para el brazo mio.

LII.

»Pero no, no saldreis, que ya os asusta
Mi voz terrible semejante al trueno,
Y no quereis conmigo entrar en justa,
De espanto y de pavor henchido el seno:
No es lo mismo mirar mi saña adusta
Que hacer alarde del amor sereno,
Y vosotros que en él ardeis menguados,
Quedareis de mi brazo escarmentados.»

LIII.

Dijo y blandió la lanza poderosa,
Y crugió la durísima armadura,
La multitud pasmada y silenciosa
Tiembla de ver tan desigual bravura:
Y doña Luz turbada y congojosa,
Pálida y llena de mortal tristura,
Así propia se culpa, y demudada
Mira á su amante en medio la estacada.

LIV.

Los nueve denodados caballeros,
Que con ultrage tal se ven retados,
Ardiendo en honra aprestan los aceros
En venganza justísima inflamados:
Mas se oponen los jueces, que severos
Les dicen, y los dejan aquietados,
Que al caudillo la lid le toca en suerte,
Quien de este modo respondió al Esberte.

LV.

«A la verdad altivo caballero
No es propio de valientes infanzones
Decir denuestos cuando el noble acero
Puede escusar palabras y razones:
No me pasma tu tono audaz y fiero
Ni asusta á mis ilustres campeones...
Mas vamos á lidiar que muy contento
Quiero probar tu decantado aliento.»

LVI.

Y Claramonte entonces que lo mira
Con menosprecio, dice: «pues el dado
A que llegue tu fin solo conspira,
Prepárate á morir, desventurado, »
Y á tomar campo al punto se retira
Suero tambien le toma al otro lado,
Y mira al rostro de su hermosa dama,
Y amor le anima y el honor le inflama.

LVII.

Atónito el concurso numeroso
De tímido pavor cubre el semblante,
Esperando ya el éxito dudoso
Del fiero choque horrendo y resonante.
Suena el ronco clarin estrepitoso,
Y al escuchar la seña en el instante
Uno y otro guerrero aguija y vuela,
Alto el escudo, en ristre la arandela.

LVIII.

No dos contrarios silbadores vientos
Se encuentran en Océano estendido
Alzando sus hondísimos cimientos,
Con ronco hervor y horrísono zumbido;
Como los dos con ánimos violentos,
Obedeciendo al bélico sonido
Chocaron, levantando densa nube
De ardiente polvo, que hasta el cielo sube.

LIX.

Esberte con tal ímpetu á Quiñones
Tocó en el pecho con la dura lanza,
Que casi le sacó de los arzones,
Tal era de su fuerza la pujanza:
Le abolló los esmaltes y florones
Del ancho peto, que de lleno alcanza,
Y resbalando luego al guarda brazo,
Le destrozó la banda y rompió el lazo.

LX.

Dió el pálido concurso un alarido
Creyendo que Quiñones muerto fuera,
Y doña Luz con el color perdido
En lágrimas amargas prorrumpiera.
Suero que ve su lazo desprendido,
El bello lazo que su amor le diera,
Y en el suelo su aljófar derramado,
Jura venganza en ira trasportado.

LXI.

Queda orgulloso Claramonte y fiero,
Y su victoria como cierta mira:
Arde en venganza el ínclito don Suero,
Mira á su dama y ánimo le inspira:
Y animado y valiente va ligero,
Lleno el pecho de noble y justa ira,
Á travar nuevamente la contienda
Con Esberte, que viene á toda rienda.

LXII.

Don Suero en los estribos se levanta
Y por inútil la targeta arroja,
Y ansioso de batalla se adelanta
La lanza en ristre, y con la rienda floja:
Y al de Aragon hirió con furia tanta,
Que la acerada punta en sangre roja
Pasó de parte á parte el pecho fiero
Del jactancioso bárbaro guerrero.

LXIII.

Del modo que alto roble en la montaña,
Despues de resistir del raudo viento
La silbadora resonante saña,
Intentando escalar el firmamento;
Con estruendo y pavor de la campaña
De ardiente rayo herido en un momento
Cae destrozado, de la misma suerte
Cayó ante Suero el furíbundo Esberte.

XLIV.

Resonaron mil vivas y canciones
Con regocijo de uno y otro lado,
Elogiando al bravísimo Quiñones,
Que al orgulloso deja castigado.
Desocupa el caudillo los arzones
Viendo que pues el sol ya se ha se ha ocultado
Ha dado cima á su esforzado intento
Y así á los jueces dice en alto acento:

LXV.

«Ya, oh jueces, mi rescate veis cumplido,
Quitarme puedo el hierro que me enlaza
Pues que mi libertad he conseguido
Lidiando á vuestra vista en esta plaza»
Dijo: y con brazo fuerte del erguido
Cuello la argolla rompe y desenlaza,
Y levantada en alto la demuestra
Al concurso que ciñe la palestra.

LXVI.

Y con los nueve ilustres justadores,
Llamados desde entonces de la fama,
Cercado de padrinos y señores
Sube al balcon de quien su pecho inflama:
Y al sonar de añafiles y atambores
Sin argolla se rinde ante su dama,
Quien le dice con rostro ruboroso,
«Alzad, noble Quiñones, sois mi esposo.»

Cádiz, 1812.

Á LA VICTORIA DE ARAPILES.

Levanta, oh Tórmes, la divina frente,
Coronada de juncias y verbenas,
Y convoca tus ninfas y pastores
U de tu orilla la dichosa gente,
Que rotas son tus hórridas cadenas.
Y entonando dulcísimos loores
Canta á los vencedores,
Que en tu auxilio volaron
Con tal denuedo y ardoroso brio,
Que al verlos se turbaron
Las numerosas huestes del impío,
Y desaparecieron asustadas
Como nubes del cierzo arrebatadas.

Mira, oh Tórmes, triunfante en tu ribera
Al hijo de Belona, al anglo fiero,
Libertador glorioso de Castilla,
Al que Bengala victorioso viera,
A quien el Ganges la cerviz humilla,
Al que es pavor de Gália en Tajo y Duero.
Mírale precedido
De la victoria por doquier. Su lanza
Hoy sirve de instrumento á la venganza
Del cielo tronador, y protegido
Del furibundo Marte
Libertará la España,
Llevará su estandarte
A la vana Lutecia,
Y del francés humillará la saña,
Ofuscando las glorias de la Grecia.

El soberbio tirano de la tierra
Vé que el Breton restaura los castillos
presas de su furor; intenta osado
Al mismo firmamento mover guerra;
Junta sus haces,
Habla á sus caudillos,
Y en sus huestes sin número fiado;
« Corred, volad, les dice encarnizado,
Oprimid nuevamente
El Agueda y el Duero, y Guadiana.
Mi fuerza omnipotente
Vuelva á triunfar, y la nacion hispana
Tiemble de mi rencor; los insulares
De estas tierras lanzad, surquen los mares
En sus naves huyendo
Mi fiero enojo y mi poder tremendo. »

Dijo; y cual suele á la ardorosa lumbre
Del flamígero carro luminoso
Deshacerse la nieve amontonada
Del gran Moncayo en la elevada cumbre;
Que con sonido raudo, en espumoso
Y rugidor torrente desatada
Corre precipitada,
Arrebatando los peñascos rudos
Y los troncos membrudos,
Y cubre con presura
El valle, el monte, el soto y la llanura;
De este modo las haces orgullosas
Heridas de su acento se agitaron,
Corrieron presurosas,
Y á obedecer á su señor volaron.

Ya inundan las Castillas,
O Tórmes, y en tus márgenes amenas
Estampando las huellas sanguinosas,
Y esgrimiendo las bárbaras cuchillas,
Asolar amenazan las almenas
De la española Aténas,
Y al verlas dice ufano

El feroz adalid : « Por mas que intente
De mí furor insano
Minerva defender esa muralla,
Su esfuerzo es impotente
Contra mi poderío,
Contra este acero y contra el brazo mio. »

Mas ¡ay, que su soberbia el cielo airado
Deshizo, como suele ardiente fuego
Deshacer seca arista! Y el valiente
Breton de enojo armado
Salió á su encuentro luego;
Y el brazo del Señor omnípotente,
Que no tolera al vano y orgulloso,
De palma y de laurel ciñó la frente
A VVellington glorioso.
Cayó el galo á su vista, de la suerte
Que al rudo empuje del sañudo viento
Altivo cedro, cuya escelsa cima
Tocaba en el sublime firmamento.
Y se vé en un momento
Roto, sin hojas, mústio, destruido,
Y su orgullo deshecho y abatido.

El poder de la Gália destrozado,
Rotas sus huestes, rota su esperanza,
Y en roja sangre su adalid bañado,
Huye desalentado,
Huye de la venganza
Del ánglo vencedor. La lanza fiera
Arroja el polonés, y huye anhelante,
El soberbio bridon aguija en vano,
En vano tiende el brazo y la cuchilla;
Que al vencedor se humilla,
Y ante el inglés triunfante
En la sangrienta arena,
O le alcanza la muerte ó la cadena.

Los bravos adalides,
Que en tantas fieras lides,

Y en Jena y Austerliz triunfantes fueron,
Con mudo espanto y con asombro huyeron.
A VVellington miraron,
Y su denuedo y brazo no vencido;
Y mudas se turbaron,
Y su antiguo valor quedó en olvido.
Mil falanges gimieron prisioneras,
Rompiéronse del fuerte las banderas,
Y el ferviente cañon mudo y cautivo
Al vencedor altivo
Sigue, y rechina sobre el eje ardiente,
Con tardo paso, entre vencida gente.

1812.

ROMANCE CORTO.

Dulces ilusiones
De amor y consuelo
Que hicistes las dichas
De mi incauto pecho:
¿Dónde habeis huido
Con curso ligero,
Como niebla leve
Que arrebata el cierzo?
¿Por qué bienes tantos,
Que juzgaba eternos,
Fueron mas fugaces
Que engañoso sueño?
Mal haya quien cifra
Su dicha y su anhelo
En falsas promesas
De volubles pechos:
En blandas caricias,
Que aleves mintiendo,
Traidoras ocultan
Horrible veneno.

¿Dónde están, ingrata,
Dónde tus extremos?
¿Dónde tus ofertas?
¿Dó tus juramentos?
¡Ay de mí infelice,
Que en amor ardiendo,
Bebí de tus labios
Engaños sin cuento!
¡Ay, tú me robaste,
Mi bien, mi sosiego,
El alma y la vida,
Con halago tierno:
Tú me los robastes
Y ufana riendo,
Te gozas ahora
Con mi llanto acerbo.
Oh, muger terrible,
Mas que el tigre fiero,
¿Por qué me inspiraste
Tan horrible incendio,
Si era nieve helada
Tu alevoso seno?
¿Por qué me ofrecías
Aquel mar inmenso
De dichas sin tasa,
De amores eternos?...
¡Cruel!... ¿Te complaces,
Tu gozo está puesto
En hacer dichosos
Tan solo un momento,
Porque sean mayores
Sus desdichas luego?...
Juegas con las almas,
Desgarras los pechos,
Ofreces delicias,
Das solo tormentos;
Inspiras amores,
Estás libre de ellos,
Y haces infelices....
¡Bárbaro recreo!

Sigue, ingrata y dura,
Tanto mal haciendo,
Mientras yo mezquino,
Y abrasado y ciego,
Perdido te adoro,
Y en llanto deshecho,
Muriendo á tus plantas
Tus triunfos completo.

1814.

NAPOLEON DESTRONADO.

¿En dónde, en dónde, oh Sena esclarecido
El que de duelo y orfandad cubria
Tus márgenes está? ¿Do está el aleve,
Que hizo tu escelso nombre aborrecido
En cuanto alumbra el sol, y el mar enfria?
¿El que con planta impura
El dosel profanó de Clodovéo,
Y ardiendo en el deseo
De ver gemir ante sus piés la tierra,
El orbe conmovió con cruda guerra,
Dejó desiertos tus mezquinos lares,
Y de sangre inundó regocijado
El ancho mundo, y los profundos mares?

Alzó la frente bárbara el impío,
Y de la antigua Gália en los escombros
Aseguró los piés, la torba vista
En derredor tendió; y «¿al brazo mio
Quién habrá tan osado que resista?
Ni aun el rayo de Dios me causa asombro,»
Dijo Napoleon. Al carro horrendo
De Mavorte feroz subió arrogante,
Agitó la cuadriga resonante,
Y á su terrible estruendo
Los robustos temblaron,

Los altos y los fuertes se humillaron,
Que de terror y asombro el orbe llena,
Como raudo torrente
Que rompe hinchado el cáuce que lo enfrena.

El Nilo vió su encono fulminoso,
Y de cálida sangre enrojecida
La frígida corriente,
Arrastró al mar undoso
Rompidos carros, miembros palpitantes,
Cascos hendidos, bárbaros turbantes.
Los Alpes vieron su enriscada frente
Vilmente hollada, y su poder deshecho;
Y las fértiles cumbres de Apenino
Se humillaron tambien, y con despecho
Vieron la muerte del poder latino.
El Danubio despues las turbas ondas
Volvió medroso á su primera fuente;
Que al mónstruo vió talar ambas riberas.
Y el Vístula pasmado,
Su curso entre carámbanos cubria,
Del belísono estrépito asustado.

¡Ay, que el genio del mal al Mediodia
Revuelve su furor!... Ya sus banderas
Las cumbres del adusto Pirineo
Profanaron tambien, y el nuevo Atila
Pisa de Iberia la mansion tranquila.
¿Y qué, gran Dios, no miras al impío?
¿No escuchas al blasfemo
Decir: «Ni al rayo temo,
Quién podrá resistir al brazo mio,
Quién contra mí levantará la frente,
Si yo soy el Señor omnipotente?»

Mas ¡ah! que ya su iniquidad, el colmo
Llenó de tu bondad, y ya tu ira
Prepara la venganza y el castigo.
Alzad á Dios las manos, ¡oh naciones!
A quien de sangre y de dolor y espanto

Cubrió el bárbaro atroz. Vuestro enemigo
Tambien lo es de su nombre sacrosanto.
Y con fragor tremendo
Del huracan sobre las negras alas
El carro del Señor viene corriendo,
Y rásganse las nubes, y agitando
El mar hinchado sus bramantes ondas,
El enojo de Dios está anunciando.
Pálido el sol suspende el movimiento,
Y se estremece el alto firmamento,
Que Jehova empuña la trisulca llama,
Y por los rudos vientos se derrama
Su acento, semejante
Al trueno retumbante
Abortador de rayos,
Y al estruendo de carros y caballos,
Que corren á la lid, y dice: « Sea
Castigado el soberbio,
Y confundida su impiedad se vea. »

El mandato de Dios obedeciendo,
España apresta sus valientes haces
Contra la iniquidad. Y los britanos
Las regiones del mar luego cubriendo
Con el número inmenso de sus naves,
Y oprimiendo las crespas y altas olas,
Se unieron á las huestes españolas,
Que gallardas volaron al combate:
Y su denuedo abate
El gran poder del bárbaro, y huyeron,
Y con pavor cayeron,
Como á los piés del segador las mieses
En los tostados campos de Castilla,
Los que triunfos le dieron tantas veces,
Los satélites fieros que acaudilla.

Tambien el lusitano airado y fiero
Los combatió y triunfó. Luego ligero
Corre á la lid el guerreador, que habita
En la Zembla polar al sol vedada,

Corre al combate el indomable Escita,
Que en el Rífeo monte,
Señor eterno de herizada nieve,
La amarga sangre de las fieras bebe,
Y vuelan á la lid los que vencieron
En Praga y en Rosbac: que la venganza
Del Dios de Abraham los llama á la pelea,
Y arma sus diestras de invencible lanza.

Oye el tirano el gran rumor, y vuelve,
Y el rayo vengador siente en su seno
De mudo espanto lleno:
Y teme, y tiembla, y calla, y palidece,
Se hiela, y se estremece,
Y mira por doquier á sus guerreros
Huir desalentados
Arrojando la malla y los aceros.
Y al ver hollada la corriente fria
Del espumoso Rheno, y á tí, oh Sena,
Libre de la cadena,
Que con tus propios hijos te imponia;
Cayó precipitado
Del trono con horrores sustentado.

Canta conmigo, oh Galia venturosa,
Dulcísimas canciones,
Himnos de gratitud al Ser eterno,
Que al yugo te arrancó. Cantad, naciones,
La gloria del Señor. Su fuerte diestra,
Que de Senacherib hundió la frente,
Y que en la mar rugiente
Sepultó á Faraon con mudo espanto,
Ha confundido al bárbaro orgulloso,
Que os llenó de dolor, de sangre y llanto,
De luto y de viudez..... ¡Ah, que no fuera
Capaz mi rudo acento
De ensordecer el animoso viento,
Y el ronco hervor del piélago espantoso!
Al atrevido azor alas pidiera,
Y con ellas volara presuroso,

Sin temer de Titan la viva lumbre,
De Pirinéo á la elevada cumbre,
Y allí al son de la cítara de Apolo
Entonára canciones de alegría,
Que sonáran en uno y otro polo,
Y donde nace, y donde muere el dia.

1812.

ROMANCE.

A esconder su lumbre pura
En ocaso caminaba
Febo hermoso, entre celages
Matizados de oro y grana;

Cuando orillas de la mar,
Ni quieta, ni alborotada,
Aunque sus blancas espumas
A las peñas azotaban;

A un tronco, que en la ribera
Una borrasca lanzara,
Tirsi, ausente y afligido,
Amarró su pobre barca.

Y en tanto que con los remos
Juegan las olas amargas,
Salpicando placenteras
Del corvo lado las tablas;

De este modo, al manso viento,
Que en las rocas y en las aguas
Retozaba bullicioso,
Refrescando aquellas playas,

Cantó el triste pescador,
Sin que nadie le escuchara,
Lanzando un tierno suspiro
De lo profundo del alma.

¡Ay de mí! que vivo ausente,
En esta costa lejana,
De aquellos divinos ojos,
Por quien mi pecho se abrasa.

Y que tal vez cuando vuelva,
Despues de ausencia tan larga,
Encontraré desengaños
Si el corazon no me engaña:

Pues aunque mi amado dueño
Me juró eterna constancia,
Cuando de sus dulces brazos
Me separó la desgracia;

Y aunque escuché sus gemidos
Y vi sus amantes ansias,
Cuando el cierzo mi barquilla
De su vista arrebataba;

Es mujer, estoy yo lejos,
Amadores no le faltan,
Y cuando no ven los ojos,
Se hiela el pecho, y el amor se cansa.

Lleva mis lamentos tristes,
Y estas dudas que me asaltan,
Céfiro blando, á aquel suelo
Donde está su hermosa causa.

Y si orillas de los mares
Ves la que me abrasa el alma,
Aun puesto en mí el pensamiento,
De mi amor aun no olvidada;

Dile que mire á las rocas,
En quienes no hacen mudanza
Ni de la mar los embates,
Ni de los vientos la saña.

Que á ser firme aprenda de ellas,
Y que aprecio jamás haga
De las ondas variables,
Ejemplo de la inconstancia:

Pues ora risueñas juegan,
Y las arenas esmaltan
Con caracoles y conchas,
Y con espumas de plata;

Y ora con estruendo horrible,
Ennegrecidas, hinchadas,
Castigan la misma arena,
Que antes humildes besaban.

Díselo así, manso viento,
Díselo, si es que te encargas
De tristezas de un ausente...
Mas ¡ay! no le digas nada,

Que es mujer, estoy yo lejos,
Amadores no le faltan,
Y cuando no ven los ojos,
Se hiela el pecho, y el amor se cansa.

1814.

ESPAÑA TRIUNFANTE.

COMPOSICION PREMIADA POR LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE SEVILLA.

Goza feliz, esclarecida España,
En dulce paz los ínclitos laureles
Á tu constancia y tu valor debidos:
Del bélico furor la horrenda saña
Supieron derrocar tus hijos fieles,
Que de valor y de lealtad vestidos,
Volaron atrevidos
Á defender tu libertad augusta,
Y á tus plantas rindieron
Á los audaces, que agresion injusta
Á tu excelsa grandeza hacer quisieron.

¡Ay, cuán en vano el opresor del mundo,
Desde la enhiesta y enriscada cumbre
De Pirene, sus ojos espantosos
Tendió á tu fértil suelo! Furibundo
De sus haces juntó la muchedumbre,
Y á sus caudillos fieros y ambiciosos,
En tu daño animosos,
Les dijo: «En sangre inúndense estos llanos:
Señor de España sèa:
Y atada, y con cadenas á las manos
Su gloria al carro de mi triunfo vea.»

Tronó la áspera cima, y retumbaron
Las cóncavas cavernas á su acento,
Cual suena el ronco mar. Las foragidas
Huestes al campo ibero se arrojaron,
Del modo con que suele el raudo viento
Arrojarse á las selvas extendidas,
Y á las mieses crecidas:
Mas de pronto su saña contuvieron,
Y «sinceros amigos nos finjamos,
Y es mas seguro el triunfo,» se dijeron,
«El puñal entre olivas escondamos.»

¡Heróicos Carpetanos! ¡Gloria eterna
A vuestro egregio y esplendente brio!
Vuestro nombre al través de las edades,
Con luz inextinguible y sempiterna
Brillará, cual la estrella del estío
En medio de la niebla. Las maldades,
Las negras falsedades
De los pérfidos galos conociendo,
Libertad y venganza
Gritásteis denodados, y el horrendo
Mónstruo tembló vuestra inmortal pujanza:

Inermes, y sin trompa ni estandarte,
Sin doble cota, ni bruñido acero
Dísteis el pecho á la tremenda muerte.
Pasmó vuestro denuedo al fiero Marte;
El valiente gimió, rindióse el fuerte,
Y huyó cobarde el bárbaro guerrero,

Y el caballo ligero
Con las espuelas tímido afligia.
Ni edad, ni sexo ¡ oh gloria!
Ocioso estuvo en tan infausto dia:
¡ Dia de horror y de eternal memoria!

Vuestro valor, vuestro heroismo empero
Cedió á la muchedumbre, que orgullosa,
La máscara del todo derribando,
Vengó su afrenta con estrago fiero.
Desarmada la diestra poderosa,
Que armada huyeran de pavor temblando,
Entre el pérfido bando
Os llevaron... ¡ Ay Dios!... En sangre triste
Feroces se bañaron...
¡ Oh blanca luna, con horror lo viste!
¡ Oh mayo, tus vergeles lo lloraron!

Salve, mártires santos, inmolados
Por la quietud del mundo... ¡ Oh tú, Velarde!
¡ Oh Daoiz!... ¿ Qué pecho virtuoso
Al prorumpir en nombres tan sagrados,
En patriotismo y gratitud no arde?
Cual de leve centella presuroso
El fuego desastroso,
Agitado del ábrego sonante,
Con destructora llama
Y estallidos y horror, en corto instante
Por la tostada Céres se derrama.

Del mismo modo vuestra sangre ardiente
Se extendió por los términos de Hesperia,
Germinando heroismo y osadía.
Gritó venganza la asturiana gente,
Y resonó venganza Celtiberia:
Guerra y venganza el Turia repetia,
Y venganza decia
El viento ronco en la imperial Toledo;
Y guerra el padre Bétis
Dende Segura con marcial denuedo,
Hasta llegar al término de Tétis.

¡Bailén!... ¡Bailén! Tus selvas aun blanquean
Con los despojos de la excelsa gloria,
Que Bética ganó con alto nombre.
En los siglos futuros, cuando sean
Otras generaciones, tu memoria
Será padron que al crudo tiempo asombre:
Cuando tu suelo escombre
Con dura reja el labrador cansado,
Huesos enmohecidos
Y rotas armas volcará el arado,
Estallando con lúgubres sonidos.

Al punto el paso de los bueyes lentos
Detendrá el labrador, y allí juntando
Sus hijos, les dirá· «Ved, hijos mios,
Aquí tenis patentes los cimientos
De nuestra independencia.» Y recordando
Tanta hazaña sin par, tan altos brios,
Y los copiosos rios
De sangre allí vertida, ilustres hechos
Contará de los béticos varones;
Y de los jovencillos en los pechos
Palpitarán los tiernos corazones.

¡Venerables escombros y ruinas
De eterna gloria! ¡Sin igual ejemplo
De heroismo y constancia! ¡Oh tú, Gerona!
¡Oh Sansueña!... Cantad, musas divinas,
Cantad del Pindo en el sagrado templo
Estos nombres de honor... Allí Belona
Sus huestes amontona
En vano; que su furia se quebranta
Cual onda hinchada contra altiva peña.
O fama, ó enmudece, ó solo canta
Los nombres de Gerona y de Sansueña.

Tamames, y Abisval, y Talavera,
Y Chiclana, y Valencia, y Arapiles,
Y donde fué Manresa desgraciada,
Y Lerin: y Sampayo, y Albuhera,
Campos de horror á los traidores viles,

Que osaron profanar la patria amada:
Correrá apresurada
La serie de los siglos; tronos, reyes,
Mares, planetas, se verán mudados,
Cambiando el orbe sus eternas leyes,
Mas nunca tales nombres olvidados.

Glorioso Herrasti, heróico La-Carrera,
Alvarez inmortal... ¡Ah! Desde el cielo
Do á par de los Pelayos y Guzmanes,
Coronados de palma duradera,
Gozais ya libres del humano velo
El galardon debido á los afanes
Con que los capitanes
Suben de gloria á la sublime cumbre:
Permitid que mi labio humilde os nombre,
Aunque el brillar de vuestra viva lumbre
Pasme mis ojos, y mi pecho asombre.

Inclita patria, España generosa:
Así tus hijos el robusto pecho
Al hierro agudo por librarte dieron.
Estos el gran poder de la orgullosa
Galia dejaron á tus piés deshecho,
Y su furor y su altivez rompieron,
Y fuertes la rindieron,
Como en el alto Líbano acerada
Segur rinde del cedro la alta cima,
Que de pomposos ramos adornada
A las tronantes nubes se sublima.

Ellos, ellos, oh patria, derrocaron
Al opresor de la anchurosa tierra,
Su soberbia cual humo disipando.
Y del fiero invasor la furia hollaron
Con sangre y hierro y con constante guerra;
Y hazaña con hazaña entrelazando,
Al augusto Fernando
Volvieron denodados á tu suelo;
Y con él juntamente en dulce dia
Tu grato afan, tu plácido consuelo,
Y la paz, y el descanso, y la alegría.

Alcese en la elevada y ágria frente
Del nimboso Pirene un monumento,
Que domine el Tirreno, y mar de Atlante,
Aun mas que los egipcios eminente,
Y el bélico furor allí sangriento
Con cadenas de bronce resonante
Atado, el rechinante
Diente ejercite en férreos eslabones;
Y *á tí, España, la paz, á tí debemos*,
Allí escriban del mundo las naciones
La dulce libertad en que nos vemos.

1814.

AL MISMO ASUNTO.

¿Quién podrá dignamente
Cantar tu heróico nombre, ¡oh patria mia!
Y tu gloria esplendente,
Aun mas que el claro dia,
En cuanto alumbra el sol, y el mar enfria?

Tú sola, egregia España,
Al opresor del mundo te opusiste,
Despreciando su saña:
Y sus láuros volviste
En vil oprobio, y su furor rompiste;

Como el áspera roca
Rompe del ronco mar onda rugiente,
Que con audacia loca,
Y rápida corriente
La embiste, y su furor es impotente,

Tembló la enhiesta cumbre
De Pirene, los valles retumbando
A la gran muchedumbre,
Que en tu daño volando
Fué tus tranquilos campos inundando.

Mas ¡ay! la Galia fiera
De tu valor y esfuerzo temorosa,
Cubrió la faz guerrera
Con máscara engañosa,
Brindándote amistad y paz dolosa.

Y luego alevemente
Cuando te vió adormida en sus halagos,
De tu sangre inocente
Con bárbaros estragos,
Hizo en tu triste suelo horrendos lagos.

El tardo Manzanares
Fué el primero que vió tu alevosía;
Despues que entre sus lares
Te acogió, Galia impía,
Y aun los brazos amigos te extendia.

Mas ¡oh furor! entonce
Víctimas mil cayendo á tu cuchilla,
Viste pechos de bronce
Do no cupo mancilla;
Si gloria eterna que por siempre brilla.

Y de aquellos torrentes
De sangre heróica que cruel vertiste,
Millones de valientes
Nacer contra tí viste,
Y el justo pago á tu traicion cogiste.

El sacrosanto fuego
Del ódio y la justísima venganza
Voraz contra tí luego
Cundió, sin mas tardanza
Que llama, que á la seca mies se avanza.

Y animosos volaron
Los hijos de la hispana monarquía,
Y ansiosos se saciaron
De sangre tuya impía,
Abatiendo tu orgullo y ufanía;

Como suele violento
En el alto Moncayo peñascoso,
El resonante viento
Abatir el añoso
Pino, que al cielo alzábase orgulloso.

Y seis veces cumpliendo
Su curso la cuadriga refulgente,
Estuvo siempre viendo
En tu daño inclemente
Gozarse leda la española gente.

Bailén, y Talavera,
Tamames, Abisval, Heras, Chiclana,
Sampayo y Albuhera:
¡Ay, que la voz humana,
Que intenta pronunciaros os profana!

¡Oh campos de victoria,
Do los hesperios ínclitos pendones,
Lograron alta gloria!
Eternas bendiciones
Os darán mil y mil generaciones.

Y «Aquí fué la venganza,
Al miraros dirán, aquí rindieron
Su bárbara pujanza
Los que aleves quisieron
La patria encadenar, aquí cayeron.»

¡Oh Sansueña! oh Gerona,
De la española independencia escudo!
Vuestro valor pregona,
Hollando al tiempo crudo,
Tanta ruina con silencio mudo.

Vuestra gloria esplendente
Venciendo de los siglos la espesura,
Brillará eternamente,
Cual brilla en noche oscura
Del sangriento Orion la lumbre pura.

Inmortales varones,
Que de constancia y de heroismo armados
Siguiendo los pendones
De la patria, inmolados
Fuisteis en sus altares adorados:

Salve y quietud, ¡oh manes!
De vuestra ilustre sangre el fiel tributo,
Vuestro valor y afanes
Dieron ópimo fruto:
Dígalo el Sena, y su amargura y luto.

Su poder indomable
Hundióse á vuestro esfuerzo sin segundo
Cual peña inmensurable
Húndese al mar profundo,
Herida por el rayo furibundo.

¡Oh patria! excelsa España,
Goza, goza feliz tantos laureles,
Que á pesar de la saña
De los hados crueles,
Ganaron para tí tus hijos fieles.

Sí; ya tu régia planta
Sobre rompidas armas estrivando,
Y la inicua garganta
De tu opresor hollando,
La admiracion del mundo estás gozando.

1814.

SONETO.

Líbrase al soplo del airado viento,
Con vuelo raudo, con mortal latido,
Huyendo arrebatada hácia su nido
La tímida paloma sin aliento.

Huye porque del alto firmamento
De entre cárdenas nubes desprendido,
Sobre las pardas alas sostenido
Baja en su busca el alcotan sangriento.

Pero cuando la sigue cariñoso
Tierno palomo con arrullo blando,
Amorosa le aguarda y palpitante.

Toma de ella leccion, ¡oh dueño hermoso!
Del que fuere enemigo huye volando;
Mas no de mí, que soy tu fino amante.

1814.

ROMANCE.

Por en medio de una vega,
Que dos risueños collados
Defienden del ronco impulso
De los cierzos y los austros,

Corre entre juncias y helechos
El Genil gracioso y manso;
Para dar al padre Bétis,
No tributo, sino abrazos.

En su márgen venturosa,
Do solo el céfiro blando,
O descansa entre las flores,
O mece sauces y láuros,

Tiene el mayoral Antimio
Su choza, aprisco y rebaño,
Con pastores que aventajan
A los que á Arcadia habitaron.

Hay tambien pastoras lindas,
Y zagalas de tal garbo,
Que el sol absorto en sus gracias
Suspende al verlas el paso.

Y cuando gallardas triscan
Por las selvas y los prados,
Ora en pos de los corderos,
Ora ligeras danzando;

A sus plantas brota el suelo
Alelíes y amarantos,
Carmines, gualdas, jacintos,
Lirios, violetas y nardos.

Con ellas vive Dorila,
Mucha gracia y pocos años,
Tormento de corazones,
Y de las almas encanto.

Pues desde que allá en un bosque,
O de Amatunte ó de Pafos,
El hijo de la alma Venus,
Con otros niños jugando,

Perdió por pueril descuido
Sus flechas, aljaba y arco;
Encontrándose sin armas,
Corrido y avergonzado,

Vino á Genil, y en los ojos
De Dorila el Dios tirano
Ocultóse, y ellos solos
Le sirven de fuego y dardos.

Yo los contemplé ignorante,
Fijéme en ellos incauto,
Y soy su víctima triste...
Pastores, tened cuidado.

1815.

A DON JOSE DE VARGAS Y PONCE (1).

EPÍSTOLA.

He recibido tu donosa carta,
Que es de elogios tal vez y vituperios,
Y en un todo extremosa y luenga sarta.

Pues ni soy acreedor á los dicterios
Tan acres, que me escribes, dulce amigo,
Ni á encomios tan gigantes y tan sérios.

Mas la amistad que te cnlazó conmigo
A tus ojos agranda mis acciones,
Aun las que juzgas dignas de castigo.

Oye siquiera cuatro reflexiones,
Con que espero sin duda contentarte;
Pues jamás te negaste á las razones.

Muéstrasme que ha podido incomodarte,
Aunque sin causa, amigo, suficiente,
(Como no he de tardar en demostrarte.)

(1) Es contestacion á un bello romance que escribió este literato al autor, criticándole su aficion á torear en el campo y á derribar vacas á caballo con la garrocha, diversion muy grata á los jóvenes andaluces de aquel tiempo. El romance empezaba así:

Bárbaro que así deslúces
Los presentes de natura,
Y en demonio, siendo ángel,
Tu torpe sandez te muda:
Antes que tus nobles prendas
Empañe tanta locura;
La plebeya y vil garrocha
Niega á tus manos, y escucha: etc.

El saber que me he puesto ante la frente
Del útil toro con caballo y pica,
Hiriéndole con ánimo valiente.

Mas esto, aunque desbarro fuera, ¿implica
Con el seguir las huellas de Lucano,
O que abandono el Pindo testifica?

El adherirme á un uso, sea villano,
Que reina en este suelo, ¿has entendido
Que marchite, cual suele en el verano

El fuego de Titan enardecido
Las yerbas y las flores, mis virtudes,
Si es que algunas al cielo le he debido?

Razon será que al punto, ¡oh Vargas! mudes
De dictámen, si es tal el que has formado,
Pues se pasa de injusto, no lo dudes.

Recuerda el griego ilustre y celebrado,
Amor de las helénicas beldades,
Que fué gloria de un siglo aventajado.

Hablo del famosísimo Alcibiades,
Discípulo de Sócrates divino
Y varon cual no han visto las edades;

A quien, si damos crédito al latino
Cornelio, y á Plutarco el candoroso,
Mil vicios y virtudes dió el destino.

Y todo en grado heróico. Valeroso
Defensor de su patria, noble escudo
De libertad, pulido, generoso,

Dado á las artes, elocuente, agudo,
Le vió con pasmo la ilustrada Atenas.
Sóbrio, feroz, y luchador membrudo,

Sufridor de trabajos y de penas
Le admiró Esparta. Ahogado en los placeres,
De galas y perfumes, que aun apenas

Pudieran tolerarse en las mujeres,
Cubierto, y muelle y sin rubor yaciendo,
Vil juguete de Baco y de Citeres,

A los mismos persianos excediendo,
En Persia se mostró: Porque sabia,
Segun iba los pueblos recorriendo,

Acomodarse á aquello que veia.
Culto ateniense fué; duro espartano;
Vicioso persa: todo lo reunia.

No por lo dicho juzgues que tan vano
Soy, que al hijo de Clynias me compare,
Que estar yo loco entonces fuera llano.

Ni presumas, amigo, que yo ampare
Con tal ejemplo vicios perniciosos:
Lo malo es malo donde quier se hallare.

Pero á veces rostros muy hermosos
Un pequeño lunar no les afea;
Por la inversa, los hace mas graciosos.

Y cuando nuestra vista se recrea
Por un jardin florido, que lozana
Flora con sus matices hermosea,

Entre la rosa de color de grana,
Y los claveles, murtas y azucenas,
nos gusta la amapola aunque villana.

Y tal vez en las selvas mas amenas
Grosera y ruda zarza hace contraste
Grato, con lauros, chopos y verbenas.

Pero en verdad, amigo, no acertaste
En juzgar delinquí; no he delinquido:
Sin duda de mi accion no te enteraste.

Si hubieras, Vargas, por mi mal sabido
Que en ancho circo destrocé inclemente
lozano toro á la labor nacido;

Si hubiera yo, siguiendo la corriente
De una costumbre bárbara que aun dura
Y que introdujo la africana gente,

Gozádome, enemigo de natura,
En verter sangre y en ageno daño,
Con llanto de la triste agricultura,

Tu enojo y tu rigor no fuera extraño,
Y el Orbe entero abominar debiera
Tan gran barbaridad, crímen tamaño.

Si á tu noticia por ventura hubiera
Llegado que yo estaba confundido
Entre la turba vil, baja y torera,

Cual suele tanto noble envilecido,
Que perdiendo el respeto á sus mayores
Desmiente su linaje esclarecido;

Si yo, que al son de trompas y atambores,
Cabé el Tajo mi patria defendiendo,
Desprecié de Belona los horrores,

Y el fulminante brazo sacudiendo,
Por lo menos mostré no ser cobarde,
Agena y propia sangre allí vertiendo,

Ahora degradado hiciera alarde
De empuñar vil estoque contra un toro,
Fuera justo el enojo que en tí arde.

Sin duda entonces el virgíneo coro
Que habita el alta cumbre de Helicona
Me negara indignado su tesoro.

Mas nada de esto ejecuté; perdona:
Escucha y notarás, amigo amado,
Que mi delito la razon lo abona.

El Bétis cristalino y sosegado
Con su corriente plácida y serena
Riega el suelo andaluz afortunado.

En él derrama grato á mano llena
El cielo bienhechor sus ricos dones
Y reina siempre primavera amena.

Selvas de rosas, bosques de limones,
Se encuentran por doquier, grama y verdura,
Con mil maravillosas producciones.

Parece que concede la natura
Mas virtud á esta tierra venturosa,
Que á cuantas ven del sol la lumbre pura.

La fuerza de estas aguas poderosa,
La que encierran llanuras y collados,
Y una especie de magia prodigiosa,

Comunican tal fuego á los ganados,
Que en ellas nacen y que en ellos crecen,
Que apenas pueden ser nunca domados.

Los tiernos novillejos ya parecen
Toros cuyo furor el bosque aterra,
Y de fieras el torvo aspecto ofrecen.

En tal estado de la madre tierra
No se avienen, sufriendo la coyunda,
A abrir los senos donde el pan se encierra.

Es primero preciso que confunda
La fuerza humana tanta lozanía,
Tornándole útil buey de fiera inmunda.

En vano un hombre solo tentaria
Domeñar su furor y alta braveza,
Víctima de su arrojo se veria.

Para lograrlo apela á la destreza,
Sagaz se vale del bridon ardiente,
De su rápido impulso y lijereza.

Para defensa empuña solamente
Lijera lanza, en pos del toro adusto
Se arroja, le acomete de repente,

Y sin que su fiereza le dé susto
Le acosa hasta que logra derribarlo
Y triunfa en fin de su furor robusto.

Este medio tan solo hay de domarlo
Para la necesaria agricultura,
A que le plugo al cielo dedicarlo.

En esta ocupacion, que es harto dura,
Y oficio indispensable aunque penoso,
Ayudé á los vaqueros por ventura.

No cual dices insano y rigoroso
Destrocé el animal que es grato á Ceres,
Antes bien le hice á Ceres provechoso.

Con esta explicacion, pues justo eres,
Verás que ha sido injusto tu juicio
Y no condenarás tales quehaceres.

¡Ay! ¡Cuánto mas terrible es el oficio
De fatigar las selvas y los prados;
Siguiendo de Lucina el ejercicio!

¿Qué daño, ó crueldad, hombres malvados,
Os dan, decid, las aves inocentes,
Y los tímidos ciervos y venados?

¿Por qué los arroyuelos trasparentes
Teñís de sangre con furor vertida
De sencillos y tímidos vivientes?

¿Por qué dejais el aura ensordecida
Imitando los rayos y los truenos,
Y la luz con el humo oscurecida?

No solamente, ¡oh gran maldad! serenos
Vierten sangre los duros cazadores,
Sino de gozo y complacencia llenos.

Tal vez sencilla y tierna con clamores
La tórtola publica su tormento,
O llora celos, ó celebra amores.

Tal vez en delicioso arrobamiento
La paloma á su amante ya se entrega
O en pos tiende las alas por el viento,

Y el plomo silbador y raudo llega
Que el hombre duro y montaraz fulmina,
Y su amor y su vida á un punto siega.

Y cuando por el llano y la colina
A la cuitada liebre persiguiendo
El bridon con la espuela desatina;

Y cuando con clamor y horrible estruendo
Los montes y las selvas ensordece
A la inocente cierva sorprendiendo,

El hombre, ¿fiera horrible no parece?
¡Cuál exalta la rabia de los perros
Y sangre y destruccion solo apetece!

¡Cómo el refugio de los altos cerros
Busca la corza mísera y cobarde,
Y las cuevas y lóbregos encierros!

Mas ¡ay! no halla un asilo que la guarde
Del plomo ó de la flecha matadora,
O del furor que en los lebreles arde.

Yo he visto ¡oh Dios! como la cierva llora
Cuando siente su pecho traspasado,
O sin vigor la planta voladora.

Yo escuché su gemido y he temblado...
La gula de los hombres insaciable
Tan horrendo ejercicio ha fomentado.

¿Y nadie ¡oh vicio! lo miró execrable?
¿Ni aun tú mismo que adusto me condenas?
¡Opiniones del mundo miserable!

Yo causo á un bravo toro daño apenas,
Para tornarlo productivo y bueno,
Y tú de horror y compasion te llenas;

Y elogiarás tal vez al que sereno
Llena de sangre el monte y la llanura,
Para saciar su vientre ó el ageno.

Mas si tu enojo, oh Vargas, por ventura
Le motivó el juzgar que abandonaba
De las artes y musas la cultura,

Y que del todo al todo me entregaba
A estas rústicas duras diversiones,
Harto imbécil tu mente me juzgaba.

¡Pues qué! ¿Pueden jamás los corazones
Que siquiera una vez hayan sentido
De las musas las tiernas impresiones

Abandonarlas en el hondo olvido
Y huir de sus halagos placenteros?
¿Quién tan bárbaro, díme, acaso ha sido?

Yo las amé rendido en los primeros
Años de mi existencia, las he amado,
Y amaré sus encantos lisonjeros.

Mi placer ellos siempre y mi cuidado
Han sido y lo serán. Ni los horrores
Del fiero Marte en que me ví empeñado,

Ni de la adversa suerte los rigores,
Ni mis fatigas y penosos males,
Ni del mundo falaz los sinsabores,

El culto de las musas celestiales
Me hicieron olvidar, pues mi consuelo
Fueron siempre sus gracias divinales.

Y ahora que vivo en mi paterno suelo
Donde moraron siempre, ¿imaginaste
Que no han de ser mi gozo y mi desvelo?

Pronto conocerás que te engañaste
Cuando escuches mil himnos y canciones
Cual jamás en mi cítara escuchaste.

Y cuando el tuyo y otros corazones
Al ver de doña Blanca el fin lloroso
Sientan de espanto y pena sensaciones (1);

Pues Melpómene heróica el horroroso
Suceso de esta reina desgraciada
Ha inspirado á mi acento lastimoso.

Ni tengo á la pintura abandonada,
Que el lienzo maticé con los colores
Retratando á Lucrecia desmayada,

Luchando con la muerte y sus horrores,
Y aquella heróica sangre derramando,
Salud de esclavos, muerte de opresores.

Ya miro que te vas desenojando,
Y que como á las flores manso viento
La risa está tus labios halagando...
¿No es verdad, Vargas? dí, ¿quedas contento?

Córdoba, Marzo, 1817.

(1) Esta tragedia, titulada *Doña Blanca*, la tercera que escribió el autor, se ha perdido, desapareciendo el manuscrito en el robo que padeció su equipaje en el rio de Sevilla el dia de San Antonio del año 23.

AL REY NUESTRO SEÑOR (1),

QUE SE DIGNÓ PRESENCIAR EL EJERCICIO GENERAL DE LOS ESCUADRONES DE LA GUARDIA DE SU REAL PERSONA, HONRÁNDOLOS EN SEGUIDA CON PONERSE Á SU CABEZA.

Dad, sagradas deidades de Helicona,
Vuestro sublime aliento al pecho mio,
Para cantar al ínclito FERNANDO.
Llegue mi voz á la encumbrada zona,
Del abrasado Sur al Norte frio
Su nombre por la esfera derramando;
Y la lira pulsando
En las alas del viento,
El estruendo hervoroso
Del mar venza mi acento,
Y el ronco trueno, y huracan silboso;
Y el nombre augusto de FERNANDO SUENE,
Y de un polo á otro polo el orbe llene.

Tu excelso nombre, oh Rey, oh Rey amado,
Predilecto de Dios, que al monstruo horrendo,
Que al abrazarte en bárbaras cadenas
Tornó el abrazo fraternal, airado
Lanzó su rayo vengador, hiriendo
Aquella torva frente; y ni aun apenas

(1) Esta composicion, escrita á insinuacion del Rey, y que tuvo la honra de ser leida á SS. MM., teniendo la bondad la misma Reina de alumbrar con una vela que con sus reales manos alcanzó de un candelabro, no mereció la aprobacion del juez de imprenta, quien prohibió su publicacion. Este incidente ocasionó una polémica muy original entre el autor y el juez, en que intervino el célebre literato D. Manuel María de Arjona, y que divirtió mucho al rey Fernando. Quien finalmente cortó generosamente la controversia, mandando terminantemente la impresion.

Su nombre existe... Escenas
De dolor y de gloria,
Y á un tiempo de alegría,
¡Cuál llenais mi memoria
En este fausto y apacible dia!...
¿Do me arrebata el númen sacrosanto,
Que el tiempo que ya fué torna á mi canto?...

Estas plazas, oh Rey, de Mantua augusta,
Yo ví de sangre y mortandad cubiertas,
Cuando en hierros tus hijos te miraron.
Aquí la furia aleve y saña injusta
De tu opresor se vieron descubiertas,
Y sus haces belígeras temblaron.
Ardorosos gritaron
Tus valientes: *Venganza*;
Armas les da su brio,
Arrollan la pujanza
Del triunfador, y su alto poderío;
Y mancebos, y vírgenes, y ancianos
Sangre cálida ostentan en las manos.

Y entretanto que Dios era tu escudo,
Custodiando tu vida idolatrada,
Y tu apenado pecho confortando,
Al arcángel su lanza dió, ceñudo
Miró, y tembló la angélica morada,
El trueno de su enojo retumbando;
Y el Aquilon bramando,
Al ministro glorioso
De la ira omnipotente
Condujo presuroso,
Mas brillante que el sol en el Oriente,
Sobre sus alas al hesperio suelo,
Sin tí en triste orfandad y hundido en duelo.

Y en la yerta enriscada y ágria cumbre
Del nivoso pinífero Fonfria
Dió el grito de la guerra. Retumbaron
Las hondas cuevas, y la viva lumbre

De su frente ofuscó la luz del dia.
El acento tus hijos escucharon,
Y en tu auxilio volaron
Los de Turia, y de Ibero,
Y de Genil, y Betis,
Y de Miño, y de Duero,
Y los que baña la azulada Tetis,
Y los de Tajo, y los de la alta Sierra,
Y á la venganza van gritando: *Guerra.*

Y cual suele el Océano espumoso,
Por cien contrarios vientos agitado
Alzar ferviente con horrible estruendo
Montañas bramadoras, y furioso
Combatir el escollo agigantado,
Y hundirlo en el abismo; tal, ardiendo
En enojo tremendo,
Las huestes se lanzaron
Sobre tus opresores:
En sangre se inundaron
Valles y cumbres: hórridos clamores
Retumban por doquier; y armas y saña,
Y exterminio y horror cubren á España.

¡Ay, cuánto afan, y hazañas, y fatigas
Costaste á tu nacion!... todo lo inunda
De la devastacion el gran torrente;
Y como el segador abate espigas,
El filo de la muerte furibunda
Troncha esforzados... ¡Ay! cuánto valiente
A su impulso inclemente
Cayó, cual en la sierra
De Moncayo los pinos,
Si el Noto le hace guerra,
Y ciento á ciento arrastra en remolinos!
Mas no cesa la lid: do mil perecen,
Otros mil á vengarlos aparecen.

En castillos las chozas de pastores,
Los cayados en lanzas se tornaron.

Nadie evita el combate. Hundido el muro,
Ni se rinde á los bronces tronadores;
Las huestes rotas nueva lid buscaron:
Y no hay ceder. En el silencio escuro
El Orion y Arturo
Ven combatir. La aurora
Ve combatir. La lumbre
Del sol desde que dora
De Pirineo la fragosa cumbre,
Hasta que hunde en el mar su carro ardiente,
Ve combatir á la española gente.

De los que en el combate perecian
Los manes, aun de sangre salpicados,
Desde las rotas nubes alentaban
A los que en él tenaces persistian,
Y contra el fiero Marte denodados,
Y contra el infortunio peleaban,
Y constantes clamaban:
No haya tregua. Y sañudos
Y firmes no cedieran,
Y los embates crudos
De la áspera fortuna resistieran;
Como suele en los montes de Castilla
Al huracan la octava maravilla.

Confusion, heroismo, sangre, duelo,
Altísima constancia, valentía,
Infortunios, amor al rey Fernando
A un tiempo llenan el hispano suelo...
...¿Mas dónde, dónde vas, oh lira mia,
Desastres y fatigas recordando,
Si estamos ya gozando
El premio delicioso,
El suspirado fruto
De tanto hecho famoso,
De tanta privacion, de tanto luto?
Y roto ya, oh mi rey, tu cautiverio,
Eres el gozo de tu heróico imperio.

Sí; ¡oh placer! El canto de victoria
Resuena en vez del bélico alarido
En el orbe español. El dulce acento
De los himnos de paz y eterna gloria,
Sucede al trueno y hórrido estampido:
Triunfado ha la virtud. Suave contento
El terrible lamento
Tornóse; y ya Fernando,
Con su familia augusta,
Felice gobernando
A los leales, que la rabia injusta
Del dragon destruyeron, goza ahora
La ternura de un pueblo que le adora.

Musas, Musas, él es. Miradle al frente
De los gallardos, fieros escuadrones,
El purísimo sol oscureciendo
Con su regio esplendor. La refulgente
Espada empuña... ¡Qué!... ¿Temblais, naciones?...
Desechad el temor, que no el horrendo
Mavorte en ira ardiendo
La da á la diestra fuerte,
Ni están de nuevo abiertas,
Dando paso á la muerte,
Del doble Jano las terribles puertas.
Es pacífico alarde... Mas no en vano
Temblais aun de un alarde castellano.

Egregio rey, el escuadron guerrero,
Que en pos de tí resplandeciente brilla,
Fué el brazo de la muerte en tu defensa,
¡Ah, cuántas veces desnudó el acero,
Como saben los campos de Castilla,
Y se arrojó á la lid!... Horrible ofensa
La multitud inmensa
Sintió á su excelso brio.
Los fuertes se turbaron,
Llenos de espanto frio,
Y su audaz altivez doblegaron,
Huyendo de esos nobles vencedores,
Cual cierva de los canes ladradores.

En contra del poder y la fortuna
El Tajo presenció su alta osadía,
En los campos do Antígola azulea.
Sin esperanza de vencer alguna,
¡Cuál se lanzaron el aciago dia,
Sembrando horror y asombro, á la pelea!
Eterno el nombre sea
De los nobles gloriosos...
La horrible muchedumbre
Despreciaron sañosos;
Y al trasmontar del sol la viva lumbre,
Sonó el clarin, volaron atrevidos,
Y deshechos quedaron, no vencidos.

Salve, heróico escuadron; salve, oh valientes:
Yo entre vosotros combatí. Alentado,
Vuestro ejemplo santísimo siguiendo,
Con mi sangre aumenté la vuestra ardiente
Que aquel suelo regó... ¡Cuánto esforzado,
En lid tan horrorosa combatiendo,
Arrebató el horrendo
Cuchillo de la muerte!...
Firmes contrarestando
La embravecida suerte,
Gritaban al caer: *Viva Fernando.*
Y los que no doblasteis las cervices,
¡Cómo ostentais lustrosas cicatrices!

¡Oh sombras de los mártires primeros
De la inmortal Madrid: sagrados manes
De los que en mil batallas desastrosas,
Víctimas fuisteis de los hados fieros!
Venid: de vuestros ínclitos afanes
Ved el ansiado fruto. En albas rosas
Y palmas victoriosas
Ceñid la excelsa frente,
Y vagando en el viento,
Ved de la hispana gente
El placer, y gozaos en su contento;
Y acatad al gran rey, por quien gloriosos
Rendísteis los alientos generosos.

Alza la frente, humilde Manzanares,
De juncias y verbenas coronada,
Y mira á tu señor augusto, armado
Mas gallardo que Marte. Mil cantares
Las ninfas de tu márgen fortunada,
Broten ledas del labio delicado;
Y del jóven amado
Entonen los loores,
Conmoviendo su canto
Los árboles y flores
De tus orillas con sabroso encanto;
Y tú, esforzando el divinal aliento,
Entona un viva, que ensordezca el viento.

Corra tu voz por la anchurosa Hesperia,
Y *viva el rey*, repita el castellano;
Y *viva*, el pueblo Astur. *Viva*, resuene
En el fuerte Aragon, en Celtiberia,
Y lo repita el leve valenciano,
Y en la encantada Turdetania suene.
La Península llene;
El piélago profundo
Pase, y *viva Fernando*
Repita el Nuevo-Mundo,
El mar del Sur los *vivas* escuchando.
Y en cuanto alumbra el sol y el cielo abarca,
Viva tu nombre, altísimo monarca.

1817.

SONETO.

Tierno pesar, amargo abatimiento,
Pintado está en tu rostro, oh Nise hermosa,
Porque la cruda suerte rigorosa
De tí aleja tu amor. ¡Duro tormento!

Suspiros das al compasivo viento,
Llanto á tu faz envidia de la rosa,
Late tu seno, tu alma no reposa:
¡Feliz quien mereció tal sentimiento!

No mas, ¡ah! que la pena ha de acabarte,
¿Y quién podrá vivir si te perdemos?
Que tu afliccion moderes ¡ay! te pido...

¿Mas para qué me canso en consolarte,
Si eres mujer, y pronto esos extremos
Serán risa, desprecio, burla, olvido?

1817.

LA BORRASCA, Á LAUSO.

¡Ay cuál el turbio mal hierve espumoso,
Y estas peñas altísimas quebranta,
Y se entumece hinchado, y se levanta
Compelido del ábrego silboso!
¡Cuál su furor espanta!

Bramando viene el huracan sañudo,
Y las cóncavas grutas espantosas
Retumban á lo lejos temerosas
Al hórrido fragor del trueno rudo,
Y gimen congojosas.

La negra nube enluta el alto cielo;
Y el súbito relámpago encendido,
Y el rayo por los aires desprendido
Llenan de asombro y de pavor el suelo,
Pasmado y confundido.

¿Y sacas, pobre Lauso, tu barquilla?...
¿No ves del mar el sordo movimiento?
¿No oyes gemir el animoso viento?
Vuelve, mísero, vuélvete á la orilla:
Muda, muda de intento.

Vuelve, infelice, vuelve á la ribera...
¿Qué intentas ¡ay! sin esperanza alguna?
¿Cuándo á besar la planta de la luna
Sube con ronco hervor la espuma fiera,
Quieres tener fortuna?

Mira estas playas, mira estas arenas
Cubiertas de vestigios de altas naves,
De gruesos troncos, y de leños graves,
De quebrantados mástiles y entenas,
Y de robustos traves.

Guarte, mi Lauso, guarte, que las olas
Destrozarán tu leño miserable.
Advierte que tu furia inexorable
No respeta de régias banderolas
El orgullo indomable.

1817.

SONETO.

En este bosque por la vez primera,
Turbado dije á Virta: Yo te adoro;
Y ella bajó la frente, que orna el oro,
Y gozoso rubor su faz tiñera.

Sentada en ese tronco placentera,
Siempre, me dijo, te amaré, Lidoro:
De aquella fuente al lado, en dulce lloro
De mi zelosa acaso prorumpiera.

De aquel fresno á la sombra deliciosa
En coloquios de amor la siesta ardiente
Pasé con ella ufano y satisfecho.

Mas ¡qué recuerdos!... ¡ay! ¡Virta engañosa!
Existen bosque y tronco y fresno y fuente;
Y no mi amor en tu mudable pecho.

1817.

EL TIEMPO.

¡Ay, cuán fugaz el tiempo presuroso
Las silenciosas alas extendiendo
Huye á nunca volver! El brazo duro
Sacude airado, el hierro poderoso
De su segur terrible revolviendo,
Y á su impulso tremendo
En polvo se resuelve el fuerte muro;
Tronos, imperios, y poder perecen,
Astros desaparecen,
Mares se tornan fértiles llanuras,
Altos montes en piélago profundo,
Y se trastorna cuanto encierra el mundo.
¡Cuántas generaciones,
Cual niebla leve, en nada se tornaron!
Y en yermas soledades,
Y en pantanos y selvas tenebrosas
Magníficas ciudades,
Ilustradas un tiempo y poderosas.

Perínclitas naciones
Del misterioso Nilo habitadoras,
¡Miseras!... ¡Cuán fugaces
Vuestra grandeza y vuestra gloria fueron!
Como suelen los bravos Aquilones
Las nubes arrastrar, así las horas
Os llevaron en pos, y en hondo olvido
Aun vuestros nombres sin piedad hundieron.
En vano en vos nacieron
Las fuentes del saber. Cual encendido
Relámpago veloz desaparece
Apenas en las nubes resplandece,
Tal vuestra ilustracion: así el sañudo
Rigor del hado en sus eternas leyes
Lo decretó. ¿Qué fué de vuestros reyes

Sabios, y poderosos, y temidos
Que todo el orbe dominar quisieron?
¡Ay! de la dura parca al hierro agudo
Su vano orgullo y su altivez rindieron:
De oscuridad sus nombres se cubrieron.

¿Do están, en donde la opulenta Tiro,
Y la ilustrada y la gloriosa Atenas,
Y la altiva Micenas,
Llanto de Troya?... ¿Dónde está de Epiro
El colosal poder?... Un dia fueron,
Mas ya hasta sus ruinas perecieron.

¡Ay! que mi atormentada fantasía
Sobre las alas rápidas del viento
Vuela á aquellas regiones do algun dia
Genio, y saber, y gloria colocaron
Su triunfador asiento,
Y al mundo refulgentes deslumbraron:
Donde la rica cuna
De dulce libertad rodó primero,
Mecida por el coro de virtudes,
Y halagada tambien por la fortuna.
¿Mas qué encuentra? ¡oh dolor! sombras y luto,
Y al Eurotas hundido entre arenales,
Que despechado al mar lleva el tributo:
Al mar, que solitario ronco brama,
Y entre desnudas rocas se derrama,
Y de amargas espumas hoy blanquea
Desiertas playas donde fué el Pireo;
Y ni ve los laureles de Platea,
Ni ve de Salamina el gran trofeo,
Ni escucha los acentos divinales
De entusiasmo y de ardor... Silencio y muerte,
Y esclavitud no mas halla asustada,
Que así le plugo á la terrible suerte,

Asilo un tiempò de los lares frigios
Despues terror del quirinal imperio,
Infelice Cartago:
Diéronte cuna horrores y prodigios,

Pusiste al ancho mar en cautiverio,
Y de entrambas Hesperias fuiste estrago;
Ahora ni indicio vago
De tí puede encontrar el peregrino,
Y el ábrego ardoroso
Arrebata en confuso remolino
Sedienta arena en tu desnudo suelo.
¿Donde hallaré tus poderosas naves?
¿Do tus huestes pavor del Aventino?
¿Ni aun duran los hundidos alquitraves;
Y tronchadas columnas, que las llamas
Perdonaron tal vez, y referian
Mudas su fin aciago y desastroso?
Sepultólas el suelo qne oprimian.

No ostentes, Roma ufana,
Tus famosas ruinas,
Triste esqueleto de gigantes glorias.
Si cuidosa examinas
Tanta reliquia vana
De gimnasios y termas, arcos, templos,
Verás son desengaños vividores,
Verás que son ejemplos,
Que el tiempo destructor ha perdonado
Para ser escarmiento á los mortales.
¿Mas dónde están ¡tristes memorias!
Los cónsules, tribunos, dictadores,
Y altos emperadores,
Que cercados de triunfos y victorias
Inciensos divinales alcanzaron,
Y á sus piés la fortuna encadenaron?
Sobre sus tumbas olvidadas crece
El solitario cardo, entre las piedras
Hendidas penden las bastardas yedras,
Que con triste silbido el viento mece
Y en las horas nocturnas
El carabo afligido,
Que acaso enida en las volcadas urnas,
Esparce por las sombras su alarido.

Así existen los restos suntuosos,
Que, oh Roma, guardas y aun altiva ostentas:
Así existen columnas y colosos.
¿Pero por consolarte acaso cuentas
Con que así durarán con gloria tuya?
¡Ay! verás pronto su total ruina,
Serán desmoronados,
Y en vil polvo tornados;
Que de Saturno la cruel guadaña,
Que todo lo confunde y extermina,
Aun en vestigios sin piedad se ensaña.

Nada se tornarán... ¿Dónde me lleva,
A dónde mi dolor?... ¿Por qué mi mente
En amargos recuerdos hoy se ceba,
Sin advertir el mal que está presente?
¿Qué importa que pasáran
Tantos imperios, tan excelsas glorias,
Que fueron y no son?... Nosotros mismos
Yaceremos en fin: en soledades
Se tornarán tambien estas ciudades
Que hora son nuestro encanto:
Se hundirán del no ser en los abismos,
Ni quedarán memorias
De que aquí descollaron. Los vergeles,
Hora nuestra delicia,
Se tornarán malezas y pantanos,
O ronco mar, que roto entre bajíos,
Hierva y brame, y asombre á los navíos.
Museos que Minerva ve propicia,
Alcázares que habitan los tiranos,
Templos y torres, puentes y murallas,
Caerán, caerán entre las fieras manos
Del tiempo asolador. Cuanto hora existe
Todo perecerá, cual perecieron
Altas naciones que en el mundo fueron:
¿Quien el empuje de la edad resiste?

Como el raudo torrente
Nace en la sierra y corre en la llanura,

Y por mas que se oponga á su corriente
Ora un profundo valle,
Ora de antiguo bosque la espesura,
Ora una alta colina ó fuerte muro,
Abre espumoso á su carrera calle
Hasta llegar al mar; de aquesta suerte
Corre el orbe á los brazos de la muerte.

1818.

ROMANCE.

Oculto entre la espesura
De recios troncos sombríos,
Que, aunque de musgo se adornan,
De su vejez dan indicios;

Besando negras pizarras
Con manso y blando ruido,
Corre Bembézar humilde,
Sin presunciones de rio.

En su márgen escondida,
Mientras retozan lascivos
Sobre la yerba y las flores
Los cándidos corderillos;

De pechos en el cayado,
Con semblante pensativo,
Contempla aquellos lugares
El infelice Lorindo.

Un año de aquella orilla
Le tuvo ausente el destino,
Y hora vuelve donde encuentra,
En vez de amores desvíos.

Al fin, rompiendo el silencio
En que yace sumergido,
Prorumpe de esta manera
Con lágrimas y suspiros:

Riberas donde otro tiempo
Tan venturoso me he visto,
Bosques espesos y ocultos
De mis delicias testigos,

Dulces aguas, que suspensas
Vísteis los amores mios:
Aquí mis encantos fueron;
Y hora es solo mi martirio.

Ya desdeñosos me miran
Aquellos ojos divinos,
Que dan color á estas flores,
Que dan á estas peñas brillo.

Y al rigor de su desprecio
Vengo á morir ¡hado impío!
En estos mismos lugares
Donde gocé sus hechizos.

Aun en las blancas cortezas
De estos álamos altivos
El de Virta con mi nombre
Entrelazado diviso.

¿Por qué no los han borrado
Las lluvias de Enero frio,
Ya que en el pecho mudable
Borró ausencia mi cariño?...

Mas ¡ay! que los respetaron,
Para que con mudo grito
A Virta llamen ingrata,
Y desdichado á Lorindo.

Reciba grato mi lloro
Vuestro seno cristalino,
Dulce raudal apacible,
De mi amor trasunto vivo:

Aquí teneis nombradía,
Y entre juncias y carrizos
Tributo os dan mil arroyos,
Gozais el nombre de rio;

Pero en dando cortos pasos
Con el Betis confundido,
Bembézar ya nadie os nombra,
Porque así el hado lo quiso.
Tal sucedió á mis amores,
Aquí inocente y tranquilo
Los gozaba, imaginando
No verlos jamás marchitos:
De este suelo la desgracia
Me apartó, y al punto mismo
Pasarôn cual vos, se hundieron
En torpe y oscuro olvido.

1816.

LETRILLA.

¿Te vas y me dejas,
Traidor, fementido?
¿No hiere tu oido
Mi amargo gemir?

Escucha mis quejas,
Detente, inhumano...
Mas ¡ay! que es en vano
Tu fuga impedir.

El alma, la vida
Me llevas contigo,
Cruel enemigo,
Perverso amador.

En penas sumida
Me dejas y ries,
Y ufano te engries
Al ver mi dolor.

Lorindo engañoso:
¿Es mármol tu pecho?
¿De bronce está hecho
Tu seno cruel?

¡Traidor! ¡alevoso!
Delicias brindabas,
Y horrendo ocultabas
Ponzoñas y hiel.

Aléjate, ingrato,
Desprecia mi acento,
Que vaga en el viento
Sin nada valer.

Tu pérfido trato
De gozo te llene,
Mi mal te enagene
Con fiero placer.

No importa, algun dia
Será mi venganza,
Que á todos alcanza
La flecha de amor.

Rendido á una impía
Veráste muriendo:
Y entonces riendo
Veré tu dolor.

1818.

Á OLIMPIA,

DEDICÁNDOLA VARIAS COMPOSICIONES.

Oye afable, hermosa Olimpia,
De mi lira los acentos,
Y á tu ternura recuerden
Que tu amor vive en mi pecho.

Estas son ¡ ay ! las canciones,
Los afortunados versos,
Que el Tajo y el Manzanares
En sus jardines oyeron:

Cuando junto á tí dichoso
En llama feliz ardiendo,
Solo anhelando agradarte,
Mi labio los daba al viento.

Si algo valen, dulce Olimpia,
Es porque resuena en ellos
Tu nombre, y porque lograron
Serte gratos aquel tiempo.

Benigna acógelos: oye
Cual te están siempre diciendo
Que tú sola eres mi encanto,
Que en mí tu amor será eterno.

Y si el destino sañudo
De tí me aparta violento,
Robándome tus caricias,
Dejándome llanto y duelo;

Ora los climas helados
Alumbren tus ojos bellos,
Ora á la zona abrasada
Dé vida tu blando aliento;

Recuérdente mis afanes,
Tu amor, mi delirio ciego,
Mi constancia, tu ternura,
Mi dicha y tus juramentos.

Y aquellos veloces dias
De encanto y delicias llenos,
En que las floridas selvas
Arder nuestras almas vieron,

Y escucharon silenciosas,
Como tu labio de fuego
Me ofreció constancia eterna,
Triunfadora de los tiempos.

¡Ay! si tanto consiguieran,
¡Ilusiones de consuelo!
Que al despertar en tu mente,
De nuestro amor los recuerdos,

Se humedecieran tus ojos,
Y palpitara tu seno,
Y lanzaras un suspiro,
De mi fe constante en premio...

Entonces ¡ah! no trocára
Estos mis humildes versos
Por los laureles de Taso,
Ni por las glorias de Homero.

1819.

SONETO.

¡Ay, que de vuestro labio purpurino
Aterrado escuché, temblante y mudo,
Que iba á romperse para siempre el nudo,
Con que mis dichas enlazó el destino!

Antes hendiendo el aire cristalino
Descienda tronador el rayo agudo,
Sobre mi frente mísera, y sañudo
Me confunda en humoso remolino.

¿Y qué, Olimpia cruel, has olvidado
Mi amor, tus juramentos?.... ¡fiera suerte!
¿Y tú los romperás con brazo airado?...

¿Por qué antes de mirarte y de quererte
Al hondo sueño del sepulcro helado
No me arrastró la compasiva muerte?

1819.

Á OLIMPIA.

¡Ay, cuánto tiempo en inquietud sombría
Mi pecho palpitó, desde que el fuego
De tus divinos ojos y semblante
Hirió con su esplendor el alma mia!
Y yo infeliz, y deslumbrado, y ciego,
No alcanzaba á saber lo que sentia:
Y de tí lejos, tímido y errante,
Sin notarlo, en tu amor mísero ardia.
Tal vez en las entrañas de la tierra
Así se oculta y ceba, y arde, y crece
La llama asoladora,
Que al fin hendiendo la fragosa sierra,
Ardiente y tronadora
En volcan horroroso resplandece.

Buscando la quietud, al pecho mio
Del escondido amor arrebatada,
Del Bétis olivoso
Las márgenes amenas,
De sacros bosques y vergeles llenas,
Pisé confuso, y sin hallar reposo.
Del apacible rio
Las trasparentes ondas sosegadas,
Sus frescas alamedas silenciosas,
Del vagoroso céfiro agitadas
Al rojo amanecer, las lindas flores
Risueñas, olorosas,
Que en ellas blandamente se mecian,
Su fragancia ostentando y sus colores,
Nada á mi mente, nada le decian:
A mis ojos natura muerta estaba,
Y en lágrimas mi rostro se inundaba.

Ora hácia las arenas
De gloria y triunfos, y escarmiento llenas,
Que azota el mar undoso gaditano,
Mis plantas me arrastraban nuevamente,
Pensando hallar del alma
La paz perdida, y la tranquila calma
A vista del magnífico Oceáno.
El giro de los mares de Occidente
En vano el pensamiento me ocupaba;
En vano procuraba
Exaltar mi agitada fantasía
El espacio sublime de las ondas;
Ya cuando hirviendo con salobre espuma,
Al cierzo bramador se entumecia,
Y alzando al cielo las arenas hondas,
Los ásperos escollos combatia;
Ya cuando adormecido
El cielo de zafir puro y sereno
Reverberaba plácido en su seno;
Mas nunca mis pesares
Conseguiste aquietar, Dios de los mares.

Tal vez rendido á mi afanar tornaba
Del regio Manzanares á la orilla,
Y necio imaginaba
Que el fausto y pompa, en que orgullosa brilla
La gran ciudad, señora
De dos mundos, calmara con su encanto
Mi mortífera pena roedora.
Mas ¡ay! en los magníficos salones
De oro y púrpura bárbara adornados,
So las soberbias cimbrias y artesones
De refulgentes tintas esmaltados,
Y en plazas, y en liceos, y en jardines,
El frio tedio y el pesar infando
Mi corazon estaban devorando.

¿Y qué, dige, será que las estrellas
Vieron con ceño el infelice dia,
Que empecé á respirar?... ¿Será, oh destino,
Que siempre el hombre en mísera agonía

Arrastre su existir?... Si esta es la suerte
Que guardan los arcanos
A la raza infeliz de los humanos,
Ven sin tardanza, ven, ¡oh dulce muerte!
Siega piadosa la garganta mia,
Descanse al menos en la tumba fria.

Cuando tornas, Olimpia, á esta ribera,
Bella como la luna refulgente,
Que en apacible y grata primavera,
Cándida ostenta la argentada frente,
Y lánguida y luciente
Desde su carro azul derrama brillo,
Al través de las nubes plateadas,
Del blando cefirillo
Con vagarosas plumas agitadas.
Te ví, y me estremecí; torné á mirarte,
Y el denso velo, que mi amor cubriera,
Rasgóse de repente, y descubierto
Miré mi corazon, y en él patente
La oculta causa de mi angustia fiera.
Y rebentando el escondido fuego,
Tronó como un volcan, tu amor buscando,
Y tu amor, y tu amor solo anhelando.

Yo entonces mudo, y pavoroso, y yerto
No sé lo que sentí... Vuelvo, y turbado,
De horrible duda y timidez cercado,
Pero en alas de amor, á tí me allego,
Y mi calma, y mi paz, y mi sosiego,
Y mi dicha te pido,
Abrasado en tu amor y confundido.
Y ¡oh delicioso instante,
De ventura y placeres el primero!
Tu divino semblante
Ví de rubor purpúreo enrojecido,
Latir tu seno cándido y turgente,
Tu labio balbucir, tu altiva frente,
Emula acaso del mayor lucero,
Blandamente inclinarse, y un suspiro

De tu boca de rosa
Escuché, fuí feliz, y al punto huyeron
Oculto tedio y pena silenciosa,
Y tristeza y afan. Los que ya fueron
Objetos mudos á mi triste mente,
Me hablan al corazon. Fragantes flores,
Verdes arbustos, árboles sombríos,
Claros arroyos, cristalina fuente,
Süaves amorosos ruiseñores,
Noche pura, serena, sosegada,
Ronco hervoroso mar, sonoros rios,
Aurora de azucenas coronada,
Eterno luminar padre del dia,
Amenas soledades,
Opulentas magníficas ciudades,
Ya herís mi fantasía,
Y os contemplo y admiro,
Que por doquier amor y amores miro.

¡Oh cuántas sensaciones deliciosas
Alberga el corazon, correspondido
Del dulce bien, que le eligió natura!
¡Cuán feliz es el alma ardiente y pura,
Que es de un sincero amor dichoso nido!
¡Cuán venturoso yo!... Mas ¿qué tremenda
Imágen espantosa
Me asalta el pensamiento?... ¡Olimpia mia,
La vida es tan fugaz, tan presurosa!
Jamás ansié la eternidad, y lento
Juzgaba el vuelo de los años mudo.
Mas ¡ah! desde que aliento
El aura del placer y la alegría
Siempre á tu dulce lado,
Desde que tú me hiciste afortunado,
¡Cuán rauda, cuán ligera
Encuentro de las horas la carrera!
Sí, miro con pavor que el tiempo crudo,
Que todo lo sepulta inexorable
En el no ser oscuro y espantable,
Airado nos acecha

Cual fiero cazador con dura flecha
A las tiernas amantes tortolillas,
Que en la florida rama
Se acarician sencillas,
Ardiendo en dulce y venturosa llama.

Las matizadas y risueñas flores,
Que en nuestro rededor brotan ahora,
Desmayadas, marchitos sus colores,
Al fin caerán. La planta voladora
De la edad hollará nuestros amores,
Y el hielo, y la aridez, y al fin la muerte...
¡Ay! llegará el momento de perderte!

1819.

ELEGÍA.

Noche terrible y tenebrosa, ¿dónde
La pura luz que encanta el alma mia,
De mis ojos tristísimos se esconde?

¿Do están ¡ay! mi consuelo y mi alegría?
¿Do mi Olimpia cruel, que así me deja
En hondo afan, en mísera agonía?

Cuando el carro del sol huye y se aleja
A los desiertos mares espumosos
Acude grata á mi amorosa queja,

Y ya en sus altos cercos vagarosos
Las pálidas estrellas resplandecen,
Resaltan los luceros relumbrosos,

Y mis ojos con llanto se oscurecen
Porque no encuentran á su dueño amado
Y en triste sombra ¡ay míseros! perecen.

¿En dónde estás mi bien? desatentado
Corro en tu busca con dudosa planta,
Y torno, y no te encuentro, desdichado.

¿Quién te roba á mi amor con fuerza tanta
Que á arrancarme no vienes compasiva
El áspero dogal de la garganta?

¿Tal vez, tal vez la saña vengativa
De algun duro tirano te detiene,
Y que consueles mi afanar te priva?

¿Tal vez me has olvidado, y te entretiene
Alguno mas dichoso?... ¡Oh Dios!... Perdona:
Siempre el tierno amador recelos tiene.

Noche, noche terrible, tu corona
De altas estrellas hunde en Oceáno,
Y contigo el horror que me aprisiona.

Y brille en el Oriente el soberano
Resplandor de Titan, y su luz pura
Rompa de mis sospechas el arcano:

Y vuelva yo á gozar de la hermosura
De mi Olimpia adorada, y su terneza
Compense mi afliccion y mi amargura.

Vuela, oh noche fatal, y con presteza
Llévate mi tormento y mis temores,
Y de mis crudos hados la aspereza.

Y á tí, sueño apacible, de tus flores
Una guirnalda tejeré olorosa,
Si templas mis cuidados roedores.

Ven ¡ay! ven á mi ruego. Presurosa
Huirá la noche en viéndome en tus brazos,
Y calmarás mi angustia congojosa.

Tú sabes dulce apresurar los plazos
De penas y dolores: ven callado
Y envuélveme amoroso entre tus lazos.

Mas ¡ay! que huyes tambien apresurado,
Y te alejas de mí con raudo vuelo
De mis ásperas penas asustado.

Y la noche reacia enluta el cielo,
Y retarda cruel su paso mudo,
Como si se gozára en mi desvelo.

Volad; horas terribles... ¡Oh sañudo
Furor del hado!... Noche perezosa,
Jamás cual hoy sentí tu rigor crudo.

Ya me asaltó tu sombra temerosa
En medio de las ondas de Oceáno,
En tempestad horrísona y fragosa,

Y desprecié la furia del mar cano
Y el ronco son del desatado Noto
Y el negro aspecto del escollo insano.

Y vi tranquilo al tímido piloto
Pálido alzar al alto firmamento
Temblantes manos y ferviente voto.

Tambien tendiste por el vago viento
Tus negras alas y tu sombra triste
Con silencioso y presto movimiento,

Y entre yertos cadáveres me viste
Herido, y combatir la muerte fiera,
Y pavor á mi pecho no impusiste.

Y pasé de tu plazo la carrera
Entre confusa plebe amotinada
Del aurífero Tajo en la ribera.

Y la pasé con planta fatigada
Solo, descaminado, perseguido,
Huyendo del poder la fuerza airada:

Mas nunca, ¡oh noche! tan tremenda has sido
Para mi corazon; nunca tan lenta
Para darme tormento has discurrido.

¡Ah! que ya al escuchar cual se lamenta
Mi espíritu abatido se enternece,
Y recoje sus sombras y se ausenta.

Sí, ya el rosado oriente se esclarece,
Y la primera luz del nuevo dia
A mis cansados ojos resplandece.

Saca tu blanca faz, aurora fria,
Y muéstrame do está mi Olimpia hermosa;
Y consuela risueña el ánsia mia.

Mas si la airada suerte rigorosa
De su luz para siempre me ha privado,
No ostentes, no, la tuya esplendorosa,
Déjame en noche eterna sepultado.

1819.

ROMANCE.

Ves, Olimpia encantadora,
Cuán amorósas las yedras
Enlazan los recios troncos,
Que Tajo apacible riega?

Pues del tiempo el curso airado
No rompe union tan estrecha;
Antes con vínculos nuevos
Mas la afirma y encadena.

En mis inocentes años,
Cuando mis contentos eran
Correr tras las mariposas
Por esta risueña vega,

Deshojar las rosas lindas,
Que esmaltaban sus florestas,
Y hacer casitas y torres
Con este barro y arena;

Ya ví estos troncos vestidos
De las mismas fieles yedras,
Aunque tal vez mas lozanas,
No en union menos estrecha.

¡Cuántos Mayos han pasado
Desde aquel tiempo! Contempla
Cuántos sucesos diversos,
Cuáles trastornos y guerras.

Fuentes que ví engalanadas
De claros raudales llenas,
Míralas rotas y hundidas,
Y abandonadas y secas.

Los edificios soberbios
Que honraban estas riberas,
Yacen en tristes rüinas,
Que de espanto el pecho llenan;

¡Y qué de altivos colosos
Que tocaban las estrellas,
Fugaces desparecieron
Como la delgada niebla!

¡El curso de pocos años
Cuál ha mudado esta tierra!
Jóven soy, mas yo la he visto,
De lo que hoy es bien diversa.

¿Y solo el amor subsiste
Que enlazó estas alamedas
Con los venturosos nudos,
Que tan firmes se conservan?...

Lo que eterno parecia,
Deshízose con presteza,
Y solo duran los troncos
Abrazados de las yedras.

Y si alguno se ha secado,
No le abandonaron ellas;
Y si hay alguna marchita,

Ellos firmes la sustentan:
Como diciendo á la muerte
No tememos tu crudeza,
Que mientras el uno exista,
Los lazos seguros quedan.
¡Ay! ejemplo de los nuestros,
Oh mi Olimpia, siempre sean:
Y así unidas nuestras almas
Vivan edades eternas.

Aranjuez, 1819.

SONETO.

Olimpia bella cual la fresca Aurora,
Gentil mas que la cándida azucena
Que de fragancia y granos de oro llena,
En el vergel descuella triunfadora:

Ten compasion de quien rendido adora
Tu imágen celestial, y la cadena
Que en mi cuello infeliz áspera suena,
Torna en guirnaldas que me envidie Flora.

Sí, Olimpia, sí: tu plácida hermosura
No puede en sí abrigar alma de acero,
Muévate mi pasion sublime y pura.

Premie tu amor firme y sincero;
¡Ay! si te muestras á mi llanto dura,
Verás, cruel, como á tus plantas muero.

1819.

ROMANCE.

¿Qué importa, adorada Olimpia,
Que la suerte nos arranque
De las riberas de Tajo,
Y nos lleve á Manzanares?

¿Qué importa mudar de sitio,
En tanto que no se aparten
Nuestros tiernos corazones,
Nuestras firmes voluntades?

No las flores matizadas,
Que en estas orillás nacen,
Dando contento á los ojos,
Dando fragancia á los aires,

No las frescas alamedas
Que se elevan arrogantes,
Pobladas sus verdes cimas
De canoras dulces aves,

No de Tajo delicioso
Los apacibles raudales,
No los pintados vergeles
Que adornan su rica márgen,

Causan el dulce contento,
Forman el gozo envidiable,
Que se anida en nuestras almas
Sencillas, tiernas y amantes.

Doquiera, adorada Olimpia,
Que el destino nos arrastre,
Allí seremos dichosos,
Mientras amor nos enlace.

Goce yo la pura lumbre
De tus ojos divinales,
Goce ver tu hermoso seno
Siempre por mí palpitante;

Oiga tus ardientes labios
Decirme amores suaves,
Suspirar celosas quejas,
Constancia eterna jurarme;

Y mas que el hado enemigo
Furioso nos arrebate
A las arenas de Libia,
O á las nieves de los Andes.

1819.

Á OLIMPIA.

Dulce señora mia,
Mas lozana y gentil, y mas hermosa,
Que al despuntar el dia,
Se muestra por Abril purpúrea rosa:
¡Cuán venturoso vivo
Desde que soy de tu beldad cautivo!

¡Felice cautiverio
Mas que la libertad! De él no saliera
Si el soberano imperio
Del anchuroso mundo me valiera.
Que es triunfo glorioso
Esclavo ser de dueño tan hermoso.

El soberbio tirano,
A quien se humilla el apartado oriente,
Y perlas el mar cano
Tributa, y Tibar oro refulgente
Su alta soberanía
Gozoso por mi suerte trocaria.

Porque ¿quién, ¡oh señora!
Puede anhelar mas gloria, que humillado
Mirar la encantadora
Beldad vuestra, rindiendo encadenado
El alma y albedrío
A vuestro delicioso señorío?

Y contemplar humilde
La magestad y gracia del semblante,
Y el fuego irresistible
De los modestos ojos, y el crispante
Y nítido cabello,
Que orna la frente y el gallardo cuello?

Y ese pecho divino,
Que vence en candidez al alba pura,
Y el talle peregrino,
Y el soberano todo y compostura,
Y la mano de nieve,
Y el brazo de alabastro, y el pié breve?

Y ¿qué dicha mas alta
Que escuchar embebido vuestro acento,
Do esplendente resalta
El noble y generoso entendimiento,
Que os dió naturaleza,
La discrecion uniendo á la belleza?

Si mil cuellos contara,
Todos á vuestro yugo, ¡oh mi señora!
Ufano presentara;
Pues desque á vuestra planta encantadora
Me rendí por cautivo,
Feliz, glorioso, y envidiado vivo.

1819.

CANTILENA.

Mil veces venturoso
Y mil, amada Olimpia,
Quien goza tus encantos,
Y para tí respira.
Suspirar á tu lado,
Mirar tu faz divina,
Ver palpitar tu seno
Que es de Dione envidia,
Sentir el dulce rayo
Con que tus ojos brillan,
Enardecer tu pecho,
Llenar tu fantasia,

Escuchar de tu boca
Palabras expresivas,
Merecer tus cuidados,
Disfrutar tus caricias,
Fuera ¡ay! el bien supremo,
Y el colmo de mi dicha.

1819.



SONETO.

Jamás marchite tu beldad lozana
El tiempo volador, Olimpia mia:
Tus ojos siempre al luminar del dia
Ofusquen, y tu frente á la mañana.
Brille eterna en tu faz la nieve y grana,
Y placeres revuelen á porfia,
Trisquen las gracias, y el amor sonria
En torno á tu belleza soberana.
Y el claro sol en el risueño oriente,
Mil y mil veces de esplendor vestido,
Tu fiesta anuncie grato refulgente:
Mas venga ¡ay! á mirar correspondido
Por tí, mi tierno amor puro y ardiente,
De los tiempos triunfando y del olvido.

1819.



ADELFA.

EGLOGA.

(Imitacion de Pedro de Espínola.).

POETA.—LAURISO.—MIRTILO.

POETA.

Si el ronco acento de la lira mia
Consiguió venturoso interesarte,
Olimpia bella como el claro dia,
Tu amor cantando, y el furor de Marte;
Estos humildes versos, que Talía
Me dictó acaso, logren agradarte:
Y escucha al son de la campestre avena
De mis zagales la cancion serena.

Una cansada y perezosa siesta
Cuando el ardor del encendido Febo
Las fuentes disminuye, el campo tuesta,
Y no consiente á los ganados cebo;
A buscar el ambiente en la floresta,
Lauriso, gallardísimo mancebo,
Orillas de un arroyo sosegado
Encaminó su retozon ganado.

Tal vez allí gozando la frescura
El gracioso Mirtilo se encontrára.
Ambos jóvenes eran, y en dulzura
Para el canto, ni Pán les igualára.
Al pié de un olmo cuya verde altura
Les daba grata sombra, y de la clara
Corriente al resonar, así cantaron,
Y las Ninfas del bosque lo escucharon.

LAURISO.

No solo allá en las córtes y ciudades
Ejerce el crudo amor sus tiranías,
Ni el insano rigor de sus crueldades
Ostenta en las florestas y alquerías;
En los pechos tambien de las deidades,
Y entre las ondas de las aguas frias
Del duro amor el insaciable fuego
Enciende con su flecha el niño ciego.

Por verde prado y suelo delicioso,
Que Flora esmalta con matiz divino,
Para unirse á Neptuno proceloso
El ancho Betis tuerce su camino.
Y á registrar su estado poderoso
Sacó la faz del seno cristalino
Una tarde tal vez, y acaso viera
A la zagala Adelfa en su ribera.

Sus ojos al momento el Númen ama,
Que le abrasaron con su dulce fuego,
Y ardiendo del amor en viva llama
Perdió la régia calma y el sosiego.
Su tierno pecho con la ausencia inflama,
Y á fuer de amante con humilde ruego
Sale á la orilla, y entre blandas flores
Así rendido explica sus amores.

MIRTILO.

Vuelve ¡oh mi sol! alegra esta ribera
Con pura luz de tus hermosos ojos.
Torna, zagala, tu crueldad no quiera
Con desdenes causarme mas enojos.
Ven á gozar tranquila y placentera,
A tus plantas rendida por despojos,
De mi riqueza la abundante fuente,
Que para tí la guardo solamente.

No nacen en mi orilla carrizales,
Ni frágiles elechos, ni espadaña;
Mosqueteros y mirtos y rosales
Son los que mi corriente copia y baña.
Sáuces, olmos, laureles eternales
Pueblan en vez de la flexible caña
Mi alegre márgen, que en mi regio asiento
Jamás groseros vástagos consiento.

Jacintos y claveles carmesíes,
Rojos carmines, blancas azucenas,
Morados lirios, jaldes alhelíes,
Frondosas parras, frígidas verbenas,
Y maravillas, gualdas y turquíes
Esmaltan mis dos márgenes amenas,
Que desde el punto que tu ausencia vieron
Mustias quedaron, su esplendor perdieron.

Por lo mejor de Hesperia se derrama
Mi corriente feliz, en todo el mundo
Mi poder suena y mi esplendente fama,
Igual á la del piélago profundo.
En cuanto ve del sol la eterna llama
Respétase mi nombre sin segundo:
Y humildes el ocaso y el oriente
Me dan tributo de metal luciente.

Al mismo mar no cedo en poderío,
Que si enojado con mi corva orilla
Salgo, cual suelo por Diciembre frio,
El monte enhiesto á mi furor se humilla.
A mi rugiente y espumoso brio
Tiembla asustada la imperial Sevilla,
Y el pino, que es honor de la montaña,
Vuelco en mi espuma como frágil caña.

En medio de mi frígida corriente
De fábrica divina es mi palacio:
Son las columnas plata refulgente,
Son las cornisas nácar y topacio.

Y la soberbia bóveda eminente
Que cierra en torno el atrevido espacio
Follajes de carámbano, guirnaldas
Donde brillan turquesas y esmeraldas.

Mis arenas copiosas de abalorio
Y de cándidas perlas y corales:
De los dioses asisto al consistorio,
Que no son mas que yo, son mis iguales.
No es mi poder, cual juzgas, transitorio,
Que en las altas esferas celestiales,
Donde Júpiter mora sobre el viento,
Tambien como inmortal tengo mi asiento.

¿Mas qué es esto sin tí, linda pastora?
¿Qué es esto sin gozar de tus caricias?
Todo por tí lo abandonára ahora
Que en tu amor solo cifro mis delicias.
Zagala, ven: atiende al que te adora,
¿Por qué mi amor ingrata desperdicias?...
¡Ay cuántas ninfas por lograrlo hicieran
Mi gusto, y por felices se tuvieran!

Aglaura, la graciosa Deyopea
El dulce amor que te consagro envidian,
Y unidas con la blanca Galatea
Para ablandarme de consuno lidian:
Mas como amarte mi destino sea,
Sus importunaciones me fastidian:
Harto lo advierten, llóranlo, y cansadas
Se esconden en mis selvas apartadas.

Ven, responde á mi amor... ¿Amas las flores?
Mi márgen con tu luz esclarecida
Te las dará tan lindas en colores
Como tu gusto ó tu capricho pida,
El aura inundarán con sus olores,
Y si de ellas tu frente veo ceñida,
Despreciaré las que desparce Flora,
Las que en el seno brillan de la aurora.

¿Te divierte el cazar? Un bosque umbroso
Consagraré á tu nombre, donde halles
El ágil ciervo, el javalí espumoso,
Mejor que de las sierras en los valles:
Do jamás entre el sátiro amoroso,
Y de altos olmos en torcidas calles
Las tórtolas amantes aprisiones,
O al descanso tranquila te abandones.

¿Quieres mando y poder? Tuyo es el mio.
¿Quieres nombre inmortal, eterna fama?
Los dulces cisnes que en mi curso frio
El fuego excelso de Helicon inflama,
De su canto sublime al poderío
Tu nombre harán eterno, y esta llama
En que ardo yo por tí... ¿Mas no respondes,
Y á mi cariño y á mi afan te escondes?...

Ten lástima, cruel, de un desdichado
A quien arrebataste su sosiego;
Ven á ser la señora de mi estado,
Ven á gozar de mi cariño el fuego:
Si mi excelso poder no te ha obligado,
Muévate el escuchar mi humilde ruego:
Cáusete compasion mi tierno llanto,
Oye al menos las quejas de mi canto.

LAURISO.

Así cantaba el Dios, su amarga pena
Comunicaba al apacible viento,
Los altos olmos de la orilla amena
Mostrábanse movidos del lamento;
El aura leve de fragancia llena
No causaba en las hojas movimiento,
Y los azules peces se paraban
Y los dulces amores escuchaban.

Una tarde tal vez, que de amaranto
Los celajes levísimos tiñera
Febo desde occidente, el dulce llanto
Betis y el blando ruego repitiera:

Cuando el hermoso objeto de su canto
Dejóse ver en la feraz ribera,
Rozagante llenándose la falda
De flores, para hacer una guirnalda.

En la ya mustia y marchitada orilla,
Al ver la linda faz de Adelfa hermosa,
Con nueva y pura luz el aura brilla,
Se engalana la selva silenciosa,
Brota el suelo á su planta manzanilla,
Y la azucena y la purpúrea rosa
Tornan á demostrar su nieve y grana,
Cual si vieran la luz de la mañana.

El manso aliento de Favonio blando
Tornó halagüeño á conmover las flores,
Y las graciosas alas agitando
Esparció los balsámicos olores.
El amoroso ruiseñor, juzgando
Que tornaban de nuevo los albores
Que dan principio al esplendente dia,
Sus trinos deliciosos repetia.

Mírala Betis, torna al llanto luego,
Y la inocente Adelfa se sonroja,
Y el dios ardiendo en insaciable fuego,
Tanta esquivez y ceño le acongoja:
Y al ver que nada alcanza con el ruego,
Y que la ingrata con su amor se enoja,
Grabó la planta en la mojada arena
Hollando el amaranto y la verbena.

« Por fuerza, dice, me querrás, pastora,
Que yo sabré domar tu ceño esquivo. »
Y tras ella con planta voladora
Corre veloz, en ademan altivo.
Adelfa al verlo cerca, triste llora,
Y apresura su curso fugitivo
Tímida, sin aliento, presurosa,
Cual huye del lebrel cierva medrosa.

Y viendo que la alcanza el dios, alzando
Ambas manos al cielo: «Diana, dice,
Que los montes y selvas fatigando
Tu labio al torpe forzador maldice:
Recuerda que me ves entre tu bando,
Sé escudo impenetrable á esta infelice.»
La diosa oyó su ruego, socorrióla,
Y en la flor de su nombre convirtióla.

En esa flor hermosa que conserva
Triste la faz, la condicion esquiva;
Bella á los ojos y apacible yerba,
Mas lleno el tallo de ponzoña activa;
Graciosa de color, de gusto acerba,
Del sol resiste la calor estiva;
No la pace el ganado, ni las aves
Desde ella entonan cánticos süaves.

POETA.

Esta fué, bella Olimpia idolatrada,
La cancion que entonaron los pastores
Mientras la vega estuvo marchitada
Del sol con los radiantes resplandores,
Y viendo que la siesta era pasada,
Coronados de lauro, mirto y flores,
Con amorosa muestra se abrazaron,
Y aquel sombroso sitio abandonaron.

1819.

CANTILENA.

¿Ves, adorada Olimpia,
Cuan fugaz y ligero
Saturno inexorable
Apresura su vuelo?

A su aspecto sañudo
Todo pasa cual sueño,
Que nada se resiste
A su furor tremendo.

Ríndese el necio orgullo
De los hombres soberbios,
Ríndese el podcrío,
Ríndese el alto imperio.

Altivos edificios,
Y pomposos trofeos,
Saber, fortuna, gloria,
Todo lo hunde violento.

Montañas en llanuras,
Ciudades en desiertos
A su impulso se tornan,
Se cambian á su esfuerzo:

Mares en ricos prados,
Prados en mar inmenso:
Todo, todo á su curso
Está, Olimpia, sujeto.

Todo lo está a su furia,
Mas no lo está mi pecho,
Ni el amor ardoroso
En que por tí me quemo.

Deslízanse las horas,
Los dias van huyendo,
Corren con paso mudo
Los deleznables tiempos.

Y yo firme te adoro,
Y en mas voraz incendio,
Cada instante abrasarse
Mi corazon advierto.

Tal vez el tuyo ingrato
Convertiráse en hielo,
Te cansará mi lloro,
Verásme con desprecio.

Odiarás mi memoria,
Serás ¡ay! de otro dueño:
Y yo triste, y constante,
Me abrasaré en tu fuego.

A climas apartados
Me arrastrará violento
El destino terrible,
O acaso mi despecho:

Y ausente de tus ojos,
Y de tu encanto lejos,
Te amaré desdichado,
Por tí arderá mi pecho.

La vejez enojosa
Vendrá con paso lento
Marchitando las flores
Que hora son tu recreo:

Las ilusiones dulces,
Los goces placenteros,
De su rugosa frente
Huirán, y de su ceño.

Blancos cual nieve pura
Tornará mis cabellos,
Y por tí, Olimpia mia,
Se abrasará mi pecho.

La muerte inexorable
Con su brazo de hierro
Segará mi garganta,
Me hundirá en largo sueño:

Y el alma separada
De mi infelice cuerpo,
Te adorará por siempre
Con un amor eterno.

Y en la callada noche,
Cuando reina el sosiego,
De la argentada luna
Al pálido reflejo,

Vendrá, ya leve sombra,
En las alas del viento,
De Tajo venturoso
A los bosques amenos:

Y con hondo alarido,
Perturbando el silencio
De las tranquilas horas
De reposo y de miedo,

Olimpia, Olimpia amada,
Dirá, y oirálo el eco,
Entorno el aura dulce
Olimpia repitiendo.

1819.

SONETO.

Por mas que el Noto silbador pelea
Con el añoso roble, que eminente
Alza en la selva la pomposa frente,
Vana es la fuerza que en troncharlo emplea.

Por mas que el mar horrísono blanquea
Contrastando la roca permanente,
Su inmoble resistir firme y valiente
Muestra cuán vano el combatirla sea.

Así al suspiro de mi ardiente boca
Miro á mi Aspasia en roble convertida,
Y á mi llorar en inmutable roca.

Y antes acabará mi triste vida
La desesperacion que en mí provoca,
Que logre verla á mi pasion rendida.

1819.

LAMENTO NOCTURNO.

Noche serena y pura,
Y vosotras, ¡oh estrellas!
Que brillais en el cielo vagaroso,
Desde la inmensa altura
Trémulas luces bellas
Al suelo dando, y plácido reposo:
Si el llanto congojoso
De amantes desdichados
Escuchais compasivas,
Atended ¡ay! las vivas
Penas que me devoran, y cuidados:
Vereis ¡oh cruda suerte!
Que amo, y amado soy, y ánsio la muerte.

Y tú, luna argentada,
Que blanca resplandeces,
Húmeda, y silenciosa, y sola, y fria
En tu rueda elevada,
Y la nieve esclareces
De las cercanas cumbres de Fonfria;
Tú, que á la diosa mia
Lánguida te asemejas,
Y tú, que amada fuiste,
Y que tambien vertiste
Llanto de amor en angustiadas quejas;
Oye, que el manso viento
Te llevará en sus alas mi lamento.

¡Ay que en el pecho mio
La mas vehemente llama
Arde, que ardió jamás en pecho humano:
La que en su poderío
Con mas rigor inflama
La ardiente flecha del amor tirano!

Y el dueño soberano
Por quien me abraso y muero,
No esquivo y desdeñoso,
Sino blando, amoroso,
Cual yo, siente el ardor del niño fiero,
Y ambos nos abrasamos,
Y en un mar de desdichas naufragamos.

La horrenda tiranía
De los hombres crueles
Frustra las miras del benigno cielo,
Y en mísera agonía
Pone dos almas fieles,
Que en amarse cifraban su desvelo,
Y en llanto y desconsuelo
Las hunde airada y fiera,
Y bárbara se aplace
Al mirar cual deshace
Los lazos que natura entretegiera,
Siempre contradiciendo
Sus sábias miras, con rigor tremendo.

¿Y puede algun contento
Gozar el pecho mio?...
Juzgadlo vos, del cielo lumbres claras,
Que escuchais mi lamento,
En vuestro cerco frio,
Compadecidas de mis penas raras.
Amor, si incienso y aras
Te elevan los humanos,
Y cual Dios los admites,
¿Por qué, dime, permites
Que manden en tu fuego los tiranos,
Robándote caricias,
Y tornando tormentos tus delicias?

Avecillas dichosas,
Que en vuestro pobre nido
Hallais á vuestro gusto compañía,
Y tiernas, y amorosas,
Sueño no interrumpido

Gozais tranquilas hasta el nuevo dia;
Sin que la fuerza impía
A entregar os obligue,
Con bárbaros rigores,
Vuestros dulces amores,
A quien os tiraniza y os persigue:
Vosotras, de mi pena
Juzgad, y del dolor que me enagena.

¡Oh yedras fortunadas!
En el bosque sombroso
Libres naceis, y libres os es dado
Buscar enamoradas,
El árbol generoso,
Que ha de verse con vos engalanado:
Y el tronco bienhadado
Abrazais cariñosas,
Sin que el poder sañudo
Os obligue á otro nudo,
Y así creceis lozanas y pomposas,
Siendo en las soledades
Ejemplo del amor largas edades.

Mas ¡ah! que ya el oriente
La soñolienta aurora
Esmalta, con sus puros rayos de oro,
Y de púrpura ardiente
Los celajes colora,
Y aun inunda mi faz amargo lloro.
Ya huye el alto coro
De lustrosas estrellas,
Que oyeron mi agonía:
Pero aunque venga el dia,
¿Pueden cesar mis ásperas querellas?
¡Ay! jamás mi quebranto
Puede aliviarse, ni cesar mi llanto.

1819.

ROMANCE CORTO.

Apacible rio,
Venturoso Tajo,
Que por la ancha vega
Te deslizas manso,
Deten tu corriente,
Retarda tu paso,
Y de estos jardines
Goza los halagos.
Mira que en Toledo
Te están aguardando,
Armados de furia
Desnudos peñascos,
Que romper desean
Tus cristales claros.
¿A qué te apresuras
Por ir á encontrarlos?...
Detente, detente;
¿No ves cuán lozanos
Los olmos pomposos,
Los tilos y lauros
Sus hojas te ofrecen,
Te tienden sus ramos,
De sombra te cubren,
Te brindan descanso?
Si tantas caricias
No bastan acaso
A parar tus aguas,
Venturoso Tajo,
Saca el pecho fuera,
Y el cabello cano
De musgo y corales,
Y flores ornado:
Verás la belleza

Del bien que idolatro.
Verás á mi Olimpia
Gallarda triscando
Por estos vergeles,
Florestas y prados.
Y al ver de sus ojos
Los ardientes rayos,
Que vencen la lumbre
Del rey de los astros,
Su boca risueña,
Su pecho nevado,
Su cándido cuello,
Su talle gallardo;
Detendrás gozoso
Tus raudales mansos,
Y el rico tributo
Que das á Oceano;
Por verla, admirarla,
Gozar sus encantos,
Rendirle tus dones,
Llamarte su esclavo.

1819.

ROMANCE.

¿Por qué pretendes, ingrata,
Que se esparzan por el viento
De mi labio las canciones,
Y de mi lira los ecos?

¿Cómo ha de cantar quien vive
Condenado á llanto eterno?
Canten los que son dichosos,
Lloren los que no en silencio.

¿Son por ventura los dias,
Son los felices momentos,
En que embebida escuchabas
Mis amores y mis versos?...

¿Son las horas fortunadas,
En que en dulce llama ardiendo,
Por mí lloraron tus ojos,
Por mí palpitó tu seno?

¿Son los instantes de gloria,
En que todo el universo,
Envidiando mis fortunas,
Las contemplaba con ceño?...

¿Son por dicha?... ¡Oh Dios!... Perdona:
No sé si son, ó si fueron,
Tu corazon te lo diga,
Pregúntaselo á tu pecho.

Si no son... ¡horrible idea!
Antes, retumbando el trueno,
Lance sobre mí cuitado
La llama voraz del cielo.

Si no son, mira y contempla
El mar de horrores inmenso,
En que sumerges mi vida,
De mis amores en premio.

Mira do están tus promesas,
Do tus amantes extremos,
Do tus lágrimas falaces,
Que tan felice me hicieron.

Y gózate en mis desdichas,
Si se cifra tu contento
En atormentar las almas,
Y en envenenar los pechos.

Y al escuchar en mi lira
Las canciones, que otro tiempo
Canté, de ilusiones dulces
De eterna ventura lleno;

Recuerda con risa amarga
Mi amor y delirio ciegos,
Y cuán feroz has jugado
Con mis firmes sentimientos.

1819.

LAMENTACION.

¡Ay! que en mi labio demudado y frio
El delicioso canto
Se torna sollozar, el crudo llanto
Inunda el pecho mio,
Y con trémula mano
Del arpa de marfil recorro en vano
Las dulces cuerdas de oro,
Que mudas no responden,
Y sus ecos esconden,
Tal vez medrosas de mi acerbo lloro.
¿Y qué, amable armonía,
Tu bálsamo süave así me niegas?
¡Oh! ven á consolar el alma mia.

¡Cuán tierna y grata en las frondosas vegas
De Tajo delicioso
Me prodigabas tu sonoro encanto:
Cuando á la par de mi tirano hermoso
Los vergeles y selvas recorria,
Al despertar la rozagante aurora,
Al vivo ardor del luminar del dia,
Al extender su tachonado manto
La noche sosegada,
Y al blanco brillo de apacible luna!

¡Ay, áspera fortuna,
Y cuán fugaces fueron
Las horas de placer!... Ellas volaron
Con ala rapidísima, y huyeron,
Y mi dicha y mi bien me arrebataron.
¿Y ya no son los plácidos instantes
De una ventura, que eternal creia?...
¿Los momentos pasaron
En que inundado de dulzor mi seno,
Del labio ardiente de mi bien bebia
Amor, delicias y fatal veneno?

¿No son?... ¿No tornarán?... ¡Horrible idea!..
Antes la muerte su guadaña vibre
Sobre mi cuello, y el amparo sea
Que de tormento tan atroz me libre.
No son, no tornarán; harto lo afirman
Tu aspereza y desden, ¡oh bella ingrata!
Ya no palpita tu divino pecho
Al escuchar mi voz, ya en dulce llama
No arden tus bellos ojos al mirarme
Temblando de congoja y de despecho.
El tedio por tus venas se derrama,
Y se pinta en tu ceño desdeñoso,
Cuando escuchas mi acento lastimoso;
Y te desdeñas ¡ay! de consolarme,
Y huyes de mi gemido,
Cual de sierpre maléfica al silbido.

¡Qué afan!... ¡Cielos! ¿Acaso
Mi constante pasion, mi fe sincera
Merecen premio tal?... Inadvertido
La ví, la amé, y el alma, el alma entera
Le dí, y el corazon... ¡Oh cuán dichoso
Al ser suyo me hallé!... ¡Cuando anhelante
Su pecho palpitante
Felicidad sin fin brindando al mio,
A sus blandas caricias
Un mar desconocido de delicias
Presentóse á mi ciego desvarío!...

En él ¡ ay ! me arrojé, y en él dichoso
Ví arder sus ojos de explendor vehemente,
El amoroso afan orlar su frente,
Y escuché de su labio purpurino :
¿ Quién ama como yo ? Jamás mi seno
Sintió cual siente de ventura lleno :
Tú eres el bien que me formó el destino.
Tales palabras mágicas brotaron
De la boca de Olimpia, y en mi pecho
Ciego delirio y perdicion sembraron.

Ciego delirio y perdicion. ¡ Ay triste !...
Su ardor y sus palabras, ¿ qué se han hecho ?
¿ Qué se han hecho?... ¿ Lo dudo?... Nunca : existe,
Y ellas viven tambien. Su labio hermoso
Jamás vertió el aroma ponzoñoso
De vil simulacion. Fiel me asegura
Que premia mi pasion sublime y pura,
Que me amará sin fin, y que algun dia...
¡ Oh ilusion que embriaga el alma mia !

Mas ¡ ay ! ¿ Si ella me adora,
Si mi felicidad solo es su anhelo,
Qué turba ¡ oh Dios ! su faz encantadora ?
¿ Qué motiva su llanto y su desvelo ?
Tal vez le mueven mis amargas penas,
Tal vez enjuga mi abundante lloro,
Me prodiga caricias,
Renueva mis delicias,
Fe constante me jura,
De su amor me asegura,
Soy dichoso un instante,
En guirnaldas se tornan mis cadenas,
Y á su amor me abandono palpitante ;
Cuando de pronto miro
Morir el fuego que en sus ojos brilla,
Marchitarse la rosa en su megilla,
Velar su frente el tedio, y un suspiro
En sus labios ¡ ay ! suena,
Ypor mas que advertida la refrena,

Alguna acerba lágrima aparece,
Que sepulta mi dicha, y me estremece.

¡Ah, qué cruel tormento!...
Mas ¿adónde me arrastra mi delirio,
Que en bárbaro martirio
Deslizarse las lentas horas siento?...
¡Ay!... ¡Olimpia!... Perdona mis querellas,
Y no te ofenda mi pasion con ellas.

1819.



Á OLIMPIA.

¡Ay! que mi pecho mísero te adora,
Y ardo como jamás por tí perdido,
Ingrata y hermosísima señora.

¿Y me abandonarás? ¿Y en hondo olvido
Sepultarás mi dicha, y los amores
Que tanto tiempo tu delicia han sido?

Tente, tente, cruel, y no las flores,
Que con mano afanosa cultivaste
Siegues hoy, despreciando sus colores.

No apagues ¡ay! la llama que cebaste
Tú misma, sí, tú misma con tu fuego,
Y que guardarla eterna me juraste.

Muévate á compasion mi humilde ruego,
Mi bárbaro penar, y el crudo llanto
Con que tus manos y tus plantas riego.

Mira como la fuerza del quebranto
Mi juventud agosta, y lentamente
Me arrastra hácia los reinos del espanto.

Mira sin lustre mi lozana frente,
Mi faz de angustia y palidez cubierta,
Y mi labio marchito y balbuciente.

Y en tan terrible turbacion no acierta
Mas que á gemir mi acongojado pecho,
Gemir que indignacion en tí despierta.

¡Oh terrible mujer!... ¿Y qué se han hecho
Tus promesas, tus lágrimas traidoras?
¿Qué fuerza nuestros lazos ha deshecho?

Pasaron ¡ay! fugaces voladoras
De encanto, de placer y de alegrías
Las fortunadas apacibles horas.

Huyeron ¡ay! los venturosos dias
En que anhelante, enardecida, loca,
Constancia sin igual me prometias:

En que escuchando de tu ardiente boca
Tanto amor, tan sagrado juramento,
Te juzgaba mas firme que la roca.

Y levantaba osado el pensamiento
Á un delicioso porvenir, fundando
Altas soberbias torres en el viento.

¿Mas para qué mi mente recordando
Aquellas ilusiones engañosas,
Está mis crudas penas agravando?

¿Por qué intento con quejas lastimosas
Lograr, beldad cruel, que no desvies
De mí tu amor y gracias deliciosas?

¿Si desprecias mi acento, y te sonries
¡Oh bárbara crueldad! al llanto mio,
Y de tu triunfo con placer te engries?

¡Tirano amor!... ¡Ah ciego desvario!...
¿Do apagaré este ardor que me devora?...
¿Dónde huiré, dónde de tu ceño impío?

¿Iré tal vez con planta voladora
A la Zembla polar al sol vedada,
Do noche eterna entre las nieves mora?

¡Ay! que el rigor de aquella mar helada
No templará mi fuego : en sus riberas
Arderá mi pasion infortunada.

¿En frágil nave surcaré las fieras
Aguas del ponto horrísono y rugiente,
Despreciando sus ondas altaneras?

En el desierto mar, del Occidente
En las remotas playas solo amarte
Y quejarse sabrá mi pecho ardiente.

¿Cuál es del orbe extenso aquella parte
Do tu amor no me siga y tus rigores;
Do logre ¡ay Dios! del corazon lanzarte?

Huiré, cual de los duros cazadores
Cierva infeliz, á quien taladra el seno
Enhervolada flecha entre dolores,

Que huye, y su daño aumenta, y el veneno
En las entrañas lleva, y de gemidos
En vano deja el bosque oscuro lleno.

Muerte, muerte y no mas. Encrudecidos
Tal remedio los hados me presentan,
Y sus decretos se verán cumplidos.

Tus altivos rigores, que se aumentan
A la par de mi fuego inextinguible,
Las penas, que en mi pecho se alimentan,

Ya me arrastran con fuerza irresistible
Al seno oscuro de la tierra fria,
De eterno sueño á la mansion terrible.

Sáciese tu crueldad y saña impía:
Pronto verá mi tumba esta ribera,
Que engañada envidió la dicha mia.

Y condolidos de mi suerte fiera
Entonarán sobre ella los pastores
Cánticos mil con lira lastimera.

Y esparcirán piadosos blandas flores
Y *aquí*, llorando exclamarán, *reposa*
Una inocente víctima de amores.

Y entonces tú contenta y orgullosa,
Y con tu triunfo bárbaro engreida,
De mi sepulcro rústico la losa
Vendrás á hollar con planta envanecida.

1819.

SONETO.

Lauro y triunfos consiga el ambicioso,
Que de viudez y de orfandad seguido,
Dejando el orbe en llanto sumergido,
Sirve á Marte sañudo y horroroso.

A costa de su sueño y su reposo
Gócese el vil tirano en el gemido
Del miserable, que á sus piés rendido
Le acata, y le maldice rencoroso.

Logre un mar de riqueza inagotable,
Pues que riqueza inútil solo adora,
El avaro mezquino y detestable:

Y déjenme gozar de mi señora
Los dulces ojos, la sonrisa amable,
Y el brillo de su faz encantadora.

1819.

BREVEDAD DE LA VIDA.

De flores odorantes coronada,
De Zéfiro en las alas vagarosas
Viene la rozagante primavera
De la gallarda Flora acompañada.
Matízase risueña la pradera,
Brota amarantos, lirios y claveles,
Abre su seno cándido la rosa,
Se engalanan florestas y vergeles,
Los árboles pomposos se coronan
De frescas hojas y canoras aves,
Que dulces himnos á la luz entonan,
Llenando el aura de sus trinos suaves.

En pos el seco estío
Marchitando los campos aparece,
Y el don de Ceres ardoroso tuesta,
Retarda el paso el impetuoso rio,
Y amarillea en torno la floresta.
La selva mas repuesta
Busca el ganado con sediento anhelo,
Que el padre de la luz el viento inflama,
Marchita flor y rama,
Y lanza sus ardores contra el suelo.

Viene luego gozoso
El otoño ostentando sus racimos:
El huerto delicioso
Rinde frutos opimos
A Priapo y Pomona,
De pámpanos hermosos se corona
La Bacante gallarda, corre, y canta,
El tirso revolviendo,
Los cabellos al aire desparciendo,
Y el prado huella con lasciva planta.

Mas ¡ ay ! En pos sañudo
Con faz marchita, y con rugosa frente,
Llega el invierno crudo
En los brazos del ábrego rugiente,
Que de sus pardas alas
Granizo aterrador sacude al suelo.
El prado abruma de herizado hielo,
El monte oculta entre tronantes nubes
La cumbre helada que luciente brilla.
Desnudo de su pompa el bosque umbroso
Se encorva al peso de la intensa nieve;
Y el Betis orgulloso
Rompe altanero por su corva orilla
Emulo de Neptuno proceloso,
Y soberbio se atreve
A las nobles almenas de Sevilla;
Y ganados, y chozas, y pastores,
Y antiguos puentes, y robustos pinos,
Barcas y pescadores
Arrastra horrendo en raudos remolinos.

¿Qué se hicieron las flores odorantes
De la lozana hermosa primavera?
¿ Qué las espigas del fecundo estío?
¿ Qué de otoño las frutas abundantes?
¿ Es esta ¡ oh Dios! es esta la pradera
Que tan risueña estuvo? ¿ Es este el rio,
Que afable vi jugar en sus orillas,
Con güaldas y moradas florecillas?

Sí, Dalmiro, estos son: así girando
Los dias sin cesar lo mudan todo,
Y van las estaciones alternando.
¿ Pero que importa que en vejez la tierra
Llore su brillo y su verdor deshecho
Por las lluvias, y hielos, y huracanes,
Que con tanto rigor le mueven guerra?
Pronto se amansarán, y satisfecho
De su furia el invierno
Renacerá la hermosa primavera,

Y tornarán los deliciosos dias,
Y brillará apacible el claro cielo,
Y cobrará su juventud primera
Regocijado el suelo :
Que eternas nunca son las nieves frias.

No así las estaciones presurosas
De la vida infeliz de los humanos,
Por mas que los halague la fortuna,
Se renuevan tambien. ¡ Ay ! prestas huyen
Para nunca tornar ! Las deliciosas
Risas, y dulces juegos de la cuna
Vuelan fugaces sin volver : las gracias
De la primera edad desparecen ;
El entusiasmo, el fuego que engrandecen
La juventud lozana,
Se disipan cual sombra á la mañana,
Y nunca tornan á brillar. ¡ Ay ! nunca.
Las dulces ilusiones,
Que encantan los sensibles corazones,
Y un mar inmenso de delicia ofrecen,
¡Cielos! Tambien perecen
De la vejez al ceño rigoroso,
Que con brazo de hielo,
Los encantos que hicieron delicioso
A nuestra vista el existir deshace :
Y rasga el grato velo,
Y horrenda se complace
En mostrarnos de espinas herizado
El mundo, y de maldades habitado.

¡Y es tan corto el espacio, oh cruda suerte,
Que media entre las risas placenteras
De la cuna inocente, y los horrores
De la torva vejez ! Dalmiro, advierte
Cuál las horas deslízanse lijeras,
Llevando en pos de nuestra edad las flores.
Apenas ¡ay! la primavera hermosa
De alegre juventud gozar me es dado,
Y ya de mí se aleja presurosa...

Detente por piedad... ¡Ah!... no me atiende
Y huye, y lejos de mí su vuelo tiende,
Y se apresuran á correr los dias,
Y van con ellos las delicias mias.

1819.



Á OLIMPIA.

Arde el fogoso oriente
En púrpura bañado
Con la encendida luz del nuevo dia,
Y la aurora explendente
Sale del mar sagrado
Ostentando su encanto y gallardía;
La crencha de ambrosía
Celestial empapada
Desparce al viento vago,
Vuela al risueño halago
De Favonio su veste engalanada:
Y te mira envidiosa,
Que eres tú mas lozana y mas hermosa.

En tu frente serena
Nace y cándida brilla
La dulce y pura luz de la mañana:
La nieve y la azucena
Esmaltan tu mejilla,
Templando el fuego de la tiria grana.
Tu boca soberana
Vence á la blanda rosa,
Que abre el preciado seno
De frescas perlas lleno,
Y de suave fragancia deliciosa:
Y y si Febo aparece
La lumbre de tus ojos lo oscurece.

Y la celeste llama,
Por cuyo robo gime
El aherrojado Prometeo, ¿dónde
Mas luciente se inflama
Que en esa alma sublime,
Tanto que á tu belleza corresponde?
¿Qué á tu ingénio se esconde
Del piélago profundo
Del gran saber humano?
Regir tu hermosa mano
Debiera el cetro del extenso mundo,
Encantador portento
De gracia y de beldad, y entendimiento.

¡Oh si grato el destino
Pulsar me concediera
De Terpandro la cítara sonora,
Y aquel estro divino
En mi pecho encendiera,
Que aventaja á la lumbre de la aurora!
Mi voz encantadora
El orbe llenaria,
Tal vez sobrepujando
A la que resonando
En los labios de Píndaro algun dia
De Grecia en las ciudades,
Aun dura combatiendo á las edades.

Entonces, solo entonces
De entonar me juzgára
Digno tu nombre, que rendido adoro.
Y eterno cual los bronces
Mi acento resonára,
Cantando de tus gracias el tesoro.
Y el sacrosanto coro
De la Eliconia cumbre
Se humillára á mi canto
Y se escuchára en cuanto
Regocija del sol la viva lumbre:
Y desde los triones
Al sur se difundieran mis canciones.

Mas ¡ ah ! que al comtemplarte
Engrandecerme siento,
Y el fuego que en mi pecho amor enciende
Me anima ya á nombrarte,
Y á tu nombre mi acento
Por el espacio fúlgido se extiende.
Ya mis ojos no ofende
Del sol la lumbre pura,
Y los vientos me llevan
Entre celajes á la inmensa altura,
Do mi lira brillando
De Iperion la luz está ofuscando.

Y á tu encanto divino
Giro el espacio leve,
Esparciendo tu gloria al ancho mundo.
El enhiesto Apenino,
Señor de eterna nieve,
Resuena ya á mi voz. El mar profundo
Tu nombre sin segundo
Hervoroso repite.
Erídano sonando,
Y tu beldad cantando,
Deslizaráse al seno de Anfitrite:
Y el Tiber tus loores
Escuchará envidiando mis amores.

Y pues tu nombre solo
Tan alto me sublima,
Ilustre y hermosísima señora,
Que el rutilante Apolo
En la parnásea cima
Celoso escucha ya mi voz sonora;
Pues de la destructora
Segur del tiempo airado
Por tí libre se mira
Mi humilde y ruda lira,
Ceñida en torno de laurel sagrado;
Solo se escuche en ello
Tu nombre y mi pasion, Olimpia bella.

1820.

Á LAS SIEMPREVIVAS.

Salve, divinas flores,
Que ornais la mas gallarda y linda frente,
Que el sol mira en su curso dilatado:
Salve, y gratas oid vuestros loores,
Que hoy esparce mi labio al puro ambiente.
Así jamás airado
Con vosotras el dueño idolatrado,
Que os escogió para su adorno bello,
Os separe del nítido cabello,
Do brillais gloriosas
Con pompa vuestra y con envídia mia,
Perpétuas venturosas,
Encanto de mi ardiente fantasía.

¿Y qué dichoso amante
Os puede ver sin anhelar ¡oh flores!
Que á vuestra duracion sea semejante
La de sus placidísimos amores?
Sí, hermosas siemprevivas,
No sujetas del tiempo á los rigores
Ni al vuelo de las horas fugitivas.

Apacibles, serenas
Ostentais la beldad que os dió natura,
A la par de la rosa fresca y pura,
De lirios y fragantes azucenas,
Y del clavel ardiente,
Emulo de la llama refulgente,
Y de las otras flores variadas,
Que esmaltan los verjeles y enramadas;
Y tal vez todas con desden os miran,
Porque os negára Flora

El brillo y los balsámicos olores
De sus graciosas alas,
Y las risueñas galas,
Que pomposas ostentan y colores.

Mas ¡ah qué necio orgullo y ufanía!
Comparen su beldad fugaz y leve
Con vuestra eternidad; un plazo breve,
El del mas corto y pasajero dia,
Ve nacer, y morir á las mas de ellas;
Y las que acaso porque no tan bellas
Ni encantadoras son, tienen del cielo
Mas larga vida y dilatado vuelo,
O del cierzo helador al silbo horrendo,
U al granizo tremendo,
Y á las nieves esquivas,
Y á la aspereza del Diciembre frio,
U á los áridos soplos del estío
Mueren al fin.—¿Y cuál, oh siemprevivas,
Por mas amada que de Flora sea,
Y mas aroma y resplandor posea,
Conserva su matiz puro y lozano,
Si de su débil tallo el rudo viento
La separa violento,
U alguna dura y despiadada mano?
Solo en vosotras tal poder se encierra
¡Oh predilectas hijas de la tierra!

Naceis y no morís... ¡Ah! Mi ventura
Será eterna cual vos?—Vosotras solo
Naceis y no morís. Por esto acaso
Mi Olimpia idolatrada
Para adornar su espléndida hermosura,
Que no se admira igual de polo á polo,
Os prefirió advertida;
Y os concedió su frente delicada
En guirnalda lucida
Placenteras ceñir; y os dió á su seno
De viva lumbre y de ternura lleno,
Donde os miro dichosas

Envidiables latir y arder. Decidme,
Decidme... ¿Mi ventura
Es tal, que sois emblema glorïoso,
Emblema que mis dichas asegura,
De la constancia de su pecho hermoso?

En él vive mi amor... Cual vos eterno
Jamás se apagará?... Divinas flores,
Flores encantadoras,
¡Ay! servidle de ejemplo á todas horas,
Y no marchite el tiempo los amores,
Que son del alma mia,
El afan, el encanto y la alegría.

Madrid, 1820.

Á OLIMPIA.

Olimpia, ¿dónde estás?... En vano, en vano
Mis ojos llenos de abundante lloro
Ansiosos en buscarte se fatigan,
Que no te ven. Mi labio balbuciente
Con alto acento sin cesar te nombra,
Y no respondes. ¡Ay!... Corro anhelante,
Y de un secreto impulso arrebatado,
Llego tal vez al sitio en que descuella
Tu soberbia mansion, y á las paredes,
Que tu ternura y mis delicias vieron
Les pregunto por tí. Recorro en torno
Su recinto exterior, y al ver cerradas
Las altas puertas por do tantas veces
Entré ardiendo en amor, con pié turbado
A adorar tu beldad exclarecida;

Y al notar el silencio pavoroso
Que dentro reina, y al mirar las losas
De do arrancando la sonante rueda
Te alejó á mi cariño ; el crudo llanto
Mi faz inunda y mi angustiado pecho.
Y mis trémulos miembros desfallecen,
Hielo mortal discurre por mis venas,
Y giro en derredor la vista, y solo
Me encuentro en ciega y espantosa noche,
Y en yerma soledad. ¿ Qué es el bullicio
Del numeroso pueblo, que estas calles
Y plazas llena, y afanoso ocupa
Pórticos y talleres? ¿ Qué es su estruendo
Al ausente amador? Silencio mudo
Que ni hiere su triste fantasía,
Ni despertarle logra del letargo
En que se encuentra el triste sumergido.
¿ Qué es ¡ ay ! la luz del sol, cuando á su lumbre
No gozo de tu vista encantadora?...
¡ Cómo agradable su explendor divino
Era á mi corazon, cuando anhelaba
Que ardiera en el zénit, para dichoso
A tus plantas volar, mi amor pintarte,
Disfrutar tus caricias deliciosas,
Y ora á tu lado en las frondosas selvas
Ardoroso vagar, ó los liceos
Contigo recorrer, ó bien cobarde
Examinar tu expléndida belleza,
Y cual vive esculpida aquí en mi pecho,
Al lienzo trasladarla, el amor mismo
Grato mi mente y mi pincel guiando!
¡ Ay ! á tu lado, en tu presencia hermosa,
Escuchando tu acento donde brilla
La gracia y discrecion, ¡ cuán dulcemente
Se deslizaban horas apacibles
De gozo y de placer! Risueñas horas,
¿Dónde os podré encontrar?... ¿Y dónde ¡oh cielos!
Aquel sabroso y celestial encanto,
Que por todas mis venas discurria
Al verla, al admirarla? ¿ Dónde el dulce

Palpitar de mi pecho, y de mi labio
La timidez cuando turbado, ardiente,
Te adoro, en voz sumisa pronunciaba?...
¿Dónde los juegos, dónde los halagos?
¿Do las riñas de amor, que pasajeras
Como las nubes del sediento estío,
Daban doble valor á las delicias,
Que en pos mi dicha sin igual colmaban?
¡Oh momentos de encanto y de ventura!
¿Cuándo á mí tornareis?... Dulces momentos,
Momentos deliciosos, ¿acompaña
Vuestra memoria, por mi bien, á Olimpia;
Y en tanto que en lijero y raudo curso
El campo corre, los collados pasa,
Cruza los rios y de mí se aleja,
Vuestra memoria y la memoria mia
Llenan su corazon, su pecho ocupan,
Y atrás le hacen volver los ojos bellos
Turbios de llanto, y anhelar que un poco
Se retarde la rápida carrera?

¿Y lo debo dudar?... ¡Ay! Aun sonando
En mi abatida mente está el gemido
Que al viento dió mi Olimpia al despedirse
De mis amantes brazos... Blanca luna,
Tú nos viste, tú sola compasiva
En trance tan cruel, y en lloro amargo
Y en un mar de dolor ¡ay! sumergidos.
Tú escuchastes su amor y sus palabras,
Y tú sus ardorosos juramentos;
Y su divino labio nunca supo
Engañar, ni fingir. Sí, tú nos viste
Separarnos ¡oh Dios!... A pocas horas
El destino feroz embravecido
Me arrebató á mi Olimpia, y en pos de ella
Todo mi bien y la ventura mia.
Y en mi confuso y abismado seno
Vertió el negro raudal de la amargura.

Riberas del humilde Manzanares,
Do la primera vez la viva lumbre

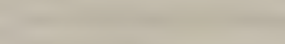
De sus ojos gocé : si visteis gratas
Nacer esta pasion pura y eterna
En que me abraso mísero ; si afables
Visteis mi ardiente amor recompensado,
Y á mí, felice de mi hermoso dueño
Al lado encantador, de lindas flores
La frente orlada, y de festivo gozo
Y de dulces placeres rodeado ;
Vedme ahora solo, y demudado y yerto
Cual solitaria tórtola viuda,
Que en lo repuesto de la oscura selva
Llora su bien perdido, y mustia y sola
En la alta rama donde fué su dicha,
Su arrullo esparce y su gemido al viento,
Al débil rayo de menguante luna.
Ved trocados los plácidos cantares,
Con que un tiempo solaz os dí, en clamores
Llorando ausente de mi Olimpia amada ;
E invocar congojoso y despechado,
El agudo cuchillo de la muerte.

Mas ¿qué pronuncio?.. ¡Olimpia!.. ¿Do me arrastra
Mi afanoso penar? ¿Por qué pretendo
Acortar de mi vida la carrera,
De una vida que tengo consagrada
Solo á tu eterno amor : ¡ ah ! de una vida
Tuya, sí, toda tuya?... ¿Qué es la ausencia
Cuando se ama cual yo? ¿Qué es la distancia,
Cuando del dulce bien que el alma adora
Vive en el corazon la hermosa imágen,
Y á esperanzas dulcísimas se entrega
El constante amador? La áspera frente
Alza en medio del mar el firme escollo :
Giran en derredor de su ágria cima
Las borrascosas apiñadas nubes
Con horrísonos truenos retumbando,
Y sobre él lanzan las copiosas lluvias
Y el rayo abrasador : á combatirlo
Viene bramando el huracan sañudo,
Mientras hinchadas las rugientes olas

Embisten sus hondísimos cimientos:
Y él inmutable y fuerte no vacila,
Y permanece firme, levantando
Hasta los cielos la desnuda cumbre,
Y un siglo y otro siglo lo contempla
Triunfador de las furias de Océano,
Y de las sonorosas tempestades.
Tal mi pasion será; tal la firmeza
De mi constante enamorado pecho,
Formado solo para amar á Olimpia.
En vano el tiempo, en vano la distancia,
En vano los rigores de fortuna
Mi amor combatirán: arderá eterno,
Triunfando de la ausencia y del olvido.
Sí, separado de mi Olimpia amada
Invariable la amaré. Si al verme
Lejos de su beldad lloro, mi llanto
Me será de placer y de consuelo.
Suspiraré, y el viento vagaroso
Le llevará en sus alas mis suspiros.
Y por magia de amor, por misteriosa
Oculta simpatía á un mismo tiempo
Tal vez nuestros amantes corazones
Palpitarán: un pensamiento mismo
Llenará nuestras mentes: un anhelo
Arderá en nuestras almas, y los nudos
Con que amor nos unió, ni el cielo santo
Con todo su poder podrá romperlos.
Así entre ardientes ilusiones gratas,
Y entre recuerdos, pasarán las horas
De esta separacion; y en pos el dia,
El dia ansiado brillará, en que afable
El destino á mi Olimpia me devuelva.
En sus ardientes deliciosos brazos
Lograré el premio á la constancia mia,
Tornaré á ser feliz... ¡Dulce esperanza!
¡Esperanza que inunda el pecho mio
De encanto celestial!... Serás cumplida;
Mi Olimpia lo juró. Girad ¡oh cielos!
Girad apresurados, y traedme

Tan grato porvenir. Y tú entretanto
Quédate á Dios, oh cítara, que ufana
Cantaste mis dulcísimos amores,
Dando solaz á selvas y jardines
Y agradando feliz al bien que adoro.
Quédate á Dios pendiente de este lauro,
Que no oso ausente requerir tus cuerdas.
Quédate á Dios, y si amoroso viento
Te hiere, el nombre de mi Olimpia amada
Blandamente repite. Y nadie osado
Con mano impura á profanarte llegue.
Qué cuando vengan los risueños dias
En que torne mi bien á esta ribera,
Otra vez grata me darás tus sones,
Para cantar felice y envidiable,
Su constancia, y su amor, y mi ventura.

1820.



Á LA ADELFA.

¿Qué flor de cuantas pinta,
La primavera hermosa,
Y en sus jardines placentera ofrece,
Competir puede con la amable tinta,
Que en tu sencillo cerco resplandece,
Adelfa congojosa,
Pompa y adorno del ardiente estío?

Ostente en vano la risueña rosa
El juvenil matiz, cuando el rocío
Plácido borda su lozana frente;
El fragante clavel ostente en vano,
Orgulloso y ufano,

La viva llama que su tez colora;
Tu dulce y melancólica ternura
Mas vale que la expléndida hermosura,
Que á la rosa y clavel concede Flora.

Pues si al brillar en plácida alegría
Inspiran sus colores
Encanto delicioso;
Tú, ¡ oh reina de las flores!
Que adornan el verano,
Honda melancolía,
Gérmen del sentimiento y la poesía,
Das al que te contempla cuidadoso.
Rosa y clavel con presuroso vuelo
Nacen apenas cuando ven su muerte,
Y larga vida á tí te dió la suerte,
Por emblema tal vez del desconsuelo.

A tí te es dado hácia el sublime cielo
Alzar la noble frente coronada,
Del álamo pomposo
Emula, que en la orilla fortunada
Del gran Guadalquivir crece; tus hojas
Imitan las del lauro generoso,
Y á los rayos del sol no te acongojas,
Como le aviene al vulgo de las flores;
Antes cuando su llama
Por los tostados campos se derrama,
Naces, y ostentas puros tus colores.

Si niegas á las auras suave aliento,
Ni bañas con aroma delicioso
Su espacio vagaroso,
Eres gloria perpétua y ornamento
Del suelo afortunado que engalanas;
Y ni á las nieves canas
Del invierno rugoso y aterido,
Ni del cierzo al bramido
El verdor de tus ramas se marchita,
Ni tu tronco despojas
De lisos tallos y de verdes hojas.

¡Oh bella flor, amable, delicada
Que suspendes mi mente y la enagenas
Cuando vagando incierto,
Con alma atormentada
De infatigables penas,
Te encuentro solitaria en el desierto!
¡Oh linda flor, que encantas
Mi ardiente fantasía,
Cuando me llevan débiles mis plantas,
Ya al despuntar, ya al trasponer dél dia,
En busca de consuelo á los jardines!
.....¡Ay!... al mirar ansioso
Las breves alas de tu cerco hermoso,
Que amor, no amor risueño y fortunado,
Sino amor desdichado,
Tiñe en lánguida púrpura apacible,
¡Cuál palpita mi seno
De amargura, de afan, de penas lleno!

Córdoba, 1820.

SONETO.

ANTES DE PARTIR.

Ojos divinos, cuya lumbre pura
Mi pecho inflama, ilustra y exclarece,
Semblante celestial donde florece
La beldad, la inocencia y la dulzura,

Soberano conjunto y compostura,
Que mas que humano angélico parece,
Lozana juventud, que resplandece,
Y orna con gracias mil tanta hermosura:

¡Ay! si en la proscripcion y acerbo llanto
Que á mí infeliz eterno me prepara
La adversa suerte embravecida tanto,

De vuestra lumbre celestial gozára,
De vuestro hechizo y delicioso encanto
¡Cómo de la fortuna me burlára!

Gibraltar, 1823.

EL DESTERRADO.

¡Ay! Que surcando el mar en nave ajena
Huyo infelice de la patria mia,
Tal vez, ¡oh cruda inexorable suerte!
Para nunca volver... Aspero suena
El recio vendabal, y espira el dia.

¿Y qué á la nueva luz ya no he de verte,
Hermosa Hesperia? No: sañudo el viento
Me arrebata violento,
Y me aleja de tí. Ya no tus playas
Consolarán mis ojos, que anhelantes
Se perderán por las inmensas ondas...
Aquellas son las altas atalayas
De los Tartesios montes. No te escondas,
¡Oh sol! deten, deten tu carro de oro,
Detenlo por piedad, y no tu lumbre
Tan presto robes á la adusta cumbre
De las montañas del tostado moro.

Allí Cádiz, allí.—Salve alta cuna
De libertad, exclarecida roca
Do se estrelló la bélica fortuna
Del gran Napoleon: templo algun dia

De Pluto y de Citeres,
Emporio de riquezas y placeres,
Pompa y escudo de la patria mia:
Salve mil veces.—¡Pero cuán mudado
Lo mira el mar que lo adoró postrado,
Y cuán mudado yo!... Solo, desierto
Descubro el ancho puerto,
El fortísimo muro derruido,
Y al vago viento ¡oh mengua! desparcido
Pabellon extranjero en sus almenas
De silencio y pobreza y luto llenas.
¡Siglo de execracion! ¿Mas son aquellos
Apacibles collados
Los campos encantados,
Que de eterno verdor Flora entapiza,
Y por do Bétis claro se desliza?...
Mis ojos no me engañan: sí, son ellos:
Guadalquivir aquel. Yo te saludo,
Y yo te adoro, ¡oh rey de Andalucía!
Tu vista templa mi destino crudo,
Tu vista embarga ¡ay Dios! el alma mia.

La excelsa poderosa y régia frente
Ciñes de oliva y lauro: tu corriente
De Turdetania espacias en las vegas.
Doquier jardines deliciosos riegas.
Por lo mejor del mundo se dilata
Tu copioso raudal, y siempre el cielo
En tus cristales puro se retrata,
Que nunca enturbia ni entorpece el hielo.

¡Oh cuán ufano á la ancha mar te arrojas,
Tú que apacible mojas
Y reverberas en remansos puros
Los de Córdoba insigne antiguos muros!
En ellos ví del sol la luz primera,
En ellos apacible la fortuna
De oro y marfil me adormeció en la cuna.
¡Quién tan mudable entonces la creyera!
Allí inocente niño en tus orillas

Me viste recoger piedras pintadas,
Caracoles y hermosas florecillas:
Despues jóven lozano las pisadas
De ferviente bridon grabé en tu arena,
Recorriendo tus selvas encantadas.
Mayor despues mi cítara escuchastes
Cantando hazañas, ó llorando amores,
Y tal vez de mi acento te prendastes,
Y ceñiste mi sien de yedra y flores.

¡Ay, en tu márgen bella
Riqueza, amor, aplausos á porfia
Gocé, cuando mi estrella
Su adverso influjo pérfida escondia!
Claro Guadalquivir: tú que me viste
Anegado en placeres, ahora (advierte
Lo instable de la suerte)
Mírame pobre, desgraciado, triste,
Errante, peregrino,
Surcar el ponto huyendo sin destino.

Tal vez en tu ribera
Aun habrá quien lamente mi infortunio,
Compadeciendo mi desgracia fiera.
Y acaso entre tus ondas
Puede que algunas lágrimas escondas,
Que habrá la amistad santa derramado...
Al pronunciar mi nombre desdichado.

No mas, no mas: mi corazon mezquino
Se desgarra en mil ásperos tormentos
Y sucumbe al dolor. Amargo llanto
Turba mis ojos... ¿Pero ya qué importa,
Si nada pueden ver? Indiferente
El sol á mi anhelar y humilde ruego
Apagó ya su rutilante fuego
En los remotos mares de occidente...
Mas ¡ay! aun con placer hiere en mi oido
El estruendo lejano de las olas,
Que se estrellan con hórrido bramido
En las amadas costas españolas.

¡Oh patria! ¡Ingrata patria!... tú me arrojas
Con furor espantoso de tu seno,
Premiando así mi amor. Yo con mi sangre
Torné las mieses de tus campos rojas,
Y salpiqué con ella tu terreno,
Tu independencia y gloria sustentando.
Yo combatí constante contra el bando
Del fanatismo bárbaro y sañudo;
Y mi labio, aunque humilde, tal vez pudo,
Tu libertad preciosa defendiendo,
Hacer temblar al despotismo horrendo.
Plegue al destino que risueño un dia
Torne á brillar en que tu oprobio veas,
Y libre y grande y venturosa seas,
Mientras yo errante tu ignominia lloro,
Y huyendo ¡ay Dios! de tí, tu nombre adoro.

Para siempre tal vez, para siempre
Hoy te pierdo, ¡oh mi patria querida!
Y á arrastrar voy la mísera vida
En destierro espantoso y cruel.

Por piedad, por piedad, raudo viento,
De tu soplo modera la saña,
Que me aleja feroz de mi España,
Impeliendo el velero bajel.

Calma, pues, por lo menos piadoso
Mientras tienda la noche su velo,
Hasta que ardan las nubes del cielo
Con los rayos del próximo sol.

Pueda entonces tornar anheloso,
Aunque sea en confuso horizonte,
A mirar de mi patria algun monte,
Aun á ver el terreno español.

Mas no: redobla tu furor violento,
Y de esas playas de terror y espanto
Aléjame piadoso, raudo viento.

No las torne yo á ver. Ni sobre ellas
Vuelva á lucir Titan. Lóbrego manto
De noche atroz envuelva eternamente
Ese suelo de horror, y no lo alumbre
Mas que la opaca lumbre
De rayos y de pálidas centellas,
Que aborte negra tempestad rugiente.
No es ya mi patria, no... ¡Patria!... No existe
Donde solo hay opresos y opresores.

¡España!... España fué... ¡recuerdo triste!
Fué, cuando independiente
Tantos siglos brilló, y usos y leyes
O mas ó menos sábias la rigieron;
Y á su temida frente
Coronas de laurel siempre añadieron
Sus fuertes hijos y sus nobles reyes.
Mas ya ¡oh baldon! cuanta virtud y gloria
Albergaba en su seno
Huyó, despareció; queda el terreno
De tiranos poblado y de invasores,
Y de esclavos indignos de memoria,
Que el yugo vil merecen,
Y el rigor y la afrenta que padecen.

¿Quedan aun buenos?... Vedlos fugitivos
Por yermos y por ásperas montañas,
No hallar ni en las cabañas
Asilo, humanidad. Vedlos gimiendo
En bárbaras cadenas,
O entre espantosas penas
En infame patíbulo muriendo,
Sin que nadie reclame la venganza.
¡Oh vil degradacion!... No hay esperanza,
Reparacion no hay ya. No: el despotismo
Su huella destructora ufano imprime
Desde Calpe hasta el agrio Pirineo,
Y hunde el nombre español en el abismo:
Y es de los fieros déspotas recreo
Ver cual la humanidad desmaya y gime.

Vivan, gócense pues: su trono asienten
En medio de los hombres degradados,
Que viles los aplauden y consienten,
Y su furor redoblen los malvados.
Redóblenlo, y los Galos invasores
Hagan de los traidores,
Que sus falanges pérfidas llamaron,
Infames siervos............
Multiplíquense horrores y delitos
En ese suelo de terror y espanto,
Y del cielo malditos
Sus habitantes todos,
Infamia eterna, degradado llanto,
Pobreza vil y deshonrosa muerte
Su eterna sea, su inmutable suerte.

El Austro abrasador sople ardoroso,
Yermando las campiñas y llanuras,
Y sus cosechas destruyendo opimas,
Del hambre y de la peste asoladoras
Seguido por doquier. Brame furioso
El huracan en las enhiestas cimas,
Y arrastre antiguas selvas y espesuras,
Y hasta los brutos que en sus senos pacen.
Y el Betis, y el Ibero, y cuantos nacen
De claras fuentes y la España riegan,
Y su suelo infelice fecundizan
Y de flores lo visten y matizan,
Rios y arroyos bienhechores, sean
En sangre convertidos. Sus raudales
Olas de sangre al mar lleven bramando,
Las márgenes tornando
Desiertos y espantosos arenales.

Tiemble la tierra horrísona gimiendo,
Y ciudades enteras en sí hunda.
Entre lóbregas nubes se confunda
La luz del sol, y en su lugar ardiendo
Cometas espantables,
La atmósfera turbando,

Estén iras celestes presagiando.
De los héroes los restos venerables
En las antiguas tumbas se estremezcan,
Y las losas hendiendo,
Colosales espectros aparezcan,
Y vuelen, maldiciendo
A sus infames nietos,
A otra mansion donde el honor impere,
Y do yazcan los sacros esqueletos,
Sin que ignominia su reposo altere.

Y las de aquellos, que virtud y gloria
Y amor de patria ilustres albergaron,
Y libertad gritaron,
Y por ella animosos combatieron,
Hasta que abandonados y vendidos,
Mártires de la patria perecieron,
De un populacho necio escarnecidos,
Y el furor de los déspotas cebando,
Sombras insignes; en la noche oscura
Crucen los campos. Y hórridos gemidos
Por las ciegas tinieblas derramando,
Clamen *sangre y venganza* en largos ecos:
Y los cóncavos huecos
Sangre y venganza horrendo resonando,
Esa mansion de esclavos amedrenten,
Y á sus tiranos turben y atormenten.

Y sople la discordia. Sus furores
Enciéndanse doquier. Guerra de muerte,
Sin fruto entre oprimidos y opresores,
Y déspotas, y esclavos, arda impía.
Y nazcan nuevos crímenes y horrores,
Y delitos sin fin de dia en dia.
Hasta que horrorizada
Sus leyes interrumpa
Naturaleza, se estremezca y rompa
La basa de diamante,
Do estriva de Pirene la gran sierra,
Que del golfo Tirreno al mar de Atlante

Los brazos tiende, y cual en tiempo antiguo
A la infeliz Atlantida, hunda á España
En los senos del mar con cuanto encierra,
Quedando solo escollos y bajíos,
Do estrelle el ronco mar su hirviente saña,
Y de que huyan medrosos los navíos.

Tiranos, invasores
Y pueblos degradados
No existan: sepultados
Se miren en la mar.

Y en ella se confunda
El mísero terreno
De iniquidades lleno
De reptiles vivar.

¡Ah, qué afan delicioso alzarse siento;
Que todo el corazon enseñorea,
Y calmando un momento
Mi espantoso martirio,
Me arranca del delirio
En que pudo arrojarme mi tormento!
¿Adónde los fantasmas voladores
Que mi frente ardentísima cercaban?...
Huyen, desaparecen, se deshacen,
Y en pos llevan mis bárbaros furores,
Y objetos nuevos á mis ojos nacen.
¡Madre!... ¡Adorada madre!... ¡Dulce nombre
Que el alma me arrebata y enagena,
Y de delicias mis sentidos llena!
¡Ay! Vives, y me amas,
Y por mí, triste, en angustiada pena
Lagrimas de dolor sin fin derramas.
Hermanos ¡ay! hermanos, que yo adoro
Con todo el corazon, y a quien mi suerte
Condena atroz á interminable lloro:
Y tú, tierna beldad, que has encendido

La llama en que he de arder hasta la muerte ;
Angélica divina ; mas hermosa
Que nace predilecta de Cupido
En el desierto purpurina rosa :
Y vosotros tambien , fieles amigos ,
Dulcedumbre y consuelo de mi vida ,
Objetos todos de mi amor ardiente...
¿ En dónde , en dónde estais ?—Pero ¿ qué escucho ?
Por la ferrada prora dividida
Alguna honda rugiente
Pudo tal vez al estrellarse?... Acaso
El ronco viento entre la parda lona
Y los mástiles... pudo... ¡ Oh gran portento !
No es el silbar del viento ,
No es el hervir del mar. Es el acento
De los objetos que mi amor implora...
No es ilusion : son ellos , corresponden
A mi anheloso afan , y me responden :
« ¡ Infeliz ! Aquí estamos , en España ,
En este suelo do la luz primera
Te fué dado gozar , y ardiendo en saña
Ahora maldices con audacia fiera.
Aquí estamos , aquí , y en las mansiones
Que te vieron nacer , y en los vergeles
Donde tus dichas fueron ;
Y en ellas de consuno lamentamos ,
Y con nosotros mil y mil varones ,
Que del honor la senda no perdieron ,
La suerte desdichada ,
Que los hados crueles
A tí y á otros mejores previnieron.
Y fervorosos votos levantamos
Por tí y por esta patria infortunada ,
No delincuente , no : sí malhadada.

Aquí , en España estamos ,
Do suena el dulce hablar que tú mamaste :
Do las nobles costumbres que heredaste
De tus mayores , viven ,
Y nuestro culto sin cesar reciben.

En esta patria, en fin, qué desconoces,
Y para quien pidieron, con extrema
Rabia, tus labios bárbaros y atroces
Al cielo vengador el anatema.»

No mas... ¡Ah! Por piedad, no mas... ¡Oh acentos
Que fuerais mi tesoro y mi alegría,
Y en hórridos tormentos
Ahora despedazais el alma mia!!!
Basta, basta. ¡Qué horror!... ¿Mi labio pudo?...
...¿Por qué, furia infernal, emponzoñado?...
...¿Y no se abre la mar, la nave se hunde,
Y á mí, monstruo infeliz, traga y confunde?
¡Patria!.. ¡Patria! Perdon, ¡patria!... ¡Adorado
Nombre!... ¿Y pude un momento yo insensible
Ser á tu encanto celestial?... Mi pena
¡A qué hondo precipicio y sima horrible
Me llegó á conducir!... ¡Desventurado!
¡Patria! ¡España infeliz! ¡Amada España!
La sencillez de tus incautos hijos
No su degradacion causó tus males;
Y pérfidos traidores
Y tiranos, y aleves extranjeros,
Que uniendo contra tí su astucia y saña
Tu libertad naciente te robaron,
Y tu nombre y tu gloria mancillaron.

Mas tiemblen; que sus triunfos pasajeros
Serán; aun no te faltan vengadores.
Y ¡ay! de los cazadores
Cuando el leon que ataron con injuria,
Ruja, y ardiendo en poderosa furia,
Rompa los gruesos nudos opresores,
Que sus miembros fortísimos ligaran,
Porque hundido en la fiebre lo encontraran.

Sí, patria, el númen que á mi labio ardiente
Da su grandeza y poderoso aliento,
Por la etérea region lleva mi mente;
A mis ojos patente

Pone tu suelo todo. No traidores
Y cobardes lo pueblan solamente,
No. Millares de buenos y esforzados
En él descubro, cuyos brazos fuertes,
Aunque á duras cadenas amarrados,
Aguzan el puñal de la venganza,
Y en honra ardiendo y fulminando muertes,
Los hierros de ignominia quebrantando,
Te limpiarán de inicuos extranjeros,
Te librarán de tus tiranos fieros,
A tus hijos espúreos castigando,
Y tu nombre y tus glorias restaurando.

Será: que en el sagrado firmamento
Lo tiene escrito el dedo omnipotente,
De luz con caractéres inmutables.
¡Decreto celestial, que el alma mia
Embarga de placer y de esperanza!....
¡Ah! De tu cumplimiento,
¿Cuándo en Oriente brillará el gran dia?
Ley sempiterna que los orbes mueve,
Haz que en espacio breve
Las esferas girando,
Traigan su ansiada luz. ¡Ah! llegue cuando
Del ardor juvenil, que espira, aun llenas
Latan con fuerza y robustez mis venas:
Y aun conserven mis brazos poderío,
Para, esgrimiendo la fulmínea espada,
El yugo de mi patria idolatrada
Ayudar á romper con noble brio.
Puedan en sangre infame de extranjeros
Y en el castigo atroz de los tiranos
Empaparse mis manos,
Y mis ojos saciarse los primeros.

¡Cuán gozoso otra vez, oh patria mia,
Por tí mi sangre verteré, gritando:
Libertad, y venganza, y proclamando
Tus nuevas glorias! y el hermoso dia
Que (cual en otro tiempo yo te viera

En San Marcial de lauro coronada),
Te admire Vidasoa en su ribera,
Volaré del riscoso Pirineo
A la cumbre de eterna nieve orlada,
Y con la sacra lira de Tirteo,
Tu triunfo cantaré, sobrepujando
La voz del huracan, á las naciones
Libertad anunciando,
Al tremendo rugir de tus leones.

Mas si la injusta embravecida suerte
O leyes inmutables del arcano
Alejan ¡ay! el suspirado dia
De la reparacion, ¡ah! venga al menos
Antes que airada la sañuda muerte,
De su guadaña con potente mano,
Descargue el golpe en la garganta mia.
De lágrimas de amor mis ojos llenos,
¡Oh dulce España! tus campiñas vean;
Aun cuando blancos los que ahora ondean
Rizos oscuros por mi cuello y frente
De la parca inclemente
Miren alzada la cuchilla aguda,
Y abierto el lecho de la tumba muda.

Pise otra vez tu suelo, patria amada,
Libre, rico, feliz, independiente,
Y aunque para mí yermo, sin amores,
Deudos, ni amigos, sus sepulcros pueda
Visitar y regar con llanto y flores.
Y en la natal ribera,
(Tal vez ¡oh Dios! entonces, cuan mudada
A impulso de los años voladores)
Por do Guadalquivir manso camina,
A la luz silenciosa de Lucina,
Que resbala por plácidos alcores
Y en la riza corriente reverbera,
Logre yo al aura dar la vez postrera
Mis últimas canciones
Al son del arpa de marfil: oyendo

A mi labio cantar, patria, tu gloria
Los hombres que aun no son. Y maldiciendo
Con ellos la execrable atroz memoria
De tus hijos indignos y traidores,
Que ya no existirán, de los tiranos
Que ahora te ligan las robustas manos,
Y de los extranjeros invasores;
Romperé el arpa y moriré dichoso
Bajando á hallar el eternal reposo
Al lado de mis ínclitos mayores.

Bella Hesperia, patria mia,
Embriagado en la esperanza
De que has de tener venganza
Mis pesares templaré.

Llegue el suspirado dia,
Mírete yo venturosa,
Libre, triunfante y gloriosa,
Y contento moriré.

A bordo del paquete inglés Francis Freeling, *en Mayo de 1824, al salir de la bahía de Gibraltar con rumbo al O. al ponerse el sol.*

Á LAS ESTRELLAS.

¡Oh refulgentes astros! cuya lumbre
El manto oscuro de la noche esmalta,
Y que en los altos cercos silenciosos
girais mudos y eternos:

Y ¡oh tú, lánguida luna! que argentada
Las tinieblas presides, y los mares
Mueves á tu placer, y ahora apacible
Señoreas el cielo:

¡Ay cuántas veces, ay! para mí gratas
Vuestro explendor sagrado ha embellecido
Dulces felices horas de mi vida
Que á no tornar volaron!

¡Cuántas veces los pálidos reflejos
De vuestros claros rostros derramados,
Húmedos resbalar por las colinas
Ví apacibles del Betis;

Y en su puro cristal vuestra belleza
Reverberar con cándidos fulgores
Admiré al lado de mi prenda amada,
Mas que vosotros bella!

Ahora al brillar en las salobres ondas
Solo y mísero, prófugo y errante,
De todo bien me contempláis desnudo,
Y á compasion os muevo.

¡Ay! ahora mismo vuestras luces claras
Que el mar repite y reverente adoro,
Se derraman tambien sobre el retiro,
Donde mi bien me llora.

Tal vez en este instante sus divinos
Ojos clava en vosotros, ¡oh lucientes
Astros! y os pide con lloroso ruego,
Que no altereis los mares.

Y el trémulo explendor de vuestras lumbres
En las preciosas lágrimas riéla,
Que esmaltan ¡ay! sus pálidas mejillas,
Y mas bella la tornan.

En el mar, 1824.

CRISTOBAL COLON.

Un mar desconocido ronco brama
Movibles montes indomable alzando,
En un desconocido cielo inflama
Negras tormentas huracan silbando,
Y alto renombre y vividora fama
En ignotas regiones anhelando,
Cruza aquel caos, quebrantada y sola,
Nave pequeña, sí, pero española.

Con faz serena, con robusta mano,
Y la vista clavada en occidente,
Rige el timon un genio sobrehumano,
Predilecto de Dios omnipotente;
Domador de las furias de Oceano,
Digno caudillo de española gente,
Que de Fe y de Esperanza llena el alma,
Sabe que para él solo hay una palma.

La busca y la hallará: que el mar y el viento
Flacos estorbos son. Raya un aurora
Despejando un no visto firmamento,
Y el sol un monte azul descubre y dora.
Es América... *Sí, logré mi intento*,
Grita el piloto audaz, y en voz sonora
Exclaman cielo y tierra y mar profundo:
VIVA COLON, descubridor de un mundo.

Londres, 1824.

EL SUEÑO DEL PROSCRIPTO.

Oh sueño delicioso,
Que hace un momento tan feliz me hacias,
¿Huyes y me abandonas inclemente,
Y en el mar borrascoso
Tornas á hundirme de las ánsias mias?...
¡Ay!... Los fugaces cuadros que mi mente
Há un instante en tus brazos contemplaba,
Los juzgué realidad, y mis pesares
Y mi destino bárbaro olvidaba:
Y ¿todo fué ilusion?... vuelve halagüeño,
Vuelve, ó consolador, ó dulce sueño,

Por tu mágico influjo llevado,
Yo me he visto en mi patria adorada,
No de sangre y de llanto inundada,
No cubierta de luto y de horror;

Sino libre, triunfante, felice,
Como un tiempo que huyó presuroso,
Cual celaje risueño y hermoso,
Al soplar huracan bramador.

Encantadas riberas de Bétis,
Sacros bosques de adelfas y rosas,
Apacibles colinas graciosas,
Há un momento que en vos me encontré;

Y tranquila ilustrando ese cielo
De záfiro á la luna fulgente,
Riélar en la riza corriente,
Resbalando por flores miré.

¡Oh consuelo de todas mis penas!
A mi lado mi Angélica estaba,
Que con voz celestial entonaba
Dulces himnos de gloria y de amor.

Y yo ufano pulsaba la lira,
A su voz y á su encanto obediente,
Y al oirnos el plácido ambiente
No agitaba ni rama ni flor.

¡Cuántas sombras de amantes dichosos,
Que otro tiempo aquel suelo habitaron,
Juzgué ver que á los dos nos cercaron
Escuchando la dulce cancion!

¡Ah! Mis penas horribles cesaban,
Y en mi vida feliz y contento
Fuí jamás, como el corto momento
De tan grata fugaz ilusion.

Pero ¡ay desventurado!
Era sueño engañoso,
Que voló presuroso,
Y hora es mayor mi mal!

Son ilusion mis dichas,
Son realidad mis penas:
Así feroz lo ordenas,
¡Oh destino fatal!

Despierto súbito,
Y me hallo prófugo
Del suelo hispánico
donde nací;

Donde mi Angélica
De amargas lágrimas
Su rostro pálido
Baña por mí.

Y en vez del bálsamo
Del aura plácida
Del cielo bético,
Que tanto amé;

Las nieblas hórridas
Del frio Támesis
Con pecho mísero
Respiraré.

Londres, 1824.

FLORINDA.

CANTO PRIMERO.

EL BANQUETE Y LA PRISION.

I.

Casi en mitad de la estendida España,
De Toledo saludan las almenas,
Y los peñascos do se empinan baña
Tajo, que envuelve en oro sus arenas;
Y luego entre tomillos y espadaña,
Y por feraces márgenes amenas
Deslizándose, gira sosegado
Sobre un risueño y delicioso prado.

II.

Rica verja de bronce los confines
De un anchuroso espacio en él cercaba,
Do entre bosques, estanques y jardines
Un palacio soberbio descollaba.
Sus cuadras y dorados camarines
El balconaje liberal mostraba,
Al explendor de antorchas y blandones,
Que ardientes alumbraban los salones

III.

Era el alcázar de Florinda : habia
Una cena magnífica dispuesta ,
Para pasar hasta la luz del dia
En gozo y en placer , en danza y fiesta.
En medio de un salon , que de armonía
Llenaba suave combinada orquesta ,
Las regaladas mesas se encontraban ,
Y exquisitos manjares presentaban.

IV.

En su reedor prelados , personajes ,
Caballeros , señoras , dueñas , damas ,
Ostentando riquísimos ropajes ,
Y acaso ardiendo en amorosas llamas ;
Hidalgos , escuderos , guardias , pajes ,
De oscuros nombres y dudosas famas,
Esperaban al rey , por tributarle
Obsequio , y de su amor felicitarle.

V.

Que ¡ oh mengua! por su mal aquella córte
No era ya digna del linaje godo ;
De aquel que tuvo á la virtud por norte ,
Virtud con que venciera al orbe todo ;
Pues olvidada de su antiguo porte ,
Dormida de los vicios en el lodo ,
Cercada se verá , cuando despierte ,
De un mar de sangre , cautiverio y muerte.

VI.

Llega el rey con su hermosa , altos sitiales
Bajo dosel de púrpura ocuparon ,
Y magnates y damas principales
Con vivas su presencia celebraron :
En oro y preciosísimos cristales
Manjares deliciosos circularon ,
De mil blancas antorchas á las lumbres ,
Que brillaban por muros y techumbres.

VII.

Galan y enamorado era Rodrigo,
Y rey que los reparos atropella,
Queriendo al orbe todo hacer testigo
De su ventura y amorosa estrella;
Y la severidad del tiempo antigo
Con ceño mira y desdeñoso huella;
Que el que adora á una linda y alta dama,
Goza tambien en publicar su llama.

VIII.

Estaban á la mesa Alfonso, Eurico,
Y Rugero, Armengol, Teudo y Favila,
Y Walia descendiente de Alarico;
Gala, Eduvígis, Toda y Pudentila,
Y cuantos de linaje claro y rico
En su centro tener la córte estila;
Y todos al monarca celebrando,
Y á Florinda bellísima admirando.

IX.

Opas tambien, hermano de Witiza,
De Toledo arzobispo, cuyo osado
Pecho ambicion indómita esclaviza,
Llegó al festin despues de comenzado;
Y aunque el semblante y el mirar suaviza,
Cauto, sagaz y á bandos avezado,
Su palidez, sus ojos y su frente
Muestran que su interior combates siente.

X.

Mezclado entre la turba, que asistia
Como cortejo, escolta y aparato
De los magnates, que en la sala habia
Disfrutando el festin y el regio plato;
Un incógnito entróse, á quien cubria
Armadura completa sin ornato,
La espada en cinta y baja la visera,
Cual si un soldado de la guardia fuera.

XI.

A uno de los pilares arrimado,
En que estribaba el arteson del techo,
Estaba del bullicio separado,
Con los brazos cruzados sobre el pecho;
Y como en él ninguno ha reparado,
De cuanto pasa en torno, está en acecho;
A la dama y al rey atento mira,
Y se le abrasa el corazon en ira.

XII.

Alzase, del monarca confidente,
El jóven Teudo, ilustre y generoso,
Que á Gala amaba; invoca de repente
La atencion del concurso numeroso;
Y un tazon de oro y piedras refulgente
De castellano néctar espumoso
Llena, y dice: «Brindemos, oh señores,
Por el rey, por Florinda y sus amores.»

XIII.

Y Rodrigo el primero el labio toca
Al rico cerco, que el tazon orlara,
Y de Florinda la divina boca,
En donde la del rey, tambien tocara;
Y dando vueltas el licor se apoca
De mano en mano, hasta que al cabo pára
En las trémulas ya del viejo ilustre
Ruben, hebreo, de las ciencias lustre.

XIV.

Era docto Ruben en las estrellas,
Insigne en nigromancia; y se decia,
Que lo futuro conociendo en ellas,
Venideros sucesos predecia;
Que un familiar espíritu sus huellas,
Sujeto siempre á su saber, seguia;
Que sombras evocaba, y que los puros
Astros obedecian sus conjuros.

XV.

En la córte alto crédito gozaba
Por su edad grave y su profunda ciencia,
Y en el banquete silencioso estaba,
Con modesto ademan y continencia.
La barba que en el pecho le ondeaba,
Cual blanca nieve, daba á su presencia
Gravedad y decoro, y un ropaje
Ancho, negro y talar era su traje.

XVI.

Apenas el tazon toma espumante,
En pié se pone pálido y temblando,
Sus ojos lanzan fuego y palpitante
Lo arroja, la ancha mesa salpicando;
Y con voz ronca al trueno semejante,
«¡Oh Dios! exclama, ¡oh Dios! qué estais brindado?
Sangre llena esta copa, sangre, y miro
Sangre doquiera que la vista giro.»

XVII.

«Esta opulenta mesa se convierte
En espantable y espaciosa tumba:
El horrendo alarido de la muerte
En estas altas bóvedas retumba...
Varones, desechad el sueño inerte:
De la guerra el estruendo en torno zumba.
¡Ay! son lutos las galas y libreas,
Y estas antorchas funerales teas.»

XVIII.

Callaron todos, y Rodrigo helado
Torna los ojos á Florinda bella,
Y en su faz el terror viendo pintado,
Al mágico maldice y á su estrella;
Y de mil pensamientos contrastado,
Pálido de su amada el rostro sella,
Y sus lágrimas bebe, y con los brazos
Le ciñe el cuello en ardorosos lazos.

XIX.

Cuando de pronto aquel desconocido,
Que armado y encajada la visera,
Entre la muchedumbre confundido,
Apoyado al pilar permaneciera;
La brilladora espada embravecido
Empuña, y saca de la vaina fuera,
Y á la mesa se lanza fulminante,
Atropellando cuanto ve delante.

XX.

Una estocada furibundo tira
Contra el pecho del Rey, ronco gritando:
«Teme, tirano, la celeste ira,
»Que mi brazo terrible está animando.»
A un lado el cuerpo súbito retira
Rodrigo, y en la silla hirió, quedando
En su espaldar riquísimo clavada
La vengadora fulminante espada.

XXI.

Dió la bella Florinda un grito agudo,
Creyendo que su amante fuera muerto;
Levántase el monarca airado y mudo:
Tiembla don Opas demudado y yerto.
Agítase el concurso, y al sañudo
Incógnito, con ciego desconcierto,
Se arrojan Téudo y otros personajes,
Ayudados de guardias y de pajes.

XXII.

Al ver su rostro, alzada la visera,
Lanza un grito Florinda y viene al suelo,
Que hondo desmayo de ella se apodera:
Queda Rodrigo cual inmóvil hielo;
Tiembla Téudo el osado; Opas se altera;
Húndense todos en espanto y duelo;
Pues de Florinda al padre venerando,
Al conde Don Julian están mirando.

XXIII.

Halla el viajero en la desierta arena,
Do imperios yacen del perdido oriente,
Inculta soledad de escombros llena,
De ruinas que el tiempo hundió inclemente:
Tendido el roto mármol donde apena
Los rastros del cincel la edad consiente,
Columnas derribadas y arquitraves,
Ya nido á sierpes y á nocturnas aves:

XXIV.

Y destructoras yedras y bastardos
Musgos brotar por juntas y labores,
Sus hojas escondiendo y tallos pardos
Del arte sobrehumano los primores:
Y alzarse mira solitarios cardos
Sobre ricos mosáicos de colores,
Y oye cuál llora tanto desconcierto
La voz desconsolada del desierto.

XXV.

Pero enmedio del campo de la muerte,
Del estrago del tiempo desastroso,
Triunfador de la edad y de la suerte,
Ve enhiesto en bronce lívido coloso,
(Que mas que el mármol el metal es fuerte)
Y en él yedras y musgo ponzoñoso
Prender no logran, ni saciar su saña
De los siglos voraces la guadaña.

XXVI.

Así en la corrupcion que á España inunda,
Solo se mira libre de su estrago
El conde D. Julian, cuya profunda
Virtud vence del vicio el torpe halago.
Llora la destruccion que le circunda;
Llórala, sin saber ¡ay! que el aciago
Dia se acerca, en que su honor le quite,
Y en crímenes sin fin le precipite.

XXVII.

En vano opone su virtud sublime
Y su ejemplo á la furia de los vicios,
Que á su patria infeliz hunde y oprime,
Llevándola á espantosos precipicios,
Pues nada alcanza; despechado gime,
Y tiempos esperando mas propicios,
Retirado en el Betis entre tanto
Oculta su dolor y justo llanto.

XXVIII.

Solo anhelaba (es padre y es prudente)
A Florinda sacar, á su hija hermosa,
De Toledo infeliz, y del torrente
De vicios de la córte peligrosa;
Pues cumplió el tercer lustro, y eminente
Crece en beldad, y aunque alta y generosa
Brilla en virtud, es prenda la hermosura,
Que do escándalos hay, no está segura.

XXIX.

¡Y cuán leal su corazon le advierte!...
¡Padre infeliz!... pues ya la infortunada
Hora llegaba, en que enemiga suerte
Preparaba á Florinda recatada
Amor, deshonra, perdimiento y muerte;
Y para él la senda desastrada,
Por do traicion, venganzas y maldades
Van á la execracion de las edades.

XXX.

En su alcázar antiguo la doncella,
Entre damas ilustres, y al cuidado
De dueña venerable, creció bella,
Separada del mundo depravado.
Allí mas pura que luciente estrella,
Y con nombre de todos respetado,
Inocente, feliz, sola vivia,
Y de la córte ni aun hablar oia.

XXXI.

Estaba cual la rosa del desierto,
Que nace, brilla, y su esplendor lozana
Ostenta y su fragancia al cielo abierto,
Al rojo despuntar de la mañana,
Ignorando si el mundo está cubierto
De otras rosas tambien, y si la humana
Industria en los verjeles á las flores
Cautiva, por gozar de sus olores.

XXXII.

¡Cuántas veces la luna plateada,
Al asomar por cándido celaje,
Reflejando en la cumbre empizarrada
Del alcázar y altísimo almenaje,
Junto al muro sorprende disfrazada
La persona del Rey, en tosco traje,
Luz lejana observando sin juïcio,
O algun vago rumor por un resquicio!

XXXIII.

Y tal vez descuidada la divina
Beldad, que un Rey la acecha, simple ignora,
Y pulsa con la mano alabastrina
El arpa de marfil, dulce y sonora;
Y en delicada voz (porque imagina
Que nadie ha de escucharla) encantadora
Himnos tan puros, como lo es su pecho,
Al cielo envia, al recogerse al lecho.

XXXIV.

El amador, temblando, la vihuela
Melancólica y dulce requiriendo,
Que ha escuchado su acento le revela,
Amorosas endechas respondiendo;
¡Y cómo simplecilla! no recela
Las redes que el amor le está tendiendo,
Que es de algun jardinero el canto entiende,
Y á la voz y á la letra incauta atiende.

XXXV.

A la córte á brillar sale Florinda
Por su mal; que la cándida azucena
Vive, y vive gentil, lozana y linda
En lo repuesto de la selva amena;
Pero de allí arrancada, á que se rinda
Su alta beldad natura la condena,
Por mas que brille una hora en el florero
Y la envanezca aplauso pasajero.

XXXVI.

El aura del deleite suave y blando
La doncella infeliz goza, y no advierte
Que su noble virtud se va agotando,
Porque respira el aire de la muerte.
Ya el retiro apacible despreciando,
Y la pureza de su antigua suerte,
Discrecion y beldad lucir le agrada,
Y el verse en concurrencias celebrada.

XXXVII.

El árbol mas altivo y generoso,
Que en el bosque entre mil se alza y descuella,
Por mas que se defienda desdeñoso
Del atractivo de la yedra bella;
Cuando al abrazo aleve y engañoso,
Los que en torno lo cercan, ceden de ella,
No escapa de sus nudos, y enredado,
Cual los demás, perece sofocado.

XXXVIII.

Florinda arde, ¡infeliz! noble combate
Contra el amor su virtuoso pecho;
Mas quien de combatir con amor trate,
Solo trata de ser roto y deshecho.
Su invencible poder la fuerza abate
Que la doncella opone sin provecho;
Y por Rodrigo se le abrasa el alma,
Logrando amor la triunfadora palma.

XXXIX.

¡Ay! ¡cayó al fin!... Levántase orgullosa
Antigua torre que la edad venera;
Triunfó de asaltos mil firme y gloriosa,
Y encumbra su almenaje á la alta esfera:
El suelo tiembla acaso, y poderosa,
Sobre su inmensa basa persevera;
Ni de los siglos el rigor sañudo
Romper sus gruesos murallones pudo.

XL.

Pero humilde tal vez nace en la sierra
Escaso arroyo, y corre y se encamina
Al pié del templo fuerte de la guerra,
De la torre que al cielo se avecina;
Y baña en derredor su seca tierra,
Y con clara corriente cristalina
La adula reflejándola, y mil flores
Produce en sus cimientos vividores.

XLI.

Al mismo tiempo, mudo y alevoso,
Lentamente socava los sillares,
Que el fiero empuje de huracan sañoso
Resistieron, y esfuerzos militares;
Y de las yerbas que brotó en el foso,
Con la raiz, las piedras angulares
Penetra, y las quebranta, y al fin hunde
El torreon, y en polvo lo confunde.

XLII.

—Y el padre ¡desdichado!... Pronto aviso
Le dió don Opas, con infame intento
De ponerle en tan alto compromiso,
Y hacerle de sus iras instrumento.
Corrió don Julian; voló, que quiso
El daño prevenir; pero al momento
Llegó ¡infeliz! en que Florinda es dama,
Y nada puede restaurar su fama.

XLIII.

En una fuerte torre aprisionado
Se ve, como leon que en jaula estrecha
Ruge en furor ardiendo, y despechado
Terrible fuego por los ojos echa.
En ella entró, y en ella encarcelado
Quedó (visto lo poco que aprovecha
Ni sangre, ni virtud, ni valentía),
Al despuntar la luz del nuevo dia.

XLIV.

«Yo lo ví, yo lo ví: ¡destino horrible!
Mi alcázar, que fué templo esclarecido
De virtud y de honor incorruptible,
En lupanar infame convertido.
Y á mi vil ofensor aborrecible,
De esa inicua muger, que mi hija ha sido,
Entre los brazos... ¡Cielos!... ¿Y aun respira?...
¿Y yo no estoy vengado?... ¡Oh negra ira!.

XLV.

»Dia de maldicion eterna fuera
Aquel que padre me llamé: maldito
El instante en que ví la luz primera,
Y de mi enlace el sacrosanto rito.
¿No llega, justo cielo, hasta tu esfera
De mi dolor el clamoroso grito?...
Oh Dios, ¿por qué mi brazo mas certero
No supo fulminar el noble acero?

XLVI.

»¡Godos, godos! Salid del sueño insano;
Ved manchadas mis canas virtuosas
Por vuestro aleve y bárbaro tirano:
Temblad los que teneis hijas hermosas.
¿No me escuchais, y mi lamento en vano
Se pierde entre estas sombras pavorosas,
En donde, sin venganza, es ya mi suerte
En infamia esperar la tarda muerte?

XLVII.

»No será, que en el alma aun tengo brio
Para librarme del destino horrendo. »—
Así dijo, y bañado en sudor frio,
En desesperacion y en ira ardiendo,
Los brazos tiende con intento impío
Por las ciegas tinieblas, y cogiendo
Una daga, que oculta guardar pudo,
Grita ronco, empuñándola sañudo:

XLVIII.

«Pues que no supo castigar mi espada
Al mortal, que ofenderme osó el primero,
Acabe mi existencia degradada;
Durar no debe en deshonor tan fiero.
Líbrame de esta vida emponzoñada,
Rompe mi corazon, tajante acero.»—
Dice, y alzando la resuelta mano
Va á esconder en su pecho el hierro insano.

XLIX.

—Sí, cuando la esperanza, del mezquino
Mortal último apoyo, atroz deserta,
Y de reparacion no hay ya camino,
Y de oprobio la vida está cubierta;
Baje el hombre al sepulcro, que el destino
A él le llama, con voz terrible y cierta.
Mas ¿quién puede perder toda esperanza
En mundo tan sujeto á la mudanza?

L.

Tenerla debe el que agraviado arde,
Guardarla debe el que infeliz respira,
Y de firme constancia hacer alarde
Cuando á la suerte embravecerse mira:
Aunque es valor morir, es de cobarde
Pecho tambien, si á la venganza aspira,
Buscar la muerte, pues reposo alcanza
Solo el que muere, pero no venganza.

LI.

—Ya el despechado conde en golpe horrendo
Va á desgarrar su corazon ardiente,
Cuando de los cerrojos el estruendo
Inesperado escucha de repente,
Y que las dobles puertas van abriendo,
Y lentos pasos que se acercan, siente,
Y de lejana luz el brillo escaso,
Por los resquicios penetrando acaso.

LII.

La accion suspende atónito, y «La suerte
Víctimas, dice, ofrece al brazo mio;
Vengan, y cara comprarán mi muerte.
Gracias, cielos, os doy, doblad mi brio:
Antes, agudo acero, de esconderte
En mi pecho infeliz, copioso rio
De sangre verterás de infame bando;
Y soy feliz, pues moriré matando.»

LIII.

Hácia la puerta arrójase furioso
Para herir al que osare entrar delante:
El rumor de los pasos pavoroso
Se acerca con la antorcha relumbrante:
Caen las pesadas barras, el mohoso
Cerrojo tardamente rechinante
Resbala en las argollas resonando,
Las bóvedas su estruendo duplicando.

LIV.

Ya se estremece la ferrada puerta,
Y sobre goznes del orin pesados,
Gimiendo ronca y tarda, queda abierta,
Y los ojos del conde deslumbrados,
Pues de lámpara escasa á luz incierta,
Cuando espera encontrar hombres armados,
Ve una hermosa mujer con blanco velo,
Que parece venir del almo cielo.

LV.

Tal vez al desdichado á quien oprime
La maldad de la tierra, así piadoso
Del pesar un momento le redime
El encanto del sueño delicioso;
Y en él, en forma angélica y sublime,
Le envia el justo cielo bondadoso
Vírgen celeste, que de luz vestida,
Con purísimos goces le convida.

LVI.

Mudo y absorto don Julian quedára,
Y á doblar la rodilla se previene,
Cuando el velo cayendo de la cara
De la beldad, que á consolarlo viene,
Ve á los reflejos de la antorcha clara,
Que pálida y temblando ante sí tiene
A Florinda infeliz, á su hija hermosa,
Que ni labio ni planta mover osa.

LVII.

Reconócela el conde desdichado,
Y lanza un ronco horrísono alarido,
Que conmoviera el torreon alzado,
Por los lúgubres ecos repetido;
Y con el brazo inexorable armado
Del hierro matador, enfurecido
Hácia Florinda bárbaro se lanza
Ciego, á empezar en ella su venganza.

LVIII.

Pero ¡ay! al descargar el golpe fiero,
Pierde su furia la indignada mano,
Y desmayada suelta el crudo acero,
Que es padre al fin el irritado anciano;
Y dando otro alarido lastimero
La espalda y rostro vuelve, y al cercano
Muro lo aplica y de la luz lo oculta,
Y en horrendo silencio se sepulta.

LIX.

Florinda no respira, y fria y yerta
Su planta vacilar mísera siente,
En el umbral se apoya de la puerta,
Y en ella inclina la marchita frente;
Cuando el padre, cual suele el que despierta
De horrendo sueño, dice de repente
Con ronca y honda voz, y acento oscuro,
Y sin el rostro despegar del muro:

LX.

«Complácete, malvada; tu obra mira,
Si es que á gozarte en mi deshonra vienes.
Aquí al que quiso la celeste ira
Que te engendrára, para afrenta tienes.
Mas porque con la infamia que respira
Tu corrompido pecho, no envenenes
Esta mansion de honor, huye al momento,
Pues para herirte me faltó el aliento.»—

LXI.

«Señor, que de otro modo ¡ay Dios! no osa
Esta infeliz llamaros, con turbada
Voz le dice Florinda temerosa,
A salvar vuestra vida idolatrada,
A daros libertad vine anhelosa.»—
«Devuélveme mi honor, infortunada,
Que vida y libertad sin él no quiero,»
Interrúmpela airado el padre fiero.

LXII.

«Señor, la jóven sollozando exclama,
Si es que puede mi sangre, sangre impura,
Vertida restaurar mi nombre y fama,
Este pecho rasgad con mano dura,
Matad á esta infelice que os infama;
Herid, herid, señor; mas de esta oscura
Prision salid, salvad ¡ay! vuestra vida,
Con mi muerte en su honor restablecida.»

LXIII.

Así diciendo se derriba al suelo,
Las trémulas rodillas abrazando
Del padre, hundida en crudo desconsuelo,
Y un torrente de lloro derramando.
Mísero el padre, convertido en hielo
Se alza del muro, mírala, y temblando
Ya va á echarle los brazos; mas le agita
De repente el furor que su alma irrita.

LXIV.

A la infeliz Florinda de sí arroja,
Y en tierra la confunde con fiereza.
Ella los piés paternos besa y moja,
En ellos inclinando la cabeza.
El padre... es padre al fin... Tanta congoja
Templa ya de sus iras la braveza;
Gime en el interior de su hondo pecho,
En contraste tan áspero deshecho.

LXV.

Ya mas no pudo el desdichado conde,
No pudo mas; y con entrambas manos
En su rostro las lágrimas esconde,
Y todos sus esfuerzos ¡ah! son vanos;
Que el corazon mas duro al fin responde
De natura á los ecos soberanos,
Y de lo mismo que ejecuta ageno,
A su hija estrecha en su abismado seno.

LXVI.

Y, «sí, dice, sí, aun puedes, hija mia,
Lavar tu honor, mi bendicion ganarte,
Enmendar el baldon á que á la impía
Suerte plugo indignada condenarte;
Y de tu madre... ¡oh Dios!... la sombra fria,
Que miro cuál te sigue á toda parte,
Pronta, ¡qué horror! á maldecirte airada,
Tener reposo y paz, verse aplacada.

LXVII.

»Alzate, jura por el cielo santo,
Jura ante el Dios terrible y justiciero,
Ejecutar al punto, al punto, cuanto
De tí exigir por desagravio quiero:
¿Lo juras?...»—Y Florinda en mudo espanto
Tiembla, y en lloro amargo y lastimero
Se deshace. Y «¿lo juras, infelice?
¿Lo juras?» otra vez el padre dice.

LXVIII.

Entonces ella, lánguida, marchita,
Con débil y honda voz, «padre lo juro,»
Prorumpe; y tal horror su pecho agita,
Que viene á dar de espaldas contra el muro,
Sin verlo don Julian, se precipita
Sobre la daga, que en el suelo duro
Yace á sus piés, la coge, y de esta suerte
Ronco prosigue y respirando muerte:

LXIX.

«Cumple, hija de mi amor, tu juramento:
Toma esta aguda y vengadora daga,
Y tu brazc con ella en el momento
Del vil Rodrigo el corazon deshaga.
Vuela, y cuando tornares, y sangriento
Muestre que á tu ofensor dió justa paga;
Por tu esfuerzo traerás restituida
Honra á tu padre, y libertad, y vida.»

LXX.

No las celestes bóvedas rompiendo,
Con repentino trueno resonante,
Rayo trisulco y vengador, cayendo
A los piés de la dama palpitante,
Su corazon hundiera en tan tremendo
Espanto, como el nombre de su amante
Del padre en boca, y él mandato horrible,
Y el juramento bárbaro y terrible.

LXXI.

Y trémula, y bañada en sudor frio,
Y cárdeno el semblante, y erizados
Los cabellos, y en fuego hondo y sombrío
Reluciendo los ojos espantados,
Ni ve, ni habla, ni escucha. El conde impío
Mírala, y sus furores renovados,
La ase del brazo, y con feroz acento,
«¿Faltas, dice, infeliz, al juramento?...

LXXII.

«¿Mi honor y el tuyo á restaurar te niegas?...
¿Te gozarás en mi suplicio infame?...
O la suya, ó mi muerte: no hay mas treguas:
O mi sangre, ó la suya se derrame.»
Y Florinda, «¿A qué Furias ¡ah! me entregas?
Dice, ¡oh padre!... si padre es bien te llame.
¡Qué horror!... ¿yo asesinar á mi Rodrigo?
¡Tuyo!!! el padre gritó, yo te maldigo.»

LXXIII.

Mortal desmayo á tan terrible acento
A la dama infeliz sobrecogiera:
Vela caer el padre, y al momento
Revuelve contra sí la daga fiera:
Cuando llega don Opas sin aliento.
De su sañudo brazo se apodera,
Y, salvaos, exclama, de la muerte,
Venid, oh conde, aprovechad la suerte.»

LXXIV.

Empero el arzobispo, que no habia
En el tendido bulto reparado,
Míralo, y pierde toda su osadía,
De que aquella es Florinda cerciorado.
Y, «¿A do, padre infeliz, tu saña impía
Te condujo?» prorumpe horrorizado.
Y gime don Julian, y dice fiero:
«Mi maldicion ha sido, no mi acero.»

CANTO SEGUNDO.

LOS PRESAGIOS.

I.

Con un potro, un arnés y un escudero,
Que el arzobispo al conde ha procurado,
Libre hácia el claro Bétis va lijero,
De intentos de venganza acompañado:
Que el pensamiento siempre lisonjero,
Nueva esperanza ofrece á su cuidado
En deudos y en amigos, y no duda
Que hallará en ellos importante ayuda.

II.

Ya la incansable voladora Fama,
A cuyos ojos nada oculta el mundo,
Y cuya voz confusa se derrama
Por cuanto cercan cielo y mar profundo;
Del atrevido rey la amante llama,
El agravio del conde furibundo,
Y en el festin su arrojo infortunado,
Há por España toda publicado.

III.

Y toda España (¡oh síntoma de muerte!)
Burló tal vez de la afliccion paterna.
¡Triste del pueblo, á quien su triste suerte
Tanto á la infamia y corrupcion prosterna,
Que necio rie y necio se divierte
Con los vicios de aquel que lo gobierna,
De un anciano en la faz al ver el lloro,
Y ultraje torpe al femenil decoro!

IV.

Del Betis olivoso á la ribera
El conde llega, y á Híspalis famosa,
Y á su palacio, donde inquieto espera
Sus gentes ver en turba numerosa;
Pero una y otra luz pasa lijera,
Y en soledad se mira congojosa,
Y ni deudos, ni amigos, ni parciales
Del alcázar penetran los umbrales.

V.

¡Qué es esto?... ¿dónde están?... ¡desventurado!
Hé aquí los hombres, don Julian: advierte
Cual los que te cercaban fortunado,
Huyen, cuando contraria ven tu suerte.
Favor, gloria, poder te roba el hado;
No hay ya de tí esperar, no hay ya temerte;
Y cuantos por muy tuyos se vendieron,
De tu fortuna, y no de tí lo fueron.

VI.

Aunque el desaire advierte, su venganza
Le inspira disimulo: con presteza
Convoca, aun alentado de esperanza,
De Híspalis y Vandalia á la nobleza.
Mas pronto en tierra ve su confianza;
Cobarde abatimiento, vil bajeza,
Degradacion, infamia, vicios, dolo,
Esclavos sin pudor hallando solo.

VII.

Gime el padre infeliz, y su hondo pecho,
Ya espantoso volcan, rabia respira;
Y temblando de horror y de despecho,
Así ronco exclamó y ardiendo en ira:
«¡Patria infeliz!... tus hijos ¿qué se han hecho?...
¿Do están?... do están?... son estos que aquí mira
Mi indignacion, esclavos de Rodrigo?...
Si estos tus hijos son, yo te maldigo.»

VIII.

Al atroz frenesí que su alma irrita,
Su alcázar abandona, á Híspalis deja,
En caballo veloz salta, y le agita,
Y los hijares con furor le aqueja,
Y en busca de la mar se precipita;
Pues su rencor ardiente le aconseja
De Hesperia huir, para buscar el modo
De exterminar al rey y al pueblo godo.

IX.

Llega al último término de España,
A las costas que el mar sañudo azota,
Y en las arenas que hervoroso baña,
El potro deja, que cansado trota,
Tiende la vista á la húmeda campaña,
Y una pequeña barca, no remota
Amarrada descubre en la ribera,
Entre las algas y la espuma fiera.

X.

Comenzaba la noche, ronco el viento
En nubes oscurísimas bramaba;
El mar con sordo son y movimiento
Espantosa borrasca presagiaba;
Mas no desiste el conde de su intento,
Y arrojarse á las ondas sólo ansiaba;
Tanto le era la patria aborrecible:
¡Ay del que llega á estado tan terrible!

XI.

Era el batel de humildes pescadores,
Que en un chozo inmediato se acogian,
Cuando del mar horrendo los furores
El sustento buscar les impedian.
De la hoguera los rojos resplandores,
A que las pobres redes recorrian,
Llamaron la atencion del conde fiero,
Y al albergue infeliz marchó lijero.

XII.

Halla á los pescadores, que asustados
De su aspecto temblaron pavoroso;
Y mándales audaz, que apresurados
Aprestando la barca, al proceloso
Mar se entreguen, y á climas apartados
Le conduzcan al punto. El peligroso
Aspecto de las ondas y los vientos
Muéstranle, que es contrario á sus intentos.

XIII.

Pero empuñando la fulmínea espada,
Obedecer sin replicar ordena.
Van á la barca, que aunque está amarrada,
La resaca la arrastra por la arena.
Era horrenda la noche, contrastada
Del hervoroso mar la playa truena,
La atmósfera se envuelve en negra bruma,
Silba ronco huracan, brama la espuma.

XIV.

Otra vez, «¡ay, señor, que nos perdemos!»
Dícele con pavor la pobre gente;
Y otra vez don Julian, haciendo extremos,
«Al mar, al mar» les grita broncamente.
Izan la entena pues, mueven los remos
La frágil barca los embates siente,
Cércala espesa niebla, y ciego el conde
Huye de España sin saber á donde.

XV.

¿Y Florinda? ¡y Rodrigo!... infortunados!
Amanse cual jamás por desventura;
Abismo son sus pechos desdichados,
Volcan sus almas, su pasion locura;
Y á infortunios y horrores entregados,
Luchan, cual frágil nave en noche oscura,
Contra ásperos bajíos, azotada
Del huracan y de la mar hinchada.

XVI.

Sienten inexorable á toda hora,
Que sus entrañas míseras aprieta
Una mano de hierro abrasadora,
Que arterias y pulmones les sujeta;
Y que sus corazones vengadora
Punza invisible bárbara saeta:
Respirar quieren, y les huye el aura,
Que cuanto vive, plácida restaura.

XVII.

Anhelante Rodrigo y pavoroso,
Y tal vez inducido y acosado
De superior impulso misterioso,
Por tenerlo ya el cielo decretado;
Su horrendo afan, su estado desastroso
Y las desdichas que aun le guarda el hado,
Consultar con Ruben ansioso anhela,
Y en busca suya corre y se desvela.

XVIII.

Desparecido de la córte habia
Desde el festin infausto el docto anciano,
Y que escondido estaba, se decia,
Consultando los libros del arcano,
En un antiguo alcázar, que existia
De luengos siglos en mitad de un llano
Inmediato á los muros de Toledo,
Inspirando su mole pasmo y miedo.

XIX.

Era pública fama, que encantado
De asombros y prodigios lleno estaba;
Del curso de los tiempos injuriado,
Horrible aspecto aterrador mostraba;
De zarzales y arenas rodeado,
Nadie acercarse á su contorno osaba;
De él huian ganados y vaqueros,
Y tornaban la faz los pasajeros.

XX.

Contábase que acaso en la sombrosa
Noche salian de él largos gemidos,
Y de horrenda batalla desastrosa
El rumor de las armas y alaridos.
Y que si con la niebla tenebrosa
Iban por desventura hácia él perdidos
Viajeros ó pastores, no volvian,
Y en sempiterno olvido se escondian.

XXI.

Confusa tradicion el ignorante
Vulgo guardaba de que aquella fuera
Mansion de antiguo sabio nigromante,
Donde grandes tesoros escondiera.
Otros aseguraban ser constante,
Que tal encanto en el palacio hubiera,
Que el que pudiera deshacerlo un dia,
Nombre, aunque infausto, eterno lograria.

XXII.

En él se hallaba pues el docto hebreo;
Y Rodrigo arrastrado por su estrella,
Arde de consultarle en el deseo,
Y ya los campos inmediatos huella.
La blanca luna el resplandor febeo,
Húmeda y silenciosa, sola y bella,
Derramaba apacible en la llanura,
Reinando de los cielos en la altura.

XXIII.

Su luz resbala por el pardo muro
Del inmenso edificio pavoroso,
Que en parte viste yedra y musgo oscuro,
Que en parte desconchado está y ruinoso.
Almenas le ha robado el tiempo duro,
En donde grita el cárabo medroso,
Y leve niebla ciñe blanquecina
La atalaya, que altísima domina.

XXIV.

Alza los ojos y la faz turbada
Mudo el monarca, y la alta mole mira,
Y queda yerto, y con el alma helada,
Y su pecho oprimido no respira.
No osa mover la planta, que asustada
Solo á retroceder temblando aspira;
Mas prosigue, que el punto era llegado
Por el cielo inmutable decretado.

XXV.

Penetra los espesos matorrales,
Que en torno borran el camino y foso:
El puente, que há mil años las mortales
Plantas no osan pasar, huella medroso.
Los maderos podridos y puntales,
Con su peso cimbrando, rechinoso
Ruido forman: llega á la ancha puerta;
Y el pié á estampar en el umbral no acierta.

XXVI.

Resuelto pulsa la mohosa aldaba,
Mas de súbito espanto poseido,
La suelta, y hácia atrás se retiraba,
Una vez y otra vez despavorido.
Al fin (que su destino lo arrastraba)
Da un golpe á su pesar, que repetido
Por patios y ruinosos corredores,
Retumba en largos ecos bramadores.

XXVII.

Ya la altísima puerta se estremece,
Y se abre lenta con fragor tremendo:
Oscuro el ancho pórtico aparece
Inhabitado y en silencio horrendo:
Por las junturas de las losas crece
Inculta yerba, frio verdin cubriendo
Gradas de roto mármol; y aunque espanta
Su vista, el rey á hollarlas se adelanta.

XXVIII.

Cuando el sabio Ruben, el docto anciano,
De amarillez y de dolor cubierto,
Y una pálida antorcha en la una mano,
Sale para atajar su paso incierto,
Y ¿ «á dónde, oh ciego rey, corres insano?
Le dice entre gemidos; ¿ do inexperto
Mueves la planta audaz? ¡ Ay! que camina
A hallar tu fin, de España la ruina.

XXIX.

»Huye, infeliz.»—Mas pálido el monarca,
«No, exclama, no, que á consultarte vengo,
Y en tu saber, que cielo y tierra abarca,
Cifrada solo mi esperanza tengo.
Consuela mi afanar, ó que la Parca
Esta vida tremenda que mantengo,
Siegue piadosa, y cesen mis delirios,
Y mis remordimientos y martirios.»—

XXX.

«¡ Desdichado! responde el docto hebreo;
Mis labios sella el áspero destino,
Que potente se opone á tu deseo.
Respeta humilde su querer divino;
Nada puedo decirte; y cuando veo
Cercano ¡ ay Dios! el fin de tu camino,
Que revelarlo y que salvarte pueda,
La fuerza de los astros me lo veda.

XXXI.

»¡ Ay!... Mas huye... No pierdas ni un momento,
Que el de la perdicion está inminente.»
Rodrigo en espantoso desaliento,
Por fuerza oculta detener se siente.
Vuelve el mágico á instarle, cuando el viento
Retumba con los sones de repente
De una campana del torreon, que habia
Siglos que nadie resonar oia.

XXXII.

A cuyo áspero horrísono tañido
El virtuoso Ruben desconcertado,
«Ya no hay reparacion, dando un gemido
Exclama, no, que el término es llegado.
Entra, si estás de esfuerzo apercibido:
Toma esta antorcha, y un arcon cerrado,
Que encontrarás, descubre: en él tu suerte:
La mia es bajar al reino de la muerte.»

XXXIII.

Despareció Ruben: Rodrigo helado
Tiembla, y por mano oculta irresistible
Para retroceder se halla atajado,
Entre las sombras y el silencio horrible;
Y ya, del mismo miedo arrebatado,
Resuélvese á apurar su hado terrible;
Que desesperacion suele y denuedo,
En apuro final, tornarse el miedo.

XXXIV.

Abrense con fragor antiguas puertas,
Y el rey pasa atrevido los umbrales;
Formando sombras con la antorcha inciertas
Columnas y arruinados barandales.
Arcadas atraviesa descubiertas,
Patios llenos de lodo y matorrales:
Sobre quebradas losas se acelera,
Y hállase en la magnífica escalera.

XXXV.

Mansa, de mármol negro y ancha asciende,
De polvo, do estampada no ve huella,
Cubierta toda. Osado el paso tiende
Por una y otra de las gradas de ella:
En lo alto un largo corredor se estiende,
Y por atravesarlo se atropella;
Y en la anchurosa cuadra entra temblando,
Y atónito su espacio registrando.

XXXVI.

El arteson altísimo aparece
De espectros y de sombras habitado.
De oro y mármol el muro le parece,
Pero uno muerto, y otro deslustrado;
Y en medio de la sala se le ofrece,
Del polvo de la edad entapizado,
Un ancho arcon de cedro carcomido,
Y de mohosas barras guarnecido.

XXXVII.

Se acerca yerto, frio, palpitante,
Y la fuerza del astro que le inclina;
Presta á sus brazos el vigor bastante,
Y el arca á descubrir se determina.
Ya la pesada tapa alza anhelante,
Que en los gonces tardísimos rechina;
Y del oscuro, seno alzada apena,
Con son de nube que inflamada truena,

XXXVIII.

Entre humo denso y llama aterradora,
Cual es la de las iras del Eterno,
Fantasma colosal, reina y señora
De los vicios que aborta el hondo averno,
Alzase; y á Rodrigo vengadora
Se acerca, con sonrisa del infierno,
Y esgrimiendo un buril de brasa ardiente,
Exterminio grabó sobre su frente.

XXXIX.

Y largo estruendo, horrendo resonando,
Cual le oyó el orbe nuevo al alarido
De Leviatan y de su horrible bando,
Por la alta diestra de Miguel vencido;
O cual lo escuchará cuando temblando
Vuelva á ser nada, y del Criador olvido;
El encantado alcázar se estremece;
Y como polvo y humo desparece.

XL.

Hállase el rey en la mitad de un llano,
Do descuellan sepulcros suntuosos,
Que de voraz incendio no lejano
Alumbran resplandores espantosos.
Torna absorto la faz, y el toledano
Muro, y sus altos templos, y famosos
Palacios reconoce, que en horrendo
Fuego desolador están ardiendo.

XLI.

Y siente que sus plantas humedece
Sangre, que empapa cálida la tierra;
Y que hácia el Sur retumba, y sordo crece
Clamor de trompas y rumor de guerra;
Y ve que á todos lados se aparece,
Inundando llanura, monte y sierra,
Tropel innumerable de escuadrones
De extrañas y fierísimas naciones.

XLII.

El exterminador ángel estiende
Sus alas sobre ellos, y los guia
Con la espada de Dios. Delante hiende
Bramador huracan la niebla fria;
Y en pos su espesa y negra sombra tiende
La noche del error, donde la impía
Esclavitud y la barbarie viven,
Y á devorar al orbe se aperciben.

XLIII.

Quiere el mísero huir al acercarse
La fiera multitud, mas de repente
Ve las antiguas losas quebrantarse:
Oye gemir las urnas sordamente;
Y mira de sus senos levantarse,
Ceñida aun de oro y de laurel la frente,
Las sombras de sus ínclitos mayores,
Clavando en él los ojos vengadores,

XLIV.

Y esconderse en la niebla vagarosa,
Gimiendo y exclamando en roncos gritos:
«Maldicion, maldicion, para el que osa
Nuestro sueño turbar con sus delitos,
Hundiendo en noche horrenda y desastrosa
Patria y honor, y sacrosantos ritos.»
Mas resistir el infeliz no pudo,
Y vino al suelo desmayado y mudo.

XLV.

En él por largo tiempo ni aun respira,
Casi cadáver insensible, helado;
Y cuando en sí volvió, solo se mira,
Tendido en medio del desierto prado.
Atónito en reedor los ojos gira;
Y no hallando el alcázar encantado (1),
Ni rastro alguno de él, se alza y de miedo
Ahogado el corazon, huye á Toledo.

XLVI.

—Florinda en tanto por la selva umbrosa,
Que su palacio y su jardin cercaba,
Como ni un punto la infeliz reposa,
Con su querida Elvira paseaba;
Y en inquieto silencio, congojosa,
Con lloro amargo de dolor regaba
Ambas megillas, aunque mustias, bellas,
Lamentando el rigor de las estrellas.

(1) Al final de este poema están las notas que van señaladas con los guarismos correlativos.

XLVII.

A un dulce pajarillo, que volando
De árbol en árbol y de rama en rama,
Melancólicos trinos gorjeando,
Sus penas templa, y la atencion le llama,
Sigue embebida en el acento blando,
Y en pos se enselva la afligida dama;
Y sin notarlo, lejos los confines
Deja de su palacio y sus jardines.

XLVIII.

Y hállase en un collado delicioso,
Manso dominador de la ancha vega,
Que el aurífero Tajo caudaloso
Grato enriquece y apacible riega;
Y do en chozas humildes al reposo
Sencillo pueblo pastoril se entrega,
De inocencia y candor acompañado,
Y de sus fieles perros y ganado.

XLIX.

¡Oh, cuán hermosa, y pura, y refulgente
Brilla la luna en el zafir del cielo,
Rielando en la plácida corriente,
Y aljofarando el esmaltado suelo!
¡Qué bálsamo respira el fresco ambiente!
¡Qué silenciosa paz, cuánto consuelo
Del mísero mortal presenta al alma
El campo delicioso en noche calma!

L.

Y tú, apacible y regalado sueño,
Consolador del mundo, tú que miras
Con espantado y pavoroso ceño
Las pasiones, y de ellas te retiras;
¡Cuán suave, coronado de beleño,
Con alas silenciosas mudo giras
Por la fresca, adormida y ancha vega,
Que á tu encanto dulcísimo se entrega!

LI.

Huyes de los soberbios artesones,
Do brilla el oro en cimbrias y en follajes:
Huyes de los armados galeones,
Y de los eminentes almenajes;
Y buscas las pacíficas regiones,
Donde chozas humildes de ramajes
Albergan el candor y la inocencia,
Y en ellas ejercitas tu influencia.

LII

El orgulloso y bárbaro tirano,
Que de púrpura y oro oprime el lecho,
Tu dulce néctar solicita en vano,
De recelo y pavor hendido el pecho.
Ya ve la daga en sobornada mano,
Ya el rayo vengador hendiendo el techo,
Ya á impulso popular rotas y abiertas
Cobardes guardias, reforzadas puertas.

LIII.

El que sigue feroz al duro Marte,
Abrumado del peso de la malla,
Temeroso procura desecharte
Al rayo de Lucina en la muralla;
Y el que del globo en la remota parte
El oro busca y con la mar batalla,
Si la codicia no, la voz del noto
Le despierta ó el grito del piloto.

LIV.

Al sencillo pastor, tranquilo en tanto,
Ni ambicion ni codicia le desvela,
Ni ódio le turba, ni le inquieta espanto,
Ni envidia vil, ni pérfida cautela;
Y desde que la noche tiende el manto,
Hasta que el pajarillo canta y vuela
Risueño saludando á el alba pura,
Goza en tus brazos celestial dulzura.

LV.

El mágico poder obra en la dama
Del feliz espectáculo que admira,
Y el consuelo en sus venas se derrama,
Con el aura inocente que respira.
Siéntase pues sobre la fresca grama,
La mano asiendo de su amada Elvira,
Y en éxtasis, que templa sus dolores,
Enjúganse sus ojos brilladores.

LVI.

Cuando oye de los perros vigilantes,
Muestras de lealtad, fieles ladridos;
Y á los rayos de Cintia rutilantes,
Sobre yerbas y flores esparcidos,
A un zagal (que con pasos anhelantes
A uno de aquellos chozos reducidos
Se acerca silencioso) ve la dama,
Y su muda atencion despierta y llama.

LVII.

Y en seguida, de un rústico instrumento
La blanda melodía resonando,
Conmovió suave al adormido viento,
Voz á la vega y á la noche dando;
Y un delicioso enamorado acento
A la par de la música sonando;
Hijo de una pasion sencilla y pura,
Así esparció á la auras su dulzura:

LVIII.

«Mi consuelo, mi dicha encantadora,
Mas linda que la flor del verde lino,
Y mas lozana que la fresca aurora,
Que al sol siembra de rosas el camino;
Dulce zagala, á quien mi pecho adora,
Por mi feliz, dulcísimo destino:
¡Ay, cuánto tarda el venidero dia,
Que anhelo pase, por llamarte mia!

LIX.

»¡Oh, cuán gallarda ante el altar sagrado
Mañana á dar el premio á mis amores,
Dirigirás el paso recatado,
La sien ceñida de fragantes flores;
Y de la rosa el brillo retratado
En tu inocente faz, con los colores
Del púdico rubor, tu mano tierna
La dicha hará de tu pastor eterna!

LX.

»Mas bella que la luz de hermoso dia
En el zafir del Tajo retratada,
Es tu cándida frente, Alcina mia,
Que parece azucena anacarada;
Y el negro manto de la noche umbría
No ostenta en primavera sosegada
Lucero brillador, ni el mayor de ellos,
Que se compare con tus ojos bellos.

LXI.

»¿Cómo Lauso sin tí vivir pudiera,
Encanto, eterno bien del pecho mio,
Mas dulce á mi anhelar, que en la pradera
Es el nuevo alcacel á mi cabrío?
La vida sin tu amor, ¿qué me sirviera,
Dueño de mi existencia y mi albedrío?
Solo á adorarte el hado me destina,
Para amarte nací, gallarda Alcina.

LXII.

»¡Ah! cuán dichosos por la selva y prados
Al rojo amanecer los dos saldremos,
Confundidos en uno ambos ganados,
Y los pintados riscos buscaremos;
Y entre amores sabrosos, y envidiados
Del cielo y de la tierra, pasaremos
Dias felices, horas placenteras,
En estas dichosísimas riberas!

LXIII.

»¡Qué regalos tendrás del amor mio!...
No brillará en la selva flor temprana,
Que no adorne tu frente; cabe el rio
Conchas te cogeré cada mañana;
Y en cuanto arrullen por el bosque umbrío,
En la pompa del álamo lozana,
Tórtolas blancas, tenderé mis redes;
Y ya contarlas como tuyas puedes.

LXIV.

»Un cervatillo con la piel manchada
De rojo y gris, y con el lomo pardo,
Que encontré la otra siesta en la enramada,
Para ofrecerlo á tu beldad, lo guardo.
En el redil, do encierro mi manada
Custodiado lo tengo, y solo aguardo
A que pazca y que trisque: cuando sea
Tuyo, Alcina, verás cuál te recrea.

LXV.

»Y en cuanto el sol su luz tienda en el llano,
He de plantar (en sitio que encubierto
Esté del soplo ardiente del solano,
Y de la escarcha del invierno yerto)
Un almendro, que pronto alze lozano
Gallarda cima de verdor cubierto,
Y acuerde en las tempranas primaveras
Nuestras delicias del amor primeras.»—

LXVI.

Cesó la voz, y el eco sonoroso
Aun los últimos sones repetia,
Mientras ufano aquel pastor dichoso
Con guirnaldas el tosco umbral vestia;
Cuando por él saliendo el dueño hermoso,
Que su llama honestísima encendia,
Ternezas se dijeron con amores,
Cuyo susurro resonó en las flores.

LXVII.

Tan inocente amor, dicha tan pura
Compara á los abismos de su pecho
Florinda, y el raudal de la amargura
Hierve en su corazon, roto y deshecho:
Que solo el que es dichoso, la ventura
De los demás contempla satisfecho;
Pero ¡ ay ! al infeliz dichas ajenas
La furia le redoblan de sus penas.

LXVIII.

Y con ojos que el llanto no humedece,
Y que de aquellas chozas no retira,
Mármol yerto la mísera parece,
Reclinada en el seno de su Elvira;
Hasta que recordando, se estremece,
Rompe en ardientes lágrimas, suspira,
Y prorumpe con voz que conmoviera
Al cielo, si piedad en él hubiera;

LXIX.

«¿Lo ves?... ¿Lo ves?... ¡Oh ciego, injusto hado!
¡ Ay !... El amor los hace venturosos;
El mismo amor, que tiene destrozado
Mi pecho con tormentos espantosos.
¿Por qué esta diferencia, cielo airado?
Unos aman, y amando son dichosos,
Y otros aman, y amando los confundes,
Y en mar horrendo de dolor los hundes,

LXX.

»¡ Como á mí, triste!... Cual si crímen fuera
Verse mi corazon á amor sujeto,
O del mortal en manos estuviera
Elegir para amar hora y objeto.
Todo lo rige la celeste esfera:
Inevitable al hombre es su decreto:
Si el cielo con pasiones nos ostiga,
¿De qué delito luego nos castiga?

LXXI.

»¿Es que en la córte y entre jaspes y oro
Todo es maldad y horrores, y conserva
El hado de sus dichas el tesoro
Para las chozas de ramaje y yerba?
¿Y por qué á mí infeliz á eterno lloro
Me hizo á la luz nacer la suerte acerba
En Toledo, en alcázares dorados,
Y no en las selvas y apacibles prados?

LXXII.

»Alejémonos ¡ay! de estos lugares;
Que tanta dicha me desgarra el alma,
Y aun temo con mis hórridos pesares
De esa mansion feliz turbar la calma.»
Dijo, y á los etéreos luminares
Alzó una y otra sudorosa palma,
Llenas de llanto las mejillas bellas,
Como favor pidiendo á las estrellas.

LXXIII.

Apoyada levántase en su Elvira,
Y volviendo los ojos de la vega,
Angustiada á su alcázar se retira,
Y ya á los bosques inmediatos llega.
Advierte en ellos que á lo lejos gira,
Con paso incierto entre la sombra ciega,
Un silencioso bulto, que la espanta,
Y lanza un grito, sin mover la planta.

LXXIV.

A cuyo acento viene presuroso
Aquel objeto que su horror motiva;
Quiere Florinda huir, y en el herboso
Suelo su propio asombro la derriba;
Cuando halla que es Rodrigo, que anheloso,
Yerto el cabello, helada la expresiva
Frente, los ojos secos y espantados,
Sostiénela con brazos desmayados.



. . . .

Cuando halla que es Rodrigo, que anheloso,
Yerto el cabello, helada la espresiva
Frente, los ojos secos y espantados,
Sostiénela con brazos desmayados.

PAGᴬ 250.

LXXV.

Rodrigo el infeliz, que abrir no osa
Los labios de terror, y que en horrendo
Secreto guardará la temerosa
Vision, de que turbado viene huyendo:
Ni sabrá cuál la vega es deliciosa,
Que su amada Florinda ha estado viendo;
Que el temor de aumentar su mutua pena,
A silencio azaroso los condena.

LXXVI.

Abrázanse gimiendo, y fugitiva
El aura compadece sus dolores:
La selva los contempla compasiva,
Y sin piedad los astros brilladores;
Mientras cruel de su explendor los priva
La luna, que nacer vió sus amores,
Pues ¡funesto presagio! el rostro oculta
En negra nube, que el terror abulta.

Londres, 1824.

CANTO TERCERO.

LA VENGANZA.

I.

Viento setentrional sopla, y gallardo,
Aunque crespes del mar las turbias ondas,
El seno abulta de las lonas pardo,
Sin que la tierra nebuloso escondas.
No te demuestres á mi anhelo tardo,
Que á mis ruegos es justo correspondas,
Pues cantando el rigor de mi fortuna,
En Albion te adormecí en tu cuna.

II.

Sí, ya á mis ojos férvido horizonte,
Entre celajes de risueña grana,
Cumbres azules de lejano monte
Muestra al primer albor de la mañana.
Terreno es español!... Alma, disponte,
Disponte á recibir el premio ufana
De tu constancia y padecer, gozando
De amor y de amistad el beso blando.

III.

Salve, costas amadas. —¡ Desdichado!...
¡ Mísero yo, que en ilusion perdido,
Pude un momento la crueldad del hado
Dar, y mi suerte bárbara al olvido!...
¡ Ay! el tiempo dichoso aun no es llegado.
Una tremenda voz hiere mi oido,
Voz de infortunio, de despecho y muerte:
¡ Oh, cuán terrible es la sañuda suerte!

IV.

Siniestra voz con temeroso acento,
«Huye, infelice, desde allí me grita,
Que á ver tu patria por mayor tormento
Tu destino cruel te precipita:
Mas no la pisarás, el raudo viento
Que hincha tus lonas y la mar agita,
Te arrebata ¡infeliz! á otras arenas,
En donde arrastres tu destierro y penas.»—

V.

¿Do volveré los ojos? Tú, desnudo,
Avila de verdor; tú, cuya frente
De ásperas rocas Hércules membrudo
Alzó, abriendo camino al mar rugiente,
Permite á un desdichado, á quien sañudo
Destino acosa, la angustiada mente
Y la vista tender, para consuelo,
Por tu gran mole que se eleva al cielo (2).

VI.

Mas, ¡oh prodigio!... ¿á quién allá en tu cumbre,
Cual fantasma de muerte, alzarse veo,
Y de sus ojos la tartárea lumbre
Sobrepujar el resplandor febeo,
Como en noche fatal la muchedumbre
De estrellas vence, ardiendo en su apogeo,
Sobre las rotas nubes desiguales,
El sangriento Orion, nuncio de males?

VII.

¡Ay, que es el conde don Julian! Airados
El viento y mar, de la tartesia arena
A los montes del Africa abrasados,
Le condujeron á llorar su pena;
Y desde allí con ojos inflamados,
Y alma de anhelo vengativa llena,
Mira al través de las cerúleas olas,
Y maldice las costas españolas.

VIII.

Allí en la cumbre de los riscos yerta,
Su alarido atronando la montaña,
De aquella playa bárbara y desierta
Las sierpes, con pavor, tiemblan su saña;
Y allí le mira el sol, cuando despierta,
Y allí, cuando de luz los orbes baña,
Y allí desde el ocaso al fin del dia,
Y allí una y otra vez la noche fria.

IX.

Allí tambien le encuentra un mensajero,
Que en pequeño batel de alado pino,
Desde España, cortando el golfo fiero,
Con carta y órden de don Opas vino;
Del vil don Opas, que logró mañero
Saber do el conde gime peregrino;
Y en carta astuta de este modo escrita,
A la venganza y la traicion le incita:

X.

«Del Africa arenosa las regiones
De gloria inundan, y de honor sedientas,
Nuevas valerosísimas naciones;
¿Y tú su vecindad por nada cuentas?
¿No ves que serán tuyos sus pendones,
Si á su ambicion y arrojo representas,
Cuán cerca les ofrece la fortuna
A España rica y sin defensa alguna?

XI.

»Marcha en su busca, su valor enciende,
A su cabeza ponte, y sin tardanza
El corto espacio de los mares hiende,
Y á las béticas playas te abalanza.
Harto te digo: de tu mano pende
O restaurar tu nombre, y la venganza
Tener, que tu manchada gloria exige,
O morir en la afrenta: conde, elige...»

XII.

Mas no leyó: las canas venerables
De la rugosa frente se erizaron,
Y sus ojos, con fuego formidables,
Al mensajero infame fulminaron;
Y asordando los piélagos instables
Con voces, que cual trueno retumbaron,
«¡Yo á mi patria traidor! yo contra España!!!»
Dijo, y huyó por la áspera montaña.

XIII.

Mas ¡ay! vano es huir: consigo lleva
El consejo fatal, y allá en su pecho
El oculto veneno entró y se ceba,
Y ya en su corazon el daño ha hecho.
Así en vano á escapar el ciervo prueba
Del dardo que el costado le ha deshecho;
Que no ya el dardo cortará su vida,
Sino la yerba que dejó en la herida.

XIV.

Conócelo el astuto mensajero,
Sagaz cual su señor, y al conde airado
No intenta perseguir, antes lijero
Torna á surcar el piélago salado:
Tal diestro agricultor con cierto agüero,
Cuando en terreno fértil ha sembrado,
Ya no se afana mas, porque el tributo
Sabe que le ha de dar la tierra en fruto.

XV.

Solo el conde en el áspero desierto,
Vuelve á mirar la seductora carta,
Y nuevo horror le inspira y desconcierto,
Y otra vez de ella el pensamiento aparta:
Que jamás corazon de honor cubierto,
Aunque la patria lo destroce y parta
Con vil persecucion y ofensa grave,
Hacerla presa de extranjeros sabe.

XVI.

Tal crímen es, que de pensarlo, el conde,
Aunque irritado, tiembla; y en su pecho
A Opas maldice, y al papel en donde
Ofrece tal venganza á su despecho.
Mas de virtud humana ¿quién responde,
Cuando en horrenda tempestad deshecho
El huracan de las pasiones ruge,
Y audaz la embiste con furioso empuje?

XVII.

Casi cien giros completado habia
La tierra en derredor del sol ardiente,
Desde la fuga y el famoso dia
En que Mahoma trastornó el oriente (3);
Y en que hermanando astucia y osadía,
Alzó arrogante la soberbia frente,
Cual hombre celestial, y cual profeta,
Que de Dios los decretos interpreta.

XVIII.

Obediencia, y amor, y ciego culto
Halló entre gentes rudas, que pensaron
Que el mismo Dios en él hablaba oculto,
Y sus dogmas y leyes abrazaron;
Y cundiendo en los pueblos el tumulto,
Que las nuevas doctrinas motivaron,
Llenó sn nombre y gloria el hemisferio,
Que absorto vió nacer un nuevo imperio.

XIX.

Un nuevo imperio, que cual suele acaso
Raudo torrente en turbio remolino,
Rompiendo el dique, por el campo raso
Estender bramador su ancho camino;
O como en el desierto tiende el paso
Sobre la llana arena el torbellino;
Nació, creció, elevóse, y furibundo
Combatió al cielo, estremeciendo al mundo.

XX.

Pues Mahoma exaltando las pasiones
De las gentes del sur, y en fanatismo
Abrasando encendidos corazones,
Hizo temblar al firmamento mismo:
Tornó tímidos ciervos en leones,
Inflamó astuto en bélico heroismo
Pueblos supersticiosos, y con ellos
De altas naciones oprimió los cuellos.

XXI.

¡Tanto puede el saber ó la fortuna
De un hombre solo!... y tanto, que aun enciende
Su excelso influjo sin mudanza alguna
En la estirpe feliz que de él desciende.
Así el imperio de la media luna,
Muerto Mahoma, en nueva gloria esplende,
Y ven del islamismo las falanjes
El fértil Nilo y opulento Ganges.

XXII.

Muza conduce al último occidente
Sus vencedoras huestes y pendones,
Y hace que postren al Coran la frente
Garamantas y etiópicas naciones,
Y el pardo Bereber y el Libio ardiente;
Y cubre con invictos escuadrones
La Tingitania y la Numidia, y huella
Las costas, do el Atlántico se estrella.

XXIII.

Costas, cuya conquista (ya mirando
La Africa toda á su poder sujeta,
Y sometida del Califa al mando,
Y al culto y á la ley del gran Profeta)
A su hijo Abdalazis encarga, ansiando
Con paterna aficion justa y discreta,
Que se ensaye en la lid, y adquiera gloria,
Completando su acero la victoria.

XXIV.

Así Getulia por sus montes mira
Rey de las selvas al leon sañudo,
Despues que destrozar, ardiendo en ira,
Ganados, perros y pastores pudo;
Cuál de la lid sangriento se retira,
Y á sus cachorros con rugido agudo
Incita á que en los restos fuerzas prueben,
Y en la matanza y destruccion se ceben.

XXV.

Jóven Abdalazís, y aleccionado
Del padre triunfador en la alta escuela,
De fortuna y valor acompañado,
Al ensayo feliz ansioso vuela;
Y cual rayo en las nubes engendrado,
Corre, llega, combate, vence, asuela;
Y ornado de laurel, de gloria lleno,
Torna al abrigo del paterno seno.

XXVI.

Con lágrimas de gozo el padre anciano
Al jóven vencedor los brazos tiende,
Y gracias rinde al cielo soberano,
Que en hijo tal su noble sangre enciende;
Y por festejo del valor temprano
Que en el mancebo triunfador esplende,
Y de ver completada la conquista,
Fiestas y juegos bélicos alista.

XXVII.

No lejos de la playa, en que las olas
Del paso hercúleo brillan, y do enfrente
De las cercanas playas españolas
Avila se avecina al sol ardiente,
Bajo la insignia de las crespas colas
Júntase ufana la guerrera gente,
Que de Mahoma sigue los pendones,
Humillando al Coran tantas naciones.

XXVIII.

Y con ellos los pueblos africanos,
Descendencia de Agar, llegan ansiosos,
Ya humildes á los ritos mahometanos,
A presenciar los juegos suntuosos,
Que en unos valles y apacibles llanos,
De palmas y naranjos olorosos
Ornados en reedor, el sarraceno
Va á celebrar, de sus conquistas lleno.

XXIX.

Preside el campo Muza, coronado
De los rayos espléndidos de gloria,
Que á su cabello venerable han dado
La constante fortuna y la victoria;
Y en segundo lugar (si lo es su lado)
Brillan, dignos tambien de alta memoria,
Los otros adalides, campeones,
Honor de los lunados escuadrones.

XXX.

A contender los premios se presenta
La flor del Asia y Africa, gallarda
Lozana juventud de honra sedienta,
Y á quien tan alta gloria el cielo guarda.
Cuál en potro feroz, que fuego alienta
La carrera del viento juzga tarda,
Y cuál ostenta luchador robusto
Fuerzas, que al mismo Alcides dieran susto.

XXXI.

Quién disputa el acierto en la saeta,
Los golpes quién de poderosa maza,
Este al toro feroz postra y sujeta,
Aquel al bravo tigre despedaza:
Otros con ágil pié tocan la meta,
Y todos muestran en la extensa plaza
Fuerzas, y robustez, y valentía,
Destreza, emulacion, alta osadía.

XXXII.

Allí, excelso Tarif, la gruesa lanza
Tu brazo triunfador vibró membrudo,
Y tanto trecho rehilando alcanza,
Que do llegó, ninguna llegar pudo,
Y allí con harto orgullo y confianza
Tu cuerpo colosal muestras desnudo,
O Zegrí, que desprecias arrogante
De Abencerraj los miembros de gigante.

XXXIII.

A ambos en espantosa lucha mira
Desde zenit el sol, y ambos deshechos
Ardeis sañudos en rencor y en ira,
Y en fuertes lazos os teneis estrechos.
El ódio innato, que bramando gira
Por vuestras venas y encendidos pechos,
Tal fuerza os da, que iguales en la gloria,
No queda por ninguno la victoria.

XXXIV.

Ya los astros os tienen destinada
Generacion, do se conserve y crezca
Esa rivalidad envenenada
Tanto, que envidia su heredad parezca;
Y un tiempo ha de llegar en que Granada
De vuestros nietos al furor perezca,
Cuando discordia atroz así los ciegue,
Que vuestra sangre sus palacios riegue (4).

XXXV.

Tambien tú, Abhen-Halí, jóven lozano,
De alfanje damasquino haciendo prueba,
Revuelves el corcel con blanda mano,
Llamando la atencion tu gloria nueva.
¡Ay! que víctima á ser de amor insano
Tu destino cruel te arrastra y lleva
A Córdoba famosa, do tu suerte
Será amar, tener zelos, darte muerte.

XXXVI.

Sí, yo mismo en el muro derruido
De aquella insigne Córdoba, do el cielo
Me dió el nacer, y que jamás olvido,
He visto las señales de tu duelo.
Aun de tu ingrata Zaida allí esculpido,
Sin que lo ultraje de la edad el vuelo,
Vive el nombre, que trémulo escribiste
Con la daga, que en tí despues hundiste.

XXXVII.

Lo he visto, y no sin lágrimas: el pardo
Musgo las letras casi borra, y crece
De yedra y zarza matorral bastardo,
Que de aquel sitio el defensor parece.
Alza la crencha solitario cardo
Sobre tu ignota tumba, y resplandece
En las piedras tu sangre, mancha oscura,
Que allí á despecho de los tiempos dura.

XXXVIII.

¡Cuántas veces tu historia dolorosa,
Infante tierno, me acalló en la cuna!
¡Cuántas despues, ya jóven, con medrosa
Planta, al reflejo de la opaca luna
Visité aquel lugar, donde reposa
Tu ceniza infeliz!... Y aun noche alguna
Mi mente oyó gemidos aterrada,
Y creyó ver vagar tu sombra helada (5).

XXXIX.

Quince veces el astro refulgente,
Centro del mundo y causador del dia,
La vega iluminó, donde eminente
El valor musulman resplandecia;
Y ya alzando la voz y la alta mente
Hafiz, el noble vate, en quien ardia
La llama celestial, con sacro verso
Cantaba tanta hazaña al Universo.

XL.

Cuando el conde infeliz encaminado
Del gran rumor y estruendos militares,
Solo se acerca á la llanura armado,
Por desusadas sendas y ramblares:
Llega, y la inmensa multitud pasmado,
Oculto en los cercanos olivares,
Contempla; y su designio atroz le espanta,
Y aun indeciso suspendió la planta.

XLI.

Lanzando empero un hórrido alarido,
Cual espíritu réprobo, que mira
Que ha para siempre la mansion perdido
De la misericordia, ardiendo en ira
Prosigue, de los astros compelido;
Entre la muchedumbre mudo gira,
Y en medio de la liza se presenta,
La vista universal teniendo atenta.

XLII.

Su deslustrado peto opaca lumbre
Lanza, como siniestro meteoro,
Que del cóncavo cielo en la alta cumbre
Arde de los planetas entre el coro.
De sus áridos ojos la vislumbre
Brilla, y la faz, que moja escaso lloro,
Como fuego infernal: barba y cabello
El seno escarcha, y emblanquece el cuello.

XLIII.

Suspéndese el concurso inmenso, y mudo
Su extraño aspecto admira y continente.
El con la espada bate el ancho escudo,
Y tiembla y calla sin alzar la frente;
Cuando de pronto encárase sañudo
Al asiento de Muza preeminente,
Y en ronca voz, que ensordecer pudiera
Al huracan, habló de esta manera:

XLIV.

«Egregio capitan, claros varones
Dignos de dominar toda la tierra:
Nuevas valerosísimas naciones,
Cuyo poder al Universo aterra;
¿En inútiles pruebas, y en funciones
Desperdiciais el tiempo, que á la guerra
Debiérais consagrar y á la victoria,
Y á completar vuestra naciente gloria?

XLV.

»¿Pensais que los destinos esplendentes,
Que os guarda el cielo en inmutable arcano,
Llenos están, cuando aun existen gentes,
No domadas al yugo mahometano?
¿Vuestros invictos ánimos valientes
Caben solo en el ámbito africano,
Y ese vuestro denuedo sin segundo,
Que caber no pudiera en todo el mundo?

XLVI.

»Volad á donde os llama la fortuna,
No sea término el mar á vuestra saña,
Y el pendon victorioso de la luna
Amague á Europa, combatiendo á España.
Vecina, rica, sin defensa alguna
Se os ofrece; la luz del sol no baña
Ni mejor parte tiene el orbe todo:
Venid, arrebatadla al débil godo.»

XLVII.

Hondo espanto su voz ahogó, y el hielo
Pasmóle el corazon, cuando su boca
Nombró á la patria, y temeroso al cielo
Miró, sabiendo que su horror provoca.
En el desesperado desconsuelo,
Que confunde su aliento y le sofoca,
Ve á la virtud que de él huye y se aleja,
Y en la eternal reprobacion le deja.

XLVIII.

Es tradicion antigua de que en tanto
Que el traidor alentaba al sarraceno,
Tembló la España toda, y negro manto
Robóle el claro sol, bramando el trueno;
Y que terror secreto y mudo espanto,
Cayendo repentino, turbó el seno
De cuantos godos en el orbe habia:
¡Tanto funesto fuéles aquel dia!

XLIX.

Al espirar del conde el vil acento,
La inmensa muchedumbre el aire llena
Del confuso rumor que forma el viento,
Cuando en los valles de Moncayo suena.
Todos gritan con bárbaro ardimiento:
«A España, á España, el cielo nos lo ordena;
Este del gran Profeta es mensajero;»
Y todos arden en furor guerrero.

L.

Solo el prudente Muza no responde,
Y aunque el ánsia de gloria que le enciende,
En su faz generosa mal se esconde,
Hácia su pabellon el paso tiende.
En tanto que cercando al fiero conde
La entusiasmada multitud, que entiende
Ver en él un ministro del Profeta,
Le agasaja, le admira y le respeta.

LI.

Mas él á todo obsequio indiferente,
Ni ve, ni escucha; que su pecho insano
El peso abrumador del crímen siente,
Y torna mudo al olivar cercano:
Pues si remordimientos no consiente
Un gran delito en corazon humano,
Cierto terrible asombro siempre inspira,
Engendrador tal vez de mayor ira.

LII.

Entró la noche, y solo y combatido
De varios encontrados pensamientos,
Como cedro en el monte sacudido
Por bramadores encontrados vientos,
Muza, adalid prudente y advertido,
Del conde recordando los acentos,
No acierta á decidir, y duda y vuelve,
O mientras piensa mas, menos resuelve.

LIII.

El silencioso sueño por la vega
Sus alas tiende, ungidas de rocío,
Y al reposo dulcísimo se entrega
Y á la quietud el bárbaro gentío.
En la alta cumbre plácida despliega
Su lánguido explendor, húmedo y frio,
Con tibias luces, la creciente luna,
Protectora de la árabe fortuna.

LIV.

Cuando Muza, agitado y cuidadoso
(Bien que el sueño halagase sus intentos,
Renaciendo en las horas del reposo
Sus altos ambiciosos pensamientos;
O bien que el cielo, airado y rigoroso,
Avisos no omitiese ni portentos,
Con que la destruccion, ya decretada,
Precipitar de Hesperia desdichada).

LV.

Vió vestirse de rayos explendentes
Las pardas sombras de la noche oscura,
Y con lampos de luz resplandecientes
El seno abrirse de la tierra dura;
Y entre vapores férvidos ardientes
Alzarse á la region del cielo pura
El formidable espectro de Mahoma,
Cual númen infernal que el aire doma.

LVI.

Armas, despojos, rayos de la guerra,
Famas de altas naciones y fortuna
Huellan sus piés, que estriban en la tierra,
Mientras su frente escóndese en la luna.
Arde el Coran, que al universo aterra,
En medio de su pecho, cual laguna
De encendidos metales, y parece
Que á su presencia el orbe se estremece.

LVII.

Muza pasmado la rodilla inclina,
Postrando contra el suelo su semblante,
Cuando la colosal diestra encamina
El grave espectro, y le ase del turbante;
Y las nubes hendiendo, lo avecina
A Avila peñascoso en corto instante,
Y párase con él en la alta cumbre,
Que temblando abortó tartárea lumbre.

LVIII.

Y desatando allí con diestra fuerte
El lauro eterno, que su frente orlaba,
Lo arroja; y como flecha de la muerte,
Hendiendo el aire rápido silbaba,
Siniestra luz lanzando: de tal suerte,
Que mísero planeta asemejaba,
A quien el Hacedor con ceño mira,
Y que perdido los espacios gira.

LIX.

Y salvando los mares espumosos,
Cayó tronando en medio de la España,
Cuyos campos y montes espaciosos
Con perniciosa luz alumbra y baña.
A los ojos de Muza codiciosos
Patente haciendo en perspectiva extraña,
¡Oh gran portento! cuanto encierra y cria
La goda miseranda monarquía.

LX.

Allí campos y vegas abundantes,
Do ópimas mieses el favonio ondea;
Cumbres allá, donde árboles gigantes
Entre las nubes Aquilon menea;
Aquí llanuras, sotos y odorantes
Prados, donde agua hermosa serpentea,
Adornados de yerbas y de flores,
Poblados de ganados y pastores.

LXI.

Allá contempla de ásperas montañas,
Por celestial disposicion abiertas,
De ricos minerales las entrañas
Desde el cimiento hasta las cumbres yertas:
Allí mira cuál riegan las campañas,
De los dones riquísimos cubiertas
De Minerva y de Baco, extensos rios,
Que arrastran oro en sus raudales frios.

LXII.

Y por doquier ciudades afamadas,
Altos templos, soberbios edificios;
Mas de gentes cobardes habitadas,
Presa infeliz del lujo y de los vicios.
Las fortalezas ve desmoronadas,
Que del descuido infame dan indicios;
Los arneses yacer de orin cubiertos,
E indómito el caballo en los desiertos.

LXIII.

Absorto y en silencio sepultado,
Está el caudillo á la vision atento,
Del formidable espectro acompañado
Dominador de la region del viento;
Y ante sus graves plantas prosternado
Anhela solo el escuchar su acento,
Pues, aunque en llama ardiendo está guerrera,
Solo una voz, solo un mandato espera.

LXIV.

Al fin lo oyó, pues que con voz tronante
Cual la tremenda voz de los torrentes,
Gritó: «Allí está el laurel, y allí triunfante
Lo hallarán, si lo buscan, mis valientes.»
No dijo mas: el trueno retumbante
Sonó, bramó la mar, los refulgentes
Astros oscureciéronse, de guerra
Sintióse estruendo, y retembló la tierra.

LXV.

Cesó el prodigio: Muza confundido
Se halla en su pabellon; mas tanto aliento
Dentro en su corazon siente encendido,
Que conoce el influjo del portento;
Y saltando del lecho: «Obedecido
Serás, oh gran Profeta,» en alto acento
Exclama, y sale al campo, cuando el dia
Sus primeros albores extendia.

LXVI.

Recorre la llanura; «Guerra, guerra,»
Grita; y las trompas *guerra* pregonando,
El sueño perezoso de la tierra
Van con las negras sombras disipando.
El pueblo, al ronco son que en llano y sierra
Retumba, diligente recordando,
Repite el grito, y al caudillo aclama,
Y en el furor armígero se inflama.

LXVII.

Siente el Conde el rumor, torna á la vega,
Y al ver arder al pueblo mahometano,
A la atroz esperanza su alma entrega
De ver cumplido su rencor insano.
Hiende la multitud, á Muza llega,
Feroz le aprieta la robusta mano,
Y «yo, le dice, yo seré tu guia,
Y tuya la española monarquía.»—

LXVIII.

Ya no hay reposo; el campo sarraceno
Hierve, y á preparar se precipita
La audaz empresa; que del ánsia lleno
De gloria, el furor bélico lo agita.
Tasca el potro de Arabia el duro freno,
El brillar del acero la luz quita
Al mismo sol, el polvo al aire crece,
Y retemblando el suelo se estremece.

LXIX.

Los altos cedros y robustos pinos
Que las cercanas cumbres adornaban,
De las nubes altísimas vecinos,
Y aquellos horizontes circundaban,
Cediendo á la segur, los cristalinos
Mares aborrecidos abrumaban,
Convertidos en naves; y las telas,
Que el Persa matizó, tórnanse velas.

LXX.

Ya resuenan las rocas de las playas
Al estruendo y guerrera gritería;
El agua azotan las flexibles hayas,
Y de hervorosa espuma se cubria:
Cortan veloces las cerúleas rayas
Las anchas proras; y del mediodía
Soplando el austro, entre calima y niebla,
El mar de pinos y guerreros puebla.

LXXI.

Poco el salobre espacio á tanta quilla,
Y poco á tanta vela es todo el viento:
Jamás vió el ronco mar sobre su orilla
Tanto bajel, ni tan osado intento;
Ni el sol eterno que en los cielos brilla,
Empresa tal desde su firme asiento
Espantado alumbró, ni vió la tierra
Mas aparatos de exterminio y guerra.

LXXII.

Alzate entumecido, y rebramando
Hunde rugiente en tu abismoso seno
El colosal poder del fiero bando,
Que va el orbe á dejar de asombro lleno.
Tu irresistible empuje ¿para cuándo,
Y tu furor, que desconoce freno,
Y con que cielo y tierras acobardas,
Mar indomable y turbulento, guardas?

LXXIII.

Mas, ¡ay! que decidida la fortuna,
A cuya ciega ley solo obedeces,
Protege los pendones de la luna,
Y paso por tu seno les ofreces;
Y no soberbio mar, sino laguna
De tranquilo verjel manso pareces,
Que como claro espejo reverbera
La plata y el zafir de la alta esfera.

LXXIV.

Tal vez sobre las nubes vióse en vano
A Ruben, entre espíritus impuros,
Rombos trazando con la sábia mano,
Para á su voz ligar los astros puros;
Mas sordo estuvo el férvido Océano
Y el viento al gran poder de sus conjuros:
Que no contrastan voluntad del cielo
La ciencia humana ni el mortal desvelo.

LXXV.

Dicen tambien, que al retemblar pasmado,
Viendo venir la inesperada guerra,
Calpe, inmenso peñon, que al cielo alzado
Entre nubes la frente árida encierra;
Avanzóse hácia el mar, desengonzado
Por fuerza oculta de la firme tierra,
Entrándose con pasmo de las olas,
Como á guardar las costas españolas.

LXXVI.

Mas crudo el cielo le detuvo el paso,
Y enclavado dejóle, do al presente
Un angosto arenal, hundido y raso,
Mar entonces, lo liga al continente.
Allí, estéril y adusto, aun muestra acaso
Aspecto aterrador, mirando enfrente
Los africanos enemigos montes
Alzarse en los cercanos horizontes.

Gibraltar, 1825.

CANTO CUARTO.

LA BATALLA.

I.

La noche horrenda que el monarca hispano
En el antiguo alcázar se introdujo,
Donde á saber misterios del arcano
La fuerza de los astros le condujo,
Fué la que á guerra al jefe mahometano
Movió del gran Profeta el alto influjo;
Y al mismo punto en que gritó *á la guerra*,
Aquel alcázar confundióse en tierra.

II.

Y ¡ ay, cuánto luto, abatimiento y llanto
Nació en Toledo el azaroso dia,
Que vió deshecho su temido encanto,
Pues que fugaz desparecido habia!
Pronto del jóven rey el ciego espanto
Los terribles secretos que escondia,
Descubrió, y pronto la lijera fama
Por el reino infelice los derrama.

III.

Pesa el brazo de Dios irresistible
Sobre el pueblo español; ya su terreno
Gime y se agita con temblor horrible,
Ya lo confunde pavoroso trueno,
Ya lo turba un terror incomprensible,
Ya el aire escucha de clamores lleno,
Ya ve eclipsado el sol, ya opaca y muerta
La luna mira y de vapor cubierta.

IV.

Por mustias vegas y marchitos prados
Huyen de sombras leves y fugaces,
Que ver no es dado al hombre, los ganados,
Con las fieras del monte haciendo paces.
Cruzan de noche entre hórridos nublados
Fantasmas blanquecinas, y en voraces
Llamas, que los mortales no encendieran,
Antiguas selvas con asombro ardieran.

V.

Yace la plebe en vergonzoso miedo,
Que á la infame nobleza se difunde,
Y á los viles magnates de Toledo
El porvenir oscuro los confunde;
Y como, do hay delitos, no hay denuedo,
En desaliento mísero se hunde,
¡ Oh baldonosa suerte ! España toda :
¡ Quién conociera así la estirpe goda !

VI.

Don Opas solo (¡ oh fuerza incomprensible
Del espíritu atroz de la venganza !
¡ Oh de negra traicion frialdad horrible,
Cuánto vuestro poder inicuo alcanza !)
Don Opas solo, tanto y tan terrible
Presagio, lisonjero á su esperanza,
Con infernal placer mira y contempla,
Y para nuevos crímenes le templa.

VII.

Y tú, que por tu mal naciste hermosa;
Y por serlo, culpable, ¡ ay, cuál espanto
Pinta tu faz marchita y congojosa,
Implorando piedad del cielo santo !
Tu estancia de oro y mármol te es odiosa;
Tu lecho potro de tormento y llanto,
Fuego horrible tu amor, tu vida muerte :
¡ Oh Florinda infeliz ! ¡ Oh amarga suerte !

VIII.

En vano cruzas con incierta huella,
Buscando algun consuelo, tus jardines,
Donde creciste candorosa y bella,
Envidia de azucenas y jazmines:
Do gozaste despues, por mala estrella,
El aura del deleite en los festines,
Y donde hora los céfiros y flores
Te abruman y acrecientan tus dolores.

IX.

¡Ay, que no son los apacibles dias
En que con la virtud que respirabas,
Cuanto te circundaba, embellecias,
Y tus reflejos mismos disfrutabas!
Gozo del cielo en tu interior tenias,
Por eso en los verjeles lo encontrabas:
Huyó con tu virtud, y en vano vienes
En ellos á buscar lo que no tienes.

X.

Tan solo al corazon que está inocente,
Son de placer la matizada alfombra
Del campo, el murmurar de la corriente,
Del bosque ameno la tranquila sombra;
Pero al que atroz remordimiento siente,
Y un espantoso porvenir le asombra,
No alcanza su dulcísima influencia;
Que no hay placer do falta la inocencia.

XI.

¿Miras llorando á la argentada luna?
La misma es que te dió sus luces bellas
La noche aciaga, que falaz fortuna
Te hizo perder de la virtud las huellas.
¡Ay! juzgaste tu dicha cual ninguna,
Y que te la envidiaban las estrellas,
Al gozar de tu amante las caricias...
¡Cuán caro es un momento de delicias!

XII.

¿Mas qué escuchaste que te aterra? ¡oh triste!
Un ruiseñor que entre los ramos trina.
¿Será aquel mismo que en la selva oiste,
Cediendo á la pasion que te domina?...
Cuando loca de amor te estremeciste,
Son celestial y música divina
En tu delirio pudo parecerte,
Lo que ahora son de infierno y voz de muerte.

XIII.

¿Y do tu amante está?... ¿Dónde Rodrigo?
¿De tí se aleja?... tu presencia evita?
No es desamor, cual, por mayor castigo,
Tu mente á imaginar se precipita.
Es que la ira de Dios lleva consigo,
Está en su frente la venganza escrita;
Y por mas que en tu fuego se consuma,
Huye de tí, que tu beldad le abruma.

XIV.

¡No lo advertiste anoche?... En sueño hundido,
En negra sombra y en silencio mudo
Toledo estaba: de repente oido
Fué en el palacio un alarido agudo.
Téudo corrió al rumor despavorido,
Y tú tambien, temiendo al hado crudo;
¿Y cuál los dos hallasteis á tu amante?
¿Qué os dijo su actitud y su semblante?

XV.

Sobre el marmóreo pavimento helado
De un oscuro salon tendido estaba;
El acero á mitad desenvainado
Con mano incierta y trémula empuñaba;
Con débil voz de pecho acongojado
Hondo quejido apenas arrojaba:
Llegásteis, y lo alzásteis, y al momento
Huyó, sin conocerte, á su aposento.

XVI.

¿Qué pudo horrorizarlo de tal suerte?—
Nadie en palacio penetrado habia.
¿Las alas del arcángel de la muerte
Volar en torno de su frente oiria?
¿Soñó que estaba á punto de perderte?
¿Qué enemigos temió su fantasía?—
Ni él lo dijo, ni nadie ha sospechado
Que asombro lo condujo á tal estado.

XVII.

¿Quién los abismos sondear consigue
De un pecho donde hierven las pasiones,
Cuando el rigor del cielo lo persigue,
Y le aterra con negras ilusiones?...
¿Y es por ventura extraño que atosigue
A los contaminados corazones
Roedor remordimiento, noche y dia,
Con cuantas sombras el espanto cria?

XVIII.

Entre ellas vive el infeliz monarca,
Y entre ellas los infames cortesanos,
Y de Toledo habitan la comarca,
Y corren á los pueblos mas lejanos:
Que en cuanto el cetro de Rodrigo abarca,
Los avisos del cielo soberanos
Claros indicios dan de estar vecina
Al imperio español grande ruina.

XIX.

Brama la guerra; el son de los clarines,
Gran tiempo no escuchado, el armamento
Manda, y de Hesperia á los remotos fines
Llega en las alas rápidas del viento;
Y aunque esparce el asombro en los confines
Del imperio español, bastardo aliento,
Que siempre el gran peligro inspira á todos,
Las armas empuñar hace á los godos.

XX.

Don Opas el traidor, que de concierto
Con el pérfido Conde está, procura
Aumentar el terror y el desconcierto,
Para ver su venganza mas segura;
Y por si acaso en la nacion despierto
Del antiguo valor un resto aun dura,
Que sus inicuos planes contradiga,
Sagaz en prevenirlo se fatiga.

XXI.

Astuto sus tesoros prodigando,
El número acrecienta de parciales,
Y fingiendo valor, y aparentando
La palma merecer de los leales;
Arma copiosa hueste y grueso bando,
Y trueca las insignias patriarcales
Por el arnés, nombrándose altanero
De altar y trono el defensor primero.

XXII.

Campo marcial, no córte, es ya Toledo;
Todo es armas, penachos y pendones;
Que el vicio torpe y vergonzoso miedo
De honra y valor usurpan los blasones;
Y aunque el arnés no basta á dar denuedo,
Al vestirle los góticos varones,
Hácense jactanciosos é insolentes,
Juzgándose invencibles y valientes (6).

XXIII.

Mas como suele en abrasado monte,
Do altos cedros, arbustos, flores, grama,
De humo y terror cubriendo el horizonte,
Tragó voráz la asoladora llama;
Algun roble encontrarse, que aun remonte
(Bien que tostado y pobre de hoja y rama)
La copa viento; al así en España habia
Tal cual varon con honra y valentía.

XXIV.

Aunque pocos, las armas empuñaron,
Y en patriotismo y en virtud ardiendo,
Con lo mejor que en torno de sí hallaron,
Pequeñísima hueste componiendo,
A la defensa intrépidos volaron,
A la patria sus vidas ofreciendo;
Mas, ¡ oh dolor! su esfuerzo y noble saña
No son bastantes á salvar á España.

XXV.

¡Ay del peñasco, que en la excelsa cima
Socava el agua y saca de sus quicios!
Estorbo no hallará que lo redima
De bajar á los hondos precipicios.
¡Ay del Estado, cuyas basas lima
El corroedor halago de los vicios!
De pocos la virtud no lo sostiene,
Si al exterminio despeñado viene.

XXVI.

—Entre tanto el valiente Sarraceno
Tala del Bétis la apacible tierra,
Sin encontrar á sus furores freno
En altos muros, ni en fragosa sierra;
Y yermo deja su contorno ameno,
Sembrando muerte, y orfandad, y guerra;
Y hasta las torres de Híspalis famosa
Temen la servidumbre desastrosa.

XXVII.

Tadmiro en ellas refugiado clama,
Varios mensajes al monarca envia,
Diciendo, que cual suele en mies la llama,
El bárbaro africano se extendia;
Y el socorro urgentísimo reclama,
A la córte culpando de tardía.
Mueven por fin sus ruegos á Rodrigo,
Y dispone marchar al enemigo.

XXVIII.

Ya con Favila de las huestes parte,
A los béticos campos se dirige:
En pos agita el viento el estandarte
Que con intento vil don Opas rige:
Entre ilustres caudillos se reparte
La fuerza goda, y lo florido elige
El Rey para su escolta, guardia y mando,
Grave escuadron de próceres formando.

XXIX.

Tiembla Florinda, al acercarse el dia
De ausentarse su amor, porque en su idea
Presentimiento triste la advertia
De cuál la suerte que le aguarda sea.
Sabe ya que su padre conducia
De enemigos la bárbara ralea;
Y de tan negro crímen, que la asombra,
Causa fatal, y con razon, se nombra.

XXX.

Y «si yo orígen soy de tantos males
Y de tantos delitos ¡infelice!
¿Por qué las justas iras celestiales
En mí tan solo no descargan!» Dice.
Y demudan su rostro las señales
Del despecho, y frenética maldice
El punto aciago en que miró á Rodrigo,
A quien mas ama, por mayor castigo.

XXXI.

Ya en su delirio vencedoras mira
Las góticas banderas, y pendiente
De afrentoso cadalso cuál espira
El padre, por su causa delincuente:
Ya al Sarraceno, respirando ira,
De roja sangre abriendo ancho torrente
En crudo encuentro, arrebatar triunfante
Corona y vida á su adorado amante.

XXXII.

Otras veces terrible le presenta
Su atormentada y loca fantasía
Al padre y al amante, que en sangrienta
Lid se acometen con fiereza impía:
En lucha tan fatal ¿á quién intenta
Ayudar la infeliz? ¿Por cuál envia
Su voto al cielo? De las dos ¿qué espada
De funesto laurel querrá adornada?

XXXIII.

Entre las dos la mísera encontrarse
Solo es justo que anhele, y el acero
De la una y otra con furor cebarse
Ver en su insano corazon primero;
Y ansiando á las batallas arrojarse,
Pide deshecha en lloro lastimero
A su amante, á su rey, que para escudo,
Consigo la conduzca al trance crudo.

XXXIV.

Pero el monarca, que en el alma lleva
Presagios de exterminio y vencimiento,
Y en su interior desmayo clara prueba
De que apuró de Dios el sufrimiento;
Aunque jamás á contrariar se atreva
De su amor ni el mas leve pensamiento;
¿Cómo podrá, oh Florinda, complacerte,
Llevándote á los campos de la muerte?

XXXV.

Ya el sol anuncia el azaroso dia
De la separacion: las trompas suenan,
Y la bélica turba y gritería
Calles y plazas de Toledo llenan.
Relinchando con noble lozanía,
Potros, que en vano halagan ó refrenan,
Con corvetas y saltos desiguales
Encienden los hollados pedernales.

XXXVI.

Huestes y numerosos guerreadores
Que al rey ayuden en tan grave empresa,
Preséntanle ciudades y señores
De las ricas comarcas que atraviesa.
Así los rios hácense mayores,
Y su caudal en el camino engruesa
Con los arroyos, venas y torrentes,
Que les dan sus raudales trasparentes.

XXXVII.

Altivo ya el monarca y orgulloso
De ver tantas banderas á su mando,
Los montes Marïanos presuroso
Pasa, del Betis la mansion hollando:
Del Bétis, que risueño y caudaloso
Lo mejor de la España fecundando,
Besa la régia planta, y le saluda,
Y á sus hijos convoca á darle ayuda.

XXXVIII.

Ya el regio carro rápido pasea
Los campos encantados y verjeles
De Turdetania, do Favonio ondea
Selvas de olivos, bosques de laureles;
Do jamás reina invierno, donde emplea
Eternamente Flora sus pinceles;
Donde el azahar las auras embalsama,
Y altísimos ingénios Febo inflama.

XXXIX.

Al fin Híspalis clara en sí recibe
Al monarca y ejército potente,
Y con apoyo tal, torna y revive
De su terror al áfrico inclemente:
A sus valientes junta, y apercibe
Armas, caballos, y tesoro, y gente,
Mirando, del peligro ya olvidada,
A la tierra, al infierno, al cielo en nada.

XL.

A marchar contra el bárbaro Agareno
Se preparaba el godo poderío,
Cuando el contorno de Híspalis ameno,
Tembló, y la márgen del hercúleo rio,
Porque parte del campo sarraceno
Se acerca á provocar el desafio,
Sangre, y terror, y esclavitud sembrando,
Al ejército hispano despreciando.

XLI.

Vense desde los altos torreones
Olivares arder, pueblos, pensiles,
Y entre el humo los árabes pendones,
Y óyense llantos, voces, añafiles.
Huyen abandonando sus mansiones,
Sus riquezas, sus huertas, sus rediles,
Sus míseras familias y ganados,
De Híspalis á los muros asombrados.

XLII.

Tal, cuando por Diciembre turbio brama
Guadalquivir, y la limosa orilla
Rompiendo, en la ancha vega se derrama,
Y al mas erguido alcor vence y humilla;
Desde los mismos muros (que alta fama,
No ya poder, conservan) gran Sevilla,
Pálidos vi buscar refugio en ellos
A cuantos moran tus contornos bellos.

XLIII.

—La afrenta el godo Rey conoce y siente,
De que no todo el grueso mahometano,
Sino pequeña parte osada intente
Correr, ante su vista, monte y llano.
De purpúreo rubor tiñó la frente,
Que el desprecio es dogal de un soberano;
Y resuelve salir á dar castigo
A la audacia del bárbaro enemigo.

XLIV.

De los buenos y honrados caballeros
Junta el corto escuadron; que en grande apuro,
No viles cortesanos lisonjeros
Busca un monarca para estar seguro:
Y á encontrar á los árabes guerreros,
Pasa el rastrillo del hispalio muro,
Pues desaliento entre sus godos mira,
Y á entusiasmarlos con su ejemplo aspira.

XLV.

De Tablada en los llanos espaciosos,
Que por la márgen bética se extienden,
Halla á los Agarenos orgullosos,
Que al verse acometidos se sorprenden,
Mas no dejan la presa; valerosos
A defenderla impávidos atienden,
Y al pequeño escuadron cargan feroces,
Con duras armas y tremendas voces

XLVI.

Trábase cruda lid, cuando aparece,
Cual precursor del rayo en la tormenta
Relámpago que ardiendo resplandece,
Y el mudo asombro y confusion aumenta,
El Conde fiero. A su presencia crece
De ambas partes la cólera sangrienta;
Pero él, del rostro la visera alzando,
Con tronadora voz, dijo gritando:

XLVII.

«Pues, cual nunca esperé, tienes, Rodrigo,
Fuerza y valor para esgrimir la espada;
Ven á batalla singular conmigo,
Y la lid se suspenda comenzada,
Ven de mi brazo á recibir castigo:..
O ya que mi honra tienes mancillada.
Y por tí mi virtud yace en el lodo,
Quita la vida á quien quitaste todo.»

XLVIII.

Calló, y á su señal el Sarraceno
Deja la lid y á un lado se retira.
Al pronto queda el rey de asombro lleno,
Que la voz del honor lo torna en ira.
Pone al valor de sus vasallos freno:
La lanza arroja, de la espada tira,
Y así gritando, con la espuela aflige
El corcel, y hácia el conde se dirige:

XLIX.

«Aunque al infame golpe del verdugo
Debe un traidor morir, ya que ponerte
Entre mis manos á los cielos plugo,
Tendrás, sin merecerla, honrada muerte.»
Dijo; y dos bravos toros que aun al yugo
Su furia no rindieron, de la suerte
Que el Conde furibundo y el Monarca,
El Tórmes ve lidiar, en su comarca.

L.

En despecho y venganza el Conde arde,
Y aunque al ocaso de la edad se inclina,
Sin peligro encontrar que le acobarde,
Ni un punto en fuerzas ni en valor declina.
De pasadas hazañas hace alarde,
Cual de antiguos trofeos parda encina:
Parece escollo de templado acero,
Y osténtase fortísimo guerrero.

LI.

Vergüenza, orgullo, juventud lozana
El alma encienden del Monarca godo:
Desde los muros de Híspalis cercana,
Que le contempla ve su reino todo;
Y que de un vil traidor la furia insana
Es quien osa ultrajarle de tal modo:
Y parece el valor que altivo ostenta,
Laurel despreciador de la tormenta.

LII.

Varias veces bramando se embistieron,
Sin encontrar en su furor ventaja:
Peligrosos fendientes repitieron
Y agudos golpes con la punta baja.
De sudor los caballos se cubrieron,
Alzando espuma y ardorosa braja,
Y al fin entre la gola y el almete
Del Conde, el Rey la tersa espada mete.

LIII.

Y cuando herido don Julian se mira,
Aunque leve fué el daño, en su hondo pecho
Gimió, y ardiendo en espantosa ira,
Redoblando sus fuerzas el despecho,
Un golpe, y otro, y mil furioso tira
Sobre el yelmo real, y á largo trecho
El penacho y corona al aire saltan,
Y el duro suelo con su brillo esmaltan.

LIV.

Pierde aliento Rodrigo: el Conde fiero,
Al ver que el regio casco firme pudo
Burlar el filo del tajante acero,
Y de su brazo el ímpetu sañudo;
La espada, cual diestrísimo guerrero,
Soltó, la maza enarboló forzudo,
Y aunque el yelmo á su golpe se sostiene,
A su golpe el monarca á tierra viene.

LV.

A arrojarse sobre él precipitado
Va el Conde, y á dar fin á la contienda,
Cuando de pronto un caballero armado,
Que desde Híspalis viene á toda rienda,
De broquel prevenido, y sin que al lado
Lanza descuelle ó cimitarra penda,
Y cuyo rostro la visera esconde,
Lánzase entre Rodrigo y entre el conde.

LVI.

Este, que á su victoria estorbos halla,
Y quien se atreva á su furor, no advierte
Que viene sin estoque á la batalla
Aquel soldado; y respirando muerte,
La maza esgrime, á cuyo golpe estalla
(Que no es como el del rey templado y fuerte)
El yelmo, y rotos el encaje y lazos,
Casco y visera saltan en pedazos.

LVII.

Y queda, ¡oh confusion! queda patente
De Florinda infeliz el rostro bello;
Y de gallardos rizos el torrente
Los hombros cubre y el armado cuello.
Hielo y mortal palor muestra su frente,
De desesperacion terrible sello,
Y con agudo acento ¡*Padre*! grita,
Y al suelo cabe el Rey se precipita.

LVIII.

Don Julian, sorpreso, horrorizado,
Un alarido arroja, vuelve el freno,
Y huye, cual si se viera fulminado
de ardiente nube al retumbar el trueno.
Con su imprevista fuga amedrentado,
El escuadron le sigue sarraceno:
Quedan confusos los guerreros godos,
Y á la dama y al rey acuden todos.

LIX.

Los pechos solo, donde amor reinando
El gran poder ostenta de su llama,
Que las celestes iras despreciando
Entre infortunio y crímenes se inflama,
La emocion que Rodrigo probó, cuando
Tornó á la vida en brazos de su dama,
Lograrán conocer: pintarla excede
Al poder que á mi labio se concede.

LX.

Y cuál entre dulcísimas caricias,
De amargura mezcladas y de lloro,
Y entre atroces tormentos y delicias
(Que tal contraste es del amor tesoro)
A tu amador atónito noticias,
Cómo á Toledo y sus salones de oro,
Mujer apasionada, abandonaste,
Y de él en pos venir perdida osaste;

LXI.

Y cómo tu belleza encantadora
De Marte con las galas escondiste,
Y sin temer la guerra asoladora
A arrostrar su peligro audaz corriste;
Y cómo al ver la saña vengadora
De tu padre cruel, te estremeciste,
Y entre tu amante y él fuiste muralla,
Término dando á la feroz batalla;

LXII.

Quede en su punto aquí, pues que mi acento
De intentar describirlo humilde cede:
Tanta fineza de amoroso aliento
Solo sentirse, y no pintarse puede.
Almas, á quien el alto firmamento
De la ternura el don fatal concede,
Juzgad ¡ay! lo que pasa en dos amantes
Puestos en circunstancias semejantes.

LXIII.

Mas dejemos de amor el eco blando,
Que la trompa guerrera el viento llena,
Los cristianos pendones convocando
Y las áces hispánicas ordena;
Y ya la márgen bética dejando,
A buscar á la turba sarracena
Marchan, y á decidir de fuerte á fuerte
En un combate la española suerte.

LXIV.

De escuadras la confusa muchedumbre
Campos inunda, y montes, y riberas;
El polvo roba al sol su clara lumbre;
Llenan el viento lanzas y banderas.
Retumba el llano y la fragosa cumbre,
Y el ronco estruendo de las armas fieras,
De relinchos, de trompas y atabales,
A las bóvedas cunde celestiales.

LXV.

Rodrigo, aunque abatida siente el alma,
Y poco en tanta multitud confia,
Y que ya de perder el cetro y palma
Cercano teme el desastroso dia;
Aparentando del valor la calma,
Hácia el campo fatal las áces guia,
Llevando á su Florinda hermosa al lado,
No ya encubierta en traje de soldado.



CANTO QUINTO.

EL EXTERMINIO.

I.

A la entrada del campo y llano extenso,
Por donde Guadalete se apresura
A dar al mar vecino humilde censo,
Entre adelfas, palmares y verdura;
De huestes godas el concurso inmenso,
Con las tinieblas de la noche oscura
Se detuvo, sentando sus rëales
Sobre varias colinas desiguales.

II.

De esparcidas fogatas los reflejos,
Que en el opuesto lado relucian,
Y de grande rumor confusos dejos,
Que el nocturno silencio interrumpian,
De que no estaba el enemigo lejos
A los caudillos godos advertian;
Y á defender el campo cuidadosos
Con valladar atienden y anchos fosos.

III.

Brilló la ansiada aurora en el oriente,
Y el gótico poder y el mahometano
Se encuentran acampados frente á frente,
Teniendo en medio el espacioso llano.
Ambos tocan al arma de repente,
Y la vaga region del viento vano
El son de trompas y añafiles llena,
Y hórrido tierra, y mar, y cielo atruena.

IV.

La muchedumbre gótica contiene,
Si no asusta, á los árabes pendones:
De estos la fama y el valor detiene,
Y aun pasma á los hispanos escuadrones.
Ni el uno ni otro campo al llano viene,
Aunque uno y otro ordena sus legiones;
Y largo tiempo en actitud guerrera,
Cada cual verse acometido espera.

V.

Confusas voces alza el Sarraceno,
Que cunden por las vegas y collados,
Como retumba pavoroso trueno
Entre los riscos de Pirene helados.
Hondo silencio de presagios lleno
Reina entre los hispánicos soldados,
Cual anunciando horrísona tormenta,
Calma pesada oscuro el aire ostenta.

VI.

Pero Tarif, que á la árabe grandeza,
De Muza en nombre, rige y acaudilla;
Ordenando sus áces con destreza,
Y viendo el gran furor que en ellas brilla,
Las exhorta, y exalta su braveza
Empuñando la bárbara cuchilla;
Y su tremenda voz sonó de suerte
Que pareció trompeta de la muerte.

VII.

Añafiles, bocinas, atabales
La atmósfera purísima atronando,
Y el grito de las furias infernales
Arrojan á la lid al fiero bando.
El Monarca español en sus reales
Venir las huestes áfricas mirando,
A ordenar la falange se apresura,
Para bajar tambien á la llanura.

VIII.

La custodia del campo donde deja
Su repuesto, sus tiendas, su tesoro
Y á su hermosa Florinda, á quien aqueja
Hondo pesar y despechado lloro,
Encarga, en tanto que á lidiar se aleja,
Y á contrastar al denodado moro,
Al vil Vernulfo y al traidor don Opas,
¡Oh ceguedad! con sus infames tropas.

IX.

Y desde el carro de marfil y acero
De cortadoras hoces erizado,
Que con son de borrasca, mas ligero
Que cierzo volador, recorre el prado;
Con rico arnés de claro reverbero,
Y de plumas y joyas adornado,
Cual era entre los godos uso antigo (7),
A sus huestes tambien habló Rodrigo.

X.

Ya del acometer la seña dando,
Las numerosas áces precipita
Contra las tropas del contrario bando,
Que vienen á la lid con alta grita.
Nube de agudas flechas, que silbando
Cruzan de entrambas partes, la luz quita
Al sol, el viento gime, y la ancha tierra
Se estremece al bramido de la guerra.

XI.

Cual de opuestas montañas se derrumban
Dos hinchados torrentes espumosos,
Y á los profundos valles, qne retumban
Con su estruendo, despéñanse furiosos;
Y allí sus aguas, que bramando zumban,
Revuelven, y confúndense hervorosos,
Alzando blanca niebla; así corrieron,
Y así entrambas naciones se embistieron.

XII.

Terrible fué el encuentro : parecia
Que los montes riscosos y empinados,
Llegado al universo el postrer dia,
Bajaban al abismo despeñados;
Y oyóse tal estruendo, cual se oiria
Cuando, al ver sus cimientos quebrantados,
Atlántida infeliz huyó del mundo,
Tragándola voraz el mar profundo.

XIII.

Nube densa de polvo al aire crece,
Que cielo, tierra, mar borra y confunde:
Cual relámpago el hierro resplandece,
El rumor de la lid cual trueno cunde :
¡ Tal cuando Marte atroz los embravece,
Y su fuego discordia les infunde,
Y las insanas furias los acosan,
Tormentas contrahacer los hombres osan!

XIV.

De las inmensas huestes de Rodrigo,
Ya enardecidas en feroz combate,
Aunque no son lo que en el tiempo antigo,
Y aunqne sangre enviciada en ellas late,
Ni el poder ni el furor del enemigo,
El renacido y noble aliento abate:
¡Tanto el llamarse godo y ser de España,
Honra da en la ocasion, esfuerzo y saña!

XV.

De Abisinios y negros Etiopes
Desbandadas escuadras, do campean
Estaturas y esfuerzos de Ciclopes,
Cercar el flanco gótico desean;
Y girando en carreras y galopes
Casi lo desbaratan y rodean;
Pero detienen su gallarda furia
Los leves hijos de florido Turia,

XVI.

Que unidos á los diestros Baleares,
Cuyas hondas jamás el tiro erraron,
Saliendo de unas quiebras y ramblares,
Sobre ellos de improviso descargaron;
Y con flechas y piedras á millares
A los bárbaros rudos destrozaron,
Que el Nilo en sus riberas ve feroces
Insultar á la luz con necias voces.

XVII.

Cerrada y gruesa hueste de Egipcianos,
Con largas picas y luciente malla,
Intenta penetrar de los cristianos
El poderoso cuerpo de batalla;
Mas su teson y esfuerzos serán vanos,
Que el godo cual fortísima muralla,
Restos de la romana disciplina,
El choque á resistir se determina.

XVIII.

En el ala siniestra en tanto audaces
Al gétulo y masilio caballero
Del Betis cargan las ecuestres áces,
Cubiertas de armas de templado acero,
Unos y otros resisten pertinaces;
Crece la llama del combate fiero,
Y pretal con pretal, lanza con lanza,
Terrible es de ambas partes la matanza.

XIX.

El jóven Téudo con furor pelea,
Y es su brazo ministro de la muerte:
Un pezeño de Córdoba espolea
Rugero, tan gallardo como fuerte.
Aunque anciano Tadmiro audaz rodea
La aguda espada con dichosa suerte,
Y á Moraicel, asombro del levante,
Destrózale la adarga y el turbante.

XX.

Malec asirio con Arnaldo cierra,
Y con la cimitarra de Damasco
(Que de temple mejor no entró en la guerra,
Y que abriera un durísimo peñasco)
Del alto potro lo derriba en tierra,
La pelta hendida y abollado el casco;
Mas con la tersa espada de Toledo
Dió Ervigio noble fin á tal denuedo.

XXI.

Abencerraj, tremendo, en otra parte
La maza esgrime de nudosa encina,
Y á los furiosos golpes que reparte,
Las góticas escuadras extermina.
Ni detenerle consiguiera Marte;
Pero Eurico, de fuerte coracina
Vestido y de valor, á hallarle viene,
Y con la pica su furor detiene.

XXII.

Por donde el carro de Rodrigo pasa,
No hay resistir, y rápido parece
Bramador huracan que el monte arrasa,
O llama que entre pinos se embravece.
Por otra parte, cuanto encuentra, abrasa
De Tarif el alfanje, y resplandece,
Como el rayo de Dios, cuando arrúina
Gigante torre ó colosal encina.

XXIII.

Lago horrendo de sangre es la llanura,
De armas y de cadáveres henchido;
Es todo Guadalete sangre oscura,
Y de él se aleja el mar estremecido.
Aun indecisa la batalla dura,
Y en medio de los aires suspendido
El Angel del Señor, pasmado ignora
A quien lleva la palma triunfadora.

XXIV.

Igual á cada parte el sol fulgente
Cinco veces miró la lid reñida,
Hasta que al fin por la cristiana gente
Vió á la ciega fortuna decidida.
Desmaya roto el áfrico valiente,
Victoria el pueblo gótico apellida,
Y en todos lados las lunadas colas
Póstranse á las banderas españolas.

XXV.

Entonces los intentos infernales,
Que desde tiempo tanto Opas medita,
Descubre; y á Vernulfo y sus parciales
Primero arenga, y contra el rey excita:
Despues en cuantos guardan los reales,
El miedo siembra, la codicia irrita;
Y cuando al robo y la traicion provoca,
Tu nombre, ¡oh santo Dios! suena en su boca.

XXVI.

«¿Así la sangre goda se prodiga,
Para que intruso Rey en torpes vicios,
Manchando el nombre de los godos siga,
Y cavándole nuevos precipicios?
Nuevos; pues aunque el triunfo se consiga
Despues de tan costosos sacrificios,
España queda en brazos de la muerte,
Africa entera, y ofendida, y fuerte.

XXVII.

»De Dios el brazo sus invictas áces
Ha conducido de la España al suelo;
¿Por qué pues demostrarnos pertinaces
Contra inmutable voluntad del cielo?
Lograr podemos ventajosas paces,
Y hacer menor de nuestra patria el duelo,
A Rodrigo vicioso abandonando
Y á cuantos siguen su ominoso bando.

XXVIII.

»En medio de tan recios temporales
Salud busquemos, y aun fortuna nueva:
Grandes tesoros hay en los reales,
De la avaricia de Rodrigo prueba.
Pues sudor vuestro son riquezas tales,
Y lo propio cobrar nadie reprueba;
Tomadlas sin tardar, cobradlas luego,
Y el campo y valladar consuma el fuego.

XXIX.

»Estos soberbios pabellones ardan,
Contra quien Dios pronuncia el anatema,
Por qué la causa vergonzosa guardan,
Que nos ha puesto en ocasion extrema.
Qué?... aun piedad y respeto os acobardan?
Yo os juro que de Dios la ira suprema
Ministros de venganza os ha elegido:
Incendiad este campo corrompido.

XXX.

»Y volemos á unir nuestros pendones
Con los del conde don Julian: el modo
Es este de encontrar con las naciones,
Que al cabo han de vencernos, acomodo.
Sus fuertes y valientes escuadrones
No se han movido contra el pueblo godo,
Sí en ayuda del Conde, á dar castigo
A los crímines torpes de Rodrigo.»—

XXXI.

Dijo, y robado el campamento habian
Las tropas de traidores roto el freno;
Y en desórden confuso descendian
A dar auxilio al Conde y Sarraceno;
Y altas llamas las tiendas consumian,
Dejando el campo de clamores lleno,
Cuando empezó á mostrarse la Fortuna
Contraria á los pendones de la luna.

XXXII.

Las huestes vencedoras que escucharon
A su espalda el rumor y vocería,
A inesperado ataque imaginaron
Que nueva gente bárbara venía.
Tornan, y cuando atónitos miraron
La llama que su campo consumia,
Su arrojo triunfador espanto mudo
Vuélvese, y hielo su ímpetu sañudo.

XXXIII.

Nótanlo los vencidos musulmanos,
Y aunque temen al ver en la llanura
Nuevas huestes bajar de los cristianos;
Como el Conde traidor los asegura,
Alarido feroz alzan ufanos,
Recobran luego su infernal bravura,
Y mirando á su lado á los traidores,
Tórnanse de vencidos vencedores (9).

XXXIV.

Ya no fué lid, fué bárbara matanza,
Y exterminio, y horror, y completarse
De las iras celestes la venganza,
Y el godo imperio en muerte desplomarse.
Huye de toda Hesperia la esperanza,
Ni ya de salvacion camino hallarse
En el valor ó en la constancia puede,
Que al Destino inmutable todo cede.

XXXV.

Aun hay, aun hay, quien en furor ardiendo
El nombre godo con teson mantiene,
Y quien muerte á deshonra prefiriendo,
Todo el poder de la Africa contiene.
Donde Rodrigo asiste, allí el horrendo
Combate encarnizado se sostiene,
Mientras que los cobardes torpe muerte
Hallan, huyendo en vano de la suerte.

XXXVI.

¿Mas quién es aquel jóven que el primero
Con tal teson persiste en la batalla,
Y contra el campo musulman entero
Se ostenta cual fortísima muralla?...
Desde el principio del combate fiero
Turbantes destrozando, hendiendo malla,
Fué brazo de la muerte, y ahora ufano
Ultimo apoyo del imperio hispano.

XXXVII.

A un alazan fortísimo embravece,
Que con feroz aliento el aura inflama:
Su peto sol en el zenit parece,
Sus ojos arden con celeste llama:
Sobre su rico yelmo resplandece
Claro lucero, que esplendor derrama,
Y de su invicta espada en la cuchilla
La hermosa luz de la esperanza brilla.

XXXVIII.

Anhelosa lo sigue á toda parte
Con ojos que el dolor y el llanto empaña,
Y sin que de él un punto los aparte,
La sin ventura moribunda España.
Tiembla de verle entre el furor de Marte,
Aunque se goza al admirar su saña;
A él solo atiende en tan fatal desmayo:
¡Ay, que es el gloriosísimo Pelayo!!!

XXXIX.

Sálve, hijo de Favila, á quien el cielo
Destina á restaurar el nombre hispano:
Hoy es el dia de exterminio y duelo,
Y contrariar no puedes al arcano:
El de reparacion y el de consuelo
Brillará, y tu valor no será en vano:
Guárdate, deja ya la lid perdida;
Que es de la patria tu preciosa vida.

XL.

Ni de Pelayo la invencible lanza,
Ni del honrado Ervigio y de los buenos
El tenaz resistir dan ya esperanza
De atajar á los bravos Sarracenos.
Espantosa es de godos la matanza,
De la tierra infeliz los hondos senos
Empapados en sangre retemblaron,
Ayes tristes los aires asordaron.

XLI.

A los remotos mares de occidente
El sol horrorizado descendia;
En calma estaba el abrasado ambiente,
Nube cárdena el cielo oscurecia;
De tarde en tarde lampo refulgente
El lejano horizonte confundia;
Bramaba sordo el retumbante trueno,
De terrores el mundo estaba lleno.

XLII.

La cuádriga del carro del monarca
Anhelante no encuentra ya camino
Sobre tantos despojos de la Parca,
Que embarazan el eje diamantino.
En sangre la falcada rueda encharca,
Y el pesado timon de fuerte pino
Rompe, y tropieza respirando espuma,
Y en vano el crudo látigo la abruma.

XLIII.

El llanto del despecho la faz moja
Del triste Rey. De la corona rica
Y del soberbio manto se despoja,
Salta del carro, y sangre le salpica:
El cetro, que el Señor le quita, arroja:
Furioso empuña una fornida pica,
Monta en caballo que aventaja al viento,
Y corre al incendiado campamento.

XLIV.

Mas dónde, ¿dónde va?... ¡Desventurado!
Vuelve á morir, ¡oh mísero Rodrigo!
¿No ves que el crudo cielo está cerrado
A toda compasion para contigo?
¿Juzgas que algun consuelo te ha dejado,
Y contra su furor algun abrigo?
Aun no conoces tu tremenda suerte:
Solo un remedio ya te resta, muerte.

XLV.

Cuando ves desplomarse tu alto imperio,
Y como te han vendido los traidores;
La flor y gloria del distrito hesperio
Yacer muertas de Marte á los furores;
Tu patria en espantoso cautiverio,
Y tu fama entregada á los horrores
De eterna execracion; ¿juzgas que el hado
El consuelo de amor te ha conservado?

XLVI.

En su seno la dicha encontrarias,
Al lado de Florinda, en el desierto,
Sin echar menos los pasados dias,
De tosca piel y oscuridad cubierto;
Y aun dulcísimas horas gozarias,
Sin temer de Fortuna el rostro incierto,
Como sueños viniendo á tu memoria
Vagos recuerdos de tu imperio y gloria.

XLVII.

Vagos recuerdos, que el crisol ardiente
De recíproco amor purificando,
El desprecio trajeran á tu mente
De mundo, hombres, riquezas, gloria y mando;
Y que un momento aun tu tranquila frente
De tinta melancólica bañando,
Te hicieran en el seno de tu hermosa
Verter alguna lágrima preciosa.

XLVIII.

Del campo el fuego ya casi extinguido,
Al Monarca infeliz fatal señuelo,
Preside entre fragmentos esparcido
A las venganzas últimas del cielo.
Ya han los feroces moros recorrido
Las cenizas y restos de aquel suelo,
Y entre troncos y telas abrasadas
Aun cebado sus bárbaras espadas.

XLIX.

Allí queda ya solo el Conde fiero,
Que de su horrendo crímen abrumado,
De la llama al reflejo postrimero
Las ruinas recorre ensangrentado;
Y entre tanto cadáver, que el acero
Y el incendio voraz han destrozado,
Nuevas de su hija inquiere sin provecho,
Agotando la copa del despecho.

L.

Tal de tirano vil sombra sangrienta,
Entre sepulcros que pobló su ira,
Al lampo aterrador de la tormenta,
Acaso en la espantosa noche gira.
Allí del exterminio aun se alimente,
Y sangre y rabia aun con furor respira;
O allí privada del descanso eterno
Apura los suplicios del infierno.

LI.

Don Julian con ojos centellantes
Del regio pabellon ve la ruina,
Y sus muertas cenizas humeantes
Angustioso revuelve y examina
Entre cuerpos ha poco palpitantes,
Y entre espantables bultos imagina
Ver el cadáver de una hermosa dama,
Cuya cabeza consumió la llama.

LII.

Pásmasele la sangre, y confundido
Sus miembros de sudor inunda helado;
Y tiembla, y pierde fuerzas y sentido,
Yerto el cabello, el corazon ahogado.
Aunque á saber no acierta quién ha sido
Aquel cuerpo infeliz medio quemado,
Conmocion horrorosa su alma agita,
Y gimiendo sobre él se precipita.

LIII.

Hallarse allí con Julian pudiera
El infeliz Rodrigo, si ya el cielo,
Ablandado tal vez, nó le opusiera
Piadoso estorbo á su engañado anhelo;
Pues ya casi en los límites se viera
De aquel fatal y desastroso suelo,
Cuando escuadron de infieles sobrevino,
Que le embiste, atajándole el camino.

LIV.

Aunque incógnito y solo allí se mira,
Y sin mengua fugarse puede acaso,
No olvida que fué rey; y ardiendo en ira;
Trata de abrirse con las armas paso.
A llegar á sus tiendas solo aspira,
Que aun humo esparcen por el aire raso;
Y al potro acosa con la aguda espuela,
Alto el escudo, en ristre la arandela.

LV.

Mas ¡ay! que es uno, los contrarios ciento,
Y ni paso ni fuga encontrar puede.
Revuelve á todos lados con aliento,
Y en constancia y valor ni un punto cede.
Aunque su decision y su ardimiento
Al de un oscuro caballero excede,
No acierta que combate con Rodrigo,
Y le cerca y le estrecha el enemigo.

LVI.

Mas como allá en el circo sevillano
Suele un toro retinto, cuando advierte
Que la vida salvar intenta en vano,
Cara vender la inevitable muerte;
Y embiste audaz al peloton galano
De hombres y de caballos, de tal suerte
Que de sangre y despojos la ancha arena,
Y de terror al gran concurso llena;

LVII.

Fin glorioso el monarca así buscando,
Vibra y revuelve la nudosa lanza,
Y potros y ginetes arrollando,
Muestra hasta dónde su denuedo alcanza.
Dos, cuatro, seis infieles derribando,
De los demás enciende la venganza,
Que armas diversas con furor esgrimen,
Y le estrechan, le atajan y le oprimen.

LVIII.

Resiste en vano el despechado godo,
Hasta que aun mas que herido, fatigado,
Pierde el arzon, y en el sangriento lodo
De fuerzas y sentidos cae privado.
Así vencido y destrozado todo
El bárbaro escuadron, apresurado
De Guadalete las riberas deja,
Y su hueste á buscar veloz se aleja.

LIX.

Reina silencio grande en aquel llano,
Do murió la española monarquía,
Y donde hundido el godo soberano
En desmayo letárgico yacia.
El ejército altivo mahometano
A Hispalis triunfador se dirigia,
Los restos de la gótica grandeza
Persiguiendo con hórrida fiereza.

LX.

Ya de la oscura noche el carro lento
Se acercaba á los mares de occidente,
Cuando en sí torna y al vital aliento
El infeliz Rodrigo de repente,
Porque oye acaso un dolorido acento
Que conmoviendo el silencioso ambiente,
Cual débil voz de congojosa dama
Entre sollozos le despierta y llama.

LXI.

Torna en sí, y recobrando sus sentidos
Ve una hermosa mujer y un noble anciano,
Ambos de blancas túnicas vestidos,
Que lentos cruzan por el aire vano;
Y sintiendo en el alma hondos latidos,
Reconoce el semblante soberano
De su Florinda, en quien delante tiene,
Y que es Ruben el que con ella viene.

LXII.

Hácia su amor los brazos encamina,
Y estrecha, ¡ay triste! el vagaroso viento:
Tiende á Ruben la mano, y blanquecina
Niebla encuentra, y no mas, su amigo intento,
Pero una y otra sombra allí vecina
Siempre ve junto á sí, y el sordo acento
Oye con que una y otra sollozando,
¡*Rodrigo*! sin cesar está clamando.

LXIII.

Advierte que al un lado se desvian,
Y que le llaman. Síguelas ansioso,
Pues gimiendo parece que porfian
En sacarle del campo desastroso.
Por entre los cadáveres le guian,
Y ya del Guadalete sanguinoso
Con ellas apartado, llega á un monte,
Cuando el alba argentaba el horizonte.

LXIV.

La luz disipa el prodigioso encanto:
Queda Rodrigo solo; y su postrera
Fortuna, envuelta en misterioso manto
El cielo quiso que ignorada fuera (10).
¿Quién podrá descubrirla?... No osa tanto
Mortal ninguno... Pero no pudiera,
Amante y rey, en tan horrenda suerte,
Otra encontrar mas grata que la muerte.

Malta, 1826.

(1) El arzobispo don Rodrigo en el lib. III cap. 17, y despues de él la *Crónica general de España* que mandó componer el rey don Alonso el Sabio, refiere así esta aventura en la parte segunda, cap. 55: «En la ciudad de Toledo habia un palacio que estaba siempre cerrado tiempo habia ya de muchos reyes, é tenie muchas cerraduras; é el rey Rodrigo fizol abrir, porque cuidaba que yacie y algun haber en él. Mas cuando el palacio fué abierto, non fallaron en él ninguna cosa, sinon una arca otrosí cerrada, é el rey mandóla abrir, é non fallaron en ella sinon un paño pintado, que estaban en él escriptas letras latinas que decien así: *Cuando aquestas cerraduras serán quebradas, é el palacio é el arca serán abiertos, é los que y yacen, lo fueren á ver, gentes de tal manera como en el paño están pintados, entrarán en España, é la conquerirán é serán ende señores.* E el rey, cuando aquello vió, pesol mucho, porque palacio ficiera abrir, é fizo cerrar el arca é el palacio así como estaba de primero; é en aquel paño estaban pintados homes de caras, é de parescer, é de manera, é de vestidos, así como agora andan los alárabes, é tenien las cabezas cubiertas con tocas, é estaban caballeros en caballos, é los vestidos eran de muchos colores, é tenien en las manos espadas, é señas, é pendones alzados. E los ricos-homes é el rey fueron espantados por aquellas pinturas que así habien visto.»

Uno de nuestros mas antiguos romances cuenta èste caso del modo siguiente:

Vino gente de Toledo
Por le haber de suplicar,
Que á la antigua casa de Hércules
Quisiese un candado echar,
Como sus antepasados
Lo solian costumbrar.
El rey no puso el candado,
Mas todos los fué á quebrar,
Pensando que gran tesoro
Hércules debia dejar.
Entrando dentro en la casa,
Nada otro fuera hallar,
Sino letras que decian:

Rey has sido por tu mal;
Que el rey que esta casa abriere,
A España tiene quemar.
Un cofre de gran riqueza
Hallaron dentro un pilar,
Dentro dél nuevas banderas
Con figuras de espantar:
Alárabes de caballo
Sin poderse menear,
Con espadas á los cuellos,
Ballestas de bien tirar.
Don Rodrigo pavoroso
No curó de mas mirar:
Vino un águila del cielo,
La casa fuera quemar.

(2) Las primeras octavas del canto tercero fueron escritas á bordo del bergantin inglés *Æschylus* el mes de Enero del año 1825, en el Estrecho de Gibraltar, viniendo el autor de Lóndres con objeto de detenerse pocos dias en aquella plaza, y continuar su viaje á Italia.

(3) Taric ben Zeyad hizo la primera entrada ó reconocimiento en la costa de Andalucía, por órden de Muza, en la luna de Ramazan, año 91 de la egira, es decir, en Julio de 710; y la segunda, por la punta de Gezira Alhadra, que se llamó despues, en honor suyo, Gebal Taric (Gibraltar) ó monte de Taric, el dia 5 de la luna de Rageb del año 92. Así resulta de las crónicas árabes que recogió Conde en la *Historia de la dominacion de los árabes en España;* pero Mariana dice positivamente que sucedió lo último el año 713 de Jesucristo.

(4) Sabido es que la discordia de Zegríes y Abencerrajes facilitó la conquista de Granada á los reyes católicos. Es digna de leerse la relacion poética de las disensiones de estas dos familias, que escribió, con el título de *Guerras civiles de Granada*, Ginés Perez de Hita en dos volúmenes en octavo.

(5) En Córdoba se cuenta una conseja de un cierto moro Abhen-Halí, que dicen se mató por celos de su querida en los jardines del antiguo alcázar, hoy huerta de la Inquisicion. Añaden que está enterrado al pié de un antiquísimo naranjo que allí existe, junto al viejo muro y torreones que por aquella parte dominan al rio.

(6) «Juntóse á este llamamiento gran número de gente: los que menos cuentan, dicen fueron pasados de cien mil combatientes. Pero con la larga paz, como acontece, mostrábanse ellos alegres y bravos, blasonaban y aun renegaban; mas eran cobardes á maravilla, sin esfuerzo y aun sin fuerza para sufrir los trabajos é incomodidades de la guerra: la mayor parte iban desarmados, con hondas solamente ó bastones.» MARIANA, lib. VI, cap. 23.

No se diferencia mucho lo que sobre el particular cuentan las crónicas de los árabes, las cuales dicen, que llegó Ruderic (Rodrigo) á los campos de Sidonia con un ejército de noventa mil hombres, número cuádruplo del de los muslimes; aunque estos les llevaban gran ventaja en la disciplina y armas. En la *Historia verdadera del rey D. Rodrigo*, compuesta, á lo que suena, por Abulcacim Tarif Abentarique, se

aumenta el número de los árabes haciéndolos subir á *ciento y ochenta mil hombres de á pié y cuarenta mil de á caballo, sin mucha mas gente que servia en el ejército de lo necesario;* mientras el de D. Rodrigo es solo de veinte y tres mil hombres de á caballo y ciento treinta mil infantes. Cito dicha *Historia* que anda en manos de todos, para hacer ver cuán justamente la calificó Conde de *absurda fábula, publicada por el morisco Miguel de Luna, que la fingió, manifestando su ignorancia en la materia y su impudente osadía literaria.*

(7) «El rey Rodrigo andaba entonces con su corona de oro en la cabeza, é vestido de paños de peso en un lecho (*Mariana lo llama* carro) de marfil que llevaban dos mulos; ca así era entonces costumbre de andar los reyes de los godos.» *Crónica general*, parte segunda, cap. 55. Las de los árabes dicen tambien, que en la batalla de Guadalete el rey se presentó los primeros dias al combate en un carro bélico, adornado de marfil, tirado de dos robustos mulos blancos, llevando su cabeza ceñida de una corona ó diadema de perlas, y con una clámide de púrpura bordada de oro.

»En carro de marfil, envuelto en sedas,
La frente orlada en oro, y mas dispuesto
Al triunfo y al festin, que á la pelea,
El sucesor indigno de Alarico
Llevó tras sí la maldicion eterna.»

QUINTANA en la tragedia de *Pelayo.*

(8) Sigo en esto á fray Luis de Leon, cuando dice en la *Profecía del Tajo:*

«El furibundo Marte
Cinco luces las áces desordena,
Igual á cada parte:
La sexta, ¡ay! te condena,
Oh cara patria, á bárbara cadena.»

Segun Mariana, fueron siete los dias que duró la pelea, ó las escaramuzas, como él lo entiende, y al octavo se dió la batalla campal, conformándose con la *Crónica general*, cuyas palabras son: «Así comenzaron la fazienda, é duró ocho dias, que nunca ficieron sinon lidiar de un domingo fasta otro.»

Ni nuestros poetas ni nuestras crónicas van de acuerdo con lo que refieren los árabes en las suyas, pues ellos solo dan la duracion de tres dias á la pelea.

(9) «La victoria estuvo dudosa hasta gran parte del dia sin declararse; solo los moros daban alguna muestra de flaqueza, y parece querian ciar y aun volver las espaldas, cuando D. Opas (¡oh increible maldad!) disimulada hasta entonces la traicion, en lo mas recio de la pelea, segun que de secreto lo tenía concertado, con un buen golpe de los suyos se pasó á los enemigos.» MARIANA *en el lugar antes citado.*

Coinciden las crónicas árabes en cuanto dicen que estuvo indecisa la victoria tres dias, y que el tercero, viendo Taric que flaqueaban los suyos, los exhortó á morir peleando; con lo que animados, consiguieron un completo triunfo, persiguiendo despues otros tres dias á los restos del ejército cristiano.

(10) «Mas los cristianos lidiando é seyendo ya los mas dellos muertos, é los otros fuidos, no sabe home que fuese fecho del rey don Rodrigo en este tiempo deste comedio; pero la corona, é las vestiduras é la nobreza real, é los zapatos de oro é de pie-

dras preciosas, é el su caballo, al cual decien Orella, fueron fallados en un tremedal cerca del rio Guadalete sin el cuerpo.» CRÓNICA GENERAL *en el capítulo arriba indicado.*

Dicha *Crónica*, Mariana y otros historiadores añaden, que Viseo de Portugal se halló doscientos años despues el sepulcro de don Rodrigo, por donde se entiende, que salido de la batalla, huyó á aquel reino. Difiere de esta la relacion de los árabes, que dan por cierto haber muerto Taric por su mano, el tercer dia del combate, á don Rodrigo, á quien conoció por el caballo y las insignias, mandándole cortar la cabeza, que envió en presente á Muza.

LA MALEDICENCIA.

Ya perfume del ambiente,
O ya del jardin estrella,
Lozana rosa descuella
Cuando el sol dora el oriente.
Mas ¡ ay ! ponzoñoso diente
De insecto alevoso y vil
Muerde su tallo gentil,
Su luz virginal marchita,
Y del trono precipita
A la reina del pensil.

En su seno de cristal,
puro y sin mancha ninguna,
Ostenta limpia laguna
Otro sol, al sol igual;
Cuando asqueroso animal,
Que anfibio entre juncos yace,
en destrozar se complace
De los cielos el trasunto:
Lánzase al agua y al punto
Todo el encanto deshace.

La luna resplandeciente,
Rico celestial topacio,
Vence en el inmenso espacio
A la estrella mas luciente;
Y cuando al orbe un torrente
Da de hermosa claridad,
Mueve el viento sin piedad
Un oscuro nubarron,
Que mancha tal perfeccion,
Que ofusca tal magestad.

Lozana y fragante rosa,
Tranquila y clara laguna,
Bella y esplendente luna
Es la opinion de la hermosa.
Y la lengua mentirosa,
Que deslustra esta opinion
Hiriéndola sin razon,
Es el insecto alevoso,
Es el anfibio asqueroso,
Es el negro nubarron.

1825.

ENVIANDO UN RAMO DE FLORES A UNA DAMA ENFERMA.

Dén á tus ojos contento
Con sus risueños colores
Esas olorosas flores,
Y den bálsamo á tu aliento.
Ornato de tu aposento
Brillen con solicitud:
Y ¡ojalá! que tal virtud
El cielo les concediera,
Que su presencia te diera,
Bella ingrata, la salud.

1825.

EL FARO DE MALTA.

Envuelve al mundo extenso triste noche,
Ronco huracan y borrascosas nubes
Confunden y tinieblas impalpables
El cielo, el mar, la tierra:

Y tú invisible te alzas, en tu frente
Ostentando de fuego una corona,
Cual rey del caos, que refleja y arde
Con luz de paz y vida.

En vano ronco el mar alza sus montes
Y rebienta á tus piés, do rebramante
Creciendo en blanca espuma, esconde y borra
El abrigo del puerto:

Tú, con lengua de fuego, *aquí está*, dices,
Sin voz hablando al tímido piloto,
Que como á númen bienhechor te adora,
Y en tí los ojos clava.

Tiende apacible noche el manto rico,
Que céfiro amoroso desenrolla,
Recamado de estrellas y luceros
Por él rueda la luna;

Y entonces tú, de niebla vaporosa
vestido, dejas ver en formas vagas
Tu cuerpo colosal, y tu diadema
Arde al par de los astros.

Duerme tranquilo el mar, pérfido esconde
Rocas aleves, áridos escollos,
Falso señuelo son, lejanas lumbres
Engañan á las naves.

Mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca,
Tú, cuya inmoble posicion indica
El trono de un monarca, eres su norte,
Les adviertes su engaño.

Así de la razon arde la antorcha,
En medio del furor de las pasiones
O de aleves halagos de fortuna,
A los ojos del alma.

Desque refugio de la airada suerte
En esta escasa tierra que presides,
Y grato albergue el cielo bondoso
Me concedió propicio;

Ni una voz solo á mis pesares busco
Dulce olvido del sueño entre los brazos,
Sin saludarte, y sin tornar los ojos
A tu espléndida frente.

¡Cuántos, ay, desde el seno de los mares
Al par los tornarán!... tras larga ausencia
Unos, que vuelven á su patria amada,
A sus hijos y esposa.

Otros prófugos, pobres, perseguidos;
Que asilo buscan, cual busque, lejano,
Y á quienes que lo hallaron, tu luz dice,
Hospitalaria estrella.

Arde, y sirve de norte á los bajeles,
Que de mi patria, aunque de tarde en tarde
Me traen nuevas amargas, y renglones
Con lágrimas escritos.

Cuando la vez primera deslumbraste
Mis afligidos ojos, ¡cuál mi pecho
Destrozado y hundido en amargura,
Palpitó venturoso!

Del Lacio moribundo las riberas
Huyendo inhospitables, contrastado
Del viento y mar entre ásperos bajíos,
Ví tu lumbre divina:

Viéronla como yo los marineros,
Y olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdian,
Malta !!! *Malta* !!! gritaron;

Y fuiste á nuestros ojos la aureola,
Que orna la frente de la santa imágen,
En quien busca afanoso peregrino
La salud y el consuelo.

Jamás te olvidaré, jamás... Tan solo
Trocára tu esplendor, sin olvidarlo,
Rey de la noche, y de tu excelsa cumbre
La benéfica llama,

Por la llama y los fúlgidos destellos,
Que lanza, reflejando al sol naciente,
El Arcángel dorado, que corona
De Córdoba la torre.

Malta, 1828.

A LOS EXCMOS. SRES. MARQUESES DE SANTA CRUZ

EN LA BODA DE SU HIJA TERCERA

D.ª FERNANDA DE SILVA Y GIRON.

No sonará mi acento
En el nupcial festin. Ay!... no me es dado
Del insigne Mirisco (1) al dulce lado
Su cítara pulsar encantadora,
Y enriquecer el viento
Con altos versos y con voz sonora.

Oh! si el poder del númen que me inspira,
Y de amistad el fuego sacrosanto,
Que arde en mi pecho, á mi olvidada lira
Dieran tal vuelo y á mi rudo canto,
Que sus ecos llegáran
A la orilla del régio Manzanares...
¡Cuál mis fervientes votos resonáran,
Unidos de Mirisco á los cantares!

En el risueño dia
En que Fernanda tímida, inocente,
En las aras del Dios omnipotente
Jura constante amor á un tierno esposo,
Ilustre y venturoso;
Yo su beldad y gracias cantaria.
Yo, que la ví de la apacible cuna
Salir del mar de Cádiz en la orilla;

(1) El Excmo. Sr. Duque de Frias, *Mirisco* entre los arcades de Roma, que escribió al mismo asunto una bellísima composicion.

Y como al lado de la blanca luna
La estrella esplendorosa
De amor adorna el cielo y pura brilla,
Brillar al lado de su madre hermosa.

Yo, que en la márgen del soberbio Sena
La ví crecer, cual crece
Tallo gentil de cándida azucena,
Que el blando aliento de las auras mece.
Yo, en fin, que cuando el áspero destino
Me arrancó fiero á mis paternos lares,
Arrastrándome al hórrido camino
De amargura y dolor, del Manzanares
La ví ninfa gentil; y reclinada
De su madre adorada
En el cándido seno, parecia
Cabe rosa esplendente
Medio abierto pimpollo, que lozano
Al rojo amanecer de hermoso dia,
Muestra el matiz de pudorosa frente,
De perlas lleno y de beldad riente.

En el eco lejano
De mi voz sonaria
La dicha excelsa del esposo ufano,
Y de la abuela y padres la alegría;
Y la esperanza altísima, que nace
Con tan ilustre enlace,
De nuevos héroes á la patria mia.

Mas ¡ay! mi voz ahogada
Del infortunio por la mano helada,
No puede allá volar, ni aspira á tanto;
Y acostumbrada al llanto,
No acierta á dar al viento
Dulces himnos de júbilo y contento.

Tranquilos vates que las cuerdas de oro,
De la patria en las selvas y jardines,
Os es dado pulsar, y en alto coro

Cantar la pompa y celebrar festines;
Alzad la voz, mientras airada suerte
Me condena al silencio de la muerte.

¡Al silencio!!! Y ¿por qué?... Cuando gozosos
Arder la sacra antorcha de Himeneo,
Y su tercer trofeo
Alzar amor en lazos venturosos,
Ven por tercera vez en sus salones
De Santa Cruz los ínclitos Marqueses;
Cuando barras, castillos y leones
Esperan nuevos héroes, cuyas glorias
Reproduzcan altísimas memorias;
Yo olvido de fortuna los reveses,
Arde mi mente en estro sacrosanto,
Brota mi rudo labio son divino,
Y es á mi pecho necesario el canto,
Como el agua al sediento peregrino.

Sí, cantaré: ¿Qué importa que no suene
Allá en Madrid mi dolorido acento?
¿Qué importa que no llene,
Entre los brindis y el clamor sonoro
De himnos de gozo y voces de contento,
Un soberbio arteson de cedro y oro?
Sonar la voz del infortunio debe
Con mas solemnidad, y en otra escena,
Cuando amistad lo arroba y enagena,
Y á entonar cantos de placer se atreve.

Sí, cantaré sobre estas, que combate
Ronco el púnico mar, peñas desnudas,
Y so la inmensa bóveda del cielo.
El santo fuego que en mi pecho late,
Engrandece mi voz, entre las mudas
Terribles sombras del nocturno velo,
Y las estrellas, contra mí sañudas,
Y la luna menguante
Iluminan mi pálido semblante,
Y brillan en las lágrimas que lloro,
Y de mi lira en el marfil y el oro.

Las gracias, los amores,
La virtud, la alegría
Vengan tan fausto dia,
Fernanda, á celebrar;

Y de virgíneas flores
Coronen tu alma frente,
Que como el sol naciente
No halla en el Orbe par.

El fuego honesto y puro
Que arde en tu pecho hermoso,
Mereciendo dichoso
Paterna bendicion;

Sea manantial seguro
De placeres sin cuento,
Y siempre con aumento
Arda en tu corazon.

Bendiga el santo cielo
Tu enlace y lo fecunde,
Para que en bien redunde
Del imperio español,

Que espera con anhelo
Bazanes y Girones,
Que lleven sus pendones
Por cuanto alumbra el sol.

Girones y Bazanes,
Que cual Hércules nuevos,
Puedan, cuando mancebos,
Las sierpes sofocar;

Y entre sabios afanes
Crezcan, y á las Españas
Con virtudes y hazañas
Consigan restaurar.

Vence el rugir del mar mi altivo acento,
Y se dilata por su espacio undoso:
Sobre las alas rápidas del viento
Mi canto numeroso
Llega á las playas donde fué Cartago,
Y entre el estruendo vago
De las olas que rómpense en la arena,
O entre ásperos bajíos,
Suenan los versos mios,
Y el dulce nombre de Fernanda suena.

Sopla el austro fogoso,
Y su nombre y mis versos arrebata,
Entre celajes de luciente plata,
A la cumbre del blanco Lilibeo,
Cárcel ardiente ó bramadora tumba
De los furores del audaz Tifeo;
Y al nombre de Giron esclarecido
Que entre sus riscos cóncavos retumba,
Callan su ronco hervor y su ladrido
Scila y Caribdis de respeto llenas,
Conmuévese Trinacria, y mis cantares
Ledas, cruzando los desiertos mares,
Repiten seductoras las Sirenas...

Mas ¿qué rumor vecino,
Llenando al mudo viento,
Viene á turbar el éxtasis divino,
Y á sorprender mi entusiasmado aliento?
¿Es el breton soldado
Que en los adarves usurpados grita,
De orgullo, astucia y de opulencia armado?

¿És el rudo piloto moscovita,
Que á zarpar se apresura
Entre las sombras de la noche oscura,
No para dar el rumbo al mar helado
Y á saludar á su aterida tierra;
Sino á llevar el exterminio y guerra,
Y el devorante fuego,

Mintiendo amparo al oprimido griego,
En sus toscos bajeles,
Preñados de ambicion y orgullo insano,
Al caduco otomano,
Y del torpe serrallo á los verjeles? (1)

No; que es mas noble estruendo
El que en torno rimbomba y sordo cunde,
Pues nuevo ardor difunde
En mi mente, mi canto engrandeciendo.
De los sepulcros venerandos nace,
Que del gran Precursor el templo santo,
Que Malta alzára en su pasada gloria,
Ornan el pavimento y rico muro
De terso mármol y de bronce oscuro,
Entre lauros eternos de victoria
Y nobles timbres del infiel espanto,
Que en respetar el tiempo se complace.

De los sepulcros nace, que entre tanto
Sepulcro de famosos campeones
De todas las católicas naciones,
Héroes hispanos guardan en su seno;
Y en cuyas letras, que la edad no empaña,
Nombres de horror al torvo Sarraceno,
Nombres de gloria á la guerrera España
Se ven, Silvas, y Caros, y Bazanes,
Y Borjas, y Girones,
Pimenteles, Quiñones,
Y Osorios, y Pachecos, y Guzmanes.
De estos, de estos las sombras conmovidas
Al eco de mi voz se alzan gloriosas,
De Fernanda las dichas celebrando;
Y ledas presagiando
Héroes, que con sus hechos rivalicen
Y los insignes nombres eternicen.

(1) Se escribian estos versos en el momento en que la escuadra rusa, al mando del almirante Heyden, daba la vela para Navarino.

¡Oh gloria de Aragon y de Castilla!
¡Qué lampo de celeste reverbero
Perdurable en sus rostros centellea!
¡Qué fuertes armas de templado acero,
Do la cruz blanca refulgente brilla!
¡Qué ricos mantos que el ambiente ondea!...
Tales por conquistar la tumba santa
Los vió lidiar Jerusalen, y tales
Hazañas inmortales
En Rodas, Chipre y Candia ejecutaron,
Y tales rechazaron,
Al ínclito Valetta obedeciendo,
De estas peñas al Turco furibundo,
Cuyo poder tremendo
Era entonces terror del ancho mundo.
Cércanme en torno por el aire vano.....

Así los semidioses revolaban
En derredor del gran cantor troyano,
Y su acento inmortal solemnizaban:
Así hendiendo la niebla circundaban
Al bardo caledon las sombras leves
De los guerreros de Morven y Tura,
Cuando en la noche oscura,
Despreciando los vientos y las nieves,
Sobre los riscos de Loclin sentado,
Pulsaba el arpa al lado de Malvina,
Y la voz ronca del torrente hinchado
Sobrepujaba con su voz divina.

Malta, Julio de 1829.

LA SOMBRA DEL TROVADOR.

De luchar fatigado
Con las rugientes ondas del Tirreno
Y con los huracanes bramadores,
Ultimo esfuerzo del invierno crudo,
Cuando mira sañudo
Al sol de magestad y gloria lleno
En su alto trono equinoccial sentado,
Protejer á los céfiros y flores;
Llegué á las verdes olas,
Que reciben del Ródano tributo,
Do triunfó Decio Bruto,
Do vencieron las naves españolas.

A pequeña distancia,
En azuladas cumbres se ofrecieron
Montes y selvas de la rica Francia,
Y mis ojos por ella se extendieron.
Latió mi pecho, ardió mi fantasía,
Nobles altos recuerdos me agitaron,
Y apoderados de la mente mia,
A un siglo que ya fué me trasportaron.

Mas no me presentaba la memoria
Los torrentes de sangre y los horrores
Que aquel hermoso suelo deslustraron;
Ni el coloso, que en él plantó su asiento,
Ni su explendente y fugitiva gloria,
Ni las palmas y lauros triunfadores,
Que con su pesadumbre lo abrumaron.
Distinto pensamiento
El alma me llenaba;
Mi completo existir embebecia
El que á la vista de Provenza estaba;
Cuna de la moderna poesía,

Sálve, suelo feliz, donde rompiendo
Las nieblas de la noche aterradora,
Por uno y otro siglo de furores,
De muerte y servidumbre amontonadas,
Brilló de nuevo la explendente aurora
Con influjo tan alto, que reuniendo
El valor, el ingénio y los amores,
Tornó el gérmen sagrado
De virtud, y de gloria, y de cultura,
Que de la Europa engrandeció el estado,
Y cuyo fruto inextinguible dura.
Sálve, suelo felice, do la mano
De la beldad, con una flor de oro
(Flor de mas precio que el mayor tesoro)
Premió los triunfos del ingénio humano.
¿Quién sabe si en tus selvas deliciosas,
En el silencio de la noche oscura,
Las sombras vagarosas
Veré de tus antiguos trovadores;
Y de sus altos versos el sonido
Me hará poner en consolante olvido
De mi estrella enemiga los rigores?...
De tal modo decia:
El sol al occidente declinaba:
Amorosa soplaba
El aura mansa y suave
Y hácia la tierra plácida impelia
Las pardas lonas de mi corva nave.—
Cayendo el ancla con estruendo rudo,
Bajó á cebar su diente en las arenas;
El bronce asolador, de paz tronando,
Dió la ansiada señal: el marinero
Veloz, ágil, forzudo,
Por las jarcias y mástiles trepando,
Desnudó las ya inútiles entenas;
Y lancéme el primero
A la cercana orilla presuroso;
Mas los ojos tornando
Al pabellon glorioso,
Asilo en mi infortunio y mis pesares,

Dominador de los extensos mares. (1)

Besé la yerba do estampé la planta,
Y la ciudad dejando esclarecida
Que á Tiro en opulencia se adelanta,
Y cuyo griego orígen nunca olvida (2),
Corrí en pos de mis dulces ilusiones,
A perderme en las selvas y collados:
Sin llamar mi atencion ni un solo instante
Los bajeles armados,
Bélicos aparatos, y pendones,
Que en la espaciosa playa tremolaban,
Y á surcar se aprestaban
El piélago inconstante,
Para llevar venganza y cruda guerra
A la abrasada tierra (3),
Donde esclavo infeliz tuvo el destino
Bajo el poder del moro furibundo
Al escritor divino (4),
Gloria de España, admiracion del mundo.

Ya los remotos mares de occidente
Del sol ardian en la eterna lumbre:
Noche apacible el manto desplegaba,
Y la pálida luna refulgente
En la celeste cumbre,
Sobre trono de nácares reinaba.
Y yo solo vagaba,
Y mis inciertos pasos recorrian
Frescas colinas, apacibles prados,
Arroyos sosegados,
Espesas enramadas
Y oscuros olivares,
Que risueñas mecian,

(1) Hice el viaje de Malta á Marsella en una goleta de guerra inglesa, que me procuró la amistad del general Ponsomby.

(2) Marsella.

(3) Alude á la expedicion de Argel.

(4) Cervantes.

De rosas y azahares,
Las auras de la noche embalsamadas;
Y á mi mente traian
Del Betis las riberas encantadas,
Do culto tienen mis paternos Lares.

Con tal recuerdo el triste pecho mio
Sintióse ahogar, y de mi suerte acerba
Renovó la amargura...
¡Ay! despechado me arrojé en la yerba
Al pié de un olmo rey de la espesura:
Y allí en confuso y ciego desvarío
Mil sucesos pasados
Y mil vagas escenas
Cruzaron por mi ardiente fantasía,
Cual huyendo de vientos desatados,
De inciertas formas pavorosas llenas,
Cruzan las nubes en revuelto dia.

Cuando de pronto... ¡oh celestial encanto!...
No fué ilusion de mi agitada frente:
Yo las ví á la merced del manso viento
La niebla pavorosa blanquecina,
Y de la noche el sosegado ambiente
Hender, al claro brillo de Lucina.
Sí, yo las ví: las venerables sombras
De los siglos pasados,
Las sombras de los altos trovadores,
Que sin ajar las yerbas ni las flores,
De aquellos ricos prados
Blandísimas alfombras,
En torno á mí giraban.

De la luna en confusos reverberos
Los antiguos ropajes ostentaban
Las aéreas formas de sus bultos vanos.
Cuáles galas de ilustres cortesanos,
Cuáles el peto y casco de guerreros,
Alta diadema alguna,
Varias las muestras de áspera fortuna;

Y todas el laud ó arpa sonora
Y en la cinta la espada cortadora.
Absorto estaba á la vision atento,
De respeto y de asombro el seno henchido;
Y un confuso alarido
De afliccion y lamento,
Que sumiso en el coro resonaba,
Toda mi sangre de pavor helaba.

Y ví á una sombra alzarse, descollando
Con noble magestad y gallardía
Entre todas... ¡Oh Díos!... ¡tal vez sería
La del garrido jóven, que escuchando
A la voz de la fama
De Trípoli elegías á la Princesa,
Ardió en tan nueva y tan vehemente llama,
Que los hinchados mares atraviesa
En busca de su amor; mas con tal suerte,
Que al punto de encontrarla grata y bella
¡Ay! á las plantas de ella
Tronchó su cuello el brazo de la muerte! (1)
¿O fué el que en Barcelona
De ciencia gaya estableció la escuela? (2)
¿O de Tolosa el Conde glorioso
Protector de los juegos floreales,
Que hermanando la lanza y la vihuela,
De hiedra entrelazó su alta corona
Ornada ya de laureles inmortales? (3)

De personaje excelso y generoso
Era la sombra que se alzó, inspirando
Respeto en todas ellas; y pulsando
Un arpa celestial, cuyo sonido
Del mundo y de los hombres daba olvido,
Con doloroso acento
Dió esta cancion al adormido viento:

(1) Gofredo Rudel, príncipe de Blaya.
(2) La poesia provenzal llamada *gay saber* fué muy cultivada en Aragon y Cataluña, especialmente en los tiempos de Alfonso XI y Juan I.
(3) El conde Remond ó Raymundo V.

Orillas del Manzanares
Todo es luto y lloro amargo;
Porque su sol refulgente
Se ha hundido en eterno ocaso.

La alta flor de su hermosura,
De la Hesperia toda ornato,
Por el hierro de la parca
Tronchado yace en el campo.

De su ilustre entendimiento
El resplandeciente astro
En la nube de la muerte
Quedó por siempre eclipsado.

¡Oh dolor! la excelsa esposa
Del descendiente preclaro
De los altos Condestables,
Gloria del imperio hispano,

La insigne y divina esposa
Del trovador fortunado,
Que palmas ganó en las lides,
Y en las academias lauros;

Del sesudo en los consejos
Y en los combates bizarro,
Del discreto entre las damas,
Y entre los varones sabio;

En la fresca primavera
De sus florecientes años
Yace del voraz sepulcro
En el hondo seno helado,

Envuelto en pavor y luto
Sin luz el mundo dejando,
Sin alma á su tierno esposo,
A los tristes sin amparo.

No hay boca que no suspire,
No hay ojos libres de llanto,
No hay corazon que no tiemble,
No hay pecho sin susto y pasmo,

Desde el espantoso dia,
Desde aquel momento aciago
En que tal golpe á la tierra
Descargó el destino insano.

Llórala el claro Segura,
Que en sus huertas y en sus prados
De su niñez venturosa
Gozó los tiernos encantos.

Llórala el mar que combate
Los castillos gaditanos,
Pues la admiró en gentileza
Envidia á Anfitriste dando.

Llóranla el soberbio Sena
Que vió su beldad ufano,
Y del Támesis las ondas
Que sus gracias admiraron.

Nosotros tambien ¡ay tristes!
Há poco que disfrutamos
De la soberana lumbre
Con que esclareció estos campos

¡Ah! recordad cuán gozosos,
La carroza circundando,
Cantábamos sus loores,
En amor suyo abrasados.

Eran sus ojos luceros,
Su frente bruñido mármol,
Perlas y coral su boca,
Y su garganta alabastro.

No del arroyo en la márgen
Descuella laurel lozano
Mas que su talle gracioso,
Mas que su cuerpo gallardo.

No la aventajára Venus,
Cesando de Amatunta y Pafos
En las florestas reinaba,
Ceñida la sien de nardos.

Ni cuando la blanda espuma
Surcó del mar argentado,
En concha de nácar y oro,
Con delfines por caballos.

Y con ser tan explendentes
De su belleza los rasgos,
Aun era mayor la lumbre
De su entendimiento claro.

¡Ay! aun las fragantes flores,
Que á su breve pié brotaron
Perfuman estas praderas,
Brillan con matices varios.

Y ella ¡oh dolor! ya no existe.
No existe!... Oh muerte! tu brazo
Con un golpe tan altivo
Mil gargantas ha segado.

¡Ay!... Si á lo menos su tumba
Ilustrara estos collados,
Nosotros en torno de ella
De la luna al brillo escaso,

Cantáramos elegías,
Vertiéramos tierno llanto,
Con nuestras arpas y voces
Acento á la noche dando.

Y su generosa sombra
Entre nosotros acaso
Presidiera nuestros coros,
Y premiára nuestros cantos.

Mas no, tesoro tan grande
Es debido al suelo patrio,
Y á las venerandas urnas
De sus mayores preclaros.

Y allí tambien trovadores,
Que el tiempo antiguo ilustraron,
Le tributarán rendidos
Con sus versos holocausto.

Y no solo los que fueron,
Sino los que son, su canto
Uniendo al del triste esposo,
De ciprés funesto orlados,

Pulsarán la ebúrnea lira
Con universal aplauso
De PIEDAD al dulce nombre,
Fama eterna asegurando.

—No sé si cantó mas, que un negro velo
Cegó mis ojos: súbito desmayo
Al nombre de Piedad me arroja al suelo
Como herido de un rayo.
Cuando tornó á latir mi ahogado pecho,
Y mis ojos se abrieron nuevamente
Mas que á la luz al lloro,
Solo me hallé: y el sol desde el Oriente
Derramaba su fúlgido tesoro.
Alcéme en llanto y en dolor deshecho,
Y dejé el campo aquel, harto seguro
De cuanto visto y escuchado habia.
Pues la carrera de mis males larga,
Y mi destino duro
Me han enseñado en experiencia amarga,
Que ilusiones son siempre y vano sueño
Las escenas que ve mi fantasía
De gozo y de alegría,
De dulce dicha y de placer risueño;
Mas que siempre son ciertas las de llanto,
De luto y muerte, y de dolor y espanto.

Marsella, Marzo de 1830.

EL CANTO DEL RUISEÑOR.

¡Qué noche deliciosa!
Plácida oscuridad envuelve al mundo,
Y en letargo profundo
Este ameno jardin yace y reposa.

No alienta el manso viento,
No se mecen las hojas ni las flores,
Y fijas sus fulgores
Las estrellas nos dan del firmamento.

Ni un celaje de gasa
Cruza el espacio vagaroso y leve,
Ni el arroyo se atreve
Á murmurar, y silencioso pasa.

No sé qué indefinible
Estas tinieblas y silencio y calma
Difunden en el alma...
Un secreto pavor incomprensible.

Solamente vigila
Un pecho enardecido y amoroso,
En el comun reposo
De noche tan serena y tan tranquila.

¿No escuchas? El lamento
Suena del ruiseñor... Oye cual llora,
Su queja encantadora
En el olmo escondido esparce al viento.

¡Oh cuán dulce martirio
expresa su dulcísimo gorjeo!
¡Qué afanoso deseo!...
¡Qué fuego, qué pasion y qué delirio!

Pero no son perdidas
Esas frases de amor, que deliciosas
Las auras vaporosas
Repiten á las flores adormidas,

No, que son escuchadas
Por el objeto amado, y en su pecho
El tierno efecto han hecho,
Y van con dulce amor á ser pagadas.

Oye—Ese rumor leve...
De las hojas y ramas el ruido...
No es el viento, dormido
yace, y ni las agita ni las mueve.

Es el ala lijera,
Con la que de hoja en hoja y rama en rama
Al amor que la llama,
Vuela del ruiseñor la compañera.

Oyólo, y conmovida
Vuela á hacer la ventura de su amante,
Y vuela palpitante
Por sus ardientes frases encendida.

. . . .

¿Y á tu pecho de nieve
Ni mis frases de amor hijas del alma,
Ni mi perdida calma,
Ni mi afanoso lamentar conmueve?

. . . No, qué mayor ternura,
Mas dulce gratitud, mas fuego cabe
En el pecho de un ave,
Que en el de una mujer ingrata y dura.

1830.

VERSOS ESCRITOS EN UN ALBUM.

Si una cosa muy bonita,
Bella niña, te se antoja
Hallar siempre en esta hoja,
Por mi indocta mano escrita;

El que busques te aconsejo
Quien por arte de Luzbel
Te convierta este papel,
Al mirarle tú, en espejo.

1830.

UN GRAN TORMENTO.

Amar ¡ay! sin ser amado
Es horrible maldicion,
Que el cielo en su indignacion
Arroja desapiadado
A un infeliz corazon.

Consúmese noche y dia
El que desamado ama,
Y piedad en vano clama:
Arder mejor le sería
Del hondo infierno en la llama.

Mira, y cuanto ve delante
Se lo cubre un negro velo,
Y un grito de desconsuelo
Oye agudo y penetrante,
Que dan mar y tierra y cielo,

...¡Infeliz! No arde á sus ojos
El sol, ni apacible ambiente
Su pecho aspira latiente,
Ni vé los celajes rojos,
Que borda el alba en Oriente.

Ni admira el oro y la grana
Del ocaso, cuando arde
En los fuegos de la tarde,
Ni de la estacion lozana
Goza el magnífico alarde.

Ni oye el delicioso arrullo
De las aves, ni el rumor
De la selva encantador,
Ni del arroyo el murmullo,
Que salta de flor en flor.

Nada: que el objeto helado
De su pasion solo mira,
Tan solo fuego respira,
Solo oye ¡desventurado!
Voces de dolor, de ira.

¿Qué es la vida en el mezquino,
Que á estado tan lastimoso,
Do no hay salud ni reposo,
Le arrastra el feroz destino
O un encanto poderoso?...

Es un horrible tormento,
Como no lo tiene igual
El mas doloroso mal,
Ni cupo en el pensamiento
Del tirano mas brutal.

¡Oh que noches! ¡oh que dias
Convulso y sediento pasa!
Ora el pecho se le abrasa,
Ora entre mil agonías
Un puñal se lo traspasa.

Una mano de gigante
De ardiente hierro vestida
Tiene á la garganta asida,
O el corazon palpitante,
Le aprieta y con él la vida.

Y si un instante veloz
Brota allá en su pensamiento
Una esperanza, al momento
La siega la aguda hoz
Del pertinaz escarmiento.

Cuenta el triste sus martirios,
Que comprendidos no son;
Y habla en vano á un corazon,
Que burla de los delirios
De una profunda pasion.

Al ver sus ojos de fuego
Hielo rígido pintado
En los del objeto amado,
Y en su semblante el despego,
¡Cuál queda desventurado!

Y por respuesta tener
De fogosas expresiones,
Consejos y reflexiones,
O un *no* de nieve, es hacer
Un alma infeliz girones.

El triste que escuchó tal
Prefiriera haber oido
De una ceraste el silbido,
O la trompeta final,
O del mundo el estallido,

Pues falta tierra á su planta,
Se hunde el cielo sobre él,
Le ahoga un áspero cordel,
Y la existencia le espanta:
¡Oh que martirio cruel!

Amar ¡ ay ! sin ser amado
Es horrible maldicion,
Que el cielo en su indignacion
Arroja desapiadado
A un infeliz corazon.

1830.

UN PADRE.

Era oscura la noche, ronco trueno
Bramaba sordo entre apiñadas nubes,
De cuando en cuando lampo refulgente
Horrendo relucia.

Entre impalpables sombras son confuso
Daba la cabellera de los bosques,
Con violencia espantosa sacudida
Por desatados vientos.

El mar entumecido, en los peñascos,
Rompiendo su furor, á las tinieblas
Nuevo horror daba, con su espuma dando
Pálidas llamaradas,

Y del monte cruzando la aspereza,
En los troncos y riscos tropezando,
Sin temor de barrancos ni torrentes,
Baja á la playa un hombre.

Ni el horror de la noche, ni lo recio
Del temporal, que al orbe estremecia,
Le recordaban su abrigado albergue,
Ni acortaban sus pasos.

¡Infeliz!... huye de su patria, y huye
De cuanto amó. Y anhela solamente
O la muerte en la mar, ó en los desiertos
Perder la odiosa vida.

Sí, tiene el corazon envenenado,
Y roto en partes mil, y en él deshecha
Una borrasca estalla, mas furiosa
Que la que está afrontando.

Víctima de traiciones y de engaños,
Tornadas en tormentos sus delicias,
Deshechas sus mas dulces ilusiones.
¿Qué es la vida á sus ojos?

Maldice el mundo mísero, y maldice
Cuantos nudos al mundo le ligaron,
Y en la playa del mar embravecido
Busca anheloso un barco.

Uno mira á la llama pavorosa
De un súbito relámpago, y brioso
Lo empuja resbalando por la arena
Hasta ponerlo á flote.

No le asusta el bramido de las olas,
Que en los costados rómpense, y lo cubren
De espuma, y mar adentro se lo lleva
La violenta resaca.

Salta en él, arma los delgados remos
Y boga con vigor, y de la tierra,
Que otra vez y otra vez feroz maldice,
Se aleja satisfecho.

Montes movibles humillando, hendiendo,
Ciegas tinieblas, entre espesa lluvia
Volcando, y levantándose en un punto,
Entra adentro en los mares.

Un rayo de la luna, penetrando
Entre las negras voladoras nubes,
Atraviesa la atmósfera un instante
Y la tierra ilumina.

El despechado, sin querer, los ojos
A ella revuelve, y como un punto blanco
Una pequeña casa allá en el monte
Ve, y lanza un alarido.

Tornó la oscuridad.—Mas ¡ay! no aparta
De allí el mezquino el pensamiento y mira
Allí de humilde lámpara la lumbre,
Y se le rompe el alma.

Olvida sus agravios y rencores,
El piélago voraz le pone espanto,
Y torna entre peligros horrorosos
En busca de la tierra.

Y sírvele de faro aquella escasa
Luz, y bogando con robustos brazos
Gime, y trabaja y lucha y forcejea
Contra las bravas olas.

Era padre, era padre: y en su albergue,
(Que es aquel que la luna esclareciera,
Y donde brilla la dudosa lumbre,
Que potente le arrastra),

Dejó dormido en la inocente cuna
Un niño tierno, y su recuerdo solo,
Que en su pecho renace y lo domina,
A la tierra le llama.

Y con vigor y brazos de gigante
Rema y empuja la ligera barca,
En un beso no mas del tierno niño
Cifrando su ventura.

Y anhelando encontrar en su sonrisa
El bálsamo que cure los destrozos
De su deshecho corazon, y olvido
De agravios y rencores.

Ya ve la playa cerca, ya, ya toca
De salvacion y de ventura nueva,
Y de perdon y calma, y dulce vida
El anhelado puerto.

Mas ¡ ay ! el viento inexorable empuja
El frágil barco , y espumoso monte,
Que se estrella rugiente en los peñascos,
Lo rompe y lo confunde.

Y á la luz de un relámpago , en la espuma
Que retrocede rápida á su centro ,
Con ella reluchando y luego hundirse
Se ve un mísero náufrago.

Y entre el bramido de la mar y el viento
Y el de la lluvia y tempestad horrenda ,
Se oyó un agudo acento , por dos veces ,
Gritar... ¡ hijo !... ¡ hijo mio !

1832.



A MI HIJO GONZALO,

DE EDAD DE CINCO MESES.

De tu madre en el seno
Duermes, dulce amor mio ,
Cual perla del rocío
Duerme en el seno de la tierna flor;
De mil encantos lleno
Reluce en tu semblante ,
Cual sol en el diamante ,
De un alma nueva el celestial candor.

Aun en la tierra impura
Tu pié no se ha estampado ,
Ni han tus manos tocado
El crudo hierro y corruptor metal ;
Ni ha ofendido á criatura
Esa boca suave ,
Que pronunciar no sabe ,
Y en que reina pureza angelical.

Ignoras lo que es muerte,
Y lo que es vida ignoras,
Mas en tanto las horas
Contigo mudas caminando van.
¡Y cual será tu suerte!...
¿Qué te importa? Risueño
Gozas tranquilo sueño
Sin darte el dia de mañana afan.

Duerme prenda adorada;
Pero de cuando en cuando
Despierta al beso blando,
Que te daremos ó tu madre ó yo;
Y déjame encantada
Con tu risa inocente
El alma, que doliente
Del infortunio el cáliz apuró.

Sí, cuando te sonríes
A mis dulces caricias,
En un mar de delicias
Olvido cuanto ha sido y ha de ser:
¿Qué me importa, si ries
Mirándome amoroso,
El ceño desdeñoso
De fortuna y las iras del poder?

Mas no hay placer completo:
¡Ay! siempre que te miro,
Se me escapa un suspiro,
Pensando cual será tu porvenir.
Misterioso secreto
Que como tú yo ignoro,
Que ni el saber, ni el oro,
Ni la fuerza consiguen descubrir.

Un pimpollo de rosa
Cae al dulce arroyuelo,
Que apenas cubre el suelo,
Durmiendo manso entre una y otra flor:

¡Feliz si en él se posa
Y entre sus juncias prende,
Y los tallos estiende
Bajo el abrigo del paterno amor!

Mas invisible, artera
Con las flores jugando,
La corriente arrastrando
Lo va del rio al rápido raudal:
Aun puede una ribera
Lograr en él, do viva,
Do un jardin lo reciba
Y llegue á ser magnífico rosal.

Pero si el turbio rio
Lo lleva al mar... ¡ay triste!
El huracan lo embiste,
Las olas lo arrebatan con furor;
Y perece, hijo mio,
Bajando al hondo seno,
O en el salobre cieno,
Yaciendo al pié de escollo bramador.

Paris 1832.

EL OTOÑO.

Al bosque y al jardin el crudo aliento
Del otoño robó la verde pompa,
Y la arrastra marchita en remolinos
Por el árido suelo.

Los árboles y arbustos erizados,
Yertos extienden las desnudas ramas,
Y toman el aspecto pavoroso
De helados esqueletos.

Huyen de ellos las aves asombradas,
Que en torno revolaban bulliciosas,
Y entre las frescas hojas escondidas
Cantaban sus amores.

¿Son ¡ay! los mismos árboles que há poco
Del sol burlaban el ardor severo,
Y entre apacibles auras se mecian
Hermosos y lozanos?

Pasó su juventud fugaz y breve,
Pasó su juventud, y envejecidos
No pueden sostener las ricas galas
Que les dió primavera.

Y pronto en su lugar el crudo invierno
Les dará nieve rígida en ornato,
Y el jugo, que es la sangre de sus venas,
Hielo será de muerte.

A nosotros los míseros mortales,
A nosotros tambien nos arrebata
La juventud gallarda y venturosa
Del tiempo la carrera.

Y nos despoja con su mano dura,
Al llegar nuestro otoño, de los dones
De nuestra primavera, y nos desnuda
De sus hermosas galas.

Y huyen de nuestra mente apresurados
Los alegres y dulces pensamientos,
Que en nuestros corazones anidaban
Y nuestras dichas eran.

Y luego la vejez de nieve cubre
Nuestras frentes marchitas, y de hielo
Nuestros áridos miembros, y en las venas
Se nos cuaja la sangre.

Mas ¡ay qué diferencia, cielo santo,
Entre esas plantas que caducas creo,
Y el hombre desdichado y miserable!
¡Oh Dios, qué diferencia!!!

Los huracanes pasarán de otoño,
Y pasarán las nieves del invierno,
Y al tornar apacible primavera
Risueña y productora,

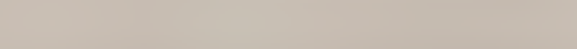
Los que miro desnudos esqueletos
Brotarán de sí mismos nueva vida,
Renacerán en juventud lozana,
Vestirán nueva pompa.

Y tornarán las bulliciosas aves
A revolar en torno, y á esconderse
Entre sus frescas hojas, derramando
Deliciosos gorjeos.

Pero á nosotros míseros humanos,
¿Quién nuestra juventud, quién nos devuelve
Sus ilusiones y sus ricas galas?...
Por siempre las perdimos.

¿Quién nos libra del peso de la nieve
Que nuestros miembros débiles abruma?
¿De la horrenda vejez quién nos liberta?...
La mano de la muerte.

1833.



VERSOS ESCRITOS EN UN ALBUM.

Pues tanto, niña, te empeñas
Voy á contarte una historia,
Que me ocurre á la memoria,
Y muy linda por mas señas.

Callada me has de escuchar,
Y con el ánimo atento,
Pero en tanto que la cuento,
Por Dios, no me has de mirar.

Así, así, mira al balcon,
O en esos claveles rojos,
Del florero pon los ojos.
Que voy á empezar, chiton.

Era en punto media noche
Y en una alta galería,
Que dominaba del Tajo
Las soñolientas orillas,

A la luz de escasa luna
Entre nácares dormida,
Un bulto blanco y movible
De lejos se descubria.

En un jardin inmediato,
Donde entre sombras las brisas,
Si bien halagaban flores,
Suave aroma difundian,

Una voz blanda y sonora,
De ruiseñores envidia,
De un laud acompañada
Daba á las tinieblas vida.

Y del Tajo en la corriente,
Remontando el agua arriba,
Se divisaba una barca,
Que dos remos impelian:

Y en ella de pié un guerrero,
Cuya armadura bruñida,
Siendo espejo de la luna,
Entre vagas nieblas brilla,

Era el bulto blanquecino
Del corredor doña Elvira,
El que cantaba era un paje,
Y el que en la barca venia.....

¡Ay! niña, que me has mirado,
Y al mirarme tú al momento
Se me ha olvidado mi cuento.....
No has de ignorancia pecado.

Bien te lo dije.—Acabé,
Que al mirarme ojos tan bellos
Tan solo pensar en ellos,
Y abrasarme en ellos sé.

1835.

LA CATEDRAL DE SEVILLA.

I.

De la fé y del entusiasmo
Soberana produccion,
De tanta generacion
Asombro, respeto y pasmo,
Y del mundo admiracion:

Grande y magnífico templo
Digno del Omnipotente,
Que en tí mora eternamente:
Cuando absorto te contemplo
¡Cuán alto vuela mi mente!

Sí, desde el espacio inmenso
Ve tu torre y botareles,
Y de Dios á los doseles,
Entre el humo del incienso,
Subir la voz de los fieles.

Ni la vista audaz que emplea
El águila frente á frente
Con el sol cuando campea
Allá en el zenit desea,
Ni su volar eminente.

Pues que de tí enamorada
Mas alto vuela, mas ve,
Por las dos potencias, que
Te forman animada,
el entusiasmo y la fe.

. . . .

En viva fe y en entusiasmo ardieron
Los no cantaminados corazones
De aquellos piadosísimos varones,
Que *levantemos al Señor,* dijeron,
Un templo tal que la futura gente
Por locos nos repute,
Cuando en él reverente
Busque consuelos y oblacion tribute.

A tales palabras luego
Ardió una generacion,
A quien diera el cielo en don
Un entusiasmo de fuego,
Una fe de exaltacion.

Y un pobre albañil, oscura
Y ya olvidada criatura,
Que ni midió el capitolio,
Ni estudió en la Grecia, sólio
De la docta arquitectura,

De fe y entusiasmo ardiendo
Vió en sueños tu mole santa:
Y acaso tambien durmiendo,
Su mano un Angel rigiendo,
Trazó tu gigante planta.

Y un pueblo todo
Arde, se agita;
Y la mezquita
Despareció.

Pero la torre
Quedó empinada,
Porque manchada
Nunca se vió.

No, que en su cumbre el árabe Almuedano
Solo hay un Dios, gritaba;
Y donde la verdad se proclamaba
Era triunfal padron para el cristiano.

. . . .

II.

Sobre la casa hundida de la luna
Plantóse el templo del Señor triunfante,
Como sobre un sepulcro alegre cuna,
Como una santa cruz sobre un turbante.

Un siglo entero de entusiasmo y vida,
Vida de fé, se afana
Y la insigne basílica cristiana
Nace, y álzase erguida,
Hasta escuchar sus bóvedas, *hossana*.

Que aquel siglo de arrojo y energía
Solo, con sus esfuerzos singulares,
Pudo alzar en los hombros los sillares,
Que oscurecen al sol de medio dia.

Otro siglo en pos vino
Aun de entusiasmo y fé, y aventajado
En poder, en cultura y en riqueza,

A dar cima al portento peregrino
Al Dios Omnipotente consagrado:
Monumento de triunfo y de grandeza,
Padron de eternidad para Sevilla,
Admiracion del mundo y maravilla.

Ese templo es una historia
De piedra, que nos dejaron
Dos siglos que ya pasaron,
Pero que aun viven en él.

Pues en él se ve y medita
De su entusiasmo y fe santa,
Y de su poder que espanta,
El vivo trasunto fiel.

III.

Dos centurias allí... Despues vinieron
Otras de corrupcion, que ya gigantes
De entusiasmo y de fe no produjeron.
Indignas de memoria.

Aunque ricas, triunfantes,
Y sábias no pudieron
Otra página dar á aquella historia.

Obras monumentales,
Son huellas de los siglos colosales.
Seres aislados nada pueden, nada.
De arbustos que verdean
Ralos aquí y allí por la abrasada
Region inmensa del desierto mudo,
Y con el viento quemador pelean,
Jamás formarse un bosque eterno pudo.

El entusiasmo y fe cuando no abrasan
A todo un siglo, á una nacion entera
Meteoros son que brillan y que pasan,
Sin el rastro dejar de su carrera.

. . . .

Ardieron en aislados corazones.
Mas ¿qué es un corazon?... Insigne Cano,
Inspirado Murillo,
Cuya paleta el brillo
Venció de la paleta de Ticiano,
Montañés y Becerra:
De entusiasmo y de fe fuísteis varones;
Pero solos, aislados en la tierra.
¡Ay! tan solo os fué dado
En la historia de piedra una expresiva
Guirnalda de laurel y siempreviva
Poner, y en sus sillares estampado
Vuestro nombre dejar, como el viajero
Lo deja en las pirámides grabado.

IV.

Mole santa, templo augusto,
Del Omnipotente gloria,
De insignes siglos historia,
Obra de entusiasmo y fe:

¿Quién es el necio, el impío
Que te mira indiferente,
Que sin pasmo reverente
Osa en tí estampar el pié?

. . . .

¿Quién cuando en pompa de solemne dia
Mira un pueblo postrado
Delante del altar de oro, velado
Con blanca nube, que hasta el cielo envia
El sacro aroma del quemado incienso;
Y de tu espacio inmenso
Los ámbitos llenar oye turbado
Tempestades de altísona armonía,
Con que al pausado coro,
El órgano sonoro,
Y las campanas que en los aires zumban
Responden, y tus bóvedas retumban,
Y por encanto superior parece
Que habla tu inmensa mole y se estremece;
¿Quién desconoce estar en la presencia
De la sábia eternal Omnipotencia?...
¿Quién no va allí á pedir con fe victoria,
Y para España independencia y gloria?

Pues cuando del ocaso en los canceles
El moribundo sol entre celajes
Refleja en tus puntados ventanajes,
Y aun dora tus gallardos botareles,
Y de soslayo tu morisca torre,
¿Qué mortal, si recorre
Tus solitarias naves,
No se halla de pavor sobrecogido;
Y al escuchar de las campanas graves
El pausado quejido,
Y clamorosos sones,
Con que al mundo adormido
Recuerdan las nocturnas oraciones;
Delante del altar que apenas brilla
A la luz amarilla
De misteriosa lámpara: la frente

No hunde en la tierra helada,
Y ora, y teme, y espera, y se anonada?

. . . . : . . . . .

V.

En tí de noche y dia,
Si osa entrar el impío,
Se siente de horror frio
El duro pecho helar.

Y que un manto de plomo
Lo abruma y lo confunde,
Y que en tierra se hunde
Sin poder respirar.

Y en tí de noche y dia
El que por la fe vive
Nuevo aliento recibe,
Ensancha el corazon.

Bendice si es dichoso,
Si es desdichado llora,
Y le es consoladora
La voz de la oracion.

Insigne catedral donde Dios vive,
Eternamente, donde el cuerpo santo
Del rey conquistador culto recibe,
Do yace el sabio rey, do brilla tanto
Trofeo de victoria:
Encanto, iglesia, monumento, historia.
Mientras mas te contemplo y mas te admiro,
Mas entusiasmo y pura fe respiro.....
Sálve portento santo sin segundo,
Gloria de España, admiracion del mundo.

Sevilla, 1837.

LUCÍA.

¡Ay!... nació bella cual la flor temprana,
Que en el jardin despunta con la aurora,
Cuando el celaje volador colora
De oro encendido y de brillante grana
La luz primera del risueño dia.
¡Pobre Lucía!

Y creció como crece de azucena
Tallo gentil, hasta elevar la frente,
Que adula y besa el apacible ambiente
De candidez y granos de oro llena,
Cáliz de aroma y líquida ambrosía.
¡Pobre Lucía!

Y dióle el cielo un alma mas hermosa,
Que su linda hermosísima presencia,
Y un puro corazon, de la inocencia
Centro y de la virtud mas candorosa;
Pero ¡ay! tierno y sensible en demasía.
¡Pobre Lucía!

Y de la primavera en los verjeles
Entró ignorando, simple, que en sus flores
Tal vez se ocultan áspides traidores;
Y que al pié de rosales y claveles
La tierra acaso sus venenos cria.
¡Pobre Lucía!

Y escuchó incauta un labio mentiroso,
Y á una mirada fascinante, aleve,
Su pecho palpitó de pura nieve;
Y fuego blando y dulce y delicioso
Sintió que por sus venas discurria.
¡Pobre Lucía!

Y soñó, desdichada, una ventura
Eterna, y de engañosas ilusiones
Se perdió en las fantásticas regiones,
Y del suave deleite el aura impura
Aroma celestial le parecia.
¡Pobre Lucía!

Y pronto, como tornase en el viento
Él brillador celaje de la tarde,
Que con matices refulgentes arde,
En oscuro borron del firmamento;
Tornóse negra angustia su alegría.
¡Pobre Lucía!

Y en abrojos estériles las flores,
Y los dulces placeres en martirios,
Realidades horrendas los delirios,
Traicion y engaños viles los amores,
Y en noche horrenda el fugitivo dia.
¡Pobre Lucía!

Y marchito el carmin de su semblante,
Y escarnecida del maligno mundo,
Y despeñada en su dolor profundo,
Y abandonada del inicuo amante,
La muerte al cielo con afan pedia.
¡Pobre Lucía!

Y pronto la logró, porque no pudo
En su angustioso envenenado pecho
Un corazon vivir roto y deshecho
Del desengaño por el hierro agudo;
Y polvo es ya bajo esta losa fria.
¡Pobre Lucía!

1838.

SONETO.

CONTRA LOS ELOGIOS DESMEDIDOS QUE HOY CON TANTA FACILIDAD SE PRODIGAN.

¡Fortuna grande! ¡Tiempo venturoso!
Ensánchate y ahueca, patria mia:
Ni un hijo solo tienes en el dia
Que no descuelle á guisa de coloso.

Un niño subteniente *héroe glorioso*
Es sin disputa, *honor de tu poesía*
El que escribe dos coplas á su tia,
Todo folletinista *autor famoso*,

Gran orador cualquiera diputado,
Cada bolsista, *insigne financiero*.
Modelo de virtud, todo pelado.

Mas con cosecha tal y tal venero
De hombres, que al mundo tienen asombrado,
¿Cómo eres compasion del mundo entero?

1839.

LA CANCELA.

Peculiar es de Sevilla,
De la encantada ciudad,
Que del Betis en la orilla
Es el emporio y la silla
De la gracia y la beldad;

La primorosa *cancela*,
Que el patio y portal divide,
Y es transparente cautela,
Que contra importunos vela
Y que la vista no impide.

¿De quién será la invencion?
... De alguna vieja curiosa...
... De alguna madre celosa...
Lo que yo sé es que un ladron
No pudo inventar tal cosa.

¿Si será red que tendió
El amor sagaz y astuto?
Al ver que es de hierro, no
Cabe casi duda. Yo
Por red de amor la reputo.

Y red tan particular,
De malicia tan artera,
Que se suelen enredar
En ella, de almas un par,
Una dentro y otra fuera.

Delicadísimo encaje
De hierro, cuyas labores
Transparente cortinaje,
O leve y sutil celaje
Son para unos amadores;

Mientras para otro son muro
De fuerte cárcel impía:
Tú, para mi fantasía
Producto eres de un conjuro,
Un cuadro de hechicería.

En la noche sobre todo,
Que es de portentos esfera,
Véate de cualquier modo,
Para observarte acomodo
Tome ya dentro ó ya fuera.

Desde la çalle se ven
Por tu espacio transparente
A una luz resplandeciente,
Cual no la logró el Eden,
Ni la da el sol en oriente,

Columnas de mármol rico.
Y entre arbustos y entre flores
De vivísimos colores
Una fuente, cuyo pico
De plata murmura amores.

Y allá en sombras misteriosas
En el último confin,
Un fresco oscuro jardin,
Donde estrellas olorosas
Son las flores de un jazmin.

Y entre fragancia y frescura
Suele darnos la cancela
Una voz sonora y pura,
Que sus acentos mesura
Con el clave, ó la vihuela:

Y el apacible murmullo
De tertulia bulliciosa,
Y la vista de una hermosa,
De las que son el orgullo
De esta tierra deliciosa.

Como sílfida del aire
Por el patio cruza leve,
Con talle esbelto, pié breve,
Y con andaluz donaire
Que en fuego torna la nieve.

Y si una aparicion tal
Se acerca con interés
A la cancela y portal,
¿De qué mísero mortal
No arrastra el alma y los piés?

Pues desde el patio mirada
La cancela transparente
Es cosa muy diferente,
Mas no menos encantada
Para el que observarla intente.

Se presenta un cuadro á oscuras
Por do cruzan silenciosas,
Vagas, confusas, borrosas,
Mil fantásticas figuras
De apariencias caprichosas.

Y en donde se ve la noche,
Y se escuchan sus murmullos,
De las auras los arrullos,
Lejano rumor de un coche
Y ladridos y maullos.

Pasa como fátuo fuego
De algun sereno la luz,
Un grupo sin formas luego,
Y con pausado sosiego
Un embozado andaluz.

Y la chispa de un cigarro,
Un bulto blanco y lijero,
El santo ólio, el animero,
Y los cántaros y el carro
Del aguador callejero.

Y gente se oye que pasa
Fatigada de paseo,
Y la charla nada escasa,
En muy sabroso ceceo,
De familia que va á casa.

Do una puerta el aldabon,
Una guitarra... un silbido...
En fin de la confusion
De una inmensa poblacion
El soñoliento rüido.

Acaso un bulto se ve
Allá en la pared de enfrente,
Que aguarda inmoble á que esté
Sola la calle, porque
Le es importuna la gente.

Y en cuanto sola la mira
Tímido hácia la cancela
Ya se acerca y se retira,
Ya finje tos, ya suspira,
Y esperar le desconsuela;

Hasta que dentro la hermosa
Sílfida ó aparicion,
Que tambien una ocasion
Está esperando anhelosa,
Con inquieto corazon;

De la tertulia pesada
Cuando irse al último ve,
Y solo el patio, porque
Al gazpacho ú ensalada
Toda la familia fué;

La encuentra, la seña da,
Y linda se deja ver
Mas bien ángel que mujer,
Para el que esperando está
Cansado de padecer.

Entonce el bulto de afuera
Y de dentro la deidad
Van á unirse de carrera,
Y la red de hierro artera
Se atraviesa sin piedad.

Y ambos que blando algodon
Se torne la dura reja,
A quien dan su maldicion,
Piden al amor, que deja
Las cosas como ellas son.

1837.

SONETO

LEIDO EN EL LICEO DE SEVILLA LA NOCHE DEL 21 DE JULIO DE 1838, DIAS DE S. M. LA REINA GOBERNADORA.

Sálve, astro tutelar de las Españas,
De belleza y bondad sol refulgente,
A quien tributa la española gente
Un tesoro de amor, otro de hazañas.

Mientras de excelsa luz el orbe bañas,
Grande, augusta, magnánima, prudente,
Y al ángel que nos dió el Omnipotente
En el trono defiendes y acompañas;

Entre el aplauso universal que suena
Desde Gades al alto Pirineo,
Aterrando al traidor, que Dios confunda,

El voto ardiente de lealtad, que hoy llena
Este salon del andaluz Liceo,
Recibe, ¡oh madre de Isabel segunda!

A UN ARROYO.

Pobre arroyo, de una fuente
Ignorada en lo secreto
De las selvas hijo, y nieto
De un vil peñasco: detente.
¿Do te lleva tu corriente?...

No dés, no, ni un paso mas.
Mira que engañado estás,
Y pensando eterno ser,
A morir, á perecer
En un breve vuelo vas.

¿No te contenta este prado
En donde eres claro espejo,
Que copia fiel el reflejo
Del celaje nacarado?...
¡Mas allá no te has tornado
En culebra de cristal,
Que con paso desigual
Se mueve de flor en flor?...
Párate, y burla el rigor
De tu destino fatal.

Ya eres cítara sonora,
Y con tus acentos suaves,
Acompañas á las aves,
Y das música á la aurora;
Mas tu voz encantadora
A que te quiebras la debes
En conchas y piedras leves:
...¡Ay! no des un paso mas...
Si adviertes que roto vas,
¿Cómo á caminar te atreves?

Alucinado con ver
Falaces transformaciones,
Tras de nuevas ilusiones
Te das, menguado, á correr.
El ánsia de engrandecer,
Te hace flores desdeñar,
Riscos y conchas dejar,
Y hácia peñascos desnudos
E insensibles troncos rudos,
A ser su escarnio, marchar.

Ufano porque otra fuente
Te rinde humilde tributo,

No adviertes que va de luto
Enturbiada tu corriente.
...Ya eres soberbio torrente...
Ya tu voz trueno retumba...
Ya tu raudal se derrumba...
...¿Mas dónde?... En el ancho rio,
Que te arrastra raudo y frio
Al mar profundo, á la tumba.

Cuando absorto te examino,
Cuando en vano mis miradas
Contar quieren tus pisadas,
Medir quieren tu camino,
Ver, ¡ay! la vida imagino
Del desdichado mortal;
Pues es la tuya igual,
Y me confunde y me asombra,
La del ente, que se nombra
Por burla *ente racional.*

Nace como tú inocente,
Como tú tras sombra vana
Corre, como tú se afana
En crecer rápidamente,
Como tú desde su oriente
Llega en un punto á su ocaso,
Como tu pretende acaso
Que es su vida eternidad,
Y como tú ¡oh ceguedad!
No ve que todo es un paso.

Y aunque durára cien años
La infeliz humana vida,
Fuera un punto su corrida,
Todo su período engaños,
Todo su fin desengaños:
Pues bien claro se percibe
Que solo se circunscribe
A un tan rápido momento,
Que se escapa al pensamiento,
Lo que de veras se vive.

Lo pasado nada es ya.
El porvenir no llegó.
Lo presente es… ¿qué se yo?…
De entre las manos se va.
…¿Con que la vida será
Solo lo presente?.. ¿Y es
Lo presente nada?… Pues
La vida del hombre es nada,
Si se mira despojada
Del *antes* y del *despues*.

Si es la vida en conclusion
Un solo punto fugaz,
Un breve sueño falaz,
Una nada, una ilusion,
¿Cómo puede ¡oh confusion!
Tanto afan y tanto anhelo,
Tanto susto y desconsuelo
Tanto angustioso llorar,
Tanta desdicha encerrar
En tan corto espacio el cielo?…

1837.

LAMENTACION.

FRAGMENTOS.

I.

Sí, yo la ví… Mi patria revestida
De hierro alzóse, y admiró á la tierra,
Y diosa de la guerra
Metió en el cielo la cimera erguida.
Alzóse, y levantando la bandera,

Del santo patriotismo,
Despertó el heroismo
De una raza jamás, jamás cobarde;
Y roca fué valiente
Do se estrelló el torrente
De invencibles guerreros,
Que de triunfos sin cuento haciendo alarde,
Inundaron los límites iberos.
. . , ...

¡Con qué noble constancia y bizarría
En lucha de exterminio
Triunfó gallarda; confundió al coloso,
Cuyo feroz dominio
Rápido por el orbe se extendia;
Y dió á la Europa atónita reposo!

Eternos soles de radiante gloria
Coronaron la reina de dos mundos.
...Mas ¡ay! aquella espléndida victoria
Solo le dió laureles infecundos.
. . . .
. . . . , . . .

II.

Sus hijos tan valientes,
Tan duros con extraños invasores,
Cuanto dóciles, blandos y obedientes
Con domésticos viles opresores;
Si indómitos y fuertes libertaron
La dulce patria de extranjero yugo,
Necios á seres nulos la entregaron,
Cual se entrega una víctima á un verdugo.
En manos degradadas é impotentes
Tantas glorias recientes,
Tantas glorias antiguas se eclipsaron:
Y hundidos los trofeos,
Y perdidos tan ínclitos afanes,
Lo que no consiguieron los titanes,
Consiguiéronlo, oh mengua, los pigmeos.
. . . .

En fango sepultóse el nombre augusto
De la egregia nacion, hecho girones
Su regio manto, y su poder robusto
Se perdió en dolorosas convulsiones.

Y en ellas ¡ay! en mísera agonía
Revuélcase infeliz, despedazada
La gloria de la antigua monarquía,
Doquier del mar y el sol reverenciada.
. . . .
. . . .

III.

¡Ay!... Vedla, vedla escuálida, doliente,
Rotos sus miembros todos y esparcidos,
Ludibrio de franceses y britanos.
Vedla como cadáver impotente,
Solo por hijos producir gusanos,
Que se ceban insanos
Con rabia furibunda
En sus entrañas, disputando fieros
De la madre anhelante y moribunda
Los míseros despojos postrimeros.
¡Qué horror! ¡Qué horror!... España ¡dura suerte!
¿Va á lanzarse en los brazos de la muerte?
. . . .

Puede, que amaga muerte á las naciones,
Que en discordias civiles
Son juguete de viles
Y villanas pasiones:
Cuando las impotentes ambiciones
Y la torpe codicia
De honra, ciencia y virtud el puesto ocupan,
Y hollando la lealtad y la justicia,
La última sangre de los pueblos chupan.
Sí, que tambien perecen las naciones
Y se hunden del olvido en las regiones.
...De ciento, soles de grandeza un dia,

Es hoy el Asia tumba.
Y en Africa por yermos arenales,
Do florecieron razas colosales,
El viento abrasador se espacia y zumba.

IV.

¿La patria de Pelayos é Isidoros
Desaparecerá?... ¿La denodada
Que desde Covadonga hasta Granada
Holló gloriosa los pendones moros;
La que llevó de ocaso á las riberas
En bajeles triunfantes
La santa cruz de Cristo en sus banderas,
Y el habla deliciosa de Cervantes;
La de valor y nobleza ejemplo,
Que de fe pura y de lealtad fué templo,
Se hundirá en el no ser?... ¡Oh! no. Piadoso
Mejorará su suerte
Compadecido el Todopoderoso:
La sacará del lecho de la muerte,
Darále un salvador, y alzará el vuelo.
Aun abriga en su suelo
Gérmenes de virtud y fortaleza,
Que si infecundos yacen y esparcidos,
Cuanto aparezca el brazo de gigante,
Que el trono hundido y el altar levante,
Tronche de la discordia la cabeza,
Los partidos confunda,
Y de la libertad santa y fecunda
Asegure el reinado venturoso,
Con gloria y con reposo,
Se reunirán, opimo fruto dando,
Y el español imperio restaurando.

Y si absorto vió el mundo
De un letargo profundo
A España despertar, y valerosa
Su independencia asegurar gloriosa;
La verá de la sima

Do yace levantarse, y poner grima
A aleves extranjeros,
Que sus discordias acaloran fieros,
A sus viles domésticos tiranos,
Y á rebeldes villanos;
Y el trono de sus reyes
Y de su pueblo la grandeza augusta
Afianzar para siempre en la robusta
Basa de la razon y de las leyes.

V.

¿Mas dónde, cielos, dónde
El héroe á tal empresa destinado
Hoy al anhelo universal se esconde?...
... Si por inspiracion me fuera dado
Conocer, admirar en profecía
Al que ha de restaurar la patria mia...
... Yo la espalda violento
Del huracan indómito oprimiera,
Con su empuje subiera
A escalar el sublime firmamento,
Allí audaz robaria
Una pluma del ala de un querube,
Y con líquida luz escribiria
El nombre egregio en la remota nube.

Sevilla, 1840.



SONETO.

Detesta Pero-Anton la aristocracia,
Y títulos y bandas escarnece,
Pues diz que solo la virtud merece
En el aprecio de los libres gracia.

Mas luego que con arte y eficacia
En la bolsa ó garito se enriquece,
Y con poca vergüenza medra y crece,
Subiéndose á mayores con su audacia;

Ya á su alma la virtud no satisface,
Ni aun del tesoro el brillo y el provecho:
Y en bajezas é intrigas se deshace,

Hasta esmaltar blasones en su techo,
Ser Marqués, atrapar un alto enlace,
Y ornar con cintas el villano pecho.

1841.



LA ASONADA.

Ronco retumba el pavoroso ambiente
Al hórrido bramido
De un mar enfurecido,
Que agita algun espíritu infernal.

Mar hinchado, tremendo, altivo, hirviente
De plebe amotinada,
Que inunda desbocada
Las calles de esta hermosa capital.

Mar de demencia y de ignorante furia,
De pálidos semblantes,
De pechos anhelantes,
De sed de sangre, y bárbara embriaguez.

Es de la humana sociedad injuria
Y baldon que en su seno
Rompa así todo freno
Ignorante canalla tan soez.

Los templos, los palacios, los talleres
Y los sabios liceos,
Y los ricos museos
Tiemblan, ó vilipendio, ó destruccion.

Escóndense aterradas las mujeres,
Al seno palpitante
Estrechando el infante,
Y aumenta su gemir la confusion.

El sabio, el bueno, el justo y el anciano
Los rostros desteñidos
Hablan, no son oidos,
Y los arrastra el popular furor.

Y con indignacion ¡esfuerzo vano!
Todo el que es caballero
Empuñando un acero
Al torrente se opone con valor.

Vivas y *mueras* en horrendos gritos
Lanzan bocas inmundas,
Blasfemias furibundas,
Que hacen la tierra en derredor temblar.

La despechada turba de precitos,
Que suplicios eternos
Apura en los infiernos,
Otras tales no osáran pronunciar.

Vivas dan, ¡y qué vivas espantosos!
A viles criminales,
A inicuos desleales,
A ideas, que ni aun pueden discernir.

A las leyes, que hollando van furiosos,
Al interés mezquino
Del que les diera el vino,
Que entre crímenes deben digerir.

Y ¡ qué mueras! ¡Qué mueras, patria mia!
A cuanto de alta gloria
Te corona en la historia
Y te dió del poder la celsitud.

A cuanto Europa te envidiaba un dia,
A cuanto noble y bueno
Aun existe en tu seno,
Al saber, al honor, á la virtud.

¡Ay!... ya agitando la incendiaria tea,
El puñal esgrimiendo,
El aire ensordeciendo
Con la ciega descarga en confusion,

No hay vida, no hay hacienda que no sea
Presa de los villanos,
Que obedecen insanos
A extranjera ó traidora inspiracion.

Libertad sacrosanta: ¡ay! en tu nombre
La horrenda tiranía
De la canalla impía
Triunfa de la tranquila sociedad.

Y sin respeto alguno que la asombre
Mata, roba, arruina,
Incendia, y extermina,
Y grita furibunda *Libertad*!!!

Malvados, ¿qué quereis?... Mas no malvados,
Ignorantes y viles,
Instrumentos serviles
De una ambicion infame y pertinaz,

Con mentira y con vino entusiasmados,
Y con una peseta,
Que una mano secreta,
Extranjera tal vez, os dió falaz:

¿Pensais alucinados, que mañana
Sereis mas venturosos,
Mas ricos, mas famosos,
Que pan en vuestras casas va á llover?

Ved que fundais una esperanza vana
En un crímen tremendo,
A cuyo peso horrendo
Mas infelices vais mañana á ser.

Ved que sois instrumento despreciable
De cobarde malicia,
De insaciable codicia,
De un envidioso afan, de una traicion,

Que con vuestro furor nada estable,
Ni riquezas, ni reyes,
Ni religion, ni leyes;
Que hundís en un abismo á la nacion.

¿Ciegos seguís en el tumulto fiero?...
...Matad, robad, hartáos,
De crímenes saciáos,
Que vuestros triunfos pasageros son.

Solo el de la razon es duradero;
Su inexorable espada,
Por las leyes armada,
Vibrará antes de mucho la razon.

La metralla delitos tan atroces
Castigará terrible,
Y el verdugo inflexible
A los que encienden vuestro insano afan.

O acaso vuestros crímenes atroces
Al muerto despotismo,
De lo hondo del abismo
Vengador y terrible evocarán.

Sí, que ignorantes turbas revoltosas,
De locas ambiciones
Y de inicuas pasiones
Necio juguete ó instrumento vil,

Solamente cadenas afrentosas
Y látigo merecen;
No los frutos que crecen
De la alma libertad en el pensil.

Sevilla, 1840.

SONETO.

RECETA SEGURA.

Estudia poco ó nada, y la carrera
Acaba en abogado de estudiante.
Vete imberbe á Madrid, y petulante
Charla sin dique, estafa sin barrera.

Escribe en un periódico cualquiera;
De opiniones extremas sé el Atlante,
Y ensaya tu elocuencia rebentante
En el café ó en junta patriotera.

Primero concejal, y diputado
Procura luego ser, que se consigue
Tocando con destreza un buen registro:

No tengas fe ninguna y ponte al lado,
Que esperanza mayor de éxito abrigue;
Y pronto te verás primer ministro.

A LA REINA NUESTRA SEÑORA.

VERSOS ESCRITOS EN EL ALBUM, QUE REGALÓ Á S. M. EL LICEO DE MADRID LA NOCHE DEL 15 DE DICIEMBRE DE 1843.

Angel puro inocente,
Que al regio trono de mi patria subes,
Como el sol refulgente
Sube al zenit, las borrascosas nubes
Venciendo y disipando,
Y bienhechora luz al orbe dando:

Tú el amparo y consuelo
De la angustiosa y abatida España
Serás: pues tú del cielo
Tan solo puedes aplacar la saña,
Y la tremenda ira
Con que el Dios de venganzas ¡ay! nos mira.

De un pueblo que te adora
En el amor y en las sagradas leyes
Apoyada, Señora,
(Pues son el firme apoyo de los Reyes)
Bajo tu pié quebranta
De la discordia la feroz garganta.

Con mano vigorosa
Rije las riendas del imperio hispano,
Levántalo animosa
Del cieno inmundo en que relucha en vano,
Dale paz y reposo:
Esto te pide un pueblo generoso.

Riquezas brota el suelo,
Y riquezas nos dan lejanos mares,
Y riquezas el cielo;
Mas no reposo y paz en nuestros lares
Y exámine y postrada
Yace esta tu nacion desventurada.

De Otumba y de Pavía,
De Lepanto y Bailén el pueblo es este;
Arde en él todavía
De ingénio y de valor el don celeste,
Y en combates civiles
Se pierden sus esfuerzos varoniles.

Tú sola, refrenando
De impunes rebeliones la osadía,
Que las leyes hollando,
Tornan la libertad en anarquía,
Lograr puede la hazaña
De dar reposo á la infeliz España.

Y si intentaren fieros
De la discordia acalorar la tea
Aleves extranjeros,
El universo atónito te vea
Cercada de leones
Cuyo rugido aterre á las naciones.

Tuya es la empresa santa
De hacer del pueblo generoso ibero,
Despues de angustia tanta,
De los pueblos ilustres el primero,
Tuya será la gloria,
Y nombre eterno te dará la historia.

Sí, tanta horrenda plaga
Como lanzó en España el hondo infierno,
Que un Angel la deshaga
Y la remedie ya, quiere el Eterno,
Y á tí el hacerlo fia,
Y Angel reparador á tí te envia.

Lógralo venturosa.
Si fundó esta nacion otra Isabela,
Sálvala tú gloriosa
De la discordia insana que la asuela,
Y la fama confunda
La primera Isabel con la segunda.

SONETO.

UN BUEN CONSEJO.

Con voz aguardentosa garla y grita
Contra todo Gobierno sea el que fuere.
Llama á todo acreedor, que te pidiere,
Servil, carlino, feota, jesuita.

De un diputado furibundo imita
La frase y ademan. Y si se urdiere
Algun motin, al punto en él te ingiere,
Y á incendiar y á matar la turba incita.

Lleva bigote luengo, sucio y cano;
Un sablecillo, una levita rota,
Bien de realista, bien de miliciano.

De nada razonable entiendas jota,
Vivas da ronco al pueblo soberano
Y serás eminente patriota.

LA PRIMERA VEZ QUE VI A M. B.

Sí, la misma es que mis ojos
En ilusion vieron vana,
Ya en los perfiles de grana,
Que ornan los celajes rojos
De la encendida mañana;

Ya entre las orlas de espuma
Del adormecido mar,
Sobre la arena triscar,
Leve como leve pluma,
Y mi pecho encadenar.

Sí, la apacible sonrisa
De su boca deliciosa
La ví en la modesta rosa,
Cuando la ligera brisa
La acaricia cariñosa.

Y escuché su acento suave
En el sonoro arroyuelo,
Que de aljófar borda el suelo,
Y en los gorjeos del ave,
Al primer albor del cielo.

Y en sueño fugaz y leve
La vió mi imaginacion,
Robándome el corazon,
Cruzar vaporosa y leve,
Celestial aparicion.

Es la misma.—¡Ah! la encontré
De la vida en el camino.—
...¿Por qué arcano del destino,
Mi afan entre sombras fué
Encanto tan peregrino?...

¿Y por qué sin conocerla
Su imágen me suspendia,
Y grabada la tenia,
Mucho tiempo antes de verla,
Con fuego en el alma mia?...

¿Quién lo sabe?—Nuestra mente
No es nuestra. Vuela, medita,
Se encumbra, se precipita
A impulso oculto obediente
Que la contiene ó la incita.

Y lo mismo el corazon:
Es de bronce ó es de cera,
Segun la oculta impulsion,
Que lo calma, ó que lo altera.—
Oscuros misterios son.

Cádiz, 1844.

EL SOL PONIENTE.

A los remotos mares de occidente
Llevas con majestad el paso lento,
Oh sol resplandeciente,
Alma del orbe, de su vida aliento.

Otro hemisferio con tu luz el dia
Espera ansioso, y reverente adora
Ya un rayo de alegría
Con que te anuncia la risueña aurora.

Sobre ricas alfombras de oro y grana,
Que ante tus plantas el ocaso extiende,
Tu mole soberana
Lentamente agrandándose desciende.

La tierra que abandonas te saluda,
El mar tus rayos últimos refleja,
Y la atmósfera muda
Ve que contigo su esplendor se aleja.

Del lozano Posílipo (1) la cumbre
Ya oculta tu magnífica corona.
Pero tu sacra lumbre
Aun deja en pos una encendida zona.

Y aun dora del Vesubio (2) la ágria frente
Y aun brilla en el espléndido plumaje
De humo y ceniza ardiente,
Que sube hasta perderse en el celaje,

(1) Gallarda y extendida loma al O. de Nápoles, cubierta de casas de campo y de arboleda.

(2) El volcan que se eleva en medio de una fertilísima llanura al E. de Nápoles.

Y aun esmalta con vivos resplandores.
Y perfila con oro y con topacio
Los nítidos colores
De las nubes que cruzan el espacio

Pero á medida que de aquí te alejas
Tu régia pompa tras de tí camina,
Y tan solo nos dejas
Tibia luz pasajera y blanquecina.

Y queda sin color la tierra helada,
Sin vislumbres la mar y sin reflejos,
Y con niebla borrada
Capri (1) se pierde entre confusos lejos:

Mas tambien el crepúsculo volando
Va en pos de tí, y al mar y tierra y cielo
La noche amortajando
Con su impalpable y pavoroso velo.

Y no te siguen del mortal los ojos
Anhelantes, confusos, arrasados;
Y al ver tus rayos rojos
Desparecer, ¿no quedan consternados?

¿No tiembla el hombre, y puede en su demencia
Al sueño y al placer y á los amores
Darse, sin que la ausencia
Le aterre de tus puros resplandores?...

...¿Quién la seguridad le da patente
(Ni aun el orgullo de su ciencia vana)
De que al plácido oriente
A darle vida y luz vendrás mañana?

¡Ay!... si el Criador del universo, airado
De ver tan solo en la rebelde tierra
El triunfo del malvado,
Y la inicua ambicion, y la impía guerra,

( ) Isla peñucosa y elevada que está en medio de la entrada del golfo de Nápoles.

La inmensa hoguera en que ardes apagára
De un soplo, ó de la ardiente
Melena te llevára
A otro espacio su mano omnipotente!!!...

Mas no, fúlgido sol: vendrás mañana,
Que no trastorna, no, su ley eterna
La mente soberana,
Que formó el universo y lo gobierna.

Mil veces y otras mil vendrás, en tanto
El plazo designado se consuma,
Que el Dios tres veces Santo
Dió á la creacion en su sapiencia suma.

Sí, volverás y durarás: que tienes
Criatura predilecta el don de vida.
Y hermoso te mantienes,
Burlando de los siglos la corrida.

No así nosotros míseros humanos,
Polvo que arrastra el hálito del viento,
Efímeros gusanos,
Cuya vida es un rápido momento.

Nuestro afan debe ser solo al mirarte
Trasmontar y dejarnos noche umbría,
Si aun vivos admiraste
No será concedido al otro dia.

¡Ah!... ¿quién sabe?... tal vez, sol refulgente
Que has hoy mi pensamiento arrebatado,
Mañana desde oriente
Darás tu luz á mi sepulcro helado.

Nápoles 1844.

VERSOS ESCRITOS EN EL ALBUM DE P. A.

Tus ojos, ojos no son,
Niña, sino dos navajas
Con que destrozas y rajas
El mas duro corazon.

Y tu boca celestial
No es boca, es un vaso lleno
De hechizos y de veneno,
Entre perlas y coral.

Por experiencia lo sé:
Ví tus ojos, y al instante
Con un hierro penetrante
Roto mi pecho encontré.

Tu suave voz me encantó,
Bebí tu sonrisa, y luego
De ardiente ponzoña el fuego
Por mis venas circuló.

NO HAY REPARACION.

Con lágrimas inútiles,
Con estéril ofrenda
La infiel toma la senda,
Que hácia el sepulcro va del que engañó.

Y de ocaso en las cárdenas
Nubes, tumba del dia,
Ya el sol la frente hundia,
Cuando al recinto funeral llegó.

Del dudoso crepúsculo
A la luz nebulosa
Cercana ve la losa,
Entre la húmeda yedra blanquear.

Y se acerca impertérrita,
Pues engaño y traiciones
Juzga en sus ilusiones
Con lágrimas y flores reparar.

Cuando se alza terrífico,
Y el corazon le pasma,
De la losa una fantasma,
Bulto blanco de niebla y de vapor,

Con dos ojos fosfóricos,
Que á la pérfida miran,
O esquivándola giran,
Dando en torno siniestro resplandor.

La sangre toda cuájase
De la infiel, que quisiera
Que la tierra se hundiera,
Y la tragára y confundiera allí.

Y mas cuando el fantástico
Espectro con profundo
Acento de otro mundo,
Terrible, aterrador, le dijo así:

«En esta tumba, ¡oh mísera!
¿Qué reparo pretendes?
¿Acaso no comprendes
Que este recinto profanando estás?

»Los dones y las lágrimas
Al vivo satisfagan,
Si su amor propio halagan,
Pero al muerto, desnudo de él, jamás.

»Cuando convulso y trémulo
Tu engaño sospechaba,
Y aun amante anhelaba
A tu arrepentimiento dar perdon,

»El llanto ahora infructífero,
Y esas flores acaso
Detuvieran el paso
Con que bajé infeliz á esta mansion.

»Mas, tú, entonces frenética
De mi dolor burlaste,
La ofensa redoblaste,
Y me hundiste en el sitio en que me ves.

»¿De tu delirio pérfido
Te arrepientes ahora?...
... Huye de aquí, traidora.
No esta tumba profanes con tus piés.

»En ella, ¿de qué sírvenme
Lloro y dones votivos?...
Vé con eso á los vivos,
Que los reciben con risueña faz.

»Aléjate, retírate,
Pues aquí no hay amores,
Ni aroma dan tus flores:
Deja á los muertos en su eterna paz.»

El espectro disípase,
Y cae la triste al suelo,
Donde un monton de hielo
Parece de la luna al resplandor.

Y á la mañana próxima
Junto á la losa yerta
Se la encontraron muerta.
... ¿Fué de arrepentimiento ó de terror?

1844.

MEDITACION.

AL INSIGNE POETA NAPOLITANO EL SEÑOR GIUSEPPE CAMPAGNA (1).

¡Ay, con qué confianza,
Desde el risueño oriente de la vida,
El mortal se abalanza
Al mundo, que con goces le convida!

(1) A esta composicion contestó el Sr. Giuseppe Campagna los siguientes versos:

AL CHIARISSIMO DUCA DI RIVAS.

RISPOTA.

Quel sublime, quel durevole
Ben che alletta insieme e giova
Ah! d' Adamo la progenie
Sempre cerca e mai non trova.
E trovar nol può, chè stolida
Essa il cerca ove non è:

Essa il cerca entro le splendide
Mura, all' aura ingannatrice
Delle corti, ove il più misero
Talor sembra il più felice,
E qual mostra andar più libero
Ha più ceppi intorno al pié.

Essa il cerca nel tripudio
Che par gioia ed è tristezza:
Essa il cerca nella turnida
Miserevole ricchezza,
Che la pace e il sonno invidia
All' onesta povertá.

Essa il cerca nella torbida
Luce data alle terrene
Menti: luce che la tenebre
Mal per noi rompendo viene;
Se la rompa e non la dissipa
Anche assai peggior la fa.

A soccorrere l' infausto
Mondo reo, di sangue intriso,
Non creava Iddio le grazie,
Non i vezzi, non il riso,
Non la pompa, non la gloria;
Ma creava la virtù.

Tan solo ve delante
Risueños prados y lozanas flores;
Solo mira anhelante
Fiel amistad y plácidos amores.

En saber y opulencia
En grandeza, en poder, en gloria y fama
Solo ve su inocencia
De un magnífico sol la eterna llama.

Avanza fascinado
El pié por la carrera seductora,
Y entra ¡ desventurado!
Donde al momento desengaños llora.

La creava e circondavala
De quei raggi onnipossenti,
Che a descrivere non giungono
Gl' imperfetti umani accenti,
E che fan del cielo il gaudio
Pregustare all' uom qua giù.

Certo quei che tutelarono
Co' lor petti il suol natio,
Certo quei che il sangue sparsero
Per la fé del vero Dio,
E la nostra alma redensero
Dal servaggio e dall' error,

Sovruman diletto accolsero,
Certo quelli in su la terra:
La tenzone pe' fortissimi
Fú trionfo, non fú guerra;
Il martirio pe' magnanimi
Fú dolcezza, non dolor.

Di virtú mova per l' arduo
Sentier l' uomo, e tal perfetto
Ben godrá qual ei desidera.
Si, godrallo.—E gliel prometto
Io nel nome di quel Massimo
Che là vita in lui spiró.

Si godrallo, ed involarglielo
Non potrá verun, perch' esso
Chiuso allor della letizia
Avrà il fonte entro se stesso:
Nè tal fonte unqua per volgerse
Di fortuna si seccò.

La que juzgó pradera,
Ve que al contacto mismo de su planta
Se marchita y se altera,
Tornándose arenal yermo que espanta.

Y las que desde lejos
Eran flores fragantes, purpurinas,
Aromas y reflejos
Pierden y se convierten en espinas.

Al seno palpitante
A quien su amigo se pregona estrecha,
Amigo que al instante
Con un puñal el corazon le acecha.

El menguado le fia
Honra, fortuna, nombre y pensamiento,
Y encuentra al otro dia
Traicion aleve, estéril escarmiento.

Ve unos ojos de llama,
Y un seno de jazmines palpitante,
Y su pecho se inflama,
Y sueña eternas dichas delirante.

Y las lágrimas bebe
(Mejor fuera un veneno) deliciosas,
Que son sobre la nieve
De un rostro angelical perlas preciosas.

Y rendido á un encanto,
Que sus sentidos todos encadena,
Juzga verdades cuanto
Brota el labio falaz de una sirena.

Mas cuando el alma tiene
Mas rendida á sus piés, y mas dichosa,
Un desengaño viene,
Y se halla aislado en cárcel tenebrosa.

Y ve que al alto cielo,
Insensible burlándole, le plugo
Ofrecer á su anhelo
En la forma de un Angel un verdugo.

Destrozado el corazon,
El alma en pedazos rota
Juzgan ¡oh alucinacion!
Que es verdad otra ilusion,
Que descubren mas remota.

Y corre el mortal mezquino,
Sediento, ansioso á beber
En las fuentes del saber;
Sin saber que su destino
Es el de ignorante ser.

Así de sed medio muerto
Tras agua y selvas hermosas,
Que son nubes engañosas,
El viajador del desierto
Va con plantas anhelosas.

Libros revuelve, enciérrase, medita
Con vigiloso afan,
Y en un caos sin fin se precipita
Do los martirios de la duda están.

Y solo ve una luz, luz que le aterra,
Y alumbra el *hasta aquí*,
Que trazó Dios en la infelice tierra
A nuestra inteligencia baladí.

La tiniebla abandona desdeñoso,
Que ciencia juzgó ya,
Y en busca de la dicha y del reposo
En pos de otra ilusion perdido va.

La pompa y riqueza son
Solo del mortal ventura,
Dice, y corre y se apresura,
Y con alma y corazon
Las solicita y procura.

Ya tesoros inmensos ha logrado.
Sí, ya los consiguió.
¡Cuántos riesgos y penas le han costado!
¿Y qué es lo que con ellos ¡ay! logró?

Susto, inquietud, desvelo,
Y mas grande ansiedad que antes probó.
El corazon se le convierte en hielo,
Marchita su alma está;
Ve que se burla de él feroz el cielo,
Y en pos de otra ilusion perdido va.

Mas un nuevo sol radiante
Que sobre un monte se encumbra,
Lo fascina y lo deslumbra
Y á él dirígese anhelante.

Es él del poder y mando,
Y hasta él es fuerza llegar
Con esfuerzo singular,
Obstáculos derribando.

Por virtudes ó crímenes, no importa,
La cumbre del poder su planta oprime,
Y el sol que el alma le dejára absorta,
Visto de lejos con su luz sublime,
En llama horrenda, que el infierno aborta,
Ve convertido, y despechado gime
Ardiendo en ella ¡ mísero! entre horrores,
Ansias, miedos, vigilias y rencores.

Conoce el triste y lo conoce en vano,
Que allí de los cabellos le ha traido
De un demonio feroz la dura mano,
Y quisiera ¡infeliz! no haber nacido.
Bajar procura de la cumbre al llano,
Pero la escala ¡ay Dios! por do ha subido
Se ha roto, se ha deshecho, y solo mira
Despeñaderos do los ojos gira.

Cercana tiene otra aun mas alta cumbre,
La cumbre de la gloria y de la fama,
Espléndida la ve de hermosa lumbre,
Y con sonora voz le exorta y llama.

Salta atrevido á colocarse en ella:
¡ Cuán pocos lo consiguen! ó le falta
El influjo benigno de una estrella,
Y á un mar de fango y de desprecio salta;

O empujado de próspera fortuna
Se empina, y ciñe de laurel la frente;
Para apurar las penas una á una,
Que causan de la envidia el corvo diente,

De la calumnia el bárbaro veneno,
De la injusticia infame la osadía,
De la sucia ignorancia el negro cieno
Y de la ingratitud la saña impía.

Destrozado el corazon
El alma en pedazos rota,
Muerta la imaginacion,
Ve que en mar de confusion
La barquilla humana flota.

Y torna el triste mortal
Atrás los cansados ojos,
Y ¡oh desengaño final!
Ve solo un ancho arenal
Sembrado todo de abrojos.

Tal vista le desconcierta,
Se vuelve con ansiedad
En busca de una verdad,
Y encuentra una tumba abierta,
Y detrás la eternidad.

Nápoles 1844.



RETRACTACION.

AL MISMO.

Razon tienes, Campagna
Tu canto filosófico
De mi delirio tétrico
Sábiamente triunfó.

Si, amigo, sí: se engaña
El mortal melancólico,
Que el orbe solo un cúmulo
De infortunios juzgó.

Al cabo aun cuando sean
De este valle las lágrimas,
El Criador sapientísimo,
Que le dió vida y ser,

Quiso que en él se vean
De su piedad sin límite
Huellas aun mas magníficas,
Que las de su poder.

Y en él trazó una senda
Por do siguiendo impávido,
Aun el mortal mas mísero
Logra paz y quietud.

Y ninguno pretenda
Que no la halla, solícita
A cada paso muéstrase,
Es la de la virtud.

El hombre ponga á sus pasiones freno,
La razon se lo ofrece á cada instante,
Y pisará triunfante
Del vicio inmundo el corrompido cieno.

Enciérrese en los términos que plugo
Dar á su terrenal inteligencia
A la alta omnipotencia,
Y se libertará de atroz verdugo.

Cual tránsito veloz mire la vida,
A un eterno reposo encaminado,
Y verá sosegado
Del tiempo breve la fugaz corrida,

Eleve el alma al ser omnipotente
Despreciando las pompas terrenales,
Y brotará á raudales
Dulce consuelo en su tranquila frente,

Y amor, no amor impuro y deleznable,
Y de la caridad el don divino
Sembrarán su camino
Con flores de fragancia perdurable.

Tranquila el alma, contento
Seguirá su corazon
La antorcha de la razon,
Y la voz del sentimiento.

Y no perdida su mente,
Ni su pecho envenenado,
Admirará entusiasmado,
El saber omnipotente.

Y en la creacion hallará
De altos goces inefables
Las fuentes inalterables,
Con que el alma saciará.

Arde el oriente en púrpura teñido,
Y álzase el sol magnífico lanzando
A torrentes la luz, el adormido
Mundo de vida y de calor llenando.

Al trono sube del zenit ardiente,
Un mar de lumbre desde allí derrama,
Y el orbe, rey, postrado y reverente,
De la creacion inmensa le proclama.

A darle vida á otro hemisferio el paso
Tiende con majestad, y le presenta
Ancho camino el apartado ocaso,
Y sus tesoros y su pompa ostenta.

¿Y espectáculo tal no encanta al hombre
Y llamado á gozarlo, es infelice?...
...¿Hay mortal que lo mire y no se asombre
Cuando insensato su existir maldice?...

La noche el manto extiende
Recamado de estrellas y luceros,
Y entre celajes nacarados pende
La luna de argentinos reverberos,
Modesta, vaporosa.

El aura bulliciosa
Trisca en el mar dormido,
Y en el bosque vestido,
De oscuridad se mece:
En letargo profundo
Sumergido parece,
Y en dulce paz el fatigado mundo.

¿Y es para el hombre nada
La noche sosegada,
El trémulo fulgor de las estrellas,
Las nubes que fantásticas y bellas
Cruzan por el espacio,
El disco del topacio,
De la brisa balsámica el aliento,
Y el reposo del orbe soñoliento?
¿Este conjunto mágico ¡infelice!
A su imaginacion nada le dice?
¿No conmueve su alma?
¿No la sumerge en deliciosa calma?

Mas no es la naturaleza,
Es el hombre el que hace al hombre
Que de su existir se asombre,
Que deteste su flaqueza.

Es la sociedad — ¡Ay! no:
En ella piadoso el cielo
Manantiales de consuelo
Perennes aseguró.

¿Hay placer mas sabroso,
Cabe mayor ventura
En la humana criatura,
Que el de la dicha agena socorrer?

Quien da al menesteroso
Alivio; quien el llanto
Enjuga del quebranto,
¿Desventurado se osará creer?...

Y todos los mortales
Medio de hacerlo tienen,
Si en su pecho mantienen
El fuego de la santa caridad.

Si vicios infernales
La compasion sagrada
No tienen desterrada
De una alma endurecida y sin piedad.

Una accion justa y buena
Da tan puro contento,
Halaga el pensamiento
Tanto un acto de noble rectitud,

Que solo un alma llena
De cieno miserable,
El encanto admirable
Puede desconocer de la virtud.

¿Y las lágrimas solo
No son un don del cielo,
Si por ajeno duelo
Logran nuestras mejillas esmaltar?

No halla de polo á polo
Mayor consuelo un pecho
Destrozado y deshecho,
Que el de por tierna compasion llorar.

Pues la presencia
De la inocencia
De un tierno niño,
Y su cariño
La dulce calma,
¿No son bastantes á volverle á un alma?

Aquella pura
Dulce criatura,
En cuya frente
De Dios patente
Se ve el aliento,
¿No embalsama, no hechiza el pensamiento?

Si despertando
A un beso blando,
Mira risueño,
¿Quién guarda ceño?
¡Ay! sus caricias
Son un mar insondable de delicias.

Pero un pecho aunque justo, inexorable
Por desengaños é injusticias roto,
Brama sañudo, como brama el noto,
Y detesta este mundo miserable.

No encuentra en él venganza, no la encuentra
En el cielo, que insulta y que provoca,
Y en desesperacion deshecha y loca
En un abismo de infortunios entra.

Sangre ansía y destruccion, ódios respira,
Existe entre venenos y rencores,
Y siempre en derredor sus ofensores,
Turba de espectros y fantasmas mira.
. . . .

Pues bien; tórnese á Dios un solo instante,
Haga un esfuerzo, y diga: *yo perdono*,
Y de repente se hallará en un trono,
Y Angeles solo mirará delante.

Razon tienes, Campagna
Tu canto filosófico
De mi delirio tétrico
Sábiamente triunfó.

Sí, amigo, sí, se engaña
El mortal melancólico
Que solo el orbe un cúmulo
De infortunios juzgó.

Nápoles, 1844.

UNA DECLARACION.

¡ Ay que tus ojos de fuego,
Y tu garganta divina,
Y tu gracia peregrina,
Roban á mi alma el sosiego,
Idolatrada Azelina!

Como un rayo de la luna,
Que en noche de primavera
Consolador reverbera
Sobre apacible laguna,
Es tu mirada hechicera.

Y tu aliento es el ambiente
De un jardin embalsamado,
Tu voz el aura del prado,
Tu sonrisa la corriente
De arroyuelo sosegado.

Y tu delicioso seno,
De apretada y pura nieve
Es la copa, donde bebe
Su poderoso veneno
El tirano amor aleve.

Verte es mi dicha mayor,
Mi delicia el escucharte,
Y mi destino adorarte,
... Mas ¡ay! al ver tu rigor
El corazon se me parte.

Lástima á mis penas ten,
Tu amor mi pecho destroza,
Nada en la crueldad se goza,
Y la crueldad no está bien
En una tan buena moza.

¿Quieres un alma abrasada
Que mire su cielo en tí?
¿Quieres encontrarte, dí,
Como jamás adorada?
Pues vuelve la vista á mí.

Vuelve amable á mí la vista,
Y verás como discreta,
Que es fuerza te comprometa,
Un alma ardiente de artista,
Y un corazon de poeta.

Este fuego celestial,
Que enciende mi fantasía,
El estro, que al alma mia
Le da un temple sin igual,
Tuyos son, ingrata mia.

Serán humildes despojos,
Si mi pena te conmueve,
De tu pechera de nieve,
De tus rutilantes ojos,
De tu pié pulido y breve.

No pierdas aislada, no,
De tus lozanos verdores
Los encantos y las flores:
Y los perderás si no
Los disfrutas en amores.

¿Qué es un alma sin amor?...
¿Qué es la beldad sin amante?
Una luz sin resplandor,
Una pasagera flor
Falta de aroma fragante.

Deja, pues, el desden, tú,
Y yo que ardiente te adoro,
De amor te daré un tesoro
Mas grande que el del Perú,
Pues vale amor mas que el oro.

A LUCIANELA.

SONETO PRIMERO.

Cuando el desnudo pié graba en la arena,
Lucina de alegre Mergelina,
Y su garbo y su gracia peregrina
Envidia en los verjeles la azucena,

¡Qué es la enclenque de perlas y oro llena,
Que en el landó lujoso se reclina,
Y que con vanidad necia imagina
Que todo lo avasalla y lo encadena?

Tras la humilde y lozana pescadora
Se me va el corazon, se me va el alma,
Y huyen de la altivez de la señora:

Que la beldad, no el lujo, es quien la calma
Turba de un pecho noble y lo enamora,
Y solo á la beldad rindo la palma.

Á D. JOSÉ ZORRILLA.

CONTESTACION Á LOS LINDOS VERSOS QUE PUBLICÓ, DEDICADOS AL AUTOR, EN EL HERALDO DE 30 DE JULIO DE 1844.

En estas risueñas playas
En otro tiempo españolas,
Que halagan las mansas olas
De un mar de plata y zafir,
Donde vagan sombras tantas
De alta fama y nombradía,
Que siempre al morir el dia
Juzgo en derredor oir:

En esta ciudad de encanto,
Que embriagada en los festines
Duerme en medio de jardines,
Junto al borde de un volcan;
Sin sospechar llegue un dia,
Que la trague furibundo,
Como á otras que en lo profundo
De los abismos están;

Llegó á mí tu dulce acento,
Esclarecido poeta,
Donde tu alma se interpreta,
Donde luce tu amistad.
Y vino con sus encantos
Bálsamo á ser de mi pecho,
Nunca, nunca, satisfecho,
Siempre, siempre en ansiedad.

Pues si tú tanto recuerdas
Las delicias de Sevilla,
De Guadalquivir la orilla,
Y mi tranquila mansion,
¿Qué haré yo, mi amado amigo;
Qué haré yo, que dejé en ellas
De mis ojos las estrellas,
Las prendas del corazon?

Ni pienses que olvidar puedo
Aquellas fugaces horas,
Tan dulces y encantadoras,
Que presto tuvieron fin,
En que los versos divinos,
Que de tu labio brotaban
Luz, calor, y cuerpo daban
Al aura de mi jardin.

Y el rumor de la arboleda,
De la fuente la sonrisa,
El bullicio de la brisa
Saltando de flor en flor;

Y el general embeleso
Acompañaban tu canto,
De nuestras almas encanto,
Y envidia del ruiseñor.

¡Ay! esa luna lánguida y luciente,
Que de Madrid en el hermoso prado
Arrebató tu mente
A la orilla del Bétis encantado,

Brilla en esta region de artes y amores
Tan hechicera y blanda y deliciosa,
Y por estos alcores
Resbala tan lasciva y vaporosa,

Que parece la reina de este cielo,
Y la diosa del mar de las Sirenas,
Y el númen que da al suelo
De Parténope vida á manos llenas.

De la corona del Vesubio ardiente
Aparece magnífico topacio,
Luego es resplandeciente
Bajel de plata en el inmenso espacio.

Y al trasmontar la cumbre deliciosa
De Posílipo, el monte de las flores,
Es vírgen pudorosa,
Que huye de los profanos amadores.

Y cuando en zenit campea,
Y platea
Este delicioso Eden,
Y orna con leves encajes
De celajes
Su reverberante sien,
Entre su argentina llama
Derrama
Tal hechizo y tal primor,
Que se convierte este suelo
En un cielo
De delicias y de amor.

El aura es toda ambrosía,
Y de hechicera armonía
Las brisas cargadas van.
Que aquí es armónico el viento,
De la mar el ronco acento,
Y hasta el rugir del volcan.

Mas no imagines, no, caro Zorrilla,
Que mi mente embriagada,
Y mi alma enagenada
Se olviden de Madrid y de Sevilla.

Jamás. — Cuando reposo entre las flores
De mágicos jardines,
O cuando en los festines
Miro bullir bellezas y amadores,

Torno al disco de plata refulgente,
De lágrimas preñados
Los ojos arrasados,
Envidiando su marcha al Occidente.

Y al encanto de Nápoles la espalda
Volviendo desdeñoso,
Miro á la luna ansioso,
Que va á darle su luz á la Giralda.

¡Ay si á mis ojos míseros en ella,
Por fuerza prodigiosa,
De mi mirada ansiosa
Les fuera dado el estampar la huella!...

Tú solo con tu ingénio soberano
Descifrarla sabrias,
Y en sus trazos leerias
Cuánto anhelo estrechar tu amiga mano:

Cuánto las prendas apretar al seno,
Que por mi ausencia lloran,
Y sin mí tristes moran
Del Bétis patrio en el contorno ameno.

Y que encantos jamás habrá bastantes
Ni Circes, ni Sirenas,
Que consuelen mis penas,
Donde no suena el habla de Cervantes.

Nápoles, 1844.

LA APARICION DE LA MERGELINA (1).

Se esconde tras Posílipo,
Entre nubes de grana
La antorcha soberana
Del refuljente sol.
Del Vesubio flamígero
Esmaltando la cumbre
Con la postrera lumbre
Del último arrebol.

Cruzan el viento ráfagas,
Que aun el astro colora,
Perfila argenta, y dora,
Sobre el espacio azul.
Bulle brisa balsámica
Entre fragantes flores,
Y mece en los alcores
El pino y abedul.

El golfo de Parténope
Es espejo de plata,
Que plácido retrata
El celeste esplendor,
Y la pompa magnífica,
Que al bajar al ocaso
Acompañan el paso
Del astro abrasador.

Pero con vuelo rápido
Tan expléndida escena,
Que tierra y cielo llena,
Despareciendo va.
Y de tibio crepúsculo
Luz densa y blanquecina
Montes, ciudad, marina
Y cielo envuelve ya.

(1) Se llama así en Nápoles la risueña playa, que está entre la *Ribera de Chiaja*, y el monte *Posílipo*.

Entonces cuando bórranse
Los mares y collados,
Confundidos mezclados
En dudoso total.
Y el orbe todo muéstrase
De la misma manera,
Que si al través se viera
De empañado cristal;

Ven mis ojos estáticos
En la arenosa playa,
Junto á la blanca raya
Del adormido mar,
Vaporosa, fantástica
Aparicion divina,
Que da á la Mergelina
Encanto singular.

Erguida como el vástago lozano
De azucena gentil,
Que en las plácidas noches del verano
Señorea el pensil,

Se alza de una mujer encantadora
La forma angelical,
Que en sí todos los dotes atesora
Del poder celestial.

Y tal hechizo se desprende de ella
Y fragancia, y fulgor,
Y en medio á tal atmósfera descuella
De encantos y de amor;

Que mientras anhelante y confundido,
Sin osarme acercar,
En tierra una rodilla, y abstraido
De tierra y cielo, y mar,

La comtemplo, se cambia mi existencia
En tal contemplacion;
Que arrebata con mágica influencia
Mi alma á ignota region.

Sus ojos son de un Angel de consuelo,
Por la mar adormida los pasea,
O los eleva al vaporoso cielo,
Y luz divina en ellos centellea;

O á la inmensa ciudad, á quien envuelve
La sombra densa de la noche fria,
Anhelante los torna y los revuelve,
Llenos de celestial melancolía.

O hácia el Vesubio, cuya frente adorna
Rojo penacho de espantosa lumbre,
Girando el cuello de marfil, los torna;
Y afanosa los clava en su alta cumbre.

¿La inmensidad de la creacion admira
En el mar y en el cielo cristalino;
Y cuando á la ciudad los ojos gira,
La obra desprecia del mortal mezquino?...

¿Y cuando á la encendida y ágria frente
Los torna del volcan, y en él los clava,
De escondida pasion, que su alma siente,
Mira el trasunto en la encendida lava?

. . . .
. . . .

¿Quién lo sabe?—Imposible es que consiga
Descubrir un mortal sus pensamientos,
Ni de la llama que en su pecho abriga
Los nobles y escondidos elementos.

Mas yo lo sé: Que mi alma se desata
De los vínculos rudos terrenales,
Cuando se purifica y se dilata
Contemplando sus gracias celestiales.

Y conocer le es dado de la Dea
La mente y corazon, y las regiones
Que aquella velocísima pasea,
Y de este las sublimes sensaciones.

Y pasmada y atónita comprende
Las frases, que veloces y cortadas,
Del labio puro de coral desprende,
Dando vida á las auras regaladas:

Frases como las forma el rumor leve
De líquido cristal que el prado gira,
De blandas flores que el ambiente mueve,
De espíritu impalpable que suspira.

Pero aunque estampa su profunda huella
En mí, y á mi exìstir da nuevo giro
(Porque así plugo á mi dichosa estrella)
Cuanto entonces contemplo y cuanto miro,

Me es imposible referirlo luego,
Cuando torna mi espíritu á engastarse
En el humano fango, donde el fuego
Del éxtasis por fuerza ha de apagarse.

Ni el misterio de tales sensaciones
Puede nunca explicar humano labio,
Pues para tanto faltan expresiones
Al mas rico lenguaje y al mas sabio.

Mas dentro de esta cárcel tenebrosa,
El perfume conserva el alma mia
De la contemplacion maravillosa,
Y el vibrar de una angélica armonía.

El crepúsculo se apaga,
Cubre de la noche el velo
La tierra, la mar, el cielo,
Y là aparicion ó maga
Desparece en raudo vuelo.

Y en la arenosa ribera
De negras sombras cercado,
Cual Angel precipitado
De la soberana esfera
Me hallo solo y prosternado.

El nuevo sol veo salir,
Y ansioso anhelo que el paso
Apresure hácia el ocaso,
Para que torne á venir
Otro crepúsculo escaso.

Que en su plazo fugitivo,
Bajo la fascinacion
De la mágica vision,
Es cuando de veras vivo
La vida del corazon.

Nápoles 1844.

Á LUCIANELA.

SONETO SEGUNDO.

Cuando al compás del bandolin sonoro
Y del crótalo ronco Lucianela
Bailando la gallarda tarantela,
Ostenta de sus gracias el tesoro;

Y conservando el natural decoro
Gira, y su falda con recato vuela,
Vale mas el liston de su chinela
Que del rico Perú las minas de oro.

¡Cómo late su seno! ¡Cuán gallardo
Su talle ondea! ¡Qué celeste llama
Lanzan los negros ojos brilladores!

¡Ay!... Yo en su fuego me consumo y ardo,
Y en alta voz mi labio la proclama
De las gracias deidad, reina de amores.

1847.

UNA NOCHE DE VERANO

EN EL GOLFO DE NAPOLES.

AL EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Por este golfo de plata,
O mas bien mansa laguna
Donde la argentada luna
Su cándido albor retrata;

Por do apresuradas vuelan
Tantas barcas pescadoras,
Con lumbreras en las proras,
Que en el rizo mar riélan;
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Aléjame de esta orilla
Do la espuma centellea,
Do á la ciudad lisonjea
La onda que á sus piés se humilla,
Y do los roncos bramidos
De otro mar siempre agitado,
Mar de vivientes formado,
Me atormenta los oidos.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Solo con mi pensamiento,
Y solo tambien contigo,
Entregarme quiero, amigo,
En brazos del manso viento;
Y separado del mundo,
En honda meditacion
Darle á mi imaginacion
Un alimento fecundo.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

¡Cuál la barca blandamente
Se columpia y se desliza
Sobre el agua, que entapiza
Un fósforo refulgente!
El fósforo que los remos,
Que alzas y bajas encienden,
Cuando el mar cortan y hienden
Con sus delgados extremos.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Ya el rumor de la ciudad
La voz del caos parece,
Y ya mi barca se mece
En medio á la inmensidad.
¡Qué espectáculo sublime
Absorto contemplo y miro!
¡Con qué libertad respiro!
Nada aquí mi pecho oprime.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Miro tendida á mi espalda
De Nápoles la ciudad,
Como dormida beldad
En un lecho de esmeralda.
Y entre vaporosos lejos
Forman apariencias varias,
Sus diversas luminarias
Con sus movibles reflejos.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

A mi diestra recostado,
Celador de estos confines
Y de quintas y jardines
Vestido y engalanado,
A Posílipo, veo estar,
Gigante de alta belleza,
En un monte la cabeza
Y los piés dentro del mar.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Y de escoria otro gigante
Y de ceniza vestido,
Se alza á mi siniestra erguido,
Solo, enhiesto, vigilante.
Llamas sus cabellos son,
Que agita tímido el viento,
Son tempestades su aliento,

Y su grito destruccion.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Allí al frente inmensa nave
De peñas que dió al través,
Capri, está, y quien tiene es
De este ancho golfo la llave.
Y los montes donde apenas
Sorrento y Castelamar
Se ven, vienen á cerrar
Este mar de las Sirenas.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Italia, Italia, region
Que mejor no alumbra el cielo,
Jardin de Europa, tu suelo
Es tierra de bendicion.
Y de él son lo mas hermoso,
Compendio de tu beldad,
De Nápoles la ciudad,
Y su golfo delicioso.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Un toldo de terciopelo
Del firmamento colgado,
Con diamantes tachonado,
Es de este prodigio cielo.
Rueda por él y campea
Un topacio colosal,
Que la region celestial
Esclarece y señorea.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Y diamantes y topacio,
Y toldo repite el mar,
Y se me figura estar
Suspendido en el espacio.
Y que el inmenso vacío

Cruzo, como cruza el ave,
En alas del viento suave,
Y en brazos del albedrío.
    Pues no te fatiga el sol,
    Boga, boga, barquerol.

  La brisa un arpa es aquí,
Do acordes incomprensibles
Espíritus invisibles
Tocan en torno de mí.
  Y sus sones son beleño,
Que suave encanto difunden,
Y que en mis venas infunden
Bálsamo de dulce sueño.
    Pues no te fatiga el sol,
    Boga, boga, barquerol.

  Por las auras arrullado,
Y por las ondas mecido,
Mis penas daré al olvido
Y dormiré descansado.
  Venid con solicitud,
Venid á ocupar mi mente
Y á volar sobre mi frente,
Sueños de mi juventud.
    Pues no te fatiga el sol,
    Boga, boga, barquerol.

  Que en este tranquilo mar,
Bajo este apacible cielo,
Y cercado de tal suelo,
Venturas se han de soñar,
  Y deliciosos amores,
Que son encanto del mundo,
Dando al olvido profundo
De la vejez los rigores.
    Pues no te fatiga el sol,
    Boga, boga, barquerol.

  Boga, hasta que de oro y grana
Pinte celajes la aurora,

Y este mar tan mudo ahora
himnos cante á la mañana.
Y deja á mi fantasía,
Que este golfo prodigioso,
Ahora vago y misterioso,
Admire al venir el dia.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Y entonces á la ciudad
Ambos á dos tornaremos,
Tú á descansar de los remos,
Yo á volver á mi ansiedad,
Que las horas de ilusion
Siempre son ¡ay! fugitivas;
Y quedan las positivas
Que angustian el corazon.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Nápoles, *Junio de* 1845.

DESCONSUELO.

Por el campo helado y yerto,
Que entre la selva frondosa
Está de la edad briosa,
Y entre el árido desierto
De la vejez angustiosa,

Caminando hácia occidente
Con lento paso avanzaba,
Y abismado meditaba
En lo que tenía enfrente,
Y en lo que tras mí dejaba.

En aquel yermo asolado
Me ofrecia el pensamiento,
Como ráfagas de viento,
Recuerdos de lo pasado,
Que al alma daban tormento.

Y en sombras vagas tambien,
Cual las inciertas figuras,
Que entre las nubes oscuras
De la borrasca se ven,
Las ansiedades futuras.

Enfermo, solo, seguia
Combatido y arrastrado
Entre el futuro y pasado,
Y nada en torno veia
Con mi existir enlazado.

Cuando los puros reflejos,
Advertí de flor tan bella,
Entre la aridez aquella
Nacida, que desde lejos
Dudé si era flor ó estrella.

Mas al punto en que la ví
Calmóse mi amargo afan;
Porque ejerció influjo tan
Raro, que me atrajo á sí,
Como al acero el iman.

Llegué, llegué... ¡Qué color
Tan puro y resplandeciente
Iluminaba su frente!
¡Con qué fragancia en reedor
Embalsamaba el ambiente!

¡Qué perlas de almo rocío
Avaloraban su seno!
Su tallo de pompa lleno
¡Con qué garbo y señorío
Avasallaba el terreno!

Jamás en regio pensil,
Ni en los jardines de Flora

Meció el soplo de la aurora
Otro tallo tan gentil,
Ni flor tan encantadora.

Y cual si alma y corazon
El cielo dado le hubiera,
(Ni aun yo sé de qué manera)
Cariño y tierna aficion
Mostróme afable y sincera;

Y qué grata habia brotado,
Por disposicion del cielo
En aquel ingrato suelo,
De mi pecho lacerado
Tan solo para consuelo.

¡Ay! á su encanto rendido
Tan dichoso me encontré,
Y en un delirio tal, que
Lo que iba á ser y habia sido
De todo punto olvidé.

Y ciego y loco un momento
Pensé que otra vez me hallaba
En la selva que dejaba
Detrás, y ufano y contento
Que era mortal olvidaba.

Y me figuré posible
Junto á aquella hermosa flor,
Y amparado de su amor,
Del destino irresistible
Burlar el fiero rigor.

Mas su rigor me impelia
A proseguir el camino,
Aunque al encanto divino
De aquella flor me acogia:
Que es muy terrible el destino.

Entonces nueva ansiedad
En mi corozon sentí,
Que era angustia horrenda, sí,
Tanto amor y tal beldad
Dejarme detrás de mí.

Y resuelto á no dejarla,
Y á que conmigo siguiera
La inevitable carrera,
Quise del suelo arrancarla,
Y prestóse placentera.

Mas ¡ay Dios! en el momento
Que mi mano la tocó,
Impetuosa la embistió
Ráfaga de árido viento,
Y en mis manos se agostó.

¡Ay! con qué fieras congojas
Ví por el suelo esparcidas
Mustias, secas, encogidas
Sus antes risueñas hojas
Rutilantes y encendidas!

¡Con qué horror miré el lozano
Tallo roto y abatido,
Y su follaje caido!
¡Con cuánta ansiedad en vano
Busqué el aroma perdido!

—Los ojos levauté al cielo,
No ví el sol, la noche era:
Y proseguí mi carrera
En mas hondo desconsuelo,

Que en el campo helado y yerto,
Que entre la selva frondosa
Está de la edad briosa,
Y entre el árido desierto
De la vejez angustiosa;

Si aparece una ilusion
Se deshace luego, luego,
Pasa como leve fuego,
Y destroza el corazon,
Que se va tras de ella ciego.

Nápoles, 1845.



SONETO.

¡UN AMIGO!!!

Guarte, ese amigo que te estrecha al seno,
Que rie si ries, que si lloras, llora,
Que te adula y te sigue á toda hora,
Y á quien te entregas de confianza lleno,

Es vaso aleve henchido de veneno,
Es copa vil que el artificio dora.
Ente infame y ruin, de alma traidora,
Y con un corazon de inmundo cieno.

Que un soplo de ambicion su pecho anime,
Que tu mérito envidia en él despierte,
Que tu nombre y favor sin fuerza estime,

Que á encontrar bella á tu mujer acierte,
Verás al punto esa amistad sublime
Ser villano puñal, que te dé muerte.

ELVIRA.

Á LOS SEÑORES DUQUES DE RIVONA, EN LA MUERTE DE SU HIJA DE ESTE NOMBRE, Á LOS SIETE MESES DE EDAD.

EL POETA.

¡Ay! con razon mi indócil fantasía
Tenaz se resistió
Al fuego encantador de la poesía
Cuando tu breve vida comenzó.

Enagenados de placer miraban,
¡Mísera humanidad!
Su dicha en tí tus padres, y anhelaban
Versos en tu loor de mi amistad.

Y era mi afan componerlos;
Pero nunca pude hacerlos,
Porque el cielo los inspira,
¡Ay Elvira!

Habia ya trazado el cielo
Que tu vida fuese un vuelo,
Chispa que nace y espira,
¡Ay Elvira!

Cuando tierno contemplabá
Cual tu madre te besaba,
Que ahora de afliccion delira;
¡Ay Elvira!

Forjé versos en mi mente:
Pero una mano inclemente
Y oculta rompió mi lira,
¡Ay Elvira!

Y esta mano ¡dura suerte!
La mano era de la muerte,
Que hizo de tu cuna pira,
¡Ay Elvira!

. . . .

. . . .

Boton de rosa bello,
Que apenas en el cáliz asomaba,
Cuando mustio doblaba
Agostado y marchito el blando cuello:

Pintada mariposa,
Cuya vida fué el soplo de un momento:
Vislumbre misteriosa
De momentánea luz que apagó el viento:

No era ¡cielos! mi suerte
Cantar tu vida, á quien marcó el destino
Tan rápido camino,
Sino cantar tu arrebatada muerte.

Porque tu muerte es gloria,
Que te alza de este mundo detestable,
Atomo miserable,
De la inmensa creacion perdida escoria;

Y á la mansion te encumbra
De bienandanza y vida sempiterna,
Que con su luz eterna
El rostro santo del Criador alumbra.

Sí, en tu serena frente
De cándidos jazmines coronada,
Veo la señal marcada
De la mano de Dios omnipotente.

De Dios, que te coloca
De eternos serafines en el coro,
Donde al son de arpas de oro,
Himnos modula tu inocente boca.

Y dónde... ¿Qué alaridos
Disturban mi profundo pensamiento,
Llenan de horror el viento,
Y hieren penetrantes mis oidos?...

¿Quién á esta estancia llega,
Do contemplan atónitos mis ojos
De un Angel los despojos,
Y resplandor de eterna luz los ciega?...

Una mujer hermosa,
La negra crencha al viento desparcida,
Sin aliento, sin vida,
Penetra estos umbrales anhelosa.

Los bellos ojos secos,
Pero sin luz, abiertos, espantados,
Los labios deslustrados
Hondos lanzando y lastimeros ecos.

¡La madre!... ¡Desdichada!
A apurar viene el último martirio,
Buscando en su delirio
A la que su hija fué, y ahora es ya nada.

LA MADRE.

¡Hija!!! Do estás?...
Allí... Allí.
¿Duermes quizás?
¡Ay!... vuelve en tí...

Dadme bárbaros, dadme mi hija amada,
Ved que es mi vida su inocente aliento,
Mi gloria su sonrisa idolatrada,
Toda mi dicha su infantil acento.

...Yo la parí:
Yo la adoré...
Yo la perdí!!!

Cielos, volvedme mi adorada prenda,
O dadle fin á mi existencia horrenda.

. . . .
. . . .

No ha muerto, no...

. . . .

Sí, muerta está!!!
¿No alienta ya...
Y aun vivo yo?...
¡Ay! — Estos restos frios
Devórelos la tumba con los mios.

EL POETA.

Llora madre infelice: llora, llora.
Llorando alivia el corazon hinchado.
Pero la mano omnipotente adora,
Que el bien que te otorgó te ha arrebatado.

Llora, sí; mas bendice resignada
La voluntad santísima y eterna,
Que al orbe inmenso próvida gobierna,
Que formó el orbe inmenso de la nada.

¿Quién sus inescrutables intenciones
Consigue penetrar?... ¡Ah! los humanos
Olvidan en sus ciegas pretensiones,
Que son del polvo efímeros gusanos.

. . . .
. . . .
. . . .

Ahí los restos mortales
De tu hija tienes; conmovido el cielo
De tu dolor sus leyes eternales

Trastorna, y vuelve en presuroso vuelo
El alma tierna y pura
A darles vida. — Entre los tiernos lazos
De tus maternos brazos
La estrechas con frenética locura.
Tu faz regala con su aliento suave,
Con sus manitas trémulas tu seno,
Y su acento infantil de gracias lleno
Te da tal dicha que mayor no cabe.
Pero torna la vista
A la carrera de dolor y llanto,
Que tu amor egoista
Le abre de nuevo y temblarás de espanto.

¡Cuánto de afan y susto,
De lágrimas imbéciles la aguardan
En la frágil niñez!.. Y cuando arbusto
Tierno comience á verdear... ¡Oh cielo!
¡Qué forzoso desvelo,
Qué fatigas tan duras
Para aprender errores,
Para saber enmascarar el alma,
Para amoldarse á necias imposturas,
Y con falsos colores
Mostrar que busca de virtud la palma!

Y cuando ya lozano
Tallo de hermosa flor robusto sea,
Verás cuál la rodea
De las pasiones el tropel insano.
¡Ay cuánta tempestad sobre su frente
Se agolpará rugiente!...
..La sociedad viciosa, y corrompida,
La atmósfera es de vida
En que ha de respirar... ¡Cuánto tormento
Si es buena, si es sensible!
Y si es dura y malvada
¡Qué amargo desaliento!
¡De qué desierto horrible
De arena y hielo se verá cercada!!!

Pues en la edad madura,
Perdidas las mas gratas ilusiones,
Los vínculos mas santos de ternura
Rotos, despedazados,
O en dogales tornados,
De engaños alevosos y traiciones
Por la mano feroz emponzoñada,
¿Cuál será su existencia?... ¡desdichada!

Y luego la vejez, de enfermedades
Asilo y de disgustos,
De dolores, de sustos,
Y de remordimientos y ansiedades,
A que es forzoso que el mortal sucumba;
Y la muerte despues... despues la tumba...
. . . .
Despues la eternidad. . . . .
. . . .
. . . . ¿Y en tan amarga
Y rápida carrera,
Que hacen los infortunios lenta y larga,
¿Quién, madre, te asegura
Que se conserve pura,
Que se salve inocente
El alma de esa niña, que imprudente
Lanzas de nuevo al piélago iracundo
Del corrompido mundo?...
. . . .
. . . .
¿Quién sabe, quién, si tú, su madre tierna,
De ese amor insensato compelida,
La tornas á una vida,
Que ha de acabar en perdicion eterna?...
. . . .
. . . .
¿Te hielas? ¿Te estremeces? Basta. El cielo
No trastorna sus leyes eternales,
Por complacer el imprudente anhelo
De los ciegos y míseros mortales.
No te la volverá.—Muerta ahí la tienes;

Guirnalda funeral ciñe sus sienes...
Mas conmigo contémplala un momento,
Y verás que del Dios tres veces santo,
Que hoy te quiso probar con tal tormento,
La infinita piedad no te abandona,
Y un consuelo sin fin te proporciona.

Mira ese rostro de nieve,
Que ha dos horas destrozaba
Y horrendo desfiguraba
Dolorosa convulsion,

Ya sin una sombra leve
Del angustioso tormento,
Que de horror y sentimiento
Te inundaba el corazon.

Míralo tranquilo y bello,
Sin los dolores del mundo,
En dulce sueño profundo,
Que nadie interrumpirá.

Y en la frente el alto sello
Observa, madre dichosa,
De la mano poderosa,
Que el orbe rigiendo está.

Mira en la boquita bella,
Antes ¡ay! desfigurada,
Lívida, ardiente, agitada
Con la agonía final,

Grabada la santa huella
Del alma pura, inocente,
Que á vivir eternamente
Voló al coro angelical.

Y aunque estos restos mortales
Pronto serán polvo. nada,
No quedas, no, separada
De la prenda de tu amor:

No, que de las celestiales,
Mansiones bajará ansiosa
El alma de tu hija hermosa,
A velar en tu reedor.

Y cuando triste lamentes
Otras desgracias del mundo,
Y de otro dolor profundo
Tu pecho oprimido esté;

Si acaso de pronto sientes
Inesperado consuelo,
Y nuevas fuerzas que el cielo
Para alabarlo te dé,

Es que de tu Elvira el alma
Te besa, y te da su aliento,
Bajando del alto asiento
Do los Angeles están.

Y renacerá la calma
En tu pecho al suave ambiente,
Que en torno á tí blandamente
Sus alitas moverán.

Y cuando á tus otros niños
(Dios te los guarde y conserve)
Tu afan maternal observe
Del sueño en la dulce paz;

Si ves que sueñan cariños,
Y que sonrien graciosos,
Es que miran venturosos
De su hermanita la faz.

Y porque ella en torno de ellos,
En las horas misteriosas,
Con las alas vaporosas
Gira amante en tornos mil.

Con sus celestes destellos
El espíritu ahuyentando
Del infierno, que acechando
Esté la cuna infantil.

Bendice á Dios: bendícelo, y el llanto
Enjuga, pues que ser has merecido
Madre de un querubin, que el *Santo, Santo,*
Entona ante el Señor, de luz vestido,
En gozo celestial torna el quebranto,

Y repite con labio enardecido
Por la fe santa, que á mi pecho inspira:
Ora pro nobis, venturosa Elvira.

Nápoles 17 de Junio de 1845.



FANTASÍA NOCTURNA.

AL EXCMO. SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO.

El sol siguiendo su eternal viaje
En los mares perdióse de occidente,
Y ya ni en los perfiles del celaje
Dejaba rastro de su huella ardiente.

De oscuridad vestido estaba el suelo,
Mientras nuevo esplendor engalanaba
La inmensurable bóveda del cielo,
Y mas rica y mas grande se mostraba.

Yo del risueño Vómero (1), en la loma,
Que señorea lo mejor del globo,
Entre un ambiente de fragante aroma
Solo vagaba en soñador arrobo.

Miré en bultos fantásticos los montes
Alzar diversos sú contorno vago,
Y el mar á los remotos horizontes
Ir á perderse adormecido lago.

Luego todo borrarse y confundirse,
Como si de la vida el don perdiera,
Y de alba niebla y de vapor vestirse
Cual si de una mortaja se vistiera.

Mientras que mas luceros, mas estrellas,
Adornaban el claro firmamento:
Diciéndome la voz de ellos y de ellas:
Aquí la eternidad tiene su asiento.

(1) Collado que domina gran parte de la ciudad de Nápoles y su golfo.

Sentí aquel estupor indefinible,
La conmocion sin nombre, vaga y fria,
Que da la soledad so un apacible
Cielo, despues de sepultado el dia.

Y llegué á imaginar que el globo helado
Desierto, no albergaba otro viviente
Mas que yo: y afligido y aterrado
Volar ansiaba al cielo refulgente:

Pero luego el rumor hasta mí llega
De la inmensa ciudad que á mis piés yace,
Mezclado al que en las cumbres y en la vega
El aura mansa entre las selvas hace.

Diviso las vislumbres, los reflejos
De luces esparcidas por el llano,
Ya mas cerca indicando, ya mas lejos,
O lámpara ú hogar de albergue humano.

Y entre niebla borrosa y sombra espesa,
Que apenas puedo penetrar, advierto
Nave, que el mar anchísimo atraviesa
Buscando ansiosa el conocido puerto.

El rumor, y las luces, y el navío
Recuérdanme que el globo está habitado,
Y cambia vuelo el pensamiento mio,
A la tierra de nuevo encadenado.

A la tierra, y apártase del cielo,
Porqué siempre esta mísera corteza
De humana carne hácia el mezquino suelo
Hace doblar al alma la cabeza.

Y juzgué ya de danzas y festines
Aquel rumor, que la ciudad derrama;
Las luces ser de quintas y jardines,
O á las que el sabio estudia, y logra fama;

Y que la nave, que las aguas corta,
Preñada de placeres y metales
De otra region, á nuestra playa aporta,
A aumentar nuestros goces terrenales.

Olvidé los luceros, las estrellas...
Y ansié tornar á la ciudad, que ofrece

Goces sin fin, ó dirigir mis huellas
A la luz que á los sabios esclarece.

O hácia el puerto correr, y en los tesoros
Que frescos llegan del pomposo oriente,
Del rico ocaso, de los climas moros,
De placeres saciar mi sed ardiente.

Iba en pos de este anhelo irresistible
A descender de la elevada roca,
Cuando el ala de espíritu invisible,
Que giraba en reedor, mi frente toca.

No sé si era un espíritu celeste,
O espíritu infernal, quien de mí en torno
Agitaba las alas y la veste,
Causando en mi interior tan gran trastorno.

Mi mente cambia giro, advierte y piensa,
Y en helado sudor ¡ay! me confundo,
Que aquel rumor de la ciudad inmensa
No es mas que el estertor de un moribundo.

Que aquellas luces son las luminarias
Con que el mortal camina al cementerio,
Y las naves fantasmas funerarias,
Que vagan de hemisferio en hemisferio.

Alzo los ojos, que anhelante intento
Nuevo consuelo y luz de las estrellas
En la copa beber del firmamento;
Pero ¡ay! su amparo me negaron ellas.

El instante que yo de la mezquina
Tierra en la faz los ojos puestos tuve
El claro cielo funeral cortina
Me habia robado de espantosa nube.

Convulso y en temblor deshecho helado,
Herizado el cabello de mi frente,
Y de un viento fortísimo azotado,
Que abortaron las nubes de repente,

Olvido donde estoy. Que existo dudo:
La vista ciega en las tinieblas giro,
La boca abierta, pero el labio mudo,
Y espectros vagos, que me cercan, miro.

Y siento que mis plantas humedece
Fango de sangre; que la cumbre aquella
Que á mis trémulos piés asiento ofrece,
Y que ví al claro sol tan verde y bella,

Es un monton de huesos corroidos
De mil generaciones que pasaron,
Y escombros de cien pueblos destruidos,
Que ni el son de sus nombres nos dejaron.

Y oigo á una parte el grito furibundo
De la espantosa abominable guerra,
Y el rodar de su carro por el mundo
Con trueno tal que al Universo aterra.

De las revoluciones á otro lado
El alarido aterrador y horrendo,
Y el choque entre el futuro y el pasado,
Jamás reposo al orbe consintiendo.

Y escucho por doquier el espantable
De las pasiones alarido agudo,
Que en el género humano miserable
Ceban, sin saciedad, el diente crudo.

Y hieren y atormentan mis oidos
De verdugos y víctimas mezclados
Insultos y dolientes alaridos,
De un siglo en otro siglo duplicados.

Y oigo las espantosas carcajadas
De los infiernos, y el sarcasmo horrible
Con que las negras huestes condenadas
Del mundo ven la situacion terrible.

Tantos sones diversos y espantosos,
Que cien tormentas hórridas formaban,
De oscuridad abismos horrorosos
Hendiendo agudos, hasta mí llegaban.

Pero mis ojos nada descubrian:
Tinieblas espesísimas y densas,

Cual si cuerpo tuvieran, me oprimian,
Las regiones del aire hinchendo inmensas.

Cuando de pronto aterradora llama
El ancho cráter del volcan arroja,
Que hasta el cielo enlutado se encarama;
Y alumbra al mundo con su lumbre roja.

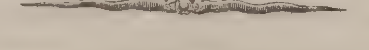
Mas ¿qué alumbra?... ¡gran Dios! Alumbra solo
Un inmenso sepulcro, que se extiende
Devorador del uno al otro polo,
Y en medio á la creacion de un pelo pende.

Y en él turbas, y turbas de gusanos,
Que entre sí despedázanse rabiosos,
De otros y de otros disputando insanos
Los restos miserables y asquerosos.

Mas todo iba á morir. La ardiente lava,
Que por las ágrias cuestas se derrumba,
Lenta y desoladora se avanzaba
A dar eterna paz á la gran tumba.

No pude mas, herido del espanto,
Misericordia, en tanto desconcierto,
Pidiéndole al Señor tres veces santo,
A tierra vine como cuerpo muerto.

Nápoles, 1846.



EL CAMPO.

AL DUQUE DE MONTEBELLO.

¿A este campo llamais? ¿A los verjeles,
Que arregla y que repule un jardinero,
A un bosquecillo á guisa de florero,
Y á tiestos de azucenas y claveles?

¿A un palacio, que puede maravilla
Del arte ser, y se alza á las estrellas,
Con estancias tan anchas y tan bellas,
Y donde el lujo refinado brilla,

Casa de campo la llamais, en donde
El descanso y salud buscais ansioso,
Y aquel tranquilo y plácido reposo,
Que la apacible soledad se esconde?

¿Y juzgais poner tregua á la fatiga
Del mundo, á cuatro pasos de la córte,
Donde de fatuos la importuna cohorte
Os sigue á todas horas y os ostiga?

¿Dónde es mas atildado vuestro traje,
En donde en sus venenos mas esmero
Pone vuestro famoso cocinero,
Y do ostentais mas brillo y equipaje?

Esta vida de moda, titulada
Vida de campo, es vida de artificio,
De loca vanidad, de lujo y vicio,
Que ni al alma ni al cuerpo sirve nada.

Vida de campo es cosa diferente,
Casa de campo es diferente cosa,
Y el que llamar así las vuestras osa,
O no dice verdad, ó está demente.

Para buscar descanso de la córte,
Y en vez de su afanoso movimiento,
Paz, y reposo y plácido contento,
De modo tal que á la salud le importe,

Fuerza es ir lejos de ella, renunciando
Género de vida que ella impone,
Y donde cuerpo y alma no aprisione
De moda y chismes el dañino bando.

Esconderse en el seno enmarañado
Del bosque, que hizo Dios, en las montañas
Obra de su poder, ó en las cabañas
Aproximarse al primitivo estado.

Admirar la fructífera llanura,
Donde el Omnipotente á manos llenas
Al mísero mortal de sus faenas
Le da en premio sustento con hartura.

Los montes que gigantes la alta frente,
De peñascos y encinas coronada,

Esconden en la nube nacarada,
Y el primer rayo gozan del Oriente.

El llano que se viste de amapolas,
La cascada, que entre una y otra peña
Rota, á los hondos valles se despeña,
O de la solitaria mar las olas.

¿Los mosáicos qué son y losas tersas
A las maduras mieses comparados?
¿Qué con la verde alfombra de los prados
Las que tejen solícitos los persas?

¿Qué es del hombre el mas grande monumento,
Sus columnas, sus torres y obeliscos,
Si se comparan con los altos riscos,
Puntales del remoto firmamento?

. . . .
. . . .

Y de un piano aleman el cencerreo,
Y el oscuro clamor de una vihuela,
El canto de la enclenque damisela,
Y de galan raquítico el solfeo,

Allá en la córte apláudanse en buen hora,
Donde todo es ficcion, toda mentira;
Pero que se celebren me da ira
Lejos de aquella habitacion traidora.

En el campo escucharse la voz debe
De la naturaleza, y su armonía,
El grave acento de la selva umbría,
Cuando su cabellera el viento mueve.

El estruendo de ronca catarata,
Que se rompe bramando en remolinos,
Por toscas peñas, por robustos pinos,
Y en espuma y en humo se dilata.

El murmullo apacible, que en la oscura
Noche esparce el arroyo entre las flores,
Y el que la brisa forma en los alcores,
Meciéndose en los lechos de verdura.

Los dulces trinos, los gorgeos suaves
Del ruiseñor, que sus amores llora,

Y los himnos que cantan á la aurora
En dulce coro las risueñas aves.

Y si sublime música se anhela,
¿Cuál á la voz del huracan se iguala,
O á la del mar cuando el empíreo escala,
O del granizo cuando el campo asuela?

. . . .
. . . .
. . . .

Pues, y los elegantes cortesanos,
Qué á caballo ó en tílbury, á porfía
Vienen á fastidiaros todo el dia,
Y á quitaros el tiempo de las manos,

¿Se pueden tolerar? Y esos festines
Con plata y con *vermeil*, y esos lacayos
Con franjas y cordones en los sayos,
Chupa roja y calzon, guantes, botines,

¿Hay quien los sufra?... Y el paseo en coche,
Y esas ropas de seda recamadas,
Y sorber el té inglés, y hacer *charadas*,
Hasta mucho despues de media noche,

¿Es vivir en el campo? — Yo, si anhelo
Descansar de este mundo bullicioso,
Y en busca de salud y de reposo,
A una agreste mansion dirijo el vuelo,

Rompo todos los hábitos de córte,
Sus palacios, sus mesas y su traje
Olvido, y hasta olvido su lenguaje;
Y la simple verdad solo es mi norte.

Busco la soledad, que en ella solo
Se alza el mortal á la serena altura
De la meditacion, y se figura
Dueño de la creacion de polo á polo.

Ya trepo de los montes á la cima,
Despreciador del viento, con la mente
Me lanzo á contemplar el sol ardiente,
Y águila soy que al cielo se sublima.

Ya bajo á lo profundo de los valles
A escuchar de la tórtola el reclamo,
Y cruzo libre, como el libre gamo,
Limpios arroyos y torcidas calles.

Y si de aquellas quiebras en el fondo
Me asalta un temor vago, incierto y frio,
No tengo que fingir denuedo y brio,
Y con las liebres tímidas me escondo.

Ya á la par del reptil de verde escama,
Me deslizo en la yerba de los prados,
Donde encuentran mis miembros fatigados
Siempre mullida y deliciosa cama.

Ya fiera del desierto me reputo
Cuando recuerdo agravios y rencores,
Ya para con aleves y traidores
Lecciones tomo del raposo astuto.

Ya de ilusiones blandas y sabrosas,
Vuelo en las alas al humilde nido
Donde su tierno amor han escondido
Las aves inocentes y dichosas.

Si me hielan las brisas de la aurora,
Me restaura del sol la lumbre ardiente;
Si esta me abrasa, el delicioso ambiente
Busco, que en las oscuras selvas mora.

Al despuntar el sol abro los ojos,
Disfruto á mi placer del dia entero,
Y cuando va á alumbrar otro hemisfero,
Ya mis miembros del sueño son despojos.

Y si anhelo la humana compañía,
Pues sociales al cabo hemos nacido,
Sin componer ni rostro ni vestido
Ni frases rebuscar de cortesía,

Vóime al chozo inmediato ó á la aldea,
Y converso con rudos labradores,
Y en sus charlas y pláticas de amores
Mi mente se complace y se recrea.

No porque necio abrigue la creencia,
Juzgando verdaderos los idilios
De Moscos, Garcilasos, y Virgilios,
Que es la choza el hogar de la inocencia;

Sino porque los rústicos al menos,
Si hombres al fin, y como tal taimados,
No tienen á la moda enmascarados
Sus conatos ya malos ó ya buenos.

Y á la sana razon es cosa rara
Que se nieguen, y saben por instinto
Juzgar de nuestro humano laberinto
Con gran exactitud y á luz muy clara.

Vivo como ellos viven. Oro y seda
No adornan mi vestido. Es el aseo
De mi ajuar y persona el solo arreo,
Sin que otro alguno incomodarme pueda.

Como, como ellos comen, pan moreno,
Caza y legumbres. Bebo vino puro.
Del sol ni del relente no me curo,
Y prefiero al colchon de pluma el heno.

Y despues de dos meses de esta vida,
Mas robusto, mas jóven, mas tranquilo,
Dejo del campo el sosegado asilo,
Contento y la salud restablecida.

Y al bullicio del mundo alegre torno,
Y de la sociedad á las delicias,
Preguntando afanoso las noticias,
Y si ha habido en el orbe algun trastorno.

Así comprendo solo que útil sea,
Y que así les conviene al cuerpo y alma,
Dando vigor al uno, á la otra calma,
La vida de los campos y la aldea.

Que esta vida de moda y de artificio,
Mas que la de la córte refinada,
Siempre será por mí considerada
Vida de vanidad, de lujo y vicio.

Castellamare, Julio de 1846.

Á LUCIANELA.

SONETO TERCERO.

Deja, deja las redes, Lucianela,
Y las áridas playas de los mares,
Y torna á tus dulcísimos cantares,
Y torna á tu gallarda tarantela.

Ven el ídolo á ser de tu plazuela,
Do el mismo amor se inclina en tus altares,
Y á abrasar corazones á millares,
Al compás del pandero y la vihuela.

¿Por qué has de usar de materiales redes
Para enlazar imbéciles pescados,
Que el ser tuyos contemplan suerte dura;

Cuando con otras invisibles puedes
Tantos pechos tener encadenados,
Que cifran en ser tuyos su ventura?

Nápoles, 1847.

LA VEJEZ.

AL SEÑOR DON TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

¿Do me llevais?... Al resplandor brillante
Que antorchas cien en candelabros de oro
Dan al rico salon,
Del convite las mesas veo delante,
Y de la gula en ellas el tesoro
Lucir su profusion.

De tersa plata en cinceladas fuentes
Los manjares la atmósfera embalsaman
Con sabroso vapor.
En tallados cristales trasparentes
Vinos deliciosísimos derraman
Su perfume y su ardor.

Frutas de todos climas y estaciones
En los cestos de esmalte y porcelana,
Brindando miel están.
Y guirnaldas, y ramos, y festones,
De flores con que Mayo se engalana,
Blandos perfumes dan.

Mas nada es para mí.—Tambien ansioso
Apuré, cuando jóven alentaba,
La copa del festin;
Pero ya delicado y achacoso,
Las fuerzas que mi estómago ostentaba
Tuvieron pronto fin.

Y para mí veneno esos manjares,
Y veneno tambien esos licores
¡Desventurado! son.
Y veneno esas frutas singulares,
Y veneno el aroma de esas flores,
Que alegran el salon.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

¿Qué me traeis? corceles vigorosos,
Armas bruñidas de templado acero,
¡Cuál relinchan aquellos orgullosos!
¡Cómo de estas deslumbra el reverbero!

Miro en el aire tremolar banderas,
Veo desfilar gallardos escuadrones,
Oigo tronar bombardas y cañones,
Escucho el son de músicas guerreras.

¿Y qué me importa á mí?—Cuando lozano
Jóven en ánsia de la gloria ardia,
Fulminó el hierro mi robusta mano,
Y ayudé al triunfo de la patria mia.

Y un uniforme espléndido, elegante,
Y un caballo mi afan eran tan solo,
Y del marcial clarin la voz sonante
Mi única y sola ley de polo á polo.

Mas ya mi fuerza á dominar no alcanza
Del potro cordobés el poderío;
Y el terso estoque y la fornida lanza
Caen de la mano cuando pierde el brio.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

¿Qué pretendeis?... Un pueblo numeroso
Atento ocupa la engañosa escena,
Frenético entusiasmo lo enagena,
Retiembla á sus palmadas el salon.

El genio de un poeta venturoso
Lo fascina, aprisiona, exalta, enciende,
Y en dominio sin límite se extiende
Su celeste fugaz inspiracion.

¡Oh, cuán grato es mirar correr el lloro
De ternura y amor por los semblantes,
Y el ver los corazones palpitantes
Al poder de los versos celestial!

¿Y qué dicha mas grande, qué tesoro
Mayor que los aplausos triplicados,
Y el verse los cabellos adornados
Con corona de lauros inmortal?

No es ya esto para mí.—Cuando son hielo
La sangre, el corazon, la fantasía,
El fuego encantador de la poesía
Se apaga, hielo tórnase tambien.

Un alma sin vigor pierde su vuelo,
Una cascada voz pierde su encanto,
Y no producen conmocion ni llanto
Versos tibios, que se oyen con desden.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud,
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

¿Qué pretendeis? ¿Que al bullicioso prado
Baje á gozar las auras de la tarde,
Con el concurso alegre y apiñado
Que entre árboles y fuentes bulle y arde?...

Ya no es para mí grato aquel paseo.
¡Cuánto, oh cielo lo fué!... Mas ya no llama
Mi atencion la alta dama,
Que ostenta en su landó lujoso arreo.
Ni el inglés carruaje,
Que relumbra y chispea,
Ni el volador plumaje,
Ni la rica librea,
Ni el caballo, que ufano se pompea
Entre uno y otro espléndido equipaje.

Ya para mí no es nada el dulce hechizo
De aquel fuego que brilla
Al través del sombrero ó la mantilla,
Y del ligero vaporoso rizo,
De unos ojos que dan ó muerte ó vida,
Soles de un cielo donde amor se anida.

...¿Qué me importan las frases dislocadas,
Que vuelan derramadas
De los grupos que pasan diferentes?
¿Qué de amantes parejas el arrullo?
...¿Qué el contínuo murmullo
De aquel mar agitado de vivientes?...

Si algun caballo ó coche me atropella,
Apenas puedo con turbada huella
El peligro evitar. Si por acaso
Unos ojos de luz encuentro al paso,

Huyen ¡ay! de los mios
Apagados sombríos:
Y ni un semblante grato, una sonrisa,
Ni una frase fugaz mi pecho halagan,
Y las turbas, que vagan,
Me empujan y me oprimen. Ya me pisa
El jóven, que siguiendo con los ojos
La causa de su encanto ó sus enojos,
No ve do pone el pié. Ya torna en ceño
Su semblante risueño
La que vuelve un instante
A mirar á su amante,
Y halla mi rostro adusto:
Y ya le causa susto,
La arredra y martiriza
Mi frente de ceniza,
Mi severa mirada,
A la que recatada
Y tímida un billete delicioso
Iba al paso, á entregarle á algun dichoso.
¡Ay cielos!... No respiro
En aquel mundo extraño en que me miro.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

¿A do me conducís?... Cuando reposo
Han menester mis miembros fatigados,
Carcomidos helados,
¿Quereis que entre de un baile en el salon?

Ved que noche, que cielo borrascoso:
Las nubes lluvia sin cesar derraman,
Los aquilones braman;
Estas las horas de descanso son.

Mas el aura los suaves instrumentos,
Inundan de dulcísima armonía,
Vencen la luz del dia
Las arañas de bronce y de cristal.

¡Qué atmósfera los ricos aposentos
Tan templada y vivífica contienen!
¡Qué dulce encanto tienen!...
Un aura se respira celestial.

¡Qué galas, y qué joyas, y qué flores
Ostentan elegantes damas bellas,
Rutilantes estrellas
De un cielo de placeres y de amor!

Helados, frutas, dulces y licores,
Y el té de China, y el café de Moca,
En el cristal de roca
Nos brinda el ostentoso aparador.

Ya en raudo remolino
De embalsamado viento,
Respirando contento,
Por incierto camino
Las parejas girando en torno están.

Y en un mar de armonía
Se agitan, se revuelven,
Y se alejan y vuelven,
Y cruzan á porfia,
Y en confuso tropel vienen y van.

Ni la alfombra moruna
De sus plantas se queja,
En pos de sí no deja
Rastro ni huella alguna
La turba que á compás gira el salon.

Hojas del fresco Octubre,
Que manso viento lleva
Sobre la yerba nueva,
Que la llanura cubre,
Las parejas que en torno vuelan son.

Vamos de aquí,
La confusion
De este salon
No es para mí.
¡Ay! me marea
El raudo giro;

Que en torno miro;
Y cuando ondea
La gasa leve
Como la espuma,
Cuando se mueve
La riza pluma,
Cuando un pié breve
El mio toca,
Y el blando aliento
De hermosa boca
Junto á mí siento,
De abatimiento
Mi alma se llena,
De negra pena
Mi corazon...
Me ahogo, sí...

Vamos de aquí,
La confusion
De este salon
No es para mí.
Yo en él seré.
Una fantasma,
Que hiela y pasma
A quien la ve.

Vamos de aquí,
No es el salon del baile para mí.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento
Y la muerte, y despues el ataud.

¡Ay! si el tiempo voraz derrumba y traga
La fuerte torre y la robusta encina,
Si las montañas hunde y arruina,
Sorbe los mares y el volcan apaga,

¿Qué hará del hombre, efímera criatura,
Frágil gusano, polvo deleznable,
Cuyo existir mezquino y miserable
Un rápido momento apenas dura?

Y cuando el mudo curso de los años
Descompone sus fibras y su mente,
Y el corazon helándole, inclemente
De dolores lo cerca y desengaños,

¿Qué es para el hombre el mundo?... Una posada
De que debe partir al otro dia.
¿Y cómo sufrir debe la agonía
Un cuerpo, que desplómase en la nada?

Sea de un benigno sol el rayo ardiente,
Que lo restaura un poco, su consuelo,
Un mullido sillon todo su anhelo,
Un báculo su amigo y confidente;

La dieta su regalo, y el reposo
En soledad tranquila su contento,
Donde pueda entregarse al pensamiento,
O en los brazos de un sueño letargoso.

Y en la misericordia confiado
Del que da luz al sol, vida á la hormiga,
Empuje al huracan, jugo á la espiga,
Y ante quien no hay futuro ni pasado,

El rumor no le asuste de la planta,
De la muerte, que á hollarlo se encamina,
Ni al mirar la segur, que se avecina
Para segar su mísera garganta.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

Nápoles 1847.



EPÍSTOLA

Á DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO, CONTESTÁNDOLE Á UNA SUYA DE COPENHAGUE.

Recibí tus lindísimos tercetos,
Que rebosan ingénio y poesía,
Cultos, sonoros, fáciles, discretos.

Y han dado gran contento al alma mia,
Que del consuelo de noticias tuyas
Hace ya muchos meses carecia.

Y por mas que me digas y me arguyas
Que espacio de escribirme no tuviste,
Mi prevencion no es fácil que destruyas.

Allá en Madrid, acaso, ¿no pudiste
Ponerme cuatro letras, ni has podido
El tiempo que en París te detuviste?...

Mas pelillos al mar, pues he sabido
Que has hecho con salud tan gran viaje,
Demos todas las quejas al olvido.

Me pasma y me confunde tu lenguaje,
Y el modo con que pintas esa tierra
En tan tétrico y lúgubre paisaje.

Pues aunque sé que le hacen cruda guerra
De un invierno sin fin la nieve y hielo,
Cosa que solo con pensarla aterra,

Juzgué sabiendo el ardoroso anhelo
Que en ir allá tuviste, fuera acaso
Un nuevo Eden, un abreviado cielo.

Y aunque de luz, calor, y vida escaso,
País de dulce trato y de cultura,
Agradable á las nueve del Parnaso.

Mas vive Dios, que si es cual la pintura,
Que de él me muestras en tu linda carta,
Completa debe ser tu desventura.

Desde que repasé la luenga sarta
De desdichas, que cuentas, y que creo,
Tu imágen de mis ojos no se aparta.

Y ya tu enclenque personilla veo
Aislada y tiritando entre cristales,
Mirando caer la nieve por recreo.

O de pieles de hirsutos animales
Cubierto hasta la boca y las narices,
Hielos atravesando y lodazales.

O entre estufas, alfombras y tapices
Pasar en las tertulias de esa gente
Dos ó tres largas horas infelices.

Sin que tal sociedad anime ardiente
Amor, ni coqueteo interesante,
Ni un dicho agudo su frialdad caliente.

Sin que un punto el estilo se levante,
Y ó profunda, ó chistosa, ó tierna, ó fina,
Corra conversacion sábia y galante.

En fin, sin que la luz clara y divina,
En esa opaca y detestable esfera,
Brille de la belleza femenina.

Y oyendo los rugidos, por contera,
De una lengua durísima, insonora,
Que áspera y dura aun entre lobos fuera.

Pero haces mal en lamentarte ahora,
Porque tuya es la culpa: el ala encoge,
La mecha aguanta, y resignado llora.

Que aquel á quien dan bien y mal escoje,
Dice un refran de la española gente,
Por muy mal que le avenga, no se enoje.

Cuando al dejar del Tajo la corriente
(Donde aunque los gallegos te aburrian,
Gozabas claro sol y puro ambiente),

Ir á la hermosa Grecia te ofrecian,
¿Por qué desacordado lo rehusaste,
Creyendo que ofenderte pretendian?

¿Por qué, dí, mentecato, imaginaste
Que Dinamarca era mejor que Grecia,
Y por mudar destino trabajaste?

Si Copenhague fuera otra Lutecia,
Si otra Lóndres... al cabo se comprende,
Tu pretension no hubiera sido necia.

Mas preferir, Leopoldo, el ir allende
El mar del norte, á no vivir, á helarse,
Y donde ni se goza, ni se aprende,

Solo puede, perdóname, explicarse
Por falta completísima de seso,
Y como tal con pena lamentarse.

¿Es posible que un hombre de tu peso,
Tan entendido y docto, y aplicado,
Acaso y sin acaso, con exceso,

La cuna á visitar se haya negado
Del humano saber, y el noble suelo
Por tanto ingénio y gloria consagrado?

Allí gozáras trasparente cielo,
Do rueda un sol magnífico, brillante,
Que deja rara vez triunfar al hielo,

Mas que templa su llama fulminante
Con blandas brisas, plácidos rocíos,
Y aun con lluvia benéfica abundante.

Clima tan venturoso nuevos brios
Te hubiera dado, y nuevas ilusiones,
Y tambien nuevos goces y amoríos.

Allí la vid formando sus festones
Entre olivos pomposos, las colinas
Vieras ornar en todas estaciones.

Y aguas puras corrientes, cristalinas
Cruzar el verde y delicioso prado
De rosas esmaltado y clavellinas:

Y ni un valle risueño, ni un collado,
Y ni un risco siquiera, que orgulloso
No esté de altos recuerdos coronado.

Allí oyeras el sabio, el sonoroso
Idioma, aunque del tiempo carcomido,
Que el troyano cantor hizo famoso.

Y si en las claras noches, embebido
En profundas ó tiernas reflexiones,
Vagáras por los campos distraido,

De Píndaros, de Homeros, de Platones,
Y de Aspasias, y Safos te cercáran
Las sombras, ya contigo en relaciones.

Y tu pecho y tu mente se agrandáran,
Y acaso tales obras produjeras,
Que tu nombre, Leopoldo, eternizáran.

Es verdad que en la Grecia no tuvieras
El *boudoir rococó*, ni el *equipaje*
Que en Lóndres y París tener pudieras.

Ni aquel refinamiento en el *menaje*,
Ni acaso el regalado cocinero,
Ni *Urigüen*, y *Ragnaud* te dieran traje,

Ni de tanto negocio de librero
Las malvadas y nuevas producciones,
Aluvion que se come al mundo entero,

Gozáras; ni tampoco los salones
Tan llenos de elegancia y sec tura,
Ni inmensos de teatros las funciones.

Ni el oropel y baladí cultura
De academias, de clubs, de sociedades,
Charlatanismo todo, y farsa pura.

Pero en lugar de tantas vaciedades,
Que son, por mas que nos deslumbren, humo,
Y nublados que anuncian tempestades;

En Atenas gozáras el bien sumo
De un clima delicioso, que el primero,
De cuantos el mortal goza, presumo.

Y el esplendor y claro reverbero
De la belleza femenil, que al cabo
Encanto es de la vida verdadero.

Y si de la aficion, que tanto alabo
A cultivar las ciencias y las artes
Sigues, como no dudo, siendo esclavo,

Debes de convenir, sin que te apartes
De mi opinion un punto, que la Grecia
Ricos veneros tiene en todas partes,

Do el ingenioso que el estudio aprecia
Pueda saciar su sed, y que es menguado
El que los desconoce ó los desprecia.

Y no tan solo son de lo pasado
Los recuerdos insignes sus lecciones,
No, que tambien las dan su nuevo estado.

Un pueblo que rompió los eslabones,
Que tantos siglos arrastró, anhelante
De libertad alzando los pendones;

Y que la santa cruz plantó triunfante,
Despues de larga lucha y de heroismo,
Sobre la blanca luna del turbante;

Y que resucitando de sí mismo,
Como el Fénix renace de su hoguera,
Asegura en levante el cristianismo;

¿No es digno de estudiarse, y no ofreciera
A tus meditaciones campo nuevo,
De la activa política en la esfera?

Sí, sí, Leopoldo, asegurarte debo
Que el darte aquel destino fué una gracia,
Y á demostrarlo sin temor me atrevo.

Pues si buscas activa diplomacia,
Para no enmohecerte entre tus socios,
Y lucir tu talento y eficacia,

¿Pensabas encontrar menores ocios,
Mayor actividad en Dinamarca,
Que en la córte de Grecia y sus negocios?...

Esta tan celebérrima comarca,
Donde un pueblo á mitad civilizado,
Y un extranjero y sin vigor Monarca,

Luchan entre el futuro y el pasado,
Ardiendo en fogosísimas pasiones,
Tiene en Europa un puesto reservado.

Y sus bandos, partidos y facciones
Una ancha escena ofrecen positiva,
Do representen todas las naciones.

Allí la Inglaterra astuta, activa,
De la discordia en su favor el fuego
Sopla, y á Francia del influjo priva.

Esta por otro lado intenta luego
De su rival descomponer los planes,
Para poder restablecer su juego:

En tanto los caducos musulmanes
La reconquista sueñan con despecho,
Aun juzgando posibles sus afanes.

Mientras que el moscovita está en acecho
De la rica Estambul, y arde en la llama,
Que por tan gran beldad guarda en el pecho.

Y el estudiar tan complicado drama,
¿De fraguar, ocasiones no te diera,
Despechos dignos de renombre y fama?

Pero insistir mas largamente fuera
Hacer notable agravio á tu talento,
Y pérdida de tiempo verdadera.

Y concluiré con solo un argumento,
Contra esa tu eleccion, que ya te duele,
Y es, si no de razon, de sentimiento.

Al destinarte á Grecia (aunque te huele
Solo á un corral de vacas, cual se dice
En la lengua que usar el vulgo suele),

¿Tan poca mella en tu memoria hice,
Que de abrazarme el amoroso anhelo,
En esta tierra que el Señor bendice,

No te aguijó para tomar el vuelo,
Y sin andarte en dimes y diretes,
De rondon encajarte en este suelo?...

¡Cuánto al ver asomar los gallardetes
Del buque que te hubiera conducido,
Y sus pomposas gavias y juanetes;

O de humo denso, oscuro, denegrido
La luenga cola, palpitado hubiera
Mi corazon de dulce gozo henchido!

¡Con qué placer del mar en la ribera,
O en el soberbio muelle, estrecho abrazo
Mi pecho con tu pecho confundiera!

Y enganchados despues los dos del brazo,
De las familias de ambos discurriendo,
A quienes une tan estrecho lazo,

Y á Madrid y á Sevilla revolviendo
Nuestra primera charla mal zurcida,
Las cosas y personas confundiendo,

Te hubiera conducido á mi guarida,
Y en ella blandamente descansáras,
Sin anhelar acaso mejor vida.

Y de esta gran ciudad las cosas raras,
Y uno y otro magnífico edificio,
Siendo yo el *Cicerone* examináras,

Y te hicieran perder casi el juicio
De estas calles y tiendas y paseos
La grande animacion, el gran bullicio.

Luego en estos riquísimos museos
De las tres artes venerado hubieras
Los mas altos y espléndidos trofeos.

Mármoles, que con vida los creyeras,
Bronces, que casi sienten y respiran,
Creaciones del genio verdaderas;

Y frescos antiquísimos, que admiran
Por su dibujo, su color y gracia,
Y do gusto y saber juntos se miran.

Mosáicos, en que estudio y pertinacia
Eternizan colores y perfiles,
Y que pasman los ojos por su audacia.

Y armas, y muebles, é instrumentos viles,
Y trevejos domésticos, mezclados
Con adornos y adobos femeniles.

Objetos que en ceniza sepultados,
O entre lava, ya mármol verdadero,
Diez y ocho siglos fueron olvidados;

Y que nuestro gran rey Cárlos tercero
Sacó á la luz, y dióles nueva vida,
Para instruccion del universo entero:

Pues con ellos ha sido conocida
La domesticidad de los romanos,
Y su manera de vivir sabida.

Es gran gusto tener uno en sus manos,
Ya un yelmo con su cima y su visera,
De un guerrero de tiempos tan lejanos;

Ya un antiguo belon, ó una salsera;
Ya el collar que adornó de una romana
El torneado cuello y la pechera;

Ya un bote de arrebol, que falsa grana
Dió de antigua coqueta á la mejilla,
O iluminó á una vieja cortesana.

¿Y el sentarse de un cónsul en la silla?...
¿Y de Salustio (1) ó de otro personaje
Mirar la palancana ó la salvilla?...

Y no solo á utensilios del menaje
De aquellos famosísimos varones
Dieras, y á sus estatuas homenaje;

Que de este gran museo en los salones
De las artes modernas lo darias
Tambien á extraordinarias producciones.

De Sanzio y Bounarrota admirarias
Las tablas y los mármoles divinos,
Y á Salvator de Rosa apreciarias.

Y si gustas de rancios pergaminos,
En esta biblioteca los halláras,
Griegos, normandos, árabes, latinos,

Pues y cuando conmigo contempláras
De Herculano y Pompeya las rüinas,
¡Cuánto, cuánto, Leopoldo, allí gozáras!

Luego trepando riscos y colinas,
Y con pié mal seguro y vacilante
Masas de azufre y lavas ferruginas,

(1) En las ruinas de Pompeya se ve una linda casa que llaman de *Salustio* y en donde se han hallado muchas preciosidades.

A los hombros altivos del gigante,
Que hizo el estrago hubiéramos subido,
Y hasta la hórrida boca fulminante,

Para escuchar el infernal bramido,
Aterrador cual continuado trueno,
Voz del fiero Titan allí escondido.

Y vieras como lanza el hondo seno
Cenizas, peñas, llamas, humo ardiente,
Que ofusca el sol mas claro y mas sereno,

Y vieras de las lavas el torrente
Que rojo entre peñascos se derrumba,
Y que ningun obstáculo consiente.

—¡Ay!.. ¿Son de veras los volcanes tumba
De los rebeldes Angeles, y puerta
De un báratro infernal, que en lo hondo zumba?

Otras veces al sitio de Caserta
Dirigiéramos ambos el paseo,
Y que te fuera grato es cosa cierta.

Tambien es un magnífico trofeo
De la munificencia soberana,
Que á Madrid dió el palacio y el museo.

No ostenta el edificio la romana
Majestad, ni la gracia y proporciones
De griega arquitectura aun mas galana;

Mas tiene respetables dimensiones,
De mármoles magnífica escalera,
Y regios gabinetes y salones.

Grandes son los jardines de manera
Que te pasas en verlos la jornada,
Y llega su arbolado á la alta esfera.

Y pura abundantísima cascada,
Que de un monte derrúmbase eminente,
Los atraviesa luego sosegada.

Ni Pórtici te fuera indiferente,
Do va á buscar de esta ciudad la crema
En el otoño saludable ambiente.

Y complacencia te causára extrema
Ver á Castellamare y á Sorrento,
Donde compuso el Tasso su poema.

Y aun mas la gruta azul, raro portento,
Pues toda ella parece de záfiro,
Y es de marinas diosas aposento.

Luego, pudiendo hacer mas largo giro,
Hubiéramos á Amalfi visitado,
Y admirado la hubieras, cual la admiro.

Y por el ancho golfo en bote alado
Llegáramos tal vez hasta Salerno,
Patria de Bayalarde endemoniado,

Y cuya vida en comedion eterno
Tantas veces habemos aplaudido
En las pesadas noches del invierno.

¡Con cuánto gusto hubieras recorrido
El templo, con el cuerpo venerando
De un santo evangelista enriquecido!

En él tambien, del célebre Hildebrando,
Que los reyes domó y emperadores,
En espadas las llaves trasformando,

Y que contra los bárbaros furores,
De la ignorancia combatió forzudo,
Dando á la iglesia nuevos resplandores,

La tumba contempláras: Y no dudo
Que al ver su noble busto allí esculpido
Lo saludáras con respeto mudo.

¡Y cuál despues tu encanto hubiera sido
Las ruinas de Pesto visitando,
Que mas de tres mil años han cumplido!

Hácia distinta parte luego andando,
Por la larga y antigua, y rara gruta
De Posílipo el monte taladrando,

Tomáramos la hermosa y ancha ruta,
Que por Bañoli va y por la marina
Hasta Puzzol, famosa por su fruta.

De Sérapis un templo allí en rüina
Vieras, la celebrada solfatara,
Y un circo de grandeza peregrina.

Y despues las estufas ¡cosa rara!
De Neron, donde á entrar no hay quien se atreva,
Si hasta el quilo á sudar no se prepara.

Cerca el lago de Agnano con la cueva
En donde muere el can, que se aventura,
De lo que hubieras visto hacer la prueba:

Lago, que de un volcan ser se asegura
El extinguido cráter, te daria
Gusto por su amenísima frescura.

Y un poco mas allá te gustaria
Ver á Averno, á Lucrino y á Fusaro,
Lagunas que Virgilio conocia.

Y observáras tambien con tiempo claro
En el lecho del mar dormida á Cumas,
Pueblo que la Síbila hizo preclaro.

Y si del mar dejando las espumas,
Del cerro de Camáldula á la frente
Subieras una tarde en que no hay brumas,

Y el sol hácia la tumba de occidente
Lento bajar de majestad vestido,
Vieras por este cielo trasparente,

Te quedáras, Leopoldo, embebecido:
Pues igual espectáculo en tu vida,
Ni aun allá en nuestra patria, has conocido.

Oro es el horizonte, y es fundida
Plata la mar, el aire es grana, y fuego
Cuanto alumbra la llama enrojecida.

Y los celajes pálidos, que luego
Rubí se tornan, nácar y topacio,
Formas cambiando con gracioso juego,

Aparecen cual fúnebre palacio,
Que honra al cadáver del Señor del dia,
Del difunto monarca del espacio.

Y de Ischia la cerviz alta y sombría:
Pirámide parece, que levanta
Para sepulcro suyo la mar fria.

Mas si como me temo ya te espanta
De tanto que hay que hacer aquí la vista,
Que aun el placer contínuo no se aguanta,

Y dices entre dientes: *Dios me asista.*
En no haber ido á Nápoles bien hice,
Pues para tanto andar no hay quien resista;

Razon es que te calme y tranquilice
Diciéndote, que tales escursiones
No son cual tu temor tal vez te dice.

Pues ó se hacen en cómodos bridones
Obedientes al freno y á la espuela,
O en hombros de robustos lazarones.

O por ferro-carril, ó en carretela,
O en barca, ó en jumento, y hay alguno
Que mas que un ave por los campos vuela.

Ni me ofendas, creyéndote que ayuno
Ibas andar así de ceca en meca,
Pues me cuido y me mimo cual ninguno.

Y llevo siempre bollos de manteca,
Un paté de fois gras, Jerez, Champaña,
Jamon, pavo trufado y fruta seca,

Cuando me arrojo activo á la campaña
Para correr por estos andurriales,
Y así obsequiar á un viajador de España:

Que tripas llevan corazon en tales
Escursiones, y estómago vacío
No ve mas que fantasmas infernales.

Y que no pensáras, Leopoldo mio,
Que ibas tan solo á ver antigüedades,
Grutas, parques, y páramos confio;

Pues en altas y bajas sociedades
Te hubiera presentado con gran gusto,
Do admiráras tambien raras beldades.

Y no de mal perjeño, y genio adusto,
Sino de gran primor y ameno trato,
Pues decir otra cosa fuera injusto.

Mas vive Dios, Leopoldo, que hace rato
Que en contarte la vida que aquí harias,
Cual si me dirigiera á un mentecato,

Me ocupo, y no te doy noticias mias,
Que pienso deben tanto interesarte,
Pues que de ellas careces largos dias.

Pero ¿qué he de decirte ni contarte?...
Que aquí estoy cada dia mas contento
Puedo tan solamente asegurarte.

Pues esta gran ciudad es mi elemento,
Y cuatro breves años han corrido
Sin dar á mi madura edad aumento.

Aquí no se envejece, y he vivido
Como el pez en el agua, con la suerte
De ser de altos y bajos aplaudido.

Mas no debo ocultarte ni esconderte,
Que empieza ya la atmósfera á turbarse,
Y que barrunto un temporal muy fuerte.

Esta tierra comienza á conturbarse
De la revolucion con la tormenta,
Y sus dichas veré desmoronarse.

Ya de plebe ignorante y turbulenta
El alarido en estas plazas zumba,
Y bastardas pasiones alimenta.

Y temo se abra la insondable tumba,
Donde el reposo y paz de las naciones
Este siglo maléfico derrumba.

En Palermo han tronado los cañones,
Y si aquí aun están mudos, se ha debido
Á oportunas y sábias precauciones,

Y á que este rey magnánimo, advertido,
Concesiones, por cierto extraordinarias
Mas que están á la moda, ha prometido:

Y tenemos aplausos y plegarias,
Milicia, tricolores, banderolas,
Vivas, mueras, banquetes, luminarias.

Cosas, que indiferentes por sí solas,
Dan márgen á desórden y á exigencias,
Que crecen cual del mar crecen las olas.

Entre tales trastornos y ocurrencias
Ya te figurarás que habré tenido
Compromisos de graves consecuencias,

Que mi tranquilidad habré perdido,
Y que grandes negocios cada hora
Me tendrán abrumado ú aburrido.

Ya un parecer me piden sin demora,
Cual práctico en barullos semejantes,
Ya á un consejo me llaman á deshora.

Y en tan duros y críticos instantes
No estoy yo descontento de mí mismo,
Que haciendo estoy servicios importantes.

Ora calmando un necio patriotismo,
De aquellos que de buena fe caminan
Con intencion sanísima al abismo.

Ora á los que engañados desatinan,
Sin conocer del siglo la tendencia,
Porque hábitos añejos los fascinan,

Aconsejando calma y gran prudencia;
Porque oponer de pronto á tal torrente
Impotentes estorbos es demencia.

En fin, predico con teson ardiente
Respeto al trono y paz, cimiento solo
De un arreglo oportuno y conveniente.

Mas ¡ay! parece que iracundo Eolo
Ha soltado los fieros huracanes,
Que el orbe agitarán de polo á polo.

Temo grandes vaivenes y desmanes,
Y me asusta el mirar á los ingleses
De la discordia acalorar los planes,

Mientras duermen ó sueñan los franceses,
Cuya débil y necia diplomacia
No ve en peligro aquí sus intereses (1).

Dios nos conceda por piedad la gracia
De que no cunda la espantosa hoguera,
Que empieza á arder con insaciable audacia.

Y que la hermosa Italia á la carrera
No se lance, de paz y dichas harta,
En que un confuso piélago la espera.

Pero va siendo libro lo que es carta,
Y que tenga ya término es forzoso
De estos tercetos la prolija sarta.

Adios, Leopoldo amado, sé dichoso,
Y pues sabes lo mucho que te quiero
No seas en escribirme perezoso.
Nápoles á catorce de Febrero.

1848.

(1) Aun no se habia verificado en Francia la revolucion que lanzó del trono al Rey Luis Felipe.

SONETO.

AL NACIMIENTO DE S. A. R. LA AUGUSTA PRINCESA DE ASTURIAS.

Astro consolador, niña inocente,
Prenda de paz durable y de ventura,
Duerme en el seno maternal segura,
Bendita del Señor omnipotente.

Las alas de un Arcángel refulgente
Sirven de pabellon á tu hermosura,
Mientras, ardiendo en puro amor, te jura
Española lealtad la hispana gente.

Y mientras de los ásperos manglares
De Cuba hasta las crestas de Moncayo,
Y del Japon en los remotos mares

Brilla de la esperanza el dulce rayo,
Y con fervientes vivas y cantares
Te saludan los hijos de Pelayo.

Madrid, 1852.



SONETO.

AL BAUTISMO DE S. A. R. LA AUGUSTA PRINCESA DE ASTURIAS.

Cuando en la fuente santa del bautismo
El lucero, esperanza de Castilla,
Purificó la original mancilla
Con despecho y horror del hondo abismo;

Ardiendo en fiel amor y en patriotismo,
El pueblo hispano, hincada la rodilla,
Su lealtad consagróle y su cuchilla,
Su riqueza, su gloria y su heroismo.

Y del celeste trono ante la alteza
Dijo Isabel primera (el pié besando
De Dios eterno, cuya vénia alcanza):

«Yo le doy mi virtud y fortaleza.»
«Y yo (dijo el glorioso San Fernando)
Mi fe ardorosa y mi invencible lanza.»

1852.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LAS COMPOSICIONES CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
28	7	Tinta	Titón
35	17	daño	herida
39	9	olimpios	olímpicos
61	6	Conda Niebla	Conde de Niebla
67	19	cautivero	cautiverio
75	2	lances	luces
76	26	del	de
85	14	plaza allí entapizaron	plaza entapizaron
88	15	Así	A sí
91	6	se ha se ha	se ha
98	16	turbas	turbias
106	15	tenis	teneis
151	22	Premie tu amor firme	Premie tu amor mi amor firme
156	3	Espínola	Espinosa.
188	22	zénit	zenít
201	24	horrendo	horrendos
Ib.	34	interrumpa	interrompa
213	2	saludan	saluda
224	14	elegías	elogiar
282	15	Sus	Las
284	31	el valor	al valor
299	17	cuádriga	cuadriga
301	21	alimente	alimenta
Ib.	28	examine	examina
302	19	ira;	ira,
302	24	está	están
311	13	voz	vez
343	29	forman	formaron
347	26	puntados	pintados
348	10	se	lo
Ib.	20	vive,	vive
Ib.	25	historia	historia:
354	31	do	de
367	13	nada estable	nada hay estable
370	11	puede	puedes
373	5	de su vida	y de su vida
374	17	Y no te sigue	¿Y no te sigue
Ib.	20	¿no quedan	no quedan
375	23	amiraste	admirarte
376	25	yedras	yerba
378	11	tus	las
379	24	turnida	tumida
387	13	del	de
392	3	Lucina	Luciana
397	4	total	total;
Ib.	24	contemplacion;	contemplacion,
408	21	levaute	levanté
Ib.		despues del verso 24 falta este otro	*Y en soledad la mas fiera*
409	18	RIVONA	BIVONA.
418	8	refulgente:	refulgente.
421	25	A este	A esto
422	4	que la	que en la
Ib.	26	Género de	Al género de
423	20	toda	todo

